Contemporánea

SAUL BELLOW

Las aventuras de Augie March

Lectulandia

Con un estilo narrativo a medio camino entre el naturalismo y el existencialismo, entre el determinismo y la aceptación del destino, y el Chicago de los años treinta y cuarenta del pasado siglo como telón de fondo, la historia de Augie March, un pícaro de carácter débil que se mueve entre los desheredados de la América posdepresión, es la búsqueda del significado de la vida, algo indudablemente situado entre las circunstancias que determinan la personalidad y el deseo de reencontrar el yo esencial. Saul Bellow, antropólogo, dramaturgo, traductor y erudito, es un escritor con una fuerte personalidad literaria, padre de una línea de novela completamente original, fiel reflejo de la filosofía de toda una generación de urbanistas judeoamericanos que abrirá camino a escritores como Philip Roth, Bernard Malamud o J. D. Salinger.

«El autor que se lleva los más altos honores de la literatura norteamericana de nuestro tiempo es Saul Bellow, gracias a su extraordinaria energía e inventiva, y a su sentido del asombro ante el mero hecho de la existencia humana».

Joyce Carol Oates

Lectulandia

Saul Bellow

Las aventuras de Augie March

ePub r1.0
Titivillus 23.03.16

Título original: *The Adventures of Augie March*
Saul Bellow, 1953
Traducción: Carlos Grosso & Patricio Ros

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre

1

Soy norteamericano, de Chicago sombría ciudad, Chicago, y encaro las dificultades como he aprendido a hacerlo, sin rodeos. Así será esta crónica, pues: de estilo libre; quien antes llama, antes es atendido, ya fuere inocente o no tan inocente su llamado. Dice Heráclito que carácter es destino. A fin de cuentas, no hay cómo disfrazar el jaez de tal llamado, ni almohadillando la puerta ni enguantándose la mano.

Sabido es que toda supresión es burda: suprimes una cosa y en el acto estás suprimiendo la de al lado.

Mis padres no significaron mucho para mí, pero a mi madre la quise. Era simplona; nada abstracto pude aprender de ella, aunque sí recibí sus lecciones acerca de lo palpable y visible. Instrucción tuvo escasa, la pobre. Mis hermanos y yo la queríamos. Hablo por ellos: por el mayor, sin temor a equivocarme; por el menor, Georgie —nacido subnormal—, también, pues no hace falta adivinarlo si él solía corretear, con su trote envarado, cantando por el patio trasero, de aquí para allá a lo largo de la valla de tejido de alambre:

Georgie Mahchy, Augie, Simey,
Winnie Mahchy, todos, todos
quieren a la Mamá.

Y acertaba, excepto en lo de Winnie, la perra de lanas de la Abuela Lausch[1], perra vieja, sobrealimentada y de flojos pellejos. Mamá era la sierva de Winnie tanto como de la Abuela Lausch. Respirando con ruido y despidiendo ventosidades, la perra se echaba junto al taburete de la anciana, sobre un cojín con un berberisco bordado apuntando un arma de fuego a un león. Winnie era inseparable de la Abuela: parte de su comitiva; nosotros en cambio, apenas los gobernados, en especial Mamá. Mamá alcanzaba a la Abuela el platillo de la perra y esta recibía el alimento de manos de la Abuela y a sus pies. Pequeñuelos, aquellos pies y manos. La Abuela Lausch calzaba, sobre medias de algodón, zapatillas de color gris —¡ah, el gris de la felpa, gris del déspota de almas!— con cintas de color rosado. Mamá, sin embargo, tenía pies de buen tamaño y por casa usaba calzado varonil, por lo regular, sin cordones, y una cofia parecida a una efigie del cerebro hecha de algodón. Mansa y alta, Mamá, con ojos redondos como los de Georgie, verdes y suaves en su rostro alargado y fresco. Sus manos estaban enrojecidas por el trabajo doméstico. Pocos dientes le quedaban para aguantar lo que viniese. Simón y ella se ponían los mismos jerséis deshilachados. Además de tener ojos redondos, Mamá gastaba gafas de montura circular. Yo la acompañaba hasta el dispensario de la calle Harrison para conseguirlas. Adiestrado por la Abuela Lausch, yo iba a pergeñar las mentiras. Hoy

sé que no eran tan necesarias, pero por entonces todos creían que sí, en particular de Abuela Lausch, un maquiavelo de barrio de los que de mozo tanto vi. La Abuela se las tenía sabidas mucho antes de que partiéramos; horas habrá pasado urdiéndolas, menuda bajo el jergón de plumas, en el frío de su cuarto, y me las hacía aprender en el desayuno. Según ella, Mamá no resultaría lo bastante sagaz para colocarlas oportunamente y en la forma apropiada. No se nos alcanzaba que acaso fuese innecesario tanto espíritu de lucha: para nosotros, aquello era una lid. Querrían saber en el dispensario por qué no pagaba la Beneficencia por las gafas, de manera que habría que pasar en blanco la Beneficencia y declarar que no siempre nos enviaba dinero mi padre y que mi madre tomaba huéspedes. Todo lo cual, en forma delicadamente selectiva —por omisión o por desprecio de algunos hechos de bulto—, era cierto. Lo bastante verdadero para ellos, cosa perfectamente inteligible para mis nueve años cumplidos. Yo era más apto para comprenderlo que mi hermano Simón, demasiado directo para tales argucias y quien, por otra parte, había extraído de sus lecturas una idea británica y escolar del honor: *Los años de colegio de Tom Brown* influyó en nosotros por largo tiempo y de un modo que no podíamos darnos el lujo de poner en práctica.

Simón era un rubio de pómulos altos y ojos grandes y grises, con brazos de jugador de críquet: me guío por las ilustraciones, ya que no practicábamos sino el *softball*[2]. Opuesta al estilo inglés de Simón estaba su patriótica inquina hacia Jorge III de Inglaterra. Nuestro alcalde había ordenado por entonces a la junta de educación que consiguiese libros de historia que trataran menos blandamente al monarca. Simón detestaba a Cornwallis. Me atraía semejante fuego patriótico, me atraía su abominación del General, su placer por la rendición de este en Yorktown, placer que solía brotar al mediodía mientras almorzábamos nuestros sándwiches de salchichón de Bolonia. La Abuela comía a esas horas pollo hervido y, en ciertas oportunidades, a George le tocaba el buche. Y Georgie, con su pelo encrespado, soplaba sobre esa friolera acanalada que le gustaba recibir, en prueba de estima antes que con el propósito de enfriarla. El marcial y aristocrático orgullo de Simón le descalificaba para la labor de astucia que había que llevar a cabo en el dispensario; él desdeñaba la mentira y era capaz de denunciarnos a todos, de rebote. De mí era dable fiarse, pues la tarea me placía, tratándose de estrategia. También yo tenía mis entusiasmos: los del mismo Simón, para empezar, aunque personalmente jamás encontré mucho meollo en Cornwallis, y tenía los de la Abuela Lausch también. Por lo que concierne a la veracidad de las declaraciones que se me encomendaba hacer, pues bien, lo positivo es que teníamos un huésped. La Abuela Lausch no estaba emparentada con nosotros: ¡era el huésped en persona! Dos hijos la sostenían, uno desde Cincinnati y otro desde Racine, estado de Wisconsin. Sus nueras no la querían allá y ella, viuda de un poderoso negociante de Odessa —una divinidad para nosotros, calvo, de patillas, narigón, acorazado en su chaqué y chaleco cruzado de botonadura militar (una fotografía de color azul, ampliada y retocada por el señor

Lulov, pendía en la sala de visita y se duplicaba entre ambas columnillas del espejo de luna; la estufa remataba ahí donde concluía el torso del señor Lausch)—, prefería vivir entre nosotros puesto que estaba acostumbrada a dirigir una casa, comandar, administrar, tramar e intrigar en el ramillete de lenguas que dominaba: francés y alemán, además de ruso, polaco, yiddish. ¿Y quién sino el señor Lulov, artista del retoque, establecido en la calle División, podría haber puesto a prueba su francés? ¡Valiente ejemplar, este obsequioso bebedor de té y farsante de siete suelas! Fuera de haber sido una vez cochero de alquiler en París y —si la tal especie era cierta— de haber sabido por lo mismo parlar en francés, entre otras cosas, tales como sacar tonadillas percutiéndose los dientes con un lápiz o bien cantar acompañándose con el tintineo de unas perras gordas que él hacía sonar contra la mesa, o de saber jugar al ajedrez.

Tanto al ajedrez como al klabyasch, la Abuela Lausch se empleaba a fondo como si hubiese sido un nuevo Tamerlán, erizándose en sonidos palatales de tipo felino y con esquirlas de oro en su mirada. Medíase en los lances del klabyasch con un tal señor Kreindl, vecino nuestro que le había enseñado sus reglas. Hombre fuerte y ventrudo de manos mochas y duras, Kreindl aporreaba la mesa con ellas al arrojar sus cartas diciendo a voz en cuello: *Schtoch! Yasch! Menel! Klabyasch!*, mientras la Abuela lo ojeaba sardónicamente. Ella solía decir cuando se marchaba:

—Si tienes a un húngaro por amigo, no necesitarás enemigos…

No había fondo hostil en el señor Kreindl. Parecía amenazador por sus vociferaciones de instructor de reclutas, pero solo por eso. Antiguo alistado austrohúngaro, llevaba las marcas de la soldadesca: un cuello forzudo de empujar cañones, rubicundez de veterano, poderosa quijada y coronas de oro en la dentadura, un dejo de locura en la mirada, pelo suave bien corto y todo él napoleónico, por demás. Sus pies habían adoptado la postura marcial preconizada por Federico el Grande, pero a Kreindl le faltaban seis pulgadas de estatura para integrar una guardia prusiana. Ostentaba —eso sí— un magistral aire de independencia. Él, su mujer —callada y modesta frente al vecindario, pero un basilisco en casa— y un hijo estudiante de odontología vivían en lo que se daba en llamar el sótano inglés, en la parte anterior del edificio. El hijo, Kotzie, trabajaba de noche en la botica de la esquina, acudía al hospital del municipio como estudiante y es quien enteró a la Abuela Lausch de la existencia del dispensario gratuito. En realidad, ella lo había mandado llamar a fin de averiguar qué y cuánto podía obtenerse de las dependencias del estado o del municipio. Ella citaba en casa a la gente de la carnicería, de la tienda de ultramarinos, de la frutería y, recibiéndola en nuestra cocina, explicaba a todos que era menester hacer rebajas a la familia March. Mi madre, por lo regular, presenciaba estos manejos. Decía la anciana:

—Ya ve usted cómo es. ¿He de agregar más? Falta un hombre en la casa y hay niños que criar.

Tal era lo principal de su argumento. Cada vez que nos visitaba Lubin, el asistente

social, ya casi de la familia, calvo, con lentes de montura de oro, cómodo en su peso, paciente en sus respuestas, y tomaba asiento en la cocina, ella le enjaretaba algo así:

—¿Cómo espera usted que se críen estos niños? ¡Cuéntemelo usted!

Él la oía tratando de conservar la calma, pero luego iba poniéndose como quien ha resuelto no dejar escapar el saltamontes posado en su mano y respondía:

—Pues, señora mía, la señora March podría subirle a usted su alquiler…

Y la Abuela replicaría, enviándonos fuera con ese objeto:

—¿Sabe usted cómo andarían aquí las cosas, sin mí? ¡Gracias debería darme por mantenerlos unidos!

Y creo que habría añadido:

—Ya verá usted con qué cuadro se encuentra, señor Lubin, cuando ya no forme yo parte de este mundo.

De ello tengo la absoluta certeza. A nuestros oídos jamás llegó nada capaz de debilitar su dominio, insinuando el final de este. Por lo pronto, habríamos acusado duramente el impacto. En su prodigiosa familiaridad con nuestras almas, ella obraba como el soberano que entiende finalmente la mezcla de amor, respeto y miedo que alienta en el corazón de sus súbditos: por lo tanto, no nos propinaba sobresaltos. Pero a Lubin sí, ya que ella seguía cierta política, además de sentir lo que sentía y tener que expresárselo. Él la sufría con exasperada resignación, del tipo de «Líbreme Dios de estos clientes», aunque intentaba parecer dueño de la situación. Sostenía su sombrero de hongo entre los muslos (sus ternos, de pantalones demasiado cortos siempre, dejaban al descubierto calcetines blancos y zapatos recios, negros, con mucho pliegue y marcas de dedos abultados) y miraba dentro de él como si hubiese estado considerando lo oportuno de soltar al saltamontes por un rato.

—Yo pago tanto como está a mi alcance —solía decir ella.

Sacaba el estuche de cigarrillos escondido en su chal, cortaba un Murad en dos partes iguales con sus tijeras de coser y cogía la boquilla. Aún era el tiempo en que las mujeres no fumaban: exceptuada la clase intelectual, clase a la que ella se suscribía. Con la boquilla entre sus encías pequeñas y oscuras, a través de las cuales brotaba toda su astucia, su malicia, su autoridad, la Abuela ideaba inspiradas tácticas. Tenía tantas arrugas como una bolsa de papel usada; era una autócrata, intransigente y un jesuítico viejo halcón bolchevique pronto a caer sobre su presa, con sus piececillos grises apoyados en la caja y taburete de lustrabotas que Simón había construido en la clase de trabajo manual, con la perra Winnie, sucia y lanuda, junto a sí, dando mal olor. Si bien es cierto que ingenio y descontento no van por fuerza de la mano, no es esta anciana la persona de quien lo aprendí. Era imposible complacerla. A Kreindl, por ejemplo, en quien podíamos confiar, que cargaba con el carbón cuando Mamá estaba mala y pedía a Kotzie que preparase nuestras órdenes facultativas gratis, la Abuela lo llamaba «aquel húngaro de pacotilla», o bien «cerdo húngaro». Llamaba a Kotzie «manzana asada», a la señora Kreindl «gansa encubierta», a Lubin «el hijo del zapatero», al dentista «el carnicero», al carnicero «el

tímido estafador». Aborrecía al dentista, quien en varias ocasiones había tratado de ponerle una dentadura postiza. La Abuela le acusaba de quemarle las encías cuando él le sacaba las impresiones dentales. Pero también es verídico que ella intentaba arrancarle las manos de su boca. Soy testigo: el impasible doctor Wernick, de constitución cuadrada, cuyos sólidos antebrazos podrían haber repelido a un oso, penosamente, resuelto, pero ansioso por los gritos ahogados de la Abuela, aguantaba sus arañazos. Verla forcejear de tal manera no era fácil para mí. Sé que al doctor Wernick le daba pena verme a mí, obligado como Simón, a escoltarla a donde fuere. En especial aquí necesitaba ella de alguien que diese testimonio de la torpeza y crueldad del doctor Wernick y fuese un sostén para el regreso. A la edad de diez años, yo tenía casi su altura y el desarrollo bastante para soportar su peso.

—Tú viste con tus ojos cómo me tapaba la cara con sus manazas, para que yo no pudiese respirar —decía la Abuela—: Dios le ha hecho para carnicero, ¿a qué dentista, entonces? ¡Qué mano pesada tiene! Lo principal en un dentista es la sensibilidad en las manos. Si sus manos no sirven, no deberían permitirle ejercer… Claro que la mujer de él se deslomó para que se licenciara. ¡Ahora me toca a mí ir a verle y dejarme abrasar hasta el alma!

Nosotros, los demás, no podíamos sino recaer en el dispensario —que era como un sueño con un sinfín de sillones de dentista, centenares de ellos alojados en un gigantesco arsenal, y verdes cuencos con diseño de uvas, de cristal, tornos erigidos en zigzag como patas de insecto y mecheros de gas en las bandejas giratorias de porcelana—, una tonante lobreguez en la calle Harrison de edificios municipales de piedra caliza y voluminosos tranvías encarnados con ventanillas enrejadas y salvavidas del tipo monárquico de mostachos de hierro por delante y por detrás. Se movían con pesadez y estruendo, dando campanadas, y sus tambores de freno resollaban en la nieve lodosa de las tardes invernales y en lo pardo de la piedra en las estivales, espolvoreadas de ceniza, humo y polvo de la pradera. Eran largas las paradas en la clínica del municipio, para que se apeasen cojos, lisiados, gibosos, los que blandían muletas, los mártires de sus muelas, las víctimas de sus ojos y toda la caravana.

Cada vez que iba yo a acompañar a mi madre para conseguirle gafas en el dispensario, recibía instrucciones de la Abuela a las que mi madre tenía obligación de asistir. Estaban proscritas las burradas. Mamá debía ejercitarse en el silencio. Mi cometido era dar todas las respuestas:

—Recuérdalo, Rebecca —amonestaba la Abuela.

Mamá, de tan obediente, no se atrevía a contestar que sí: permanecía sentada, cruzando sus largas manos sobre la tela tornasolada del vestido que la anciana le había escogido para el caso. Suave y lozana, la tez de Mamá. Ninguno de nosotros había heredado de ella el color subido ni la forma respingona de la nariz, cuyo tabique se notaba en parte.

—Tú no te metas en esto —la adoctrinaba la Abuela—. Si te preguntan algo, mira

a Augie, así.

E ilustraba con precisión de espanto cómo debía Mamá volverse hacia mí, salvo, por supuesto, los aires de reina.

—No te pongas a contarles nada; responde, apenas —me decía a mí.

Mi madre se mostraba afanosa de que yo mereciera la confianza de la Abuela siguiendo fielmente sus preceptos. Simón y yo constituimos milagros o accidentes en su vida; Georgie era, en cambio, su verdadera obra, a través de la cual ella se incorporaba a su destino después de haber obtenido efectos excelsos e inmerecidos.

—Augie: escucha a la Abuela, pon atención —es cuanto se animaba a decir cuando la Abuela daba a conocer su plan.

—Cuando te pregunten: «¿Dónde está tu padre?», tú dirás: «No lo sé, señorita». Si ella quiere saber dónde estaba parando la última vez que recibiste noticias suyas, le dirás que la última vez que nos envió un giro postal lo hizo desde Buffalo, estado de Nueva York, hace años. ¡Ni una palabra acerca de la Beneficencia! Ni mencionarla, ¿estamos? Nunca. Cuando te pregunte en cuánto está el alquiler, dile dieciocho dólares. Cuando te pregunte de dónde viene el dinero, dile que tenéis huéspedes. ¿Cuántos? Dos. Bien; ahora dime, ¿a cuánto el alquiler?

—Dieciocho dólares.

—¿Cuántos huéspedes?

—Dos.

—¿Cuánto pagan?

—¿Cuánto debo decir?

—Ocho dólares cada uno, a la semana.

—Ocho dólares.

—Así que, con sesenta y cuatro dólares al mes, no podéis ir a una consulta privada. Las gotas para los ojos, solamente, me costaron cinco dólares y me escaldaron los ojos. Y estas gafas —añadió, asestando unos golpecitos al estuche— salieron diez dólares la montura y quince los cristales.

Excepto en ocasiones como esta, por necesidad pura, no mencionábamos a mi padre. Yo afirmaba recordarlo y Simón lo negaba, con razón. En realidad, me complacía imaginármelo.

—Vestía uniforme —insistía yo—: ¡Claro que lo recuerdo! Era soldado.

—¡Un cuerno! Tú no sabes nada.

—Quizá marino…

—Un cuerno. Él conducía un camión para la lavandería de Hall Hermanos, en Marshfield. Eso hacía. Yo dije una vez que él usaba uniforme. Lo que el mono ve, el mono imita; lo que el mono oye, el mono repite.

El mono era fuente de considerable reflexión entre nosotros. En el aparador, sobre el tapiz continuo del Turquestán, con la boca, orejas y ojos tapados, teníamos a una trinidad menor de la casa: el mal no se mira, ni se dice, ni se escucha. La ventaja de los dioses menores es que puedes tomar sus nombres en vano. «Silencio en la sala,

que el mono quiere hablar: habla, mono, habla». «El mono y el bambú jugaban en la hierba…». No obstante, los monos adquieren poder en ciertas ocasiones, amén de resultar pavorosos en tal caso, y ser críticos sociales de respeto cuando la anciana, como un gran lama —pues, a fin de cuentas, ella es oriental para mí—, señalaba los tres monos en cuclillas, con las bocas y ventanas de la nariz dibujadas de rojo y sangre, y decía con sabiduría mientras lo duro de sus palabras se tocaba con la grandeza:

—Nadie os pide que améis al mundo entero, sino solo que seáis honestos, *ehrlich*[3]. No os jactéis de nada. Cuanto más queráis a la gente, tanto más os confundirán. Un niño ama; el adulto respeta. El respeto vale más que el amor. Aquel mono, el del medio, simboliza el respeto.

Nunca se nos ocurrió pensar que ella misma pecaba maliciosamente contra el convulso simio que se tapaba la boca con las manos, pero jamás se nos ocurría criticarla y mucho menos cuando la resonancia de algún magno principio hacía vibrar la cocina.

La Abuela nos daba lecciones de vida que estaban más allá de las posibilidades del pobre Georgie. Él solía besar a la perra, en un tiempo pendenciera doncella de la anciana y ahora maniática cascarrabias, soñolienta y suspirosa, entre digna de ser respetada por sus años de justas, mas no adorables ocupaciones. Pero Georgie la adoraba a pesar de todo. Y a la Abuela también, a quien besaba en la manga, en la rodilla, cogiendo la rodilla o el brazo en ambas manos y sacando su labio inferior hacia delante, casto, chapucero, tierno y diligente en sus caricias cuando curvaba sus angostas espaldas, con la blusa entalegándolo todo, con su pelambre blanquecina y puntiaguda, tupido como un erizo o un girasol ya sin semillas:

—Oye, muchacho, tú que eres astuto, ¿quieres a esta vieja abuela, ministro mío, mi *cavalier*[4]? ¡Así me gusta! Tú sabes bien quién cuida de ti y te da buche y pescuezos. ¿Quién te hace tallarines? Sí. Los tallarines son escurridizos, difíciles de coger con el tenedor y difíciles de coger con los dedos. ¿Ves cómo tira el pajarillo de la lombriz? La lombricilla prefiere quedarse en la tierra. Ella no quiere salir. Basta ya, estás empapándome el vestido.

Entonces daba a su frente un empujoncillo seco con su vieja mano escrupulosa, habiendo cumplido su deber respecto a Simón y a mí, su deber de abrirnos los ojos; una advertencia de las suyas acerca de los corazones ingenuos rodeados de los recios y astutos, la lucha natural entre pájaros y lombrices y una humanidad desesperada e insensible. Todo esto ejemplificado en Georgie; pero la ilustración fundamental no era él sino Mamá, esclava por afecto, simplota y ahora abandonada con tres niños. Esto es lo que la anciana Lausch se había propuesto mostrarnos, ahora que, en la sabiduría del ocaso de su vida, ella tenía una segunda familia que dirigir.

¿Y qué habrá pensado Mamá cuando, por necesidad, introducíamos a mi padre en la conversación? Permanecía sentada y sumisa. Imagino que recordaría algún pormenor en cuanto a él; un plato que le hubiera gustado, acaso carne y patatas, quizá

coles o salsa de arándanos; o, tal vez, que no le gustaban las camisas de cuello duro, o las de cuello blando; y que solía comprar el *Evening American* o el *Journal*. Pensaría en esto porque su pensar siempre había sido sencillo; pero sentía el abandono: dolores más fuertes que cualquier dolor consciente habían trazado una veta oscura en su simpleza. No sé cómo se las habría apañado antes, mientras estuvimos solos sin mi padre, mas luego sobrevino la presencia de mi Abuela, quien irrumpió con mano férrea en la vida familiar. Mamá cedió poderes que tal vez nunca había sospechado que tuviese; su castigo fueron el trajín y la fatiga. Supongo que ocupó un lugar entre las mujeres conquistadas por un arrebato de amor, como las que raptaba Zeus convertidas en animales y que tenían que ocultarse luego de las iras de su divina consorte. No es que vea yo a mi madre —corpulenta, suave, gastada fregona— como a un fugitivo de inmensa hermosura, que escapa de cólera tan distinguida, o a nuestro padre como a un habitante del Olimpo con extremidades de mármol. Ella trabajaba haciendo ojales para una fábrica de chaquetas de la calle Wells; mi padre conducía el camión de una lavandería: de él no había quedado una foto, siquiera. Pero Mamá sí tenía ganado un sitial entre tales mujeres por el derecho que le confería el haber padecido un perpetuo castigo. En cuanto a persecuciones por parte de una mujer, he ahí a la Abuela Lausch para aplicarlo, bajo las normas de la legitimidad.

Comoquiera que fuese, era piadosa la anciana: no deseo dar a entender lo contrario. Se portaba como un déspota lleno de presunción acerca de su glorioso pasado en Odessa, rodeado de servidores e institutrices; si bien ella había conocido el éxito en la vida, también sabía lo que era arruinarse por exceso de susceptibilidad. Empecé a darme cuenta de esto cuando leí algunas novelas que me enviaba a buscar a la biblioteca pública. Me enseñó a descifrar el alfabeto cirílico para que yo leyese los títulos. Una vez al año volvía a *Ana Karenina* y a *Eugenio Onegin*. A veces yo me metía en apuros por haberle traído un libro que ella no quería:

—¿Cuántas veces he de decirte que si no dice *novela* no lo quiero? No has mirado dentro. ¿Tienes debilitados los dedos? ¿No puedes abrir el libro? En tal caso también estarán débiles para jugar a la pelota o metértelos en la nariz. ¡Para eso sí! *Bozhe mou!* ¡Dios santo! Ni el cerebro de un gato. Caminas una legua y me traes un libro de religión porque lees Tolstoi en la tapa.

No quiero dejar una impresión falaz de la anciana *grande dame*. Ella temía que algún vicio hereditario —la desatención— hiciese de nosotros una familia de explotados. No tenía el menor interés en saber qué pensaba Tolstoi de la religión. No confiaba en él en cuanto hombre de familia, debido a las muchas dificultades maritales que la condesa Tolstoi, su mujer, había padecido por su causa en una larga vida.

Pero, aunque la Abuela nunca iba al culto en la sinagoga y comía pan común durante la pascua judía y enviaba a Mamá por carne de cerdo (era menos cara) y demostraba inclinación por la langosta envasada y otros alimentos prohibidos, imposible tildarla de atea y librepensadora. No: ateo y librepensador era el señor

Anticol, el traficante en hierro viejo, trapos y papeles a quien ella apodaba indescifrablemente Ramesés, por la ciudad nombrada en las Escrituras junto con la de Pitom. Anticol sí era un verdadero rebelde ante Dios. Glacial y prudentísima, la Abuela le escuchaba sin abrir la boca. Él era a la vez rubicundo y sombrío; su coriácea gorra de sarga desmochaba el perfil de su cabeza; su voceo de trapero había enronquecido su garganta a perpetuidad. En vez de pelo tenía cercas; su mirada era despectiva y todo él, morrudo, hirsuto, escrupuloso y avejentado. La Abuela le había comprado la edición de 1892 —creo— de la *Encyclopaedia Americana* y se ocupó luego de que Simón y yo la leyéramos. Cuando acertábamos a cruzarnos en su camino, Anticol nos preguntaba por la enciclopedia, creyendo que ella enseñaba irreverencia a lo religioso. A él le había vuelto ateo una matanza de judíos en su pueblo natal. Desde el sótano en que estaba oculto, Anticol vio orinar a un campesino sobre el cadáver del hermano menor de su mujer.

—Así que no vengáis a hablarme de Dios —decía. Con la salvedad de que él mismo hablaba de Dios sin cesar. Y mientras la señora de Anticol permanecía devota, él abrigaba la idea de convertirse en un soberano déspota para escandalizar a los judíos ricos que iban a la sinagoga reformista en las fiestas de importancia: aparcar su caballejo de ojos rosados entre los espléndidos automóviles en tanto aquellos se destocaban dentro del templo como si hubieran sido público de teatro, con cierta cobardía y bajeza que a él lo divirtió por el resto de sus días. Por fin, Anticol cogió un resfriado bajo la lluvia y murió de congestión pulmonar.

La Abuela, no obstante, encendía una vela en el aniversario de la muerte del señor Lausch, arrojaba un bollo de masa al fuego —cuando ella cocinaba— como una suerte de ofrenda, pagaba para que cantasen las especialistas conjuros del mal de ojo: religión de cocina, sin un mínimo nexo con el Ser Supremo, la descomunal deidad que dividió las aguas del mar Rojo y fulminó a Gomorra, pero que al menos estaba de una parte de Él y no en contra. Mencionaré de paso, por su pareja situación, a los polacos del vecindario. Nosotros éramos apenas un puñado de judíos entre ellos y sus estampas del tumefacto y sangrante corazón de Jesús, sus láminas de los santos, los canastillos de flores en caso de duelo, sus comuniones, Pascuas y Navidades. De vez en cuando éramos perseguidos, apedreados, mordidos y magullados por ser los asesinos de Cristo, nosotros todos y aun Georgie, aprendiz él —quisiéralo o no— de tan misterioso oficio. Jamás me sobrevino especial daño de las tales cacerías, ni me puse a cavilar al respecto, ya que mi temperamento vocinglero y parrandista no era de tomar nada a pecho: yo clasificaba aquellas actividades como cosa de gamberros, guerrillas callejeras de palo y piedra, gamberradas de tardes de otoño que terminaban en una cerca rota, niñas atemorizadas y algún forastero contuso. A veces los propios compañeros de escuela te acorralaban en un callejón, como participantes en bandas juveniles, pero mi naturaleza impedía que yo me fatigase preocupándome acerca de un mundo en que se da esta labor de iniciados como hecho corriente. Simón tenía menos que ver con ellos. Absorbido por el estudio, tenía, por lo demás, sus

convicciones: un epítome de Natty Bumppo, Quentin Durward, Tom Brown, Clark en Kaskaskia, el mensajero que trajo buenas noticias de Ratisbona y otros, que le reconcentraban en lo suyo. Yo no era más que un lerdo sobresaliente en esto. Tampoco logró Simón que yo invirtiese horas de mi vida en desarrollar mi musculatura con aparatos, ni siquiera el que usaba para fortalecer los tendones de la muñeca. Yo me metía fácilmente en amistades, pero las más de las veces estas se cortaban por fuerza de lealtades previas. Por bastante tiempo anduve con Stashu Kopecs, cuya madre era partera licenciada en la Escuela de Obstetricia situada en la avenida Milwaukee. Gente pudiente, los Kopecs eran dueños de una pianola eléctrica, linóleo en todas las habitaciones y demás, pero Stashu era ladrón y para andar con él yo robaba también: carbón de los trenes, ropa de los tendederos, pelotas de caucho de los bazares de artículos baratos y monedas de los puestos de periódicos. Esto era para dárnoslas de diestros, principalmente, si bien Stashu inventó el juego de desnudarnos en el sótano y vestirnos de mujer con lo que hubiéramos hurtado de ropa puesta a secar. De pronto resultó que él formaba parte de una banda de golfos, asimismo, por la que fui atrapado en una tarde de frío y poca nieve mientras yo comía unas obleas Nabisco sentado en un cuévano que sobresalía de un lodazal congelado y con la garganta llena de dulzor. En primer plano se pavoneaba un mozuelo desalmado, de unos trece años de edad, un sietemesino recio y de semblante agraviado. Me formuló una acusación respaldado por el grandullón de Moonya Staplanski, recién salido del reformatorio de St. Charles y encaminado ya al de Pontiac.

—Oye, judío cabrón, tú has golpeado a mi hermano —dijo Moonya.

—Yo, nunca. Si ni lo conozco.

—Le has quitado una perra gorda. ¿De dónde esos bizcochos, si no?

—Estaba en casa.

Entonces alcancé a ver a Stashu, con su pelo pajizo y mofándose de mí, complacido hasta el ombligo de su engaño y hermandad con los otros; y le dije:

—Piojoso, mierdica, tú bien sabes que Moonya no tiene hermano.

En esto me atizó una bofetada y la banda se me vino encima, secundada por Stashu: arrancaron las hebillas de mi zamarra y me hicieron sangrar la nariz.

—¿De quién es la culpa? —preguntó la Abuela Lausch cuando estuve de regreso —. ¿Sabes quién? Tú mismo, Augie, porque tus entendederas no llegan a más que para andar con el hijo de esa *accoucherka*. ¿Acaso Simón holgazanea así? No, señor. Simón sabe lo que hace.

Agradecí al Cielo que nada supiera ella de nuestros hurtos. Dado su temperamento pedagógico, se sentía conforme de que yo pudiese descubrir adonde llevan los efectos fáciles. Mamá, ejemplo eminente de este tipo de flaqueza, se mostró horrorizada en cambio. No se atrevía, sin embargo, a mencionar sus sentimientos durante la vista de la causa, pero luego, en la cocina, solos ella y yo, examinó mis rasguños susurrándome cosas y suspirando mientras Georgie se tambaleaba tras la figura larga y blanca de Mamá y Winnie bebía ruidosamente bajo

el sumidero.

2

Desde los doce años cumplidos en adelante, cada uno de nosotros fue colocado por Mamá en algún empleíllo temporal a fin de que supiésemos, aun rudimentariamente, qué es eso de ganarse la vida. Pero para mí ella encontró ocupación incluso antes. Dejando a Georgie en la escuela, donde daban clases matutinas para retrasados mentales, debía presentarme en el Star Theatre de Sylvester para recibir los folletos que repartiría luego y esto, por convenio de la Abuela y el padre de Sylvester, conocido del cenador del parque en que se congregaba la gente muy mayor.

Si a nuestro apartamento interior llegaba la especie de que estaba óptimo el clima —tibio y sin brisa, como le gustaba a la Abuela—, esta pasaba a su cuarto y se ponía el corsé, reliquia de su época de corpulencia y su vestido negro. Mamá solía prepararle un termo de té. Luego, con un sombrero adornado con patas de tejón, la Abuela iba al parque, llevándose un libro que no pensaba leer: demasiado parloteo en el cenador, para concentrarse en la lectura. El cenador era una zona para gente con miras matrimoniales. Cerca de un año después del fallecimiento del viejo ateo, la señora Anticol se agenció un segundo marido. Su pretendiente, un viudo, viajó desde Iowa City con el único propósito del enlace; andando los meses, hubo noticias de que él mantenía virtualmente prisionera en casa a la señora Anticol y que la había hecho renunciar ante escribano al derecho de heredarle. La Abuela no fingió conmiseración; dijo apenas: «Pobre Bertha»; mas con la sorna que la distinguía, fina y juguetona como cuerda de violín, se arrogó el mérito de creer que nunca segundas partes fueron buenas. Hace mucho he dejado de pensar que, con el tiempo, los seres humanos abjuran de las cosas en que, de jóvenes, han tomado parte activa. Es esto, empero, lo que pretendía la Abuela que creyéramos —«una vieja *Baba* como yo»—; por lo mismo, aceptábamos su aserto de que ella había hecho a un lado toda vanidad con la sabiduría desinteresada de la vejez. Pero si bien no tuvo nunca una nueva oferta matrimonial, descarto que eso le importaba poco. No por nada era lectora asidua de *Ana Karenina* y de otra obra predilecta: *Manon Lescaut*. Si andaba de buen talante, la Abuela se jactaba de su talle y caderas; de manera que, como jamás renunció, que yo sepa, a ninguna gloria ni influencia que tuviese, estimo que vestir su corsé y arreglarse el pelo en el dormitorio no constituía un hábito, sino el empeño de fascinar a algún Vronsky o Des Grieux septuagenario. A veces me inducía a ver en sus ojos independientemente de su tez amarillenta y sus manchas de vejez, sus arrugas y el flequillo seco, a una mujer joven y rencorosa.

Cualesquiera sus móviles en el ambiente del cenador, la Abuela no se olvidaba de nosotros y así obtuvo mi colocación de repartidor de folletos a través del viejo Sylvester, apodado el Panadero porque usaba pantalones blancos y una blanca gorra de jugar al golf. Padecía este de perlesía —de donde viene lo de que hacía roscos—, pero se trataba de un individuo limpio, parco en el hablar, serio en la intención de sus ojos inyectados, reconciliado con su dolencia mediante un esfuerzo de voluntad que

se reflejaba directamente en la curva de su mostacho canoso, con forma de herradura. Presumo que con Sylvester se comportaba la Abuela tan seductoramente como con otros, hablando mucho de la familia a la cual amparaba; lo cierto es que él me acompañó a ver a su hijo, hombre joven a quien el estado de su bolsillo y la ansiedad acerca de su familia mantenía en un sudor frío, al parecer. Algo —ora su negocio de sombras, ora el vacío de público a las dos de la tarde, ora el violinista que tocaba apenas para el operador y él mismo— hacía que Sylvester hijo penara cada vez que desembolsaba mis veinticinco céntimos de salario y esto lo volvía rudo conmigo: «He tenido chicos que arrojaban los folletos en la alcantarilla. ¡Ay de ti si te pesco en eso: mira que hay modos de averiguarlo!», me enjaretaba. Y sabiendo yo que era capaz de seguirme por mi ruta para ver qué diabluras le haría, yo iba alerta, esperando ver en la calle su principio de calva y sus ojos acongojados, tan pardos como los de un oso.

—Yo me sé un par de trucos con que escarmentar a cualquier gilipollas que intente jugarme una pasada —me advirtió. Sin embargo, el día en que me hubo cobrado la confianza que en un principio le merecí, porque yo obedecía al pie de la letra sus directivas respecto al modo eficaz de colocar los folletos, Sylvester me convidó con agua de seltz y una golosina llamada delicia turca; dijo que, así estuviese yo algo crecido, me encargaría de revisar las entradas o de la máquina de palomitas de maíz que él pensaba adquirir; un año de estos, además, contrataría un gerente que lo reemplazara mientras él, Sylvester, se matriculaba nuevamente en el Armour Institute para licenciarse definitivamente de ingeniero. Apenas le restaban dos años de estudio y su mujer lo perseguía para que lo hiciera. Por lo visto, este hombre me tomaba por una persona mayor, igual que la gente que iba al dispensario, pero yo no comprendía todo lo que me quería decir.

Sylvester se equivocó conmigo, un tanto, pues yo vivía pendiente de la oportunidad de deshacerme de los folletos arrojándolos por la cañería de desagüe, puesto que esto hacían los otros chicos. O bien entregaba fajos de folletos a los compañeros retardados de Georgie, cuando pasaba yo a buscarlo por aquella escuela de aspecto penitenciario y ladrillos similares a los de la fábrica de hielo o la de ataúdes, que eran sus principales vecinos, en tamaño. Esta escuela tenía la lobreguez de las cárceles del mundo entero, techos altísimos y pisos en que las pisadas repetidas hasta lo infinito habían formado senderos excavados. En verano, una esquina del edificio quedaba abierta para los retrasados. Entrando, trocabas la llovizna que imperaba en la fábrica de hielo por un confuso rumor de voces, tijeras y las órdenes de los maestros. Yo me sentaba en las escaleras a esperar a Georgie, dividía los volantes en fajos y luego me ayudaba mi hermanito a deshacerme de ellos. Después de la mano me lo llevaba a casa.

Aunque Georgie amaba a Winnie de todo corazón, le amedrentaban los perros desconocidos y, como él olía a ella, resultaba atractivo para esta chusma que no hacía otra cosa que olfatear sus piernas; así que yo llevaba guijarros en los bolsillos para dispararles.

Fue este nuestro último verano de holganza. Al siguiente, tan pronto como hubo finalizado el curso escolar, Simón fue enviado a prestar servicio como botones en un hotel de turismo en Michigan y yo, a Chicago norte, a echar una mano a Coblin en su reparto de periódicos. Ahí tenía yo que menearme, porque los periódicos arribaban al cobertizo de madrugada, a la par que nosotros vivíamos a media hora de allí en tranvía. Pero yo no me sentía en manos extrañas, ya que Anna Coblin era prima carnal de mi madre y en la casa me trataban como a un pariente. Hyman Coblin vino a buscarme en su Ford; George gimoteó al irme, demostrando con ello sentimientos que Mamá se reservaba para no ser censurada por la Abuela. Entonces hubo que encerrar a George en la sala. Yo le senté a la vera de la estufa y me marché. La prima Anna plañía por cuenta de todos y me empastó a besos, viéndome mustio por la extrañeza de dejar el hogar: una emoción temporal, para mí, y casi prestada de mi madre, que veía reclutar a sus hijos importunamente para que realizasen trabajos duros. Pero fue Anna Coblin, quien condujo las negociaciones de empleo en mi caso, la persona que más lloró. Estaba descalza, su cabellera era enorme y su vestido negro, mal abotonado, la desmerecía.

—Te trataré como a un hijo —me prometió—: como a mi Howard.

Cogió mi saco de lona y me instaló en el cuarto de Howard, situado entre la cocina y el cuarto de baño.

Howard había huido de su casa. Junto con Joe Kinsman, hijo del dueño de la funeraria, Howard había mentido acerca de su edad y se había alistado así en la Infantería de Marina. Ambas familias estaban tratando de hacerles dejar las filas, pero entretanto los dos muchachos habían sido expedidos a Nicaragua, donde lucharían contra Sandino y sus rebeldes. Anna lloraba la pérdida de su hijo como si este ya hubiera muerto. Debido a su tamaño y trepidante energía constitucional, ella engendraba excesos de toda clase, aun físicos; lunares verrugosos, ampollas, pelos, tolondrones en la frente y demás; ella lucía una cabellera rojiza que surgía en espiral, definida y hermosamente, enmarañándose conforme se ensanchaba hacia arriba y hacia los lados de la cabeza, cortada al estilo patito por detrás y en volutas sobre las orejas. Poderosa en su origen, la voz de Anna estaba estropeada por obra del asma y el mucho llorar, cobrizo el blanco de sus ojos por igual motivo; un semblante, en suma, lleno de acrimonia, lastimero, pero ardiente a la vez, y un espíritu indomeñado por el pensamiento o por las remotas especulaciones capaces de reconciliar a la gente con un destino atroz, peor que el de ella. Porque —decía la Abuela Lausch con su propensión a lo esencial—, ¿qué pretendía una mujer así? Sus hermanos le habían buscado un marido; a este le habían comprado un negocio; ella había tenido dos hijos, casa propia y algunos bienes raíces. Caso contrario, Anna podría haber estado todavía en la sombrerería donde comenzó, en el Loop de la avenida Wabash… Esto es lo que oímos de labios de la Abuela después de una visita que le hizo Anna, como a una maga. La gorda se había amontonado dentro de un traje sastre, zapatos y sombrero; sentada en la cocina habló, mirándose fija y severamente en el espejo mientras lo

hacía, con expresión colérica; y continuó mirándose en los momentos amargos de su exposición, en plenas lágrimas. Mamá, envuelta su cabeza en un pañuelo moteado, estaba socarrando un pollo en el gas.

—Nada le ocurrirá a tu hijo, *daragaya*; verás como vuelve —dijo la Abuela mientras Anna sollozaba—. Otras madres tienen sus hijos allá.

—Es que yo le *dije* que dejara de verse con el de la funeraria. ¿Qué clase de amigo es ese, que lo ha arrastrado a esto?

Anna tenía catalogados a los Kinsman como mercaderes de la muerte y yo me enteré de que daba un amplio rodeo cuando iba de compras, a fin de eludir los salones de la empresa funeraria, aunque se hubiera jactado tantas veces de que la señora Kinsman era su amiga y hermana de logia. Estos eran los Kinsman ricos. El tío de Coblin, funcionario en un banco, había tenido su sepelio de casa Kinsman y Friedl Coblin y la hija de Kinsman tenían el mismo profesor de elocución. Friedl adolecía del impedimento de Moisés, cuya mano guio el ángel tutelar hacia las brasas; ella pasó de la tartamudez a la facundia ulteriormente. Varios años después la oí en un partido de fútbol americano en que yo estaba vendiendo salchichas calientes; ella no me reconoció, pero recuerdo haberla ejercitado en una canción «When the Frost Is on the Punkin» —y recuerdo también el voto de la prima Anna de que yo me casara con Friedl cuando fuese mayor. Ese voto estaba presente en sus lágrimas de bienvenida, cuando Anna me abrazó en el portal aquel día:

—Oye, Augie, ¡tú serás mi hijo, el marido de Friedl, *mein Kind*!

En ese instante mismo Anna había dado nuevamente por muerto a su hijo Howard.

Ella mantuvo vivo este proyecto de matrimonio por mucho tiempo. Cuando me corté mientras afilaba las hojas de la segadora de césped, Anna me dijo: «Esto sanará antes del día de tu boda». Y luego: «Lo mejor es casarse con un conocido de toda la vida, te lo juro. No hay nada peor que los extraños. ¿Me oyes? ¡Préstame atención!». Así que Anna tenía planeado el futuro, porque Friedl se le asemejaba tanto, que Anna vivía en la presciencia de su dificultad; ella, propiamente, había sorteado los escollos por la providencia de su hermano, faltando una madre que la auxiliara. Acaso sintiera que si no le hubiesen hallado un marido, habría sido destruida por el poder sofocado de sus instintos y privada de descendencia. Y el llanto que verter por los hijos que no hubiese tenido, la habría ahogado tan ciertamente como el agua del arroyuelo en que se suicidó Ofelia. Casarse cuanto antes es ventajoso. En su país de origen no se fomentaba la niñez. La madre de Anna se casó de trece años de edad, o catorce; a Friedl, por lo tanto, le faltaban cuatro o cinco solamente para casarse. La propia Anna había excedido este límite de edad por quince años, como mínimo, los últimos de los cuales fueron, me imagino, de un sufrimiento sin par, antes de que Coblin se hubiese convertido en su consorte. De acuerdo con esto, ella se había puesto en campaña: todo jovenzuelo era considerado como un probable partido para Friedl; presumo que no fui el único sino solo el disponible por el momento. A Friedl la aparejaron con

lecciones de música y baile, así como con elocución y asistencia a reuniones de la mejor sociedad del barrio. Ninguna otra razón explicaría el que Anna perteneciera a una logia; era mujer demasiado taciturna y casera para ello; se requería un magno propósito para haberla enviado su familia a tómbolas y funciones de beneficencia.

Anna se volvía un mal enemigo de quienquiera que desairase a su hija y esparcía rumores calumniosos acerca de la persona del caso: «La profesora de piano me lo ha contado, ella misma». Todos los sábados era la historia de siempre: cada vez que iba a dar su lección a Minnie Carson, el padre de la niña intentaba arrinconar a la maestra tras la puerta.

Este infundio, o bien la verdad, se convertía bien pronto en convicción de Anna. No le importaba quién la encarase ni aunque la profesora misma le rogase que desistiera: los Carson no habían invitado a Friedl a una fiesta de cumpleaños y así habían engendrado un enemigo enfrascado como un corso en la venganza.

Y ahora que Howard se había marchado, la totalidad de los enemigos de Anna resultaban implicados en su tragedia como agentes y delegados del demonio. Ella, en cama, se la pasaba llorando y maldiciéndolos.

—Oh Dios, Amo del Universo, que se les sequen manos y pies y también el cerebro —impetraba Anna lo que era el pan de cada día para ella.

Yacente en el claror del estío mitigado por los visillos y la catalpa del jardín, cubierta de compresas, toallas, trapos, se le veía lo escarpado del tronco; las plantas de sus pies resaltaban contra la blancura de las sábanas como borrones de grafito: pies de desastre bélico en las aldeas desmanteladas de la campaña de Napoleón en España, y las moscas, escalonadas sobre el largo hilo con que se accionaba el interruptor de la luz.

Mientras jadeaba y se agredía gratuita y cruelmente, infligiéndose dolores y temores, Anna denotaba la fuerza de voluntad de un mártir que ostenta una cabeza mutilada en el Paraíso hasta el día del juicio, parte integrante de los escuadrones de madres dolientes encabezados por Eva y Ana. Pues Anna era pavorosamente creyente, con ideas propias acerca de lo que es tiempo y lugar, de suerte que, para ella, el Cielo y la eternidad no distaban entre sí; su mundo estaba segmentado, aplanado y las cosas, metidas unas dentro de otras como los pisos y niveles de la Torre Inclinada, a la par que Nicaragua quedaba a un trecho no inferior al doble de la circunferencia de la Tierra respecto de Estados Unidos; ahí, el peso gallo Sandino —quién era él para Anna supera mi imaginación— se solazaba en matar al hijo de Anna.

La mugre que reinaba en casa de ella, mientras tanto, era asombrosa, particularmente en la cocina. No obstante, Anna cumplía sus deberes, edematosa, con ojos encendidos, lerda, vociferante al hablar por teléfono. Su rostro parecía iluminado por la magnífica pelambre que, al fin, la colocaba entre la realeza. Anna era puntual en la presentación de las comidas; Anna se ocupaba de que Friedl ensayara y practicara; Anna se molestaba en que las recaudaciones fuesen verificadas, contadas,

distribuidas —con las monedas envueltas en rollos— si Coblin no estaba presente para hacerlo por su parte; y, por último, Anna se responsabilizaba de que los pedidos nuevos fuesen atendidos.

—*Der… jener…* Angie, suena el teléfono. ¡Atención! ¡No olvides decirles que desde ahora la edición del sábado por la tarde cuesta más!

El día en que traté de tocar el saxófono de Howard, aprendí con cuánta presteza era capaz Anna de levantarse de su cama y cubrir la distancia que me separaba de ella. Irrumpiendo en la habitación, me arrebató el instrumento y puso el grito en el cielo:

—¡Ya estáis quitándole sus cosas a mi hijo!

Fue tal el bramido, que me puso los pelos de punta hasta la nuca. Vi también cuál sería la categoría de un futuro yerno con respecto al hijo de Anna. Ella no me perdonó aquel día, si bien sabía qué buen susto me había propinado. Me imagino que mi semblante no reveló la profundidad del agravio recibido y Anna creyó que me faltaba la contrición necesaria. Más próximo a la verdad está el hecho de no ser ya rencoroso, a diferencia de Simón, con su sentido sureño del honor y su peligrosa rapidez para vengarlo. Por lo demás, ¿es posible guardar inquina a persona tan fabulosa? Aun mientras me arrancaba el saxófono de entre las manos, Anna buscó con la mirada su reflejo en el espejuelo que había sobre la cómoda. Bajé al sótano, donde estaban las herramientas y las ventanas de tormenta, y ahí llegué a la conclusión de que sería imposible fugarme a casa, porque la Abuela Lausch me traería de una oreja. Me engolfé entonces en el motivo por el cual goteaba el inodoro, extraje la tapa de la cisterna y así pasé el tiempo, apañando, en tanto crujía y se combaba el piso de la cocina por sobre mi cabeza.

Tales efectos mecánicos debían de provenir de Five Properties[5], el monumental hermano de Anna, que andaba bamboleándose por la casa. Este hombre, de largos brazos, encorvado, con una cabeza que salía como de un tronco de árbol que creciera en su espalda, de pelo castaño verdoso y ojos plenamente verdes, claros, calculadores, primitivos y sardónicos, además de una sonrisa esquimal llena de simplicidad primitiva que permitía ver dientes de esquimal enterrados en altas encías; un hombre, en suma, bromista, gozoso y nada tranco: un patoso competidor por la riqueza. Conducía un camión de reparto de leche, un vehículo eléctrico de esos en que el conductor va de pie y las botellas dan contra las cestas de metal produciendo un estrépito de mil diablos. Por unas cuantas veces me llevó consigo; por manipular los envases vacíos me pagaba medio dólar. Cuando intente vérmelas con una jaula llena y pesada, me palpó costillas, brazos y muslos —esto le procuraba placer— y dijo: «todavía no; esperemos», y la acarreó él mismo. Five Properties era la chispa de alegría en las silenciosas y esmirriadas mantequerías polacas en las que recalaba, prodigando fintas y regates de púgil a los dueños o echando pestes de los italianos en italiano: «*Fangú…!*», y enseñándoles un brazo extendido y rígido en son de burlesca amenaza. Él se divertía una barbaridad y era sumamente perspicaz, según su

hermana. No hacía tanto tiempo, había tomado parte en el descalabro de algunos imperios, transportado en carretas los cadáveres de rusos y alemanas para ser sepultados en granjas polacas, ahora tenía dinero en el banco, existencias lácteas y además había contraído en el teatro judío el pavoneo del pretendiente detestado por todos: «Cinco propiedades. ¡Mucho dinero!».

Los domingos por la mañana, cuando los vendedores de globos se anunciaban con sus trompetillas en la serenidad y dulzor de las calles bajo el cielo azul, Five Properties bajaba a desayunar de traje blanco, escarbándose los dientes con escrúpulo, aplastado su pelo escita bajo un sombrero de paja. Aún olía a leche, como en los días de semana, pero… ¡qué magnífico esta mañana, curtido por el viento, pletórico él, con la sonrisa en que participaban prominentemente sus encías! Acto seguido, daba un pellizco a su hermana de ojos gastados por las lágrimas, mohína.

—¡Annitchka!

—Ve, ve a desayunar.

—Cinco propiedades. Mucho dinero.

A Anna se le dibujaba una sonrisa que ella pretendía suprimir; pero en realidad amaba a su hermano.

—¡Annitchka!

—¡Vete! Se ha perdido mi hijo. El mundo es un caos.

—Cinco propiedades.

—No me molestes, hombre. Ya tendrás un hijo, tú, y sabrás lo que es sentirse *wehtig*.

A Five Properties le interesaba poco o nada el desaparecido o muerto y lo declaraba a quien quisiera oírlo. ¡Al demonio con ellos! Él había usado sus gorras y zapatones mientras saltaban los cadáveres en su carretilla, entre disparos y explosiones. Lo que él tenía que decir era por lo general de jaez proconsular o espartano. Ejemplos: «No se puede ir a la guerra sin oler la pólvora»; «Si la abuela tuviese ruedas, sería una carreta»; o bien «quien con niños se acuesta, amanecerá mojado». «No tires piedras a tu tejado». Siempre, pues, una misma moraleja equivalente a: «De lo que te acontece, nadie es imputable más que tú». Esto es, dicho a la francesa —puesto que yo he invertido años en la capital del mundo—: *Tu Vas voulu, Georges Dandin*[6].

Puede inferirse qué clase de opinión habrá abrigado Five Properties del enrolamiento de su sobrino, pero no la comunicaba plenamente a su hermana:

—¿Qué más quieres? Recibiste carta la semana pasada.

—¡La semana pasada! —gemía Anna—: ¿Y desde entonces, qué?

—¿Qué? Alguna indiecita estará haciéndole cosquillas…

—¿A mi hijo? ¡No! —replicaba Anna, estudiándose en el espejo de la cocina.

Al parecer habían encontrado con quién entretenerse los muchachos. Una carta de Joe Kinsman a su padre contenía, sin comentario alguno, cierta instantánea de dos niñas nativas, de pelo negro y lacio, dándose la mano. Kinsman padre se la enseñó a

Coblin. Ninguno de ambos progenitores parecía incomodado o, por lo menos, ninguno juzgó conveniente el demostrarlo al otro: todo lo contrario. Pero a la prima Anna no le fue notificada la existencia de aquella fotografía.

Como padre, Coblin alimentaba ciertos temores respecto a Howard, mas no la furia de su mujer hacia Kinsman; mantenía, pues, el vínculo con este último desde la oficina ya que, desde luego, el dueño de la funeraria no podía pisar la casa. Las comunicaciones de Coblin iban dirigidas principalmente hacia fuera; el hombre llevaba una vida de movimiento, sin prisa y sin pausa. El contraste con Anna y su hermano empequeñecía a Coblin en apariencia, pero este era en verdad corpulento, macizo y calvo; sus facciones se veían chatas y redondeadas al mismo tiempo, con bolsas bajo los ojos, parpadeantes en forma casi cómica. Si hubieras tomado este tic por una expresión de mansedumbre, como es habitual, habrías errado: hay en este mundo tipos y costumbres que parecen diseñados para dar el mentís a la experiencia acumulada de la humanidad. Coblin no se doblegaba ante Anna ni ante Five Properties ni otros miembros de la familia. Era bastante afable; él tenía buenas razones de hacer esto o aquello y había dejado establecidos sus derechos con la firmeza de alguien que, cuando pelea sintiéndose en lo justo, es un enemigo peligroso. Y Anna cedía. Por consiguiente, las camisas de Coblin estaban siempre planchadas en el cajón que correspondía y, para su segundo desayuno —al regreso del reparto de la mañana—, había copos de maíz y huevos duros esperándole.

Las comidas en casa de los Coblin eran asombrosas en cantidad y calidad: Anna era partidaria del buen comer. Fuentes de macarrones sin sal ni pimienta ni mantequilla ni salsa, sesadas o guisos de bofe, gelatinas de patitas de ternera, escabeche frío de pescado, callos, sopa de maíz en conserva y botellones de naranjada gaseosa. Nada de esto repugnaba a Five Properties, quien solía untar el pan con manteca utilizando los dedos para hacerlo. Coblin, aunque de mayor refinamiento, no objetaba a ninguna práctica, considerando como natural el conjunto. Pero yo sé que cuando iba al centro a una asamblea de repartidores de diarios se alimentaba de otra manera.

En primer lugar, se quitaba el viejo traje de cuadros con el que hacía su recorrido cotidiano, para ponerse el nuevo. Como el «Sembrador» de Millet, Coblin sacaba los periódicos de un saco lleno de ellos. Para las asambleas usaba un sombrero de fieltro con el ala doblada para cubrirse los ojos al estilo detectivesco; iba con sus cuentas y un ejemplar del *Tribune* en el cual leía la tira cómica de los Gumps, los deportes, las cotizaciones bursátiles —puesto que él estaba especulando con acciones— y las novedades del hampa: quería ponerse al día en cuanto concernía a las andanzas de Colosimo y Capone en Cicero y de los O’Bannion en Chicago norte: por aquella época se cargaron a O’Bannion en Floristería, mientras alguien le estrechaba calurosamente su mano derecha, la de la pistola. Con todo este material, Coblin se subía al tranvía que pasaba por la avenida Ashland camino al centro. Al mediodía frecuentaba un buen restaurante o iba a Reicke’s para comer habas de Boston y pan

negro. De ahí a la asamblea, donde daba su charla el gerente de la distribución. Más tarde, tarta de manzana con helado y un café al sudeste del Loop, seguidos por un espectáculo barato en el Haymarket o Rialto o alguno más chabacano todavía en que la danza del vientre estaba a cargo de alguna negra o buscona salida de una granja y donde el propósito general era menos juguetón y más especializado.

Imposible saber qué idea se hacía Anna de estas salidas de Coblin. Digamos que ella estaba en una etapa pastoral y desértica de su desarrollo psíquico, inadaptado aún al escenario rimbombante del festín de Baltazar, que ocurrió con posterioridad, en épocas de ruda magnificencia. En rigor de verdad, la aptitud de Coblin para estas cosas no era grande. Hombre sólido, pero de escaso voltaje intelectual, Coblin administraba bien su negocio y no permanecía en el centro de la ciudad más allá del tiempo que le permitiese levantarse para trabajar, a la madrugada del otro día. Cierto es que jugaba a la Bolsa, pero por negocios, y al póquer, pero siempre por sumas razonabilísimas: lo que había en monedas en sus bolsillos cargados de suelto. Su benignidad no ocultaba ninguna doblez. En general me prodigaba buen trato salvo cuando por mal humor me instaba a darme prisa con el suplemento dominical. La culpa de esto era de Anna, quien, para lograr ser escuchada por su marido, debía ponerse en pie de guerra con él, lo cual producía el mal genio de este en consecuencia. Pero, si ella lo dejaba en paz, Coblin andaba de buenas, como aquella vez en que por inadvertencia me lo encontré en la bañera, erecto y mojándose con la esponja, en el espacio restringido, de tercera clase para inmigrantes, neblinoso de vapor que carecía de ventanillo para escapar de ese cuartucho. Habría sido embarazoso pensar que el padre de un infante de marina y una hija menor, además de cónyuge de Anna, fuese capaz de tan poca dignidad en tal trance. Pero yo nunca lo miré con severidad; no podía ver un libertino en quien siempre había sido el primo Hyman, hombre solícito y compasivo, generoso para conmigo.

Todos eran efectivamente generosos. La prima Anna era mujer ahorrativa, que hablaba de pobreza y poco gastaba en sí misma, pero que me compró un par de botas forradas para el invierno y una navaja grande de bolsillo por añadidura. Five Properties gustaba de traer golosinas, cajones de leche chocolateada y cajas ornamentales de confitura, barras de helado y tortas con relleno de crema. A él tanto como a Coblin lo obsesionaba la superabundancia. Raras veces compraban estos dos menos de una docena de determinado artículo, ora camisas de seda o ligas o medias con dibujo, ora barquillos en el parque cuando nos llevaban a remar en el lago a Friedl y a mí o bien bombones en el cinematógrafo, pródigo de billetes Five Properties o de moneda suelta el primo Hyman. Siempre se veía dinero aquí o allá, en distintos recipientes y en el escritorio de Coblin. Parecían convencidos de que yo no escamotearía nada y, acaso por ese derroche, yo jamás lo hice. Era fácil apelar a mí de tal manera, en caso de que se reconociese que yo entendía el estado de cosas, como cuando la Abuela me enviaba a cumplir un encargo que, por lo que a mí respecta, podría haber sido una correría: yo lo hubiera llevado a cabo con igual

entusiasmo. Así que no penséis que para impresionaros estoy diciendo que, hábilmente conducido, habríais obtenido de mí un Catón o un joven Lincoln capaz de caminar dos leguas en un vendaval de frontera, a punto de congelación, para devolver tres céntimos a un cliente. No presumo de estar hecho de esa madera legendaria. Pero ese par de leguas no me hubiesen resultado pesadas si alguien hubiera apelado a mis sentimientos. Todo dependía de la dirección de donde me llegaban las cosas.

Mi casa comportaba un neto contraste, cuando pasaba yo por ahí en los días francos. En casa de Anna se lavaban los pisos los viernes por la tarde, cuando ella se levantaba de la cama para fregar y luego cubría los pisos de hojas de periódico que absorbía la humedad y quedaban ahí hasta ser cambiadas la semana entrante. Allí se olía a cera y todo estaba en su sitio estudiadamente; barnizados los muebles, extendidos los tapetes de mesa, barato pero pulido el cristal tallado de bazar y el adorno de cuerno de alce, entronizado el reloj: todo tan reglado como el locutorio de un convento o cualquier otro ámbito en que se está preparado para el amor de Dios sobre una base de pulcritud doméstica y desvinculación del bullicio y oleaje brutales que se alzan sobre cada indefenso dique. La cama en que dormíamos Simón y yo abultaba con sus galas bordadas en la almohada y el cuarto, con los libros de héroes de Simón, gallardetes universitarios en fila… y las mujeres tejiendo junto a la ventana de la cocina y Georgie, entre los girasoles y los verdes postes del tendedero de ropa, siguiendo a Winnie —lenta de puro vieja— que iba a husmear donde se habían posado los gorriones.

Supongo que me habrá inquietado el ver cuán ausentes podíamos Simón y yo estar de aquella casa y con cuánta tersura perduraba ella sin nuestra presencia. Mamá ha de haberlo intuido y, para evitarme una desazón más, me hacía fiestas hasta donde le parecía permisible: me transformaba en una visita de mesa tendida con torta y mermelada. Así se daba realce al hecho de que yo trajese un sueldo a casa y yo me enorgullecía al entregarle los dólares bien doblados, sacándolos del bolsillo del reloj. Sin embargo, cada vez que una chanza de la Abuela me hacía reír más que de costumbre, de mí salía un ruido que era el eco de la tos ferina: poco me separaba aún de la infancia y, si bien estaba poniéndome larguirucho y mi cabeza ya había alcanzado su tamaño definitivo, todavía me vestían de pantalones cortos y cuello almidonado.

—Pues han de estar enseñándote cosas de importancia, por allá —decíame la Abuela—, esta es tu oportunidad de volverte culto y refinado.

Estaba jactándose, en realidad, de tenerme formado ya y de que nada podíamos temer de la vulgaridad ajena. Pero hacía falta una nota de comicidad, por si hubiese algún riesgo de que esto se notara.

—¿Y Anna? ¿Siempre llorando?

—Sí.

—El día entero. ¿Y qué hace él? La mira. Parpadea. Y la gurrumina que tartamudea. Ha de ser divertido. Y Five Properties, ese Adonis… ¿sigue buscando

novia, una norteamericana para casarse?

Así de diestramente echaba a pique la Abuela a quienes criticaba. Con su mano apergaminada —esos huesecillos—, la mano que había sido pedida en matrimonio, allá en Odessa, por un hombre de verdadero mérito, ella abría las compuertas y los torpes, inundados, se hundían con todo su dinero, su poder, su grasa, sus sedas, cajas de bombones y demás ringorrangos, mientras los agudos sonreían contemplando los efectos del naufragio. Para comprender esto, tendríais que saber como yo que el Día del Armisticio de 1922, la Abuela se recalcó un tobillo al bajar por las escaleras siendo las once, hora en que las fábricas ululaban solemnemente su festejo de esa fecha y en que la Abuela tendría que haberse quedado quieta en su asiento. Five Properties la levantó del suelo mientras ella gesticulaba y escupía, y la transportó con diligencia hasta la cocina. Pero la memoria de ella se concentraba en ofensas, fechorías y otros delitos menores, tan escasamente extirpables de su cerebro como lo era la arruga de patricia gravedad de su entrecejo: la disconformidad fue, como los elementos, parte de su naturaleza.

Five Properties tenía sumo interés en casarse. Comentaba su situación con medio mundo y, desde luego, también había consultado a la Abuela Lausch al respecto. Esta se enmascaró, como de costumbre, para aparecer considerada y cortés cuando en su alma secreta tildaba y coleccionaba lo que pudiese servirle para su archivo. Pero también vio en el asunto alguna ganancia personal: el estipendio del casamentero. Ella, siempre alerta a oportunidades negociables, había organizado cierta vez la entrada ilegal de algunos inmigrantes desde Canadá. Y sé que llegó incluso a un acuerdo con Kreindl, relativo a una sobrina de su mujer: Kreindl debería hacer de intermediario a la par que la Abuela alentaba a Five Properties por su parte. La estratagema abortó pese a que Five Properties se había mostrado entusiasta en un comienzo; un día, se presentó en el sótano de Kreindl peinado, cepillado y afeitado, carmesí, a fuerza de cuidados cosméticos, hasta las comisuras de sus ojos de esquimal. Pero la joven, tan delgada y paliducha, no lo satisfizo. Él tenía pensado encontrarse con una hembra de pelo negro, labios generosos y afición a la jarana, pero que estuviera de buen año. Se demostró caballeroso pues sacó a paseo, un par de veces, a la niña que había rechazado; le regaló una muñequita regordeta de mejillas encarnadas y una caja de bombones de color escarlata con ruedas de carreta: aquí se detuvo. La Abuela declaró luego que la joven lo había dejado a él. Creo, no obstante, que su acuerdo con Kreindl persistió y Kreindl no se dio por vencido. Siguió visitando a los Coblin en domingo, con lo que mataba dos pájaros de un tiro, dado que tenía que vender tarjetas de salutación para el Año Nuevo judío para obtener la comisión de un impresor, cosa que estaba en su línea. Kreindl solía comprar lotes de mercadería surtida y, también, llevar a gente del barrio a las mueblerías de la calle Halsted cuando se enteraba de que se necesitaba un juego de dormitorio, por ejemplo.

Kreindl hizo un juego astuto con Five Properties. Yo los veía, confabulando en el cobertizo. Kreindl llevaba su historia de soldado pegada a sus afanosas y escarnecidas

espaldas. Su rostro abotargado procuraba expresar las virtudes de una damisela de la época y se inflaba hasta la coronilla: niña de buena familia, nutrida por mano de su misma madre con lo más puro y níveo en comidas, criada sin crudeza ni enfrentamientos, dueña de pechos puntuales en su aparición, sin malos pensamientos todavía; en otras palabras: destilando un caldo clarísimo… Me pongo en el lugar de Five Properties, escuchando, de brazos cruzados y sonriente, como despreciando. ¿Podía ser una criatura tan suave, tan dulce, tan blanca? ¿Y si luego se volviera áspera, crasa, ordinaria a poco de casada y se quedase en la cama, comiendo galletas de higo, corrupta y holgazana, enviando mensajes por la ventana a mozalbetes relamidos? ¿O si su padre fuese malversador y concusionario, vagos y tahúres sus hermanos, y su madre despilfarradora o ligera de cascos? Five Properties andaba con pies de plomo. No le faltaban prevenciones por parte de su hermana. Con diez años de ventaja, ella se sentía en condiciones de pintarle las asechanzas de la vida en Estados Unidos y, en particular, las que arman las mujeres norteamericanas a los novatos recién llegados del Viejo Mundo. Era cómica, Anna, aunque sombríamente cómica, ya que el tiempo que dedicaba a las agorerías era tiempo que distraía de su duelo.

—Será distinto que conmigo, que entiendo de la vida —advertía a su hermano—. Si a una de estas se le antoja un abrigo de pieles, como los de sus amigas de buen tono, pues… ¡Tendrás que comprarlo! Que a ella no le importará un bledo si escupes sangre para conseguirlo, pobrecillo.

—¡Ah, no! ¡Yo no! —repuso Five Properties en el tono que había usado Anna. Él estaba de sobremesa, amasando bolas de miga de pan y fumando un cigarro, despiertos y fríos sus ojos verdes.

Atareado con sus cuentas y en paños menores porque aquella tarde ardía el sol, Coblin me sonrió entre pestañeos para indicarme que yo estaba descuidando el estudio por seguir el hilo de la conversación. Él jamás me había guardado rencor por mi irrupción en su intimidad del cuarto de baño: exactamente lo contrario.

El libro que yo leía es *La Ilíada*, perteneciente a Simón. Hablaba de cómo fue arrastrada la hermosa Briseida de una tienda de campaña a otra, mientras Aquileo hacía pedazos su lanza y desechaba la cota de malla.

Mañaneros, los Coblin se retiraban apenas habían cenado, como la gente de campo. Five Properties se levantaba el primero —a las tres y media— e iba a despertar a su cuñado. Una vez, Coblin me llevó consigo a desayunar en un fonducho de la avenida Belmont: lugar nocturno de reunión de camioneros, conductores de tranvía, empleados de correos y fregonas de oficina del Loop. Coblin pidió café y cruasanes; yo, hojuelas y un vaso de leche. Aquí lo veía yo de ánimo inmejorable, tanto con los parroquianos asiduos como el griego, Christopher, y las camareras. No le daba por soltar agudezas, pero festejaba todo lo que oía. A la hora patibularia, entre cuatro y cinco de la madrugada, en que aún quienes menos tienen que temer reposan con mesura en la oscuridad y se defienden de despertarse, Coblin paladeaba el placer

de una taza de café fuera de casa, con la primera edición del periódico bajo el brazo.

Luego volvíamos al cobertizo, a aguardar a los camiones de los diarios, que volaban en estruendo por el callejón, arrancando hojas de los árboles y con un par de gamberros en la compuerta de cola, que descargaban a puntapiés los atados de periódicos del día (en su transformación en maleantes era una etapa tan segura el trabajar en estos camiones como el cumplir una condena en Bridewell o el hurto de coches para correr alocadamente por los caminos). Entonces aparecía la cuadrilla de chavales con bicicletas y carritos que llevaban el *Examiner* y el *Tribune* a domicilio. La distribución quedaba cumplida a las ocho de la mañana. Coblin y sus veteranos se reservaban las entregas arduas en que había que saber cómo arrojar el periódico a fin de que aterrizase en el tercer piso pese a obstáculos tales como ropa tendida y vigas. Entretanto, la prima Anna ya estaba en pie, poniendo manos a la obra en su especialidad: los llantos, arengas, lamentaciones y miradas de soslayo a los espejos, como si durante la noche se hubiese evaporado la tensión de la casa y Anna debiese volverla a su estado anterior. El segundo desayuno de su marido ya estaba en la mesa, antes de salir él a hacer sus cobranzas con un comedido sombrero panamá, parpadeando con ritmo acelerado. El rocío se adhería a sus pantalones como finísima gasa, por ser él el primero en cruzar los patios con plantas. Coblin estaba siempre dispuesto a conversar de las últimas novedades de las noches sangrientas de los pandilleros y de las cotizaciones en la Bolsa callejera: casi todos jugaban por entonces al mercado de valores, encabezado por Insull.

Y yo estaba en casa, con Anna y su pequeñuela. Por lo regular, Anna veraneaba en el norte de Wisconsin para rehuir el polen de agosto, pero este año, debido a la ausencia de Howard, Friedl se había quedado sin su vacación. Anna concluía sus cartas con la queja de que Friedl resultaba la única niña de buena familia sin veraneo anual. Anna la hartaba de comida, con lo cual comunicó al semblante de Friedl el tinte de la sobreabundancia y lo dejó hético y de expresión quisquillosa, bárbara. Era imposible enseñar a Friedl a cerrar la puerta cuando usaba el váter, cosa que aun Georgie había aprendido a ejecutar.

Yo no olvidé que ella me había sido prometida durante un partido de fútbol americano, mientras chocaban y caían sordamente los jugadores en el campo helado. Ella se había tornado ya en una joven de hábitos menos subversivos, a buen seguro; corpulenta como su madre y con la tez algo vinosa de su tío, tenía puesto un abrigo de piel de mapache, reía mucho y agitaba un gallardete de Michigan. Era estudiante de dietética en la Universidad de Ann Arbor. Diez años atrás, Coblin me daba dinero para llevarla al cine los sábados.

Anna no se oponía a esas salidas, pero no tocaba dinero en días de guardar. Era una mujer observante, incluso de la luna nueva, según constaba en su minúsculo calendario hebreo. Anna se cubría, encendía velas, susurraba plegarias con sus pupilas dilatadas y resueltas, embistiendo contra sus terrores religiosos con el pavor y el coraje de un Jonás forzado a entrar en la terrible Nínive. Anna se creía en el deber

de impartirme alguna instrucción piadosa durante mi estadía. De ella recibí peregrinas versiones de la Creación y la Caída, la construcción de la torre de Babel, el Diluvio, la visitación de los ángeles a Lot, el castigo divino de su mujer y la concupiscencia de sus hijas: todo esto en una mezcolanza de hebreo, yiddish e inglés, alimentada por la devoción y la rabia, las florecillas y los fuegos de su memoria e imaginación.

A Anna no le daba por abreviar las historias como la de Isaac holgando con Rebeca en los jardines de Abimelec o la del rapto de Dina por Shechem.

—Él la torturaba —decía Anna.

—¿Cómo?

—¡La torturaba!

Ella no juzgaba necesaria mayor explicación y estaba en lo cierto. Tengo que reconocerle que ella sabía con quién estaba tratando. Aquí no habría chacota. Anna procuraba distraerme de sus profundos pechos hacia las esencias eternas.

3

Aun en aquella época no podía yo imaginarme casado en el seno de la familia Coblin. El día en que Anna me había arrebatado el saxófono de Howard, mi primer pensamiento fue este: «¡Anda, tómalo! ¿Para qué lo quiero? Yo iré mucho más lejos». Ya mi mente estaba recreándose con la ilusión de un futuro lo suficientemente venturoso. En tanto, la vieja dama, no tan convencida de ello, seguía buscándome diversos empleos.

Al escribir «diversos», estoy dando a conocer la verdadera clave de mi vida entera.

Diré, para comenzar, que los primerísimos empleos que la Abuela escogió para nosotros no eran de los que dejan encallecidas las palmas de las manos. Los trabajos pesados fueron temporales y, supuestamente, capaces de conducirnos hacia algo mejor. La Abuela no se empeñaba en convertirnos en obreros. No estábamos destinados a usar monos sino terno: ella nos pondría en camino de ser personas decentes, aun cuando nuestra cuna no lo presupusiese, a diferencia de sus hijos, con las institutrices y preceptores y uniformes de *gymnasium* de que habían gozado. A la Abuela Lausch no le cabía culpa por el hecho de que sus vástagos se hubieran trocado en comerciantes de poca monta, pues habían sido educados para más. Ella jamás se quejaba de ellos, que le demostraban respeto: dos individuos de buen tamaño y anchos de hombros con pellizas y polainas cortas. Stiva guiaba un Studebaker y Alexander un Stanley Steamer, ambos propensos al silencio del hastío. Si les hablaban en ruso, respondían en inglés y, al parecer, no mostraban ninguna gratitud por lo que ella había hecho por ellos. Tal vez trabajó sobremanera la Abuela con Simón y conmigo para probar a sus hijos cuánto era capaz de lograr, aun con material tan poco promisorio como nosotros. Tal vez nos sermoneaba acerca del amor debido a sus dos hijos, pese a que tenía la costumbre de dar un rápido zarpazo para capturar sus cabezas cuando ellos se inclinaban a darle el beso de rigor.

Comoquiera que fuese, la Abuela nos mantenía bajo estricta vigilancia. Debíamos cepillarnos los dientes con sal y lavarnos la cabeza con un producto denominado Castile, traer a casa nuestras calificaciones escolares y dormir en pijama: los calzoncillos estaban proscritos.

¿Con qué finalidad perdió Danton la cabeza y por qué existió un Napoleón, sino para convertirnos en hidalgos a todos? Y es esta universal candidatura a la nobleza, su postura de iroqués y presencia aguileña, el andar flexible que no quiebra una ramita, el garbo del caballero Bayard y la mano de Cincinnatus en la esteva del arado, además de la laboriosidad del niño vendedor de cerillas que se volvió rey de magnas sociedades mercantiles. Sin una perspicacia fuera de lo común, nadie habría advertido singularidad alguna en nosotros, alineados en la solana de la escuela en una roja mañana de otoño mientras sonaban la corneta y el tambor y el viento gélido arrastraba hojas, hierbajos y humo en torno, abofeteando la bandera hasta que parecía

rígida y haciendo entrechocarse el metal del mástil y el de la hebilla de la cuerda de aquel. Solo Simón ha de haberse destacado allí, vistiendo el uniforme protocolario de la política escolar con su gorra de sarga. Simón era dueño de una fisonomía bizarra, rubio el pelo. Aun la breve cicatriz que ostentaba en la frente añadía apostura y afirmación personal.

Simón descollaba a la escuela, con una brillante hoja de servicios. Presidente de la Loyal League, se prendía el distintivo en su jersey y fue el alumno designado para pronunciar el discurso de despedida de fin de curso. Yo no tenía su tesón, me concentraba menos en cada cosa, y cualquiera que ofreciese esparcimiento contaba conmigo para bribonear. Lo demostraban mis notas. La Abuela Lausch me escudriñaba cuando yo volvía con ellas a casa y me motejaba de «cabeza de gato» y, en mal francés, de *meshanty* amenazando enviarme a trabajar en serio desde los catorce años de edad:

—Conseguiré un certificado del Concejo y podrás ir a deslomarte como cualquier polaco en los corrales de ganado —me decía.

En ocasiones, usaba otro tono conmigo:

—No es que te falten sesos; eres tan listo como los demás. Si el hijo de Kreindl ha llegado a dentista, tú puedes ser gobernador del estado de Illinois. Lo que sucede es que eres un tentado. Te prometen una payasada, una broma, un caramelo o una lengüetada de helado y eres hombre al agua. ¡Un incompetente, en suma!

Esto discurría mientras estiraba su chal de punto de araña con sus manos como un hombre las solapas de su chaqueta. Y agregaba:

—Tú no sabes qué porvenir te espera si no haces más que reír y zampar tartas.

Coblin se había aficionado a los pasteles de melocotón, cosa que la Abuela desdeñaba:

—Papel y colapez —me reñía con encono y celos como los de Jehová frente a influencias foráneas—: ¿y qué más te han enseñado?

—Pues, nada.

—¡Muy cierto! ¡Nada!

Entonces me obligaba a ponerme en pie y sufrir un silencio punitorio como acotación acerca de mí mismo y de mi bobería, un grandullón en pantalones cortos, de cabeza voluminosa, pelo negro y barbilla hendida: un hazmerreír, en resumidas cuentas. Mi tez saludable era, para ella, un desperdicio:

—¡Mirad, mirad! —decía en son de befa, sosteniendo la boquilla entre sus encías y sonriendo sarcásticamente—. ¡Mirad su cara, miradla! El humo de su cigarrillo ascendía en un hilo.

En cierta oportunidad, la Abuela me atrapó en una calle que estaba siendo pavimentada, masticando yo brea junto a mi amigo Jimmy Klein, cuya familia no tenía el visto bueno de la Abuela Lausch: esta mínima travesura quedó asentada por largo tiempo en los libros de ella. A medida que empeoraban las diabluras, se alargaban los períodos de recriminación. Llegué a consultar a Mamá al respecto. La

interrogué en cuanto a modos de hacerme perdonar y le pedí que intercediese por mí ante la vieja señora. Derramé lágrimas al obtener clemencia y, poco a poco, fui haciéndome resistente al ver que mis crímenes eran, por comparación con otros, en verdad tolerables. Todo lo cual no significa que yo hubiese dejado en aquel tiempo de vincular a la Abuela con lo supremo y lo mejor —a juzgar por sus declaraciones— de las cortes de Europa, el Congreso de Viena, los esplendores del linaje y todo género de cosas cultivadas y profundas conforme lo sugerían sus palabras y lo propalaba su pregón: ella evocaba connotaciones de máxima trascendencia, el pardo imperial del ropaje de los káiseres, rotograbados de capitales extranjeras, la melancolía de toda contemplación. Sus sermones y regaños no dejaban de afectarme. ¡Lejos de mí el conseguirme un certificado a la temprana edad de catorce años y trabajar de empacador! Así que, por un tiempo, manifestaba yo una mejoría, hacía mis deberes y casi me caía del pupitre sacudiendo el brazo para contestar las preguntas del maestro. La Abuela, entonces, juraba que no solo concluiría yo la escuela sino que pasaría a la universidad, vida y energías suyas mediante.

—Basta que lo desees con toda tu alma: ¡el cielo y la tierra se moverán!

Y se ponía a hablar de su prima Dasha, la cual, estudiando para su examen de ingreso en medicina, rodaba por los suelos para mantenerse despierta.

Cuando Simón se hubo graduado y pronunció su alocución durante la distribución de diplomas, a mí se me permitió omitir un año de estudios; el rector nos mencionó a ambos hermanos March en su discurso. Estaba presente la familia en pleno, con Mamá en el fondo del salón por si acaso Georgie se portara mal (tampoco iba ella a dejarle en casa en un día como aquel). Yo estuve sentado en alguna de entre las primeras filas con la Abuela, vestida de seda negra y llevando un collar de varias vueltas de oro con un relicario en forma de corazón que uno de sus hijos había marcado con los dientes a muy temprana edad. Estaba orgullosísima y distinguida, tratando furiosamente, pero en silencio, de que su ornamento de plumas colgase en dos direcciones. La ceremonia escolar constituía la prueba de que, si obrábamos como ella nos lo indicaba, podríamos esperar resultados tales como este público homenaje.

A mí me dijo: «quiero verte en aquel estrado el año próximo».

No ocurrió así. Ya era tarde, pese a mi aplicación al estudio; mi pasado militaba en contra de mí y el buen éxito logrado no resultó suficiente como inspiración. Me faltaban condiciones personales para ello.

Por su parte, Simón tampoco mantuvo el nivel alcanzado. Aquel verano, trabajó de camarero en Benton Harbor y regresó cambiado, con propósitos distintos y nuevas ideas acerca de la conducta en la vida.

Una muestra de su cambio —de mucha importancia para mí— está en que Simón volvió en el otoño, tostado y robusto, pero con un incisivo superior quebrado, afilado y descolorido entre todos los demás, blancos y enteros: su rostro, risa, todo se veía alterado ahora. Simón no quiso explicar el cómo de este percance. ¿Una riña, acaso?

—Besando a una estatua —me dijo—; no, mordiendo una moneda durante una partida de dados.

Seis meses antes, tal respuesta habría sido inconcebible. Además, Simón no dio cuenta de sus ingresos y gastos a satisfacción de la Abuela.

—¡No vengas a decirme que en propinas solo has sacado treinta dólares! Yo sé que Reimann's es un sitio de primera clase con clientes que vienen desde Cleveland y St. Louis. Yo esperaba que gastases algo en ti mismo, estando allí durante el verano íntegro, pero…

—Por supuesto que sí gasté unos quince dólares.

—Tú has sido siempre honesto, Simón. Mira que Augie ha traído a casa hasta el último céntimo.

—¿Cómo que he sido honesto? ¡Lo soy! —replicó Simón, digno y engreído a un tiempo, como rechazando la perfidia ajena—, y te traigo el salario de tres meses, con treinta dólares por añadidura.

La Abuela desistió, con un penetrante destello de sus gafas de montura de oro, una advertencia en su pelo gris y sus arrugas y una fugaz retracción de sus mejillas, indicio de que ella asestaría el golpe en su oportunidad. Pero por primera vez sentí que Simón se encogía de hombros interiormente, aunque no estaba aún por rebelarse. Él abrigaba pensamientos nuevos y pronto nos hallamos diciéndonos cosas que no pueden ser dichas delante de las mujeres.

En un comienzo trabajamos en los mismos lugares. Cuando Coblin necesitaba de nosotros en su cuadrilla, por ejemplo, o en los sótanos de Woolworth's, donde desempacábamos loza de barriles enormes en los que podías entrar caminando; de ellos extraíamos la paja usada para arrojarla en el hogar de caldera o bien hacíamos paquetones con el papel de embalar. Olía mal el lugar, por obra de la comida echada a perder, los botes de mostaza, golosinas rancias, el papel y la paja, así que para almorzar subíamos a la superficie. Simón rehusaba traer comida de casa al trabajo, insistiendo en que se requiere algo caliente durante la jornada de labor. Por veinticinco céntimos nos daban dos perritos calientes, un jarro de *root beer* y un trozo de pastel. Lo importante, sin embargo, era el descollar ante las empleadas jóvenes, poseer las cualidades aptas para suscitar su admiración —algo duro y frágil a la vez — en aquel bazar en que se expendía chocolate, artículos de ferretería y vajilla de cristal, mercería, joyería, hule, baratijas y discos populares; máxime siendo nosotros los Atlas que sostenían al mundo en hombros, desde la profundidad, oyendo cómo aguantaban los pisos bajo el peso ambulatorio de centenares de personas, entre los fuelles del órgano del cine de al lado y el estrépito de los tranvías que bajaban por la avenida Chicago: la lobreguez del sábado, las cenizas transportadas por el viento y las formas ennegrecidas de los edificios de cinco pisos alzándose hacia una ciega oscuridad nórdica, del resplandor gozoso de las tiendas en Navidad.

Simón consiguió a la sazón un puesto mejor retribuido en la Federal News Company, concesionaria de la venta de periódicos en trenes y estaciones ferroviarias.

La familia tenía que pagar un depósito por el nuevo uniforme. Simón trabajaba hasta pasada la medianoche, en tren y en tierra firme, elegante como un cadete con su vestimenta distintiva. Por tanto, el domingo se levantaba tarde y desayunaba en bata, envalentonado por su flamante poder adquisitivo. Se volvió seco en sus respuestas a Mamá y George y tuvo algún encontronazo conmigo.

—¡Quita, chaval! Deja ese periódico de una vez. ¡Leñe, que es traerlo por la noche y estar hecho pedazos por la mañana!

Pero Simón era capaz de dar a Mamá una porción de su salario para tonterías —a hurtadillas de la Abuela—, atender a mis gastos menores y pasar calderilla a George para sus pirulíes. La falta de dinero perturbaba su tranquilidad de espíritu. Prefería irse de un fonducho sin pagar antes que quedarse adeudando una buena propina a la camarera. Un día, incluso, me aporreó por haber intentado escamotear la mitad de la propina; una sola moneda me parecía más que suficiente:

—Que no te vea yo hacer cosas de avariento otra vez —me dijo y, como yo le temía, no me atreví a replicar.

En aquellas mañanas de domingo en la cocina, pues, visible el uniforme colgado con esmero en el dormitorio y empañados los cristales de las ventanas —cosa que le hablaba de cómoda tibieza interior—, Simón experimentaba la solidez de su posición: la de quien se dispone a tomar las riendas de toda una familia. Porque él solía ya hablarme de la Abuela como de un extraño.

—Ella significa menos que nada para nosotros y tú lo sabes, ¿no Augie?

Lo que ella debía temer de Simón no es tanto la rebelión sino el repudio: el ser pasada por alto cuando él cubría la mesa con su periódico y lo leía con una mano en la frente, tumbándose sus rizos rubios sobre esta (su pelo estaba dejando de ser rubio). Simón no tramaba deponer a la Abuela y, menos aún, interferir en su dominio sobre el resto de la familia: en especial mi madre, quien seguía siendo una irredenta fregatriz cuya vista iba deteriorándose a un paso tal, que las gafas del año precedente ya no le servían. Volvimos al dispensario, pues, donde fuimos sometidos a una nueva inquisición, penosamente. La edad de Simón les hizo preguntar si tenía algún empleo. Yo me sentía más allá de que la Abuela me hiciese ensayar respuestas sagaces; tampoco guardó Mamá su acostumbrado silencio y repuso con su curiosa voz cristalina:

—Mis hijos estudian, por ahora; cuando salen de la escuela, los necesito en casa para ayudarme.

Estuvimos a punto de ser descubiertos, lo cual nos produjo espanto. Nos salvó la muchedumbre de aquel día. En verdad no estábamos maduros para prescindir de los consejos de la Abuela, pero terminamos infiltrándonos en el Servicio de Óptica.

Simón pasó a convertirse en el centro de nuestro interés cuando fue trasladado de la venta en los trenes a un quiosco de la estación de la calle La Salle y de ahí al punto central, donde además se expendían libros y novedades, en la principal línea de pasajeros. Las transacciones eran allí veloces y de mayor cuantía. Simón vio de cerca

a las celebridades, o envueltas en pieles o con botas y sombrero del Oeste, marchando entre los mozos de cordel que les asistían, y siempre de una presunción, una melancolía, una afabilidad o una edad superiores a cuanto se les atribuía. Arribaban de California o de Oregon en el expreso *Portland Rose*, bajo la nieve que caía desde alturas vertiginosas en la calle La Salle o formaba la dura huella de los convoyes. Estos personajes salían luego hacia Nueva York en el *Twentieth Century*, en compartimientos enmaderados y guarnecidos de flores, tapizados de color verde inglés, donde se aseaban en lavabos bañados en plata, sorbían café en vajilla de porcelana y fumaban solo puros.

Simón refería esto: «Hoy he visto a John Gilbert. Tenía puesto un sombrerazo de terciopelo».

O esto: «El senador Borah me ha dejado el cambio, de propina. Él compra el *Daily News*».

O eso otro: «Si vierais a Rockefeller, tal vez entonces creeríais que tiene un estómago de goma, como cuentan».

Discurriendo cosas como estas, sentado a la mesa, Simón avivaba nuestra esperanza de que la grandeza que lo rozaba con su ala acabase envolviéndolo en ella; la de que Insull le descubriese un día, alargase su tarjeta de visita y le citase en su oficina. Presumo que la Abuela comenzó bien pronto a acusar secretamente a Simón de no progresar como es debido, acaso por falta de interés en aparentar distinción o acaso porque sus modos no fuesen de lo mejor: insolentes, quizá. Ella debía de tener fe en el momento estelar en que captamos la atención de los hombres eminentes, pues coleccionaba casos de súbitos laureles y planeaba una carta a Julius Rosenwald cada vez que llegaba a sus oídos que él había hecho una donación más. Siempre a negros, nunca a judíos, mascullaba la Abuela y, fuera de sí, profería una maldición: «¡Ese alemán Yehuda!». A este grito y aunque tullida, la vieja Winnie se incorporaba dificultosamente para ir a ofrecer sus condolencias.

—*¡Ese Deutsch!*

Con todo, ella sentía admiración por Julius Rosenwald: él formaba parte del círculo hermético de gente igual a ella. Con una percepción única de la realidad, lo poseían y supervisaban todo.

Entretanto, Simón trataba de conseguirme un empleo para los sábados en la estación La Salle, para rescatarme del sótano de Woolworth’s en el que Jimmy Klein había ocupado su lugar. Lo acicateaban la Abuela y Mamá:

—Simón, tienes que colocar a Augie.

—Pues yo hablo a Borg cada vez que lo encuentro. ¡Leche, si todo el mundo tiene parientes ahí…!

—¿Cómo es esto? —se extrañaba la Abuela—. ¿No acepta un soborno? Créeme, es eso lo que está aguardando. Invítalo a cenar y verás. ¡Un par de dólares en una servilleta…!

Nos enseñaba prácticas útiles en el mundo, la Abuela, si bien se detenía cuando

era cosa de rozar la garganta de un nivel con una pluma emponzoñada durante algún banquete, como lo había hecho Nerón mismo. Simón arguyó que no podía invitar a Borg, no le conocía lo bastante ni deseaba aparecer como un cobista despreciable.

—Bien, querido Conde Potocki —habló la Abuela, entrecerrando los ojos para que su mirada saliese fría y seca, mientras Simón perdía la paciencia—, así que a vuesa merced le parece perfecto dejar a su hermano trabajando en Woolworth's con el tontaina de Jimmy, en los sótanos…

Tras meses de esto, Simón logró acomodarme en el puesto central, con lo cual demostró que el ascendiente de la Abuela persistía.

Una mañana, me llevó a ver a Borg, antes me aleccionó así:

—Recuérdalo bien, ¡nada de majaderías! Estarás trabajando para un zorro viejo que no te permitirá ninguna argucia. Manejarás cantidades de pasta sin tiempo ni de contarla. Si al fin del día las cuentas no te cuadran, Borg deducirá la diferencia el día de pago. Estás a prueba. He visto a algunos folloneros salir fastidiados.

Simón fue especialmente severo conmigo aquella mañana. El tiempo estaba frío, helado el suelo, cubierta de escarcha la maleza, exhalando vapor el río y los trenes y el sol aureolaba hasta el vello de las fuertes muñecas de Simón y la pelusa de su faz, rasurada más a menudo que antes. En mi hermano se había desarrollado una modalidad recia de escupir en la calle. Cualesquiera los cambios que yo le notaba, él no había dejado atrás su aspecto independiente de buen fondo con el cual me dominaba. Yo le tenía miedo, aunque fuésemos del mismo tamaño, casi. Salvo los del rostro, nuestros huesos eran idénticos.

No estaba escrito que me iría bien en mi trabajo de la estación. Acaso hayan tenido que ver en esto las amenazas de mi hermano y luego su desagrado cuando hubo de descontarme dinero del primer jornal. Yo era un chasco: aun con tres semanas de antigüedad en el quiosco, perdía un dólar por día. Así, cubrir mis gastos era una ilusión. Cierta noche, lacónico y sombrío, Simón me comunicó, camino a la parada del tranvía, que Borg me había despedido.

—¡No puedo perseguir a la gente cada vez que me trampea —protesté—, si te arrojan el dinero y arrebatan el diario al mismo tiempo!

Por fin me respondió, con un fuego glacial en su mirada, ya en el puente, negro e invernal sobre el río y la mezcla sin nombre de sus residuos:

—Y tú no puedes sisar la cantidad que te quitan del cambio que das, ¿verdad?

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes, so tonto!

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Decirte que te subas la cremallera como si no tuvieses más cerebro que Georgie?

Simón permitió que la Abuela me apostrofara, sin decir una sola palabra en mi favor. En otro tiempo me habría apoyado, mas ahora se mantuvo apartado, en la penumbra de la cocina, con un puño descansando en su cadera y la chaqueta al

hombro. De cuando en cuando levantaba la tapa de la olla en que estaba calentándose nuestra cena o atizaba la lumbre. Su deslealtad me dolió, pese a que yo lo hubiese defraudado con mi cerrazón. Pero Borg me había confiado un rudimento de quiosco, bajo un pilar, donde compraban apenas los rezagados. Había recibido de Borg una chaqueta de uniforme y en estado deplorable. Nadie me señalaba las celebridades que atinaran a pasar de largo y yo me quedaba papando moscas, aguardando con afán la hora del almuerzo y luego el descanso de las tres, que aprovechaba yendo a contemplar a Simón en su puesto de combate y admirar el movimiento comercial —como de negras moléculas que dejaban dinero a raudales— y la circulación de viajeros que sí sabían qué querían en materia de chicles, frutas y cigarrillos entre bastiones de periódicos y revistas, bajo el poderío implícito en la envergadura de la araña central. Si yo me hubiese estrenado en el puesto clave —pensaba yo— y no en mi rincón de mármol junto a la pilastra, no en la periferia de las cosas adonde solo me llegaban ecos de lo que acontecía pero ninguna vista de los trenes, todo habría resultado distinto.

De modo que caí en la ignominia de ser despedido de mi empleo y severamente reprendido en la cocina. Al parecer, la anciana dama había estado aguardando que sucediese lo que me sucedió y tenía pronto el discurso que oí; a saber: que hay defectos que yo no podía darme el lujo de tener, en mi situación de vástago de una familia abandonada por el padre y con solo dos mujeres de escasas energías para sacarme de apuros y guarecerme contra el hambre, el sufrimiento, el delito y las iras del mundo. Quizá el daño no habría sido tanto si Mamá nos hubiera enviado al orfanato como alguna vez lo imaginó: a mí, por lo menos, ya que mi carácter propendía a lo fácil. La Abuela me amenazó con mano airada, imbuida de la fiereza de sus palabras que amargamente había amasado en su fuero interno y que brotaron acompañadas de un abisal relámpago de profecía.

—¡Acuérdate, Augie, de lo que será esto cuando yo esté fría en mi tumba!

Y su mano descendió sobre mi brazo, accidentalmente pero con efecto estremecedor: lancé un alarido como si hubiese sido alcanzada mi alma misma. Acaso grité pensando en lo aleve de mi temperamento. Yo habría de morir sin esperanza, impuro e irredimible, a la par que la Abuela, difunta a su vez, no podría hacer nada más por mí en la eternidad.

—*Gedenk, Augie, wenn ich bin todt!*[7]

Lejos de sí, empero, la delectación morosa en su final. Hasta el momento, ella no nos había mencionado su condición efímera, así que esto fue, poco más o menos, un desliz. La Abuela se me aparecía como un faraón o un César que promete mudarse en dios, con la salvedad de que ella carecía de pirámide u otro monumento donde cumplir su promesa y resultaba por ende inferior a aquellos. Sin embargo, su doloroso, su atroz, su desdentado grito —grito que pedía un juicio final— al estrecharse la muerte en torno, me deshizo. La Abuela tenía cómo convertir una amenaza en algo apocalíptico, pero lo pagaba con terror a lo evocado.

Pasó entonces a nuestra falta de padre, nuestra orfandad. Por mi culpa, este mal momento recaía en Mamá. Simón se mantenía silencioso junto a la estufa —toda betún y níquel—, jugueteando con la falleba de acero enroscado. En el otro rincón, Mamá, sosegada y culposa, la víctima de quienquiera que haya sido mi padre, víctima elemental y llana de cualquiera como él. La anciana estaba resuelta a incinerarme aquella noche y, desde luego, nadie saldría sino chamuscado de allí.

Yo no podía volver a emplearme en Woolworth's. Jimmy Klein y yo buscamos juntos otro trabajo, pese a las advertencias de la Abuela contra él. Jimmy era sociable en extremo, entusiasta, delgado, cetrino, de mirada satírica y deseoso —en principio — de ser honesto. Pero sin que su conciencia lo aherrojase: la Abuela estaba en lo justo acerca de esto y no quería fomentarme malas compañías, solía decir. Pero yo y aun Georgie éramos bien recibidos en casa de los Klein. Por las tardes, cuando era mi obligación sacarle a pasear, yo le dejaba en el pasadizo oscuro y arcilloso, jugando con los polluelos que criaban o intentaban criar allí los Klein; quedaba así bajo la vigilancia que la madre de Jimmy ejercía desde su cocina, donde mondaba, pelaba, rebanaba, estofaba y demás tareas esperadas.

Pesando más de doscientas libras y con una pierna menos larga que la otra, ella no lograba estar de pie por mucho tiempo. De genio poco dado a la zozobra, facciones regulares y nariz curva y breve, la señora Klein teñía de negro su pelo, con un líquido pedido por correo a la ciudad de Altoona y aplicado con viejos cepillos de dientes, lo cual confería a las trenzas un lustre aindiado, peculiar. Las trenzas descendían hasta su múltiple papada. La señora Klein poseía ojos pequeños y confusamente misericordiosos; toda ella emanaba un hálito papal; era generosa en dispensas e indulgencias. Su hijo Jimmy tenía cuatro hermanos y tres hermanas, de misteriosa ocupación algunos de ellos pero cordiales y acogedores todos, sin excepción, aun las hijas casadas y los varones ya maduros. De sus hijos, dos estaban divorciados y una era viuda, así que había nietos en la cocina de la señora Klein en todo tiempo y sazón, para almorzar o para merendar mientras otros gateaban o bien reposaban en la cuna. En aquella época de prosperidad, a nadie faltaba trabajo, pero nadie dejaba de andar en apuros pecuniarios. Gilbert tenía que pagar alimentos a su exmujer. Velma, su hermana, no recibía con puntualidad la dicha suma. El marido de Velma le había dado a esta un mamporro durante una rencilla familiar y le había dado tan recio que ella perdió una muela sana en la refriega. Desde entonces, él venía a pedir a su suegra que abogara por él ante la hija. Soy testigo del llanto de aquel hombre pelirrojo, mientras sus hijos e hijas triscaban en los asientos del taxi de su propiedad. Él ganaba buena pasta, pero no pasaba a Velma la suficiente, calculando que, si ella necesitase más, volvería a sus brazos. Ella, no obstante, pedía prestado a su familia. Nunca he visto nada como la familia Klein para el toma y daca: la pasta cambiaba de manos con absoluta presteza y ningún miembro de la familia guardaba rencor a ningún otro.

Pero los Klein, al parecer, necesitaban una sarta de cosas y las adquirían a crédito.

Jimmy salía conmigo a hacer los pagos correspondientes con el dinero estibado en las orejeras de su gorra. Había que ir amortizando la deuda del fonógrafo, la máquina Singer, el juego de sala tapizado de mohair con ceniceros involcables, las cunas y bicicletas, el linóleo, los honorarios del obstetra y el odontólogo, el sepelio del padre de la señora Klein, los corsés ortopédicos y calzado especial para ella, las fotografías de conjunto tomadas en un aniversario de boda, etcétera. En este plan recorríamos la ciudad de cabo a rabo. A la señora Klein no le importaba que fuéramos al cine mientras tanto, cosa que hacíamos con frecuencia: veíamos a Sophie Tucker y cómo se vapuleaba el trasero cantando «Red Hot Mama» o bien contonearse a Rose La Rose y quitarse las ropas con el ritmo indolente que había hecho de Coblin su admirador:

—Esa niña no solo es una hermosura —opinaba él—. Hay millares de niñas guapísimas, si se te antoja, pero esta te llega al corazón. Esta no deja caer lo que trae puesto, como las demás; esta se lo quita por encima de la cabeza, que es distinto. Por eso la ves ahí en la cumbre, hoy día…

Jimmy y yo andábamos con demasiada frecuencia por el Loop y así nos topábamos con Coblin en el horario escolar, mientras formábamos fila para entrar en el cine. Coblin nunca me delató. Apenas me decía, como buen perdedor que era:

—¡Hola, Augie! ¿Qué? ¿Es que el alcalde os ha dado asueto?

—Con su buen humor acostumbrado, risueño y dichoso bajo las luces de la marquesina, semejante a aquel rey de las neblinas, en Escocia, que tenía medio rostro de esmeralda y medio de rubí.

—¿Qué echan hoy? —le preguntaba yo.

—*Bardelys el Magnífico* y el número vivo es el de Dave Apollon y sus bailarines rusos. ¡Entra, hombre, hazme compañía!

En aquella época, precisamente, había una excelente razón para faltar a la escuela: Steve Bulba el Marino, mi compañero de armario, un sujeto rubicundo y de nariz brutal, con patillas de rufián y pelambre cuidadosamente compuesta, todo lo cual respiraba peligrosidad; un cuerpo de oso metido en pantalones acampanados y zapatos en punta como hocico de rata; autor de robos con escalamiento para sustraer accesorios de baño y violador de teléfonos públicos en conventillos recién desocupados; pues bien, este tío había entregado al profesor mi cuaderno de ciencias como propio. Dada la imposibilidad de hacer algo al respecto, Jimmy me prestó su cuaderno; borré sin mayor cuidado su nombre y superpuse el mío; me pescaron y las autoridades hubieron de citar a Simón.

Al igual que yo, Simón solo deseaba evitar sinsabores a Mamá. Logró convencer a Wigler, el profesor de ciencias, finalmente, mas el riesgo subsistía; entretanto, Bulba se hacía el manso, con sus ojuelos aviesos y su frente apacible y opaca, arrugada por una concentración fingida en la suave claridad de invierno que reinaba en el aula, y trataba de que su navaja se mantuviese enhiesta en el pupitre, aquel insecto pinchudo.

En una situación tal, no le resultaba duro a Jimmy inducirme a acompañarlo hasta el centro de la ciudad, en especial cuando teníamos clase de ciencias, y viajar —a falta de nada mejor que hacer— en el ascensor del ayuntamiento en compañía de su hermano Tom, desde el vestíbulo dorado hasta los Tribunales Municipales. En la jaula del ascensor nos codeábamos, subiendo y bajando, con personas de alto coturno y agentes de negocios, concejales, gorristas, paniaguados de caciques políticos, rufianes, soplones, vividores, chanchulleros, demandantes, policías, hombres de sombrero aludo como en el Oeste y mujeres de zapatos de lagarto y abrigo de pieles —mezcla de lo tropical y lo ártico—, gente con olor a brutalidad y sexo, gente sobrealimentada y sobrerrasurada, y abundantes indicios de especulación, indiferencia, aflicción y materialismo: esperanzas de millones de dólares en hormigón que verter o en ríos de bebida alcohólica de contrabando…

Tommy nos remitió a su agente de Bolsa en la calle Lake, donde se hacían transacciones ficticias (en su oficina disfrazada de estanco de tabacos): se trataba de apuestas sobre los valores de la lonja, a lo cual se sumaron luego las carreras de caballos. Aun en aquellos años de dinero fácil, Tom salía sin ganar ni perder, con excepción de cuanto derrochaba en ropa de toda especie y en regalos para su familia. Todos los Klein eran aficionados a los agasajos: batas y peinadores, lunas venecianas y tapices bordados, carritos para el té, mesas auxiliares, lámparas con base de ónice, coladores de mesa y tostadoras eléctricas, novelas… y todo esto metido en pilas de cajas que se acumulaban en armarios y bajo las camas, aguardando el momento de ser utilizado. Y, sin embargo, salvo cuando se endomingaban, los Klein parecían pobretones. El viejo Klein usaba chaleco sobre la camiseta de mangas largas y liaba sus pitillos con un artilugio *ad hoc*.

La única hija soltera, Eleanor, afectaba el estilo gitano y se ponía telas llameantes, florales, y en el pelo tinturas japonesas. Rolliza y pálida, con ojos de arco circasiano revelador de inteligencia, muy humana y resignada a su destino, daba por sentado que no se casaría —a fuerza de rechonchez— y disculpaba de su mejor suerte a su cohorte de hermanos y hermanas con toda dignidad. Su llamada era cordial, casi varonil y fraterna, y se portaba conmigo en forma asaz bondadosa: me apodaba «rompecorazones», «hermanito» y «amo mío», echaba las cartas para leerme el porvenir y había tejido para mí una gorra de tres picos —verde y amarilla— a fin de que yo esquiase en el estanque con pinta de campeón noruego. Si se sentía bien de salud —pues adolecía de trastornos femeninos y achaques reumáticos—, Eleanor servía en el departamento de empaque de cierta fábrica de jabón; en North Branch si se quedaba en casa, acompañaba a su madre en la cocina, envuelta en vistosas telas floreadas, suelta la negra cabellera pero con un moño alto, y bebiendo café, tejiendo, dándose a la lectura, depilándose las piernas, poniendo operetas en el gramófono, pintándose las uñas y, cumpliendo tales ritos, ya necesarios, ya superfluos, imperceptiblemente se alejaba del mundo al modo de la mujer sedentaria.

Los Klein admiraban y respetaban a la Abuela Lausch por la empresa en que con

nosotros se había embarcado. No obstante, la Abuela se enteró por algún extraño conducto de que Georgie solía jugar con los polluelos del pasadizo anexo a la casa de los Klein —estos animalejos jamás alcanzaban la flor de la edad, por falta de sol y buen alimento, sino que morían después de mudado el plumaje, flacos y en un curioso estado de crecimiento— y dijo cosas poco amables acerca de los Klein.

No las dijo en persona porque no valía la pena disputar: a veces, yo conseguía algún empleo a través de ellos, gracias a la influencia de Tambow, tío de Jimmy y responsable del voto de su parentela en el distrito, hombre destacado en la política local de los republicanos. Óptimo para nosotros resultaba el mes anterior al de las elecciones, cuando salíamos a distribuir folletos para la campaña. Tambow, además, nos tenía en cuenta cada vez que entraba en un amaño como, por ejemplo, la venta de artículos extraviados en el correo, o la de bienes embargados en alguna quiebra. Debía de tratarse de algo jugoso para distraer a Tambow de su eterna partida de naipes; pero entonces, habiendo adquirido ya, en grueso, las navajas de afeitar, los juegos de té para muñecas, los xilófonos de juguete, los diamantes de vidrio, los jaboncillos para uso de hotel o los botiquines de primeros auxilios y estando exento del pago de licencia, Tambow ubicaba un puesto en la avenida Milwaukee y nos pagaba por atenderlo. Sus hijos mismos rehusaban trabajar para él.

Estaba divorciado y vivía en una habitación. Tenía una nariz superlativa; su tez se resumía en flojas colgaduras; las bolsas de sus párpados eran las de un pájaro pescador: llenas de arrugas y de un tinte entre gris y verdoso. Resignado, de aspecto diligente, obeso, se hundía en su asiento como un *vaquero*[8] en su silla de montar. Su jadeo era sibilante, no solo debido a su peso sino también al perenne cigarro que sostenía entre sus dientes. De su nariz salían pelos, que a la vez crecían en torno a sus muchos anillos. Para él no diferían los meses del año. Tanto en mayo como en noviembre se desayunaba así: té con leche endulzado con terroncillos de azúcar y cruasanes; la cena era esta: bistec con patatas al homo. Tambow fumaba de diez a doce Ben Beys por día; se ponía siempre pantalones rayados como de regidor y un sombrero oscuro que concentraba el orden social en su poderoso rostro, cargado de originalidad, mientras Tambow ponderaba qué debía declarar y cuándo jugar o sota o as, y si dar a su hijo Clementi los dos dólares que a menudo entraba para pedir. Clementi era su hijo menor, el que vivía con su madre y su padrastro en la trastienda de una botica de vestimenta para párvulos.

—Con todo gusto, hijo mío —le decía Tambow; o bien—: Mañana, con todo gusto.

Tambow no rehusaría jamás nada a hijos de él que tuviesen padrastro. En lo hondo de su ser metido entre la grasa, el té y el olor a cebolla de su cuartel general, rociado de cenizas de puro y que recogía los naipes con una sola mano, no era tacaño Tambow, aunque cometiese una caterva de pecados más. En cosas de dinero, un duque, como los Klein. Dispendioso era incluso su hijo Clem, totalmente capaz de hacer un convite; pero trabajar… ¡eso sí que no! Ni para el autor de sus días.

Así que el viejo Tambow nos instaló un tenderete entre las multitudes de la avenida, pero a cargo de Sylvester, por lo regular, hizo arreglos con la policía, para que no nos estorbase, y prosiguió con su juego de baraja.

Mala época para Sylvester, aquella. Había perdido su opción al arriendo de una sala cinematográfica —transformada ahora en un comercio de pintura y papel de empapelar— y estaba viviendo con su padre, Tambow, puesto que lo había dejado su mujer, quien hasta le arrojaba cascotes, al decir de Sylvester, cada vez que él se aventuraba a cruzar el traspatio para verla. Sylvester hubo de renunciar a ella, por majara, y acceder por escrito a la anulación del vínculo matrimonial. Para tener con qué matricularse en la escuela técnica Armour, ya se había deshecho de sus muebles y equipo proyector de cine. Lo hizo a fin de licenciarse de una vez, como ingeniero, pero decía que el solo oír las clases lo sacaba de quicio, habiéndose ausentado de las aulas durante un lapso demasiado largo. Con lágrimas en sus ojos por el ventarrón de noviembre, Sylvester estaba de facción, con nosotros, en la avenida Milwaukee. Enfundando las amenazas en los bolsillos de su abrigo, dando diente con diente y hundiendo el cuello entre sus hombros, gastaba bromas pesimistas. No le importaba la diferencia de edad entre nosotros y él: él soltaba cuanto se le ocurría. Si llegaba a licenciarse, recorrería el globo. Los gobiernos extranjeros estaban pidiendo a gritos ingenieros norteamericanos y él impondría sus condiciones. Viajaría a Kimberley, en África del Sur, donde le habían contado que los nativos esconden sus diamantes en el recto, o bien a la Unión Soviética, cuya historia nos refería a su manera. Sylvester simpatizaba con los Rojos y admiraba a Lenin y en particular a Trotski, que había ganado la guerra civil yendo en un tanque y leyendo novelas francesas mientras zar, curas, barones, generales y terratenientes eran forzados con humo a salir de sus palacios…

Mientras tanto, Jimmy y yo, sentados en las dos maletas enormes de Tambow, voceábamos la mercadería y atendíamos el negocio. Sylvester solo cobraba.

4

Todas las influencias que han gravitado sobre mí, me esperaban al nacer yo, por lo cual os cuento más de ellas que de mí.

En aquellas épocas, y con posterioridad también, he tenido un sentido somero de lo que son consecuencias. La anciana señora no logró nunca abrir mi imaginación a ellas, con sus advertencias y predicciones de lo que me espera: certificados de buena conducta, corrales de ganado, trabajos forzados, penitenciarías, pan y agua y una vida entera de degradación y barbarie. Invocando lo antedicho, ella machacaba en caliente, particularmente desde que empecé a andar con Jimmy Klein, y así intentó estrechar la disciplina en nuestra casa: inspeccionaba mis uñas y el cuello de mi camisa antes de mi partida hacia la escuela, fiscalizaba mis modales en la mesa y amenazaba prohibirme la entrada si yo volvía de la calle después de las diez de la noche.

—Puedes dormir en casa de los Klein, si quieren recibirte —me sugería—. Escúchame, Augie: estoy tratando de convertirte en alguien, pero no puedo pedir a tu madre que te siga por las calles para enterarme de qué haces. Quiero que seas un *mensch*. Tienes menos tiempo de cambiar del que crees. El chico de Klein te va a meter en apuros. Tiene ojos de ladronzuelo. Dime la verdad y dímela ya: ¿es un golfo, sí o no? ¡Ajá! Este no dice ni pío… ¡La verdad, vamos!

Negué todo, preguntándome cuánto sabría ella y quién la habría puesto al tanto. Porque Jimmy, como Stashu Kopecs, hurtaba a voluntad, de las tiendas y los puestos callejeros. De momento estábamos comprometidos en un timo en los grandes almacenes Deever, donde trabajábamos como auxiliares de Navidad en la sección de juguetería: vestidos de gnomo y con afeites, éramos asistentes de Santa Claus.

Estudiantes de segundo año ya, habíamos crecido en demasía para esta suerte de mojiganga, pero quien representaba a Santa Claus era enorme: un fogonero sueco, práctico en tareas menudas de carpintería, exbombero fluvial de Duluth, con musculatura y órbitas del hombre de Neanderthal. Sobre la camiseta, llena de agujeros, el individuo se sujetaba almohadones para simular una panza y llenaba sus pantalones de algodón porque sus piernas eran largas y delgadas; nosotros le ayudábamos a ponerse la chaqueta. Compuestos con afeites y rociados con nieve de mica, Jimmy y yo marchábamos luego por el almacén, con panderos y otros artificios ruidosos, dando volteretas al estilo bufonesco y congregando a una turba de chiquillos para que visitase al sueco Santa Claus en el tercer piso, sentado él en su trineo, con los renos que debían arrastrarlo colgados artísticamente del techo, tan mecánicos como los cestillos de dinero que se movían presurosos, a lo ratón, sobre cables hasta la jaula del cajero. A Jimmy y a mí nos habrían encargado de un tonel rojo y verde, con adornos alusivos a la festividad y que contenía paquetes sorpresa —su valor: veinticinco céntimos cada uno—, los cuales, según Jimmy, debían de ser sumamente difíciles de inventariar, de modo que dio en guardarse una moneda de cada diez. Nada me dijo durante varios días, pero me pagaba el almuerzo. A medida

que se acrecentaba el volumen de los ingresos, su conciencia le llevó a confesarme el secreto de sus pingües beneficios. Se suponía que, no bien hubiésemos reunido una decena de dólares contantes y sonantes, nuestra obligación consistiría en entregarlos en la caja y así sucesivamente.

—La de la caja deja caer las monedas en el saco sin mirarlas, junto al resto del dinero —dijo Jimmy—, tan atareada está recibiendo toda la pasta. ¿Por qué, entonces, no quedarnos con algo?

Sostuvimos varias pláticas al respecto; decidimos sisar en adelante un par de monedas de cada diez que ingresaran. A nuestro alrededor solo había oropel y bullicio; dispersas las mentes por esa única razón, eran incapaces de descubrir lo que obrábamos nosotros a hurtadillas. Así nos apropiamos de un buen botín. Jimmy me aventajaba, no solo por haber empezado a sisar antes que yo, sino porque yo me sentía mal a raíz del mucho helado de que nos atiborrábamos. O quizá por la brillantez y el buen éxito del mal que hacíamos, mis nervios se volvieron contra mí, sin contar el problema de cómo utilizar las riquezas mal habidas. Jimmy las derrochó en regalos —chinelas y pantuflas para todos, corbatas charras, tapices, aluminio Wearever, el colmo de la elegancia— y yo, por mi parte, una bata de baño para Mamá, un camafeo para la Abuela, medias para Georgie y una camisa para Simón. También hice regalos a la señora Klein y a Eleanor, así como a algunas chicas de la escuela.

En mis días francos me quedaba de preferencia con los Klein, en cuya casa el alféizar de las ventanas estaba a nivel de la calle: así supe a qué sabe el pasarlo sentado en un cuarto de estar mientras, fuera, algo va tomando forma a raíz de las fechorías cometidas, tal como les sucedió a Roger Touhy, Rommy O’Connor, Basil Banghart y a Dillinger, que cambiaron de rostro con cirugía plástica, borraron con ácido sus impresiones digitales, hacían solitarios para distraerse, seguían en la radio los resultados deportivos, mandaban al café por hamburguesas y batidos de leche y en conclusión eran atrapados yendo al cine o en una azotea. A veces rotulábamos el árbol genealógico de Jimmy: era creencia arraigada de los Klein la de que sus orígenes se remontaban a cierta familia española del siglo XIII, apellidada Ávila. Los Klein tenían en la ciudad de México un primo carnal, fabricante de chaquetas de cuero, que promovía esta hipótesis. Yo era propicio a confiar en las casualidades favorables del destino. Trabajaba con Jimmy estampando en el árbol letrerillos en tinta roja y china, pero me sentía intranquilo.

Hacia finales de la temporada de Navidad nos alcanzó, casi, el largo brazo de la ley. El gerente de Deever’s mantuvo una conversación con la Abuela. Se había hecho un inventario de los paquetes sorpresa, en fin. Ninguno de nosotros dos trató de negar los cargos, ni, yo a lo menos, discutir la suma de setenta dólares que dio el gerente como exacta: nuestra ratería no había llegado a tanto. La anciana rehusó ayudarme en un principio. Gélida ella, aconsejó a Simón llamar a Lubin, el asistente social, pues no hallaba en sí misma las fuerzas de llevar a una pandilla de maleantes por el

camino del bien; había emprendido apenas una labor educativa. Simón la persuadió en mi favor, ya que, en caso contrario, la Beneficencia comenzaría a hacer averiguaciones: ¿por qué no habíamos notificado que estábamos trabajando, etcétera? Desde luego, la Abuela no tuvo nunca la intención de entregarme según amenazó. Pero amenaza la hubo y yo estaba plenamente dispuesto a comparecer ante el tribunal tutelar de menores y pasar de ahí al reformatorio, admitiendo con serenidad confuciana el derecho de la sociedad a sancionarme, y esto prefiguraba cuanto yo permitiría que me hicieran. Mas yo no tenía, por otra parte, sensación de haber delinquido: la de haberme situado en el cantón oprobioso del edificio de la conducta, junto a los marcados en la frente, los de pulgares mutilados, los de orejas y narices hendidas a cuchillo.

Esta vez no hubo solo amenazas y reprimendas, sino humillación absoluta. Tras la colisión inicial y gigantesca, a bombo y platillos, la Abuela se puso en plan de frialdad conmigo. Simón, distante. Yo no podía enrostrarle el que me hubiese aconsejado birlar dinero del cambio; me respondía secamente que yo era un borde; obraba tal como si yo no supiese qué estaba diciéndole. La buena de Mamá debía de sentir que este era el momento predestinado —de resultas de sus infaustas capitulaciones matrimoniales— al escarmiento. Aun ella me espetó algunas verdades: sufrí como un cochino. No lograron, con todo, arrodillarme, hacerme suplicar, pese a que no me dejaba indiferente la idea de ser condenado, rapado, alimentado a bazofia, intimidado y puesto en fila en el lodo. Si en casa decretaban que tal sería mi merecido castigo, pues, yo no veía qué recurso emplear en contra.

En verdad, nunca estuve en real peligro de encierro. La bata de baño, el camafeo y demás fueron devueltos. Mis economías cubrieron el resto. Jimmy salió libre, rescatado por su familia, de este trance. Su padre le zurró; lloró su madre; pero el proceso fue breve y concluyó mucho antes de que me hubiesen levantado a mí un adarme de la pena. En casa, la represión era mayor. Tampoco se sintieron los Klein incomodados conmigo; lo sucedido no me inhabilitaba ante su vista, ni para ellos deslucíase mi alma. A poco andar, me hallé tan bienvenido como de ordinario y Eleanor me ponía motes cariñosos como siempre mientras me tejía una bufanda para reemplazar la que yo había devuelto a Deever’s.

No bien hubo salido Jimmy de su alarma, habiendo desafiado sin pestañear, cínicamente, la errátil tunda de su padre en camiseta, se mostró indignado de que la casa Deever’s se hubiese aprovechado de nosotros y obtenido un beneficio. Era cierto esto último. Las ideas de venganza incluyeron la de un posible incendio del almacén, pero yo estaba harto de todo el asunto con Deever’s y, en rigor de verdad, también él, así que la confabulación sirvió para quitarnos el mal sabor de la aventura, en este caso.

Clem Tambow, primo de Jimmy, se rio mucho de nuestro debate acerca del presunto incendio y otras propuestas dignas de peligrosos criminales. Sugirió que, si deseábamos resarcirnos de nuestras pérdidas, podíamos inscribirnos en el certamen

de Charleston, en el Webber, y ganar un dinerillo como es debido. No bromeaba, el hombre. Quería ser actor y ya se había puesto a prueba como aficionado, imitando a un inglés que trata de relatar una historia larga y complicada respecto a un incidente en el Paso de Khyber. Los polacos y suecos del auditorio lo abuchearon y debió retirarse del escenario. Su hermano Donald ya había hecho cinco dólares cantando *Mariquita* y zapateando. Donald era el apuesto entre los hermanos Tabow, de pelo negro y rizado, el favorito de su madre. También ella era buena moza y de porte muy digno: usaba vestidos negros y quevedos en su tienda. Su tema favorito era el de un hermano industrial muerto de fiebre tifoidea en Varsovia, durante la guerra. Clem se parecía a su padre, en todo salvo el peso; tenía piernas largas e inquietas. Clem podría haber triunfado en la carrera de media milla de la ciudad de Chicago, si no hubiese fumado cigarros y —de esto alardeaba— si no se hubiese masturbado tanto: agotamiento de la virilidad, según los manuales. Él hacía escarnio de la propia perversión y de todo lo que hace gemir de contrariedad al mundo aleccionador. Clem faroleaba en la pista, muy majo y altanero hacia sus competidores, los anticuados con sus ejercicios de precalentamiento, mas un tanto irresoluto y dubitativo y con cierta melancolía en los ojos negros. En realidad, a melancólico nadie le ganaba. Decía que yo no podía superarle en nada.

—O sí —proseguía—: puedes ganarte algún ligue con hembras que a mí no me mirarían dos veces.

En esto sí me reconocía mérito:

—Con dientes como los tuyos… Los tienes perfectos. Mi madre dejó que se arruinaran los míos. Si algún día asciendo a la fama, tendré que usar dientes postizos.

Yo festejaba casi todo lo que Clem sostenía, tanto que él me motejaba de pánfilo:

—Pobrecillo March: se mea de risa por todo…

Bien mirado, él y yo congeniábamos estupendamente. Clem pasaba por alto mi inexperiencia y, cuando yo me enamoraba, él y Jimmy me daban cierto apoyo. Yo presentaba el clásico síndrome: inapetencia, ensimismamiento, desvelo, recato en la mirada, torpeza y una plétora de ideas provenientes del cine y frases de canciones populares. El nombre de mi dulcinea era Hilda Novinson, una niña bastante alta mas pequeña de rostro, pálida y con otros signos de propensión a la tisis; dueña de una voz ingrávida; tímida y presurosa en el hablar. Yo nunca le dirigía la palabra; pasaba de largo miserablemente, como de casualidad, pero por dentro en éxtasis y sudando angustias. Pasaba, digo, caminando cerrilmente y como quien no quiere la cosa. Con su cara de rusa y ojos escurridizos, ella tenía el aspecto de una mujer mayor. Usando una chaqueta verde, fumaba y andaba con un montón de libros a cuestas, apretados contra el pecho, y con las galochas abiertas cuyas hebillas resonaban al golpear el suelo. El ángulo de abertura de esas galochas de tacones altos y su golpeteo surtían en mi alma mortificada por el amor el efecto de dardos febricitantes y erizaban en mí un afán imbécil de caer a los pies de la damisela. Luego, cuando hubo perdido el estado de beatitud, me puse sensual en mayor grado. Las primeras veces, con todo, mi

temple cortesano deseoso de sentimiento puro era para mí lo único importante. Tal vez por herencia, yo me hallaba bien equipado de todos los materiales del amor.

No se me ocurría pensar que Hilda pudiera sentirse halagada por mi persecución; quedé atónito cuando Clem y Jimmy me lo aseguraron. Yo seguí sus pasos por los corredores del colegio; maniobraba para situarme detrás de ella durante los partidos de baloncesto; me asocié al Bonheur Club para estar una hora en el mismo cuarto, una vez a la semana, después de clase; y, sufriendo mucho, permanecía en la plataforma trasera del tranvía en que iba ella a su casa. Ella se apeaba por la puerta delantera y yo saltaba del tranvía por atrás y caía en la nieve ennegrecida por el hollín, sobre los tablones empapados de la calle del West Side. Era sastre, su padre, y la familia vivía en la trastienda. Hilda franqueaba la cortina divisoria y… ¿qué hacía entonces? ¿Quitarse los guantes? ¿Fumar? ¿Arrancarse sus galochas? ¿Beber cacao? ¿Jugar nerviosamente con los libros? ¿Quejarse de un dolor de cabeza? ¿Confiar a su madre que yo me había agazapado en la calle oscura, en esa tarde de invierno, con mi abrigo de piel de oveja? No me parecía. Su padre ignoraba que yo estuviera ahí: magro, sin rasurarse, encorvado, él estaba a la vista y yo podía contemplarlo tanto como quisiese mientras él marcaba con alfileres, pasaba la esponja y planchaba, con expresión de fatiga, olvidado de todo. De un modo u otro, habiendo entrado Hilda en la casa, ya no salía de allí, como si lo exterior hubiese sido de pronto un coto vedado.

—¡Con todas las chavalas que hay para enamorarse! —solía repetir Clem Tambow despectivamente, tras su feísima nariz—. Ir de putas: eso te hace falta. ¡Una vez, déjame llevarte una sola vez y verás que te olvidas de todo!

Por supuesto, yo no contestaba y Clem persistía:

—Pues entonces permíteme escribir una carta a Hilda, para pedirle cita. Tan pronto hayas salido con ella y la hayas besado, te va a dar asco, yo sé lo que te digo. Verás qué boba les te resulta, hijo, y mira que tampoco es un cañón, tiene malos dientes.

Yo rechazaba esto también.

—Convenido, le hablaré. Le diré que te folie mientras estás ciego. ¿No te das cuenta? Ella jamás conseguirá alguien de bigote como tú y tiene que saberlo. ¿Qué cosa te vuelve loco por ella? Que fume, sin duda.

Por último, Jimmy agregaba:

—No le importunes, que a este tío le gusta arrastrar una pasión.

Y tomándose obscenamente los genitales a dos manos, ambos hacían payasadas en el cuarto de estar de los Klein, que era nuestro club. Mis tristes desatinos de adorador continuaron, como cuando yo me plantaba como un tótem en la acera de enfrente, durante el atardecer azulado. Su escuchimizado progenitor se inclinaba en tanto sobre la aguja, sin inquietarse por la impresión que daría a los viandantes a través de la puerta vidriera. La hermanita de Hilda, una chicuela canija con equipo de gimnasia, recortaba papeles con las tijeras enormes del padre.

Varias semanas tardó mi apasionamiento en disiparse. Yo había caído en

desgracia en el seno de mi familia. Esto no mejoró porque mi estado de ánimo me impidiese aportar dinero a la economía familiar, precisamente. Simón andaba de acá para allá en un horario extraño acerca del cual no podíamos interrogarlo, pues él estaba trabajando. Ya no volvíamos él y yo a almorzar en casa y, por consiguiente, Mamá debía cumplir las faenas domésticas reservadas otrora a sus hijos: acarrear el carbón desde el sótano, sacar a pasear a Winnie, traer a George de la escuela y, lo más pesado, escurrir las sábanas en días de colada, con lo que la pobre se volvía macilenta y magra por exceso de ejercicio. Quisieras que no, había en el ambiente un regusto a anarquía e indisciplina y, por otra parte, a sumos poderes en vías de erosión, todo lo cual redundaría a la postre en un golpe capaz de hacer vibrar el palacio como en tiempos pasados y reventar las testas palaciegas contra los muros el día menos pensado.

—¿Y bien, Augie? ¿No trabajas más? —me reconvino la Abuela—. Has terminado, ¿eh? Quieres vivir de la Beneficencia hasta el fin de tus días…

En realidad, yo tenía empleo en una floristería, Bluegren. Solo cuando asistía a las reuniones del Bonheur Club o seguía a Hilda Novinson con sus atrapantes galochas por el aguanieve fangosa podía yo decir que Bluegren no tenía trabajo de reparto para mí.

Bluegren me daba quehacer a su albedrío por las tardes; en general, se trataba de ayudarle a armar el corazón de paja de las coronas de muerto —mucho gángster entre su clientela— antes que de llevarlas a domicilio, donde él sabía que las propinas no eran malas. Francamente me disgustaba el trasladar las coronas y arreglos florales en tranvía porque, al anochecer, los pasajeros, de regreso y con un cansancio de invierno, me hostigaban tanto como los revisores, obligándome a defender las flores con mi cuerpo. Si iba dirigido a una funeraria, además, transportando la carga en alto como un violoncelista y abriéndome camino con lentitud por entre el gentío, a nadie encontraba luego en el silencioso recinto —todo felpa y caoba suavemente iluminados— que me extendiese una propina; a lo más, un lacayo que me recibía con mi gorra de patinaje y mi nariz húmeda por el frío, a la cual solo un toque de mi guante de lana lograba adecentar de vez en cuando. En escasas oportunidades me encontraba con un velatorio particular donde corría el bebercio de contrabando en un cuarto lleno de deudos y amigos del muerto, allá por las afueras de Chicago. Cuando entrabas en una casa mortuoria con olor a whisky, tú con tus flores a cuestas, pues nadie estaba tan abstraído que no advirtiese tu presencia y tú tuvieras que irte con un dólar o más en calderilla haciendo bulto en tu gorra.

Yo prefería, en cualquier caso, hallarme en la tienda, en aquel caudal de flores apiladas en torno a los cajones de greda o dentro de la nevera: rosas, claveles y crisantemos. En especial porque estaba enamorado.

Bluegren era un individuo imponente, también; rubio, corpulento y de modales suaves, amigo de contrabandistas de ron y de criminales organizados, íntimo de gente como Jake el Barbero y, en su época, con el mandamás del norte de Chicago, Dion

O’Bannion, florista él mismo, a su modo. Este último fue baleado por tres hombres de Johnny Torrio en su misma tienda —lo de Torrio es rumor todavía— y los tres huyeron de ahí en un sedán Jewett de color azul. Bluegren se calzaba guantes para trabajar con las rosas y quitarles las espinas. Tenía ojos azules de mirada fría, preparados para toda suerte de hallazgo, y nariz carnosa de buen tamaño, un tanto ahíta de hallazgos. Que la confusión nace de tener rostro amplio y pensamientos tajantes o bien rostro tajante y pensamientos amplios. Bluegren pertenecía al primer caso, supongo que por sus vínculos con gente de cuidado y los efectos del miedo y la transitoriedad de la vida. Esto ponía mal a Bluegren, incivil y regañón y amargado, en particular luego de un homicidio importante como el de un Genna o un Aiello. Y aquel invierno abundó en cadáveres acribillados a balazos…

Fue un mal invierno para mucha gente —no solo para las notabilidades—, gente preocupada solamente por los propios altibajos, entregada al limitado comercio de sus mentes y corazones. Kreindl, digamos, a Eleanor Klein o mi madre. Kreindl se comportó como una diva en su sótano inglés, con ataques de nervios al estilo operístico y otros refinamientos: pataleos y rotura de vajilla. Eleanor contrajo unos agobios que la ponían mohína y lloraduelos, en la soledad de su cuarto, acerca del rumbo que llevaba su vida. Tal fue el genio de esa época y el de todos los días. De no haber sido por Hilda Novinson, yo habría estado en las mismas.

Mamá padecía de los nervios, a su vez, sin dar señales de ello: era preciso conocerla a fondo para enterarse. Yo lo olfateé por lo lúgubre de su docilidad, por el mayor tiempo durante el cual posaba la mirada miope de sus ojos zarcos en los objetos circundantes y, a veces, por su respiración torácica no antecedida por esfuerzo alguno. Yo hallaba a Mamá en vertiginoso estado de alerta causado por el mosconear de algún presentimiento.

Pronto supimos que algo se estaba tramando: ¡era la Abuela, a punto de dar el golpe! Para ello aguardó el momento propicio, que se dio cierta noche, mientras cenábamos, recién llegado yo de una entrega de flores fúnebres y Simón en su hacer algo por Georgie, quien venía creciendo inexorablemente. Esa noche había estofado de vaca y todos, incluso el susodicho, continuamos engullendo carne y ensopando el pan en la salsa. Salvo que, a diferencia de la Abuela, no se me ocurrió suponer que Georgie ignorara que era él el tema de conversación; ni siquiera lo había ignorado la perra cuando se volvió sorda, poco antes de morir. En algunas ocasiones tenía Georgie mirada de Gioconda y la condigna sonrisa, si se sentía mentado en una plática. Esto lo afirmo yo: era una expresión sutil lo que se perfilaba en él y sus pestañas blancas, reflejo de alguna sabiduría cautiva en su estolidez y, a la vez, rico comentario acerca de la urdimbre de nuestras vidas. El provenir de Georgie había ocupado a la Abuela en diversas oportunidades; en esta, ella tomó el caso con seriedad plena. Presumo que Mamá habrá estado en el secreto, por la tensión que vi en su semblante. Era difícil manejarle ya: estaba poniéndose tan alto y parecido a un hombre… ¿Cómo nos las compondríamos si un buen día George cogía a una niña del

brazo, por decir lo menos, y detrás actuaba la policía? Tal fue la magna reprobación de la anciana de todo mal trago, sublevación, descarrío y negligencia habidos y por haber: su martirio, en fin, cuya causa primera era yo, como bien se dejaba comprender. Ella añadió que Georgie debería internarse en una institución *ad hoc*. Que era de sentido común el no guardarlo con nosotros de por vida, cosa para la que no habíamos dado prueba de utilidad, por otra parte. Además, Georgie tendría que aprender un oficio o cosa semejante: cestería, tal vez, o pincelería, a fin de sustentarse parcialmente. Para concluir, la Abuela se reservó un toque de atención: nos dijo que ya estaban alborotándose nuestros vecinos —los que tenían hijas chicuelas— por el merodeo de Georgie en torno a sus traspatios, cuando Georgie merecía los pantalones largos. Con mal disimulada repugnancia, la Abuela se refirió al desarrollo viril como a algo indecente que se hace necesario enfrentar y luego se retiró, legándonos el resabio de su espanto.

¡Ah, cuán dulce para ella el escanciarnos su pócima de realidad y observar los efectos en nuestros ojos vueltos sobrios de repente! Su sonrisa fue de placer y de astucia —demoníacamente enarcadas las cejas— cuando hubo cesado su discurso. Mantengo que Georgie intuía todo esto, mientras tanto. No digo que la postura de la Abuela haya resumido en sí la perfecta maldad y la de él, pura grandeza. No; ella había realizado una ardua tarea de años, en beneficio nuestro. En mi familia faltaban temple y discreción para llevarla a cabo o aun proponerla, frente a una verdad implacable que incluso la gente humanitaria debe aceptar para subsistir. No hay duda de que estoy facilitando a la Abuela su mejor excusa; queda por dirimir su ostensible satisfacción en el momento de aplastarnos: exhaló un tenso «¡Ajá!» como cuando usaba con buen éxito un ardid de ajedrez. Era siempre lo mismo: habíamos rehusado ver adonde conducían nuestros errores; entonces recaían sobre nosotros las pavorosas consecuencias. Algo similar a lo sucedido con el oso de Elisá, que se abalanzó sobre los niños que estaban azuzándole, o el divino golpe que rajó al judío irreflexivo que intentó sostener con una sola mano el arca de la alianza pronta a caer del carromato. En suma: un escarmiento por faltas que no hay tiempo de corregir. La Abuela tenía mucho gusto en obrar en nombre de la fatalidad, la justicia inmanente que con insistencia nos encarecía rehuir.

George siguió sentado con un pie sobre otro, comiéndose el guisado maquinalmente, con expresión seráfica, en contraste con nuestras especulaciones mundanas. Mamá sugería cosas confusas, agraviada y con voz de falsete. Era incapaz de claridad y, si se entusiasmaba o se sentía dolida, peor aún.

Entonces, Georgie dejó de comer y principió su gimoteo.

—¡Silencio, tú! —atronó la Abuela.

Intercedí por él y mi madre. Argüí que él no había hecho daño a nadie todavía. Queríamos tenerle en casa. Mi reacción estaba prevista por la Abuela, quien no se inmutó:

—*Kopfmensch meiner* —replicó con sarcasmo—. ¡Lumbrera! ¿Piensas esperar

hasta que haya cometido un desacato? ¿Acaso estás aquí cuando se te necesita? ¡Si estás trotando por las calles con el delincuente de Jimmy Klein, aprendiendo a robar y perrerías de todo género! Tal vez encuentres gusto en ser tío de un hijo natural de tu hermano y una polaca de pelo pajizo. Tal vez te plazca explicarle al abuelo, un espécimen de los corrales, qué buen yerno se ha buscado. Te mataría como a un buey y quemaría la casa, si lo hicieras…

—Bien —dijo Simón—: en caso de que Augie quiera encargarse del chico.

—En caso de que Augie fuese un modelo de conducta —interrumpió la Abuela —, ¿qué utilidad tendría eso? Cuando Augie tiene empleo hay más enredos que dinero. Pero, si no trabajara en absoluto, imaginaos qué farsa sería aquello: dejaría al muchacho en casa de los Klein y partiría, de cualquier manera, a vagabundear con su amigo. Mira que yo conozco a tu hermano, querido mío. Tiene un corazón de oro si eso no le cuesta nada y te lo promete todo si está conmovido, pero ¿es acaso persona de fiar? ¿Puedes darte el lujo de que Augie deje de aportar lo poco que trae? ¿Qué dices? ¿Has heredado una fortuna?

¿Puedes pagarte una servidumbre *gouvernantkes*, por profesores particulares tales como Lausch se mató para dar a sus hijos? Yo he hecho lo humanamente posible a fin de que vosotros tuvierais educación y cultura y aun, que fuerais caballerosos y honrados. ¡Pero tenéis que saber quiénes sois, qué sois, ser realistas! El mundo hará sin ninguna bondad lo que no hagáis por vosotros mismos. Yo he visto un poquitín más que todos vosotros; he visto en qué forma cruel se rectifican errores y cuántas maneras hay de morir de necedad solamente, sin mencionar otras hierbas. Inclusive, he intentado explicar algo de esto a tu hermano, pero sus ideas zigzaguean como los pasos de un borracho…

Así se eternizaba la Abuela con sus quejas y vaticinios. No era menester persuadir a Simón, quien, en lo concerniente a Georgie, estaba con ella, pero sin admitirlo en voz alta, pensando en los sentimientos heridos de Mamá. Ya en nuestro dormitorio, Simón me dejó perorar y exponer mis argumentos, oyéndome desde la cama en que estaba tendido cuan largo era, con expresión de superioridad. No bien hubo supuesto que yo iba a escucharlo, me dijo:

—¡A otro perro con ese hueso, chaval! ¿Por qué no usas la materia gris? La vieja está en lo cierto y tú lo sabes. ¿No creerás ser el único en preocuparte por George? Pero algo hay que hacer con él. ¿Acaso tienes idea de lo que puede llegar a cometer? Ya no es un churumbel: no podemos andarle detrás por toda la eternidad.

Simón me había maltratado desde que perdí el empleo en la estación y durante el incordio con Wigler y Bulba, así como mi revolcón en el almacén de Deever. Tampoco abrigaba mi hermano buena opinión ni de Jimmy ni de Clem. Fue un yerro, además, el haberle relatado mi sentir en cuanto a Hilda, risible ante su vista.

—Si te importa saberlo —me decía—, Friedl Coblin será el doble de guapa cuando haya crecido. Y hasta puede que le salgan tetas.

Desde luego, Simón me sabía poco rencoroso —mis enfados duran lo que un

suspiro— y se juzgaba con derecho a tratarme de aquel modo porque, a la par que él progresaba, yo me ponía en ridículo. Como Napoleón a sus hermanos, Simón tenía pensado llevarme en sus campañas, si llegara el momento propicio. Durante mis peores encontronazos con la Abuela, él se mantenía rígidamente a distancia, pero, por otra parte, me aseguraba ayuda si yo me metía en un lío de campeonato con alguna justificación. Le molestaba ver cómo me perjudicaban los amigos ligeros de cascos. Él se sentía responsable de mí y de George, sí, y no era hipocresía cuando opinaba de este último.

—Me enfadé cuando dejaste hablar a Mamá sin darle apoyo —comenté—. Bien sabes tú que no puedo hacer ni pizca por el chico si no me voy del colegio. Pero si ella lo quiere consigo, entonces es asunto de ella. No tendrías que haberle dejado convertirse en espectáculo…

—Tanto le valdrá a Mamá el enterarse poco a poco como de una sola vez.

Rubio y fornido, Simón, aunque yacente en su cama de armadura oscura, se expresó con ímpetu. Luego hizo una pausa durante la que exploró con la punta de la lengua su diente roto. Había esperado que yo la emprendiese arrolladoramente con él. Soltada ya la parrafada que se me ocurrió, tuve que oír lo consabido:

—La vieja ha dado en el blanco contigo, Augie. Está clarísimo que tú te has descuidado. De cualquier modo, al chico podríamos haberlo tenido con nosotros por un año más, a lo sumo, aunque te hubieras empleado a fondo, cosa que no has hecho.

—Ella se siente patrón ahora, eso es todo.

—¡Pues déjala! —opinó y, tras un seco movimiento de cabeza para despejarse, encendió la lámpara de cabecera y se puso a leer.

No me restó mucho que hacer después de esto. Yo no reconocía ya a la Abuela como jefe de la familia; en Simón estaba investido un tanto de su antiguo señorío. Permanecí con él en el cuarto, antes que encarar a Mamá, quien, lavada la vajilla y sacudido el mantel, seguramente se hallaría repantigada en el sillón y no sentada en él, a la luz de una bombilla rematada en punta como casco prusiano, que destacaba maliciosamente las imperfecciones del estuco. Mi madre no era propensa a dramatizar sus congojas con maña; prefería aislarse del propio espíritu. No moqueaba con ruido ni se notaban sus lágrimas: parecía que estuviese mirando por la ventana de la cocina de manera extremosa y terrible, hasta que te acercabas a ella y veías los colores verde de sus ojos y rosado de su rostro robustecidos por el llanto. Solía apoyar de lado su cabeza sobre el respaldar alado del sillón, jamás la nuca. Si se ponía mala, Mamá se subía a la cama con la bata puesta, trenzaba sus mechas para que no se le enredaran y se desentendía de todo hasta haberse recobrado. Inútil entrar termómetros en mano, pues ella se resistía, entregada por entero a las fuerzas naturales y desechando la facultad intelectiva, a la cual no era adicta.

Firme quedó, pues, el fallo acerca de George. Mi madre continuó con lo suyo sin diatribas mientras la Abuela Lausch se daba prisa con su proyecto. La anciana se constituyó en la botica y telefoneó a Lubin, el asistente social, lo cual fue

significativo, ya que ella no salía a la calle desde su esguince de tobillo, acaecido el Día del Armisticio, la vez que nevó. Glosaba que a menudo padece la gente de edad hasta el día de su muerte, por quebraduras no consolidadas. Tampoco consentía en usar ropas de estar por casa para recorrer un centenar de metros: eso no está bien. Se mudaba de vestido, de medias, de peinado y se empolvaba adoptando la efigie de la perfidia. Sin importarle cuán áspera nos pareciese, montaba sus plumas aéreas con agujones y, trajeada de ceremonia, salía aprisa, como con rabia: pero, al bajar las escaleras, debía apoyar, uno tras otro, ambos pies en cada peldaño.

Era día de elecciones. Los puestos de escrutinio estaban embanderados. En la nieve, forzudos miembros de cada partido echaban vapor y sacudían al viento papeletas de muestra. Por el asueto escolar, yo estaba disponible para acompañar a la Abuela, pero rehusó. Media hora después, salí a deshacerme de las cenizas de la estufa y la vi con una rodilla en tierra: se había caído y me dolió. Nunca había salido sin protección, ella. Corrí. Se aferró a mi brazo, cubierto por una delgada camisa, con sus guantes húmedos por la nieve. Ya en pie, la Abuela rechazó más ayuda, ora por un inflado sentido del sacrificio, ora por una supersticiosa idea de justo castigo. Ascendió sola las escaleras y, rengueando, ganó su habitación, donde sentó un precedente agregado: el de echar el pestillo.

Hasta aquel momento no había yo parado mientes en la posibilidad de que hubiese una llave para esa puerta: la Abuela la habría tenido guardada desde años antes, entre sus alhajas y papeles de familia. Mamá y yo quedamos fuera, alelados, preguntándole si estaba lastimada hasta que obtuvimos una respuesta colérica de su parte. La conmoción de haberla visto caída en la nieve momentos atrás me impidió temblar ahora frente a la estridencia gatuna de su voz. En todo esto discerní una alteración del orden establecido: ¡el que la puerta sagrada, pero siempre accesible, tuviese llave y el que tal llave se usara! Honda la significación de aquel otoño de elecciones, en la medida en que, si los tajos y chamusquinas de la Abuela Lausch eran tratados con toda serenidad y oficio, en la presente ocasión se añadieron a ello una franca melancolía y un presentimiento de muerte. Aplicado el yodo (o el aceite) y luego el vendaje, la Abuela solía encender un cigarrillo para calmar sus nervios. Pero los Murad estaban en su cesto de labores de agujas, en la cocina, y la Abuela no dejó su cuarto.

Pasó el mediodía. A media tarde apareció ella con un grueso vendaje en la pierna. Recorrió la senda acostumbrada, la alfombra de vivos colores raída hasta la urdimbre, y —siguiendo una línea que bordeaba la estufa de la sala— entró en el vestíbulo, que daba a la cocina. Ahí cambiaba de color el rastro, por el pardo del linóleo, rastro en buena proporción hecho por ella y sus chinelas de color gris pedernal a lo largo de un decenio. Ya se había puesto ropa de estar por casa y nuevamente el chal, de modo que presumimos su vuelta a la normalidad, o casi; en rigor, había en la Abuela una tensión silenciosa y su rostro, pese a una pretensión de serenidad, estaba pálido aún, como si su dueña hubiese perdido sangre o, cuando menos, su femenil compostura

frente a la vista de sangre. La anciana ha de haberse sobrecogido, aquel día, con temor a cerrar su puerta con llave, pero al parecer llegó a la conclusión de que debía regresar al mundo de los vivos para ejercer en él su influencia, por exangüe que se la viese. Pero algo faltaba. Hasta la perra, vieja, deshilachada y de flojos pellejos dio un paseo sosegado repiqueteando con sus uñas contra el piso, como si hubiera presentido la decadencia y caída del antiguo régimen, el momento en que ministros y asesores ven desmoronarse su gloria y en que las guardias suizas o pretorianas sienten la marejada.

Empecé a dedicarme exclusivamente a Georgie, a llevarle en trineo, pasearle por el parque y hacerle recorrer el invernadero de Garfield Park para ver florecer los limoneros. La maquinaria administrativa estaba en marcha y nuestros esfuerzos de último momento no dieron resultado: soñábamos con detenerla. Lubin, quien siempre había sostenido que Georgie se encontraría mejor internándose en alguna institución, trajo los papeles pertinentes y Mamá, sin apoyo de Simón contra la anciana (y es probable que tal oposición no hubiese refrenado a la Abuela, para quien se trataba de un movimiento decisivo al cual tendía como la fuerza del destino), tuvo que firmarlos. Yo estoy convencido de que el avance de la Abuela Lausch era incontenible. Bien mirado y pese a la consiguiente tristeza, fue acertado internar a mi hermano menor. Según Simón, tendríamos que haberlo hecho nosotros mismos, de cualquier manera, más adelante, con la salvedad de que la Abuela convirtió el hecho en prueba suprema, en acto falto de tino digno de un sultán, cosa que no tuvo por qué ser así. Todo lo cual se originó en situaciones previas, poco inteligibles para Simón y para mí: decepciones, un vértigo rabioso del que luchó por amor propio, la proximidad de la muerte que empañaba su buen juicio —y, tal vez, cierta manifestación de porfía o de un espíritu de empresa que se hunde y se descarga ciegamente en la profundidad.

¿Qué sé yo? Pero la internación de Georgie podría haberse llevado a cabo de otra manera.

Por fin llegó la noticia de que había una vacante para él en el Hogar. Fui a comprarle una maleta Gladstone, que se abre en dos compartimientos iguales, en la tienda de excedentes del ejército y la marina: lo mejor que pude conseguir. Como iba a pertenecerle de por vida, tenía que ser algo bueno y enseñé a Georgie a manejar los herrajes y la cerradura. Siempre habría quien le ayudase, en la Institución, pero mi idea era la de que él debía gobernar sus posesiones en lo posible, como cuando hubiera de mudarse a otra. Adquirí un sombrero para él, por añadidura.

Era tiempo sin sol, pero de deshielo al empezar tardíamente la primavera: goteaban árboles y tejados. Con su chambergo de adulto y el abrigo que no usaba con discernimiento, sin asentárselo en los hombros como es debido, Georgie parecía fogueado y con aspecto de viajero. Hermoso, en realidad, la efigie de un forastero

venido de lejos con su palidez, su impedimento y su retrechera apostura. Todo era verlo y ponerse a llorar, salvo que nadie lloraba entre nosotros, ni mi madre ni yo, ya que a eso nos reducíamos: Simón lo había besado al irse al trabajo aquella mañana, diciéndole adiós e «iré a visitarte»; la Abuela no quiso salir de su habitación.

Mamá me pidió que le avisara que nos íbamos y la Abuela respondió desde dentro: «¡Idos, pues!», en el tono resuelto e impaciente de otrora, mas sin la llama ni la sonoridad de la verdadera voz de mando. Su puerta estaba cerrada con llave; la imagino tendida sobre el edredón, con chal, delantal y zapatillas terminadas en punta, circundaba de chucherías de Odessa en el tocador y las paredes.

—Mamá querría que te despidieses —balbuceé.

—¿A santo de qué…? Ya iré a verlo, más adelante.

Carecía de la voluntad de comprobar los resultados que tanto había laborado para conseguir y la de intentar salvaguardar aún su señorío. ¿Cómo interpretar, si no, esta negativa? Pues como desmadejamiento de la organización, sin más ni más.

Mamá demostró entonces la trémula ira del débil, que cuesta suscitar. Georgie debía recibir el trato de un niño, por parte de la anciana. Pero al poco rato bajó sola mi madre y me ordenó, con una aspereza no dirigida a mí: «Recoge la maleta, Augie». Tomé del brazo a Georgie y salimos por la puerta del frente, donde dormitaba Winnie bajo los helechos. Mi hermano pasó a su lado mordisqueando quedamente el interior de sus labios. Transbordamos por tres veces. Ya cerca de nuestro destino, flanqueamos la tienda del señor Novinson, por el oeste.

Una hora nos tomó la travesía hasta el Hogar. Ventanas alambradas, vallado anticiclón a prueba de perros, patio asfaltado: una lobreguez sin par. En una mínima oficina situada bajo las escaleras, la taciturna directora de la Institución nos hizo firmar por Georgie en el libro mayor y nos permitió acompañarlo hasta el dormitorio, donde había, en lo alto, un radiador bajo el cual se congregaban otros chicos, observándonos. Mamá quitó a Georgie su abrigo y el varonil sombrero. En camisa de botones bien visibles, con su pelo pajizo y dedos grandes, blancos y fríos —me incomodaba vérselos de tal tamaño—, Georgie no se apartó de mí mientras yo le enseñaba nuevamente el mecanismo de cierre de su maleta. No logré distraerlo de su desazón, la que le producía el lugar y los chicos que nos rodeaban, similares a él. Nunca había conocido gente así, en verdad. Entonces se desayunó de que pensábamos dejarle ahí y principió el forcejeo de su alma; esto es: a lanzar su gemido, más penoso para nosotros que las lágrimas mismas, aunque menos agudo. Mamá se hundió en aquel momento y cedió al llanto cuando lo besaba, sosteniendo su peculiar cabeza entre las manos. Después la arrastré conmigo y lloré también cuando él intentó seguirnos, así que le llevé a la cama y le ordené sentarse en ella. A esto me obedeció, pero continuó gimiendo. Mamá y yo caminamos hasta la parada del tranvía y allí aguardamos junto al negro poste, que vibraba a la par de la ciudad, el regreso de nuestro vehículo desde los arrabales.

Después de esta separación, llevamos una vida familiar disminuida, tal como si el

cuidado de Georgie hubiera sido el nexo en nuestra unión y todo ello hubiera quedado perturbado ahora. Miramos hacia todos lados y descubrimos que la vieja se había pasado de lista. En realidad, nosotros mismos le resultamos un desengaño también. Quizá ella soñó una vez que alguno de nosotros resultaría un prodigio al que ella conduciría a la celebridad. Quizá. La fuerza que dirige estas cosas en los seres superiores y une a los amantes que darán a luz al genio, guía del mundo en su lenta marcha hacia su perfección, había procreado un George en vez y luego a nosotros. Simón y yo distábamos de poseer las cualidades que ambicionaba la Abuela. Nuestros progenitores no habrán importado mucho, para ella, y no era una cuestión de prosapia o de legitimidad, tampoco. Fouché llegó tan lejos como Talleyrand. Lo principal eran las dotes naturales: ella se convenció con amargura de que ambos carecíamos de talento. Seríamos aptos —esto sí— en materia de buena educación, de cuello blanco y dientes limpios, de competencia en el trabajo, de cortesía en el ascensor y al pedir ayuda en la calle, galantes con las damas, ceñudos y parcos con las pelanduscas, considerados en los medios de transporte y encaminados por la senda de un Castiglione gris e indistinto en mayor proporción que el conocido.

En lugar de esto, mi hermano y yo seguíamos el rumbo opuesto: éramos vulgares, groseros, hirsutos y de voz potente. Por la mañana, en paños menores, iniciábamos escenas de pugilato y luego pasábamos a lavarnos recorriendo el pasillo; a menudo nos veía la Abuela, esa figura de desdeñosa mirada con las terribles encías a la vista, hundidas las mejillas por comentarios no dichos. Pero ya sin su poder. Terminada. Simón le saludaba con excesiva familiaridad o, al contrario, llamándola «señora Lausch». Yo nunca la repudiaba de ese modo ni demostraba lo caduco de su influencia. Simón tomó después un tono menos irrespetuoso, si bien ya no interesaba, pues ella nos había visto tales como éramos y hasta dónde éramos capaces de llegar.

La casa parecía cambiada: insignificante, oscura, menor, llena de objetos alguna vez lustrosos y venerados que ya habían perdido su atractivo, riqueza e importancia. Se notaban la hojalata, las resquebrajaduras, el negro donde había saltado el esmalte, lo raído en las alfombras con su diseño desvaído ya por las pisadas, borrados el embrujo, la laca, lo macizo y lo floreciente. El olor de Winnie en sus últimos días —olor a engrudo rancio— no era notado por las mujeres, que no salían de casa, sino por nosotros los varones, que llegábamos ahí procedentes del aire libre.

Winnie murió en mayo de aquel año. La coloqué en una caja de zapatos para enterrarla en el patio de atrás.

5

William Einhorn es el primer hombre superior que he conocido. Tenía cerebro y muchas empresas, verdadero poder de mando, capacidad filosófica y, si fuera yo lo bastante metódico para reflexionar antes de tomar una decisión práctica de importancia y también —nota bene— si fuera yo realmente su discípulo y no lo que soy, me preguntaría a mí mismo: ¿Qué soportaría César en este caso? ¿Qué aconsejaría Maquiavelo? ¿Qué haría Ulises? ¿Qué pensaría Einhorn?

No estoy bromeando. Si pongo a este hombre en elevada compañía, es por haberlo conocido y haberme familiarizado con los otros a través de él. A no ser que queráis decir que vivimos en tiempos de pigmeos y que somos como niños cuya única participación en la grandeza del hombre equivale a la de un muchacho en la de reyes de cuento de hadas, seres de índole diferente y épocas mejores y más fuertes que la nuestra. Pero si equiparamos a hombres entre sí y no a hombres y niños u hombres y semidioses, lo cual es precisamente lo que complacería a César entre nosotros, demócratas hormigueantes, y si no tenemos el particular deseo de perdernos en una forma de existencia inferior por vergüenza de nuestros defectos ante los rostros dorados de estos prohombres de la antigüedad y otros más, pues entonces será mi derecho el de elogiar a Einhorn sin cuidarme de la irrisión ajena, la de los que piensan que el género humano ya no tiene los rasgos que honramos en aquellos nombres colosales. Mas no deseo ser empujado hacia la exageración por las opiniones de estudiantes de cualquier edad que sienten la propia inmadurez al enfrentar el pasado.

Yo fui a trabajar para Einhorn mientras cursaba la enseñanza secundaria, poco antes de la gran quiebra del veintinueve, durante el gobierno de Hoover. Einhorn era hombre rico todavía, si bien no tanto como lo pretendió más tarde. Yo seguí con él aun después de la pérdida de la mayor parte de sus posesiones. Entonces me volví esencial para él y no solo su mano derecha sino virtuales brazos y piernas. Einhorn era un inválido cuyas manos funcionaban, solamente, y sin la robustez necesaria para mover la silla de ruedas. Tenía que ser empujado o arrastrado por su mujer o hermano o parentela, o bien por quienes él mantenía de guardia, ya empleados suyos, ya gente vinculada con él; en cualquier caso de estos, Einhorn tenía el talento de trocarlos en supernumerarios. Siempre revoloteaba en torno a él gente con esperanzas de volverse rica —o más rica aún, si ya lo era— a través de los Einhorn. Estos últimos eran los agentes de bienes raíces de máximo auge en el distrito, dueños, incluso, de los cuarenta pisos en uno de los cuales vivían. El salón de billares en la tienda de la esquina del dicho edificio les pertenecía también y había seis comercios más: una ferretería, una frutería, una casa de conservas en lata, un restaurante, una barbería y la funeraria, de Kinsman, cuyo hijo escapó con mi primo Howard Coblin para alistarse en la infantería de marina y combatir a Sandino. El restaurante era el sitio en que Tambow, el politicastro republicano, jugaba a las cartas. Los Einhorn eran parientes

de su exmujer, pero jamás habían tomado partido en aquel divorcio. No habría quedado bien que Einhorn padre, miembro de la junta municipal en otro tiempo, casado por cuarta vez (dos entre sus excónyuges percibían alimentos todavía), se mostrase severo con alguien por esa razón en especial. En verdad, el comisionado Einhorn no había llenado el cargo en ningún momento: su título era una chuscada de la gente. El hombre era un buen mozo, viejo ya, de barba breve y puntiaguda a lo Buffalo Bill, que andaba fachendeando por ahí, con sus carnes lozanas, vistiendo ternos blancos y contemplándolo todo con una mirada divertida de connotación sexual. Se hacía respetar por su perspicacia en los negocios; cuando abría majestuosamente la boca para dar su opinión acerca de una hipoteca sobre bienes muebles o de la localización de un lote de terreno a su modo lacónico y aun monosilábico, la gente cerraba el pico en la oficina. El comisionado solía brindar importantes consejos; Coblin y Five Properties lograron que él les invirtiese algo de su dinero. Kreindl, quien de vez en cuando llevaba a cabo alguna tarea para él, le juzgaba tan sabio como un dios:

—El hijo será capaz —decía—, ¡pero el comisionado es un hombre ante quien hay que quitarse el sombrero!

Yo no estaba de acuerdo con eso, ni lo estoy todavía, por más que el comisionado, puesto a alguna travesura, se ganaba todos los aplausos. En verano era mi responsabilidad la de acompañar al comisionado a la playa: allí nadaba él a diario, hasta mediados de septiembre. Yo debía estar atento a que no se adentrase en el agua y darle, además, cigarrillos encendidos mientras él flotaba cerca del muelle con su traje de baño rayado como una almohada sobre su abultado vientre, su protuberancia genital de viejo y sus rodillas amarillentas y calvas: su pelo blanco se desplegaba dentro del agua, amarilleando como la piel de un oso polar; su vigorosa frente, enrojecida por el sol, vuelta hacia este, mientras sus gruesos labios y nariz exhalaban humo de tabaco hacia el azul tibio cargado del lago Michigan y los barcos de pesca a la rastra, embreados en los flancos avanzaban echando vapor más allá de la zona reservada para los mil bañistas, gentío múltiple en movimiento, grito y color. Se veían estructuras con torres en la costa y rascacielos retirados que hacían vasto ángulo recto con la curva fugitiva de la ribera.

Einhorn era hijo de la primera mujer del comisionado. Este había tenido otro de la segunda o tercera, un tal Shep, alias Dingbat, mote puesto por sus compinches del salón de billares a propósito de John Dingbat O’Berta, el niño mimado de la política ciudadana y amigo de Polack Sam Zincowicz.

Como Shep no conocía a O’Berta ni se le parecía y ni siquiera estaba vinculado con la politiquería del Distrito Trece u otra alguna, ignoro de qué modo llegó a merecer este apodo. Sin ser un hampón en sí, estaba mezclado con la delincuencia organizada como una suerte de aficionado que se vestía al gusto pandillero y era tomado por íntimo de los peligrosos Drucci o de Big Hayes Hubacek: elegante sombrero de financista, terno ajustado, camisa de estilo andaluz abotonada hasta

arriba y sin corbata, vistoso calzado en punta que sugería al rufián, lustrado como el de un bailarín de tango; Dingbat pisaba fuerte sobre sus tacones de cuero. Su pelo era tupido, negro, con ondeado artificial. Dingbat era pequeño y pendenciero, casi frágil, de músculos delgados y una fisonomía que expresaba lo irrazonable de todo su ser: no brutal, pues en ella se meneaban sentimientos diversos, pero sí frenética, aviesa, obstinada en el error y de oscura barba siempre visible a través del talco que él se aplicaba en desorden luego de haberse rasurado: la jeta de un reo, en fin, mas no un asesino —cuando Dingbat atacaba, lo hacía sin intención homicida— sino alguien intratable. En verdad, le daban duro todo el tiempo y llevaba una cicatriz de mal aspecto en la mejilla, pero él seguía retador y combativo, de desafío en desafío, asestando sus golpes nerviosa e ingrávidamente. El que le atizaran no le detenía. Un domingo riñó con Five Properties, a quien no inmutaban los puñetazos de Dingbat. Este fue arrojado al piso pero resurgió pegando y logró asustar a aquel, que retrocedió contra el anaquel de los tacos; alguien lo tildó de cobarde a voces mientras los demás contenían a un Dingbat demudado por la ira. Qué vergüenza, dijo un amigote de Five Properties, que un veterano de Château Thierry sea maltratado por un aprendiz. Five Properties no volvió al salón de billares.

En una época, Dingbat había estado a cargo del salón, pero, no viéndole fiable, el comisionado le suplantó por un gerente. Ahora holgazaneaba por ahí en su carácter de hijo del dueño, bravucón, árbitro, apostador, perito en deportes e historiador de las guerras intestinas del hampa, a la mira de algún negocio de poca monta o de algún púgil a quien regentar o algún juego de azar sin importancia. En el ínterin, era el chófer de su padre. El comisionado no era capaz de guiar el Stutz Blackhawk rojo e inmenso que poseía —los Einhorn no eran partidarios de los coches de menor tamaño —, así que Dingbat le transportaba hasta la playa cuando la temperatura era tórrida. Al fin y al cabo, el viejo estaba por cumplir los setenta y cinco y no podía arriesgarse a un derrame cerebral. Yo solía acompañarle en el asiento trasero. Dingbat iba conduciendo agarrado al volante; junto a él, sobre el tapizado de cuero, llevaba un ukelele y la malla de baño. Cuando guiaba, el sexo se le convertía en obsesión y así gritaba, silbaba y tocaba la bocina en pos de chicas fáciles, y su padre lo encontraba divertido. En ciertas ocasiones venía Clem con nosotros, o bien Jimmy o Sylvester, a quien le iba mal en los estudios en la escuela técnica Amour y ya hablaba de mudarse definitivamente a Nueva York.

En la playa, atlético con muñequeras y cinto y usando un pañuelo en la cabeza para evitar la arena cada vez que se erguía cabeza abajo y piernas en alto, Dingbat se codeaba con una multitud de chicas y adonis de playa que bailaban entre sí y cantaban al son del ukelele:

Ani-ka, huía wiki-wiki
me dijo la dulce niña parda

y me enseñó el hula-hula
en la playa de Waikiki…

Si se sentía lo suficientemente exaltado, Dingbat arrancaba de las cuerdas un tonillo insinuante y, cascando su voz de negro, inflexiones de gallito que ascendían de su garganta claras e indescifrables como una llama. Áspero y burlón a un tiempo, su anciano padre se reclinaba como el Buffalo Bill de los etruscos en una tumbona; su toalla de baño detenía el fulgor del sol a modo de albornoz, sostenida por un brazo de pesadas carnes, mientras reía la boca bajo la barba.

—*Idyot!* —llamaba a su hijo.

Cuando se armaba la zambra pasada ya la hora del bochorno, era posible que se hiciese presente William Einhorn en su silla de ruedas, llevando su mujer una sombrilla para ambos. Ora yo, ora Dingbat, su medio hermano, le transportaba a cuestas de la oficina al coche y del coche hasta la orilla del lago, y él tan distinguido, observador, blanco de tez, impertérrito y linajudo como un margrave. Ojos de lince. Alto y corpulento como su padre, apuesto y bien formado, Einhorn era un hombre fino y cultivado, superior en esto al comisionado, su padre; desde luego, Dingbat no le llegaba a la suela de su zapato. Einhorn era pálido, de carnes un tanto fláccidas en un rostro fuertemente aguileño, boca menuda y tupido pelo entrecano y, sobre todo, expresión vigilante de continuo: su ojo avizor se adelantaba ininterrumpidamente a fijarse en todos los temas. Su mujer, sólida y atractiva, se sentaba junto a él portadora del quitasol, lánguida y risueñamente, con un puño moreno en el regazo y el pelo cortado como en las esculturas del antiguo Egipto. Ella se entretenía con el espectáculo de los veleros y con la canturía.

Si deseáis enteraros de qué estaban hechos sus pensamientos, os diré que de salchichas, patatas, mostaza y pan de centeno: ¿alcanzaría todo esto? En caso contrario, podría mandarme a comprar más. A la señora Einhorn le placía sentir que todo estaba pronto. El comisionado tomaría té. Ella se hallaba dispuesta a servirle y de él solo exigía que dejase de esputar en el parquet; siendo tímida, usaba de emisario a su marido, para quien el asunto era de poca entidad. Nosotros beberíamos Coca-Cola, el brebaje preferido de Einhorn. Una tarea cotidiana consistía en ir a buscarle dicho refresco, ya embotellado, del salón de billares, ya en vasos, de la botica, según cuál de los lugares expendiese la mezcla óptima aquel día, a juicio de él.

Al verme acarrear el vaso en una bandeja a través del gentío de la acera —siempre había un exceso de hombres de negocios frente al edificio de Einhorn, mezclados con los deudos y lloraduelos de la capilla de Kinsman y con los personajes del salón de billares—, mi hermano Simón pegó una carcajada de sorpresa y exclamó:

—¡Así que este es tu trabajo! Eres el mayordomo.

Pero esta función era apenas una entre muchas; serviles algunas, personales otras, el resto requería adiestramiento e ingenio: secretario, delegado, agente, persona de compañía. Einhorn necesitaba alguien a su lado continuamente; lo que había que hacer a su servicio, le tornaba autocrático. En París o en la corte de Versalles, el rey Sol contaba con un gentilhombre que le alcanzase sus medias, otro su camisa y así sucesivamente, a la hora de levantarse de la real cama. A Einhorn era preciso alzarle y vestirle, cosa que a veces me tocaba a mí. El aire estaba enrarecido entonces, en sus aposentos, pues su mujer y él dormían con las ventanas cerradas. Me doy cuenta de que yo no criticaba estas costumbres, ya que, a mi vez, me acostumbraba a ellas con celeridad. Einhorn dormía en ropa interior para evitarse el tráfago de la muda, además de que solía acostarse muy tarde. Yo me encontraba al hombre con la lámpara de noche encendida y en paños menores, atróficos sus brazos pecosos y el pelo gris desordenado como volándosele de su cara plana de sagaz nariz aquilina y bigote recortado. Si Einhorn estaba de malas, la consigna era estarse quietos hasta que hubiese recobrado el buen humor. Iba contra las normas el andar de genio vivo por la mañana. Einhorn prefería el ánimo jocoso. Revoloteante, guasón, cursi, lascivo, atormentaba a su mujer por la bulla con que preparaba el desayuno. Como ayuda de cámara contaba yo con los años de experiencia de vestir a Georgie, pero el rebuscamiento de Einhorn me excedía. Medias de seda, pantalones de banquero, todo un surtido de zapatos que desde luego nunca mostraban señales de plegado bajo el empeine ni se gastaban jamás, un cinturón con monograma gótico, etcétera. Engalanado hasta la cintura, Einhorn era trasladado a la silla de ruedas, impelido hasta el cuarto de baño. Esta era una operación en que prevalecía su estoicismo; solo a veces el ceño fruncido o una mirada de través indicaba ponzoñosamente su escozor. El cuarto de baño, soleado y con vista al este, era difícil de mantener aseado gracias a él y su padre, ambos desidiosos en sus hábitos. La sangre noble, sin embargo, autoriza cierto descuido. Entiendo que los aristócratas ingleses aún tienen licencia de orinar, si así lo desean, contra la rueda trasera de sus carruajes.

La señora Einhorn se sentía impotente en cuanto al piso mojado. De tanto en tanto, cuando no aparecía Bavatsky el factótum —perdido en el barrio polaco o acaso ebrio en el sótano—, ella me pedía con excusas que lo fregase yo mismo, pues siendo yo estudiante habría merecido otro tanto. Yo percibía un sueldo, no obstante, a cambio de labores no específicas de tipo mixto: esto último me gustaba, debido a mi incapacidad para la regularidad y la disciplina, tal como mi amigo Clem Tambow, de quien me diferenciaba el ahínco en el trabajo o el servicio de una causa no bien los demás se captaban mi afecto. Por supuesto, cuando Einhorn hubo descubierto mi buena voluntad, logró hacerme trabajar sostenidamente, cosa que le convenía por lo mucho que había que hacerle. Estar yo a su lado, incluso, mejoraba su inspiración; por eso no me tocaba a menudo el servicio de baño: Einhorn reservaba tareas de importancia para mí. Las minucias no me amoscaban, después de mis años de servidumbre con la Abuela Lausch.

Pero volvamos al retrete. Einhorn requería mi presencia para oír de mis labios los titulares del *Examiner*, las novedades financieras, las cotizaciones de cierre en Wall Street y en La Salle Street. Luego, las noticias locales: algo, por ejemplo, acerca de Big Bill Thompson, quien había arrendado el teatro Cort para presentarse ante el público con dos ratas gigantescas, enjauladas en los corrales de ganado, a las cuales llamaba por los nombres de ciertos renegados del partido republicano. Incluso llegué a saber qué sueltos leerle primeramente y cuáles dejar para después. Comentaba Einhorn:

—Es verdad lo que dice Thompson. Será un bocazas, pero esta vez es cierto. Ha regresado a toda prisa de Honolulú para salvar a tal o cual de la cárcel.

La memoria de Einhorn era larga y casi perfecta, la de un lector asiduo de los periódicos. Tenía un archivo de lo que le interesaba y mi quehacer consistía, entre otros, en mantenerlo en orden. Einhorn vivía circuido de cajones hechos de madera y acero que contenían sus fichas y, por razones insondables, se mostraba dominante o detallista en las ocasiones en que yo colocaba ante él algo que descartar. Todo este material debía hallarse al alcance de su mano. Los recortes de periódicos y demás papeles iban encarpetados y con rótulos tales como «Comercio», «Invenciones», «Negocios locales de mayor cuantía», «Delincuencia y delitos», «Demócratas», «Republicanos», «Arqueología», «Literatura», «Liga de las Naciones» y otros asientos. Ahora bien, ¿por qué la Liga de las Naciones? ¡Ni idea! Salvo que Einhorn creía en nociones derivadas de Bacon el filósofo, respecto a qué cosa hace del hombre esto o aquello, y su perdonable flaqueza era la de la información completa. Todo debía estar impecablemente realizado en torno a él y sobre su escritorio la obra completa de Shakespeare, la Biblia, las *Vidas Paralelas* de Plutarco, un diccionario común y el de ideas afines, el Código de Comercio para profanos, guías de seguros y de bienes raíces, almanaques y directorios; además, una máquina de escribir de capota negra, un dictáfono, teléfonos sobre soportes retráctiles y un destornillador pequeño con que Einhorn evitaba la caída de la moneda en estos últimos sin que su mecanismo se detuviese (pues aun en su auge, Einhorn no tenía la menor intención de pagar por cada llamada que hiciese: la compañía de teléfonos estaba cosechando millones de los restantes hombres de negocios que ambulaban por su oficina), bandejas de alambre para la correspondencia saliente y entrante, pisapapeles de lava del volcán Etna, un sello de notario público en su correspondiente cadena, abrochadoras, esponjillas para humedecer el borde encolado de los sobres, billetes de banco, preservativos, cartas de índole personal, poemas y ensayos. Con este cúmulo bien dispuesto y en su sitio, Einhorn podía empezar a funcionar detrás de su pulida barrera, a la que se accedía por dos puertas de la oficina. He ahí el funcionario ejecutivo de pálida tez y consciente de sí y hasta de la voluntariosa sagacidad que a veces estropeaba su dignidad y su altiva presencia de placa romana.

Einhorn debía mantenerse al mismo nivel de su padre, cuyas ideas referentes al comercio eran acaso menos imaginativas que las de él, pero de mayor amplitud,

basadas como lo estaban en sus vínculos con amigotes adinerados. El comisionado había hecho fortuna, pero conservaba en sus manos los títulos de propiedad de la mayor parte de sus posesiones, no por desconfiar de su hijo sino por la única razón de que, para la comunidad mercantil, él era quien recibía las ofertas y propuestas, nadie más. William era su heredero y además el fideicomisario de las acciones de su descendiente, Arthur, estudiante de segundo año en la Universidad de Illinois, y de las de Dingbat. El hábito del comisionado de hacer empréstitos, a veces cuantiosos, a personas de su conocimiento y en forma directa e inmediata, extrayendo el dinero del interior de su chaqueta (donde iba prendido con un alfiler), no hacía feliz a Einhorn hijo. Con alguna frecuencia se jactaba de su padre como pionero artífice de la zona norte de Chicago e incluso tenía ideas dinásticas acerca de los Einhorn: la de que el organizador sucede al hombre de conquista y es sucedido a su vez por el poeta y el filósofo, y todo este desarrollo típicamente norteamericano, obra del vigor y la inteligencia en un mundo de posibilidades. En realidad, y sin despreciar al comisionado, Einhorn poseyó, mientras fue joven y brioso, el empuje de su padre, mas también habilidad de estadista, firme línea de conducta, un sentido zoroastriano de la vida, capacidad para la intriga y el desdén del pontífice Alejandro VI por toda usanza. Una mañana, en medio de mi lectura del periódico en alta voz —tratábase de un párrafo relativo al escándalo suscitado por una rica heredera norteamericana y cierto príncipe italiano en Cannes—, Einhorn me interrumpió con una cita:

—«Estimada Kate, vuesa merced y yo no estamos para recluirnos dentro de las marcas de los usos de un país: tal cosa fuera obra de débiles. Nosotros labramos las costumbres, Kate, y la libertad que nos urge a cada paso confunde a las lenguas viperinas…». ¡Ahí lo tienes, en *Enrique V*! Significa que hay un camino para el común de los mortales y otro para quienes tienen un quehacer especial. A aquellos les vigoriza el que haya un privilegio de estos del que no les es lícito gozar, en tanto y en cuanto sepan que esa prebenda existe. Por lo demás, existe la ley así como la Naturaleza. Está la opinión y está la Naturaleza. Alguien ha de salirse de los límites de la ley y de la opinión, para hablar en pro de la Naturaleza: esto es obligación pública, inclusive, a fin de evitar que la usanza nos tenga asidos del gaznate.

El modo de enseñar de Einhorn no dejaba de asemejarse al de la Abuela Lausch. Ambos se creían capaces de demostrar qué puede hacerse con el mundo, en qué momento cederá o se resistirá, cuándo confiar y cuándo andar con tiento y estar forzado a errar. Como la universidad acaparaba a su hijo Arthur, era yo el único discípulo que Einhorn hallaba a su alcance.

Cuando él ponía su expresión juiciosa, había que detener las cosas en su movimiento, sin importar cuál fuese este, y dejarlas a su disposición cuando él estuviese a punto de caramelo para recibirlas. Einhorn colocaba sus brazos inútiles sobre el escritorio mediante un ingenioso juego de manos: tirar de la manga de uno con la otra mano y así sucesivamente, en etapas, sin apelar en nada a los sentimientos ajenos: esta era una fría operación, pero de enorme importancia. Tal como un hombre

robusto que subiese al púlpito y desde allí confesase su flaqueza ante Dios, tranquilamente, Einhorn, con su ostensible debilidad, estaba en situación de hablar de fuerza dando pruebas prístinas de fuerza. Era bien raro el oírlo hablar de esas cosas, en vista del tenor de su vida aquí.

Pero volvamos al cuarto de baño en que Einhorn se preparaba cada mañana. En cierta época, él hacía venir un barbero a la casa, para rasurarle; mas esto le recordaba demasiado al hospital, el sitio en el cual Einhorn había invertido dos años y medio de su existencia. Además, él prefería valerse solo en lo posible y no depender de tanta gente como ya figuraba en su vida, así que ahora usaba una navaja de seguridad que él asentaba en su dispositivo inventado por un checoslovaco, quien en persona se lo había provisto. Einhorn tenía fe absoluta en ese artilugio. El rasurado le llevaba más de media hora con la barbilla en el borde del lavabo y las manos en el agua, trabajando en redondo alrededor de su cara. Einhorn se la cubría luego con una toalla mojada, a modo de fomento, y yo oía su respiración a través de esta. Él enjabonaba, ludía y jugueteaba, raspaba con la navaja, exploraba con sus dedos las áreas mal afeitadas, y yo, sentado sobre el inodoro, seguía leyéndolo. El vapor producía reminiscencias de viejos aromas; había un dejo en la crema de afeitar, algo astringente que me cortaba el resuello. Einhorn se embadurnaba la cabeza húmeda con el unto de su predilección y, acto seguido, se encasquetaba la punta de una media de mujer. Seco ya y empolvado, era menester ayudarle a meterse en su camisa, anudar la corbata e inspeccionar esta última muchas veces, no sin alguna zozobra acerca del botón superior de aquella. Luego la chaqueta y luego pasarle la escobilla de ropa. Examinada la bragueta una vez y otra, repasado de gotas de agua su calzado, quedábamos listos y yo le deslizaba hacia atrás para su desayuno en la cocina, habiendo recibido para ello una inclinación de cabeza en señal de asentimiento.

Su apetito era vivo y él se atiborraba de alimento. Un forastero ignorante de la parálisis de Einhorn habría colegido que este no era hombre de buena salud con solo verlo succionar un huevo perforado, acto vulpino, torpe y famélico más allá de la necesidad acostumbrada.

En cuanto a la cofia hecha con una punta de media de mujer, similar a un trofeo proveniente de otro ámbito de apetitos, Einhorn estaba consciente de ello tanto como de todo lo demás: su mente respondía admirablemente por muchas cosas de las que él hacía o no deseaba dejar de hacer o no era capaz de detener o pensaba que era humano hacer o gozaba haciendo, sintiéndose orgulloso de que su dolencia no hubiese destruido su capacidad sino que la hubiese acrecentado más allá de las posibilidades de muchos hombres normales. De lo indecible para la mayor parte de la gente, a él no le importaba hacerse eco ante sí mismo o ante un confidente como yo, de modo que Einhorn captaba barruntos de toda índole y los utilizaba y elaboraba libremente. Eran legión tales sentimientos y Einhorn, por tanto, un hombre asaz atareado.

Después del café, había un corto período de ejecutividad durante el cual Einhorn

trataba sin contemplaciones de los asuntos domésticos. Alguien bajaba al sótano, a buscar al Enano Bavatsky —arrugado, melancólico, enjuto— y este recibía entonces sus instrucciones así como la advertencia de no beber alcohol hasta la noche. Se iba luego, mascullando amenazas, a iniciar sus tareas. La señora de Einhorn dejaba que desear como ama de casa, por más que se quejase del aseo del cuarto de baño y de la expectoración de su suegro; pero Einhorn mismo era un propietario sensato y se ocupaba de que todo anduviera a la perfección o en vías de perfeccionamiento: desratizaba la casa, aceitadas las máquinas, tapados los cubos de la basura, combatidas las moscas, etcétera. Él podía explicarte cómo se multiplican las plagas domésticas de crecimiento rápido, cuánta masilla utilizar al colocar un vidrio, el precio justo de un fusible o un clavo u otros enseres: tanto cuanto podría haber sabido un senador romano de economía del hogar hasta que sobre esto pesó la costumbre inversa. Solo entonces, cuando había sido despachado lo relativo al gobierno de la casa, Einhorn se hacía llevar a la oficina en su silla de ruedas especialmente construida para él. Mi obligación era, entonces, desempolvar su escritorio y traerle una Coca-Cola para ser bebida con el segundo cigarrillo de la mañana; Einhorn estaba absorto en la correspondencia cuando yo volvía con aquella: correspondencia cuantiosa, por otra parte, que a él le gustaba recibir de distintos puntos de la nación.

Apenas se volvía calurosa la temporada —hablo del verano, durante el cual me dedicaba enteramente a Einhorn—, ya se veía a este de chaleco en la oficina. Por la mañana, temprano aún, soplaban aires templados de las praderas, antes de comenzar el tráfago del día, como la candidez que llegas a esperar de gente abrupta y seca cuando ya la conoces bien: me refiero con esto al ajetreo y bochorno de una tarde de estío en Chicago. Pero la mañana traía un respiro; era el momento en que, no habiendo terminado de vestirse el comisionado, salía en zapatillas y con los tirantes caídos a la acera, flotando sobre la cabeza blanca el humo de su Claro mientras una mano se hundía apaciblemente bajo su cinto. Entretanto, Einhorn hijo abría cartas en la retaguardia de su oficina, bosquejaba respuestas a lápiz, consultaba el archivo y me deslizaba datos que verificar, a mí, su frecuentemente desconcertado ayudante, que procuraba ver cuál era el juego tras cada una de sus mínimas estafas. Nada había, en suma, donde Einhorn no se metiera, para pedir a prueba, por carta, especímenes que no pensaba pagar: muestras de filatelia, tubitos de perfume de lilas, rosas japonesas de papel que se abren al sumergirse en agua y toda suerte de mercancía anunciada en las últimas páginas del suplemento dominical. Einhorn me pedía que escribiese con mi letra dando nombres ficticios y luego arrojaba al cesto las demandas de pago, aduciendo que quien comercia enviando muestras por correo ya tiene calculadas las pérdidas. Además me mandaba encargar todo lo que resultase gratuito: ciertos alimentos, jabón, medicinas, bibliografía de causas varias, informes de la Oficina Norteamericana de Etnología y publicaciones de la Smithsonian Institution, el *Congressional Record*, el museo Bishop de Hawai, panfletos, catálogos, obras sobre higiene escritas por charlatanes y libros de consejos respecto al busto femenino, el

acné juvenil, la longevidad y la teoría de Coué, la buena masticación, el yoga, el espiritismo y el movimiento contra la vivisección. Einhorn figuraba en el listado de correos del Henry George Institute y la Fundación Rudolf Steiner, ambos en Londres, y en el del círculo de abogados y el de la Legión Norteamericana. Aspiraba a estar en contacto con el universo íntegro y a conservar el material recibido en su totalidad: el sobrante iba a parar al sótano, adonde lo transportábamos Bavatsky, yo mismo y Lollie Fewter, la cual venía a planchar la ropa tres días a la semana. Parte del material excedente era vendido por Einhorn a bibliotecas y librerías de viejo como obras agotadas; la otra parte era remitida en son de cortesía a los clientes de Einhorn, con el sello de este. Mi patrón se inscribía, además, en certámenes de toda laya, para sugerir nombres de nuevos productos o lemas publicitarios; así, Einhorn ideaba frases llamativas, anuncios comerciales para ser cantados, pero también creaba situaciones enojosas, deleitables ensueños y augurios que él mismo no debería haber desoído, experimentos telepáticos y ditirambos como el siguiente:

La radio es un invento fabuloso:
para comprarme una, ahorré, gozoso.
En mi ataúd oscuro y misterioso
escucharé mi dynamyc, como un oso.

Con esto, Einhorn ganó el primer premio del *Evening American* —cinco dólares —; era obligación mía el cuidado en la presentación de lo que él enviaba a cada concurso acompañado del cupón correspondiente (o el número preciso de marquillas, por ejemplo). Además de esto, yo verificaba sus fuentes en la biblioteca pública o bien en su estudio. Un proyecto de los de Einhorn radicaba en publicar una edición de Shakespeare provista de un índice como el de la Biblia de Gideong: Mercado Inactivo, Mal tiempo, Clientes Renuentes, Existencias Obsoletas, Mujeres, Matrimonio, Socios, etcétera. Mil y un negocios de pacotilla, sin importar precios ni cantidades de mercadería. Y él siempre locuaz, payaso, clasicista, filosofante, sermoneador, cursi, haciendo circular postales francesas y una limitación de excrementos humanos de la tienda de novedades de la calle Clark, así como versiones pornográficas de personajes de tebeo y otros de la época, y, por añadidura, haciendo sufrir un poco a Lollie Fewter, jovenzuela recién llegada de una región carbonífera y dueña de un par de ojos verdes cuyo calorcillo no trataba ella de sofocar y de un busto pecoso igualmente irrefrenable. Tal era Einhorn, cuidadoso de su empaque y con las piernas lisiadas, pero siempre dispuesto a negar desafiantemente que él fuese distinto de otros hombres. No le molestaba hablar de su parálisis; al contrario, hasta alardeaba de haberla superado al modo del hombre de negocios que se ufana de la pobreza de su niñez en una granja. Tampoco descuidaba la oportunidad de sacarle partido. A toda una nómina que obtuvo de firmas que vendían sillas de ruedas,

muletas y accesorios por el estilo, Einhorn envió un artículo reproducido con mimeógrafo y titulado «El recluso»: eran dos páginas de notas y ensayos, trozos sensibleros plagiados de *Elbert Hubbard's Scrapbook* y fragmentos de «Thanatopsis». «No como el siervo apaleado en la cantera», sino como un noble, estoico griego; o bien, del poeta Whittier: «Príncipe eres, el hombre maduro / solo puede ser republicano», o fuentes similares. «Erige nuevas mansiones, ¡oh alma mía!». La tercera página quedaba reservada para cartas de los lectores. Yo estuve encargado de la preparación y distribución de estas hojas, que de tanto en tanto me erizaban el pelo, pero Einhorn las entendía como servicio al enfermo recluido. Y para él hubo ventajas: por de pronto, trabajo de seguros, pues Einhorn firmaba como «agente de seguros de la vecindad» y diversas compañías solventaron los costes. Tal como la Abuela Lausch, él sabía cómo utilizar arteramente a las instituciones. Hasta su rostro le ayudaba: un tanto agrio, reflejaba la inteligencia en su mínimo bigote, la astucia y la iniciativa en sus ojos oscuros, pero sus brazos, en reposo, se asemejaban a las alas de un pollo. Einhorn usaba ligas sobre las mangas de la camisa: un elemento adicional del indumento femenino.

Este hombre intentó maniobrar para que diversas compañías de seguros compitiesen en sus primas y así recibir él un incremento en las comisiones. Consistía su método en ejercer presiones reiteradas; el efecto logrado por él era acumulativo, sin necesidad de violencias. Einhorn se enorgullecía de saber de qué modo servirse de los recursos que brindaba su época a la práctica de la colusión: en un periodo histórico menos avanzado, él habría sido manejado como una cosa en el fondo de algún tugurio o enseñado para pedir limosna en el atrio de una iglesia: una especie de recordatorio de lo que es la muerte o bien, peor aún, una advertencia de las barreras que nos estorban el morir. Ahora, en cambio… Tal vez no sea casualidad el que un tullido, Hefaistos, haya construido ingeniosas máquinas, puesto que un ser común y corriente no necesita izarse mediante engranajes, cadenas y piezas de metal para franquear los obstáculos que encuentra en su camino.

Así que es en la línea del progreso donde se insertaba Einhorn, máxime porque la humanidad íntegra está tan aficionada a los artefactos, que no parecía que él dependiese más que otros de tal o cual armatoste, dispositivo, puerta corrediza o servicio público. El hallarte aliviado de menudencias en el dominio de la praxis hace de la mente el principal centro de prueba. Si te topabas con Einhorn en estado de seriedad —cuando su aquilina fisonomía borbónica respiraba circunspección—, entonces te contaba él toda la verdad acerca de la mecanicidad de nuestras vidas, nuestra debilidad y nuestra fuerza, redondeándola con cortas digresiones en torno a la historia de la invalidez: la mudez de los espartanos, la cojera de Edipo, la repetida mutilación y sajadura que padecían los dioses del Olimpo, el tartamudeo de Moisés, el brazo inútil de Dimitri el Brujo, la epilepsia de César y de Mahoma, el muñón de lord Nelson; pero especialmente en cuanto a la era de la máquina y el provecho que ha de sacarse de ella. Yo hacía las veces de escudero que oye el discurso que a su

señor le da la real gana de endilgarle.

Por crianza, yo era un buen oyente. Con su gracejo, erudición, elocuencia y registro de efectos logrados, Einhorn no se proponía influir en mí respecto a las cosas prácticas. No era como la Abuela, apuntándonos siempre a Simón y a mí con sus cañones didácticos. Él aspiraba a dejarse fluir, a ser admirable como un tribuno, mas no a ser paternal. Yo no debía imaginarme que formaba parte de una familia distinta de la mía. No me daban ocasión —vista la fama que había criado su hijo Arthur— y aún me quitaban de en medio cuando se avecinaba alguna borrasca familiar. Para cerciorarse de que no entraran tales ideas en mi cabeza, Einhorn solía interrogarme de vez en cuando se avecinaba alguna borrasca familiar. Para cerciorarse de que no entraran tales ideas de mi cabeza, Einhorn solía interrogarme de vez en vez respecto a los míos, como si no hubiese estado al tanto a través de Coblin, Kreindl, Clem y Jimmy. Muy sagaz, todo aquello. Si la Abuela Lausch se hacía ilusiones de que algún día encontraríamos un mecenas, Simón y yo, Einhorn abrigaba la idea contraria: yo no debía vivir de esperanzas pues no le heredaría por el solo hecho de trabajar hombro con hombro y gustar él de mí como persona. Lo que había que hacer por Einhorn en el transcurso de una jornada engendraba intimidad. A veces me enfadaba el ver cómo su mujer y él se empeñaban en que yo supiese sin sombra de duda cuál era mi lugar. Habrán estado en lo cierto. La Abuela, quieras que no, había implantado la fantasía en mi imaginación, aunque jamás me la tomé en serio. De algún modo, sin embargo, sé que estaba implícita en mi indignación. Einhorn y su mujer eran seres egoístas pero no mezquinos, para decir la verdad, como dos que meriendan en la hierba y no te convidan; si no te sientes famélico, hasta puedes contemplar la escena con agrado: una pareja enfrascada en menesteres campestres. Es innegable que William Einhorn era egoísta; su inquieta nariz todo lo olía y sacaba a luz, a veces con austeridad, a veces con escasa educación, espiando al mismo tiempo por si hubiera observadores, mas sin acobardarse si así era.

Yo habría estado lejos de considerarme como legatario del comisionado si esta gente no hubiese recalcado, por una parte, mi imposibilidad casi total de serlo y, por otra, no hubiese hablado de la herencia sin cesar.

Lo cierto es que la familia estaba inmersa en temas de propiedad y seguros, litigios y errores judiciales, desfalcos, malogro de sociedades, faltas de pago y testamentos impugnados. De esto únicamente conversaba el círculo de amigotes del comisionado al sesionar exhibiendo las marcas particulares de su estado —anillo, cigarro, calcetines de seda, sombrero de panamá (nuevo)— y clasificables según su grado de sabiduría o buena fortuna, cuna y fatalidades, sumisión a la mujer o poderío, concubinas, hijos e hijas, envejecimiento o lozanía, o bien por el papel desempeñado o tragedias, comedias y farsas sexuales, por su potencia remanente, por su carácter manipulador o por los vuelcos sufridos a manos del destino, o por sus fraudes, bancarrotas e incendios dolosos, su perspectiva de vida y sus méritos y deméritos en el terreno de lo personal: buen muchacho, buen amigo, buen donante, hombre

humanitario, hombre de cojones, de buen ojo para las ganancias, de hacer caridad pese a su ignorancia supina, de proteger a sus parientes polacos, de regalar pergaminos a la sinagoga, etcétera. Sabido era que Einhorn lo anotaba todo. Parecía que nadie ignoraba cosa alguna de los demás. En el círculo había mucha franqueza y respeto, pero cosas despreciables igualmente. De cualquier manera, el tema de conversación era en esencia el de negocios: apoderamientos, amortizaciones, testamentos y nada más, así como lo es el rigor del clima en la región de Labrador, el enrarecimiento del aire en los Andes y el espacio vital para el minero de Cornualles que trabaja un filón bajo el nivel del mar. De las paredes pendían carteles de seguros referentes a edificios sin vías de escape en caso de incendio y accidentes ya fatales, ya infortunados: mujeres que resbalan, echándose encima la estantería, digamos. Todo lo cual sirve para demostrar que no era fácil eludir allí las cuestiones testamentarias. ¿Me había cogido afecto el viejo comisionado? Si bien la mujer de Einhorn no carecía de bondad, dentro de lo habitual, alguna vez me lanzaba una mirada que me recordaba el caso de Sara y el hijo de Agar, concubina de Abraham, y esto, pese a que Tillie no tenía por qué intranquilizarse. ¡Nada! En primer lugar, no era yo pariente consanguíneo; además, el viejo también alimentaba ideas dinásticas. De veras, yo no estaba tratando de inmiscuirme, ni de arrogarme un céntimo que perteneciese a Arthur, su elegante y cultivado nieto, el hijo de Tillie. ¡Por supuesto que el comisionado me tenía en cierta estima, me palmoteaba y aun me daba propinas, pero luego de esto no pensaba más en mí!

Él y Einhorn constituían un enigma para Tillie. Su faraónico peinado ocultaba una mente poco dotada; a ella le resultaba punto menos que imposible adivinar los designios de ambos hombres, en especial los de su marido, tan flexible, tan fecundo en ideas, tan cambiante. Y ella obedecía como una adoratriz; por amor a él iba de acá para allá, como todos nosotros, incluso. Einhorn enviaba a su mujer con preguntas escritas a la Municipalidad, pues ella no acertaba a explicar lo que él deseaba, y el empleado de turno respondía por escrito. Para quitársela de encima cuando él andaba tramando algo, Einhorn le mandaba visitar a su prima en la zona sur de Chicago, gira esta que, en tranvía, le demandaba el día entero a Tillie. Ella desaparecía, sí, pero sin ocultársele el porqué, en resumidas cuentas.

Imagínate ahora la comida del mediodía en un día típico en la vida de Einhorn. A su mujer no le agradaba guisar; prefería platos hechos o muy sencillos: salmón envasado con cebolla y vinagreta o bien hamburguesa con patatas fritas. Ahora bien: estas últimas no eran chatas como las de una cantina, con harina de maíz para suplir parte de la carne, sino el producto genuino, realzado con ajo y cocido hasta la negrura. Cubiertas de rábano picante y salsa de chile, se toleraban bastante bien. Era tal la comida de la casa de los Einhorn habitualmente, como sus aromas y el mobiliario, y, si tú eras el visitante, la despachabas sin queja. El comisionado, Einhorn y Dingbat omitían las preguntas y comían en abundancia, acompañado el alimento, como de costumbre, con Coca-Cola o con té. Después de esto, Einhorn se

tomaba una cucharada de Bisodol en un vaso de agua de Waukesha para combatir sus gases…

Einhorn ponía la cosa en solfa, pero no olvidaba sus polvos posprandiales: atendía a los procesos orgánicos con palmaria seriedad, siempre afanoso respecto a la saburra lingual y al funcionamiento de todo aquel sagrado mecanismo. Si daba en medicarse por sí solo, se le veía grave y formal. Le placía afirmar que su presencia misma era fatídica para los facultativos en general, máxime para los que le habían desahuciado alguna vez:

—Es que llevo enterrados a dos de ellos —solía decir—. Ambos me dieron un año de vida y antes del año espicharon los dos.

Se refocilaba contando esta anécdota a otros médicos, pero él se prodigaba cuidados con escrúpulo sin dejar de chancearse por ello, como un chaval. Cómicamente sacaba la lengua y revolvía los ojos, pero le preocupaba sobremanera su salud e ingería polvos y píldoras con regularidad. Puede intuirse que él seguía su metabolismo con el pensamiento, a cuerpo traviesa —cuerpo que ya se había rozado con la muerte—, con una mente cuyas cavilaciones llegaban al Washington de su cerebro, a sus ojos escudriñadores y a su vida sexual. Claro está que todavía funcionaba casi todo él, no sin eficiencia por lo demás, con la salvedad de que, si la maquinaria hubiese de descomponerse de veras, el resultado sería la pérdida total, el finiquito, borrón sin cuenta nueva, un cero absoluto y lastre de terror para toda su familia. Yo sabía qué pensaba él de esto porque Einhorn no callaba nada conmigo y, si bien no daba detalle acerca de sus economías y propiedades, en lo restante era comunicativo como él solo, especialmente cuando trabajábamos juntos en el estudio, atareados en algún proyecto de los suyos, que se volvían fantásticos e intrincados cuanto más sistemático pretendía ser él, y al fin nos encontrábamos con un mamotreto entre manos, algo imposible de poner en marcha ni por pura casualidad:

—Tú ves, Augie, que cualquier otro hombre en mi situación ya estaría difunto, ¿verdad? En opinión de algunos, sea como fuere, el hombre no es más que un saco de deseos insaciables: en *Hamlet* lo tienes de sobra. ¡Qué obra genial es el hombre bajo la bóveda del cielo…! Pero todo este *geschefft*[9] lo aburre. Mírame a mí: no soy rápido ni admirable en la acción. Alguien como yo debería desistir, vivir en paz, y sin embargo aquí me tienes, dirigente de una empresa prominente (en rigor de verdad, era el comisionado quien gobernaba todavía, pero la idea en sí no carecía de interés), si bien a nadie se le ocurriría echarme en cara que me recluyese en la trastienda, bajo una frazada, o viviese lamentándome de mi suerte para no ver a la gente sana y activa a mi alrededor. Un chaval como tú, por ejemplo, fuerte como un toro y en plena juventud: un Alcibíades mimado de los dioses, maldito sea. Por ahora no sé qué calibre tendrás, porque estás en edad de retozar aún, pero si resultaras listo a la postre, no estarías nunca al mismo nivel que Arthur. La verdad no debe ofenderte, si tienes la buena fortuna de encontrar quien te la diga. De cualquier modo, para ser un Alcibíades no estás tan mal. Ya estás por encima de tus semejantes. Y no te creas que

los griegos no detestaban al original. ¡Todos ellos, exceptuando a Sócrates que era feo como un susto, según cuentan! Mas no fue por eso por lo que este joven hizo saltar a fuerza de golpes la picha de todas las imágenes sagradas, antes de embarcarse para Sicilia. Pero volvamos a lo nuestro: una cosa es ser sepultado junto con todos tus placeres, como Sardanápalo, y otra es que te entierren con ellos ante ti, ahí donde puedes verlos. ¿No es así, compadre? Necesitarías ser un genio para estar por encima de esto…

¡Cuán quedas las tardes en aquel estudio, con el hule sobre la mesa, los bustos contra la pared, el rumor de los coches dirigiéndose hacia el parque, el sol en el patio visto por la ventana enrejada para evitar los robos con escalo, el golpeteo lejano de las bolas de billar, cerca de la funeraria cada vez más silenciosa y los gatos sentados en los senderos de los jardines luteranos, bien barridos pero poco frecuentados por las diaconisas dinamarquesas de cofia anudada en la barbilla, que apenas salían al portal recién pintado de sus casas!

Un tanto me dolió, la manera en que Einhorn me comparó con su hijo. Ser equiparado a Alcibíades no me importó, ni tampoco que fuese colocado en la categoría de Sócrates, pues tal era la intención de Einhorn. Títulos teníamos y tan excelentes como los de los reyes ingleses en cota de malla con respecto a Bruto. Si quieres elegir tu ideal entre el aire diáfano de la costa y el afilado follaje de antiguas perfecciones y estar a tus anchas donde lo estuvo una humanidad ilustre, pues yo no veo por qué no has de hacerlo. Digo esto siendo incapaz de convenir con las aserciones de un hombre como el Reverendo Beecher —«¡Vosotros sois Dioses, cristalinos y radiantes vuestros rostros!»— porque no exhibo patente de optimismo, habiendo visto la faz auténtica del mundo y admitiendo siempre que la percepción de la verdad de las cosas es un don, especialmente en tiempos babilónicos y estrafalarios como el nuestro, en que el indigno macadam y la materia volcánica parecen más corrientes que el cristal y cuando se perfila como política sensata el conformarse con un cuarzo de mediana pureza. Me pregunto en qué paraje de la Creación habría mucho arrobamiento al grito de «*Homo sum!*». Y, sin embargo, siempre he estado dispuesto a aventurarme en lo desconocido y nunca consiguió deslumbrarme Einhorn ni aun en sus mejores momentos, vestido de banquero y canciller al propio tiempo mientras sus pies inquietos pero inútiles reposaban a la fuerza en la silla de ruedas hecha a medida para él. Y jamás he determinado si Einhorn se atribuía genio o apenas un talento o si quería que la cuestión quedase en duda. No era hombre de negarse genio si esto no fuese estrictamente indispensable. Para algunos, como su medio hermano Dingbat, él lo era. Dingbat le tenía una fe absoluta:

—Willie es un mago —decía—. Dadle unos cuartos y los convertirá en billetes verdes.

La mujer de Einhorn concordaba sin disfraz. Todo lo que hiciese él, que era pródigo en especies insospechadas, contaba con su aprobación: no había para ella autoridad más alta. Ni siquiera su primo Karas, quien dirigía la empresa Holloway y

Cía. Karas, sujeto de mala índole y áspera voz, con mucha mundología, vestido siempre a la moda, dotado de una sonrisilla y mirada de chantajista, también era diabólico en materia de enriquecimiento, pero Tillie no le adjudicaba el nivel intelectual de su marido.

Mas Einhorn no estaba precisamente a vista de sus placeres. Galanteaba a una mujer u otra; en particular, tenía precisión de las jóvenes como Lollie Fewter, y aducía el haberlo heredado de su padre. El comisionado admiraba a todas y a su modo bondadoso, soñoliento, cálido y fascinado, las mimaba y acariciaba donde se le ocurría. Supongo que esto no las encolerizaba porque el comisionado sabía escoger el punto que cada una de ellas valoraba especialmente: cara, pechos, cabello, caderas y todos los secretos y permisos tácitos con que ella ponía de relieve sus aspectos preciados. No podías acusarlo de lascivia; era, antes que eso, una consideración salomónica de cacique o viejo lobo de mar. Con sus manos maculadas por la edad, halagaba pues a casadas y solteras por igual, sin ofender ni por los apelativos que les inventaba, tales como «las Mandarinas», «el Trineíllo», «Señora Antaño», «la Paloma de Seis Pies». Todo un señor. Satisfecho y complacido. Era dable sentir qué había habido entre él y mujeres vivas o muertas, mujeres a quienes acaso reconocía y volvía a saludar en tal nariz o cual busto.

Sus hijos no compartían semejante serenidad sureña, pero en ninguno de ambos había o contemplación o desinterés. Mayor desprendimiento notarías en Dingbat que en su hermano. Raro era el momento en que Dingbat no estuviera comprometido con alguna niña de su casa. Se acicalaba para visitar a su novia con un respeto loco, rabioso, tanto que a veces parecía al borde de las lágrimas de pura devoción. Durante sus preparativos, solía salir corriendo del perfumado cuarto de baño con su camisa abierta sobre el pecho flaco e hirsuto, para enviarme a buscarle un ramillete en Bluegren’s. Estaba dispuesto a hacer cualquier esfuerzo por sus novias y nunca se sentía digno de ellas. Cuanto más las respetaba, más inclinación padecía a salir con rameras entretanto, a las cuales conocía en Guyon’s Paradise y luego llevaba a las Reservas Forestales en Stutz o bien a un hotel de mala muerte en la avenida Wilson, propiedad de Karas-Holloway. Pero los viernes por la noche, al reunirse con la familia, Dingbat iba acompañado por una de estas niñas, alguna de las cuales podía ser profesora de piano o diseñadora de modas o tenedor de libros, con anillo de compromiso y otros agasajos encima. Dingbat, de corbata, tenso y venático a un tiempo, y diciéndole «chati» con su bronca voz de negro.

Einhorn, a su vez, carecía de parejas emociones. Se tomaba las libertades de su padre, pero sin ningún salero: eran, sí, chistosas, mas interesadas. Él se reía de la propia invalidez, aunque insinuando a las mujeres —no tan veladamente— que si se molestaran en ir más allá hallarían una realidad indemne, para su asombro. Einhorn prometía esto, a su manera, así que cuando se tornaba seductor como un sacerdote mundano o un añejo caballero de quien pueden admitirse sin peligro ciertos piropos o cosquillas, Einhorn estaba concentrado en un único propósito, con las mandíbulas

apretadas: eso por lo cual se unen varones y mujeres. Se comportaba de tal suerte con todas por igual, con la esperanza de que alguna entre ellas —audaz, hermosa— quisiese, picada su curiosidad, tener con él un juego en secreto, quizá un tanto perverso (sugería Einhorn), y ver, tocar, ansiar, arder por él de una vez por todas.

Einhorn no se resignaba a la invalidez; su alma rebasaba los límites del impedimento y esto, a veces, resultaba atroz. Por momentos perdía este hombre, de un plumazo, todos los consuelos que había elaborado durante años para reconciliarse con la vida. Entonces era como el lobo cautivo en el jardín zoológico, un recluso en exhibición. No sucedía tal cosa a cada rato. Como la gente común, él recibía un empellón del Demonio de cuando en cuando. Pero lo recibía. Si lo tocabas apenas, cuando estaba con gazuza o acatarrado y febril o cuando había un desacuerdo en la empresa o cuando su posición en ella no parecía eminente y él no registraba todo el homenaje ni recibía la correspondencia que en su concepto merecía, o bien cuando una verdad temida aparecía en lontananza a través de los muchos elementos de que constaba su vida, entonces él decía:

—Yo solía pensar que o caminaría o tragaría yodo de una buena vez, para suicidarme, y que me haría dar masajes y ejercicios en que me concentraría en un solo músculo, pensando en que esto era obra de mi voluntad: trapacería pura, Augie, lo de Coué, etcétera. Para mamertos. Lo mismo que *Querer es Poder* y todas las burradas que ha escrito Teddy Roosevelt, ese malauva, en sus dichosos libros. Nadie sabrá nunca cuántas cosas he probado antes de determinar que no hay caso. Yo no soportaba la idea y, con todo, la soporté. Y aún hoy día. ¡Y cómo! Puedes aguantarte tus tabarras por veintinueve días, uno tras otro, pero siempre hay un día treinta en que te sientes como la mosca en la ola de frío. Miras en derredor y te ves como el Viejo del Mar enroscado en torno al pescuezo de Simbad. ¿A qué tienen que cargar contigo, desecho humano lleno de envidia? Si esta sociedad fuese sabia, conmigo practicaría la eutanasia o haría lo que los esquimales: dejarme en un iglú con alimento para dos días, como a los viejos. Y no pongas esa cara. ¡Anda, ve a ver si Tillie te necesita para algo!

Esto solo ocurría en días treinta, sin embargo, o con menor frecuencia todavía, pues en general su salud era buena y él se consideraba útil como ciudadano y aun extraordinario. Se vanagloriaba de su buen éxito en cualquier proyecto con solo aplicarse a este y de veras lograba cosas espectaculares. Nos echaba a todos para quedarse a solas con Lollie Fewter o bien concertaba una salida de todos para ir en coche hasta Niles Center y enseñar al comisionado alguna propiedad en vista. Aprestándose ostensiblemente a quedarse trabajando mientras nosotros salíamos —obraba en su poder el grueso archivo—, Einhorn, con gafas de carey, respondía sin prisa ni irritación sino simpáticamente a nuestras últimas preguntas y era capaz de demorarnos para un intercambio con su padre acerca de frentes y retoques.

—Aguarda, Augie, y trae el mapa para que te muestre precisamente por dónde pasa el autobús cargador.

Einhorn me hacía traérselo y retenía al comisionado hasta que este se ponía impaciente, Dingbat tocaba la bocina y la señora Einhorn, instalada en el asiento trasero con su cesta de frutas, me requería:

—Vamos, Augie, ven, que hace calor y me desmayo…

Y, mientras tanto, en el pasillo entre el apartamento y la oficina se paseaba Lollie repasando el piso encerado en la penumbra, alta y suave, cómoda en blusa y sandalias, como una chica crecidilla que hace caminar a su muñeca y sonríe a este juego entre maternal y conyugal, indolente y descuidada y hasta podría decirse que conservando sus energías para el juego que vendría luego. Clem Tambor había tratado ya de esclarecerme al respecto, sin persuadirme, no solo por lo raro de su idea y por mi juvenil respeto hacia Einhorn, sino porque también yo había tenido mis devaneos con Lollie. Inventaba yo pretextos para estar en la cocina a la par que ella planchaba y ella me refería pormenores de su familia, allá por los campos carboníferos de Franklin County, y de los especímenes locales de varón. Lollie me envolvía en su sentir. Por el puro embeleso de su presencia, yo no me sostenía en pie. Pronto dimos en besarnos y tocarnos, ora reteniendo ella mi mano, ora conduciéndola y alegando instrucción ya que yo era jocosamente virgen, hasta que cierto día, por compasión, Lollie me permitió acompañarla a su casa al atardecer. Tan excitado quedé aquel día, que casi no pude caminar. Faltaba bastante para el atardecer, todavía. Me escondí en el salón de billares, temeroso de que Einhorn me mandase llamar, pero Clem apareció con un mensaje de ella: había cambiado de parecer, esta chavala, así que amargarse fue poco para mí, si bien eludí una crisis, lo cual me produjo alivio a la vez.

—¿Has visto? —dijo Clem—, vosotros dos trabajáis para el mismo patrón y ella es propiedad de él. De él y un par de tíos más: no es para ti. Tú eres un ignorante y un pobretón.

—¡Maldita sea la madre que la parió!

—Es que Einhorn le da cualquier cosa: se pone morado con ella…

Yo no podía concebir esto último. No era de Einhorn eso de transferir sentimientos trascendentales a una mera mujerzuela. Con todo, así había obrado. Estaba chalupa por ella, aun sabiendo que la compartían algunos gorilas del salón de billares. Por supuesto que sí: ¿a él, nada menos, faltar información? Tenía informantes a discreción, que le soplaban las últimas noticias —dónde sería la pública subasta, cuál el fallo de la corte de apelaciones antes de salir el boletín, en qué parte había mercancía robada, desde pieles hasta útiles escolares—, de manera que Einhorn supo lo de Lollie desde el principio hasta el fin.

Eleanor Klein me hacía preguntas sensibleras. ¿Salía yo con alguien? Yo debía de parecer enormemente predispuesto al noviazgo. Nuestro antiguo vecino, Kreindl, me lo preguntó también, pero en forma reservada. Juzgando que no hablaba con un niño, se arriesgó, con una mirada fiera y alegre a la vez.

—*Schmeißt du schön*, Augie?[10] ¿Tienes amigos? Mi hijo no: apenas ha llegado

de su empleo, se pone a leer el diario. *S'interessiert ihn nicht*[11]. ¿No seréis demasiado jóvenes para esto? Yo lo era más que vosotros y *gefährlich*[12]. Nada me bastaba. Kotzie no parece hijo mío…

Kreindl sentía necesidad de destacarse como el único hombre de la casa, su aspecto era de solidez real cuando fruncía su rostro atezado y viril. Él sabía lo que es la intemperie, puesto que solía recorrer la zona oeste de Chicago a pie, portador de un maletín lleno de muestras. Porque este hombre tenía precisión de contar los cuartos, con paciencia y entereza. Al llegar a su destino era capaz de demorarse allí a fin de ganarse una comisión de setenta y cinco céntimos o solo alguna información. Decía:

—Kotzie sale a mi mujer: es *kaltblutig*[13].

Yo sabía, desde luego, que él pegaba los gritos en casa, golpeaba la mesa con su puño y rompía la vajilla en son de protesta airada.

—¿Cómo anda tu hermano? —preguntaba con suma curiosidad—. Entiendo que las *maidelech*[14] se mojan las bragas por él. ¿Qué hay de Simón?

En rigor de verdad, yo lo ignoraba, pues Simón no me lo contaba ni parecía interesado en lo que me sucediese a mí, habiéndome declarado simple factótum, asalariado de Einhorn.

Cierta vez fui con Dingbat a una reunión social dada por su prometida del momento y en ella me topé con mi hermano, en compañía de una joven polaca vestida de anaranjado con guarniciones de piel. Él usaba un terno que le confería apostura y suficiencia total. No permaneció ahí por mucho rato; tuve la impresión de que no deseaba pasar la velada ahí donde me encontrara yo. Acaso haya sido por la presencia de Dingbat, cuyas recitaciones, parodias y ruidos indecentes hacían chillar de regocijo a las mujeres. Durante varios meses intimamos él y yo; cuando estábamos de juerga, yo lo secundaba poniéndome en el papel del tonto. Por otra parte, a imitación de él, yo manoseaba a las muchachas en el jardín y las incitaba al crimen. Dingbat me tomó bajo su protección en el salón de billares, donde hacíamos un pugilato amistoso (nunca me mostré hábil en ello) y jugábamos al *snooker* codeándonos con los matones y los jactanciosos del lugar. Si la Abuela Lausch me hubiera visto, habría pensado que yo resultaba mucho peor que en sus peores pronósticos: imaginadme sentado sobre el nivel de las mesas para hacerme lustrar mis zapatos, con un sombrerete adornado con perforaciones romboidales, botones y prendedores sugestivos, en zapatillas y camiseta deportivas, en medio de la música de jazz y las novedades de béisbol que propalaba la radio a todo volumen, entre los sonidos propios del juego de billar, la tiza azul aplastada contra el piso y el talco que flotaba en el ambiente. A la par de esto, los fanfarrones que buscaban pendencia, los reclutas de las pandillas, los ladrones de coches, los asaltantes a mano armada, los gorilas y los fortachones custodias del local, los golfos que aspiraban a convertirse en asesinos contratados, los vaqueros de pega con patillas a lo Jack Holt, los estudiantes universitarios, los tahúres de menor cuantía, los estraperlistas, los socaliñeros por exacción, los púgiles retirados de mala muerte, los excombatientes, los maridos que

eludían la vuelta a casa, los taxistas, camioneros y deportistas de segunda: cada vez que a alguien se le ocurría tomarlas conmigo —y allí abundaban los quisquillosos capaces de esto—, Dingbat volaba a defenderme.

—Este chaval es amigo mío y cúrrela para mi hermano. Métete con él y te juro que te rompo la crisma. ¿Eres macho o estás con hambre?

Etcétera. Cuando el asunto lindaba con la lealtad y la honra, Dingbat era de una seriedad extrema. Su cuerpo entero se cabreaba en actitud de combate, preparándose para una danza de guerra, listo para atizar.

Sin embargo, nunca hubo riñas a propósito de mí. Si alguna doctrina de las de la Abuela Lausch me llegó, es la de la respuesta mansa, si bien en el caso de ella esto obedecía a razones tácticas y no de misericordia, el sacudirse el polvo de los pies destinado a paganos, brutos y estúpidos. Así que no pretendo que haya nacido de algo espiritual mi falta de beligerancia, de una vida íntegra y sin tacha como predicaba Horacio (¿de dónde la habría sacado yo, pobre de mí?) para que hasta los lobos me respetasen; yo no tenía apego al perpetuo peligro de un Tibaldo agazapado para atacar, ni afinidad a ese tipo de código, ni curiosidad por el sabor de la violencia. Sencillamente rehusaba yo todo intento de retar o ser retado.

En cuanto a esto, yo contaba con la opinión de Einhorn, cuyo ejemplo predilecto era el de haber estado un día en el asiento del conductor de su Stutz mal aparcado —cosa que sucedía cuando lo habían puesto allí para contemplar un partido de tenis o un juego de béisbol organizado en un terreno baldío— y haber tenido que enfrentar a un camionero enfurecido y armado con una herramienta. El palurdo había tocado su bocina por dos veces, al parecer, pero Dingbat no estaba allí para mover el coche.

—¿Qué hacer —contaba Einhorn— si este hombre la emprendía a golpes sin juicio previo, creído de que yo fuese el responsable? Pues hablar y hacerlo rápido. ¿Podría yo con él? ¿Con qué artimaña impresionar a un animal como ese? ¿Fingir desvanecimiento, muerte? ¡Dios mío! Aun antes de mi enfermedad, y eso que yo era bastante fornido, hacía yo cualquier cosa por no ponerle la mano encima a nadie ni dejármela poner. Chicago es un sitio en que sales de paseo y vuelves con un ojo en compota o sangrando por la nariz, tanto por culpa de un guardia como por la de un par de gamberros sin una calandria para tomar el aire con un par de golfas en Riverview, así que de repente eres tú la víctima. Porque sabrás que la policía no vive ahora de su salario, sino que chupa del bote, con toda la bacalada que se ve por ahí. No hay un solo camión con alcohol de estraperlo que no vaya escoltado por un patrullero. De modo que a la policía no le importa nada; tan frescos pueden matar a alguien que no se haga entender en buen romance…

Ahora, con nariz aguda y anhelante y con bolsas bajo los ojos, Einhorn empezaba a transfigurarse y a ensancharse su esfera. Por momentos adquiría extraordinaria dignidad su semblante —como sufriente *por* antes que *de*—, al relajarse su nervioso cuidado de sí mismo. Proseguía así su discurso:

—Mas hay una ventaja en la aspereza de un lugar como este, que consiste en

haberse perdido las ilusiones al respecto. En cambio, en las capitales del mundo civilizado siempre hay algún motivo para pensar bien del género humano. Toda la antigua cultura, las obras de arte expuestas al público —Miguel Ángel, Christopher Wren— y las ceremonias como la del relevo de la Guardia Montada en Londres o las exequias de algún personaje en el Panteón de París: presencias tales maravillas y supones que el salvajismo pertenece al pasado. Lo piensas de nuevo y te das cuenta de que, aunque hayan rescatado a las mujeres de las minas de carbón y eliminado los juicios arbitrarios y las *lettres de cachet* así como a los jesuitas, incrementando la educación, construido hospitales y esparcido la cortesía por el planeta, aún se entregan a guerras y revoluciones que duran años y exterminan a veinte millones de personas. ¿Creen todavía que allá hay menores riesgos que acá? Eso sí que es para caerse de risa. Que digan, si quieren, que allá matan a mejores ejemplares, pero que no aleguen que los únicos seres humanos sedientos de sangre están en el Orinoco o acá en Cicero. Siempre han sido vejados y perseguidos a muerte los especímenes superiores. Recuerdo haber visto una pintura en que Aristóteles, a cuatro patas, lleva a una puta esparrancada sobre él. A Pitágoras lo asesinaron por un mísero diagrama. Séneca tuvo que abrirse las venas. Y ahí tienes a los maestros y los santos que han resultado mártires…

»Pero a veces me pregunto —agregaba— ¿qué sucedería si aquí entrase un mamón con una pistola y me hallara sentado a mi escritorio? Si me encañonase con un "¡Manos arriba!", no sé si esperaría lo necesario para enterarse de que soy un paralítico. No: ¡me dejaría como un colador en un abrir y cerrar de ojos, si creyese que estoy tanteando un arma o a punto de oprimir algún botón! Sería el fin de mis días. Echa un vistazo a las estadísticas de asaltos y dime después que esto es un sueño, si te atreves. Yo tendría que hacer colocar un letrero que dijese: "Inválido", aunque no me gustara leerlo todo el tiempo. Entretanto, confiaré en los rótulos protectores de Brink's Express y los de la agencia Pinkerton de detectives, que se supone que mantienen alejados a los maleantes…

Einhorn se entregaba con frecuencia a sus ideas de muerte. Pese a ser un hombre culto, la Muerte era para él el consabido fantasma, vendado como una momia; la misma Muerte que no veían en sus espejos las hermosas doncellas de otrora porque sus blancos pechos los colmaban íntegros a la luz azulada de viejos ríos germanos; por la ventana asomaban, a lo lejos, ciudades como dameros. La Muerte era un viejo granuja y timador cuyos huesos asomaban por entre los flecos de piel de ante, no un benévolo Sir Cedric que saludaba a los muchachos desde las ramas de un manzano. Einhorn no guardaba apacibles reminiscencias de este, sino solo supersticiones acerca de aquel espantoso arrebatador; Einhorn hacía las veces del estoico de Thanatopsis, pero se las ingeniaba para triunfar del otro, que había ganado tanto terreno hasta el momento… y que era, acaso, su único dios verdadero.

A menudo pensaba yo que Einhorn se había rendido al otro, en su fuero íntimo. No obstante, cuando ya creías haber rastreado a Einhorn a través de sus acciones y

comportamiento y estabas a punto de captarlo, no te hallabas en el centro del laberinto sino en una ancha avenida, viéndole venir desde una nueva dirección como a un gobernador en automóvil oficial, rodeado de motociclistas de uniforme, dominante y necesario, el amor del mundo entero, cuya muerte era apenas un elemento —y un elemento remoto— de su vida privada.

6

De todo esto, ¿qué quería yo para mí? No lo sabía entonces. Mi hermano Simón me llevaba pocos años; él y otros ya entendían la seriedad de la vida y habían hecho rumbo, mientras yo revoloteaba todavía. En cuanto a Einhorn, este tenía claro qué necesitaba de mí; yo ignoraba qué esperar de él. Mis ansias eran grandes, pero carecían de precisión.

Antes del vicio y de la imperfección, admitidos en el hastío de la madurez y lo bastante comunes y aburridos para tener que explayarse uno acerca de ellos, existen presuntas épocas florales como surgen en el drama bucólico cuyos interlocutores son pastoras y pastores sicilianos, épocas en las cuales es posible alejar a un león sencillamente, a pedradas, o en que un nudo de doradas culebras se dispersa y va a meterse en las grietas del monte Erixsa sin más ni más. Escenas del albor de la vida, quiero decir. Cada cual arranca de su jardín del Edén, sortea escollos, dolores, desproporciones, muerte y penetra en una tiniebla que, dejada atrás, lo devolverá a aquel principio en forma duradera, conforme a lo prescrito. Hay un horror a lo gris, al apretón que precede a la muerte, a la boca escandalosa o a la mirada despavorida y a cualquier otra cosa no causada por un recuerdo de felicidad o por esperanza de dicha. Mas, si no se divisan pastorcillos sicilianos ni pinturas decorativas, sino solamente exasperación urbana en derredor, y eres forzado desde temprano a comulgar en metas de tipo urbano en vez de ser enviado a Dios —con túnica sacerdotal— a iniciar tu servicio en el templo o bien a Bogotá por tus llorosas hermanas para iniciar el estudio del griego, sino que aterrizas en un salón de billares: ¿a qué altas cumbres podrá dirigirte esto? ¿Qué alborozo podrá ofrecerte, qué antídoto en cambio de zampoñas, ovejillas, un candor musical o caminatas por el bosque con un pálido instructor o lecciones de violín? No hay modo sucinto de decir adonde te conducirán amigos, compinches, los hombres en general o los hermanos en la fe. A solas con la naturaleza bajo la bóveda del firmamento, Robinson pasó una larga y compleja temporada con lo no humano en sí; yo estoy en una muchedumbre que produce resultados con mucho mayor tropiezo y renuencia: sí, con ella estoy y de ella formo parte. Y hablando de metas urbanas en profundidad, diré que también Dingbat tuvo por un tiempo su efecto sobre mí. Él estaba seguro de que podía enseñarme cosas ocultas para su hermano. Se proponía justificar su existencia ante el comisionado y Einhorn, mediante un suceso de alguna importancia pero característico de él. Se lo tenía prometido —hacer su reputación y fortuna— y anhelaba brillar como promotor de un púgil, anunciado por la radio entre las personalidades que pasan por el cuadrilátero antes del encuentro principal, esplendentes sus gafas como diamantes. De tanto en tanto conseguía regentar a un boxeador, alguien sugestionable. En aquel entonces fue un peso pesado, Nails Nagel: por fin algo bueno, dijo Dingbat. Este había manejado ya a hombres de peso mediano o medio-mediano, pero un buen peso pesado promete un máximo de recaudación, siempre que tenga madera de campeón, y

Nails la tenía, según declaraba Dingbat en su tono más sincero y aguerrido. Hasta Nails se permitía pensarlo algunas veces, aunque no en el fondo del alma, pues en tal caso se habría dedicado exclusivamente a prepararse como es debido sin regresar a su trabajo con la grúa demoledora. Nails era lento y espasmódico en los movimientos de sus manos incrustadas de mugre. La musculatura de sus brazos parecía reforzada, bajo lo blanco de la epidermis, por un exceso de tendón en las coyunturas. Igual refuerzo se advertía en su opaca y oscura mandíbula, que descendía rígidamente sobre el cuello afeitado para protegerlo del castigo. Nails usaba gorra, cuya visera daba sombra a unos ojos hundidos. La impresión que te dejaba es la de un hombre decente pero agraviado que no deseaba daño a nadie, un ovillo de virilidad desperdiciada. Era muy fuerte y sabía recibir con paciencia angelical cualquier lluvia de puñetazos; y, para tratarse de un peso pesado, su corpachón solía moverse con agilidad. Eso sí: carecía de inteligencia entre las cuerdas y dependía absolutamente de lo que le ordenase Dingbat. Nails no podía disentir con eficacia porque su lengua era lerda entre dientes faltantes; los bromistas del salón de billares le aconsejaban «cambiar a un aceite liviano» para que «el motor arrancara en ese clima». El de púgil era un papel inapropiado para Nails, el hijo de la peladora de pollos y pavos, una mujer vestida de arpillera y con una boca dentuda de pésima oclusión. Ella ganaba buen dinero y Nails tomaba libremente más del que, por cuenta propia, lograba percibir trabajando. Nails estaba metido en una socaliña para la que no tenía capacidad ni inclinación.

Con todo, se chiflaba el pobre por ser admirado como boxeador y se sintió notablemente feliz el día en que Dingbat lo llevó consigo a dar una charla en un club de muchachos situado en un sótano de la calle División, invitado por un compañero del salón de billares que patrocinaba al club. Ahí estuvieron, pues, Dingbat y Nails, endomingados, con calzado de gamuza, sombrero de fieltro y cadena de reloj.

—Muchachos —principió Dingbat—, lo primerísimo que debéis entender es la importancia de hacer vida sana, ejercitarse duro, comer verdura, beber mucha leche y dormir con las ventanas abiertas. Por ejemplo, este hombre, mi pupilo —ancha sonrisa de Nails bendiciendo a la multitud—, de viaje hacia cualquier punto: Nagel se adiestra en pleno por lo menos una vez al día hasta quedar completamente empapado. Luego el baño de lluvia caliente, el baño frío y una friega rápida: así se sacan las toxinas de dentro, por los poros. Este hombre fuma solamente cuando le doy yo un cigarro después de una victoria. El otro día estuve leyendo en el *Post* lo que escribió Tex Rickard: antes de medirse con Willard, hacía 37 grados a la sombra en Ohio, pero Dempsey estaba tan perfectamente entrenado, que al despertar de su siesta anterior a la pelea encontraron totalmente seca su ropa interior. ¡Muchachos, quiero deciros que eso es una maravilla! ¡Así vale la pena! Entonces escuchad bien: nada de meneársela. Vosotros no sabéis hasta qué punto importa eso. No solo si esperáis ser deportistas, que es lo mejor de lo mejor, hay pocas cosas mejores, sino también si tenéis otras aspiraciones, para no errar el camino, ¿comprendéis? De modo que, lo primero,

¡manos fuera! Y a no hacer manitas con vuestras amiguitas, que no es bueno para vosotros ni para ellas tampoco. Yo os digo la verdad sin tapujos porque no creo en secreteos ni engaños: la jaula produce reblandecimiento, ideas poco claras; y esto otro… Dejad pasar de largo a esos que se dan el calentón con las chavalas. Si queréis salir con alguna chica seria —y no veo por qué no—, estáis en libertad de hacerlo, ¡pero con una calientapollas, no! ¡Eso sí que no…!

Y así proseguía Dingbat, expresando indignación con la mirada a su público sentado en sillas de acampar.

Regentar a un púgil era justamente lo que Dingbat necesitaba: hacer discursos (su hermano era un orador en banquetes y logias) y sacar a Nafs al parque por la fuerza, por la mañana temprano, para hacerlo correr, instarle, relincharle y, por otra parte, meterse constantemente en altercados por el equipo del gimnasio de Trafton, siempre con ira por sus derechos pisoteados en aquel ambiente de linimento, cuerdas para saltar, ruidosos armarios metálicos, penumbra diurna por causa del tren elevado, músculo negro, polaco e italiano, sudor y la elegancia de los dueños de toda esa carne. Cuando Nafs se hallaba ya en condiciones de exhibirse, Dingbat se lo llevaba de viaje por el oeste con un préstamo de Einhorn, para telegrafiar luego desde Salt Lake City, donde estaban a caldo, y regresar pálidos y hambrientos. Nafs había ganado dos de seis peleas y esto no pasaba inadvertido en el salón de billares, donde se lo refregaban cruelmente.

No obstante, Dingbat estuvo por una temporada fuera del negocio del boxeo, en la época de la gran fuga de la cárcel de Joliet. Dingbat ostentaba el grado de cabo en la milicia nacional convocada por el gobernador del estado para sofocar la crisis: ahí estuvo Dingbat al instante con su uniforme y sombrero de campaña y sin ocultar la inquietud de encontrarse por caso entre quienes acorralasen a Tommy O’Connor o a Larry el Aviador o a Bugsy González, a quienes Dingbat admiraba.

—Cáete en alguna zanja, so tonto, y quédate dentro —le dijo Einhorn—. Ya les tendrán a buen recaudo cuando tú llegues en el tren, digo las tropas del estado, así que lo peor que puede pasarte es viajar apiñado y comer judías.

El comisionado, cuyo estado de salud había declinado recientemente, llamó a su hijo menor desde su lecho:

—Acércate, Charlie Chaplin, que quiero verte antes de tu partida.

Cuando Dingbat estuvo frente a él, con expresión ultrajada, y se dejó ver entre ceñido y fajado por el uniforme, su padre se mostró insólitamente divertido y pronunció una sola palabra:

—Idyot!

Dingbat se retrajo en una fiebre de sentimientos incomprendidos. La señora Einhorn lloró, atemorizada por el atavío militar, abrazándose al cuello de Lollie Fewter. Dingbat vivaqueó en las cercanías de Joliet durante varios días lluviosos y regresó aterido, enjuto y cansino, bizqueando de irritación y lasitud. En menos que canta un gallo volvió a su asunto con Nafs, a quien había conseguido un encuentro en

Muskegon, estado de Michigan. Einhorn me envió con ellos para obtener información directa de los acontecimientos. Me habló así:

—Augie, te debo unas vacacioncillas. Si tu amigo Klein, de quien no me fío en exceso, quiere pasarse aquí un par de días como suplente, tú puedes irte de excursión. Acaso le dé confianza a Nagel el tener a alguien en su rincón. Dingbat le hace sentir su autoridad más de lo necesario y esto le quita estímulo. Tal vez un tercero con un poco de… *sursum corda!* Tú sabes mucho latín, ¿verdad?

Einhorn estaba contentísimo con su idea: le emocionaba el saberse autor de una buena acción. Llamó a su padre y le pidió que me entregase diez dólares de viático, tanto como para dejar en claro que su generosidad tenía límites impuestos desde fuera, y el comisionado fue generoso, incluso ejemplar.

Dingbat se sintió satisfecho de mi presencia entre ellos e hizo un discurso con toda la desfachatez de que era capaz cuando estaba al mando de algo:

—Bien, muchachos: esta vez hay que cumplir…

El pobre Nafs no tenía buen aspecto aquel día: su ropa formaba bolsas sobre los músculos y el maletín pendía junto a sus gigantescos miembros inferiores como si hubiese estado lleno de herramientas de fontanero. Su carota parecía tierra rastrillada y falta de agua; en esta porosa sequedad, un par blancuzco de ojuelos que temían lo peor y, en medio, una nariz deformada por los golpes.

Aquel día ya había empezado mal… para otra persona: uno de los hermanos Aiello, ejecutado en su coche deportivo. El *Examiner* se hizo eco de esta noticia en gruesos titulares que ojeamos en el tranvía rumbo a los muelles. Al parecer, Nails había jugado a la pelota una vez con Aiello: esto lo desalentaba. Era muy temprano todavía: las calles sonaban a hueco y el sol dejaba apenas una blanca gota en la cúspide de los edificios. Mientras caminábamos por el malecón hacia el *City of Saugatuck*, la lobreguez ciudadana se transformó de repente en un vaivén de agua azul bruñida por el fulgor del sol desde los negros confines de la playa hasta la áurea blancura al este. Las cubiertas, enchapadas de plomo y recién lavadas, reflejaban los mismos colores que el agua, parecidos a los de un cálido golfo de México, y las gaviotas se dejaban llevar de un punto a otro por la brisa. Dingbat, feliz al fin, logró que Nafs hiciese sus ejercicios matutinos en cubierta, antes de la aparición del gentío. Ocho horas de travesía por el lago, sin moverse, serían demasiadas para Nails, quien combatía aquella noche, así que este comenzó a trotar de acá para allá, sonriente: estaba cambiado, entre el sol y las gaviotas que descendían a plomo a buscar trozos de pan en cubierta. Nafs ensayó unos cuantos golpes cortos, técnicos y peligrosos; Dingbat, luciendo un jersey rayado como pala de langosta, le aconsejó poner más «hombro» en cada uno de ellos. Los dos hombres estaban persuadidos de su inminente victoria. Juntos fueron a desayunar en el vapor; yo quedé atrás para disfrutar de colores y aromas (transportaban, incluso, caballos de circo), consciente de la circulación de mi sangre. El aire subía lentamente desde mis pies, calzados en raídas zapatillas de caucho, y por el interior de mis pantalones de dril hacia la cabeza,

provista de pelo suficiente para mullirla contra la dureza del mamparo.

Íbamos ya aguas adentro cuando Dingbat apareció acompañado por dos chicas amigas de Isabel o de Janice, vestidas de tenis y con cintas en la cabellera; aquel día salían de vacaciones, dispuestas a esgrimir sus raquetas, poner coto a jóvenes impulsivos en Saugatuck, pasear en canoa sus bonitos bustos donde las aguas fuesen plácidas y mil actividades más.

Dingbat señalaba con su sombrero lo que adquiría nueva perspectiva con el alejamiento del vapor y su pelambre se desembarazaba al sol de sus esencias volátiles: ¿qué mejor para un joven empresario deportivo de promisorio porvenir que andar por cubierta con sus zapatos blancos y pantalones ligeramente remangados como los de quien domina el arte de navegar, lleno de indulgencia para otros seres humanos y sus esperanzas, paseando por la apacible mañana a las chicas? Nafs permaneció en el salón, tratando de ganar un premio en una máquina tragaperras llamada La Garra: una grúa en una caja de vidrio en que se acumulaban cámaras fotográficas, plumas fuente y linternas eléctricas dentro de una montaña de caramelos baratos. Por unos cuartos podías maniobrar mediante dos palancas el mecanismo prensil, pero Nails no había obtenido por sus cincuenta céntimos más que un puñado de golosina de aspecto céreo. Él solo deseaba una cámara para agasajar a su madre.

Compartimos, pues, ese azúcar fundido acodados sobre la borda, hasta que Nails se declaró mareado por el esfuerzo visual que había hecho jugando con La Garra; en realidad, el plácido movimiento de las aguas contra la proa fue demasiado para él y, ya cerca de la costa, lo hizo palidecer hasta lo hondo de sus arrugas —Nails se puso gris como un pulpo— y arrojar el contenido de su estómago mientras Dingbat le sostenía fieramente por detrás (hasta el mismísimo infierno habría ido él por su pupilo), diciéndole en la amargura de su desengaño:

—¡Vamos, hombre, aguántate!

Pero las bascas continuaron y Nafs siguió vomitando, con el pelo en los ojos ávidos de tierra firme. En Saugatuck no nos atrevimos a confiarle que faltaban horas todavía para Muskegon. Dingbat lo llevó a recostarse, bajo cubierta. Nafs se sentía seguro únicamente en unas pocas calles de este ancho mundo.

En Muskegon guiamos a Nails por los tablones del muelle —amarillento y fofo —; el agua se movía escasamente allí y no lograba disfrazar a las percas, indefensas frente a los pescadores aficionados de la primera tarde. Fuimos a la Asociación Cristiana de jóvenes, aseamos al atleta, le conseguimos algo de carne para aquietar a su estómago y por último lo instalamos en el gimnasio local.

Aunque Nails se quejaba de un dolor de cabeza y deseaba reclinarse, Dingbat lo forzó a hacer sus ejercicios.

—Si te lo permito —le dijo—, estarás horizontal, lamentándote de tu suerte, y esta noche no tendrás ni pizca de empuje. Yo sé qué necesitas tú. Augie irá en busca de unas aspirinas mientras tú das diez vueltas por aquí, para digerir la comida…

Cuando hube regresado con el medicamento, vi a Nafs palidísimo y acalambrado

por sus diez vueltas en aquel ambiente sin aire, sentado y jadeante bajo el tablero de baloncesto. Dingbat le frotaba el pecho e intentaba infundirle confianza pero logrando lo contrario, sin saber cómo obtener sin amenazas un estado de optimismo:

—¡Hombre! ¿Dónde está tu fuerza de voluntad? ¿Dónde están tus reservas?

No hubo caso. Ya había atardecido, faltaba una hora apenas para el combate y nosotros allí en la plaza del pueblo, con el olor del lago en nuestras narices y Nails nauseado y cabizbajo en un banco.

—Vamos, vamos —decía Dingbat—: haremos lo más que podamos…

La pelea sería en el Club de Leones: la anterior a la principal, contra un tal Prince Jaworski, un operador de taladros de la firma Brunswick, quien tuvo a su favor a la afición local, especialmente dada la pobre actuación de Nails. Este se comportó como un muerto de miedo en el cuadrilátero, cuando el público pedía sangre y le abucheaba con saña. Jaworski lo perseguía por el ring con golpes amplios: su altura y alcance eran netamente superiores; además, debía de tener cinco años menos que Nails. Dingbat estaba frenético de cólera y le gritaba a su pupilo, durante cada minuto de descanso:

—Si no le golpeas una vez por lo menos en este asalto, voy a irme de acá y dejarte solo.

—Yo te dije que tomáramos el tren —respondió Nails—, pero tuviste que ahorrarte cuatro perras.

Escuchó, sin embargo, el ruido adverso, con expresión sobresaltada, y salió con más coraje a dirimir el segundo asalto, pero ayudando en su desenfreno a Jaworski, cuyo estilo era racional.

En el tercer asalto, no obstante, Nails recibió un golpe en su punto vulnerable —el abdomen— y quedó tendido en la lona cuan largo era. El árbitro le hizo la cuenta en medio de una alharaca sin precedentes; acusaciones e improperios de toda clase se mezclaban en ella: soborno es lo menos que se insinuó en su contra a voz en grito. La victoria correspondió a Jaworski y el árbitro se la concedió protegiéndose la cabeza y tapándose los oídos de manera un tanto bufonesca. Nails salió encogido del cuadrilátero y con la mirada perdida frente al destello inhumano de las luces, sudando como un energúmeno por todos los poros. Le ayudé a vestirse y le acompañé hasta la Asociación Cristiana de jóvenes, donde le dejé acostado y bajo llave; aguardé a Dingbat en la calle para que no despertase a Nails dando de puntapiés a su puerta, pero le hallé sumamente alicaído, sin fuerzas para una manifestación tal de cólera. Fui a caminar con él y compramos en plena calle patatas fritas en tocino. Luego dormimos hasta el día siguiente.

Por la mañana fue preciso devolver nuestros pasajes de regreso, a fin de pagar el hotel; Dingbat había contado con que Nails ganaría el encuentro y ahora estaba sin blanca. Logramos trasladarnos hasta Chicago por cortesía ajena. Pernoctamos en la playa, la primera noche, a la altura de Harbet, no lejos de St. Joe, envuelto Nafs en su bata de púgil y compartiendo Dingbat y yo un impermeable. Dejamos atrás Gary y

Hammond, dos pueblos de la región, en un acoplado que venía de Flint, pasando por dársenas y depósitos de carbón. Vimos llamas por su calor y no su luz, rugiendo en el aire de mediodía y echando una humareda herrumbrosa vinculada con una obra escultórica enorme hecha de fundiciones; aquí y allá, una vieja caldera o colinas de ceniza y los orificios de desove de las ranas en el juncal. Si habéis visto a un Londres invernal abrir sus fauces tonantes en los minutos postreros de luz proveniente del río o habéis llegado desde los Alpes a Turín con la neblina de diciembre, entonces habréis conocido una grandeza similar. Treinta millas atestadas de un camino manchado de aceite en que los altos hornos cocían los elementos fundamentales de Empédocles y vomitaban hierro en lingotes, tirantes y rieles; otras diez millas de ciudad rala, cinco de ciudad densa —las casas de inquilinato— y al cabo nos apeamos del acoplado cerca del centro de Chicago y nos metimos en Thompson's para echarnos al coleto fideos y guisado, en las vecindades de la jefatura de policía y de la mayor parte de las compañías distribuidoras de películas cinematográficas.

Nadie se mostró interesado en nuestro regreso, porque había habido un incendio en casa de Einhorn entretanto. La sala de confianza quedó semidestruida: agujeros negros en el tapizado de los sillones, deshechos del tapiz oriental y la mesa de caoba e incluso el juego de obras clásicas de la Universidad de Harvard, chamuscadas y luego anegadas en el líquido de los extintores. Einhorn reclamaba del seguro una indemnización de dos mil dólares; el inspector de la compañía no coincidía respecto a la causa del siniestro y sugería mala fe: según él, no había ocurrido ningún cortocircuito, pero también se susurraba que este hombre quería ser comprado a toda costa. A Bavatsky le habían perdido de vista; tuve que hacerme cargo de una buena parte de sus obligaciones, pero nunca inquirí acerca de él, ya que debía de estar escondiéndose. El día en que estalló el incendio, Tillie Einhorn estaba de visita en casa de la prima de su marido y Jimmy Klein había sacado al comisionado de paseo por el parque. El comisionado se mostraba fastidiado por estos sucesos. Su dormitorio daba directamente a la sala, donde el mal olor duró varias semanas; el viejo se pasaba las horas sentado en silencio y con el ceño fruncido, condenatoriamente: le disgustaba sobremanera el modo de hacer negocios que preconizaba su hijo. Tillie había estado haciendo su campaña por la adquisición de mobiliario nuevo, de manera que el comisionado le guardaba rencor también: mujeres insaciables, pensando siempre en adornar el nido…

—¿No podías haberme pedido los quinientos dólares, o seiscientos, que sacarás a tirones de esa compañía —preguntaba el comisionado a su hijo mayor—, para no forzarme a respirar este tufo por el resto de mis días? Tú sabías, Willie, que estoy enfermo.

Esto último era tan cierto como lo demás. Picudo, pálido y solemne, Einhorn soportó la reprimenda como correspondía, con unción filial. El comisionado estaba de pie en la cocina, con su bata de brocado, recién salido de la cama.

—Sí, Papá —contestó Einhorn, como si en torno a su cuello hubiesen caído dos o

tres vueltas de cuerda, y sin una sonrisa, sino denodada y aun fieramente, se volvió hacia mí. Ahora bien: yo estaba seguro ya de que él era el autor del incendio. Es probable que Einhorn pensase que yo estaba enterado de todos sus secretos. No había peligro de delación por mi parte, pero él se sentía mortificado de que tales secretos salieran a luz. Traté de pasar inadvertido aquella semana, cuando Einhorn olvidó mi paga semanal. Demasiada delicadeza, la mía, quizá; pero yo estaba en edad de exagerar.

Pasó el verano, se iniciaron los cursos y la compañía de seguros no parecía satisfecha. Clem Tambow me contó que Einhorn quería que su padre, el viejo Tambow, interviniese para que alguien del ayuntamiento se interesara en el asunto y hablase en privado con un vicepresidente de la compañía. Sé que Einhorn despachó unas cuantas cartas por su lado, cartas en que se quejaba de que una compañía de fuste no fuese capaz de atender un caso minúsculo de incendio: ¿cómo podían esperar que él mismo convenciera a los clientes de la celeridad de la firma? Desde luego, Einhorn se había asegurado en la compañía a la que enviaba a la mayor parte de sus clientes. Las empresas Holloway solamente tenían aseguradas allí propiedades por valor de un cuarto de millón de dólares; así que ha de haber habido pruebas bastante sólidas de incendio premeditado, ya que, de lo contrario, sin duda alguna la aseguradora habría deseado ser condescendiente con Einhorn. Los apestosos muebles chamuscados permanecieron, pues, en la sala hasta que el comisionado no lo soportó más; entonces fueron transportados al patio, abajo, donde los chiquillos jugaban a escalarlos y los chatarreros que veían eso entraban a hacer ofertas, aguardando humildemente en la anteoficina. Luego, Einhorn rehusaba la oferta, aduciendo que pensaba donar aquellos trastos al Ejército de Salvación cuando el litigio estuviese resuelto.

En realidad, se los tenía prometidos a Kreindl, quien los haría enchapar a nuevo. Debido en especial a todas estas incomodidades y a la desaprobación del viejo comisionado —desaprobación desdeñosa—, Einhorn estaba empeñado en sacar provecho de los muebles hasta el último ardite. En principio, él creía que su conducta había sido la justa y correcta: tal era el modo de reunir el dinero que pedía su mujer para cambiar los muebles del salón. Einhorn me ofreció el juego de obras clásicas de la Universidad de Harvard, estragadas por la espuma carbónica de los extintores, como regalo. Puse el conjunto bajo mi cama y comencé con Plutarco, las epístolas de Lutero a la nobleza germana y *El viaje del «Beagle»*; de este último solo leí hasta donde los cangrejos hurtan los huevos de las aves mentecatas que los ponen en la playa.

Más no era posible leer, pues de noche no había en casa cómo concentrarse. La Abuela Lausch estaba tocada del ala y armaba bulla, con las manías de la vejez. Por más que siempre alegaba que lo único que había logrado enseñar bien a mi madre es cocinar, ahora insistía en hacerlo ella misma, apartaba potes y cacerolas para guisar lo suyo y en la nevera también creaba compartimientos imaginarios, envoltorios en los

que la comida se echaba a perder. Cuando alguien arrojaba todo esto al cubo de los desperdicios, la anciana se enfurecía y acusaba a mi madre de robo. Sostenía, además, que es imposible que dos mujeres compartan una cocina —olvidando el tiempo durante el cual había ocurrido precisamente esto en casa—, en especial si una de ellas es sucia y ladrona. Ambas temblaban: Mamá por el miedo que sentía antes que por la injusticia de la situación; su vista iba deteriorándose con rapidez y el localizar a la Abuela le costaba mucho ya. Esta última no nos dirigía la palabra a Simón y a mí. Cuando el cachorrillo que le había obsequiado su hijo Stiva —al que ella no aceptaba realmente como sucesor de Winnie— se nos acercaba, la Abuela le azuzaba contra nosotros:

—*Beich du! Beich!*

Pero este gozque de color aleonado deseaba jugar y no dormitar a los pies de la Abuela, tal como Winnie. Ni tenía nombre, ni estaba bien educado: a esto habían llegado las cosas en mi casa. Simón y yo resolvimos limpiar por turno, ya que nuestra madre no podía hacer frente a las necesidades del hogar; salvo que Simón trabajaba en el centro de la ciudad y no había modo de dividir la responsabilidad equitativamente. La casa había perdido su espíritu, tanto que ya no eran factibles las cosas sencillas. Yo no podía meterme bajo la cama de la Abuela Lausch, un lugar mugriento por excelencia, mientras ella, con la visita airada puesta en la página de un libro, se negaba a hablar conmigo, ciega y sorda en cuanto me concernía a no ser que su *beich* chillara en torno a los puños de mi camisa, caso en que la Abuela se ponía a gañir. En esta clase de trajín perdía yo mi tiempo…

Además, puesto que Mamá no podía ir sola a visitar a Georgie debido a su mala vista, nosotros dos teníamos que acompañarla hasta bien entrada la zona oeste de Chicago. Georgie por entonces estaba más crecido que yo y un poco ofendido, por añadidura, aunque siempre con su apostura de pobre tonto, su talla gigantesca, su lentitud, su pesadez, su paso tardo de miembros mal desarrollados. Vestía la ropa que le llegaba de nosotros sus hermanos y llamaba la atención vérsela usar tan diferentemente. En la escuela le enseñaban a hacer escobas y tejer el mimbre, y nos mostraban las corbatas que él confeccionaba con lana en un bastidor. Lo cierto es que Georgie estaba creciendo en demasía para caber en este hogar de niños retardados; un año más y debería pasarse a Manteno o a otra institución de las del sur del estado. Mamá tomaba esto muy a mal:

—Podremos ir a verlo, con suerte, una vez por año o dos… —decía la pobrecilla.

El ir a ver al hombrazo de Georgie, blando de cara como era, tampoco me hacía ningún bien a mí. A la salida, pues, como en aquellos días andaba yo con dinero en el bolsillo, llevaba a mi madre a un sitio griego que había en la avenida Crawford para convidarle con cremas heladas o tarta y así sacarla de lo hondo del desánimo en que supongo que la mayor parte de la gente pasa una porción de sus períodos silenciosos.

Ella me permitía entretenerla, aunque sí la asustaban un tanto los precios que cobraban en aquel establecimiento, rezongando en un tono audible, si bien

inconsciente de ello. Yo le calmaba:

—Está bien, madre. No te inquietes…

Como Simón y yo seguíamos en el colegio, nos correspondía la beneficencia todavía; además de esto trabajábamos sin tener que sustentar a Georgie, de manera que contábamos con más dinero que nunca. La diferencia estaba en que Simón administraba el excedente y no la Abuela Lausch como en el antiguo régimen.

A veces la veía yo en la sala oscura, desvinculada de nosotros, aguardando sola junto a la torrecilla de cristal palaciego que tenía la estufa, usando un vestido almidonado, rígido como una línea de Euclides, de falda corta y calzones anchos. La Abuela conllevaba demasiados ultrajes para dispensarnos de ellos; de cualquier modo, imposible el referirnos a ese su mundo de agravios entretejidos con una demencia senil. Pensar que esta mismísima mujer nos había parecido un día tan poderosa e inconmovible…

Decía Simón:

—Está en las últimas.

Y nosotros aceptábamos su declinación y muerte porque nuestra vida transcurría en el mundo, mientras que la de Mamá carecía de perspectivas. La Abuela había sustentado casi todo su peso en ella, como patrón, regente, reinamadre, emperatriz y ni siquiera el destierro de Georgie ni los escándalos en la cocina lograban deshacer el vínculo de vasallaje establecido entre ambas. Mamá plañía ante Simón y ante mí la pérdida del juicio que denotaba la Abuela, pero no sabía responder adecuadamente a sus locuras.

Simón decía:

—Esto es demasiado para Mamá. ¿Por qué tenemos que sufrir a la Abuela en esta casa antes que los propios hijos? Mamá ha sido su sierva por tiempo suficiente. Está envejeciendo; su vista es pésima: ya no ve a la perra cuando la tiene bajo los pies.

—¿No te parece que habría que dejar esto a discreción de nuestra madre?

—¡Maldita sea, Augie! —dijo Simón con desdén recalcado por la visión de su diente roto—, ¿vas a ser un sentimental toda tu vida? A veces me haces pensar que soy el único miembro de la familia nacido con materia gris. ¿De qué serviría que resolviese Mamá?

Yo no era perspicaz en cuestiones de teoría y práctica relativas a Mamá. Simón y yo la tratábamos igualmente, pero nuestro sentir difería. Lo único que pude argüir es que ella no estaba acostumbrada a la soledad, por lo cual la idea de saberla sin la Abuela me apenaba. Mamá estaba casi ciega: ¿estaría sentada todo el tiempo sin saber qué hacer? Carecía de amigas. En la vecindad era un bicho raro, no del todo equilibrada y siempre arrastrando los pies calzados con zapatos de hombre, alta y de delgado rostro, con gruesas gafas, tocada con una boina negra…

—Sí, pero ¿qué clase de compañía puede brindarle la vieja? —dijo Simón.

—Tal vez se recupere un poco. Y a veces conversan todavía…

—¿Alguna vez has visto eso? La Abuela le grita y le hace llorar. En suma, estás

diciendo que a las cosas hay que dejarlas correr. Pues eso es holgazanería, aunque probablemente dirás que eres un tío de buena disposición que no quiere ser ingrato con la Abuela. También nosotros hemos hecho mucho por ella, no lo olvides. Se ha cebado en Mamá durante años, a la par que se ha dado tono a costa nuestra. Mamá ya no da más. Si los Lausch contratan un ama de llaves, bien, y, si no, tendrán que llevarse a la vieja de aquí.

Simón envió una carta al hijo de la Abuela Lausch que vivía en Racine. Ignoro cómo habrá sido la existencia de los dos hombres, favorecidos por los cuáqueros, en sus respectivas poblaciones. Jamás he pasado por un lugar como Racine sin preguntarme cuál era la casa de Stiva Lausch —con columpio en el jardín y el sonido de alguien practicando al piano en su interior—, donde había dos niñas criadas con todo refinamiento (incluso las lecciones de música), y de qué modo habían logrado los dos chicos tan parcos de Odessa hacer su vida en un sitio del cosmos como Racine. ¿Qué cosas les atraían, que les tenían convertidos en seres exactos o nada excitables? Por lo menos había un indicio de esto en la nota escrita por Stiva como respuesta, en la cual anunciaba calmosamente que su hermano y él no creían que un ama de llaves fuese ninguna solución, así que ya estaban haciendo la tramitación de una plaza en el Hogar Nelson para personas ancianas y disminuidas. Stiva añadía que, dada nuestra antigua vinculación con su madre (un codazo, este, por nuestra ingratitud), su hermano y él mismo considerarían como un gran servicio de nuestra parte el hacerla llegar al destino sana y salva.

—Así es —comentó Simón entonces y hasta parecía que también él temía haber ido demasiado lejos. Pero la cosa estaba hecha y solo nos quedaba ultimar las menudencias del viaje.

La Abuela había recibido una misiva en ruso, al propio tiempo, y la tomó con bastante frialdad, como puede esperarse de alguien así de arrogante, y aun dijo, jactanciosa:

—¡Qué bien redacta Stiva en ruso! En el *gymnasium*, cuando aprendías algo, realmente *aprendías.*…

También nos enteramos de cuanto dijo la Abuela Lausch acerca del Hogar: que era un magnífico lugar, lleno de señorío —casi un palacio y construido por un millonario, con invernadero y jardín, cerca de la universidad; luego los residentes eran en su mayor parte profesores retirados. Por consiguiente ella iba encaminada hacia mejores días. Estaba contenta de ser rescatada de nuestras manos por sus hijos y colocada en un sitio en que podría intercambiar opiniones inteligentes entre sus iguales. Mamá estaba atónita y, siendo simplona como lo era, no podía creer que la Abuela, a quien conocíamos de sobra, hubiese abonado todas estas cosas como de su cosecha.

La preparación de las maletas tardó dos semanas. Hubo que bajar cuadros de los muros, incluir los monos con orificios nasales de color escarlata, el fondista de Tashkent, las hueveras, los ungüentos y medicinas y el edredón sacado del armario.

Traje el baúl del cobertizo, amarillo y hecho de madera, una pieza precursora que ostentaba rótulos de Yalta, la línea Hamburg, American Express, y vetustos periódicos rusos en su interior empapelado de flores azules del bosque con olor a sótano. La Abuela envolvió con sumo cuidado cada objeto de valor —lo frágil al tope — y cubrió todo eso con la áspera nieve de las esférulas de naftalina. El último día, la Abuela presidió la mudanza con una sorprendente y terrible mirada de autoridad. Lo supervisó todo en detalle, pálida y con su aspecto aristocrático, dorso erguido, mandíbulas apretadas, rumbo hacia algo mejor de lo que dejaría atrás (ahora que, volviéndose, lo veía en perspectiva): la vivienda venida a menos de una mujer abandonada con tres hijos a quienes la Abuela había protegido durante su estancia temporal en ella. ¡Ah, cuán espléndida se la veía pese a toda su decrepitud! De verla, te olvidabas de su demencia y su irritabilidad del año pasado. ¿Qué importancia tenía todo aquello cuando en un momento como este la anciana era capaz de asumir todo el rigor y el poderío de sus años de *grande dame*? Mi corazón se enterneció por ella y sentí la admiración que la Abuela no pedía de mí. Sí; esta mujer convirtió el destierro en mero retiro y los nuevos republicanos, con el sello aún fresco en su Constitución, experimentaron el último espasmo de lealtad hacia el destronado en el instante en que, silenciosa, la multitud ve partir la limusina y el príncipe y su familia dan por terminada la disputa en la historia de la iniquidad humana.

—Que tengas suerte, Rebecca —dijo la vieja, sin rechazar el lacrimoso beso de Mamá en su mejilla, pero sin perder de vista su objetivo. Le ayudamos a meterse en el coche acezante, prestado por Einhorn. Tensa e impaciente, la señora se despidió y arrancamos, guiando yo aquel armatoste encarnado como un reventón de tomate y con los relucientes herrajes de una bomba de incendios. Dingbat acababa de enseñarme a conducir.

No intercambiamos una sola palabra. No tomaré en cuenta lo que dijo como comentario acerca del tráfico, al pasar por el atolladero del Bulevar de Michigan. Saliendo del parque de Washington giramos hacia el este por la calle Sesenta y pasamos frente a la universidad, de aspecto extraño pero sosegado en su veranillo de San Martín hecho de antigua hiedra con su rumor y su paz. Localicé la avenida Greenwood y el hogar adonde íbamos. Estaba circundado por una reja de hierro con pinchos, detrás de la cual se veían arriates de asteres. En el sendero que llevaba del portal de piedra caliza hacia dentro, había bancos de madera o sillas en el vestíbulo para quienes no soportaran el calor del sol, en que se sentaban ancianos y ancianas observando a la Abuela. Marchamos pues, ella y yo, entre tantas cabezas lentas, pensativas y castigadas, maculadas por la vejez, atascadas por sales y desechos, cráneos visibles y angulosos o abotargados, cuellos raquíticos hechos a los asaltos de la canícula en Kansas y las heladas en Wyoming, amén de todas las señales de labores rutinarias y menestrales como cavar zanjas en el Lejano Oeste, la matanza de animales para el consumo, cosechas y otras labores que van de lo microscópico a lo monumental en el trabajo de una nación.

Aún es dable que alguien de todo aquel enjambre —alguien en chancletas y tirantes o en bata de algodón— haya sido depositario de la sal de la tierra, del espíritu oculto que preserva la salud del mundo; pero precisa la perspicacia de un Origen el descubrirlo bajo la espantable apariencia de aquellos viejos, con su pelo cano, manos eczematosas de venas gruesas como tuberías y su colección de bastones, abanicos y periódicos en todo idioma y alfabeto; rostros idos, muchos de ellos, de mirada extraviada, expuestos al sol y el olor de hojas quemadas o bien, dentro de la resistencia, a los ácidos aromas culinarios, lo polvoriento y lo mohoso. No era esta morada de millonarios, sino una casa de altos transformada en establecimiento para pensionistas, y no había un vergel en torno, sino plantíos de girasol y maíz.

Llegó el camión con el equipaje de la Abuela, a quien no se permitió poner el baúl de su ropa en la habitación, compartida por tres mujeres más. Ella tuvo que descender al sótano, donde eligió lo que usaría como atuendo: demasiados chirimbolos, en opinión de la supervisora parda y maciza que lo observaba. Mas yo acarreé lo necesario hasta arriba y ayudé a la Abuela a guardarlo. Volví luego al Stutz para verificar que no hubiese quedado nada allí. No hizo ningún comentario acerca del Hogar, ya que nada elogiable había en él, pero tampoco me dio impresión de desánimo. Pasó por alto lo sugerido por la enfermera y bajó a sentarse con su vestido de Odessa frente a un sembrado de col. Inquirí si desearía un cigarrillo, pero de nadie pensaba aceptar nada y de mí, menos aún, puesto que de tal modo estábamos retribuyéndole años de desinteresado esfuerzo Simón y yo. Me di cuenta de que la frialdad de su enojo le evitaría las lágrimas. Habrá llorado apenas me hube marchado de ahí, porque su vejez no le impedía entender el disfavor que le habían hecho sus hijos.

—Debo devolver el coche a su dueño, Abuela —musité al fin—, así que me voy, si no hay algo más que pueda hacer por ti.

—¿Algo más? Nada.

Me dispuse a partir.

—Me he dejado en casa la bolsa de zapatos, la de zaraza, que está dentro del armario.

—Te la traeré pronto.

—Tu madre puede quedársela. Aquí te doy algo por tu molestia, Augie —dijo y, abriendo su bolso de opacas antenas de plata, me dio con seco ademán una airada moneda de un cuarto de dólar: ajuste de cuentas que yo no pude rehusar, ni embolsar, ni siquiera guardar en un puño.

Tampoco estaban bien las cosas en casa de Einhorn, donde agonizaba el comisionado en una habitación trasera mientras que en la oficina, situada al frente, cambiaba de manos una porción de escrituras por valor de muchos miles de dólares, en aras de una prosperidad mayor que nunca. Unas cuantas veces por día, Einhorn se hacía llevar a la habitación de su padre para recabar consejo o información, ahora que todo estaba en su poder, con expresión grave y meditabunda, viendo claramente la

dificultad de lo que había emprendido: todo el parloteo sociable de la oficina se transformaba en peligrosos indicios de un desierto. Se notaba entonces cuán protegido había estado él durante años por el comisionado. Al fin y al cabo, Einhorn quedó inválido en plena juventud. Jamás averigüé si esto había ocurrido antes de su boda o después: Einhorn mantenía que después; yo oí decir que el comisionado había pagado buen dinero al primo de la mujer de Einhorn —Karas, de la Compañía Holloway— para que le consiguiese una novia conveniente a su hijo el paralítico. El hecho de que Tillie le amara no constituía prueba de lo contrario, porque era algo consustancial en ella el adorar a su marido. De cualquier manera, y sin tomar en cuenta los alardes de Einhorn, quedaba claro que este era un hijo que siempre había sido salvaguardado por su progenitor. Esto es algo que yo no podía dejar de advertir. Y las cartas con que timaba al mundo y operaciones similares, así como todos sus poéticos designios, eran solo gamberradas. Peor, ¿cómo hace alguien que ha sido consentido hasta la edad madura para sazonar de una buena vez? Él suponía que lo lograría siendo fuerte y serio. Así desistió de antiguos proyectos: «El recluso» no se publicó más y los paquetes que llegaban de prueba ya no fueron abiertos sino enviados al depósito junto con los panfletos y el resto de los premios diarios que traía el correo. Einhorn se consumió a fuerza de hacer negocios; manejaba los que figuraban en el calendario del comisionado, iniciaba sociedades o las disolvía o bien —y esto era muy de su gusto— por su cuenta y riesgo compraba segundas hipotecas a gente necesitada de dinero contante y sonante. Insistía en obtener participación en las ganancias de los contratistas de fontanería, calefacción o pintura, amigos todos del comisionado desde tiempo atrás, con lo cual se granjeaba la enemistad de estos. Einhorn no sé inquietaba por ello, ya que su única preocupación estribaba en que los poltrones no sucedieran a Carlomagno, siempre que la gente pudiera comprender eso. Cuanto mayores la dificultad y lo tortuoso de sus asuntos, tanto más seguro se sentía. Así que había disputas por acuerdos no respetados y las facturas no se pagaban hasta el último día de gracia; desde luego, quienes toleraban tal conducta, lo hacían exclusivamente por mor de una vieja amistad con el comisionado. Einhorn solía ser duro cuando estaba al mando:

—Soy capaz de discutir el día entero, aun sabiendo que no estoy en lo cierto. No hay que dar lugar a la idea de que pueden hacerte desistir…

De este tenor eran las lecciones y teorías del poder que él me enseñaba, durante intervalos de tranquilidad cada vez menos frecuentes; en rigor, dichas lecciones iban dirigidas por Einhorn a sí mismo, para convencerse de que su comportamiento era el correcto.

Por entonces, sus necesidades se habían vuelto acuciantes: Einhorn deseaba para su apartamento cosas de poco interés para él antes, como por ejemplo un tipo de café difícil de hallar en la ciudad; pedía a Kreindl bebida de contrabando, traída por aquel de la zona sur de Chicago, donde estaba en contacto con elementos peligrosos o demoníacos de la sociedad, aunque no en forma directa sino por interpósita persona.

Casi por instinto, Kreindl sabía satisfacer los anhelos perversos de la gente, portándose como mayordomo, ordenanza, estudiante joven que al estilo inglés sirve a otro mayor, Leporello o chulo de putas. Kreindl no cejaba en su intento de matrimoniar a Five Properties. Y ahora que estaba acabándose poco a poco el comisionado y que Dingbat, soltero todavía, heredaría ricamente, Kreindl merodeaba la casa de Einhorn y hacía compañía al comisionado en su dormitorio, hablaba con Dingbat y mantenía largas conversaciones privadas con Einhorn, quien lo utilizaba de diversas maneras.

Un tema de conversación era Lollie Fewter, que se había largado en septiembre y ahora trabajaba en el centro comercial de la ciudad. Einhorn sufría por su ausencia, aunque hubiese sido difícil el perseguirla como durante el pasado verano, con su padre enfermo en casa y el incremento del trabajo de oficina. A toda hora había gente en el apartamento y el escritorio, salvo que precisamente ahora la deseaba Einhorn, le remitía esquelas y en general me molestaba hablando de ella sin cesar. ¡Mala época! Por supuesto, también él se resentía, pero continuaba tramando maneras de acercarse a ella. No solo eso, sino que contemplaba modos concretos de hacerlo con toda porfía y trataba sus respectivos méritos conmigo. También discurría con Kreindl, si bien seguía siendo ante el mundo jefe de familia, administrador, cabeza rectora, custodio protocolario, vástago notable de un notable padre. ¡Cojonudamente notable! Hasta en su forma de enmarcar las cejas hacia la línea del cabello entrecano lo era. ¿Qué importaba si, junto con esto, Einhorn padecía de vicios, pasiones, lascivia e indecorosos atrevimientos? ¿Indecorosos por qué? ¿Por ser un paralítico? Si queréis responder a esta ardua pregunta, diciendo que no os compete el establecer a qué debería renunciar un hombre por ser inválido o por demás abominable, queda en pie el hecho de que Einhorn llegaba a ser malévolo y nada grato en ciertas ocasiones. Es posible conocer a un hombre a través de sus obsesiones y su manera de zaherir. Creo, no obstante, que ha de correr el albur de perjudicarse al mismo tiempo. Entonces es dable juzgar, si lo hace sin riesgo para sí, que no es un ser justo. O que carece de aliciente para nada que no sea el propio yo. ¿Y Einhorn, qué? ¡Caray que podía ser encantador! El niño mimado del mundo entero. Y esto era un fastidio. Podréis quejaros y decir que es un ardid de personas talentosas el apartaros del nudo de sus viperinos deseos para que no lo veáis, pero si tal arte es de magno estilo, os hará dispensar su indignidad. Siempre que sea festivo, lo cual ocurría a veces con Einhorn, cuando no iba meramente en pos de algo sino, además, estaba jovial. Y a veces mostraba un corazón ingenuo. Sin embargo, cuando yo me ponía en su contra, interiormente le insultaba: él era una inmundicia, un nadie, egoísta, envidioso, dictatorial, criticón e hipócrita. Pese a esto y en resumidas cuentas yo abrigaba aprecio por Einhorn. Por lo pronto, tenía que considerar como mérito la lucha que él había empeñado contra la enfermedad. Además monta, desde luego, el ser un Belisario o un buscador del Santo Grial, pero, bien mirado, con las armas que recibió y el terreno en que combatía se ingenió para dar una demostración imponente de su

capacidad; mediante el empleo de su mente, Einhorn hallaba alicientes para seguir viviendo. Sabía qué castigo pueden significar los demonios interiores después de que has maltratado a tu mujer o a las mujeres o a tu padre en su lecho de muerte; sabía cómo categorizar al propio placer y a las actuaciones ruines; contaba con la inteligencia necesaria para confrontar las cosas. Es más: poseía la inteligencia necesaria para la sublimidad. Pero esta no puede existir solamente como dote especial de unos pocos, debida al puro azar de un origen, como el de nacer albino. Pues, si así lo fuere, ¿qué interés revestiría para nosotros? No; debe sobrevivir a lo peor y encontrar un rincón enjuto en que guarecerse de la mojadura, del desequilibrio de agua, sangre y lodo que causan los agresivos, los mariscales, los Marlborough, los corruptores de menores, los verdugos, así como el servicio universal de cochería de los jinetes de San Juan. ¿Por qué ensañarse, pues, con el pobre Einhorn, tullido y con ansias de tullido?

De cualquier modo yo permanecí cerca de él, listo para prestarle ayuda, y él me dijo:

—¡Ah, esa perra! ¡Esa buscona piojosa, llena de pecas, hija de carbonero, vulgar como ella sola!

Acto seguido, se puso a enviarle mensajes con Kreindl, a cual más desquiciado. Pero agregó:

—Ya sé que no sirvo para ofuscarme con mujeres en un momento como este. Van a ser mi perdición.

Lollie respondía a sus mensajes por escrito, pero no venía a verle. Tenía otros planes para sí.

Mientras tanto, el comisionado iba desdibujándose, quedando excluido de la actualidad. En un principio le visitó una cantidad de amigos en su otrora suntuoso dormitorio, amueblado por su tercera mujer, quien le había dejado diez años antes, con una cama imperial de cuatro postes y lunas de marco dorado y Cupido con su cabeza dentro de un arco. Con el añadido de escupideras, cajas de cigarros, talones de cheques y un tablero para jugar al pinocle, la habitación se había tornado en el reducto de un viejo hombre de negocios. El comisionado gozaba, al parecer, cuando podía anunciar a compatriotas, compinches de la sinagoga y antiguos socios que él ya estaba perdido. Habiendo sido un bromista toda su vida, no era este un hábito capaz de ser alterado: el de chacotear. Coblin aparecía a menudo, los domingos por la tarde, y Five Properties, en su camión de reparto de leche, durante la semana: para tratarse de un hombre joven, Five Properties era sumamente cumplidor de las ceremonias y la urbanidad. No creo que le haya importado mucho este asunto, mas su presencia no era mala cosa y demostraba que tenía buen corazón. Es probable que Five Properties haya aprobado la manera de morir del comisionado, su refinado estoicismo. Kinsman el sepulturero e inquilino de los Einhorn se inquietaba por su salud, rogándome que no mencionase su interés.

—Estos son mis peores momentos —me decía—: cuando un amigo está a las

puertas de la muerte, no puedo esperar ninguna bienvenida…

Y se comparaba con el viejo Granum, el observador de agonías y recitador de salmos, canijo y con cara de desastre, vestido siempre con un terno de alpaca negra confeccionado en el Barrio Chino y con sus pies diminutos calzados con zapatillas.

—Si yo llego a presentarme —agregaba Kinsman—, ya sabes qué piensa la gente…

A medida que progresaba el anciano hacia su fin, menos visitantes se le permitían, con lo cual terminó el bullicio que producían sus chanzas, dichas en tono grave y profundo. Dingbat era ahora quien le acompañaba más y no necesitaba que su medio hermano le recordase su deber filial: se le veía afectadísimo. Había sido el último en aceptar el pronóstico médico; decía con confianza:

—Así hablan los matasanos cuando un viejo está enfermo. ¡Pero si el comisionado es fuerte como un roble: tiene un físico poderoso…!

Ahora, no obstante, entraba en la pieza de su padre con premura y salía de ella taconeando con sus zapatos de profesor de tango, alimentaba y masajeaba al comisionado y aun ahuyentaba a los niños que jugaban con los muebles arrumbados en el traspatio:

—¡Largo de aquí, pajilleros! Aquí hay un enfermo. ¡Mocosos de la porra, malmandados!

Mantenía en penumbra el cuarto de su padre, acampaba en un colchoncillo de paja y leía *Captain Fury* y *Doc Savage* a la luz de una bombilla de noche.

Una sola vez vi levantarse al comisionado, en esta época, ambulando lentamente por la casa en busca de la señora Einhorn para pedirle explicaciones acerca de la falta de botones en su ropa interior. Él había contado solo dos en su calzón largo de lana y se sentía desnudo.

—¡Esto no se hace! —protestaba el viejo, todavía enfadado por el incendio intencional de su hijo.

El puesto de Dingbat en el dormitorio fue cedido con ulterioridad al viejo Granum, el empleado de Kinsman, cuando ya el comisionado no salía de un estado crepuscular y apenas reconocía a nadie. Pero sí reconoció al recitador de salmos con sus cachetes de color ladrillo aun en lo penumbroso del cuarto y dijo:

—*Du?* Entonces he de haber dormido más de lo que supongo.

Einhorn relató esto reiteradas veces, mencionando a Catón, Bruto y otros que habían recibido a la muerte con calma. Einhorn era un coleccionista de hechos como este y escudriñó todo lo que había leído al respecto en los suplementos dominicales, sermones publicados los lunes, libros azules de Haldeman Julius y florilegios de máximas en procura de comparaciones favorables. Lo cual no siempre resultaba así. Y no porque este viejo admirador de las mujeres no merezca ser citado por su tranquilidad ante la Parca.

El comisionado fue amortajado aquella noche y colocado en un colosal féretro de la casa funeraria de Kinsman. Al llegar yo por la mañana me encontré con la oficina

cerrada y las celosías bajas contra la fría luz del sol y el clima seco de otoño, así que entré en la casa por los fondos. Los espejos habían sido cubiertos por la señora Einhorn, en quien prevalecía lo supersticioso; ardía una candela en un florero blanco de tipo eclesiástico entre las sombras del comedor, junto a una fotografía del comisionado tomada en los tiempos en que sus patillas de Buffalo Bill se veían lozanas y lustrosas. Arthur Einhorn había viajado desde Champaign para asistir al entierro; estaba sentado a la mesa con desapegada elegancia de universitario, con una mano en su lanuda cabeza de intelectual y tomándose con calma la esperada locura de la familia en un momento como aquel; era un joven simpático e ingenioso, aunque no de aspecto juvenil —ya presentaba arrugas en sus mejillas—, pese a su abrigo de piel de mapache y su boina de estudiante. Einhorn y Dingbat lucían tajos hechos con hojas de afeitar en sus chalecos, para simbolizar ropas desgarradas en su dolor filial. La exmujer de Tambow se encontraba allí, con peinado de dama de compañía y quevedos, acompañada por su hijo Donald, quien solía cantar en recepciones y sepelios; también, por deber familiar, Karas-Holloway y señora, ella con un copete al estilo canino y su habitual mueca de desagrado. Era mujer entrada en carnes, de cara rubicunda, resentida y detractora en su expresión. Yo tenía conciencia de que ella perseguía a su prima política para que se cuidara de los Einhorn, de los que aquella no se fiaba ni un poco. Tampoco tenía fe en su marido, el cual le prodigaba un piso adornadísimo en la zona sur de Chicago, porcelana Haviland, cortinas venecianas, alfombras persas, tapices franceses y una radio Majestic de doce válvulas. Y ahí estaba Karas con su terno de piel de tiburón, cruzado, evidenciando mil dificultades al afeitarse y peinarse, notablemente vencidas: los nudos de su cara sagazmente eludidos y el pelo aplastado contra el cráneo. Su tersura constituía una satisfacción para él, tal como lo era su extraordinario empleo del inglés, que no le había impedido hacer fortuna, además de su insignificancia originaria: la gente le daba paso a sus elásticas arrugas, sus ojuelos y las embestidas de su coche de seis cilindros, un Packard amarillo.

Mucho después pasé unos extraños diez minutos con la señora Karas en una panadería cercana a Jackson Park. Entré con una joven griega que la señora Karas presumió casada conmigo, porque íbamos del brazo, con ropa estival, íntimos ya desde por la mañana temprano. La mujer me reconoció en el acto y se arreboló de placer, pero no había manera de detener los errores de la memoria, ni corregirlos siquiera, ya que tan singulares eran. La señora Karas dijo a la joven que nosotros dos éramos casi parientes, que me quería tanto como a Arthur y que me recibía en su casa como a alguien de la familia: todo era júbilo frente a nuestro feliz encuentro, para ella, que me abrazaba y decía cuán hermoso me había puesto yo con el correr del tiempo, salvo que la calidad de mi tez había sido siempre causa de envidia entre las chicas (como si yo hubiese sido Aquiles entre las doncellas, en la oficina y el salón de billares). Debo admitir que me dejó patidifuso aquel empeño en modificar el pasado por el afecto y la bondad. Mucha gente había intentado aliviar mi orfandad en la vida,

no así la señora Karas, quien parecía malhumorada con sus riquezas, enfadada con su desconcertante y acicalado marido y, a toda hora, reprobatoria de la familia Einhorn. En alguna ocasión estuve en su apartamento como chófer de los Einhorn y aguardé en otro cuarto en tanto ellos cumplían con el protocolo. Tillie Einhorn, ya que no la anfitriona, me trajo café y unos sándwiches de la mesa del té. Y ahora la señora Karas, venida a comprar panecillos para el desayuno, aprovechó la feliz oportunidad de adornar el tiempo pretérito con imaginarios arreglos florales cultivados en preocupado secreto. Yo nada negué; dije, por el contrario, que todo era verdad y le permití su manifestación de entusiasmo. La señora me reprendió, incluso, por no ir a visitarla jamás. Pero yo recordaba sus ínfulas de reina que a la menor provocación hace decapitar a sus súbditos y aquel desayuno funerario en que ayudé en la cocina: Bavatsky hizo el café.

Cansado pero no deshecho, Einhorn fumaba con el chambergo echado hacia atrás, sin dirigirme más que alguna voz de mando. Dingbat insistía en tono áspero en llevar a su hermano hasta la pasa Kinsman empujando la silla de ruedas. Yo fui encargado de ello al fin. Arthur fue caminando con su madre a la par de Einhorn. A cuestas saqué a este último de la limusina, en medio del paisaje otoñal del cementerio, en que crecían a una misma altura los arbustos y las lápidas, y luego, vuelta a casa, donde nos aguardaba una cena funeraria de fiambres para los concurrentes, y luego, al caer la noche, a la sinagoga, vestido de negro ahora y otra vez a cuestas de mí, con su mejilla pegada a mi espalda.

Einhorn no era hombre de guardar, pero el ir a la sinagoga formaba parte del ceremonial prescrito; independientemente de lo que él pensara en su fuero interno, sabía de sobra cómo comportarse. Los Coblin pertenecían a esta congregación también. Yo había ido con la prima Anna a la galería, con su sistema oriental y modificado de separación de sexos, donde ella lloró por Howard en medio de las sales medicinales de las mujeres endomingadas que sollozaban por quien estaría destinado el año siguiente a morir por obra del fuego o el agua, según la traducción del texto hebreo al inglés. Esto era distinto, sin embargo, de las épocas en que oraban multitudes en la planta baja, tocadas con chales y con sombreros de fieltro y se oía el tintineo de las campanillas en las fundas de terciopelo de los rollos de escritura de dos patas. Estaba oscuro y un grupúsculo, el de los asiduos de las plegarias del anochecer —diversos rostros y voces en que se marcaba la edad, voces ásperas, susurrantes, asmáticas, refunfuñonas como todo un enjambre— cantaban en hebreo. Dingbat y Einhorn debieron ser avisados cuando les tocó el turno de recitar el *Kaddish* de los huérfanos.

Regresamos en el Packard de Karas, con Kreindl. Einhorn me dijo al oído que le pidiese a este último que se fuese a casa. Dingbat se retiró a dormir. Karas debía seguir viaje hacia la zona sur. Arthur había ido a visitar a algunos amigos; saldría en dirección a Champaign al otro día. Mudé de ropa a Einhorn y le puse zapatillas. Soplaba un viento frío por el traspatio; era una noche de luna.

Einhorn no quiso quedarse solo y pidió que me estuviese allí aquella velada. Me senté cerca de él, que escribió una noticia necrológica para el diario vecinal. Decía así: «El regreso de la carroza deja pasar al hombre por las postreras transformaciones de la naturaleza: el mismo que halló a Chicago como pantano y ayudó a convertirlo en urbe, llegó aquí después del Magno Incendio —causado según se dice por la vaca de la señora O'Leary—, huyendo del reclutamiento del despótico Habsburgo. En su vida de constructor demostró que huelga edificar sobre cadáveres de esclavos, como lo fueron las pirámides de Egipto o San Petersburgo en las márgenes del Nevá, donde millares de seres dejaron sus vidas en las ciénagas rusas. La enseñanza que imparte una odisea americana cual la de mi padre, en contraste con la del asesino de los Sterlitz y del propio hijo, está en que son compatibles los logros y las buenas costumbres. Mi padre no conocía la observación platónica acerca de que la filosofía es el estudio de la muerte, pero murió no obstante como un filósofo: sus palabras al anciano que lo veló en sus últimos momentos…». La reseña se ajustaba a este tenor. Fue redactada con brío en una media hora, mordisqueándose Einhorn la punta de la lengua mientras lo hacía todo arrugado en su silla y con la cofia puesta.

Acto seguido, nos constituimos ambos en la habitación del comisionado con un portafolios vacío, echamos la llave, encendimos las luces y nos dimos a revisar los papeles de aquel. Einhorn me entregaba cosas con la debida instrucción:

—Rompe esto. Quema esto otro, que no quiero que nadie lo vea. Pon esta nota en lugar seguro, que te la pediré mañana. Abre los cajones y dales la vuelta. ¿Dónde están las llaves? Sacude sus pantalones. Coloca su ropa sobre la cama; hay que inspeccionar los bolsillos. ¿De modo que este es el trato que tenía con Fineberg? ¡Qué viejo sagaz, Papá; todo un fenómeno! Mantengamos un orden: es lo principal. Despeja la mesa para clasificar estas cosas. Mucho de la ropa puede venderse: lo que yo no pueda usar, aunque está anticuada. No vayas a deshacerte de ningún trozo de papel: él anotaba lo importante en algún pedacillo, muchas veces. Pensaba vivir para siempre, el bribón: ese era uno de sus secretos. Supongo que todo viejo poderoso lo hará. Yo mismo lo hago, ya ves, aun en el día de su muerte. Jamás aprenderemos nada, nunca jamás, pese a los libros de historia que se han escrito. Ellos son nuestra manera de razonar con nosotros mismos, pero no son más que un poco de claridad que deberíamos aportar a nuestra conducta. Hay todo un depósito de sugestiones que utilizar; si no nos aprovechan, no será por falta de material válido, sino porque nuestra vanidad pesa más —dijo Einhorn—. He aquí algo respecto a Margolis, que mintió ayer cuando aseveró que nada debe a mi padre. «¡Pies Torcidos, doscientos dólares!». ¡Aquel me paga o le como los hígados, estafador de puta madre, cabrón!

Hacia medianoche tuvimos una pila de papel hecho jirones, como los votos cardenalicios en Roma, cuando la almenara anuncia a un nuevo pontífice. Mas Einhorn estaba insatisfecho con el estado de cosas. Los más entre los deudores de su padre aparecían indicados como lo había sido Margolis: «Dientes de embustero», «Cabeza hueca», «Reptil», «Muerto de risa», «Sam el edil», «Pájaro de cuenta», «El

rey de Bashan», «Cucharón de sopa», etcétera. El comisionado había prestado dinero a estos hombres, pero sin resguardo, y el total ascendía a varios miles de dólares. Einhorn sabía quiénes eran, aunque en rigor no tenían obligación de pago que sirviese en los tribunales. Fue este el primer indicio de que el comisionado no le había dejado en posición firme como él creía, sino sujeta a la honradez de muchos a los cuales Einhorn no había tratado bien. Einhorn se puso inquieto y pensativo.

—¿Ha regresado Arthur? —inquirió nerviosamente—. Tiene que alcanzar el tren muy temprano.

Durante el desmantelamiento de la otrora fastuosa recámara en que el viejo había acampado sin lujos pero rodeado de pompas femeninas, Einhorn reflexionó con los ojos redondos de un pájaro acerca de su hijo y luego, aliviado, señaló:

—Al fin y al cabo, nada de esto es para él. Él anda con poetas e intelectuales, en plena conversación.

Siempre hablaba así de Arthur, lo cual le prodigaba un solaz sin par.

7

Pienso en la antigua leyenda de Creso, con Einhorn en el papel desdichado. Primeramente, el hombre rico y orgulloso, petulante con Solón, quien, errado o en lo cierto en su discusión acerca de la felicidad, ha de haber sido el visitante preclaro de la época, que condesciende a tratarse de igual a igual con un acaudalado isleño. Intento explicarme por qué la calidez de la sabiduría no ablandó a Solón un poco más de lo que creo para con el semibárbaro dueño de tanto oro y joyas. Con todo, la razón le cupo a Solón. Y Creso, que no la tenía, enseñó la lección que había recibido a Ciro, con lágrimas en los ojos, y Ciro le perdonó la vida, a punto de concluir en la pira. Este viejo se convirtió en pensador, místico y consejero a través del infortunio. Ciro perdió luego la cabeza, por obra de la rencorosa reina que la hundió en un odre lleno de sangre, exclamando:

—¿Querías sangre? ¡Pues bébetela!

Y el extravagante hijo de Ciro, Cambises, heredó a Creso y quiso darle muerte en Egipto, así como lo había hecho ya con su hermano, e hirió al desgraciado ternero Apis, lo cual afectó grandemente a los sacerdotes rasurados en cabeza y cuerpo. Ahora bien: el crack del veintinueve resultó el Ciro de Einhorn y la ilimitada quiebra comercial de entonces, la pira; el salón de billares, su destierro de Lidia, y los matones, Cambises, cuya intimidación logró eludir aquel de un modo u otro.

El comisionado dejó de existir antes de la pública calamidad; poco después comenzaron los suicidios desde los rascacielos de la calle La Salle, en Chicago, y en el área bursátil de Nueva York. Einhorn estuvo entre los primeros en ser aniquilados, en parte por el sistema de préstamos del comisionado, basado en el honor, y en parte por su mala administración. Miles de dólares de su peculio se perdieron en inversiones endebles —el mismo Coblin soltó la tela en esto—, pero también su legado y las herencias de Dingbat y Arthur junto con él.

Al cabo le quedaron solamente terrenos baldíos en el Clearing y en torno al aeropuerto, que Einhorn debió liquidar para saldar pagos de impuestos. Así que, a veces, cuando yo daba con él un paseo en coche, Einhorn rememoraba:

—Nosotros éramos dueños de ese cúmulo de tiendas, ahí.

O bien decía de un predio de hierbajos y algunas chozas:

—Papá recibió ese terreno en una permuta, ocho años atrás; quería edificar un guardacoches ahí mismo: suerte que no lo hiciese…

Era una nostálgica tarea eso de salir con él de paseo, si bien sus observaciones no eran quejumbrosas sino casuales y secas.

Aun el edificio en que vivía Einhorn, construido por el comisionado con un desembolso de cien mil dólares, se perdió a fin de cuentas cuando desaparecieron las tiendas de la planta baja y hubieron dejado de pagar el alquiler sus inquilinos.

—Si no aflojan, no les doy calefacción —declaró Einhorn durante el invierno—. Un casero debe comportarse como tal o dedicarse a otra cosa. Yo me atendré a las

leyes, en tiempos buenos y malos, y seré coherente.

Así justificaba sus actos, pero en los tribunales perdió el juicio, con costas. Entonces alquiló las tiendas de la planta baja como apartamentos, una a cierta familia negra y otra a una adivina gitana que colgó dos letreros a la vista: uno con una gigantesca mano, palma hacia delante, y otro con una versión rotulada del cerebro humano. En el edificio había pendencias y robo de caños y de instalaciones fijas de cuarto de baño. En aquel momento, los inquilinos eran los enemigos de Einhorn y el cabecilla, un barbero polaco llamado Betzhevski, quien había dado conciertos de mandolina en las calles, en mejores tiempos, y ahora lanzaba miradas frías como el invierno al pasar por delante del edificio de Einhorn, con ojos enrojecidos por el odio. Einhorn inició una acción de desalojo contra él y varias personas más. Por tal motivo, cierta organización comunista estableció piquetes de vigilancia y propaganda frente al edificio del caso.

—Como si yo no supiese más de comunismo que todos aquellos juntos —dijo Einhorn con amarga ironía—. ¿Qué sabrán ellos, ignorantes hijos de puta? ¿Qué sabe aun Sylvester de la Revolución?

Sylvester era por entonces un atareado miembro del partido. Así que Einhorn se sentaba al escritorio del comisionado, donde podían verlo los piquetes, en espera de que la policía desalojara los apartamentos.

Sus ventanas fueron frotadas con estearina y alguien arrojó un saco de papel lleno de excrementos al interior de la cocina. A raíz de esto, Dingbat organizó una brigada móvil con gente del salón de billares para custodiar el edificio; sentía una furia asesina contra Betzhevski y pretendía hacer una incursión para romper los espejos de su barbería. El local no valía la pena. Betzhevski se había trasladado allí por la crisis. Consistía su tienda en una silla dentro de un sótano en que el hombre tenía canarios en medio de una triste lobreguez como la de una pintura flamenca. Clem Tambow seguía yendo allí a afeitarse, aduciendo que este barbero pelirrojo era el único en entender su barba, y Dingbat se sentía mortificado por esto. Pero Betzhevski fue desalojado por último: de pie en la acera, su mujer maldijo a Einhorn llamándole lisiado inmundo. Nada podía Dingbat contra aquello. Einhorn, por otra parte, recusaba toda violencia. No la descartaba plenamente, pero quería regularla y Dingbat le obedecía, aunque Einhorn le había malgastado su herencia.

—Es que no nos ha golpeado a nosotros solamente esta crisis —decía Dingbat—, sino a todos. Si Hoover y J. P. Morgan no se dieron cuenta de que se nos venía encima, ¿qué puede pedirse de Willie? Ya nos recuperará el dinero. Yo tengo fe en él.

El motivo de los desalojos fue una oferta que recibió Einhorn de un fabricante de impermeables por el espacio de arriba. Demolieron muros en varios apartamentos hasta que el ayuntamiento cayó sobre ellos por violación de ordenanzas contra incendio y de zonificación y por intentar electrificar un área residencial para fines industriales. Mucha maquinaria había sido instalada ya, por entonces, y el fabricante —sujeto de escaso capital— persiguió a Einhorn a fin de cobrarle los costes de la

mudanza. Hubo otro litigio acerca de esto cuando Einhorn alegó, desentendiéndose de todo principio, que la maquinaria estaba atornillada al piso y por tanto constituía bien inmueble de su propiedad. Einhorn perdió este juicio también. El fabricante de marras halló expeditivo el romper unas cuantas ventanas y bajar sus máquinas mediante poleas, sin desmontarlas, cosa que llevó a cabo por orden del juez. Un letrero de Einhorn resultó averiado por tal procedimiento, pero no importó pues mi jefe perdió el edificio además —su última pertenencia importante— y quedó en la calle. La oficina fue clausurada y vendida la mayor parte de los muebles. En el comedor se apilaba escritorio sobre escritorio y los archivos junto a la cama, en el dormitorio de Einhorn, de modo que solo se podía entrar en ella por un flanco. En espera de tiempos mejores, él conservaría todo el mobiliario rescatable. Había sillas giratorias en la sala; los muebles quemados regresaron allí tapizados a bajo precio, todavía con hedor a incendio (la compañía de seguros, arruinada, jamás abonó la reclamación de Einhorn).

Aún era dueño mi patrón del salón de billares y se dedicó, pues, a regentarlo, instalando una suerte de oficina en el rincón del frente, no lejos de la caja registradora: algún dinerillo entró en ella, salvo que, en este lugar de baja estofa, le costó a Einhorn reponerse del cambio. Con el tiempo, empero, asumió plenamente la administración, se hizo reconocer como el amo y terminó reorganizándolo todo, con ganancias. En primer lugar, colocó un mostrador para servir de merendero, corriendo las mesas de billar a un lado. Luego, una mesa especial para juegos de dados revestida de bayeta verde. Einhorn continuaba siendo notario público y agente de seguros, así que logró hacerse acreditar por las compañías de gas, electricidad y teléfonos para el cobro de facturas. Todo con lentitud, debido a los tristes tiempos que corrían: aun su ingenio había quedado paralizado por la velocidad de la caída y la profundidad del derrumbe. Los pensamientos de Einhorn viraban hacia lo que él debería haber hecho para salvar cuando menos el capital de su hijo… y el de Dingbat. Importaba también su entorno, que se había reducido a una sola calle y un ámbito estrecho, ahora que sus restantes posesiones se habían volatilizado: el tupido silencio, aglutinado en costra, que surgía de todas partes e iba a depositarse sobre su escasez y desolación, además de la humillación de una vida exigua. ¡Él, un inválido ya bastante envejecido, tener que descender de los ambiciosos proyectos a las simples artimañas, para sobrevivir! A su modo de ver, la extensión del desastre no le disculpaba lo suficiente —su ímpetu borraba a los otros, de ordinario— y hasta parecía que no bien hubo heredado una fortuna, esta se hubiese escapado de entre sus manos como una colección de animalejos de oro, obedientes al reclamo del viejo comisionado.

—Desde luego —explicaba Einhorn a veces—, en lo personal todo esto no es tan espantoso para mí. Yo he sido un inválido antes y lo soy ahora. La prosperidad no me hizo caminar nunca y, si hay alguien sabedor de lo que le espera, ese es William Einhorn. Doy fe.

Yo podía creerle y no. Estaba al tanto de que su presencia de ánimo no era más

que una lumbre, más pálida que verdosa, y qué mal lo había pasado al perder el edificio y los pocos miles restantes de la herencia de Arthur para evitar esa pérdida, inspirado por el amor propio antes que por el buen sentido comercial. Entonces Einhorn me despidió, diciéndome débilmente:

—Eres un lujo para mí, Augie. Tendré que prescindir de ti.

Dingbat y Tillie cuidaron de él durante aquel período negro en el cual Einhorn se parapetó en su estudio, golpeado, abrumado, meditabundo, con una barba de varios días, siendo él un individuo que dependía, para mantener un tono vital, de la regularidad de sus hábitos, antes de volver por sus fueros, dejar atrás el encierro y reorganizar el salón de billares. A todo esto, Adams, vencido como candidato a la presidencia de la nación, regresó humildemente a la capital en calidad de diputado. En cuanto a Einhorn, como no sacase a Arthur de la universidad y le mandase a trabajar —siempre que Arthur estuviese de acuerdo—, tendría que hacer algo, porque carecía de respaldo económico; ya había devuelto sus pólizas de seguro para hacerse de dinero con el edificio en vista.

Y Arthur no tenía profesión; había recibido instrucción en literatura, idiomas y filosofía: una cultura liberal, en suma, a diferencia de Kotzie, hijo de Kreindl y odontólogo que en el presente mantenía a su familia. De pronto, lo que había ocupado a los hijos durante sus años de formación se volvía importante. Howard Coblin ganaba dinero con su saxófono.

Kreindl ya no se burlaba, ante mí, de la extraña frialdad de su hijo para con las mujeres. En lugar de ello, me aconsejó que le pidiese un empleo en la farmacia que estaba debajo de su consultorio. Para que me consolara Kotzie me consiguió un puesto como aprendiz de barman en el mostrador de bebidas gaseosas y afines. Quedé reconocido porque Simón, acabado el bachillerato, ya no cobraba beneficencia. Además, acababa de quedarse sin algunos de sus días de trabajo en la estación La Salle. Borg estaba haciendo ingresar a cuñados sin empleo y eliminando a otros en este proceso.

En cuanto a las economías, el dinero familiar que había administrado Simón como sucesor de la Abuela Lausch se había esfumado. El banco había cerrado sus puertas; el majestuoso edificio se convirtió en una pescadería que Einhorn veía desde el salón de billares. Pese a todo, Simón concluyó muy bien sus estudios —no entiendo cómo se las arregló— y fue elegido tesorero de su clase, el encargado de comprar los anillos y distintivos requeridos. Pienso que fue su rigurosa apariencia de honestidad. Él tuvo que dar cuenta del dinero utilizado al rector mismo, pero esto no le impidió apañar cincuenta dólares tras un arreglo con el joyero.

Simón andaba en muchas cosas; también yo. No nos contábamos qué eran. Pero él me resultaba casi transparente a fuerza de observarle y, en cambio, no me miraba. Se inscribió en un colegio municipal, con la idea —muy compartida en aquel entonces— de prepararse para uno de los exámenes del ramo civil de la administración pública. La gente se agolpaba para rendir examen en la Oficina

Meteorológica, la de Relevamiento Geográfico y el servicio de correos, debido a los muchos avisos que aparecían en los tablones de anuncios.

Simón tenía la destreza de captarse el primer plano. Acaso por lecturas relativas al tema y por la mirada clara y penetrante de gobernador que en él se había desarrollado. La de John Seviers. O la de Jackson en el instante en que la bala del duelista se desvió al chocar contra un botón de su capa y él se dispuso a tirar; esto, con un semblante de inexorable y cosmológica capitanía; el semblante en que la honestidad lleva la energía de un prejuicio y la intuición pronostica aparece como el noble rictus de preocupación impersonal en la frente. Opino que en cierto tiempo esto fue genuino en Simón. Y si así fue, ¿cómo afirmar sin ambages que eso desapareció un día? Es que él utilizaba estas cosas a modo de recurso, lo sé a ciencia cierta. Cuando esto ocurre, conscientemente, ¿se tornan espurias estas cosas? ¿Quién es capaz, en la lucha, de prescindir de las propias ventajas?

Puede que la Abuela Lausch haya extraído su ensueño originario de obtener el auspicio de Rosenwald o de Carnegie, de la percepción del don de Simón. Si él presenciaba una riña callejera, el policía de facción dirigía sus preguntas a Simón antes que a una docena de voluntarios testigos. O cuando un entrenador aparecía con una nueva pelota para el partido de baloncesto, frente a decenas de brazos suplicantes, escogía a Simón, que aguardaba pasivamente, para recibirla y nunca lo cogía desprevenido, pues mi hermano esperaba esto.

Simón pisaba ahora terreno cenagoso y ya no podía dirigirse a su secreto destino a la velocidad que había llevado. No se me alcanzaba la necesidad de una meta oculta, ni sabía yo cuál era. Lo cierto es que Simón se abarrotaba de informaciones y métodos: el baile, la conversación con mujeres y cómo cortejarlas, el arte de agasajar, los pormenores respecto a restaurantes y salas de baile, la técnica correcta de anudar las corbatas de lazo, lo oportuno de colocar un pañuelo a la vista en la chaqueta, la elección de un vestuario y cómo cuidarse en medio de una turba o en un hogar respetable. Esto último era un enigma para mí, que no había aprendido las lecciones de protocolo que nos daba la Abuela, en tanto Simón, sin prestar mucha atención, sí. Enumero estas cosas, deleznables para tanta gente, porque nosotros vivíamos ajenos a ellas. Observaba yo a Simón estudiando el cómo de ponerse un sombrero, fumar un cigarrillo, plegar un par de guantes y meterlo en un bolsillo interior y sentía admiración, me preguntaba de dónde salía esto y me instruía un poco. Pero nunca gocé, como Simón, lujuriosamente al hacerlo.

Al pasar por el vestíbulo de hoteles elegantes y restaurantes con cortinados, borlas, candelas, orquestas de cuerdas que ejecutan los ritmos cadenciosos de un vals vienés, Simón había absorbido todo eso con un ensancharse de las alas de su nariz. Él se ponía cínico si yo se lo mencionaba, pero estaba fascinado en realidad. Yo debería haber sabido, en consecuencia, qué horrenda era para él la chatura del barrio, las desmayadas tardes invernales y el empleo que tenía en una botica donde pasaba dos días seguidos sin afeitarse y vistiendo un largo guardapolvo, o bien la compañía de

Sylvester el comunista en la imprenta de Zechman —de donde sacaban los panfletos — o bien el salón de billares. Trabajaba solamente los sábados en la estación La Salle y esto —señalaba— solo porque él le caía bien a Borg.

Alguna ocasión para pláticas teníamos en la morosidad del invierno, sentados en el mostrador del salón de billares junto a la ventana que permitía ver la nieve manchada por excrementos equinos y trozos de carbón, así como la circulación de la neblina pardusca a la luz de los faroles encendidos a las cuatro de la tarde. Habiendo despejado la situación en casa y cumplido con Mamá —estufa, provisiones, basura y cenizas—, no solíamos permanecer ahí, a no ser Simón, quien a veces hacía sus tareas apoyado en la mesa de la cocina mientras ella le ponía a fuego lento la cafetera filtradora. Yo no formulaba a Simón la pregunta que a propósito de él me hacían Jimmy Klein y Clem Tambow; a saber: ¿estaba convirtiéndole Sylvester a su ideario político? Yo confiaba en que resultase verídica la respuesta que les daba: Simón, decía yo, necesitaba matar el tiempo de cualquier manera y solo por hastío concurría a las reuniones, debates y otras peroratas que le proponían, donde además conocía a muchachas; no iba allí porque hubiese endiosado a Sylvester. Según mi versión, a Simón le placían las niñas fornidas que usaban chupa de cuero, tacones bajos, boina y camisa de trabajo. La bibliografía que Simón traía a casa terminaba cubierta de círculos de café con leche y Simón arrancaba las hojas para encender la estufa con sus blondas manazas. Del material disponible, yo leía más que él, con curiosidad pero perplejo. Yo conocía bien a Simón y sus ideas del derecho. Mamá y yo éramos, a su criterio, una carga adicional para él, quien ni por pienso cargaría con toda una clase social por añadidura. Tampoco aceptaba mi hermano los sentimientos éticos de Sylvester, así como nunca se le habría ocurrido adquirir ropa ajustada. No obstante, él iba a sentarse en la tienda de Zechman, fumando calmosamente cigarrillos ajenos bajo los provocativos carteles en pro del proletariado y oyendo diálogos exóticos de tono germánico y latino, mas reprobando en silencio un argumento tras otro.

Me sorprendió que Simón apareciese en el salón de billares, teniendo en cuenta su opinión acerca de mi vinculación con los Einhorn. Pero mi explicación fue idéntica; el tedio y la falta de dinero; al poco, Simón anduvo en compañía de Sylvester, el de los ojos osunos, en su cruzada panfletaria contra la burguesía, a la par que tomaba lecciones de billar dadas por el hermanastro de Einhorn. Se volvió hábil en el juego, lo bastante para ganar a veces, pero manteniéndose a distancia de los carambolistas que hacían carrera en el salón. En ciertas ocasiones, jugaba a los dados en la trastienda, con buena suerte en general, pero sin mezclarse con los matones, asesinos a sueldo y ladrones en ningún sentido profesional. En eso se mostró más listo que yo, que de un modo u otro me hallé envuelto en un robo.

Mis compañeros habituales eran Jimmy Klein y Clem Tambow, pero hacia fines de la enseñanza secundaria ya no los veía con la misma asiduidad. La familia de Jimmy había sido sacudida por la crisis —Tommy perdió su empleo en el ayuntamiento al desplazar Cermak a los republicanos— y Jimmy trabajaba mucho

para compensar esto, además de estudiar teneduría de libros por las noches, con tropiezos, porque no tenía mente matemática… ni de ninguna otra clase en cuanto a pensar se refiere. Tenía, esto sí, la resolución necesaria para intentarlo en bien de su familia. Su hermana Eleanor había viajado a México en autobús, a ver si lograba progresar con el primo que vivía allí y había despertado el interés de Jimmy en la genealogía.

Por lo que concernía a Clem Tambow, su desprecio por la escuela era extremo y él pasaba horizontal el mayor tiempo que le permitían en casa, ganduleando. Estaba convirtiéndose en un holgazán de marca mayor. A través de su madre, mantenía una controversia con el segundo marido de ella —sin empleo tampoco— respecto a sus hábitos. El hijo de un vecino estaba colocado en el centro por treinta céntimos la hora: ¿por qué rehusaba Clem buscar trabajo, pues? Los cuatro habitaban la rebotica de una tienda de ropa para niños atendida por la exseñora Tambow. Calvo y con restos de pelo negro y duro, el padrastro de Clem leía en camiseta su periódico judío junto a la estufa y preparaba de comer: sardinas, bizcochos y té para todos. No era una lumbrera y cultivaba pocos temas de conversación. Cuando yo iba de visita, hablábamos de mi salario.

Clem aseguraba a su madre que antes de hacer el trabajo pesado del hijo del vecino por treinta céntimos la hora, él preferiría tomar cianuro.

La idea misma de hacerlo le llevaba a reír a carcajadas. Al fin decía:

—De cualquier modo, opto por la cama. Mamá (ella con sus pies de bailaora española), tú no estás tan pasada para no entender lo que quiero decir. Duermes en el cuarto de al lado, recuerda, tú con tu marido…

Con estas palabras, él la dejaba boquiabierta, incapaz de respuesta por mi presencia, pero lanzándole furiosas miradas de repudio.

—Si quieres darte aires conmigo, allá tú, pero ¿qué pretendes que piense yo de tus motivos de casarte dos veces?

—No deberías decir esas cosas a tu bata —le amonesté en privado.

Se rio de mí:

—Tendrías que pasar un par de días y noches aquí; entonces verías que estoy siendo suave con ella. Te engañan sus quevedos, hijo. No te imaginas qué calentorra es. Miremos las realidades de frente.

Y así lo hice. Parece que aun yo figuraba en las fantasías sexuales de la exseñora Tambow, quien había estado averiguando acerca de mí y apuntando lo fuerte que estaba yo.

Clem daba un paseo por las tardes, llevando un bastón y con andares británicos. Él leía las autobiografías de los lores en la biblioteca, que le hacían mucha gracia, y fingía ser un *gentleman* de Piccadilly ante los tenderos polacos de la vecindad. Estaba dispuesto a la risotada violenta y descompuesta, que confería a su rostro rubicundo una fea expresión de felicidad. Cuando daba el sablazo a su padre, apostaba a las carreras de caballos y, si ganaba, me convidaba a una cena con bisté y cigarros.

Yo andaba en compañías diversas. Por una parte, algunos descomunales lectores de obras en alemán y en francés que sabían toda la física y la botánica del mundo y se enfrascaban en el estudio de Nietzsche y Spengler. Por otra, los delincuentes. Aclaro que yo no pensaba en estos como tales, sino como en mis excondiscípulos o como en concurrentes al salón de billares, nada más. Nadie podía afirmar a qué bando pertenecía yo; ni yo mismo. Si no hubiese conocido a Einhorn y trabajado para él, acaso no habría rondado yo el salón de billares. Yo no era precisamente un estudiante aplicado ni un excéntrico memorizador. Pero lo fácil para los pistoleros era creerme uno de su clase. Y un asaltante llamado Joe Gorman comenzó a hablarme de un robo.

Yo no le dije que no.

Gorman era listo, apuesto y esbelto, dotado para el baloncesto. Su padre, dueño de un taller mecánico, tenía dinero: no había razón para que su hijo se dedicase a robar. Pero el muchacho era bien conocido como ladrón de automóviles y ya había pasado dos temporadas en la cárcel de St. Charles. Ahora estaba proyectando asaltar una tienda de artículos de cuero en la avenida Lincoln, no lejos de donde vivían los Coblin, y había tres personas (entre ellas yo) que lo llevarían a cabo. La tercera fue Bulba el Marino, el que había sustraído mi cuaderno de Ciencias. Él sabía a ciencia cierta que yo no era un delator. Gorman conseguiría el coche de su padre para la huida. Planeábamos penetrar en la tienda por la ventana que daba al sótano por detrás y llevarnos todas las carteras. Las escondería Bulba. En el salón de billares había un perista, de nombre Jonas, quien las vendería por nosotros.

La cosa ocurrió cierta noche en abril, a la una de la madrugada. Fuimos en coche hasta la zona norte, estacionamos el coche junto a un callejón y nos metimos, uno por uno, en el traspatio correspondiente. Bulba tenía estudiado el lugar. La ventana carecía de reja, pero era pequeña. Gorman intentó violarla con una pata de cabra y luego con cinta adhesiva para bicicleta, técnica de la que había oído hablar sin haberla practicado. No sirvió. Bulba rompió el vidrio con un ladrillo envuelto en su gorra. El ruido nos hizo dispersarnos por el callejón. Regresamos cuando hubimos comprobado que nadie se daba por aludido. Yo estaba harto ya de todo esto, pero no podía abrirme ahora. El Marino y Gorman se metieron dentro, dejándome como vigía, lo cual no tenía sentido, puesto que su única vía de escape era la ventana; con un automóvil de la policía en el callejón, no habrían huido jamás. No obstante, siendo Gorman el experto, obedecimos. Solo percibí desde mi puesto el rumor de las ratas en el sótano. Por último apareció el pálido rostro de Gorman en la ventana. Gorman empezó a entregarme las carteras, objetos suaves envueltos en papel de seda. Fui guardándolas en un talego para efectos personales que había traído bajo el impermeable. Bulba y yo transportamos esto a la calle siguiente y Gorman pasó a buscarnos con el coche. A Bulba le dejamos frente a su casa; entró por detrás, arrojando el talego sobre el vallado y saltando tras él con sus ondulantes pantalones de marinero: aterrizó sobre grava y envases de hojalata. Por mi parte, caminé hasta casa por un atajo, pasando por terrenos baldíos, y saqué la llave del buzón de estaño.

Todos estaban durmiendo.

Simón se percató de que yo había vuelto muy tarde y me dijo que, a medianoche, Mamá había ido a preguntarle mi paradero. Al parecer, poco importaba a mi hermano nada mío; ni se dio por enterado de mi sufrimiento debajo de mi aparente despreocupación. Pasé horas tratando de idear explicaciones respecto a los veinte dólares, o quizá treinta, a que ascendería hipotéticamente mi tajada. Pensé en pedir a Clem que dijese que habíamos ganado eso apostando a un caballo, pero no me pareció factible. Y en verdad no constituía dificultad el asunto, ya que yo podría habérselos dado a Mamá poco a poco, a razón de algunos dólares a la semana durante varios meses, sin arriesgar nada; ya nadie me vigilaba como en los tiempos de la Abuela Lausch. Pasó un buen rato hasta que volví a juzgar imparcialmente las cosas, porque temblaba de miedo todo el tiempo.

Pero pronto me recobré. Por temperamento seguí yendo a la escuela, concurrí a los ensayos del grupo coral y luego, desde las cuatro de la tarde, al salón de billares. Allí comprobé que había pasado el peligro y todo estaba arreglado con el perista, quien se llevaría el botín aquella misma noche, para venderlo. Alejé el robo de mis pensamientos, con ayuda de una perfecta primavera. Los árboles estaban retoñando. Einhorn me dijo:

—Hay carrera de bicicletas en el parque. Vayamos a verla.

Con gusto lo cargué en el coche y allá fuimos. Yo había resuelto no mezclarme en otros robos, ahora que les había tomado el sabor, y se lo comuniqué a Joe Gorman, esperando ser menospreciado por ello, pero en lugar de eso me contestó quedamente:

—Pues, si no te gusta…

—En efecto, no me gusta nada.

Añadió, pensativo:

—Bulba es un berzas, pero contigo me llevo bien.

—Claro que sí, pero no tengo ganas.

—¿A qué santo, entonces? Tienes razón.

Tranquilo y autónomo, tal era Gorman. Se peinó frente al espejo de la máquina expendedora de goma de mascar, retocó el nudo de su corbata y se fue. De ahí en adelante conversó poco conmigo.

Invité a salir a Clem para deshacerme del dinero mal habido, pero no terminó todo en eso ni por asomo. Einhorn se enteró a través de Kreindl, a quien había recurrido el perista para venderle carteras robadas, una parte de ellas en realidad. Es probable que Einhorn y Kreindl hayan concluido que yo necesitaba un castigo, así que Einhorn me llamó una tarde y me hizo sentarme a su lado en el salón de billares. Vi su rigidez y supe que estaba preparando un airado golpe contra mí y por qué.

—No me resigno a que te conviertas en carne de prisión —me dijo—. Me siento responsable, en parte, de que te hayas encontrado en este ambiente. Ni siquiera tienes edad legal de estar aquí (a propósito, ni Bulba ni Gorman ni muchos más la tenían, pero nunca tuvo esto consecuencias graves). Tú estás muy crecido, sin embargo —

prosiguió Einhorn—, mas no voy a permitir que sigas así, Augie. Hasta Dingbat, que no es ningún genio, sabe qué peligroso es andar robando. Por desgracia, debo soportar al mal elemento en este salón. Sé quién es ladrón, quién pistolero y quién rufián. No puedo remediarlo. Es un salón de billares. Pero tú, Augie, sabes qué es bueno y qué es malo. Te voy a hacer echar de aquí si llega a mis oídos otra de las tuyas. No podrás entrar más aquí, ni verás a Tillie ni a mí. Si tu hermano estuviese al tanto de esto, te rompería los huesos: estoy seguro.

Admití todo esto. Einhorn debe de haber visto el sobrecogimiento en mi semblante. Rozó el dorso de mi mano con sus dedos y agregó:

—Este es el comienzo del deterioro, Augie, que se llevará tu juventud y tu salud consigo. Lo primero que haces al haber dejado atrás la infancia. Un muchacho podrá hurtar manzanas o melones. Si es un atolondrado en el colegio, dará algún cheque sin fondos. Pero el robo a mano armada es otra cosa…

—No fuimos armados.

—Te doy cincuenta dólares de este cajón si me lo juras de Gorman. Te digo que él sí estuvo armado.

Yo me sentía irritado, pero sin convicción. Era admisible su aserto.

—Y si hubiera llegado la policía, Gorman habría usado el arma. En ese follón estarías metido hoy: un policía muerto o dos. Ya sabes la suerte que corre el matador de un policía, desde la prevención en adelante: le dejan destrozada la cara, le hacen polvo las manos y cosas peores. Así arrancaría tu vida: ¡buen principio! Me dirás que son picardías de chaval, pero ¿por qué hiciste eso realmente?

No supe contestarle.

—¿Acaso eres un maleante de alma? Nunca he visto un caso como este de apariencias engañosas tan flagrantes. Yo te tuve en mi casa y dejé mucho sin vigilar. ¿Te sentiste tentado a robar alguna vez?

—¡Un momento, señor Einhorn! —exclamé, excitado y con violencia.

—No me digas nada. Ya sé que no. Te he preguntado solamente si te brota el impulso desde el fondo del alma. Pienso que no. ¡Apártate de esos tíos, Augie, por Dios! Te daría de mi bolsillo veinte dólares para auxiliar a tu madre viuda, si me lo pidieras. ¿Tanto los necesitabas?

—No.

Fue amabilísimo de su parte el llamar viuda a mi madre cuando él sabía que no lo era.

—¿Fuiste en pos de emociones violentas? ¿Es este acaso el momento, si todos los demás prefieren disimular? ¡Vete al Riverside Park, hombre! Súbete a la montaña rusa, pues. Espera, espera, sin embargo. Lo que hay en ti es oposición, eso es. ¡Tú no te deslizas sobre las cosas; aparentas hacerlo, nada más!

Primera vez que alguien me dijo algo parecido a la verdad acerca de mí mismo. Fue un impacto. Mi deseo de ofrecer resistencia, de rehusarme, era algo definido, como el retortijón de tripas que produce el hambre.

El descubridor de esto, que se había dado el trabajo de pensar en mí —de pensar en mí— me suscitó amor en ese instante, un copioso amor. Pero mi actitud de oposición seguía conmigo, recién descubierta pero aún activa. Sus pliegues me envolvían, de modo tal que no podía traicionar yo ninguna señal de agresión o indicar cómo me sentía.

—No seas tan imbécil, Augie, de caer en la primera trampa que te tiende la vida. Los jovenzuelos criados en la mala suerte, como tú, llenan las cárceles, delincuentes natos: reformatorios, penitenciarías, cuanta institución se te ocurra. El Estado ya tiene prontos el pan y habas que prevé para ellos. Sabe de sobra que hay un elemento que con absoluta seguridad irá a comerlos entre rejas. Sabe cuántos presos necesita para picar la piedra que formará el macadam, así como sabe cuántos casos de sífilis habrá en el Instituto de Salubridad Pública y cuántos tratamientos deberá estimar por año. Todo está determinado, aquí y en el resto de la nación. Si quieres ser un espécimen determinable, eres un primo, un pobre diablo que se amolda a la predicción. Son esas las cosas trágicas que están aguardándote: presidios, clínicas, ollas populares… Ahí se conoce a quien ha nacido para ser golpeado, pisoteado, avejentado, agotado y finalmente descartado. Si a ti te sucediese esto, ¿quién se asombraría de ello? ¡Les estás invitando a hacértelo!

Luego añadió:

—Tal vez me asombraría yo…

Y luego:

—No te pido que me adoptes como ejemplo, tampoco —dijo, advirtiendo con lucidez la contradicción, ya que yo estaba al tanto de sus muchas estafas.

Einhorn tenía expertos que hurgaban en los medidores de gas o que hacían conexiones especiales, a fin de que aquel pagase menores cuotas mensuales; él arreglaba multas y contribuciones con idéntico propósito; su astucia era ilimitada en este sentido. Su mente bullía en todo tiempo y sazón, llena de planes aviesos.

—Pero no soy una basura cuando pienso y repienso —decía Einhorn—. Porque realmente pienso. No podrás salvar tu alma ni tu vida con eso únicamente. Pero si te dedicas a pensar, el menor entre los premios consuelo será el mundo para ti.

Continuó hablando, pero mis pensamientos tomaron otro rumbo. Cierto, yo no quería ser un individuo predeterminado. Nunca había admitido la predeterminación en modo alguno, ni deseaba convertirme en lo que pretendían otras personas. Ya me había rehusado a obedecer a Joe Gorman también. A la Abuela, a Jimmy. A mucha gente. Einhorn había discernido esto en mí pues él mismo aspiraba a ejercer su influencia.

Para mantenerme a salvo, pero además por estar habituado a tener un emisario, delegado u hombre de confianza, Einhorn me tomó a su servicio por un salario menor que el de antes.

—No lo olvides, muchacho —me dijo—: tengo la mirada puesta en ti.

¿No era esto lo que hacía con todo y con todos? A la inversa, no obstante, la mía estaba puesta en él. Me interesé más aún en sus timos que cuando no había sido más que un sirviente y los negocios de Einhorn me resultaban vastos y casi incomprensibles en consecuencia.

Una tarea peligrosa estuvo entre las primeras en que colaboré: embaucar a un pandillero, Nosey Mutchnik. Unos años antes, este mismo —nada más que un imberbe todavía, pero dañino— había formado parte de la banda de la zona norte de Chicago, en cuyas tintorerías, las que no aceptaban pagar por su «protección», arrojaba ácido sobre las ropas de los clientes y cometía otros atropellos. Mutchnik estaba ahora en esferas superiores y buscaba dónde invertir su capital en bienes raíces. Y esto porque, según comentó seriamente, hablando con Einhorn, él no ignoraba qué sucede a quienes siguen por la vía del delito: al fin les revientan; cosa que él, Mutchnik, había presenciado en más de una ocasión.

Einhorn le comunicó que había un hermoso terreno desocupado, apto para que ambos lo adquiriesen en sociedad.

—Si entro en este negocio, usted no debe preocuparse por su legitimidad, ya que si usted se perjudica yo pierdo también —dijo Einhorn con encantadora buena fe a Mutchnik. Por dicha propiedad se pedía seiscientos dólares; Einhorn podía obtenerla por quinientos, lo cual era absolutamente cierto, pues Einhorn era su dueño. La había comprado a un amigo de su padre por setenta y cinco dólares: ahora se convertía en su semidueño con una ganancia adicional. Todo esto fue logrado mediante diversos ardides y muy fríamente. Terminó bien: Mutchnik halló a su vez un comprador, deleitándose en hacer un negocio honrado con un rédito de un centenar de dólares. Si se hubiese dado cuenta de la verdad de los hechos, habría pegado un tiro a Einhorn o le habría mandado matar. Nada más fácil o natural a su parecer, en defensa de su buen nombre. Viví aterrado de que Mutchnik hiciese averiguar en el Registro de la Propiedad que la adquirida por él pertenecía a un pariente de la señora Einhorn, pero solo en forma nominal. Einhorn arguyó que Mutchnik era un tonto de capirote:

—Me lo sé al dedillo; es estúpido de marca mayor; no hago más que sugerirle modos de obrar por su bien.

Así, sin arriesgar un céntimo, Einhorn sacó cuatrocientos dólares de ganancia solo en este negocio. Se mostró orgulloso, regocijado conmigo; realmente le extasiaba algo como esto. Aspiraba a que su vida fuese una sucesión de triunfos tales, pero cada vez mayores. Lo maquinaba mientras la mesa de dados echaba el reflejo verde de la bayeta sobre su rostro pálido y ojeroso. Einhorn guardaba las bolas de marfil junto a sí, dentro de una caja que iba metida en otra, la de caramelos, hecha de metal y vidrio grueso. Con mirada de águila vigilaba su establecimiento como solo él sabía hacerlo.

Nunca he conocido un salón de billares que contase con la permanente presencia de una mujer. Tillie Einhorn vivía detrás del mostrador, sirviendo buen guisado picante, tortillas, sopa de judías al estilo marinero. Aprendió a manejar la máquina de

hacer café hasta el último detalle; por ejemplo, cuándo usar exactamente la sal y el huevo crudo para aclarar el café. Tillie se amoldó al cambio con bríos y se volvió ancha y fuerte. Floreció, pues, y la clientela masculina prestaba tranquilidad a su conducta. Allí se decía a voz en cuello lo que ella no podía comprender, lo cual era conveniente así. Ella no suavizó el ambiente, ni puso límites como lo habría hecho una cantinera inglesa o la propietaria de un *bistrot*. Allí sucedían hechos excesivamente soeces, brutales sin remedio; el fragor, las disputas y las imprecaciones no iban a cesar por ella y no cesaron. Tillie pasó a formar parte del salón, nada más que limitándose a servir.

La Depresión del treinta alteró incluso a Einhorn. Una mirada retrospectiva indica que se condujo como bisoño durante la vida del comisionado, en cierto sentido como falto de formación. Se convirtió, tras la muerte de su padre, en el último miembro importante de la familia; nadie esperaba morir antes que él. Las preocupaciones chocaban directamente contra Einhorn, ahora, y esto se veía reflejado en su semblante. No más gracilidad; él tenía que volverse duro, resistente, y así ocurrió. Respecto a las mujeres, sin embargo, no varió en un ápice. Veía a menos de ellas, por supuesto, que en tiempos pasados. ¿Qué mujer entraría en un salón de billares? Lollie Fewter no regresó a él. Supongo que las almas perdidas necesitan organizarse, hacer algo que las vigorice, como vestir bien y afeitarse. Para Einhorn, el disfrute de una mujer que no fuese su consorte, constituía parejo acto de organización. Lollie ha de haber sido importante para él, pues Einhorn se mantuvo al tanto de las andanzas de ella hasta el final, esto es: unos diez años, al cabo de los cuales la mató un amante camionero, padre de varios hijos, a quien Lollie había introducido en el mercado negro. Lo pescaron, pero a ella no, ella eludió la cárcel de un modo u otro. Por lo tanto, su amante la mató:

—Para que nadie se dé con esa la buena vida a costa mía.

Einhorn conservó los recortes periodísticos del caso.

—¿Ves lo que dice este hombre? —comentó—. Para que nadie se dé con ella la buena vida. Verdad: con Lollie uno se daba la buena vida. Te lo digo yo.

Einhorn quería que yo supiese que él podía. Poca gente había mejor situada que yo para recibir sus confesiones.

—¡Pobre Lollie! —dije.

—Sí, pobrecilla —añadió—. Pero ella tenía que acabar así, Augie. Lollie era de mentalidad promiscua. Hermosa mujer, cuando yo la conocí. Sí, algo especial…

Blanca la cabeza y un tanto disminuido en tamaño. Einhorn me habló de ella con fervor:

—Dicen que estaba descuidándose en demasía durante los últimos tiempos y que se había puesto codiciosa: ¡malo, malo! Ya hay bastante engorro con solo follar. Era la perfecta víctima de un crimen pasional. El mundo no deja pasar a alguien así fácilmente.

Envuelto en estas palabras y disimulado entre ellas estaba el pedido de Einhorn,

casi una súplica, de que yo creyese en su sangre caliente al recordarla. Los servicios que yo le había prestado me ponían en situación de juez respecto a Einhorn: él deseaba saber qué pensaba yo de todo ello, quizá, o bien y demasiado humanamente si yo las celebraría en compañía suya. ¡Ah, los puntos en que el amor propio no se resuelve a dar la cara!

Lo que Einhorn estaba pidiéndome en particular que yo recordase en aquella plática es el día que terminé la enseñanza secundaria. Los Einhorn se habían portado entonces con mucha bondad hacia mí. Una billetera que contenía diez dólares es el obsequio que me hicieron los tres. La señora Einhorn vino a verme acompañando a Mamá, los Klein y los Tambow, aquella noche de febrero. Luego, hubo una reunión en casa de los Klein, donde se me esperaba. Llevé de regreso a Mamá directamente desde la asamblea. Mi nombre no había figurado en el programa de festejos, como en el caso de Simón, pero ella se sintió complacida y acarició el dorso de mi mano mientras íbamos subiendo las escaleras.

Tillie Einhorn se quedó aguardando en el coche.

—Ve a tu fiesta —me dijo al llevarla yo al salón de billares.

El que yo hubiera terminado la enseñanza secundaria era de suma importancia para esta mujer y con el tono de su voz me honró extraordinariamente. Era cálida y sencilla en general; quería impartirme una bendición en alguna forma y mi «cultura» la intimidaba. Así que anduvimos por la húmeda y fría negrura hasta el salón, diciendo ella una vez y otra:

—Willie dice que tienes una buena cabeza. Tú mismo serás un maestro.

Y se apretujó contra mí con todo su peso, metida en un abrigo de piel de foca —reliquia de los buenos tiempos—, para darme un beso en la mejilla y tuvo que enjugar las felices lágrimas de un sentimiento muy hondo antes de entrar en el salón de billares. Detrás de esto se hallaba mi «orfandad», despertada por la ocasión misma.

Ambos estábamos ataviados con nuestra ropa fina; incluso la señora Einhorn despedía efluvios perfumados en el coche, provenientes de su pañuelo y vestido de seda con botones de plata al pecho. Cruzamos la amplia acera hasta el salón de billares. Las ventanas bajo el nivel de la calle tenían cortinas, según lo marcaba la ley; por encima, los letreros de neón reverberaban en lo mojado como si hubiesen estado moviéndose. El público del salón era exiguo aquella noche debido a la fiesta de egresados; por eso se oía nítidamente el besarse de las bolas de billar y la crepitación de las salchichas en la parrilla, aun desde lejos. Dingbat surgió de las profundidades del salón, con el triángulo de madera en la mano, para estrechar la mía.

—Augie se va a una reunión en casa de los Klein —apuntó la señora Einhorn.

—Enhorabuena, hijo —dijo Einhorn con sus modales de estadista—. Pero no ha de irse enseguida, Tillie. Tengo un convite para él, antes de eso. Voy a llevarle a ver un espectáculo.

—Willie —dijo ella, perturbada—, deja que se vaya. Esta noche es de él.

—No lo invito a un cine de barrio, sino al de McVickers. Hay un espectáculo en

escena con niñitas, animales amaestrados y un francés del Bal Tabarin que se yergue cabeza abajo sobre una botella de gaseosa. ¿Qué tal, Augie? ¿Bueno, no? Lo planeé hace una semana.

—Sí, está bien. Jimmy dice que van a estar hasta muy tarde, así que puedo llegar después de medianoche.

—Pero Dingbat puede llevarte, Willie. ¡Augie prefiere estar con gente joven esta noche, no contigo!

—Si salgo, necesitaremos a Dingbat aquí y aquí se quedará —dijo Einhorn, anulando los argumentos de su mujer.

Yo no me sentía tan embriagado por el hecho de que aquella fuese mi noche, para no vislumbrar un motivo en la insistencia de Einhorn, una mínima oscuridad, no mayor que un ratón campestre todavía, pero muy rápido.

Tillie dejó caer sus brazos y disculpó a Willie ante mí. Yo era casi miembro de la familia, ahora que no había herencia de por medio. Puse la capa sobre los hombros de mi patrón y lo cargué hasta el coche. Tenía yo encarnado el rostro y estaba molesto. Pues era pesado llevar a Einhorn al teatro y explicar allí que se necesitaban dos asientos cercanos a la salida, hacer abrir luego las puertas de incendio hechas de acero, dejar el coche en el callejón contiguo, empujar la silla de ruedas hasta el interior del teatro, instalar a Einhorn y por último sacar el coche del callejón y estacionarlo en otra parte. Para colmo, siempre obteníamos así localidades mal situadas, pues debían encontrarse próximas a una salida de incendio.

—Imagíname en medio de una turbamulta que sale de estampía —solía decirme — porque arde el teatro.

Por consiguiente veíamos principalmente los aspectos laterales de la acción —del enfrentamiento dramático— y con frecuencia dejábamos de entender qué cosa hacía reír al resto del público.

—Despacio —me dijo Einhorn al pasar por el bulevar Washington—; ve despacio por aquí.

Observé de repente que sostenía un trozo de papel con unas señas en su mano.

—Está cerca de Sacramento —prosiguió—. No creerás que voy a arrastrarte hasta el teatro en un día como hoy, ¿verdad, Augie? No, no vamos al centro. Yo nunca he estado en el lugar al que te llevo. Entiendo que es una entrada trasera y en un tercer piso.

Detuve el coche y salí a explorar las inmediaciones; hallé el sitio indicado, regresé y cargué a Einhorn en mis espaldas. Él daba en referirse a nosotros dos como el Viejo del Mar montado en Simbad. Pero también está Eneas, quien carga con su padre Anquises en el incendio de Troya; ahora bien: este viejo ha sido escogido por Venus como amante, lo cual me parece una mejor analogía, con la salvedad de que no había llamaradas ni gritos de guerra en torno, sino silencio y hielo en el bulevar. Caminé por un sendero de cemento con Einhorn a cuestas y diciéndome en voz alta que anduviese con tiento. Por fortuna, yo había limpiado mi armario aquel día y

cogido un par de galochas olvidado en el fondo durante un año entero; calzado con ellas, no podía yo resbalar. Fue una brega, empero, ascender las escaleras de madera y deslizarse por debajo de las breves cuerdas de tender la ropa en cada portal.

—Mejor que sea aquí —observó irónicamente cuando hube llamado a la puerta en el sitio señalado—, o me preguntarán qué putas estoy haciendo aquí (era él y solo él el protagonista de los hechos, siempre).

Pero no hubo error alguno. Abrió una mujer y, sin aliento ya, le pregunté «¿Dónde?».

—Pasa, pasa —dijo Einhorn—, que esto es la cocina.

En efecto; y llena de vahos de cerveza. Caminé cuidadosamente con él a hombros y le deposité en el recibidor ante personas atónitas, sobre el diván. Ya sentado, Einhorn se sintió igual a los demás y echó una ojeada a las mujeres. De pie a su lado, hice lo propio, con entusiasmo. Al llevar a Einhorn a cualquier parte experimentaba yo un fuerte sentido de responsabilidad; en este lugar más que nunca percibí cuán grande era su dependencia de mí. Y no quería inquietarme más por eso, ahora. Aunque mi patrón no parecía en desventaja, sino solo imperioso e imperturbable, sin escrúpulos innecesarios por ser un hombre de respeto sometido por la fatalidad.

—Me han dicho que aquí las chicas son agradables y lo son —me dijo—. Ahora escoge una.

—¿Quién? ¿Yo?

—Desde luego que sí. ¿Cuál de ustedes, simpáticas niñas, entretendrá a este apuesto joven recién regresado de la enseñanza secundaria?

Y a mí:

—Echa una mirada, chaval, sin perder la cabeza.

En eso entró el ama del burdel. Lo peculiar en ella radicaba en sus afeites, el uso que daba al color negro y el rojo en la composición de su aspecto. Y ya empezaba a protestar de nuestra presencia cuando Einhorn le enseñó una tarjeta de recomendación y ella recordó que todo había sido previsto. Nadie la había prevenido, empero, que Einhorn entraría a cuestas de alguien; él tampoco se hubiese sentido seguro allí sin un enchufe.

Había algún malestar, no obstante. Einhorn, sentado con su ropa de banquero y las piernas juntas e inmóviles, había preguntado quién entre las chicas se ocuparía de mí como anticipándose a la aversión que sentiría hacia él su elegida, aun recibiendo una paga. Tal vez no haya sido así. Mi mente estaba aturdida en aquella leonera y él no era tan audaz ni estaba tan cómodo como lo aparentaba.

Por fin, Einhorn preguntó a la chica que había invitado a conversar:

—¿Cuál es tu habitación, chavala?

Y con perfecta calma se dejó transportar por mí hasta allá, haciendo caso omiso del efecto que esto produjera. Vi una colcha rosa (esta casa era superior a otras, según mi ulterior experiencia) y que la joven la apartó antes de depositarlo yo ahí mismo. Mientras ella se desvestía en un rincón del cuarto, Einhorn me hizo seña de

inclinarme y al oído me pidió que tomase su billetera y la pusiese a buen recaudo.

—Tenia tú —me dijo, con una mirada atrevida, frontal, aun rencorosa. Rencorosa por su invalidez, no de mí. Yo notaba una tirantez en su faz; su pelo se esparcía por la almohada. Einhorn empezó a dar instrucciones, acto seguido—. Quítame los zapatos —ordenó y la joven lo hizo tal cual se lo pedían.

En tanto, él la observaba a su manera, así como activamente. Su mirada recorrió la línea del cuerpo tendido y se detuvo en la mujer, cubierta con un peinador e inclinada sobre sus pies, esta mujer de robusto cuello y uñas esmaltadas de rojo, calzada con chinelas, de pie junto a la cama.

—Debo decir una cosa más —agregó, dirigiéndose a ella—. Mis espaldas. Tengo que andarme con tiento hasta que esté en la posición justa, señorita, e ir paso a paso, luego.

Y a mí, al verme cerca de la puerta:

—¿No has desaparecido todavía? ¡Ea, vete! ¿O hay que decirte lo que tienes que hacer? Después te mandaré llamar.

Yo no necesitaba normas; en tanto no me despachase de allí, yo iba a quedarme.

Volví al recibidor, donde alguien estaba aguardándome y las demás se habían marchado: de modo que la elección fue hecha por mí. Como de costumbre ante un extraño, me comporté tal cual si hubiese sabido qué estaba haciendo, por mi idea de que, en momentos críticos, lo mejor y a la vez lo amable es obrar por propia iniciativa. Ella no se opuso, ni me quitó este derecho. Ella, cuya tarea o carga es conservar la calma en la cosa primaria, donde no hay nadie más, y tener la ventaja de los fuertes. No era joven —las otras habían optado bien por mí— y tenía una cara tosca, pero me alentó a tratarla como amante. Mientras se desnudaba, vi juguetones arrequives en su ropa interior: los adornos cursis que van con el imponente hecho femenino, la cosa brillante y profunda. Yo ya estaba desnudo, aguardando. Ella se aproximó para tomarme por la cintura y aun me dispuso sobre la cama. Como enseñándome a usarla, puesto que era la suya. Y apretó sus pechos contra mí, curvó sus hombros hacia atrás, cerró los ojos y me sostuvo por los costados. De modo que aquella noche no carecí de bondad humana ni fui rechazado cuando hube terminado. Comprendí más tarde que había sido afortunado, que ella no trató de ser áspera ni sardónica conmigo y que todo lo hizo misericordiosamente.

Sin embargo, pasado que hubo el entusiasmo como un relámpago absorbido por la tierra, supe que no había habido sino una transacción. Pero eso no me importó tanto; ni la cama, ni la habitación importaron, y menos aún la idea de que la mujer pudo haberse divertido a costa mía —diversión esta que hay que equilibrar con otras consideraciones— y a costa de Einhorn, el sensacionalista capaz de entrar sobre mis hombros en el burdel, lleno de voracidad pero fingiendo calma y superioridad por otra parte. Lo de pagar tampoco importó, ni el usar lo que otros. La existencia urbana es así. De manera que lo sucedido fue falto de lustre, ni se pareció en nada al epitalamio de dos tiernos amantes…

Tuve que esperar a Einhorn en la cocina, pensando en él, allí cerca y en la violencia que se le estaba haciendo para su placer. El ama no parecía complacida. Iban entrando otros hombres en la casa, ella preparaba copas en la cocina y yo recibí las miradas aviesas, hasta que por último apareció la fulana de Einhorn, vestida ya, para avisarme que pasase a buscarle. El ama fue conmigo por el dinero, que él pagó con tino y dando propinas. Cuando atravesé la sala de recibo, vi a mi pareja conversando, con un cigarrillo entre los dedos. Einhorn me susurró:

—Ni se te ocurra mirar a nadie, ¿entendido?

¿Temía ser reconocido o bien estaba indicándome la mejor manera de cruzar la sala con él a cuestas y vestido de oscuro como un señor?

—Mucho cuidado con esas escaleras —me previno cuando hubimos arribado al portal—. Qué estupidez la de no haber traído una linterna. Lo que falta es que nos despatarremos ahora.

Rio con ironía, más rio. Por cortesía de la casa salió una puta, abrigada como una mujer común y corriente, a alumbrar nuestro camino hasta la calle; allí le agradecimos y nos dimos las buenas noches atentamente.

Dejé a Einhorn en su casa, pese a que el salón de billares estaba abierto todavía. Me dijo:

—No te preocupes por mí ya. Vete a tu fiesta. Puedes llevarte el coche, pero no salgas a dar un paseo borracho: es lo único que te encarezco.

8

Desde entonces en adelante, tomamos un nuevo derrotero: esto lo hicimos nosotros por nosotros mismos. No intentaré desenmarañar todas las causas.

Me reconozco retrospectivamente, desde aquella época en adelante, con nada de ropa encima y en reunión íntima. Mis rasgos propios y de familia, manos y pies, ojos verdigrises y pelo enhiesto, todo esta ahí, reconocible. Más me cuesta verme en la imaginación enteramente vestido y en mis nuevos lances sociales: debo mirar dos veces. Ignoro cómo me ocurrió eso de hablar hasta por los codos, ser chusco, armar bochinches y, de pronto, tener opinión. En el momento de ostentar mis pareceres, yo los sacaba del aire mismo.

La universidad urbana a que asistimos Simón y yo no fue un seminario a cargo de sacerdotes que enseñan Aristóteles y casuística y te preparan para la cosa europea y sus vicios verdaderos o falsos, reales o no, pero presentada como verdadera y real. Considerando cuánto mundo había por aprender —Asurbanipal, Euclides, Alarico, Metternich, Madison, Blackhawk—, ¿cómo hacer para asimilarlo sino dedicarle tu vida íntegra? Los estudiantes eran hijos de inmigrantes venidos de todas partes: Hell's Kitchen, Little Sicily, la región de los negros, las masas de Polonia, las calles judías de Humboldt Park, tamizados groseramente por el currículum vítae, pero portadores de una sabiduría propia. Los estudiantes colmaban los larguísimos corredores y gigantescas aulas de facciones humanas de toda índole, para consolidarse en ellas volviéndose —la esencia era esta— norteamericanos. En esa mixtura había cierta belleza —una buena proporción— y cierta insolencia granujienta, rostros parricidas, inocencia y goma de mascar, carne de fábrica, fuerzas de secretaría, estabilidad danesa, inspiración italiana, genio matemático acatarrado; había asimismo especímenes de una tremenda hueste, multitudes nacidas de padres procedentes de tierras de religión fanática, en movimiento hacia Occidente. O yo mismo, hijo ilegítimo de un viajante de comercio…

En circunstancias acostumbradas, Simón y yo habríamos ido a trabajar no bien concluido el bachillerato, pero era punto menos que imposible conseguir dónde. Las universidades estaban rebosantes de alumnos en nuestras mismas condiciones, debido a la falta de empleo, jóvenes que recibirían una introducción municipal al conocimiento superior y acaso una irrupción puramente accidental en el ámbito shakespeariano y el de otros maestros de la humanidad, juntamente con algo de ciencias y matemática para capacitarles en la carrera de servidor público tras haber rendido los correspondientes exámenes. Dada la índole de los hechos, nada de esto podía evitarse. Si el Estado se proponía adiestrar a gente empobrecida para desempeñar funciones arduas o si la idea consistía en distraer a esa gente joven de una vida de infamia conduciéndola a la lectura, extraños resultados veríamos, por cierto, surgir de la mesa. Conocí a un mexicano enfermizo y chupado, demasiado pobre para comprarse calcetines y manchado de arriba abajo —en la ropa y en el

cuerpo por igual—, pero capaz de despejar cualquier incógnita en la pizarra. Vi también genios entre los hijos de inmigrantes de la Europa central —genios para la filosofía griega—, físicos de cerebro increíble, historiadores criados bajo carretillas de frutero y cantidad de muchachos pobres de solemnidad, que planeaban pasar hambre y penuria durante ocho años consecutivos o más a fin de hacerse médico, ingeniero, hombre de letras o experto. Yo no sentía ninguna urgencia de este tipo, nadie me había inculcado nada por el estilo, ni me inquietaba porque se me revelase alguna profesión milagrosamente. Poco me movía a tomarme estos lances en serio, no obstante lo cual salí airoso en historia y en francés. En asignaturas tales como botánica me quedé atrás, mis dibujos eran enrevesados y borrosos. Pese a haber sido empleado por Einhorn en su oficina, no aprendí allí orden ni esmero. Además, trabajaba cinco tardes por semana y todo el sábado.

Yo no trabajaba ya con Einhorn, sino en el subsuelo de una casa de venta de ropas vendiendo calzado femenino, a la par que Simón hacía lo propio escaleras arriba con artículos para hombres. Su situación había mejorado mucho y se le veía entusiasmado con el cambio. Se trataba de una tienda de moda en que la gerencia requería del empleado un buen aspecto, pero Simón iba más allá de los requisitos y se presentaba no solo pulcro sino jarifo con su temo cruzado de rayas y un centímetro alrededor del cuello. A mí me resultaba casi desconocido entre los espejos, los tapices, las largas hileras de chaquetas, ocho pisos por sobre el nivel del mar; Simón era corpulento, de rápidos movimientos y un hombre atareado cuya sangre se hacía evidente en su rostro.

Yo estaba en la sección de saldos, bajo la acera, viendo y oyendo pasar a los clientes sobre los círculos de vidrio verde embutidos en el cemento, como sombras a través de estas lentes; el peso de los cuerpos se hacía sentir, sin embargo, pues el vidrio crujía y las pisadas iban en todas direcciones. A mi sección acudía la gente de menores ingresos, muchachas que necesitaban alguna prenda que combinar o mujeres de tres hijas o cuatro a quienes calzar en un mismo día. La mercadería estaba apilada en amplias mesas, por tamaño; contra los muros, innumerables cajas de zapatos; los taburetes de prueba, bajo el panal de vidrio ya descrito, en círculo.

Tras algunas semanas de aprendizaje fui transferido a la planta baja. Solo para ayudar, en un principio, a traer y llevar diversos artículos para los vendedores. Después pasé a la categoría de vendedor yo mismo; entonces me indicaron que llevase el pelo con otro corte. El supervisor era un tío preocupado y con un estómago flojo. Tenía sensibilizada la piel por dos afeitados al día y, cuando reunía al equipo de vendedores para una arenga antes de iniciarse el día de labor —esto, los sábados—, se notaba sangrar su boca en las comisuras, apenas un poco. El hombre esperaba ser más severo de lo que podía; sus males provenían de que no era él la persona apta para dirigir una operación de ventas a la moderna. Porque el lugar era un salón empingorotado con decoración de estilo francés pero mobiliario chino, donde es inevitable hablar en susurros y usar de protocolo como cosa corriente. La diferencia

de dentro a fuera resultaba inconciliable, pues ese refinado salón requería que la tremenda tensión y antagónica energía que reinaban en el resto del edificio se sosegaran por ensalmo para penetrar uno en su serena interioridad y elegancia. El tratar de contener el frenesí exterior era capaz de producir erupciones de violencia y vómitos ígneos. Imaginad esto en los días fríos, fuliginosos y húmedos de Chicago: cosas dispuestas para una presunta tranquilidad de espíritu no pueden estar en paz, por la propia índole.

Desde el punto de vista pecuniario, Simón y yo navegábamos viento en popa; él ganaba quince dólares a la semana, excluidas las comisiones, y yo, trece y pico. Por eso importaba poco que no cobrásemos beneficencia. Virtualmente ciega, Mamá ya no ejecutaba las tareas domésticas. Simón contrató a una mulata llamada Molly Simms, mujer delgada y fuerte de unos treinta y cinco años de edad, que dormía en la cocina —en el antiguo catre de George— y nos susurraba tonterías y aun nos convocaba cuando llegábamos tarde a casa y pasábamos por allí. Nosotros no nos habituamos nunca a entrar por el frente, hecho vedado en los tiempos de la Abuela Lausch.

—Te llama a ti, chico —me decía Simón.

—A otro con ese cuento —contestaba yo—: no hace más que mirarte a ti.

El día primero del año, ella no apareció y yo hice de suplente. Simón no estaba tampoco; había partido para una fiesta de víspera de año nuevo la noche anterior, absolutamente engalanado: sombrero hongo, pañuelo de seda al cuello, polainas cortas sobre zapatos de dos tonos y guantes de piel de pécari. No regresó hasta mediar la tarde del día siguiente —un día de nieve refulgente— y lo hizo de mal gesto, emporcado, inyectados los ojos y con arañazos sobre una barba rubia de dos días. Fue pues una revelación de su naturaleza pródiga exaltados el verle entrar por la puerta trasera, limpiándose de nieve los zapatos, y luego ver su cara, como si él hubiese sido arrastrado por entre las zarzas. Depositó su sombrerete en una silla y por suerte Mamá no pudo hacer más que presentirlo. Con voz lastimera preguntó qué sucedía.

—Nada, Mamá, nada —respondimos al unísono él y yo.

Hablándome en argot para que ella no entendiese lo dicho, Simón me contó una patraña acerca de una riña callejera con dos feroces irlandeses que estaban de broma en una estación del metro. Nada de esto me convenció, porque además no explicaba su ausencia de un día y una noche.

Le dije, haciéndome el desentendido:

—Molly Simms no ha vuelto, ¿sabes? Pero aseguró que vendría…

Él no trató de negar que hubiese estado con ella; se quedó sentado en la silla, entre exhausto y mojado. Me pidió que calentara el agua para darse un baño y así dejó ver más arañazos en sus espaldas. Luego, sin jactancia ni queja, relató que en efecto había ido a ver a Molly de madrugada después de una gresca con los anglicones, ebrio él por lo menos, pero que Molly era la autora de los zarpazos. Por

añadidura, ella le había retenido en su cuarto hasta entrada la noche y él se perdió entonces en el barrio negro cubierto de nieve. Añadió que tendríamos que deshacernos de Molly Simms.

—¿De dónde sacas eso de que tendremos que echarla?

—Es que, si no, se creerá dueña de la casa. ¡Esa mujer es un gato montés!

Nos encontrábamos en nuestro antiquísimo cuartito de infancia, el del papel ampollado, mientras la nieve se acumulaba en el alféizar de la ventana.

—Piensa armar un follón: me lo ha dicho.

—¿Qué te dijo, con exactitud?

—Que me ama —repuso con una risa sombría—. Es una perra salida.

—Pero tiene casi cuarenta años…

—¿Y qué? Es mujer y yo me he enrollado con ella, sin preguntar por su edad.

Simón la despidió aquella misma semana. Noté con cuánta fijeza observaba Molly los rasguños en el rostro de él. Molly tenía un aspecto gitanesco de agudas facciones; podía darse aires cuando se le ocurría, pero no le importaba ser vista con su modalidad natural; entonces mostraba su afilada sonrisa de ojos verdes. A Simón no le metía miedo. Ella advirtió al punto cómo estaba la situación. Era una mujer experimentada, ruda por haber estado durante tanto tiempo llevando las de perder, viviendo a salto de mata, de ciudad en ciudad, dejando un diente acá y cogiendo un navajazo allá. Se trataba, en esencia, de un ser independiente que no pretendía la compasión de nadie (ni la recibía). En su reemplazo, Simón puso a Sáblonka, una vieja polaca que nunca nos tuvo simpatía, viuda, gorda, mezquina, pía, rezongona, lerda para las escaleras, con cara de facineroso, además de pésima cocinera. Simón y yo pasábamos poco tiempo en casa ya. Semanas más tarde me retiré de la universidad para residir y trabajar en Evanston. Fui a vender en los distritos residenciales —Highland Park, Kenilworth, Winnetka— productos de lujo para gente aristocrática, recomendado por mi supervisor a un tal Renling, dueño de una tienda de artículos deportivos, quien buscaba un vendedor de categoría. Tuve que exhibirme ante él antes de ser aceptado.

—¿De dónde proviene? —inquirió frígidamente el tal Renling, lanzándome miradas neutras.

—De la zona noroeste —dijo el supervisor—. Su hermano trabaja arriba. Muchachos listos, los dos.

—*Jehudim?*

—¿Eres judío? —me interrogó el supervisor, conociendo la respuesta.

—Supongo que sí —repuse con desgana.

—¡Ah! —exclamó Renling, dirigiéndose a mí esta vez—. En Evanston no son partidarios de lo judío, especialmente en North Shore, donde estamos nosotros. Pero también, ¿quién conforma a esa gente? —agregó con su sonrisa glacial—. ¡No les gusta nada ni nadie! Además es probable que no se enteren nunca…

Volviéndose al supervisor:

—Así que usted cree que al joven se le puede tornar apetecible y hechicero, ¿verdad?

—Se ha portado bien aquí…

—Es que hay mayores presiones en North Shore. Inspección como la de aquel día la pasará la futura criada de una gran casa o bien la aspirante a puta examinada por una vieja *cocotte*. Renling dispuso que me quitase la chaqueta: quería ver la caída de mis hombros, la curva de mis nalgas. Estaba yo en un tris de cantarle las verdades cuando manifestó que mi contextura era la ideal para el cargo y mi vanidad pudo más. Entonces me habló a mí:

—Quiero ponerte en mi tienda de artículos de montar, para vender el atuendo y las botas, cosas para ranchos de recreo, etcétera. Te daré veinte dólares a la semana mientras estés aprendiendo; más tarde serán veinticinco y comisiones.

Como es natural, estuve de acuerdo. Allí ganaría más que Simón.

En Evanston me instalé en un desván para estudiantes, donde a poco andar lo verdaderamente distinguido fue mi guardarropa. Mi librea, debería decir en vez, porque el matrimonio Renling se ocupó de que yo estuviese adecuadamente vestido —en realidad me convertí en una percha andante—, me adelantó dinero y escogió mi vestuario al gusto de una clientela de inclinaciones británicas. El lugar no me cayó bien, a la postre, pero en un principio me sentí por demás entusiasmado para notarlo. Vestido con esplendor y trabajando tras una emocionante puerta de vidrio macizo, en una calle arbolada y umbrosa y en una tienda a la moda, bajo vigas de auténtica madera del Oeste, yo estaba como un rey. En la parte principal de la tienda de Renling se exponían enseres de pesca y cacería, golf y tenis, canoas, motores fuera borda y elementos de acampar. Ya veis por qué he dicho que se maravillaba mi movilidad social; de repente me hallaba desempeñándome segura y eficazmente en este negocio, hablando con firmeza y conocimiento de causa a niñas ricas, estudiantes universitarios y deportistas de *country club*, enseñándoles cosas con una mano y sosteniendo una larga boquilla en la otra. Renling tuvo que convenir en que yo había calmado sus aprensiones. Tomé lecciones de equitación por fuerza, pero solo unas pocas, pues eran caras. Renling no deseaba transformarme en un consumado jinete.

—¿Con qué fin? —decía—. Yo vendo estos rifles de postín y jamás he disparado contra un animal en mi vida.

La señora Renling, en cambio, quería verme cabalgar genuinamente y refinarme en toda forma. Me hizo inscribirme en la Universidad del Noroeste para seguir cursos nocturnos. De los cuatro empleados que había, dos tenían título. Yo era el de menor edad entre todos ellos.

—Y tú —me decía ella—, con tu apariencia y tu personalidad, si logras un título…

Jugaba con mi vanidad de una manera atroz.

—Te sacaré perfecto —agregaba—, absolutamente perfecto…

La señora Renling frisaba los cincuenta y cinco años de edad, era menuda y de cabello claro, apenas agrisado, con la tez menos tostada en el cuello que en el rostro. Tenía pecas diminutas y ojos zarcos pero no de mirar suave. Su acento procedía de Luxemburgo; se enorgullecía esta mujer de hallarse vinculada con familias de las que figuraban en el Almanaque de Gotha. De tanto en tanto aseveraba que todo ello era una soberana necedad:

—¡Sandeces! Yo soy demócrata, ciudadana de esta nación. He votado por Cox, por Al Smith y por Roosevelt. Los aristócratas me importan poco. Cazaban en la heredad de mi padre. La reina Carlota solía orar en la capilla vecina y nunca perdonó a los franceses, debido a Napoleón III. Yo iba al colegio en Bruselas el año en que murió.

La señora Renling se carteaba con damas de la nobleza de distintos países. Intercambiaba recetas de cocina con una alemana que vivía en Doorn y tenía relación con la familia del Káiser.

—Estuve en Europa hace algunos años y me vi con esta baronesa, a la que conozco desde tiempo atrás. Desde luego, esta gente no puede aceptar a nadie, como no sea de su clase. Le dije: «Yo soy norteamericana de alma». Le había llevado unas conservas de sandía, hechas por mí. No hay nada como eso por allá, Augie. Ella me enseñó a preparar riñones de ternera con coñac: una de las exquisiteces de este mundo. Hay ahora un restaurante que ofrece este plato en Nueva York y la gente tiene que hacer sus reservas aún hoy, en plena crisis económica. La receta fue vendida por esta mujer a un proveedor; por quinientos dólares. ¡Yo jamás haría eso! Yo voy y guiso para mis amigos todo lo que quieran, pero sentiría como indigno de mí el vender un antiguo secreto de familia.

Y sabía guisar, ella; conocía los arcanos del arte culinario. Tenía fama por las cenas que daba principalmente o por las que preparaba en otros sitios, en casas de amigos. Su grupo social estaba constituido por la mujer del gerente del hotel Symington; los joyeros; Vietold, quien vendía los mejores platos de fruta —con escudo de nobleza incluido— y salseras Argonauta; la viuda de un hombre comprometido en el escándalo del Teapot Domel, la cual criaba perros de raza; a infinidad de gente de este jaez. Para los amigos recientes que desconociesen los riñones preparados con coñac, ella cocía en el hogar de ellos lo que traía listo de su casa. La señora Renling se apasionaba por alimentar al prójimo y con frecuencia guisaba para los vendedores de la tienda; le parecía cruel que estos comiesen en fondas en que todo —decía con acento foráneo de imitador profesional, sin que fuese posible interrumpirla—, todo era tan ramplón y pringoso.

A la señora Renling era imposible detenerla o interrumpirle en su puro ensimismamiento… Ella guisaba para ti si así lo quería, te nutría, te adiestraba, te instruía, jugaba al *mah-jongg* contigo y oponerse a ello te parecía vano, puesto que la señora concentraba en sí una fuerza superior a la de sus circunstantes; ella, con sus

ojos claros, la mancha rojiza de sus pecas (rojiza como la piel de una raposa) en las mejillas y el dorso de las manos, con los duros rayos que marcaban sus tendones. Esta mujer me prometió que yo estudiaría publicidad en la Escuela de Periodismo de la universidad. Pagó mis estudios puntualmente y cumplió lo prometido. Escogió asimismo los cursos que hacían falta para la obtención del título, haciendo hincapié en que un hombre cultivado podía conseguir lo que quisiese en Norteamérica con solo pedirlo, pues sobresaldría siempre como una bujía en una mina de carbón.

Hice vida activa, por entonces, dentro de mi novísima personalidad, de la que estaba impíamente orgulloso. Me parece estar viendo mis atardeceres en clase o en la biblioteca de la universidad leyendo libros de historia y los arteros tomos que enseñan cómo despertar insatisfacciones al consumidor; o bien las veladas de bridge o de *mah-jongg* de la señora Renling en la sala de azotea revestida de seda; y a mí mismo, con algo de lacayo y algo de sobrino, pasando con una bombonera por entre los invitados y sirviendo cerveza de jengibre en la despensa, con mi boquilla en la boca, servicial y avispado, insinuante de frivolidad y flirteo, reluciente mi pelo de tanta brillantina y absorbiendo yo todo indicio respecto a comportamiento social y protocolo, hasta que me hube dado cuenta de que mucho de ello era improvisado y que los demás te estudiaban para decidir qué tono adoptar. La verdadera piedra de toque era la señora Renling, a quien no podían negársele dotes de mando. Su marido se despreocupaba de todo esto y jugaba a las cartas o al *mah-jongg* con pleno despego, sin conversar en exceso y dejando libre el campo para las opiniones de su mujer, que excluían a cualquier otra. Lo que se opinaba allí de la servidumbre, el paro o el gobierno era monstruoso sin reservas. Renling no lo ignoraba, pero no le daba trascendencia. Tales eran sus amigos de la comunidad comercial; había que tenerlos, visitarse, entretenerles, pero a él no le afectaba nada de esto, jamás.

Su personalidad era estrictamente mercantil. De vez en cuando, Renling demostraba sus habilidades —con los nudos marineros, en especial— o, si no, cantando:

Así que esta, esta es Venecia,
pero dime dónde estacionar
el coche.

Con un labio inferior sobresaliente, Renling presentaba un aspecto lúgubre y paciente. Era frío y elegante, parecido a quienes tienen un trabajo servil pero guardan algo de sí mismos para el propio consumo —un jefe de camareros, digamos, o de mozos de hotel—, individuos mezclados en un juego por el que se obligan a ser perdedores, pero que dan solapadamente su batalla. Aficionado al pugilato, solía llevarme consigo a algunos encuentros, cerca del Cementerio de Montrose, diciendo en una reunión de las de su mujer:

—Augie y yo tenemos un par de entradas que sería lástima desperdiciar. Todavía estamos a tiempo de llegar a la pelea principal, si salimos ya.

Y, puesto que hay cosas que los varones necesitan hacer, la señora Renling accedía graciosamente a nuestra partida.

Durante los asaltos, Renling no gritaba ni hacía cosas raras por entusiasmo, pero sí devoraba todo con la vista. Lo que exigiera nervio y resistencia le atrapaba: carreras de seis días en bicicleta, «maratones» de danzantes o de andarines, la permanencia en la punta de un mástil por tiempo prolongado, los vuelos continuados y los transcontinentales, los largos ayunos de Gandhi, las huelgas de hambre cumplidas por presidiarios, los acampamientos bajo tierra, la gente sepultada por derrumbes y mantenida viva por medios extraordinarios: cualquier prodigio de tenacidad o de esfuerzo, en resumidas cuentas, por el que el ser humano compite con máquinas construidas para soportar la potencia del vapor, de los gases o de toda presión bárbara e inhumana. Renling estaba siempre dispuesto a recorrer cualquier trecho en su poderoso Packard a fin de presenciar exhibiciones de ese tipo y, guiando, se desbocaba. No daba la impresión de andar aprisa. Su estabilidad en el asiento de cuero verde y sus rodillas, fijas junto a la palanca de cambios con remate de jade, sus manos rubias firmes al volante, todo esto desmentía la velocidad de su andadura así como la extrema suavidad del motor podía engañarte. Hasta que de pronto notabas que una milla de pista arbolada se disolvía a modo de tramo fantasma y que las aves se asemejaban a moscas por lo despacioso de su avance. ¡Con cuánta rapidez se estrellaban contra el parabrisas, en abanicos de sangre, los insectos voladores! A Renling le agradaba llevarme consigo, pero su idea de lo que es compañía me dejaba perplejo pues, conforme íbamos y volvíamos como un ciclón, no surgía una conversación amena que contrarrestase la frialdad de nuestro tránsito desalado; solo se oía la fina crepitación del aparato de radio y el parloteo de sus estaciones por la boca dorada del transmisor. El tema socorrido era el rendimiento del automóvil y la estadística del consumo de aceite y de combustible. Nos deteníamos a comer pollo asado en algún pinar, sobre arena tibia, como dos extraños visitantes arribados de Plutón, y beber cerveza irreprochablemente vestidos de tweed, portadores de prismáticos habidos en la tienda; habremos ostentado un aspecto de caballero melancólico y sobrino esnob…

Yo estaba embriagado al sentir estos atavíos contra mi piel o al pensar en la pluma verde de mi sombrero tirolés y la rara perfección de mis zapatos importados. No estaba preparado para ver a Renling como luego llegué a verle. Era un devorador de obstáculos, el hombre. Tragaba millas, gozaba con cualquier proeza, se prosternaba ante todo lo que significase aguante y se reía de objeciones, dificultades e impedimentos.

En ciertas ocasiones contaba algo de sí mismo, brevemente, como en el día en que pasamos bajo un viaducto de North Shore, cuando dijo:

—Yo he ayudado a construir ese viaducto. Tenía yo tu edad y ponía cemento en la

mezcladora. Poco más o menos, el año en que se inauguró el Canal de Panamá. Mis músculos, los del estómago, estaban deshechos. Un dólar y cuarto era buena pasta en aquella época.

Para esta clase de cosas buscaba mi compañía. Tal vez le divertía la forma en que me hice a esa vida.

Hubo un período en que mi objetivo fundamental era adquirir un esmoquin y ser invitado a reuniones elegantes y hasta pensé en cómo llegar a formar parte de la cámara júnior de Comercio. No porque urdiese ideas rentables en todo momento. En la tienda me desempeñaba bien, sin destacarme, pero mi inventiva en cuanto a los asuntos de dinero era nula. Me movía solamente el entusiasmo, la elegancia, la atención a la vestimenta y el aliño personal. Mi corazón palpitaba ante la manera de verse un par de calcetines Argyle cuando yo cruzaba las piernas, haciendo juego con el corbatín emplazado en un cuello Princeton. Esto me producía sensaciones de poderío y avidez. Yo estaba entregado.

Por corto tiempo salí con una camarera del Symington, Willa Steiner. La llevaba a bailar en el Merry Garden y, de noche, a la playa. Siendo una joven cálida, me perdonaba mi afectación. No sufría de timidez, ni sentía escrúpulos respecto al motivo último de nuestros encuentros. En su pueblo natal tenía un amante con quien hablaba de casarse; pero no me lo contaba para ponerme celoso. Había varias cosas que Willa me reprochaba y acaso con acierto: mi charla de dandi, mi presunción y el esmero con que miraba por mi ropa.

Enterada de nuestro devaneo con celeridad, la señora Renling me atacó sin pena. Sabía tanto como Einhorn de todo lo que acontecía en su jurisdicción.

—Augie, me asombras —dijo—: ni siquiera es guapa, tiene nariz de indio.

Yo había hecho arrumacos a Willa Steiner hablándole a la par de su bonito apéndice nasal; fui cobarde al no defenderlo.

—Está llena de pecas —prosiguió la señora Renling—. Sé que yo también las tengo, pero distintas, y de cualquier manera, Augie, te hablo como persona mayor. Por lo demás, date cuenta de que es una putilla que solo quiere tu dinero: en eso sí es totalmente honesta. Ahora bien: si no tienes más remedio que hacer estas cosas, no temas, ¡dímelo! Sin avergonzarte, Augie, pues yo te haré llegar lo necesario para ir a un sitio de esos en Sheridan Road y Wilson, que es donde las hallarás…

He aquí otro caso de contribución monetaria para evitarme líos, como el de Einhorn mientras me sermoneaba por el robo de carteras.

Continuó la señora:

—¿No ves, Augie, que se trata de una chica fácil en espera de que la dejes preñada para casarse contigo? Justo lo que necesitas, tener un hijo con ella al principio de tu carrera. Creo que sabrás de qué estoy hablando…

A veces me decía yo que era ingenioso de su parte el echarme un discursillo sin rodeos; otras, que era singularmente estúpido el hacerlo. Mi impresión me indicaba que, con su rostro punteado de pecas y el talante dolorido pintado en él, esta mujer se

empeñaba en atraer hacia sí e inculcar para someter. Era aquella la clase de plática que millares de protegidos oyen de labios de sus bienhechores en todos los ducados, casas de campo y capitales del mundo.

—Pero, señora, usted lo ignora todo acerca de Willa —repuse con torpeza—: en realidad, ella no…

Me contuve, por el desdén que demostraba su expresión.

—Estás diciendo un disparate tras otro, mi querido. ¡Sigue con ella, si te place! Yo no soy tu madre. Ya verás —persistió, con su acento de imitador profesional— cuando te tenga acorralado. ¿O crees que de la vida solo espera servir a la mesa, trabajar para alimentarse y mantenerse así en buen estado para tu placer? No sabes el abecé de las mujeres: las jóvenes aspiran a casarse, ¿entiendes? No vivimos ya en el tiempo de la modestia, en que ellas aguardaban sentadas hasta que alguien les arrojara un hueso por misericordia.

Peroraba con asco, la señora Renling, asco le sobraba. Lejos de mí el suponer que ella estaba alejándome de Willa al pedirme que le hiciese de chófer hasta Benton Harbor, donde la señora Renling tomaba baños termales para la artritis. Dijo que no podría tolerar un viaje solitario a Michigan y que yo le haría compañía en el hotel. Después lo comprendí.

Benton Harbor resultó bien distinto del que yo recordaba de mi regreso de Muskegon con Dingbat y Nails, doloridos los pies de tanto andar. La señora y yo paramos en el hotel Merritt de St. Joe, junto al lago Michigan. En las habitaciones se respiraba algo así como el frescor y volumen del mar, entre muros rosados. El hotel era inmenso, de ladrillo, imitación de los establecimientos de Saratoga, todos ellos con baño termal, plantas de interior, mimbre, menú francés, largas alfombras blancas, la enjundia del dinero, limusinas en los caminos de grava, el cultivo de flores de tamaño más que natural y un césped esponjoso y tupido que, en cualquier otra parte que no fuese esta, era ralo.

Yo tenía las horas dedicadas al baño termal para explorar aquel territorio. Era tierra de frutales trabajada por alemanes, cuyas mujeres —las de mayor edad— iban descalzas y de toca, con vestidos largos, bajo los robles gigantescos de sus jardines. Las ramas de los melocotoneros brillaban de resina y sus hojas estaban blancas de insecticida. Por los caminos, en bicicleta o en camiones Ford, se veía a los israelitas barbados y de luenga cabellera de la Casa de David, una secta vegetariana de gente pacífica, devota y seria que poseía una heredad o principado además de granjas como palacios y hablaba de Shiloh y Armagedón con tanta familiaridad como de huevos y arneses. El conjunto constituía una empresa multimillonaria, dueña de cortijos, aguas termales y un vasto parque de diversiones en un valle bávaro, dotado de un ferrocarril en miniatura, equipo de béisbol y orquesta de jazz cuyos acordes alcanzaban a oírse en la carretera desde el pabellón donde transcurrían los bailes, noche tras noche. Dos orquestas, en rigor de verdad, una de cada sexo.

Ahí llevé un par de veces a la señora Renling para bailar y beber agua mineral,

pero los mosquitos eran demasiado voraces para su gusto. En algunas ocasiones terminé yendo solo y ella no comprendía el porqué. Tampoco se explicaba el porqué de mis idas a St. Joe durante las mañanas o la razón de mi agrado de sentarme en la plaza, frente al juzgado que databa de la guerra civil, después de un opíparo desayuno de *crépes*, huevos y café. Pero yo lo hacía y el sol caldeaba mi vientre y mis canillas mientras el trencito reptaba hasta el puerto sobre la ciénaga en que los animalejos verdes y las aves del juncal mantenían su modesta y sofocante gritería. Yo solía llevar conmigo un libro, pero la luz solar resultaba excesiva y producía una postimagen parda entre la página y yo. Los bancos —hierro pintado de blanco— tenían cabida para tres vejetes o cuatro que dormitasen en la tibieza del aire con olor a estanque, dulzón, que ponía a los mirlos de ala roja como flechas y escaroladas a las flores, mas lerdos y perezosos a los demás seres vivos. Yo me solazaba en estos aires nutritivos y esta atmósfera rica como torta, la que fomenta al amor y trae consigo un blando revuelo de emociones. Es un estado que te permite reposar en tu compostura específica amistosamente; donde tú no eres un tema de conversación, sino que te asientas en tu naturaleza, paladeando sabores originarios como hizo el primer hombre, fuera del contacto humano y aun de los propios hábitos. Al sol, los hábitos se tornan ilusorios; descansan en la misma relación contigo que tienen tus pies o tus dedos o el moño de los cordones de tus zapatos y se vuelven impotentes como lo es el peine o la sombra de tus cabellos respecto a tu cerebro.

No era del agrado de la señora Renling el aislamiento a la hora de las comidas, la soledad aun durante el desayuno. Yo debía comer con ella en su cuarto. Cada mañana, se nutría de té sin azúcar pero con leche y algunas rebanadas de cierto pan retostado, el *zwieback*. Yo, en cambio, engullía la porción inferior del menú —desde toronja hasta el arroz con leche— sentado junto a la ventana abierta y aspirando la brisa del lago, que hacía ondear las cortinas de tela suiza a mis espaldas. Todavía en su cama y parloteando, la señora Renling se quitaba la gasa con que domesticaba a su papada y comenzaba a aplicar lociones y cremas para tratar el cutis y a depilarse las cejas. Su lugar común eran los demás huéspedes, a quienes vapuleaba a discreción durante su hora de ocio y valiente albañilería facial. Esta mujer iba a morir bien cuidada, como una dama que había perpetuado fieramente sus obligaciones de ser civilizado, tales como se han desarrollado desde antes del tiempo de Fidias hasta más allá del de Botticelli: todo lo prescrito y obedecido por los antiguos maestros y las señoras de ilustrísimas cortes para alcanzar la perfección, la cantidad de penetración que poner en la mirada y los moldes de dulzura y autoridad. Pero la mente de la señora Renling estaba gobernada por la ira. Prodigándose sus femeninos cuidados en el aposento bañado en la belleza aún suave del estío, ella no quedaba satisfecha si no decía unas cuantas maldades acerca del prójimo y elaboraba de tal manera sus agravios y antipatía.

—¿Has notado a la pareja de ancianos que tuve anoche a mi lado jugando a los naipes, el matrimonio Zeeland? Una vieja familia danesa, admirable. ¿No te parece

hermoso él? Pues toma, este hombre ha sido un importantísimo abogado de corporaciones en Chicago y ahora es síndico de la Fundación Robinson, la de la industria del vidrio. La universidad le ha conferido un título *honoris causa*; cuando cumple años, salen editoriales acerca de él en los periódicos. Su mujer, en cambio, es tonta como ella sola; además, bebe, lo mismo que su hija. Si yo hubiese sabido que ella iba a estar aquí, habría rectificado el rumbo e ido a Saratoga en vez de esto. Ojalá hubiese alguna forma de obtener con antelación una nómina de huéspedes de estos hoteles. Tendría que existir un servicio por el estilo. Los Zeeland alquilan un apartamento de seiscientos dólares al mes, en Chicago. No bien ha pasado el chófer a buscar al viejo, de mañana, sale un botones —¡lo sé de buena fuente!— a comprar para ellas un medio litro de whisky y apostarles a un caballo. Ellas se lo pasan así, bebiendo mientras esperan los resultados de las carreras. Pero la hija… esa se conserva un tanto chapada a la antigua. Si no la viste anoche, fíjate en la mujer corpulenta que lleva plumas en el tocado. Esa misma persona ha arrojado un niño por la ventana y el niño se mató. Tuvieron que usar toda su influencia para sacarla en libertad. Una mujer sin dinero hubiese marchado a la silla eléctrica, como Ruth Snyder, rodeada de mujeronas de la prisión, de las que alzan sus faldas para trabar a los fotógrafos de los periódicos. Quizá se viste a la antigua, la hija, para no tener nada en común con la pollita despreocupada que lanzó el niño aquel a la calle.

Era necesaria una robusta salud para atenerse al esplendor de la mañana oyendo mientras tanto tales palabras condenatorias. Era menester abroquelarse cada vez que ella sacaba a relucir su hueste de alarmas, jinetes del Apocalipsis y demonios del atrio de la iglesia —que agarran a los desnudos pecadores por la espalda para arrastrarles al castigo divino—, sus infanticidios, incestos y plagas.

Yo me las arreglaba para lograrlo. Mi situación era la de un joven pudiente. Mis sentimientos se amoldaban con arreglo a ella; mis objeciones pasaban casi inadvertidas, pero había momentos nefastos en que la señora Renling pontificaba, por ejemplo, acerca de la ejecución de Ruth Snyder y la protección que merecía el pudor femenino, la terrible protección otorgada por las jamonas que trabajaban en la cárcel a un cuerpo que se contorsionaba bajo el efecto de millares de voltios. Aunque yo trataba de evitar todo lo ajeno a mis aficiones, aquella constante descripción de lo fatídico y lo malvado terminaba llegándome hondo. ¿Y si todo fuese como esta mujer lo afirmaba? ¿Y si la hija de los Zeeland había matado a su hijo de la manera descrita? No era el caso de una Medea, que había ocurrido muchísimo tiempo atrás, tanto como para brindarme seguridad respecto al instinto maternal, sino el de una persona a quien se veía sentada en el comedor del hotel, con plumas en la cabeza y en compañía de sus venerandos padres.

No obstante esto, había gente sentada en la vecindad, que pronto captó todo mi interés: dos jóvenes hermosas, para dejar esto de su aspecto a un lado de una buena vez. En cierto momento me habría enamorado de cualquiera de ambas, pero luego me volqué hacia la esbelta, la menuda, la de menor edad. No me sucedió, sin embargo, lo

que con Hilda Novinson, a cuyo alrededor giré como un satélite flechado; no, en esta oportunidad se posesionó de mí una clase distinta de energía —algo casi maníaco, diré— y entonces supe qué es eso del aguijón del deseo. También superaron mis expectativas a las anteriores y se aproximaron a lo corrupto por influjo de la señora Renling, siempre temática con la lascivia en todas sus formas, sin reserva alguna. Me llegaban, pues, sugestiones diversas de varias partes. Yo había tomado de la Abuela Lausch la advertencia acerca del peligro que significaba ser, como Mamá, susceptible al amor, al riesgo de amar, y no pensaba en el estigma que, según la Abuela, partiendo de nuestra sangre amenazaba ruina. Me sentía imposibilitado, por consiguiente, y con un impedimento debido a mi modo de presentarme ante el mundo —esto, gracias a la señora Renling—; a saber: Dios no había omitido conferirme ni uno solo entre sus dones y yo era la propaganda viviente de Su liberalidad para conmigo: buena apariencia, excelente ropaje, modales distinguidos, soltura en sociedad, ingenio, tentadora y diabólica sonrisa, depurado estilo en el baile y habilidad con las mujeres. Todo flamante. Lo malo estaba en que mis cartas credenciales eran falsas. Que Esther Fenchel cayese en la cuenta de esto, era mi mayor preocupación.

Trabajé, pues, entristecido el corazón, con miras al éxito sumo, pero como un impostor. Horas pasé componiéndome para resultar una súplica andante, mediante la muda reconcentración y el esfuerzo de captar la atención de Esther seductoramente. Tal me parecía, en mi arrobamiento, la única vía imaginable. Pero, así como en un puerto atareado y tranquilo a un tiempo —brisa, banderas, belleza— puede darse un indicio de peste, así podía yo, pese a mi exterior cuerdo y adinerado y elegante, haber emitido la pauta de mis pensamientos en la playa, en el césped lleno de flores cultivadas, en el comedor del hotel, amplio y blanquidorado: una pauta algo tenebrosa. Yo sufría sueños sofocantes acerca de los labios de Esther, sus manos, pechos, piernas, entrepiernas… Ella no podía inclinarse para recoger la pelota en una pista de tenis —conmigo como tieso espectador, con un pañuelo de seda, de alazanes contra un fondo verde, ingeniosamente sujeto por un anillo de madera tallado a mano, que Renling había popularizado en Evanston durante la temporada— sin que yo sintiese un acceso amatorio en mis tripas al ver la curva de sus caderas, la triunfante forma femenina y su tierno y defendido secreto. El permiso de acercarse a este con amor equivaldría a la aprobación del mundo, la de que no sería una estéril confusión como me lo susurraban mis vagos temores, sino necesidad pura y justificada por el gozo que acarrearía. ¡Si ella me aceptara, me besase, me tocase, me concediese el polvo de la pista congregado en sus piernas, el etéreo sudor, su íntima secreción y así me librara de sufrir las propias mentiras, demostrase que todo en mí era cierto y nada injurioso o insensible que no pudiera ser corregido…!

A la noche, empero, hallábame tendido en el piso de mi habitación después de un día nulo pese a mis esfuerzos, vestido ya para ir a cenar con la resignación del condenado, roído por el anhelo y preguntándome fútilmente qué cosa brillante

acometer: tendría de ser algo floral, meteórico, estelar, algo capaz de disipar toda estupidez y torpeza. Yo había tildado minuciosamente todo lo posible respecto a Esther, a fin de indagar qué la instaría a verse junto a mí y según mi buena opinión. Esto es: en las alturas de la sublimidad. Yo solo pedía que se uniese a mí esta niña, que cabalgara y remase enamorada y provista de sus frescas maravillas y bellezas femeninas, las cuales crecerían a fuerza de júbilo, el de saber yo que Esther era exactamente lo que era, codos, miembros, pezoncillos contra el jersey… La observaba yo moverse algo torpemente en la pista de tenis y cubrir sus pechos o apretar las rodillas cuando le devolvían velozmente la pelota. Mi examen de ella no alimentaba mis esperanzas personales, razón por la cual yacía yo en la alfombra con el rostro quemado por el sol y anhelante, abierta la boca en plena meditación. En pocas palabras, que Esther Fenchel no veía las cosas a mi modo, seguro, y que no sentiría complacencia alguna al enterarse de mi pensar acerca de sus secreciones y otras cochinadas mías.

A pesar de ello, jamás tuvo el mundo mejor color para mí que en aquel entonces, ni lo he visto tan finamente articulado hasta el día de hoy. Un mundo que no me dio desde aquellos días una preocupación más noble. Yo me sentía metido en la verdadera esencia de lo real, hasta donde llegan la naturaleza y el deleite a formar la existencia humana.

Me comporté ingeniosamente, además. Entré en conversación con el viejo Fenchel —el tío de estas niñas—, quien estaba en el negocio del agua mineral. No resultó fácil, ya que el hombre era millonario. Conducía un Packard del color y mismo modelo que los Renling, aparqué detrás de él, para que tuviese que mirar dos veces antes de resolver cuál era el suyo, y así Fenchel fue mío. *Inter pares*. Pues ¿cómo podía él darse cuenta de que yo ganaba veinticinco dólares a la semana y no era dueño del coche? Charlamos, digo. Le ofrecí un Perfect Queen. Lo rechazó con una sonrisa; llevaba consigo los propios cigarros Havana, hechos a medida, en una caja apta para encerrar una pistola, y el hombre abultaba tanto que la caja se desvanecía en su bolsillo, casi imperceptible allí. De rostro mofletudo pero surcado de arrugas, negros los ojos como la carne de las nueces chinas lichi, entrecano el pelo cortado a la alemana, al rape. Me descorazonaba un tanto el que las dos jóvenes fuesen sus herederas, cosa que me comunicó de entrada, sospechando tal vez que yo no estaba derrochando mi encanto en su cartilaginosa nariz tipo Rembrandt, una calabaza con pelos blancos y puntillado de pólvora. No, seguramente no. El tío quería hacerme saber en cuál categoría estaba jugando yo. Yo no cedí ni un palmo. Nunca me han amilanado los parientes varones de nadie ni he dejado que los tutores me desazonen.

El acercamiento a la tía de Esther resultó duro, máxime por ser esta señora silenciosa, tímida y enfermiza, con el humor de la gente rica desilusionada de la propia salud. Sus vestidos y alhajas eran finos, pero el semblante de la pobre mujer mostraba la intensidad de sus desvelos, de su íntimo forcejeo; acaso de eso haya

resultado un tanto dura de oído. No necesité simularme interesado en ella, pues (sabe Dios por qué) yo lo estaba, amistosamente. Por instinto supe que la atraería —como persona achacosa que era, cargada de dinero y alejada por eso de las cosas comunes — el espectáculo de una buena salud como la mía. Así que le hablé mucho y fui reputado aceptable.

—Querido —preguntó un día mi benefactora—, ¿habéis estado conversando la señora Fenchel y tú? La pobre no ha hecho más que contemplar el riego de los jardines durante el mes entero. ¿Le dirigiste tú la palabra?

—Es que me encontré sentado al lado de ella.

Por esto me puso una buena nota la señora Renling, la vi complacida. Casi inmediatamente intuyó mis propósitos, sin embargo:

—Ha sido por las chicas, ¿verdad? Son hermosas, es cierto, en especial la de pelo negro. Una preciosidad. Y con un demonio dentro, lo presiento. Pero recuerda, Augie, que estás conmigo y yo soy responsable de tu conducta. Esta chica no es una camarera. Mejor que no pienses en ya sabes qué. Querido mío, tú eres listo y un joven de buen corazón. Yo deseo verte adelantar y lo harás. Ahora bien, como es natural, con esta niña no llegarás a nada. Desde luego, entre los ricos hallarás alguna chica fácil, con la misma comezón de las vulgares, si no más. ¡Pero estas dos, eso sí que no! No tienes idea de lo que importa una crianza germánica.

En otros términos, pensé, reservadas para la plana mayor las herederas Fenchel. Mas la señora Renling distaba de ser infalible y ya había cometido un error: el de suponer que yo estaba enamorado de Thea, no de Esther. Tampoco conocía la magnitud de mi pasión, que alcanzaba hasta la poética amenaza de preferir la muerte. Yo no deseaba que lo supiese, si bien me hubiera gustado contárselo a alguien. Me intranquilizaba lo que se le ocurriera a la señora Renling hacer en determinado caso, de modo que la dejé creer que era Thea, la del cabello rizado, quien ocasionaba mi apasionamiento. Usé el engaño, pero también era un placer para la señora el saberse rápida e infalible en sus conjeturas.

El hecho es que Thea Fenchel significaba más para mí de lo previsible. Una mañana estaba yo cultivando a su tío, cuyo talante no era bueno aquel día, cuando ella me preguntó si jugaría al tenis. Tuve que responder, sonriendo pese al mal momento para mí, que mi deporte era la equitación. Desesperado, maquiné ir a Benton Harbor a tomar lecciones de tennis en las pistas públicas correspondientes. Tampoco era yo un caballista nato, pero me vestía más el hablar de montar: me daba algún prestigio.

Dijo Thea:

—Mi compañera no ha venido hoy y Esther está en la playa.

En el espacio de diez minutos me encontré en la arena, pese a haber prometido a la señora Renling una partida de naipes después de su baño, momento en que decía sentirse sin fuerzas para leer. Me estiré boca abajo, arrebatado por mis esfuerzos, a contemplar a Esther. Mis ideas eran eróticas, bien sazonadas, ramificadas incluso y

algo dolorosas. Confiaba en que su miraba se posaría en mí (a la vez ávido y temeroso de ello). Esther se inclinó para frotar sus piernas con aceite que las dejaba brillantes al sol y luego dirigió su vista hacia mí, sin quererlo quizá. Yo estaba tururú, calculando el peso de sus pechos y su vientre mínimo, elegantemente contenidos por el traje de baño. O admirando su pelo, que me parecía peinado con cierto vigor animal, cuando ella se hubo quitado su blanco gorro de caucho.

Los gaviones echaban a volar desde los imbornales de los riscos. Poco después, la chica regresó al hotel. La señora Renling me hizo el vacío por haberle dado plantón. Extendido sobre la alfombra, en mi cuarto, boca arriba y con los pies sobre la cama como un caballero andante que hubiese caído de su montura, enganchado por sus espuelas, y requiriese un aparejo de poleas para ser izado de allí, pensé que era tiempo —ya que mi desatención enfadaba a la señora Renling— de demostrar algún progreso en mis amores, cuando menos. Me levanté y cepillé sin ánimo ni interés en la tarea, usando cepillos militares que me había dado aquella. Tomé el ascensor para bajar —blanco y lento— y anduve vagabundeando por el vestíbulo.

Atardecía, bruñido el mar todavía. En las mesas del comedor se erguían servilletas y menúes; en los búcaros, rosas y helechos. La orquesta templaba los instrumentos detrás del cortinado. Solo y atribulado, pero empecinado también en aquel pasillo, dirigí mis pasos lentamente hacia la sala de música. El fonógrafo tocaba allí a Caruso; un operístico clamor, ya ahogado ya nítido, de anhelo de una madre; la súplica de un hijo, barroca aunque sombría, al gusto italiano. Acodada en el mueble que alojaba el instrumento, de blanco y con algo parecido al bonete con borla de los obispos como toca, estaba Esther Fenchel con un pie de punta contra el piso. Dije:

—Señorita Fenchel, no sé si querría usted acompañarme alguna noche a la Casa de David.

Ella alzó con asombro la cabeza.

—Ahí se baila todos los días —expliqué.

Esther respondió y desde su primera palabra no vi más que fracaso y me sentí atizado, contuso de todos cuatro costados.

—¿Con usted? Por supuesto que no. ¡Imposible!

Y algo ocurrió con mi sangre y me desmayé. Quedé como muerto, pero sin socorro volví en mí. No había nadie ahí para proporcionármelo, tampoco, pues Esther se había marchado sin ninguna indagación: esto me pareció evidente, porque el bel canto me arrollaba con el esplendor de su remate. Primeramente, el sonido del interior de una caracola; luego, una mayor potencia de la orquesta que ascendía por la escalinata de un magnífico recinto hasta el romper de los tambores, que todo lo sepultaron bajo su martilleo ensordecedor.

Ignoro si fue la negativa de Esther o la emoción del diálogo lo que me derribó. No me sentía en condiciones de averiguar cuál había sido el disparador de una situación tal, equívoca y explosiva a un tiempo. Mientras tanto, iba rehaciéndome y el aire me resultaba frío pues mi rostro estaba bañado en sudor. Busqué respaldo contra un sofá

para un cuerpo al que yo oía crujir todavía bajo el peso conjunto de Mamá y mi hermano George, quien tal vez en aquel mismo instante estaba fabricando una escoba o dejándola para ir a comer; y también el peso de la Abuela Lausch en el Hogar Nelson. La bestia que hacía compañía permanente a los tres y a la cual yo creía exterminada, me había pasado por encima.

A todo esto, la señorita Zeeland estaba de pie en el vano de la puerta, mirándome desde allí, hija del famoso abogado, tocada con sus plumas de la noche y envuelta en sus vestiduras a la manera de una momia. Llevaba puestos zapatos dorados y guantes blancos hasta el codo; ostentaba un aspecto de pitonisa oriental con su cabellera peinada en forma de monumento que equilibraba su amplio busto. Su rostro, frío y despejado con cierto tipo de clima, pese a qué el largo y puro surco de su labio superior estaba a punto de entrar en movimiento y quebrar así su silencio habitual con algo trascendental y bien madurado: acaso explicarme qué cosa era el amor. Mas no, sus ideas permanecieron enigmáticas para mí, aunque ella no se marchó hasta haber apagado yo el fonógrafo: solo entonces se retiró silenciosamente esta mujer.

Pasé por el excusado de los hombres para lavarme la cara con agua tibia y luego fui al comedor, donde jugueteé con la comida —la *peche flambée*— y esto no pasó inadvertido para la señora Renling, que me habló así:

—Augie, ¿hasta cuándo abusarás de mi paciencia con esa tontería del amor? Vas a enfermarte. ¿Tan importante es para ti?

Luego, usó palabras cariñosas, acariciantes, y trató de bromear al respecto. Como mujer, intentó poner coto a mi imaginación ahí donde lo supuso necesario, explicándome lo positivo y lo negativo del sexo femenino, y elogió lo masculino al mismo tiempo, como si hubiese estado trabajando para Atenea, diosa griega de la sabiduría. Esto me enajenó un tanto. Yo no estaba bien de la cabeza, la verdad sea dicha, y el oír a la señora desprestigiar a sus hermanas a su modo erizado y metálico, me llevó a contemplarla con algún desprecio. Aguardé con el temblor de un palúdico la aparición de Esther en el comedor. Sus tíos ya estaban sentados a la mesa. Después se les sumó Thea; su hermana, al parecer, no vendría.

—¿Sabes? —observó la señora Renling al cabo—, esa no te ha quitado los ojos de encima desde hace un rato. ¿Acaso hay algo entre vosotros ya? ¡Augie! ¿Has hecho algo que yo deba saber? Te noto tristón: ¿es por eso? ¿Qué has estado haciendo?

—Nada. Yo no he hecho nada.

—¡Mejor así!

La mujer me acosaba como un policía.

—Eres demasiado atractivo para tu bien. Tendrás dificultades y ella también. Su cachondez la perderá.

Clavaba la vista en Thea y esta le devolvía sus miradas, una por una. El camarero pegó fuego a la *flambée* de los Fenchel. Se veían llamas azules aquí y allá en la luz verdosa del crepúsculo.

Me marché del hotel sin una palabra más, para caminar por la carretera de la costa, dar vía libre a mis vergonzosos retortijones y digerir mi enojo. Era terrible lo que sentía, el oprobio y la ira en cuanto a Esther y el deseo de atizarle a la señora Renling una en la cabeza. Recorrí alguna distancia, volví sobre mis pasos y entré en los jardines del hotel pero evitando el portal donde me aguardaba la Renling para reconvenirme por mi nula educación. Terminé en la hamaca de los niños. Sentado en ella, forjé imposibles en mi fantasía. Esther había repensado y venido a buscarme a mi habitación, fantaseaba yo y así di en recriminarme la estupidez que me poseía pero también en regodearme en placeres imaginarios y corruptos, algo peor que antes. Oí pasos que se acercaban, saliéndose de la grava y penetrando en el ámbito terroso de las hamacas. Era la hermana de Esther quien venía a hablarme, la misma contra la cual yo había sido puesto en antecedentes por la señora Renling. Vestía de blanco y sus zapatos terminados en punta semejaban aves en el incierto albor junto a las hamacas.

—¡Qué desilusión! No soy Esther, ¿verdad, señor March? Me imagino que lo está pasando usted mal. Parecía pálido en el comedor…

No dije nada, preguntándome cuánto sabía Thea y qué perseguía.

—¿Se ha repuesto usted ya?

—¿De qué?

—De su desmayo. Esther supuso que se trataba de un ataque epiléptico…

—¿Y por qué no? —repuse, pesado y hosco, como desmoronándome.

—No lo creo. Usted se siente amargado y no desea que yo le moleste más.

Esto no era así; prefería que se quedase conmigo, así que dije que no y ella se sentó a mis pies, tocándolos con su muslo. Traté de apartarme, pero Thea tocó mis tobillos diciéndome:

—No se moleste usted. No se ponga incómodo por mi causa. ¿Qué sucedió en realidad?

—Que pedí a su hermana que saliese conmigo.

—Y cuando ella se negó, usted cayó desvanecido.

Advertí su calidez hacia mí, algo que no era mera curiosidad de su parte.

—Yo estoy con usted, señor March —prosiguió—, y por eso le diré qué piensa mi hermana. Esther cree que usted tiene una obligación íntima para con la señora que le acompaña.

—¡Qué! —Y, poniéndome súbitamente en pie, di con mi cabeza contra una clavija de la hamaca.

—Que usted es su gigoló. Siéntese, por favor. Me ha parecido bien contarle todo esto.

Me sentí como quien ha estado transportando algo con especial dedicación y se le ha derramado, con la consiguiente quemadura. Y yo, inocente de mí, que siempre había presumido que por la mente de las niñas pasan exclusivamente los pensamientos puros e ingenuos, nada regido por los patrones de un salón de billares

como el de Einhorn.

—¿Cuál de ustedes dos ha supuesto eso, usted o su hermana?

—No quiero que toda la culpa recaiga en Esther: también yo lo sospeché, si bien ella sacó el tema. Sabíamos que usted no es pariente de la señora Renling porque la oímos decir a la señora Zeeland que usted es el protegido de su marido. Usted nunca ha bailado con nadie más; a veces se toman de la mano ustedes dos y ella es una mujer atrayente, para su edad.

¡Usted tendría que verse hacer pareja con ella! Además, la señora Renling es europea y allá no está mal visto que una mujer tenga un amante mucho menor que ella. Yo no veo lo espantable de todo eso; solamente la boba de mi hermana es capaz de pensar así.

—Es que yo no soy europeo. Soy de Chicago y trabajo por cuenta de su marido en Evanston, como empleado en su tienda. ¡Esa es mi única ocupación!

—Por favor, no se ponga así, señor March. Nosotros hemos visto algo del mundo. De otro modo, yo no estaría aquí con usted. No estoy tampoco tratando de inquietarle más. Si es, es, y si no es, no será…

—Usted no sabe lo que dice. Es sumamente desagradable lo que imaginan de mí y la señora Renling, que solo tiene bondades para conmigo.

Yo estaba fastidiado y eso se advertía fácilmente por el sonido de mi voz. Ella no me respondía, por lo tanto; se la veía tensa y caldeada por su excitación. Sus ojos me escrutaban; ya no había sonrisas en su rostro sino profunda seriedad. Poco a poco descubría yo lo extraordinario de su persona, porque su expresión era alerta, inquisidora y casi implorante; delicada pero llena de fibra, con la temeridad que te admira y preocupa al verla en una joven; como cuando presencias una batalla entre pájaros, dos fieros chorros de sangre, que pueden morir con perfecta sencillez por mínimas heridas y, al parecer, no lo entienden. Por supuesto, esta es quizá una entre tantas inocentadas masculinas.

—Usted no creerá que soy el gigoló de la señora Renling, por lo menos, ¿verdad?

—Ya le he dicho que no me importaría si lo fuese.

—¡Claro! ¿Qué puede significar algo así para alguien como usted?

—No. No lo entiende usted. Enamorado de mi hermana, la ha seguido por todas partes, sin notar que yo he hecho lo propio con usted.

—¿Cómo dice?

—Que yo estoy enamorada de usted. Lo quiero.

—¡Por favor! Esa es una idea suya, si acaso es una idea. ¡Qué ocurrencia!

Thea tomó mi mano entre las suyas y la llevó hacia sí, inclinándose un tanto. Eran gráciles sus caderas.

—Tú no te habrías enamorado de Esther, si la conocieras. Tú eres igual a mí. Ella no es capaz de amar. ¡Augie! ¿Por qué no me eliges a mí?

¡Y pensar que yo me creía superior a la señora Renling por lo infundado de sus sospechas!

—Tu señora Renling me importa poco —dijo Thea—. Y si alguna vez te hubiese gustado, ¿qué?

—¡Jamás me gustó!

—Una persona lo puede todo en su juventud, porque en ella abunda la vida.

¿He dicho acaso que la existencia nunca ha tenido mejor colorido que entonces? Es cierto, si omito la mención de cierto miramiento por el prójimo, algo que renguea en el alma, teñido de culpas, y que solo en apariencia pierde terreno frente a la floral belleza, pero en realidad te precede a donde fueres.

—Señorita Fenchel —dije, levantándome y tratando de impedir que ella hiciese lo propio—: usted es guapísima, pero… ¿en qué nos estamos metiendo? ¡Yo amo a Esther, no puedo remediarlo!

Y, como la chica pretendiera asirme, me escabullí por el huerto adyacente.

—¡Señor March! ¡Augie! —me llamó, sin resultado.

Yo no deseaba altercar con ella en aquel momento. Entré en el hotel por la puerta trasera. De regreso a mi cuarto, descolgué el receptor para no tener que explicarme ante la señora Renling. Me quité mis buenas ropas y me puse a razonar conmigo mismo: aquel era un asunto entre hermanas y yo figuraba en él en forma casual, no personal. Si esto no fuese así, la suerte no tendría ningún peso en las cosas del amor. ¡Cómo se deja arrastrar la gente en direcciones erróneas! La feliz convergencia de deseos afines es una curiosidad, pura rareza. El experimentar yo tales deseos amorosos y de manera tan clara y específica resultaba tal vez una intolerable presunción, la cual equivalía a interpretar malamente el verdadero estado de cosas, el drama humano.

Cuando a la mañana siguiente me presenté en los aposentos de la señora Renling, dejé abierta la puerta tras de mí.

—¿Dónde has nacido? —me amonestó—, ¡ciérrala! Estoy en la cama, ¿no lo ves?

Cumplí la orden desganadamente y ella observó las muchas arrugas de mi atuendo.

—Hazte planchar esas ropas después del desayuno —me dijo—. Habrás dormido con tus pantalones puestos. Te hago concesiones porque estás enamorado y porque estuviste cortés conmigo anoche. Pero no tienes por qué vestir como un vagabundo.

Partió luego para su baño termal y bajé yo al vestíbulo del hotel. Los Fenchel no estaban ya en el establecimiento; Thea me había dejado una esquela en conserjería: «Esther ha hablado con mi tío. Iremos a Waukesha por algunos días y después hacia el este. Te equivocaste tontamente anoche. Piénsalo. Es verdad que te amo. Volverás a verme».

Los días sucesivos fueron de melancolía, duros de conllevar. Me preguntaba en quién me había transformado yo, exigiendo de la vida el goce y la belleza como un conde nacido a la elegancia y el amor, con huesos hechos de caramelo. En rigor de verdad, poco importaban para mí la cuna y otras historias, dificultades que mi temperamento democrático pasaba por alto, presumiendo que los demás se parecerían

a mí.

En tanto, me sentí como cargando lo que hasta el momento había cargado conmigo. El hotel Merritt, pongámoslo por caso, me asqueaba ya, tan cremoso y dorado como era: el tipo de servicio que ofrecía y la música y el baile, aquellas hiperbólicas flores que de pronto se me antojaban de hierro pintado; la afectación de frivolidad se me convertía en una piedra al cuello y, encima de todo esto, ¡la señora Renling! No podía ya soportarla cuando se ponía dificultosa. Hasta el clima resultó desafortunado, frío y lluvioso hacia el final de nuestra estancia. Preferí el parque de diversiones de Silver Beach a la tiranía de la señora Renling. Me empapé muchas veces, por usar mi antiguo impermeable, sin relación con mi reciente elegancia. Pasé las horas sentado en medio de aquel turbio ambiente, esperando que llegase a su fin la serie de baños de la señora Renling.

Simón me escribió por entonces para decirme que vendría a St. Joe en compañía de una joven amiga. Tuvo buena suerte con el clima. Les recibí en el muelle. Las lluvias habían lavado los azules y verdes del paisaje; el frío era de presentir. En cuanto a quienes desembarcaron, traían consigo ostensiblemente el tráfago de la urbe: familias, hombres solteros, mujeres oficinistas de a dos cargadas de los trebejos de playa y de hechos menos visibles, también pesados. Bajaban hacia la claridad y una paz; yo vi aquí y allá algún rostro resguardadamente feliz y vi sedas, cabelleras, sombreros de paja, pechos de gente venida a respirar pureza y descargarse de su tensión o a permitir que se impusiesen las cosas simples, contenidas hasta ese instante. Percibí deseos y fobias acurrucados en vientres, hombros, piernas, desde épocas tan remotas como las del jardín del Edén y la caída de Adán.

Más alto que casi todos, rubio y tostado, surgió mi hermano con su aspecto teutónico, acicalado como para el día de la Independencia y un tanto, además, con la elegancia de un gitano, sonriente, a la vista su incisivo roto, con su chaqueta abierta y acarreando dos bolsos de mano. Despedía hermosura como calor en el azul de sus ojos, en forma fantástica; era algo que se veía en sus mejillas y en su cuello, algo enjundioso, animal en el mejor sentido de la palabra. Bajó por la planchada buscándome con la mirada ahí donde había sombra en el muelle. Nunca lo he visto de mejor traza, al sol y moviéndose al compás de la muchedumbre, con sus trapitos de cristianar. Su brazo en torno a mí me hizo feliz de olerle y sentirle. Dimos unas pocas pero calurosas y viriles muestras de alegría. Chacoteamos.

—¿Cómo estás, metepatas?

—¿Y tú, ricachón?

No hubo aguijonazo en esta salida, si bien Simón se había comportado cautelosamente hacia mí en los últimos tiempos, porque yo ganaba más que él, nadaba en la opulencia.

—¿Cómo están todos? ¿Mamá?

—Mal de la vista, tú lo sabes, pero bien en lo demás.

Entonces me presentó a Cissy Flexner, una chica morena y corpulenta que yo

había conocido en la escuela del barrio. Antes de quebrar, su padre fue dueño de una tienda especializada en ropas de trabajo: un hombre grueso, pálido, tímido y retraído, siempre metido entre sus mercancías. Ella, en cambio, era una obra maestra de alta estatura, siempre solícita consigo misma. Tenía piernas colosales, pero pulcras, y andaba con la pelvis echada hacia delante. Una boca ancha, que habría resultado perfecta si no hubiese dado la impresión de saborearse a sí misma todo el tiempo. Ojos de complicados párpados, aunque magníficos en su lenta pesantez: un acontecimiento erótico. De modo que Cissy debía andarse con tiento y bajar la vista a fin de ser púdica respecto a sus dotes, dotes tales como la turgencia del busto, la arquitectura de las caderas y otras riquezas tersas y mórbidas de las que toman por sorpresa a la niñita en vías de desarrollo, debido a su eminencia. Cissy me acusó juguetonamente de hacerla objeto de examen, pero ¿acaso era posible evitarlo? Me justificaba, además, la posibilidad de que pronto se convirtiese en cuñada, ya que mi hermano estaba perdidamente enamorado. Procedía como marido, incluso: entre ambos cundía una intimidad cariñosa que estaba a la vista mientras caminaban lentamente al borde del agua y yo nadaba en el lago de profundos colores a corta distancia de los dos. Y también en la arena, después de haber secado Simón su pecho viril, cuando restregaba el dorso de su novia, lo besaba tiernamente y así me propinaba, sin saberlo, un momentáneo dolor en el cielo de la boca, como si yo mismo hubiese aspirado el aroma de una piel y palpado su tibieza. ¡Cissy tenía tanto, tanto que dar con esplendor propio y con plena llaneza! Era maja y estupendamente accesible.

A mí no me agradaba del todo, en parte porque seguía pensando en Esther y en parte porque, fuera del vigoroso encanto femenino, de ella se desprendía solamente cierta lentitud o modorra. Esto obedecía quizá al estupor que le causaba la propia presencia, capaz de pesar sobre su pensamiento de manera adversa. Algo así como las metas que en su sangre lleva un oso pardo o un tigre, gravitantes sobre el cerebro de esas bestias, manifestación de algo ejecutado con perfección hasta en las señas de su pelaje. Mas ¿qué hay del privilegio de no pertenecer a una especie inferior y de la misión de nuestra especie? El ingrediente intelectual era débil en la personalidad de Cissy, pero en él no faltaba la astucia, pese a toda la suavidad de ella.

Extendida en la arena —la brisa estaba cargada de olores de playa: palomitas de maíz, mostaza—, Cissy respondía sin fatiga a preguntas (que yo no oía) hechas por Simón, junto a ella con sus pantaloncitos encarnados de baño:

—Tonteras. ¡Qué borrico eres! ¿El amor? ¡Bah!

Sin embargo, su complacencia parecía genuina.

—Me alegra que me hayas traído aquí, Simón, todo tan limpio. Es divino.

No me gustaba ver forcejear a Simón para convencerle de esto o aquello. Casi todo lo propuesto por él era rehusado por ella.

—No lo hagamos —proponía—, pero digamos que sí lo hemos hecho.

Semejante política de Cissy lo desviaba del recto camino que yo le conocía y

hasta lo inclinaba a cierta tosquedad en su intento de conservarla. Igual a los perros, Simón jadeaba con la lengua fuera, a fuerza de empeño y chifladura; en él advertía yo, no obstante, un fondo de irritación que se manifestaba en dos lamparones rojos, uno a cada lado de la nariz. Yo lo comprendía bien, porque nuestras dificultades con sendas mujeres —Esther y Cissy— no diferían en mucho. Era la misma Troya para los dos.

Lo que estaba sucediéndonos habría dado a la Abuela Lausch las satisfacciones de una profetisa. A la Abuela o al espíritu de la Abuela, pues lo que quedaba de ella había sido engullido por el hogar para ancianos, una partida dé finalistas a quienes estaba reservada permanentemente una sorpresa: la de cuál de ellos saldría de juego en la próxima vuelta. Yo registré el buen éxito de su predicción a nombre de la Abuela. En cuanto a Simón, él y yo comenzamos a sentirnos cerca uno de otro, como antes cuando no había disidencias todavía entre nosotros. La reunión no llegó a darse, en realidad, pero yo sentí de nuevo mi amor por él. Lo veía de pie junto al agua, llevando sobre los hombros una bata floreada de Cissy, y entonces me parecía craso y valiente al mismo tiempo, como si se hubiese sentido juguetón con el usufructo de los favores de la chica.

Acompañé a ambos al vaporcito del anochecer, porque Cissy rehusó quedarse allí hasta la mañana siguiente. Estuve en cubierta con ellos durante el largo proceso del crepúsculo. Todo se volvió azul, al cabo, y no había luz de ninguna especie. Las nubes que bogaban hacia la ciudad se veían otoñales y pesadas, liberadas del poder del sol postrero.

—Y bien, Augie —dijo Simón—, puede que nos veas casados en los próximos meses. ¿Me envidias? Apuesto a que sí.

Cubrió a Cissy con sus brazos y, apoyando la barbilla en el hombro de la chica, la besaba en el cuello. El modo llamativo de enamorarla que tenía Simón me resultó curioso: poner una pierna entre las de ella y esparcir los dedos de sus manos en sus mejillas, por ejemplo. Cissy no se negaba a nada de lo que él hiciese, aunque sus labios pronunciaran solamente negativas. Hablando, a ella le faltaban cordialidad y finura. Con las manos metidas en las mangas de su abrigo blanco para combatir el relente, Cissy se colocó junto a un bote salvavidas. Simón, en mangas de camisa debido a la quemadura de sol, llevaba puesto su sombrero de panamá, cuya ala era trabajada por el viento.

9

Justamente cuando la señora Renling hubo terminado de fabricar su capullo en torno a mí, yo alcé el vuelo. La razón principal de esto fue una propuesta de adopción que me hizo ella. Me convertiría en Augie Renling, viviría allí y heredaría su fortuna. Qué había tras ello, no sé si acertaré a explicar. Por lo pronto, algo adoptable formaba parte de mi personalidad. Tal cosa se vinculaba sin duda con el hecho de haber sido prohijado por la Abuela Lausch en tiempos pretéritos, para complacer y recompensar a la cual me mostré dócil y agradecido como un hijo adoptivo. Si no resulté después tan manejable, esto constituyó la sorpresa oculta de mi entraña. ¿Por qué, si no, habían recalcado los Einhorn —para proteger a su hijo Arthur— que estaban lejos de dejarme entrar en la familia? Pues, porque algo relativo a mi persona sugería una adopción. Pero también hay gente con mentalidad adoptante, con la intención de redondear su tarea terrena. Por ejemplo, la señora Renling, a su modo laborioso y aun espasmódico, también tenía un apostolado que cumplir sobre la redondez de la Tierra.

No era fácil averiguar cierta peculiaridad de la señora; a saber: cuál era su deseo recóndito, debido esto a su rapidísima conversación y a su maniática índole. Esto sí, ella quería probar lo que es ser madre. Yo, a mi vez, me hallaba en un estado huidizo respecto a la totalidad de sus intenciones en cuanto a mí. ¿Por qué razón transformarme en alguien que ignora quién es? La verdad desnuda: yo aspiraba a un destino mejor, lo cual quedó en claro cuando se trató de alistarme… como hijo. Nada de rencor guardaba yo contra los Renling, sino gratitud, pero no era mi propósito el dejarme embutir en el mundo de la señora a fin de cohonestar lo que ella afirmaba ser. Existe una clase de gente que confía en salir justificada y cuyo pensar resultará, de igual manera, tan sustancial como las siete colinas romanas. Esa gente imagina que, difundiéndose su poderío, será vindicada por una Ciudad Eterna en el día mismo en que otros fundadores se hayan hundido con sus ladrillos y argamasa porque su pensar no era firme y edificaron en tierra cenagosa. Esto significa no haberse construido a lo largo y lo ancho de América del Norte una sola Torre de Babel en común, sino centenares de miles de comienzos aislados. Gente enérgica que levanta muros contra la incertidumbre y el dolor, para no verlos, así como la hay menos belicosa y que solo alza su esperanza contra aquellos. Y la señora Renling estaba entre los fuertes y esto ha de haberle venido, ya que no hacía nada en forma ostensible, de su escondida labor.

El señor Renling se dijo dispuesto a adoptarme y satisfecho de ser padre mío. Tal confesión era excepcional en él. Desde su punto de vista, sería mucha suerte para alguien criado por mujeres pobres el ser rescatado de la loca carrera hacia el éxito y salvado por el efecto de dos personas: esta buena fortuna toca a pocos.

Cuando referí a la señora Renling que Simón iba a casarse con la hija de un mercero arruinado, ella empezó a analizar el hecho y enterarme del aspecto sociológico de aquel. Me señaló el futuro de mi hermano: un apartamento de mala

muerte, los pañales colgando en la cocina, los créditos y sus dificultades, la prematura vejez de Simón por ansiedades, frustración espiritual y el cautiverio que suponen una mujer e hijos.

—Tú a los treinta, en cambio, solo comenzarás a pensar en casarte, Augie —me decía—, y tendrás dinero, cultura y mujeres capaces para elegir. Aun alguien como Thea Fenchel. Un hombre culto y dueño de un negocio es un rey. Mira a Renling y adonde ha llegado con inteligencia. Pero sabiendo ciencia, literatura e historia, habría salido un príncipe y no un hombre próspero apenas.

La mujer tocó el punto sensible al mencionar a los Fenchel. Abrió una tentación ante mí, pero solo una tentación y ello no era suficiente, con todo. Esther Fenchel no me aceptaría jamás. Por otra parte, aun cuando enamorada todavía, mi actitud había cambiado. Yo daba más y más crédito a lo dicho por su hermana. Si me dejaba herir por la verdad, debía conceder que no tenía la mínima esperanza. Y la señora Renling ejercía tierna presión sobre mí. Me llamaba «hijo», me presentaba como «nuestro jovenzuelo» y acariciaba mi cabeza. Yo era un mozo fuerte y dueño de su vida sexual, no ya un párvulo de ocho años de edad. Se tornaba necesario rever mi caso.

Nunca creyó la señora Renling que yo rechazaría la adopción; antes bien, me suponía —sin pruebas— ególatra y ambicioso como todo hijo de vecino. Si yo abrigase reparos, por tanto, no se los comunicaría, así como no me comunicaba ella su íntimo parecer tocante a mí. Y si yo abrigase la idea de socorrer a mi madre o hermanos, tampoco. Jamás les había visto la señora, ni pensaba hacerlo en su vida. No ofreció conocer a Simón cuando este pasó por St. Joe, por ejemplo. En esta historia había algo de la de Moisés y la hija del Faraón, salvo que yo no era un infante abandonado entre los juncos, de ningún modo. Tenía yo familia en cantidad suficiente y antecedentes a los que remitirme y ser leal. No había sido nunca un expósito.

De modo que rehusé, tanto las insinuaciones como la propuesta directa. Al señor Renling le hablé así:

—Agradezco las bondades de ustedes, que son el súmmum. Más: estaré reconocido por el resto de mi vida. Pero mi parentela… Tengo el presentimiento de que…

—¡So tonto! —dijo la señora—. ¿Qué parentela? ¿Qué parentela?

—Pues, mi madre, mis hermanos…

—¿Qué tienen que ver con esto? ¡Pamplinas! Dime dónde está tu padre, ¡dime!

No pude.

—Ni siquiera sabes quién es él. Augie, no seas pánfilo. Una familia es quien te da algo concreto. Renling y yo lo seremos por tener qué ofrecerte. ¡Todo lo demás es tontería!

—¡Bueno, mujer! Déjale pensarlo —terció Renling.

Presumo que el señor Renling estaba indispuesto aquel día. Se le veía un remolino en la coronilla y los tirantes del pantalón asomaban por el chaleco, lo cual era señal de que sufría con desesperanza muy suya, sin relación conmigo: en

condiciones normales, su presentación era perfecta.

—¡Qué pensar ni qué niño muerto! —gritole su mujer—. ¡Ya ves cómo piensa! Si no quiere ser un botarate y trabajar para otros toda la vida, debe aprender a pensar antes. De habérselo permitido yo, él ya estaría casado con una camarera, esa india con nariz de boxeador, y esperando un hijo. Dentro de dos años, ya estaría a punto de matarse con gas. ¡Ofrécele oro y escoge la basura!

Ella continuó hablando así y me aterró; hasta Renling se mostraba perturbado. No en demasía, sino a guisa de un ave nocturna, veterana de la luz diurna y dispuesta a volar a su través, si fuere preciso; y lo hará, lo hará crudamente, como una sombra parda y pesada, mas solo si fuere preciso. Entonces volará hacia la espesura, para meterse de nuevo en su oscuridad, hasta nueva alarma.

En cuanto a mí, siempre he oído decir a las mujeres que carezco del conocimiento profundo de la vida, que ni conozco el daño que inflige ni sus pasmosos éxtasis y gloria, no teniendo yo los pechos en que recibir sus golpes ni la fuerza para medirme con ella. La gente me ha enseñado logros, títulos y patentes, pruebas de haber cruzado por el infierno y el paraíso, muestras sacadas de sus descubrimientos (y visibles, por lo común, como bultos y protuberancias en el rostro), con todo lo cual, en especial las mujeres, me han demostrado mi ignorancia. He aquí a la señora Renling, amenazándome por una parte y exclamando —por otra— que a un deficiente mental hijo de retrasados, como yo, la vida lo arrollaría antes de entrar por los portales. Nada más oírla, cualquiera hubiese creído que nací para la molicie, la comodidad y la luz del sol, sin mácula ni melancolía de ninguna especie. Si yo desechaba la oportunidad, me aguardaría el olvido y sería perseguido por los malvados. Traté de aceptar la verdad en lo que ella decía.

Solicité una prórroga para la meditación. La favorecería el clima de comienzos de otoño —fino aire, áster amarillos paseos en batea, jinetes por el camino de herradura —: el momento justo de disponerse a pensar. Y solicité una tarde libre para ir a consultar a Einhorn.

La suerte volvía a sonreír a este último, quien acababa de instalar una oficina. Se había mudado del salón de billares al edificio de enfrente, desde donde podía vigilarlo. Tales cambios le tornaban un tanto presuntuoso, máxime porque en su horizonte figuraba ahora una mujer enamorada de él, lo cual le daba empuje. Había empezado a publicar otra vez su periódico para reclusos, mediante un mimeógrafo; una lectora llamada Mildred Stark, inválida como Einhorn, se había prendado de él. No se trataba de una mozuela, sino de una mujer de treinta años, algo voluminosa pero, aun cuando debilitada por la lucha, de pelo y cejas vigorosos, oscuros. Mildred respondía en verso a los poemas inspirativos de Einhorn y, un buen día, se hizo llevar por una hermana a la oficina de su amado; se negó incluso a marcharse de allí —esto constituyó, en sí, un espectáculo— si él no le prometía antes un empleo formal. Mildred no exigía goce de sueldo, sino ser rescatada del tedio hogareño. Usaba calzado ortopédico, pues su mal radicaba en los pies, y se movía con lentitud, por

consiguiente: Luego fui enterándome de que los impulsos de Mildred sobrevenían en tropel, tropezaban con el material «no conductor» de sus pies deformes, retrocedían pues y quedaban en estado de fermentación hasta que ella se ponía lívida. Y entonces, ¡el estallido! El paso de una niñez lisiada a la condición de mujer en similares condiciones había producido en Mildred un talante saturnino y no poco resentimiento. Su vida era un ambiente viciado: imposible aparentar satisfacción, por lo mismo.

Mildred no estaba entregada, con todo, aunque jamás se recobró del disgusto de parecer una persona mayor que sus años, agraviada por no haber tenido descendencia o por haber sufrido desengaños de manos del varón. Esto era una llaga indeleble, pero que dejó de avanzar desde que Mildred hubo conocido a Einhorn y pudo amarle, con su permiso.

En un comienzo, Mildred acudía dos veces por semana, o tres quizá, a pasar cartas de Einhorn a máquina; terminó convertida en secretaria exclusiva, auxiliar y confidente, alguien en condiciones de anunciarse con un dejo bíblico: «Yo soy Tu sierva, Señor». Servíase de la silla de ruedas que empujaba, como de apoyo, arrastrando sus pobres pies. Einhorn iba desembarazado, laxo, servido y satisfecho. Fingía severidad e impaciencia, pero la verdad era otra. Y lo vi parecido a Chantecler: dotado de viriles atributos, músculos contraídos y pletórica cresta, gallardo, vivo y orgulloso, con lujuriante penacho.

¡Pero hete aquí que otros hechos descrestan a nuestro gallo! ¡Lástima de brío! La humanidad no estila pareja simplicidad: no traza una única línea en el polvo, sino un vasto ramaje. Si era punzante el ánimo de Einhorn, terroso era su color. Súmase a esto la fealdad del nuevo apartamento, su sordidez y menoscabo; el escaso lucimiento de la calle y la gentuza que deambulaba; un todo pródigo en impostura y artimañas, como picado de viruelas y afeado por tintes sombríos.

Mildred resultaba aceptable para Tillie Einhorn, hasta donde era posible barruntarlo. El influjo de su marido era tal que a Tillie le hubiese complicado la vida el juzgarlo errado. Pensad en cierto talante que se apodera de las personas como se mete la horma en un zapato y se posesiona de él: en el caso de Tillie, la limitación física de Einhorn se había transformado en horma y esta mujer ya tenía el hábito de hacer concesiones por amor a él.

Así hallé a Einhorn cuando fui a pedir su consejo en el asunto de mi adopción por los Renling: atareado en demasía para prestarme atención. Sus ojos se desviaban hacia la calle mientras yo le contaba mis novedades. Acto seguido, me pidió que le empujase hasta el cuarto de baño, cosa que hice, sobre ruedas que a gritos reclamaban lubricación. Su única respuesta fue:

—La verdad, es bastante singular lo que te ofrecen. Has entrado con el pie derecho…

Le pareció que mi venida obedecía al deseo de darle noticias mías, no que hubiese dificultad alguna al respecto, de modo que siguió en lo suyo como si nada. Estando

allí Mildred Stark, tuve un ejemplo vivo de lo que significa apegarse a una familia y ser absorbido por esta.

Pasé el resto de la tarde en el centro de la ciudad y, mientras comía un bocadillo en Elfman's, observando a músicos sin trabajo en el rincón de Dearborn, vi a un tío llamado Clarence Ruber andando por la calle. Golpeé en el vidrio con mi anillo para atraer su atención. Entró, pues, y conversamos. Yo le conocía del Crane College, donde él llevaba las apuestas de béisbol en el café Enark. Callado pero soez, de cara lisa, culo gordo y rizos asirios que orlaban su frente, me enfrentó en camisa de seda, corbata amarilla (también de seda) y un terno de franela gris. Por mis ropas notó que yo estaba en buen pie e intercambiamos información, entonces. Él había abierto una tienda en la margen norte del lago, asociado con la viuda de un primo carnal, mujer que contaba con un dinerillo. Vendían lámparas, cuadros, jarrones, ceniceros, chalinas para poner sobre pianos y otras chucherías. No les iba mal porque ella tenía experiencia, habiendo sido decoradora de hoteles antes de la Crisis y contratada junto con su marido.

—Hay pasta en este negocio —me dijo Ruber—. La gente paga por ser manejada de cierta manera y deslumbrarse. Porque, si lo supiesen, comprarían esta basura en la quincallería; pero no se fían del propio gusto. Es negocio de mujer. Precisas captarte al cliente haciéndole cosquillas en la panza…

Le pregunté qué estaba haciendo aquí, entre músicos.

—Pues, nada, hombre, que he venido a ver al inventor de una pintura con goma laca, para cuartos de baño. No se deteriora con el agua.

Ruber pensaba llenarse los bolsillos con ese producto, que él mismo saldría a ofrecer, gracias a las conexiones de la viuda. Dicha pintura preservaba los muros de la humedad con absoluta eficacia. Su creador estaba por iniciar la producción. Y por lo tanto, dado que él debería ausentarse de la tienda y yo sabía tratar a la clientela ricachona, se le ocurrió que sería yo el hombre indicado para esto último.

—Ya no quiero más puñeteros parientes en mis negocios —dijo—. Me amargan la existencia. Así, pues, si te interesa, ven a verme y, si te gusta, hablaremos…

Sabedor de que ya no me quedaría con los Renling si no me dejaba adoptar por ellos —cosa que con seguridad me asfixiaría—, cerré trato con Ruber. Fabriqué un cuento acerca de la maravillosa oportunidad comercial que me brindaba un excondiscípulo y salí pitando de Evanston ante la ira glacial de la señora Renling y el frescor de su cónyuge, quien, pese a todo, me deseó buena suerte, y me ofreció potencial ayuda si yo llegara a necesitarla.

Alquilé un cuarto en la zona sur, escaleras arriba, en una casa de la avenida Blackstone. Estaba en el cuarto piso, junto al retrete, y había bastante polvo. El barrio, cercano al Hogar Nelson, me permitió visitar, en el domingo de mi arribo, a la Abuela Lausch. Ella se había igualado ya a los demás habitantes del edificio, a mi manera de verlo. Perdida su independencia, débil, cegata como un topo y como tanteando a su alrededor para encontrar las cualidades de antaño con que enfrentarme,

la Abuela me saludó como si hubiese olvidado los agravios que nos separaban. Nos sentamos en la sala de visitas, entre silenciosos ancianos, y enseguida me preguntó por Georgie. Le llamó «el idiota» pues se le había borrado su nombre. Esto me llenó de estupor, hasta que hube pensado en qué breve lapso de su vida había pasado esta mujer con nosotros, en cuántos canalizos y aguas muertas habría navegado en su tiempo.

Así como existe una fuerza o porfía en la gente que aspira a que nada se sepa jamás de ella, así también llega el momento en que esta actitud deja de ser útil para personas decrépitas y hasta se convierte en una suerte de ceguera. ¿De qué puede servirles, tan cerca de su muerte? Tal vez para beneficio de sus testigos, ya que los seres humanos tenemos motivos para suponer ventaja y provecho para alguien en todas las cosas y aun en los peores lodos, desechos y subproductos ponzoñosos. Un encanto de la medicina sintética o de la industria química radica en los infinitos usos de las cenizas, escoria, huesos y fimo; mas mucho distamos de la capacidad de aprovecharlo todo. Sí; y además una verdad puede enfriarse si vive presa e incomunicada; tampoco sobrevivirá fuera de las mazmorras de la Bastilla; y si son sanguinarios quienes la rescatan, menos todavía. Esto sucedía a la Abuela Lausch, con escasos meses de vida por delante. Con su vestido negro de Odessa engrasado y blanqueado, con su sorpresa de gata vieja, probablemente sin haberme reconocido del todo y con la bizquera producida por negar empecinadamente ciertos hechos, la vi vacilante y hasta lunática en su chochez. ¡Nada menos que ella, a quien solíamos presumir poderosa e inconmovible! De veras, el espectáculo que daba la pobre me sacudió. Por supuesto, me recordaba, pero lentamente. Me pareció que estaba reconocida por mi visita y le prometí volver, ya que vivíamos cerca uno de otro, mas aquel mismo invierno una pulmonía se la llevó.

En mi nuevo empleo estuve mal conceptuado desde un principio por la socia de Ruber, una mujer disconforme a la cual no caí bien. Llevaba un abrigo de piel a guisa de capa y un sombrero, que hacía juego con aquel, provenía de la misma especie animal y le quedaba como una corona espinosa. El rostro de la viuda expresaba conciencia plena de sus imperfecciones: pésima piel y labios delgadísimos. Padecía esta mujer de trastornos estomacales y de un mal genio apenas refrenado. Lo cierto es que me cortaba los vuelos, impedía que yo recurriese a un estilo aprendido con clientes de mejor clase, a mi parecer, y no me permitía acercarme a la clientela de fuste. Cerraba con llave los cajones en la trastienda, para que yo no me enterara del coste real de los artículos en venta. La mujer pretendía recluirse allí atrás, ejecutando lay labores auxiliares, o me mandaba por menudencias a las alfarerías de la avenida Wabash, que funcionaban en el desván: todo esto con la mal disimulada intención de ponerme de patitas en la calle. De modo que, apenas hubo entrado en producción la pintura de mi cuento, me convertí en corredor de comercio, según lo proyectado por Ruber y por mí. Ruber me dijo que en realidad no me necesitaba, ya que yo parecía satisfecho como recadero y poco me preocupaba el negocio.

—Supuse que tendrías buenas ideas —me dijo— y serías algo más que simple asalariado, pero no ha resultado así.

—Lo que pasa —repuse— es que la señora Ruber tiene demasiadas ideas acerca de mí.

—Ya lo sé. He visto que ella trata de suplantarte en todo lo posible. Mi pregunta está en por qué se lo permites.

Me quitó, pues, el salario y me puso a comisión. No viendo otra posibilidad que la de aceptar, empecé a viajar en tranvía con un bote de pintura en la mano y visitar hoteles, hospitales y demás, tratando de obtener pedidos. ¡Un fracaso! Me enfrenté con una terrible falta de dinero y con gente peculiarísima. La señora Ruber se decía bien conocida en hoteles donde la cosa no era tal (o los gerentes no lo reconocían hasta que yo no hubiese declarado mi propósito); tampoco era sencillo el entrevistarles en la vastedad de aquellos hoteles de mármol y lacayos, aptos para pontífices, sobre la orilla del lago. Muchos entre tales establecimientos ya tenían contratistas o arreglos turbios con determinados empresarios; manejados por síndicos designados por los tribunales y con las sociedades originarias en bancarrota, estos hoteles habían entrado en curiosas combinaciones. Los síndicos mismos iban tras el provecho que les podía dar las contrataciones de seguros, fontanería, decoración, proveeduría, concesión de bares y demás engranajes de la maquinaria. El ser remitido por un gerente al contratista de pintura era una pérdida de tiempo. Los contratistas no tenían interés en ver lo que yo les ofrecía, lo cual quedó claro para mí después de mis largas esperas en sus oficinas.

Estábamos en pleno invierno ya, con temperaturas bárbaras. El ir hacinado en los tranvías por toda la ciudad, a veces durante horas, te dejaba en estado soporoso como el del gato junto al hogar crepitante, debido al aire viciado que en su interior se respiraba. Algo te producía confusión, además, en la uniformidad de los objetos, la similitud de sus piezas, el tipo gráfico de las columnas de los periódicos y los ladrillos de los edificios. Hay peligro en el sentarte y ser transportado sobre ruedas mientras vas observándolo todo, como el de convertirte en un carretel sin fin, si acaso no tiene mayor sentido el viaje. Y si cae algún sol sobre las polvorientas ventanillas del tranvía, surcadas como por lágrimas ya secas, esto será dañoso para tu mente, mucho más que capas y capas de nubes gris acero, brutales y sin remedio. Jamás ha habido civilización sin ciudades, pero… ¿qué hay de ciudades sin civilización? Es cosa inhumana tener amontonada a tanta gente, gente que no suscita ningún claror espiritual por acción recíproca. Mas no, esto no es posible: aun lo opaco engendra vida y lo dicho no ocurrirá.

Entretanto, algunas ventas logré. Karas, primo político de Einhorn, de las empresas Holloway, me dio una oportunidad y adquirió unos cuantos galones de pintura para probar en un hotelucho de la calle Van Burén, cerca de la estación ferroviaria. No la utilizaría en ninguno de sus establecimientos de categoría, me dijo, por el olor que despedía esa pintura bajo los efectos del calor y la humedad reinantes

en el cuarto de las duchas. Obtuve también un pedido de un amigo de Ruber, que vivía en el cruce de State y Lake, médico abortista que estaba decorando su apartamento. Ruber intentó sacar tajada de mi comisión, argumentando que mi ayuda no le habría resultado necesaria para una venta como esta. Yo hubiera renunciado en el acto, de no haber estado al tanto de la situación crítica que se reflejaba en la sección de anuncios clasificados del *Tribune*. Mis ingresos no alcanzaban para el sostén de Mamá, aunque sí para mis gastos: al menos, Simón no debía sufragarlos. Él estaba, esto sí, descontento de mi renuncia a vivir con los Renling como hijo adoptivo. ¿Cómo casarse si debía subvenir, él solo, a las necesidades de Mamá? Sugerí que Cissy y él fuesen a vivir con ella, pero me lanzó una mirada negra mi hermano y comprendí que mi futura cuñada se oponía a la mudanza.

—Simón —dije—, tú sabes que no pretendo defraudarte y que haré todo lo posible…

Nos encontrábamos en Raklio's, tomando un café, con la muestra de pintura sobre la mesa y mis guantes encima del bote. Con sus costuras abiertas, los guantes hablaban de mi decadencia. Mis ropas mostraban señales de mugre, para un corredor de comercio, respecto a cuya apariencia rigen leyes que garantizan en él cierta fortaleza de carácter. Me hallaba, sin que esto me importara mucho, bien por debajo de la norma, incapaz de pagarme trabajos de tintorería y simple reparación.

Mi modo de vida estaba tornándose tosco, como el del intruso que ocupa casas deshabitadas, por indigencia. La calefacción no llegaba hasta mi cuarto del último piso, así que de noche yo usaba medias y abrigo para dormir. Por la mañana, bajaba a calentarme en la botica con una taza de café y trazaba mi ruta del día. Llevaba mi navaja en el bolsillo, para afeitarme en el centro con el agua caliente, jabón líquido y toallas de papel de los lugares donde se obtienen gratuitamente. Comía en las cafeterías de la Asociación Cristiana de jóvenes y me iba sin pagar cada vez que podía. Me sentía vigoroso a las nueve de la mañana, pero mis esperanzas se habían disipado hacia las doce, y una entre mis penurias era la falta de sitios en que descansar. Pasar la primera tarde en el banco de la nueva oficina de Einhorn estaba dentro de mis posibilidades; él estaba acostumbrado a permitirlo a mucha gente sin ocupación inmediata. Pero, habiendo sido empleado suyo, yo debía hacer diligencias para Einhorn, en este caso, y las hacía, viajando constantemente en tranvía. Por lo demás, me sentí obligado para con Simón: yo no me permitía vagabundear, aunque el moverme porque sí carecía de sentido. Lo cual sucedía, sin embargo, a todos cuantos yo veía trasladarse de un punto a otro por lo inhóspito y deleznable de todo lugar. Me venía a las mientes el ejemplo del Hijo del Hombre, sin dónde apoyar Su cabeza; o el de que perteneciese al mundo en general; salvo que la comprensión iluminada de ello escaseaba y nadie tenía idea clara de lo que estuviese aconteciendo sobre la faz de la Tierra. Y yo con mi bote de pintura a cuestas, sin más idea que otros. Pero cuando me hube puesto en camino, no bastaron los tranvías, ni Chicago sirvió para contenerme.

Saliendo de una estación del tren elevado, un día en que la nieve se derretía hacia

finales del invierno, me topé con Joe Gorman, a quien no había visto desde nuestro robo de carteras. Vestía un buen abrigo azul marino de corte angosto y llevaba un sombrero de fieltro moldeado como un pan por sus dedos. Estaba comprando revistas. Tenía aspecto saludable, realzado por un sólido desayuno y el frío que hacía, pero lo natural hubiera sido encontrarle recién salido de un garito donde había jugado al póquer la noche íntegra. Me echó un vistazo en que fue abarcado ampliamente el bote de pintura, y comprendió mi situación. Mi semblante mismo hablaba de alguien ya vencido o a punto de estarlo.

—¿En qué asuntos andas? —me preguntó y, cuando se lo hube explicado, agregó, sin ninguna nota de triunfo—: ¡Qué primo eres!

Por cierto. No me defendí mucho.

—Así conozco a mucha gente —expliqué— y, donde menos se piensa, salta la liebre.

—Iluso. ¿Y qué, si acaso llegas a conocer a alguien? ¿Crees que te ayudará por tu linda cara? Hoy por hoy, la gente piensa en su parentela antes que nada. ¿Te van a dar a ti la gran oportunidad? ¿Qué tienes tú en materia de parientes, a ver?

No mucho. Five Properties andaba manejando todavía su camión de reparto de leche, pero no pensaba yo pedirle empleo ninguno. Coblin había perdido todo en el derrumbe económico, excepto su reparto de periódicos. De cualquier manera, yo los había visto rara vez desde el entierro del comisionado.

—Te invito a comer un poco de queso y de pastel. ¡Ven! —me dijo, haciéndome entrar en un restaurante.

—¿Y a ti cómo te va? ¿Alguna vez te encuentras con Bulba?

—A ese tonto redomado no lo veo ya. No me sirve. Está metido en una organización, ahora. Es un matón a sueldo y trabaja para un sindicato. Yo no le necesito en mi campo, pero puedo hacer algo por ti si quieres pasta y rápido.

—¿Es arriesgado, di?

—Nada parecido a lo que te preocupó aquella vez. Ya no ando en esas. No es legal, lo que hago, pero es fácil y seguro. ¿Qué te parece que puede ser, si entra la pasta tan fácil?

—Dímelo tú.

—Pasar inmigrantes por la frontera de Canadá, desde Rouse’s Point hasta Massena Springe, en el estado de Nueva York.

—No —dije, recordando mi conversación con Einhorn—, no puedo.

—Es algo sin importancia…

—¿Y si te atrapan, qué?

—¡Si me atrapan! ¿Y si no me atrapan? —dijo, usando un humorismo medio salvaje en su tono—. ¿Quieres que ande yo dando vueltas, vendiendo pintura de casa en casa? Prefiero estarme quieto, como la llamita piloto en medio del gas; pero quieto, me chiflo.

—¡Es un delito federal!

—Lo sé bien. Estoy tratando de hacerte un favor. Es cosa de dos o tres viajes al mes. Sucede que estoy cansado de conducir yo solo. Si vienes y me relevas al volante hasta Massena Springe, te daré cincuenta dólares por vez, más todos tus gastos. Si te decides por el viaje entero, te los subiré a cien dólares. Ya tendrás tiempo de pensarlo en el camino. Volveremos dentro de tres días.

Acepté, considerándolo como verdadera oportunidad. Si me quedaban cincuenta dólares libres, esto tranquilizaría mi conciencia respecto a Simón. Yo estaba harto de vender pintura. Calculé que un poco de dinero sobrante me permitiría buscar otro trabajo durante un par de semanas, como mucho, y aun hallar la manera de regresar a mis estudios, de los que no había desistido por ahora. Por otra parte, yo ansiaba en mi fuero interno evadirme de la ciudad. En cuanto a los inmigrantes, me pregunté por qué no podrían estar con nosotros si tanto lo deseaban: aquí tenemos mala suerte para repartir, me dije.

Regalé la pintura a Tillie Einhorn, para que decorase su cuarto de baño, y temprano por la mañana fui recogido por Joe Gorman en un Buick negro preparado para correr más de lo normal. Esto lo supe desde el primer momento, por la energía infernal que demostraba el motor. No había acabado yo de instalarme en el asiento, con una muda de camisa envuelta en papel de diario sobre el asiento trasero, cuando ya íbamos por la zona sur, pasando por los terrenos de Carnegie Steel; luego los médanos, apilados como azufre; luego el pueblo de Gary, al que dejamos atrás con dos virajes, y luego ya en camino a Toledo, a mayor velocidad, tragando leguas desorbitadamente, librado el motor a su ciclópea índole.

Esbelto, asido nerviosamente al volante y con los colores dando vida a su rostro de nariz quebrada, Gorman mostraba respecto al coche los sentimientos de un jinete hacia su montura. Estaba patente el placer que sentía en hallar cauce para su naturaleza nerviosa. Pasado que hubimos a la ciudad de Toledo, tomé su lugar; de tanto en tanto yo sentía sobre mí su mirada sardónica, juzgando mi modo de guiar, hasta que me dijo lacónicamente:

—¡Acelera, chico!

Me disculpé aduciendo que no había tomado la mano al coche, aún, pero estuvo claro que no le agradaba mi manejo, en especial porque yo no pasaba a los camiones en una colina. Gorman me quitó el volante mucho antes de Cleveland.

Comenzaba el mes de abril, por lo que anocheció temprano, ya cerca de Lackawanna. Cuando, habiéndola dejado atrás, nos detuvimos para comprar gasolina, Gorman me dio un billete para hamburguesas; fui primeramente al retrete y, desde un ventanuco, vi a un guardia echando una buena ojeada al coche. De Gorman, ni señales. Atravesando la cocina, inadvertido por un negro que estaba lavando platos, salí al patio trasero y discerní a Gorman dirigido como una exhalación hacia los matorrales y los árboles que nos separaban del campo raso. Corrí paralelamente y le

alcancé en la arboleda, donde poco faltó para el desastre: no me había reconocido y tenía un arma en la mano, la pistola de que me habló Einhorn un día. La desvié, tomándola por el caño.

—¿A santo de qué ese chisme?

—¡Suéltala o te hostio!

—Pero ¿qué te sucede? ¿De quién huyes? Como mucho será una multa por exceso de velocidad.

—Es un auto mangado.

—¿No es tuyo?

—No. Robado.

Echamos a correr nuevamente, pues oíamos la motocicleta del guardia en las cercanías, y nos lanzamos de bruces en un campo arado. Era campo abierto, bajo la última luz. El guardia llegó hasta la arboleda y miró en derredor, mas sin pasar de ahí. Por suerte, pues Gorman lo tenía encañonado y en una corajina podría haber apretado el gatillo. De pánico, regurgité con sabor a vómito. Dio media vuelta el guardia, inconsciente de nuestra furtiva sombra, alumbrando las rudas plantas perennes con su lámpara; nosotros dos escapamos a campo traviesa, hasta que estuvimos lejos de la carretera principal. Había algo espectral en estos parajes pintados de azul por la luz vespertina. Las chimeneas de las fábricas de Lackawanna despedían un hedor rancio a los cielos, como salido de turbias e inmensas cazuelas.

—No ibas a tirar, ¿verdad? —inquirí en voz baja.

Gorman guardó el arma, levantando un hombro para ello, como la mujer que se acomoda el corpiño. Habrá discurrido para sus adentros, cada uno de ambos, en la pobre pareja que conformábamos; yo, en particular, acerca de la vanidad del temerario; él, con menosprecio, que yo tenía el corazón bien puesto y otros vilipendios de billarista.

—¿Por qué corriste? —preguntó él.

—Porque te vi correr.

—Y tuviste miedo.

—Eso también.

—¿Se habrá dado cuenta el tío del garaje de que somos dos?

—Me parece que sí. O, si no ese, alguien más, que estará preguntándose por dónde diablos andaré yo.

—Entonces hay que abrirse. Estamos ya cerca de Buffalo. Paso por ti mañana por la mañana, a las nueve, frente a la oficina central de correos.

—¿Cómo, que pasarás por mí?

—En otro coche que me agenciaré. Tienes diez dólares para tus gastos. Tomarás el autobús para allá. Tratemos de no encontrarnos.

Nos separamos, por tanto, y me sentí menos intranquilo sin él.

Observando mi partida, puntiagudo el hombre en todo sentido, Gorman daba la impresión del especialista venido de la ciudad a estos andurriales interurbanos. Yo

arranqué cuesta arriba, pero al cabo volvió grupas él también y empezó a descender por la ladera de la colina a buen andar, raspando su calzado en los guijarros del camino.

Yo marché extensamente hasta una carretera lateral que me llevó a la parada del autobús. Me eché cuerpo a tierra al aproximarse un vehículo de la guardia civil del estado, con sus faros encendidos. ¿Qué podía estar haciendo allí sino buscarnos? Lo probable es que mi compañero no se hubiese molestado en cambiar siquiera la placa de matrícula del coche hurtado. Torné a los campos, pues, y resolví tomar un atajo hasta Lackawanna, en vez de encontrarme con Gorman en Buffalo. Este joven tenía demasiados bríos para mi paladar: un inspirado que no casaba conmigo. ¿A qué esperar en el barro que cometiese un impetuoso delito? Esto me valdría una áspera condena por complicidad. Cuando le hube dejado, ya estaba yo masticando tales razones, con rumbo a la ciudad de Chicago, en puridad.

Decidí correr, porque estaba harto de cuidar el recto camino, y así llegué al borde del lago Erie. Allí divisé una muchedumbre que circulaba en coches anticuados, esgrimiendo carteles y banderas, y entorpecía el tránsito. Era —creo— una organización de gente en paro, veterana de guerra en muchos casos, con birretes de la Legión Americana. Yo me sentía atosigado, para entenderles bien en el duro aire de la noche, pero colegí que estaban apercibiéndose para marchar hacia Albany o Washington a fin de pedir un aumento en sus pensiones, para salir del paso. Por de pronto iban a unirse al contingente de Buffalo.

Me acerqué lentamente a esa turba y vi cantidad de guardias por todas partes, en un intento de despejar la carretera de acceso a la población. Me pareció seguro el mezclarme, no ir hasta el centro. A la luz de las lámparas, observé cuán enlodado estaba yo; húmedo todavía, el lodo sería difícil de quitar. Entre la gritería y el amontonamiento reinantes, resultó relativamente sencillo el pasar a formar parte del equipo del dueño de un camión en estado ruinoso, mientras anochecía. Así es como quedé apuntando de nuevo en dirección a Buffalo, pese a hallarme en los umbrales de Lackawanna. Bien mirado, esta era la solución practicable, para no ser prontamente detenido por los caminos, con la pinta que llevaba.

Amarrando una lona a la parte trasera del camión, advertí la presencia de un coche patrullero que con su fanal giratorio estaba pintando a la gente de amarillo y carmesí a la par que circulaba con lentitud por entre ella. El miedo me hizo presentir que Gorman iba dentro, sentado con un guardia a cada lado en el asiento de atrás y con rastros de sangre en la barbilla, de significado perfectamente deducible. Esto había andado buscando durante tiempo inmemorial Joe Gorman y, logrado el objetivo, se veía animado y vivaz, nada apabullado, lo cual puede haber sido pura apariencia, así como el rojo de la sangre se veía negro. Lo cierto es que me sentí sumamente dolorido al verle esposado.

El coche de la policía siguió de largo y el camión, en que se hacinaban como ganado unos veinte hombres, arrancó pesadamente, a la merced del estado

atmosférico: lluvia, en primer lugar, y luego un viento húmedo que se trocaba en vapor al contacto con nuestros cuerpos. Mientras traqueteaba el camión volvíanse mis pensamientos al desafortunado Joe Gorman, su detención y la posibilidad que habría tenido de desenfundar o no. Bajo la lona resultaba imposible reparar en la gasolinera —¿estaría allí el Buick todavía?— o en cosa alguna. Hasta que hubo arribado el camión a la ciudad, no vi nada de nada, en realidad.

Me descolgué en medio de la ciudad de aquel camión desvencijado y me hallé de pronto en un hotel donde tontamente no pedí precio, preocupado de que el conserje no viese el estado de mis ropas y todavía aturdido con lo de Joe Gorman. A la mañana siguiente me cobraron dos dólares —el doble de lo que el hotelucho aquel habría costado en cualquier parte— por pasar la noche allí, sumados a lo que me costó un robusto desayuno, que era esencial en ese momento para mi recuperación.

En resumidas cuentas, no sobró el dinero suficiente con que dirigirme a Chicago. Envié a Simón un pedido de auxilio por vía telegráfica, me paseé luego por la avenida principal e hice una excursión a las cataratas del Niágara, donde apenas vi a nadie aquel día junto a la turbulencia de las aguas, solo algunos solitarios como los madrugadores gorriones que se congregan frente a la catedral de Notre-Dame antes de abrirse sus puertas por la mañana. Luego, en plena tristeza de la niebla bruta, te das cuenta de que en otras épocas este frío color de azufre no paralizó a nadie: he ahí la catedral viva para demostrarlo.

Recorrí los húmedos riscos negros junto a las barandillas. Lloviznó otra vez y regresé a correos en pos de la respuesta de Simón, que no había llegado, y aburrí a la niña sentada tras la ventanilla preguntándole lo mismo reiteradamente. Por último entendí que debería optar entre lanzarme al camino y pernoctar en Buffalo de nuevo. Yo estaba aturdido por tanto percance, corrida y dispersión, la vista de Gorman en el coche de la policía, lo atronador del Niágara, el maní y las galletas que ingería como único alimento, mis intestinos estreñidos, los tranvías de Buffalo y la propia ciudad, mojada y hostil. De no haber sido tal mi situación, habría caído en la cuenta de que Simón no iba a remitir dinero alguno, a principios de mes, precisamente cuando debía pagar el alquiler. Me desayuné, de buenas a primeras; esto resultaría así de ríspido y no de otra manera.

Comuniqué entonces a la niña del telégrafo que se desentendiese, pues yo saldría de la ciudad.

Para no ser detenido en la carretera del norte del estado de Nueva York, saqué un pasaje a Erie en la línea Greyhound de autobuses. Al atardecer, pues, me encontré ahí donde hace esquina el vecino estado de Pennsylvania sobre el lago Erie. El apearme en esos parajes no me hizo la menor impresión de haber arribado a parte alguna: Erie es un lugar que espera vida de otros lugares y estaba aguardándola, pues, cuando el vehículo se detuvo por fin.

El hotelucho en que dormí estaba hecho de listones y tablas de chilla y muy poco estuco, con las mantas con quemaduras de cigarrillos, rasgones en las sábanas y

muchas manchas. No me importó, porque eso habría sido peor aún; quitándome mis zapatos, me metí en la cama y sanseacabó. Durante la noche se oyó una borrasca en el lago. Ello no obstante, la mañana siguiente resultó tibia y serena. Salí a la carretera disponiéndome a fatigar mi dedo haciendo señas a los automóviles: no era yo el único. Una caterva de caminantes, solos en general pues eso les facilita las cosas, ambulaba haciendo autostop. Alguna cuadrilla de la CCC[15] andaba por las inmediaciones drenando marismas o plantando árboles. Nadie iba dirigido a ninguna Jerusalén; sin reliquias que adorar, ni condonación de faltas que procurar, solo albergaban la esperanza de mejor suerte en el próximo alto en el camino. Con tamaña competencia, no era fácil conseguir quien te llevara. Mi traza conspiraba en contra: la elegancia de los Renling no se veía ya, tapada por la mugre. Por otra parte, en el afán de poner buena distancia entre la escena de la captura de Gorman, cerca de Lackawanna, y mi persona, yo prefería las marchas forzadas a quedarme estático y vulnerable en la carretera.

La impaciencia me consumía. El tráfico avanzaba por mi lado en largas acometidas. Cuando estuve en Ashtabula, estado de Ohio, pasó por allí un tren de carga en dirección a Cleveland, con «pasajeros» de varia descripción viajando en los furgones o debajo de ellos, además de una decena de tíos persiguiéndolo para encaramarse a él. Les imité, entonces, y con esfuerzo y un empellón que recibí, de anónima procedencia, logré alejarme por fin de la mala fortuna de la carretera.

Trepé hasta la techumbre del vagón, hecha de tablas rojas bien anchas. Se oía la incesante campanada, anuncio del paso lerdo del tren. Había sobrado acompañamiento ahí arriba, que parecía gente de cuidado en su mayor parte. Sentí el movimiento del ganado que transportaba el tren y me llegaba su hedor hasta nuestro arribo a destino.

Cundió la noticia de que estaba pronto a salir un tren rápido a Toledo. Esperamos todos a corta distancia de las vías férreas, en una hondonada, acuclillados entre los hierbajos, sintiendo la creciente ansiedad en nuestro sistema nervioso. La locomotora se aproximó despacio, como un bisonte, negro el caparazón de la caldera. La hilera humana se puso en movimiento a un tiempo, negreando contra el verdor una centena de hombres, me pareció, o tal vez más. Rodeó al tren, estrechándose contra él bajo el cielo encapotado. Yo me metí bajo un larguísimo vagón portador de carbón. Al arrancar aquel, sus ruedas metálicas rechinaron, echando chispas como piedras de amolar, mientras la lluvia caía oscura a los costados del vagón. Había cuatro de nosotros allí: un hombre enjuto, de rostro lupino, cuyas piernas colgaban cerca de las ruedas, mientras las nuestras iban recogidas; mantenía sus manos en la bragadura y sonreía con semblante enfermizo. Al otro lado, un mozalbete. El cuarto hombre era un negro, de lo cual me di cuenta cuando nos ahuyentaron del tren en Lorain. Corriendo, solo vi su impermeable amarillo; cuando lo hube alcanzado, estaba recobrando el aliento con dificultad y con los ojos cerrados, corpulento él, llena de gotitas la barba en torno a su boca.

No era este un tren rápido o quizá lo detuvieron en Lorain por el exceso de pasajeros sin billete. La policía nos desalojó a la luz de sus linternas. Parecíamos una inmensa cuadrilla puesta incómodamente en fila. El tren se internó, más allá de los semáforos, en los oleosos azules de la ferrovía y desapareció.

El jovenzuelo, llamado Stoney, se apegó a mí y me acompañó por la ciudad. El puerto se veía desde la avenida principal. La luz artificial anulaba sus rasgos distintivos y a la lluvia misma. Gasté algún dinero en comprar pan, pasta de cacahuete y dos botellas de leche y eso cenamos.

Pasadas las diez, continuaba lloviendo. Yo no tomaría un tren más, aquella noche, porque estaba extenuado, y entonces propuse echarnos a dormir en cualquier lado y Stoney asintió, de acuerdo conmigo.

En una vía muerta hallamos vagones fuera de servicio, añejos, agusanados y llenos de papeles, paja y un olor a desechos como el que atrae a la rata. Las paredes eran de color gredoso, por obra de los hongos. Nos acostamos entre la basura y en un principio sobró el lugar, pero luego, durante toda la noche, entraron hombres y más hombres que pasaban sobre nuestros cuerpos, buscando dónde estirarse a descansar, hasta que el vagón estuvo repleto. Fue un concierto de gruñidos, tos, gases y gemidos: los rumores de la insatisfacción. Cuando me hube dormido, no fue por mucho rato, porque el hombre extendido a mi vera comenzó a apretarse contra mí y guiar mi mano hacía sí. Terminé dando con su cabeza contra los tablones del vagón, que se habían ablandado con el tiempo. Se calmó el hombre y me dijo, casi riendo:

—Calma; no serás un follonista, ¿verdad?

Acto seguido empezó a hablar mal de las mujeres, entre cínico y esperanzado.

A esto, me fui al fondo del vagón, dejándole con la palabra en la boca. Mala noche, en fin. La lluvia, cayendo ora en un costado del refugio, ora contra el otro, claveteaba nuestro ataúd. Mis sentimientos eran los de un animal pensante; abultados, tristes y nada reconfortantes. Mi corazón obraba como un globo pesaroso que rebasara su espacio concedido en mi pecho, no tanto por un asco que yo no percibía, como por una aflicción que todo lo anegaba.

Me tendí junto a Stoney, quien despertó, me reconoció y volvió a dormirse. Hacia la madrugada hizo un frío de muerte; cuando nos descubríamos arrebujados uno en otro, nos apartábamos, pero llegó un momento de tal aterimiento, que tuvimos que abrazarnos para mantener el hálito de vida. Me quité la chaqueta y nos cubrimos con ella, pero aun así nos estremecíamos de frío.

Había en la vecindad un gallo, pertenencia de algún guardafrenos y su familia, que tuvo el instinto o la temeridad de cantar, heraldo de una mañana lluviosa y cenicienta. Esto nos impulsó a salir del vagón atestado de durmientes y preguntarnos si de veras se trataba de un nuevo día. Goteaba; corrían nubes bajas, livianas como el humo y apenas teñidas de rosado, pero ignorábamos la fuente de su coloración: ¿el sol o fuego del ferrocarril? Un rato más tarde entramos en la estación y nos caldeamos al amor de la lumbre de un brasero al rojo vivo, casi transparente por el

uso, arreboladas nuestras mejillas con el contraste de temperaturas.

—Convídame —dijo Stoney— a una taza de café.

Cinco días de viaje en esas condiciones tardé en arribar a Chicago, pues en una ocasión tomé un tren equivocado a Detroit. Un guardafrenos nos habló de una salida para Toledo y subimos al tren. Estábamos de buenas: por la hora, no había nadie, así que dormimos en él a pierna suelta.

Desperté con el sol ya muy alto y juzgué que sería el mediodía. En tal caso, ya habríamos dejado atrás Toledo y estaríamos cruzando el estado de Indiana; pero este no era el panorama que yo había visto con Joe Gorman —robledales, escaso ganado, granjas de bajo perfil— dos días atrás. Volaba el tren, vacío como iba. De pronto vi en un camión las placas de Michigan, en un paso a nivel, y advertí nuestro error.

Por la posición del sol deduje que marchábamos hacia el norte y no hacia el sur, como debíamos. Pero no había modo de apearse, tampoco. Me senté en la puerta del vagón, colgantes las piernas fuera de él, abrumado, con hambre y sed. Seguía yo con la mirada el desenrollarse de los campos preparados para la siembra, las hojas broncíneas del roble y un ancho mundo más allá, que se tornaba en un espacio abstracto, un inmenso Canadá de luz.

La breve tarde se oscureció. Las poblaciones se volvieron fabriles. Curioso que no me preocupase más por el hecho de ser desviado en centenares de millas del recto camino cuando solo restaban unas pocas monedas en mi bolsillo: algo así como un dólar en total. Marchando de esta guisa por un paisaje de cuasiinvierno en que se mezclaban lo mezquino y lo sublime, la velocidad, el traqueteo del tren, las curvas de los rieles y los vividos colores del cielo, todo se fundía en una existencia espacial que me embargaba.

Por fin se detuvo el tren en una subpoblación industrial —una mixtura de campo de batalla, cementerio, cráter de desperdicios, montaña de neumáticos, cenizas, barrios de casuchas, fogatas que recordaban la invasión napoleónica de Rusia, los incendios de Moscú— y Stoney y yo saltamos del tren para perdernos en la noche. Alguien, empero, nos asió de los hombros por detrás y nos propinó un puntapié a cada cual. Era un detective de riel, que llevaba un sombrero de vaquero y una pistola como manzana de invierno y en la barbilla, un loco parche de saliva. Vociferó que la próxima vez nos acribillaría las tripas. Salimos disparados; algunas pedradas silbaron a nuestro alrededor. Mi ferviente deseo fue el de acecharlo después de hora y arrancarle el buche con suma ofuscación.

Nosotros corríamos, temiendo que cayese sobre nosotros algo arteramente colocado allí para interceptarnos o ser iluminados de pronto por una ciclópea lámpara o atropellados por un bólido de acero; y, mientras corríamos, se disipó la ira que había sentido al menos yo.

Un letrero nos informó de que nos hallábamos a una veintena de millas de Detroit. En ese punto nos alcanzó el individuo de rasgos lupinos venido de Cleveland con nosotros en un mismo vagón de carga.

Se aproximó a nosotros sin intención específica. Yo dije a Stoney:

—Me queda un dólar hasta Chicago. Compremos un poco de pienso.

—No —dijo este hombre—, consérvalo. Mendiguemos alguna cosa.

Así lo hizo en unas cuantas despensas y al cabo volvió con unos bizcochos rancios.

Un camión transportador de metal en láminas nos condujo hasta la ciudad de Detroit. Nos guarecimos del frío bajo una lona. Tardamos horas en llegar, subiendo a baja velocidad una colina tras otra, en tanto Stoney dormía. De una catadura algo tenebrosa, Wolfy no nos deseaba el menor daño; estaba con nosotros, dejándose llevar como nosotros. Me contó lo dura que es la ciudad de Detroit; había oído decir que allá la policía es desalmada y todo lo demás, abrupto y escabroso. Añadió que él nunca había estado en esa ciudad en persona.

El hombre me llevó a sentirme abatido con su pintura de Detroit. El camión se detuvo, por último, y quedamos en un paraje anónimo en medio de la noche, vacío y silencioso, con solo una fonda abierta, y allí entramos para averiguar dónde estábamos. Era angosta como un corredor, con mesas cubiertas de hule. El cocinero nos dijo que el centro estaba como a media legua de distancia.

En el momento de salir, nos topamos con un coche de la policía y un guardia que nos ordenó meternos en él.

Dentro había dos agentes en traje de calle. Wolfy tuvo que sentarse en mis rodillas y estirarse Stoney en el piso. Stoney era apenas un chico. Nadie dijo esta boca es mía. En silencio fuimos hasta la comisaría, un edificio de hormigón armado; las rejas comenzaban al tope de unos peldaños, no lejos del escritorio del sargento de guardia.

Nos mantuvieron a un lado por haber otro asunto en trámite, de momento, presidido por un sargento gordo y rechoncho de abundantes carnes blancas. Ante él, cuatro personas o cinco, con expresiones que dibujaban formas nocturnas de la locura. Había una mujer a la cual resultaba difícil imaginar en el fragor de una riña, tan modosa parecía, tan costurerilla. Junto a ella, dos hombres, vendado uno de ambos con la cabeza ensangrentada y mudo y desafiante el otro, con las manos apretadas contra el pecho. Él era, presuntamente, el ofensor. Cabe mi presunción pues, en rigor de verdad, la explicación de lo sucedido vino de boca del polizonte que les acompañaba. Los protagonistas eran sordomudos.

—Este tío —dijo el guardia— le atizó a este con un martillo y esta fulana es una cualquiera: le importa un bledo con quién se acuesta y es la follonera máxima en la colectividad de los sordomudos, aunque tiene facha de maestrita. (Repito lo que llegó a mis oídos).

—Mi parecer —agregó el guardia— es que este tío supone que está comprometido para casarse y se la encuentra con el otro…

—¿Haciendo qué?

—No sé decirle, pero seguramente nada bueno.

Dijo el sargento:

—Pero ¿qué les pone así de cachondos? Disputan por cuestiones de amor más que los mismos italianos…

El énfasis de su mirada recaía solo en un ojo. Su mejilla era suave como una pared de mampostería y su brazo era tan grueso que no me habría gustado verlo en acción.

—¿Por qué se dan unos a otros todo el tiempo? —prosiguió—. Será porque estos hablan con las manos…

Stoney y Wolfy sonrieron ampliamente, ansiosos de compartir el humorismo de la comisaría.

—Bien —dijo el sargento, serenado—: ¿alguna fractura bajo las vendas?

—Le han zurcido la calabaza. Un par de puntadas…

—Enciérrales, hasta que hayamos conseguido un intérprete, mañana. Si no, habrá que dejarles en libertad, pero que pasen una noche aquí para que aprendan. ¿Qué cosa harían con este comemierdas en un asilo?

Nos llegó el turno a nosotros, luego. Me inquietaba la posibilidad de una vinculación entre el arresto de Joe Gorman y nuestra detención. Mi camisa, que había quedado en el asiento trasero del Buick robado, podía haber ayudado a rastrearme, por la marca de la lavandería: una idea rebuscada, pero lo único que se me ocurría en esta coyuntura. En realidad, sospechaban de nosotros por razones bien distintas: un robo de piezas de repuesto en talleres de desmonte de coches usados.

—Es que jamás hemos estado en Detroit hasta esta noche —protesté y aclaré que éramos recién llegados a la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿De dónde venís?

—De Cleveland, haciendo autostop.

—Pues mentiroso e hijo de puta. Eso es lo que eres. Vosotros sois de la banda de Foley y robáis piezas de repuesto. ¡Pero ya os prenderemos a todos!

Repuse:

—Pero… no somos de Detroit siquiera, sino de Chicago.

—¿Adónde vais?

—A casa.

—¡Qué modo de ir de Cleveland a Chicago! Por este desvío. Cuéntame otro cuento —dijo y se dirigió a Stoney—. ¿Qué embuste contarás tú ahora? ¿De dónde sales tú?

—De Pennsy.

—¿Dónde está eso?

—Cerca de Wilkes-Barre.

—¿Hacia dónde vas tú?

—A Nebraska, a estudiar veterinaria.

—¿Y qué es?

—El estudio de los perros y caballos.

—Los Fords y los Chevrolets, querrás decir, pedazo de animal.

Dirigiéndose a Wolfy:

—¿Qué tienes tú que decir?

—También de Pensilvania.

—¿Dónde?

—Cerca de Scranton. Es un pueblecito.

—¿Cómo de pequeño?

—Quinientos habitantes, poco más o menos.

—¿Qué nombre?

—No vale mucho el nombre.

—Vamos, dilo.

Tratando de sonreír sin esfuerzo, mas desmentido por su mirada tensa, Wolfy contestó al fin:

—El nombre es Drumtown.

—Ha de ser un lugar infecto para criar ratas como tú. Veámoslo en el mapa —dijo el sargento, abriendo su cajón.

—No lo verás en el mapa: es demasiado pequeño.

—No te apures: si tiene nombre, estará en mi mapa. Allí están todos los poblados, sin excepción.

—Es que es un caserío, sin autoridades todavía.

—¿En qué se ocupan?

—Hay una mina de carbón, nada del otro mundo.

—¿Carbón duro o blando?

—Ambos tipos —dijo Wolfy, cabizbajo y risueño a la vez, pero comenzando a enseñar los dientes y con sus músculos en tensión.

—Tú perteneces a la banda de Foley, amigo mío —insistió el sargento.

—Jamás he estado aquí.

—Tráeme a Jimmy —ordenó el sargento a un guardia.

Llegó Jimmy, pues, proveniente de las celdas inferiores, por una angosta escalera. Sus carnes eran como las de una vieja robusta. Llevaba puestas unas babuchas y un jersey abotonado por delante en que se marcaban sus amplios pechos. Jimmy moría un poco cada vez que inhalaba el aire: tal aspecto tenía, por lo menos. Pero su mirada era tan penetrante como era impreciso el resto de su testa canosa, entre amarillenta y grisácea, afectada de debilidad senil. Los ojos, ejercitados en una única función a través del tiempo, escrutaban de manera indiferente a su objeto. El tal Jimmy paseó su vista sobre Stoney y sobre mí; luego la posó en Wolfy. A él le habló así:

—Tú pasaste hace tres años por aquí. Robaste a un borracho y fuiste preso por seis meses. Todavía no hace tres años: falta un mes hasta mayo, un mes más.

¡El magno clasificador de la policía: todo un cerebro!

—Y bien, cabeza de alcornoque, ¿Pensilvania, pues?

—Es verdad, seis meses de prisión, pero yo no conozco a Foley y nunca he

burreado piezas de repuesto. De coches no sé nada.

—¡Adentro, todos vosotros!

Tuvimos que vaciar nuestros bolsillos; estaban buscando cortaplumas, cerillas y otros objetos de peligro. Pero la finalidad real de esto es otra: quitarte la individualidad de cuajo, convertirte en un niño despojado, sin derecho a tener algo propio y secreto en tus bolsillos. Entregadas nuestras pertenencias, fuimos conducidos a las celdas, observados por algún detenido que se había levantado de su jergón para contemplarnos por pura curiosidad a través de las rejas. Vi al sordomudo herido en un camastro, sosteniéndose la cabeza como un nigromante. Al fondo del pasillo dormía (o dormitaba) el memorión bajo un ventilador. Nos zamparon en un amplio calabozo y al punto se alzó allí una gritería —el tema era la falta de espacio— y un concierto de sonidos obscenos, inodoros funcionantes, humorismo patibulario y provocación. De veras estaba repleto el lugar, pero no obstó; nos acuclillamos en él y tratamos de ponernos cómodos. El otro sordomudo se encontraba sentado a los pies de un ebrio dormido, encogiéndose como un pasajero de tercera clase en el entrepuentes. Velaba sobre todos nosotros una lámpara enorme, perennemente encendida y con la pesadez de una roca puesta a obliterar una tumba.

Al romper el día principiaron los rumores callejeros, el traqueteo de camiones y máquinas pesadas y el de los troles, rápidos como libélulas.

Debo decir que nada de esto constituyó conmoción para mí; no hubo mayor sentimiento de injusticia. Solo aspiraba yo a marcharme, nada más. Sufría, eso sí, por la captura y aporreo de Joe Gorman.

Tal como yo lo viví en Erie, estado de Pensilvania, declaro que existe una tiniebla, una tiniebla que es igual para todos. Tú no la pruebas, como si fuese agua helada, metiendo en ella un pie, ni te ponen en un globo de cristal —como a aquel viejo monarca en Oriente— para bajar a observar a los peces con curiosidad de visitante, ni te sacan del campo de batalla después de un revolcón como el sufrido por Napoleón en el fango del Arcóle, donde había estado meditando mientras las balas húngaras levantaban la greda del ribazo, a su alrededor. Solo algunos griegos y sus admiradores, en un diafanísimo mediodía en que se hermanaban la belleza y las cosas humanas, creyeron que en verdad algo les separaba de esa tiniebla. Pero también los griegos estuvieron sumidos en ella. Así y todo, constituyen todavía hoy el centro de la admiración de una humanidad salida del barro, hambrienta, caminante, sacudida por sus guerras, neurótica, laboriosa y concienzuda, una humanidad hecha de aflicción y fibra elástica: la multitud que, ya bajo un Vesubio de caos y humareda, ya dentro de una maloliente medianoche de Calcuta, sabe con certeza en medio de qué está plantada.

Luego de habernos servido pan y café en la incierta claridad y tufo mañaneros, Stoney y yo fuimos libertados, en tanto Wolfy quedó preso bajo sospecha de hurto.

—¡Hala! ¡A volar! —nos dijeron—, os hemos permitido hacer noche aquí, pero no volváis pues seréis encerrados por vagancia.

En la comisaría reinaba un ambiente humoso, un ambiente de quien se rasca al quitarse las ropas, según iban desprendiéndose de sus armas y gorras los guardias que se marchaban. Algunos se sentaban a redactar sus informes. Si hubiese habido una comisaría en los tiempos de Tobit, el día en que fue visitado por el Ángel, no habrías notado ni una mínima diferencia entre ambas.

Stoney y yo seguimos la corriente del tráfico hasta Campus Martius, distinto de los otros Campos de Marte que conozco: todo allí era ladrillo, humo de petróleo y gases del escape de los coches. Allí tomamos un tranvía rumbo a los límites de la ciudad. Ocurrió que en cierto momento el revisor me asió del hombro para avisarme que habíamos llegado a un punto de transbordo y salté, creído de que Stoney me seguía. Mas no, dormido quedó dentro y no despertó al golpear yo la ventanilla. Lo aguardé ahí mismo por una hora íntegra antes de partir hacia la terminal, por donde pasaba la carretera. Luego de haberle aguardado hasta el mediodía, me entristecí pensando en que él supondría que me lo había sacado brutalmente de encima, cosa que no había sido así.

Un camión me llevó hasta Jackson, donde dormí por poco dinero, y al otro día me aceptó como acompañante alguien vinculado con una compañía cinematográfica, que iba en dirección a Chicago.

10

Al atardecer ya enfilamos hacia el extremo sur de Chicago. Las fauces ígneas y ennegrecidas de la ciudad devoraban a quien se acercase, así como la llameante bahía se estremece para recibir a los napolitanos que regresan al hogar. Y tú entras en tus aguas natales como un pez. Allí está entronizado el dios-pez Dagon. Le llevas tu alma —pececillo de agua dulce— y se la ofrendas en el tutelar elemento, pues.

Yo era consciente de no tornar a la paz y el buen trato. Previ al ama de llaves polaca, quejosa y gruñona por asuntos de dinero; luego, en orden creciente de engorro, a Mamá, que ya no se fiaría de mí en lo tocante a responsabilidad; y a Simón, por último, quien ya tendría algo reservado para mí. Me aprestaba yo a oír palabras duras de sus labios, sabedor de que me las merecía por haberme embarcado en esta aventura. Desde luego, le devolvería sus golpes con algo respecto a mi telegrama, pero no se me avecinaba la forma común de reyerta familiar, con el calor de los sentimientos y puntos en discusión: se trataba de algo diverso, esta vez, y mucho peor.

Me abrió la puerta una polaca desconocida que no hablaba el inglés. Supuse que la antigua ama de llaves había renunciado al cargo y sido reemplazada por esta, pero me resultó extraño que la nueva hubiese adornado la cocina de crucifijos, sagrados corazones y figuras de santo. Por supuesto, Mamá no podía ver nada de esto; pero también vi a varios rapaces y me pregunté si Simón habría dejado entrar e instalarse a una familia entera. Como la mujer no me ofreció asiento, di en pensar que tal vez ya no se trataba este de nuestro apartamento. Entonces me comunicó en inglés cierta niña algo mayor —vestida con el uniforme de la escuela parroquial de St. Helen— que su padre acababa de adquirir el apartamento y su mobiliario del señor al que pertenecía: obviamente, Simón.

—¿Pero no está mi madre aquí? ¿Dónde se encuentra?

—¿La señora que no ve? En casa del vecino.

Los Kreindl la habían puesto en la habitación de Kotzie, provista de un ventanuco enrejado que daba al pasaje utilizado como atajo (o urinario) por mucha gente presurosa. Puesto que Mamá solo podía discernir entre claridad y negrura y no necesitaba que el cuarto tuviese una buena vista, habría sido difícil denunciar la crueldad de alojarla allí. Las cicatrices de las palmas de sus manos, debidas al trabajo en la cocina, no se habían suavizado jamás: las sentí cuando hubo tomado mis manos en las suyas y dicho con una voz rara como nunca:

—¿Te has enterado de lo de la Abuela?

—No. ¿Qué sucede?

—Pues ha muerto.

—¡No!

El dardo penetró recto y frío en mis entrañas y me paralizó en el asiento. ¡Muerta! Horrible, el imaginarla en su ataúd, bajo tierra, cubierto su rostro y recibiendo el peso

de la tierra sobre sí. Esto era violencia, para mí, violencia que sobrecogía el raciocinio. Tenía que haber sido una muerte violenta. A ella, que siempre había apartado las intromisiones a dentelladas —como lo hizo con la mano del dentista—, tenían que haberla asfixiado. Pese a su fragilidad, la Abuela había sido un recio luchador. Pero ella había luchado con las botas puestas y siempre de pie. Pues ahora sería preciso pintársela capturada y arrastrada a la tumba, yerta, lo cual me abrumaba, sí.

Mis compuertas cedieron. Lloré contra el paño de mi manga.

—¿De qué ha muerto, Mamá, y cuándo?

Mamá lo ignoraba. Unos pocos días atrás se lo había comunicado Kreindl y estaba de luto desde entonces, conforme a su idea del luto.

Todo lo que había en su cuarto, semejante a una cripta, era la cama y una silla. Pues bien, yo intenté averiguar el porqué de la decisión de mi hermano de dejarla allí. Siendo aquella la hora de cenar, la señora Kreindl estaba en casa. Por lo regular, salía de tarde a jugar al póquer con otras amas de casa, por dinero y en serio. Aparentaba una calma ovejuna, cuando en rigor de verdad solía arder de la pasión del juego y de la guerra conyugal.

Nada pudo decirme de Simón. ¿Habría vendido todo para casarse? Estaba ávido de unirse con Cissy. Pero ¿cuánto pagaría un polaco por un puñado de muebles viejos que tal vez habían sido adquiridos por mi padre al comenzar el siglo? Dolorosas reflexiones, todas ellas. La necesidad de dinero sufrida por Simón ha de haber sido inmensa, para desprenderse de tanto metal y cuero veteranos y dejar abandonada a su madre con la familia Kreindl.

Yo estaba famélico, pero no podía pedir de comer a esta mujer, a quien sabía poco generosa en materia de munición de boca.

—¿Tienes algún dinero, Mamá? —fui a preguntar.

Le quedaba una moneda de cincuenta centavos.

—Me parece bien que tengas un poco de cambio —le dije—, en caso de que necesites algo como pastillas de menta o una barra de chocolate.

Le habría aceptado un dólar si Simón le hubiese dejado algo, pero podía resistir el hambre, de lo contrario, sin recurrir a su medio dólar restante. Llevármelo habría significado asustarla: un acto de barbarie. En especial tras la muerte de la Abuela. Ya estaba atemorizada, en realidad, aun cuando bien erguida en su cama, como aguardando el fin del dolor (como si hubiese habido un revisor para detener ese tranvía). Ella rehusó hablar de lo hecho por Simón; se mantuvo firme en su idea de los móviles de él y no deseaba que yo añadiese ni un ápice a ella.

Me quedé allí un rato más porque inferí que tal era su deseo, pero llegó el momento de marcharme. Entonces me preguntó:

—¿Te vas? ¿Adónde?

—Pues —mentí— todavía ocupo la habitación de que te he hablado, allá en la zona sur.

—¿Tienes empleo?

—Algo tendré siempre: ¿no me conoces, acaso? No te des prisa, que todo saldrá bien.

Respondiéndole, evité su mirada, aun ciega, y sentí que mi rostro era una llave fraudulenta, limada y recortada con una finalidad deshonrosa.

Enfilé hacia la casa de Einhorn. En el paseo, donde habían empezado a florecer los árboles —el purpúreo favorito de las tardes de abril en Chicago— y el anochecer olía a carbón de lámpara y a alcantarillas recién aseadas, vi salir de la sinagoga a gente vestida con ropas flamantes, portadora de sobres de terciopelo con sus enseres de oración. Era la primera noche de la Pascua judía, del Ángel de la Muerte que entra por toda puerta no marcada con sangre para arrebatar la vida del primogénito egipcio, y luego el irrumpir de los hebreos en el desierto. No se me permitió pasar simplemente por allí; fui atajado por Coblin y Five Properties, quienes me habían avistado al bajar yo a la calzada para salvar el obstáculo que me oponía el gentío. Five Properties me aferró por la manga de mi chaqueta.

—¡Mirad quién está en la sinagoga esta noche! —exclamó en tono de broma.

Ambos hombres sonreían ampliamente, con aspecto de estar bañados y en buen estado viril.

—¡Adivina! —dijo Coblin.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo sabe todavía? —dijo Five Properties.

—Yo no sé nada —tercié—. Acabo de regresar de fuera.

—Se casa Five Properties —anunció Coblin—. ¡Al fin!

Y con una beldad. Si vieras el anillo que le ha regalado él a ella. Pues bien, basta de fulaneo ya, ¿estamos? ¡Alguien se ha metido en esto con las patas de atrás!

—¿De veras? —dije.

—Te lo juro por el Poderoso —reafirmó Five Properties; y luego—: Estás invitado a la boda, chaval, de aquí en dos domingos, a las cuatro de la tarde, en el Club de Leones. Vente con una chavala. No quiero que tengas nada contra mí.

—¿Qué puede ser eso?

—Somos primos y quiero que vengas, he ahí todo.

—¡Enhorabuena, hombre! —le dije, agradecido de que la oscuridad les impidiese ver mi estado.

Coblin dio en tirar de mi manga para obligarme a concurrir a la cena de Pascua:

—¡Ven, ven al redil! —me insistía.

¿Oliendo a cárcel? ¿Sin haber digerido mi sufrimiento? ¿Antes de haber hallado a Simón?

—No gracias, Cob. Otra vez será —dije, retrocediendo.

—Pero ¿por qué no?

—Déjale, que tiene una cita —acotó Five Properties.

—La verdad es que sí, tengo que encontrarme con alguien.

—Está comenzando la etapa cachonda de su vida —dijo Five Properties—. Ven con tu dulce amiga a la boda.

El primo Hyman sonreía aún pero, pensando tal vez en su hija, no perseveró: cerró el pico.

A la entrada de la casa de Einhorn me topé con Bavatsky, quien bajaba para cambiar un fusible en el sótano. Tillie lo había quemado gracias a sus tenacillas de rizar el pelo. Arriba vi a dos mujeres de edad acercarse con candelas que me recordaron por segunda vez que aquella era la noche del Éxodo. Salvo que allí no había cena ni ceremonia alguna. Einhorn guardaba un solo día, Yom Kippur, y esto por insistencia del primo de su mujer, Karas-Holloway.

—¿Qué pasa con el borrachín de Bavatsky?

—No ha podido reponer el fusible porque el sótano está cerrado, así que irá a ver a la mujer del portero —dijo Mildred.

—Si ella tiene cerveza en casa, esta noche nos acostamos a oscuras.

Súbitamente, Tillie Einhorn, que portaba una bujía en un platillo, me divisó a la luz de la llama.

—¡Augie!

—¿Augie? ¿Dónde? —inquirió Einhorn, echando rápidas miradas por la habitación—. Augie, ¿dónde estás? Quiero verte.

Avancé y me senté a su vera; él movió un hombro en señal de un apretón de manos. Ordenó:

—Tillie, vete a la cocina a hacer café. Tú también, Mildred. Y que las tenacillas no queden enchufadas. Me volveréis loco con vuestros artefactos eléctricos —rezongó Einhorn.

—Ya está hecho —repuso Mildred, cansada de dar este tipo de respuesta, pero siempre lista a hacerlo. Escrupulosamente obediente, sin embargo, cerró las puertas y nos dejó solos en su tribunal nocturno: por lo menos, creí que él ponía un ceño adusto para mi edificación. Einhorn había estrechado mi mano con la intención de que yo sintiese su frío interior.

Las candelas eran en aquel momento tan simpáticas como las que los niños hincan de noche en hogazas de pan que ponen a navegar en un negro lago «indio» para localizar a un ahogado yacente en el fondo. Einhorn hizo entonces toda la gimnástica necesaria para encender un cigarrillo y luego se dispuso a hablar. Concluí que no podía dejarme reprender, como si hubiese tenido diez años de edad, acerca de mi lance con Joe Gorman, del cual con toda seguridad Einhorn estaba al tanto. Yo quería hablarle de Simón. Pero, a todo esto, resultó lo contrario. He de haberle parecido demasiado enfermo, cariacontecido, escarmentado. En nuestra última conversación habíamos tocado el tema de mi adopción, conmigo bien trajeado y viviendo a lo rico en Evanston.

—Por lo visto, no te ha ido bien del todo en los últimos tiempos…

Asentí.

—Han apresado a Gorman. ¿Cómo te escapaste tú?

—Por pura casualidad. ¡Suerte!

—Andar en un coche robado sin cambiarle las placas: ¡eso es ser más tonto que Abundio! A Gorman lo han traído aquí: su foto está en el *Times*. ¿Quieres verla?

No, ¡para nada! Ya me imaginaba a Joe entre dos robustos policías y tratando como podía de bajar el ala de su sombrero a fin de evitar a su familia la vista de sus ojos o la de su rostro hecho un emplasto. Siempre lo mismo.

—¿Cómo te demoraste tanto en regresar?

—Hice lo que pude, a lo vagabundo, y no tuve tanta suerte en eso.

—Pero ¿para qué, si tu hermano me dijo que te enviaría el dinero a Buffalo?

—¿Cómo? ¿Vino aquí a decírtelo? —dije, haciendo un esfuerzo que arrugó mi frente—. ¿Te pidió prestado?

—Sí, le presté y no por primera vez.

—Yo no recibí ni un cuarto.

—Malo, malo. He sido tonto. Tendría que haberte remitido el dinero directamente.

Sacó la lengua y sus ojos adquirieron un brillo de asombro.

—Me embaucó, está bien, pero no debería haberte defraudado a ti. En especial porque le di para enviarte por encima de lo que le presté a él. Aunque hubiera estado en apuros, Simón se ha excedido. De veras.

Me sentí amargado y colérico, pero sentí además como el anuncio de una ola de algo peor, en un plano inferior a este, todavía.

—¿Qué significa «en apuros»? ¿Por qué estuvo pidiendo dinero? ¿Qué quería hacer con él?

—Si me hubiera dicho para qué, podría yo haberle ayudado. Se lo presté por ser él tu hermano; en realidad, no le conozco. Simón se metió en un negocio con Nosey Mutchnik, el hombre con quien tuve un asunto en cuanto al terreno, ¿recuerdas? Yo estaba de igual a igual con él, pero tu hermano es bisoño. Simón puso un capitalito en un pozo de juego. Tras el primer partido de los White Sox, esta temporada, le comunicaron que había perdido su parte: si deseaba seguir, debería aportar cien dólares más. Sí, ya vuelve todo a mi memoria. Le quitaron eso también y le atizaron duro cuando se puso a jurar en latín, del enfado que traía. Los matones de Mutchnik le dejaron tendido en el arroyo. Supongo que sabrás por qué necesitaba Simón tanta viruta.

—Para casarse.

—Sí, con la hija de Joe Flexner, que le tenía enloquecido. Pero ya no será.

—¿Cómo es eso? ¡Están comprometidos!

—La verdad es que tengo lástima por tu hermano, pese a que no es muy listo. Si he perdido setenta y ocho dólares…

Al imaginar a Simón molido a palos ensangrentado en el arroyo, desistí de relatar a Einhorn lo de la muerte de la Abuela, la ruin venta de nuestros muebles y el haber

colocado a Mamá en un cuchitril.

—Ahora, ella no consiente casarse con tu hermano —dijo Einhorn.

—¿Que no? ¡Cuéntamelo!

—Lo sé por Kreindl, que ha concertado la nueva boda con un pariente tuyo.

—¿Five Properties? ¡No me digas! —grité.

—Ya; el novato de tu primo. Su mano tendrá que separar esas piernas, sí…

—No pueden hacerle eso a Simón, ¡joder!

—Ya está hecho.

—Y él lo sabe ya, me supongo.

—¡Ya lo creo! Ha ido a casa de Flexner a romper sillas y armar una gresca de padre y señor mío. La jovenzuela se encerró en el cuarto de baño y el viejo tuvo que llamar a los guardias, que se lo llevaron en coche.

¡Encima, detenido! Sufrí como un marrano por tanta locura.

—Descarada la moza, ¿verdad? —añadió Einhorn: aspiraba a que yo no perdiera detalle, con su cara de alguacil—. Crésida, pasándose al campamento griego…

—¿Dónde está Simón ahora? ¿En la Prevención?

—No; el viejo Flexner ha retirado los cargos si tu hermano se reporta. Ese es un tío decente. Quebró por no deber nada a nadie. No sería tan desalmado. Esta mañana, Simón salió en libertad después de una noche entre rejas.

—¿Anoche?

Einhorn asintió.

—Pero ¿dónde?

—No lo sé, pero una cosa es segura: no lo hallarás en casa.

Kreindl le había referido lo de mi madre; me adelanté diciéndole que yo ya había estado allá. Sentado ante él, sin un cuarto, no supe adonde ir ni tenía fuerzas para hacerlo.

Hasta el presente, nuestra familia había gozado de alguna vida privada en cuanto tal, aun cuando era de público conocimiento nuestra condición de niños abandonados por su padre, que vivían de la caridad ajena. En la época de la Abuela nadie, ni aun el asistente social Lubin, estaba informado con exactitud acerca de nosotros. Yo simulaba una cosa u otra en el dispensario, pero no solamente por cuestiones de dinero sino para preservar cierto poder de determinación. Ahora no quedaban secretos que divulgar, así que cualquier persona interesada podía escudriñarlos. Esto me llevó a no decir a Einhorn nada acerca de la muerte de la Abuela, lo monstruoso entre todo lo sucedido.

—Lo siento por ti y en especial por tu madre —dijo Einhorn, tratando de levantar mi espíritu caído—. Tu hermano se pasó de listo. Por demás. ¿Qué le habrá puesto así?

La pregunta nacía solo en parte de la envidia de tanto fuego e inspiración como tenía Simón; por otra parte, de una genuina conmiseración de Einhorn hacia nosotros.

Sin embargo, mientras hablaba iba perdiendo de vista su finalidad primera —la de

consolarme— y fue amargándose más y más:

—Al fin y al cabo —me dijo—, ¡qué te importa si tu hermano sufre una trastada! La tiene merecida. Te abandonó estando tú en apuros, vendió el apartamento, me sacó dinero en tu nombre y jamás le tomaste el olor. Si fueses honesto contigo mismo, te alegrarías. Te haría la mar de bien el reconocerlo y yo te respetaría más.

¿Decir qué cosa? ¿Que todo era culpa suya y me regodearía con su castigo? ¿Que el haberse enamorado le había llevado a olvidar a Mamá? ¿O que el pobre se sentiría mal? ¿De qué se supone que debo entusiasmarme, señor Einhorn?

—¿No te das cuenta de la ventaja que tienes de ahora en adelante? No seas complaciente con él. Simón debe resarcirte. La delantera ha pasado a ser tuya, ¿comprendes? Si hay alguna ganancia que puedes sacar de esto ya, es admitir por lo menos que te regocija el castigo que le ha tocado padecer. Caray, si alguien me juega una mala pasada, me sentiré contento de su escarmiento, como mínimo. Si no, me haría ver por un médico. Así que… ¡magnífico, bien ganado se lo tiene!

No sé a ciencia cierta por qué me atormentó Einhorn con semejante ensañamiento, algo próximo a la desesperación. Hasta olvidó sermonearme acerca de Joe Gorman. Presumo que la pérdida de la herencia de su hermano, Dingbat, por incorrección de él, Einhorn, estaba detrás de todo esto. Quizá no deseaba que yo fuese desdeñado tal como él desdeñaba a Dingbat por no quejarse airadamente de lo sucedido. Había algo más. Ya que faltaban antiguas prescripciones al respecto, Einhorn pretendía que me opusiese a toda blandura o indulgencia; que yo extrajese fuerza de las desventajas y progresara ganándome enemigos, siendo con ellos vengativo y feroz; que no me dejase oprimir por mi calidad de hermano; que acallase otras voces con la sonoridad de la mía… El mismo principio para personas que para pueblos, partidos, estados. Antes esto que un hombre-polluelo, desplumable y descarnado, con rostro ansioso y lleno de arrugas de preocupación: un pajarraco humano ahuyentado a escobazos.

En aquel instante comenzó la luz a encenderse y apagarse conforme a los movimientos de Bavatsky en la caja de los fusibles. De pronto me descubrí llorando a moco tendido en lugar de tener en cuenta todo lo que yo debía ser y no era. Supongo que Einhorn se sintió desilusionado y aun sacudido por el espectáculo; sacudido, esto es, por su error de juicio respecto a mi capacidad de seguirle en su trayectoria dentro del alma tal cual debería haber sido esta. Me otorgó una suavidad fría, como la que hubiese ofrecido él a una niña:

—No te preocupes, ya encontraremos alguna solución a lo de tu madre —me dijo, imaginando que tal fuese mi cuita principal. Ignoraba que yo estuviera atribulado por la muerte de la Abuela.

—Apaga esas candelas. Tillie viene a traernos café y bocadillos. Puedes dormir con Dingbat esta noche. Mañana nos pondremos en campaña.

Al otro día busqué a Simón sin hallarle: él no había pasado a ver a Mamá. Sí encontré a Kreindl en su casa, empero, y me convidó a desayunarme con arenque

ahumado y panecillos.

—Siéntate y toma un piscolabis —me dijo.

—Veo que por fin ha dado usted con una novia para mi primo —repliqué al viejo y extravagante oficial de artillería, observando a la par el juego de la musculatura de su antebrazo y mandíbula mientras desollaba al pescadito.

—Una belleza. ¡Esos pechos! No me culpes a mí, Augie. Yo no he obligado a nadie. *Zwing keinem*; ninguna coacción. ¡En especial con un casal de altivos *tsitskies* como aquel! ¿Tienes idea de lo que es la mujer joven? ¡Así lo espero! Te diré: cuando una de ellas tiene pechos semejantes, no hay quien le indique qué coño hacer. El error de tu hermano ha sido intentarlo. Lo lamento por él.

Bisbiseó, cerciorándose de que su mujer estuviera a distancia:

—Esa muchacha realmente me pone cachondo. ¡A mis años! De cualquier manera, es demasiado independiente de criterio para un hombre joven. Necesita a alguien mayor, con la sangre fría de decirle que sí y hacer lo contrario luego. O te arruina. Quizá Simón no esté en edad de casarse. Yo os conozco desde mocosos: perdón, pero es cierto. Ahora, crecidos, sentís el hambre y creéis que os ha llegado el momento del casorio, pero ¿es así? Tenéis mucho que follar, por delante, previo a sentar cabeza. Pues, ¡tomadlo! ¡Tomadlo si os lo dan! No lo rehuséis nunca. Unirse con una mujercita camarina y que te tararee al oído: ¡es la vida del alma!

Kreindl declaró esto arrugando sus torpes ojos de viejo alcahuete e instigador; hasta sonreí sin estar con el ánimo dispuesto a ello.

—Además —añadió—, ya se ve qué clase de hombre es tu hermano. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, es capaz de vender los bienes familiares y poner a su madre de patitas en la calle…

Yo me esperaba esto y que pasase luego al tema de la manutención de Mamá. Kreindl había sido un vecino bondadoso, pero no para exigirle que se encargase de ella hasta tal punto, en especial si Kreindl se contaba ya entre los enemigos de Simón. Por otra parte, me resultaba imposible dejarla en aquella covacha. Así pues, manifesté a mi interlocutor que me ocuparía en buscar alojamiento para ella en un sitio menos oprimente.

Fui entonces a ver a Lubin, el asistente social, en la lóbrega calle Wells. Años atrás, él nos había visitado siempre a la manera de tío adoptivo. La cosa había cambiado, según lo comprobé en su oficina, vista con otra madurez. Algo acerca de él me decía al oído que la comunidad de los contribuyentes, a la que él servía, aspiraba a que nosotros —pobres infelices— fuésemos abstemios, aseados, continentes, tristones y bien abotonados. La confusión y el desconsuelo que imperan en su campo de acción, le volvían sensato. Solo su pesada respiración te daba una idea de dificultad y de la dura labor de ser paciente. Tomé nota, en este hombre robusto, de una naturaleza simiesca pero mansa, ascendida al uso de pantalones y la vida de oficina. Lo contrario de la desfigurada imagen y semejanza de Dios que por obra del pecado reniega del Paraíso y lo opuesto, también, a la misma copia dañada, movida e

inflamada por la promesa de la gracia a recobrar su sagrado jaez y áurea estatura. Lubin no se creía producto de la Caída, sino un ser surgido de las cavernas. Era un buen hombre, empero, y no lo difamo con esto: repito apenas su ideario.

No bien le hube dicho que Simón y yo debíamos hallar alojamiento apropiado para Mamá, le hice pensar que estábamos deshaciéndonos de todos: Georgie el primero, luego la Abuela y por último mi madre. Por eso añadí:

—Será un arreglo temporal, hasta que hayamos recuperado el equilibrio; después conseguiremos un apartamento y un ama de llaves.

Mas Lubin tomó mis palabras como indignas de crédito, viendo mi traza de vagabundo: ropas arruinadas, ojos enrojecidos, aspecto famélico, como si hubiera estado alimentándome de basura. Sin embargo, propuso internar a Mamá en un hogar para ciegos en la calle Arlington, si acaso podíamos con parte del coste: unos quince dólares al mes.

Esto es lo más y lo mejor que podía esperarse. Lubin me dio por añadidura una carta de presentación a una agencia de empleos, pero no hubo nada que hacer. Fui entonces a mi habitación en la zona sur y transporté lo fútil de mi vestuario a la casa de empeños. Con el fruto de esto dejé instalada a Mamá y me dediqué a buscar trabajo. Estando entre la espada y la pared, acepté el primero en ofrecérseme. Nunca he tenido empleo más curioso.

Einhorn me lo consiguió a través de Karas-Holloway, quien estaba envuelto en el negocio. Se trataba de un servicio de lujo para perros en la calle Clark, en el lado próspero de la ciudad, entre los cabarets y montepíos y almacenes de antigüedades.

Por la mañana salía yo en una furgoneta a lo largo de la llamada Costa de Oro a recoger los perros, golpeando a la puerta de servicio de las residencias y los hoteles residenciales frente al lago, y de allí regresaba con los animales al punto de partida, apodado «el club».

El jefe era un francés, un peinador de perros o *maître de chiens*, un tipo recio y rudo procedente de Place Clichy, al pie de Montmartre. Al parecer, había trabajado en las ferias como ayudante de un luchador; mientras tanto fue estudiando su otra profesión. En cierto sentido, su rostro carecía de humanidad, por su enérgica tiesura y lo abrupto de su color, al igual que una inyección. La vinculación de este hombre con los animales constituía una lucha, un forcejeo. Él estaba como tratando de arrebatarles algo, no sé qué cosa. Tal vez quería que reconocieran su concepto de lo que es un perro como bueno y único. Vivía en pie de guerra como los Diez Mil de Jenofonte, mas no en Persia sino en Chicago, lavando y planchando sus camisas, yendo de compras y guisando en sus cuarteles de cartón: laboratorio, cocina y dormitorio, todo en uno. Hoy comprendo lo que significa ser francés en un país extranjero, cuán irregular ha de parecer todo y no solo en el exterior de Francia sino en North Clark Street.

Estábamos situados en dos pisos adicionales de un edificio aceptablemente moderno que se erguía a poca distancia de la Costa de Oro, no lejos del escenario de la Matanza del Día de San Valentín y —coincidencia— de la Sociedad Protectora de Animales en Grand Avenue. La característica prominente de nuestro equipo, pagada por sus suscriptores, consistía en ser un club para canes, que allí eran entretenidos, bañados, masajeados, además de cortárseles las uñas y el pelo y enseñárseles modales y ciertas gracias, todo por veinte dólares mensuales. La clientela abundaba, más allá de las posibilidades de Guillaume, quien lidiaba continuamente con las oficinas del club para que no ingresasen más socios. El club era un infierno bien organizado. El collar ahorcaperros funcionaba en pleno cuando yo volvía del recorrido en furgoneta y me mudaba de la librea de conductor a las botas de caucho y un poncho. La batahola hacía vibrar los cristales del tragaluz. Ello no obstante, la organización era perfecta. Guillaume poseía la pericia necesaria. Dad rienda suelta a la gente y os construirá un Escorial. La algarabía, tanta como la de la estación Grand Central, era nada más que la protesta del caos que se da de morros contra un reglamento; pero los trenes salían puntuales: los canes recibían su tratamiento.

Guillaume, con todo, usaba la hipodérmica con mayor asiduidad de lo que me parecía aconsejable. Él propinaba *pigüres* por cualquier motivo y las cobraba extra. De pronto decía:

—*Cette chienne est galeuse!* ¡Esta perra está sarnosa!

Y sin asco le aplicaba una inyección. Más aún: drogaba, apenas, al animal que hacía tambalearse la organización del sistema. En consecuencia, yo devolvía a varias mansiones perros semidesmayados; no resultaba fácil subir las escaleras con un perro pastor o un bóxer en estado de languidez y explicar a una cocinera de color que solo se trataba de cansancio por exceso de juego.

Tampoco toleraba Guillaume animales en celo. Ansiosamente inquiría:

—¿Ha pasado algo en la furgoneta, ya sabes qué?

Pero, guiando la furgoneta todo el tiempo, ¿cómo iba a saberlo yo? Guillaume se enfurecía con los dueños de las perras, especialmente las de pura raza, por el poco respeto que guardaban a la aristocracia de la sangre; quería que las oficinas multaran a esa gente por enviar al club perras en tal coyuntura. Cualquier pedigrí hacía de Guillaume un cortesano. Él podía darse aires, si quería, y, en ese caso, sus labios adoptaban un gesto de desagrado por todo lo bajo: lo opuesto a la buena crianza, en realidad.

Guillaume congregaba al personal —dos muchachos negros y yo— para enseñarle a discriminar la alcurnia canina. Su idea era la de regentar un *atelier* —lo digo en mérito de Guillaume— y obrar como un maestro artesano de una cofradía medieval, así que, frente a un perro de lanas de buena cepa al que asear y cuyo pelaje retocar, el personal debía dejar sus herramientas de trabajo e ir a presenciar la

ceremonia; había entonces un momento de consideración hacia Guillaume por su saber y eficacia y algún respeto por el docilísimo e inteligente animalito. No siempre fueron la irritación humana y las riñas perrunas el punto de comparación que hallaba Marco Aurelio entre canes y hombres, aunque, de tanto en tanto, descubro a qué quería llegar; pero existe asimismo una armonía perruna y el ser estudiado por ojos caninos —muchos de ellos— nos deparará cierta iluminación también.

El trabajo me fatigaba, empero, y al cabo de un tiempo comencé a heder. La gente se apartaba de mí en el tranvía. Por lo demás, había un dejo pompeyano en esta faena que me molestaba; a saber: la opulencia que permite tener perros y las costumbres de estos últimos, que reflejan la mentalidad civilizada, el temperamento del favorito mimado, espejos de neurosis. Agregad el pensamiento acuciante de que la cuota mensual pagada por cada animal en el club superaba a la que yo abonaba por la manutención de mi madre en el hogar para ciegos. Todo esto lograba deprimirme de vez en cuando. Sentía escarabajeos de conciencia al pensar en mi descuidado programa de realización personal. Debería ser hombre de mayor ambición, me decía a mí mismo con pertinacia. A menudo buscaba en las revistas sugestiones en lo tocante a la vocación y contemplé la posibilidad de estudiar en la escuela nocturna para periodista de los tribunales, si tenía la aptitud consiguiente, o la de regresar a la universidad a estudiar algo superior. No rara vez pensaba yo en Esther Fenchel, puesto que me movía en un mundo que podía darse el lujo de un perro. Cada vez que me aproximaba a la entrada trasera de alguna residencia, sentía una punzada en el alma al recordar a Esther y otras chiquilladas. El sol de lo infantil continúa brillando aun cuando mayores astros hayan salido para derretirte y ejercer en ti su predicamento. Estos serán críticos en tu vida, pero el sol temprano permanece por muchísimo tiempo sobre ti.

Pasé por temporadas de adoración enfermiza de ciertas mujeres y, más tarde, por momentos de ansia sexual. La calle me resultaba afrodisíaca en extremo: los cabarets, las fotografías de desnudos, las tentadoras piernas, las lentejuelas, todo parecía francamente codiciable. A esto se sumaba la amiga de Guillaume, una obra maestra, un lujo de carnes ondulantes, una señora de mediana edad y busto a la italiana que se metía en la cama apenas cerrábamos el local, anochecer, y respiraba expectante en ella como el viento entre las hojas de un portentoso árbol de blancura.

No había mucho que resolver en cuanto a mis necesidades, sin embargo. Aun arriesgándome a toparme con los Renling en aquella zona, fui a Evanston a buscar a mi amiga Willa en el hotel Symington, pero había renunciado a su puesto para casarse. Durante el regreso en el metro iba yo absorto en las posibilidades del lecho matrimonial, el comportamiento de Five Properties para con Cissy y el de mi hermano, al perder la cabeza ante la idea del grotesco connubio.

Simón, entretanto, se mantuvo apartado, sin responder a mis mensajes. Yo estaba persuadido de que lo pasaba mal, el pobre. No daba dinero a Mamá y quienes le veían, hablaban de su aspecto lastimero. Por tanto, era comprensible su aislamiento.

Nunca había tenido que acercarse a mí corrido y dando explicaciones y pretextos; no iba a comenzar a estas alturas. Adjuntos a mi última misiva puse cinco dólares. Los tomó, pero seguí sin noticias suyas hasta unos meses después, cuando estuvo en condiciones de devolvérmelos.

Una posesión que conservé pese a la venta de nuestros muebles, es la averiada colección de clásicos que me regaló Einhorn luego del incendio. Yo la guardaba en mi habitación y la leía a intervalos. Estaba yo desbravando un día un párrafo de von Helmholtz, entre dos viajes en tranvía, cuando un excondiscípulo mío del Crane College —un mexicano llamado Padilla— que acertó a pasar, me lo quitó de las manos para ver qué lecturas me importaban y me dijo, devolviéndolo:

—¿Para qué lees estas cosas? Todo esto ha quedado atrás.

Empezó a participarme las novedades y debí confesar que no podía seguirle el paso. Entonces me preguntó cómo me iba a mí, lo cual se derivó hacia otros temas y una larga conversación.

En matemáticas, Padilla había sido el destripador de ecuaciones, por excelencia. Solía sentarse al fondo del aula, acariciando su frente angosta y destacada, mientras aclaraba incógnitas en hojas apañuscadas por sus condiscípulos, ya que no se daba el lujo de adquirir nuevas. Llamado al frente cuando sus compañeros quedaban patidifusos, Padilla se adelantaba con premura, con un terno mugriento de color crema y tela barata, y se ponía a desarrollar las ecuaciones con los pies sin medias dentro de calzado también blanco obtenido en el Ejército de Salvación, cubriendo los garrapateos de su tiza con el cuerpo escuchimizado. Surgían símbolos de infinitud como desbaratadas hormigas sobre la pizarra y descocados grafismos griegos apuntando hacia el último signo de igualdad. Para mí, era de instancia divina el que alguien nacido de mujer percibiese con tamaña lucidez las relaciones lógicas. En ciertas ocasiones, Padilla regresaba aplaudido a su asiento, chancleteando presurosamente por la ausencia de calcetines. Su rostro, picado de viruelas, no revelaba empero mayor satisfacción. Padilla resultaba inexpresivo y friolento, si le veías correr en invierno, de blanco a través de la nieve, desde su casa para entrar en calor en el salón de clase. Salvo que Padilla jamás se templaba del todo, en apariencia, y sobre él pesaba por añadidura la prohibición elemental de que no se le acercara nadie. Fumador de cigarrillos mexicanos, iba por los corredores sin compañía, pasando un peine por su pelo negro, lustroso y alto.

Pues bien, algunos cambios había habido. Su complexión hablaba de mejor salud. Sus ropas habían prosperado, Padilla transportaba sesudos libros bajo el brazo.

—¿Sigues en la universidad? —le pregunté.

—Estoy becado en física y matemática. ¿Tú?

—Baño perros. ¿No hueles algo de eso?

—No, nada. Pero ¿en qué te ocupas?

—Precisamente en eso.

Se molestó mucho de que la mía fuese una actividad servil y también de que yo

estuviera tratando de mantenerme con dosis de Helmholtz, absolutamente pasado de moda, para él. En otras palabras, le enfadó el que yo formase parte de la masa informe y entenebrecida. Con frecuencia sentía la gente que el mundo me debía miramiento, en aquel entonces.

—¿Qué quieres que haga en la universidad? Yo carezco del talento diferenciado que tú tienes, Manny.

—No te desmerezcas —me contestó—. Deberías ver a los engreídos de la facultad. A ellos solo les diferencia su dinero. Tendrías que regresar a ver qué puedes o sabes hacer. Después de cuatro años ahí, tendrás un título, aunque no sirvas de mucho, y entonces nadie te menospreciará más.

¡Mis espaldas doloridas!, me recordé. Siempre habrá fuerzas oscuras en mi contra para darme el puntapié. Si esto me sucediera estando licenciado, la vergüenza sería aún mayor… ¡y no hablemos de mi ardor de estómago!

—No pierdas el tiempo —agregó Padilla—. ¿No ves que para cualquier insignificancia que decidas hacer, te tomarán un examen, pagarás matrícula, te exigirán un título o alguna habilitación? Despierta, muchacho: si la gente no sabe a qué atenerse respecto a ti, dónde situarte, hasta es peligroso. Debes demostrar qué sabes hacer por ti mismo. Aun si estás esperando algo, conviene que sepas qué y, en consecuencia, especializarte. No aguardes demasiado, pues te dejarán de lado…

No me afectó tanto lo que me dijo, si bien era interesante y muy cierto, como la amistad que me patentizó aquel día: emocionado, me apegaba a él, pues yo veía cómo pensaba en mí.

—¿Con qué dinero estudiaré? ¡Estoy colgado, Manny!

—¿Cómo supones que lo hago yo? La beca es insuficiente. Obtengo un dinerillo acá y allá, pero lo principal es que estoy en el negocio del hurto de libros.

—¿Qué dices?

—Como los que llevo conmigo: son el hurto de hoy. Libros y textos de orden técnico. Si logro escamotear veinte o treinta por mes, estoy listo. Son costosos los textos de estudio y yo recibo entre dos y cinco dólares por cada uno. ¿Qué te pasa? ¿Eres puro, tú?

—No del todo. Me sorprendes, tío, porque yo solo sabía de ti que eres un prodigio matemático.

—Sí, y que ayunaba la mayor parte del tiempo e iba sin ropa de abrigo. Pues ahora me concedo algo más que antes, me doy mejor vida. No hago estas cosas por el gusto de hacerlas. Y solo mientras lo necesite; después, renunciaré.

—Pero ¿qué pasará si te pescan?

—Mira. Yo no soy ladrón de alma, ¿me explico? Las raterías no me interesan, así que nadie me hará la cama: no es ese mi destino. Lo poco que pudiera sucederme no me llegará… ¿Me comprendes?

Sí, lo comprendí, máxime habiendo conocido a Joe Gorman, quien no lo veía del mismo modo.

Con todo, Padilla tenía dotes de ratero y se enorgullecía de su *modus operandi*. Concertamos una cita para el sábado siguiente y me dio una exhibición. Al salir de la librería, no podía yo decir si había hurtado algo o no, merced a sus excelentes maniobras. Ya fuera, Padilla me enseñaba un ejemplar de la *Botánica* de Sinnott o de la *Química* de Schlesinger. Obras valiosas, solamente; Padilla me pedía que eligiese algún título y luego lo escamoteaba aun estando la obra cerca de la caja registradora. Entraba en la librería llevando consigo un volumen con el que cubría el apetecido. Jamás escondía nada bajo su abrigo, para pretextar —caso de ser atajado a la salida— que estaba alzándose con el otro por inadvertencia. Y, puesto que se deshacía del libro hurtado en el día mismo del hecho, nunca podrían hallar el cuerpo del delito entre sus pertenencias. Favorecíale el aspecto de inocencia que tenía: el de joven mexicano, estrecho de hombros, rápido de movimientos y un tanto apaleado por la vida, pero principalmente cándido, que entraba en la tienda y se perdía al minuto en la lectura de la termodinámica o la fisicoquímica. La impresión que daba de estar ajeno a todo pensamiento de latrocinio contribuía no poco a su buen éxito en la delincuencia menor.

Hay un antiguo lienzo proveniente de los Países Bajos, hermoso y singular, que he visto una vez en una galería italiana de pintura y representa a un viejo sabio caminando pensativamente por los campos, mientras un cortabolsas le despoja de su metálico. Anda este viejo de ropilla negra, pensando acaso en la Ciudad de Dios, mas su nariz es la de un tonto y parece demasiado satisfecha con el fantaseo de su dueño. Pero la peculiaridad del ladrón estriba en que este se halla dentro de un globo de cristal rematado en una cruz, lo cual tiene toda la traza de un símbolo imperial de poder. Significa que, mientras el poder secular te defrauda y roba tu dinero, los sabihondos ridículos sueñan acerca de este mundo y el de ultratumba; por haber dejado pasar el que pisamos, se quedarán sin nada, ni uno ni otro, de modo tal que en ese cuadro se experimenta el aguijonazo de lo satírico a la vez que su diversión. Aun los campos están faltos de encanto en su chatura.

Pues bien, Padilla no pertenecía a ningún poder terreno y sus ideas no se referían a la totalidad del mundo: no era tal su vocación. Solamente se complacía en demostrarse capaz en el oficio de ladrón y le gustaba el tema. Había reunido información de toda índole acerca de los maleantes y sus diversas artimañas, acerca de los carteristas españoles —tan listos, que roban las pesetas que hay bajo una sotana— o de la escuela de delincuencia sita en Roma, cuya matrícula es tan cara como para que sus estudiantes firmen contrato y entreguen la mitad de sus ganancias durante cinco años después de licenciados. Padilla sabía mucho de ciertos sectores del hampa de Chicago: era su pasatiempo, así como el deporte apasiona a otros aficionados. Lo que fascinaba al mexicano era el sujeto independiente que intenta mantenerse distante de la dominación nuclear, magnética y continúa danzando la propia danza en la periferia. Conocía Padilla todo lo relacionado con las *B girls* y las *hip-chicks* que operaban en los hoteles de mayor cuantía; leía y releía la autobiografía

de Chicago May, buscona que trabajaba con un cómplice al que arrojaba las ropas del cliente desprevenido por la ventana, a la par que ella se daba a la fuga, sabiendo que aquel no podría perseguirla en cueros y sin blanca por las calles. Una mujer notable, por añadidura.

Padilla no escatimaba los cuartos cuando quería pasar un rato de jolgorio. Fui su convidado en el apartamento que alquilaban dos muchachas negras en Lake Park Avenue. En primer lugar, compró las vituallas en casa de Hillman: jamón, pollo, cerveza, encurtidos, vino, café y chocolate holandés, como expresión de munificencia. Pasamos, pues, la noche del sábado y entero el domingo en esas pocas habitaciones, utilizándolo todo en comunidad, salvo el cuarto de baño, único lugar de recogimiento. Todo esto placía al amigo Padilla. Ya cercana la madrugada, comenzamos a proponer un intercambio de pareja para que no surgiesen sentimientos de exclusión ni de exclusividad. Las chicas votaron en favor del trueque, que les parecía sensato. Ambas apreciaban a Padilla y el espíritu de su gestión, así que holgaron a gusto. Nada era grave; la mutua simpatía salvaba los escollos (en realidad, disfruté con la joven que me tocó en primera instancia más que de la siguiente, ya que se entregaba, en tanto esta última no lo hacía, como defendiendo su intimidad: era alta, mayor y no carecía de estilo, pese a todo).

De cualquier manera, la función corría por cuenta de Padilla. Si él se levantaba de la cama para comer o bailar, pretendía que yo hiciese lo propio. A intervalos habló de su vida en el transcurso de la noche, sentado sobre las almohadas.

—Yo he estado casado —relató—, en Chihuahua, de quince años de edad y he tenido un hijo antes de ser hombre yo mismo.

No me cayó bien que se jactase de haber dejado en México a mujer e hijo, pero luego resultó que la muchacha alta tenía un vástago también y quizá la otra ocultaba el suyo, de modo tal que omití observaciones al respecto, pues cuando tanta gente hace la misma cosa ha de haber algo en ello que no resulta manifiesto desde un principio.

Estábamos recostados los cuatro en dos camas, en la penumbra de la madrugada, que escasamente revelaba nuestras formas, entre sus blancos y sus grises. En las calles esta cierta claridad confería grandeza al barrio negro y hasta algún sobrecogimiento, porque hablaba de una ingente humanidad, algo invisible pero que se presentía. Era parecido a lo que se experimenta en los Baños de Caracalla. La población estaba entregada al sueño en la madrugada del domingo. La joven que me gustaba, pequeñita ella, con su nariz en silla de montar, sus somnolientas mejillas y su boca ancha, carnosa y despreocupada, se sonreía un tanto oyendo los parlamentos de Padilla. Él y yo permanecimos allá hasta la tarde y nos retiramos prometiendo regresar.

Sin un céntimo, Padilla y yo cenamos en su casa, más despoblada que la que acabábamos de dejar, en la cual había por lo menos alguna vetusta alfombra, sillas de asiento mullido, de las de antes, y ciertas chucherías femeniles, en tanto que Padilla

vivía a corta distancia de la calle Madison y del ferrocarril, con unas tías viejas. Esta vivienda se hallaba virtualmente vacía; en un cuarto había mesa y sillas y, en otro, solamente colchones descarnados en el piso. Las mujeres pasaban el día en la cocina, guisando en un fuego de carbón vegetal, abanicándolo siempre, gordísimas, lerdas y sin expresión. Padilla no les dirigía la palabra. Tomamos sopa con carne picada en el fondo de la escudilla y tortillas mexicanas que venían envueltas en servilletas. Padilla concluyó antes que yo y me abandonó sentado a la mesa. Cuando fui a verle, estaba en la cama cubierto hasta la cabeza con una basta frazada y me dijo que debía rendir una prueba escrita a la mañana siguiente: necesitaba descansar.

—¿Te encuentras en condiciones, Manny?

—Esto sale fácil o no sale —me contestó.

Sus palabras quedaron grabadas en mis pensamientos: o fácilmente o nada. ¡Desde luego! La gente se mata haciendo cosas difíciles porque piensa que la incomodidad es señal de importancia. Decidí ponerlo a prueba en mi vida, experimentando para empezar con el hurto de libros. Si me iba bien, dejaría el club de perros. Si lograba yo lucrar como Padilla, esto representaría el doble de lo que me pagaba Guillaume: así economizaría lo necesario para matricularme en la universidad. No era mi intención la de continuar robando a perpetuidad, sino la de proporcionarme un buen principio.

Así me inicié, pues, y en un comienzo con mayor excitación de lo tolerable. Después de mi primera sustracción, tuve náuseas y sudores fríos en la calle. Se trataba de una edición de la obra de Platón en una traducción de Jowett. Resuelto a ser riguroso conmigo mismo, guardé el libraco bajo llave en la terminal ferroviaria de la línea de Illinois y salí inmediatamente a realizar otra correría. Lo cierto es que progresé en mi cometido y creció mi sangre fría a la par. El momento azaroso es el de salir de la tienda con el botín. Poco a poco adquirí soltura: si alguien me atajara, yo sabría explicarme con una sonrisa confiada y salir del aprieto con donaire. Me había enseñado Padilla que en la librería nadie te arresta: es cuando ya estás en la calle cuando te echan el guante. En el caso de los grandes almacenes, me deslizaba yo de la sección de libros hacia otras: zapatería, confitería, alfombras, y nunca se me ocurrió en tales momentos quedarme con algo que no fuese un libro.

Renuncié al club de perros mucho antes de lo planeado, no solo a consecuencia de la fe que me tenía en materia de hurtos sino porque contraje la fiebre de la cultura. Tendido en mi cama, leía afanosamente, me alimentaba de la letra impresa como un famélico. En ciertas ocasiones, no podía siquiera ceder a mi cliente el libro que tenía en las manos: por largo tiempo, este ahínco prevaleció en mí. La sensación de algo vivo en mis redes me acuciaba, algo que yo debía recoger con ansia para devorarlo. Padilla se enfadaba conmigo al ver en mi cuarto rimeros de libros, libros de que deshacerme cuanto antes pues era peligroso retener eso en casa. Si él me hubiese restringido a la matemática, la mecánica, la termodinámica, todo habría sido distinto, ya que yo no llevaba en mí el esbozo de un Clerk Maxwell o de un Max Planck. Pero

como Padilla me había transferido sus pedidos de obras de teología, literatura, historia y filosofía, yo me sentía compelido a leer la *Historia del Papado*, de Ranke, y *El concilio de Trento*, de Sarpi, o bien a Burckhardt o *El pensamiento europeo en el siglo decimonono*, de Merz. Padilla puso el grito en el cielo por mi demora con este último, ya que el cliente, un hombre del departamento de historia, lo acosaba por él.

—Oye —me decía—, retíralo de la biblioteca de la universidad con mi tarjeta…

Mas no era lo mismo, como no lo es el comerse la propia vianda y no una limosna, aunque tuvieran igual valor calórico ambas. Hasta pienso que el organismo las utilizaría de manera diversa.

De cualquier modo, acababa yo de descubrir una privación desconocida y advertí cómo una apetencia o deseo se manifiesta en un comienzo en forma de hastío o de otra clase de sufrimiento. Ahora bien, ¿de qué manera me veía yo en relación con los magnos acontecimientos que constituyen el ser de los libros? Por lo pronto, como capaz de contemplarlos en mi mente y de comprenderlos luego. Suponiendo que mi sino no hubiera sido el de leer alguna declaración trascendental a mis semejantes o comandar un palatinado o enviar una misiva a Aviñón o cosa parecida, mi comprensión del texto equivalía a participar en lo sucedido. ¿Qué grado de participación? Pues bien: yo sabía sin ninguna duda que ciertos hechos no podían resultar, sencillamente, fruto de mis lecturas. Mas tal conocimiento no era tan distinto del de la muerte que —remota, aun cuando siempre presente— está sentada en un ángulo del dormitorio; aunque no se quita de ahí, jamás, ello no paraliza nuestra vida amorosa. Tampoco iba yo, entonces, a interrumpir mi lectura. No; sentado allí, seguí leyendo. Yo no tenía ojos ni oídos ni atención para nada más; a saber: para lo usual, lo de segundo orden, el alimento vulgar y silvestre, la chatura puramente fenoménica —el cordón de los zapatos, el viático, la factura de la lavandería—, lo deprimente inespecífico, los ignotos cautiverios, la existencia de arnés y desesperanza o la vida de organización y hábitos que debe sustituir al accidente por un calmo aguante. Pues ¿quién puede confiar en que desaparezcan los eventos consuetudinarios, las faenas, las prisiones, el alimento común y corriente, las facturas de lavandería y todo lo demás, e insistir en elevar todo momento fugaz a la primera importancia, exigir que cada cual respire un aire constelado y punzante, abolir toda mazmorra, toda monotonía y vivir como dioses o profetas? Es sabido que esta especie triunfante de vida solo puede ser esporádica. De ahí el cisma entre quienes opinan que únicamente el vivir triunfante es lo real y quienes alegan que lo real es lo cotidiano. Para mí no hubo discusión: opté por aquel con alacridad.

Por entonces tuve noticias de Simón. Me comunicó por teléfono que estaba en camino para devolverme los cinco dólares que le había prestado. Significaba esto que venía dispuesto a enfrentarse; de otro modo me hubiese enviado un giro. Cuando entró, lo noté enseguida lleno de descaro y altivez: venía preparado para humillarme, si yo alzase mi voz en son de acusación. Pero, hallándome rodeado de libros, descalzo y pobretón, Simón cobró confianza pues me vio como el de siempre: un

atolondrado entusiasta, medio tarambana y aun simplón. Si a él le hubiese dado por referirse a la muerte de la Abuela, yo me pondría a moquear y así caería en las manos de Simón. La cuestión, para él, radicaba en saber si mi temperamento era tal o si yo era así por preferencia; en este caso, cabría la posibilidad de cambiar mi manera de ser.

Por mi parte, yo estaba deseoso de verle contento. Nunca habría seguido el consejo de Einhorn de ser duro con Simón y hacerle callar. Bien podía mi hermano haber remitido a Buffalo el dinero que le pedí desde allá estando en apuros, mas yo le dispensaba su actitud por la peripecia desastrosa en que estaba sumido él mismo en aquel tiempo. El préstamo que Simón solicitó de Einhorn, no realmente para mí sino con fines personales, tampoco me resultaba grave; Einhorn tenía muchos deudores de mayor cuantía y era lo bastante caballeroso y magnánimo para no armar un escándalo por tal razón. Pero ¿cómo soslayar la actitud de Simón hacia nuestra madre, el tabuco en que había zampado a Mamá? El hecho me había convulsionado; yo echaba rayos camino a la casa de Kreindl, yendo a buscarla, y con gusto habría roto a Simón la crisma. Después recapacité: como excusa, él tenía la de nuestra situación pecuniaria. Mantener a Mamá en sosegado retiro no era factible; Simón y yo carecíamos además de la índole amodorrada, gatuna, del hijo solterón. Algo en nosotros consintió el desmantelamiento del hogar. Pero incumbía a Simón hablar del asunto; caso contrario, significaría que aún no había ajustado cuentas consigo mismo.

Esperé hallarle demacrado; en cambio, Simón pesaba más que antes, pero como por mala alimentación. Vino sin haberse afeitado —cosa rara en él—, aunque bien en general, y se sentó entrecruzando sus dedos sobre el pecho.

Promediaba la tarde estival; un árbol de sombra nos envolvía, por la ventana, en su verdor boscoso; abajo, en el césped, un pájaro picoteaba rítmicamente la cañería de agua, sin ofrendarnos tranquilidad.

Creo que la gente nunca ha sabido en otro tiempo observarse tan perjudicialmente como suele hacerlo hoy. Ni Simón ni yo logramos evitar esta costumbre, ahora. Ambos pensamos mal, uno de otro; luego me dijo Simón:

—¿Qué estás haciendo aquí, en zona sur, encerrado entre libros? ¿Volverte estudiante?

—Ojalá pudiera pagarme ese lujo.

—Supongo, entonces, que estás en el negocio de los libros, pero no ha de ser ninguna maravilla, ya que veo que los lees, encima. ¡Solo alguien como tú es capaz de un negocio semejante!

Hablaba desdeñosamente, pero enseguida agregó con sensatez:

—Tú te preguntarás adonde me ha llevado a mí mi genio.

—No necesito preguntármelo. Lo sé; puedo verlo.

—¿Estás resentido, Augie?

—No —repliqué broncamente y, de un vistazo, mi hermano se dio cuenta de cómo distaban mis sentimientos de la cólera.

Bajó la vista.

—Me molesté al enterarme de todo el asunto, pero vino a coincidir, claro, la noticia de lo de la Abuela —dije yo.

—Pues se ha muerto, ¿verdad? Viejísima habrá sido. ¿Supiste su edad alguna vez? Creo que nosotros nunca habríamos… —se contuvo, insinuando con su tono ironía, tristeza e incluso un temor reverencial. Nunca dejaríamos de atribuir cosas extraordinarias a la Abuela.

Absteniéndose ya de su cinismo inicial, Simón añadió esto:

—Sí, de puro estúpido me metí en esa banda. Al fin, me han sacado mi dinero y me han molido a palos. Yo los tenía por peligrosos, pero imaginé que, si me ponía firme, les ganaría. No hice más que imaginar, porque estaba enamorado. ¡El amor, bah! Ella nunca me dejó mojar en caliente. Te juro que a veces, en el portal de su casa, por la noche, yo la tocaba apenas y me sentía reventar. ¡Perecía por ella y nunca me dejó pasar de ahí!

Hablaba con grosería, airado y despectivo, torpemente y me estremeció.

—Cuando supe que se había casado la puerca, me la soñaba follando con un mono. ¡Qué podía importarle a ella! Y ya sabes cómo es él: es un tío como cualquier otro y puede darse esos lujos. A la pobre le parece que eso es dinero: unos pocos edificios, ¡una nada! Hasta que se haya desayunado.

Su rostro iba enrojeciendo, por emociones distintas de la ira y el desprecio.

—Ya sabrás —continuó— que me incomoda el ser así y tener tales pensamientos, que me avergüenzan, lo digo honestamente. Porque ni es cosa nunca vista ella, ni tan infame él. No fue malo con nosotros, siendo niños, ¿lo recuerdas? Yo no quiero armar camorra por ella como un perro esquimal por un trozo de pescado. Antes, yo tenía la mira puesta en cosas elevadas; pero andando el tiempo vas dándote idea de lo que eres y lo que no serás. Vas abriendo los ojos al hecho de que primero viene lo egoísta y lo celoso: lo mismo te da cualquier cosa con tal de ir abrigado tú; empiezas a pensar que sería la mar de bueno se muriese alguien que tienes al lado, dejándote en libertad, y al cabo caes en la cuenta de que al otro le deja frío que ¡te mueras tú!

—¿Qué quieres decir con eso último?

—El suicidio. Estuve cerca, en la detención de la avenida North.

Simón dijo esto desapasionadamente, sin un intento de compadecerme. Nunca necesitaba de mi lástima, él.

—Yo no tengo animadversión contra la muerte —señaló Simón—; ¿tú tampoco, Augie?

Con la muda de color de las hojas detrás, se le veía calmo —más que antes— y pesado en su asiento, con su sombrero de fieltro contra el verde y amarillo del follaje. Simón insistió en su pregunta:

—¿Y bien? ¿Tú tampoco?

—No tengo tantas ganas de morirme.

Esto le ablandó conmigo, le puso cómodo, y al cabo se rio. Dijo:

—Tú morirás como cualquiera, pero tengo que reconocer que no es eso lo que haces creer a la gente cuando te mira a la cara. Eres un espectáculo bastante animado. Pero no sabes cuidarte. Un hermano que no hubiese sido tú, me habría arrancado ese dinero con todo tesón. Si tú me hubieras hecho lo que yo te hice, yo te habría hecho pagar todas juntas. Me habría gustado verte caer como yo caí. Te habría dicho: «¡Bien merecido lo tienes! ¡Me alegro!». Así que, puesto que no sabes mirar por lo tuyo, veo que tendré que hacerlo yo por ti…

—¿Mirar por lo mío?

—Por supuesto —contestó con enfado a mi pregunta—. ¿O crees, acaso, que jamás me preocupo por ti? Nosotros dos hemos andado siempre en compañía de perdedores y eso me tiene harto.

—¿Dónde vives ahora?

Dijo que en la zona norte, molesto porque yo quisiera tener datos precisos acerca de él. Para mí es normal esa curiosidad por los detalles. Pero Simón estaba lejos de satisfacerla, ya que detenerse en ciertas cosas, parar mientes en ellas, significaba adherirse a algo que él deseaba vivamente pasar en silencio y dejar atrás.

—Yo no voy a permanecer allí —añadió.

Pregunté de qué vivía, en qué se ocupaba.

—¿Cómo de qué vives? —repitió, creando obstrucciones a cada paso por reiteración. Su amor propio le impedía decir la verdad de los hechos. No podía abdicar a su anticuada postura de hermano mayor. Él había actuado a lo tonto y cometido errores. Ahora se aparecía gordo y macilento, como si su respuesta al destino hubiera sido el tupirse y no otra, y, con todo esto, no era capaz de contar algunos pormenores. Tomaba mi interés como un ataque, en tanto él trataba de salir de su mortificación, y me contenía con brazo rígido, diciéndome: «¿Qué insinúas?», y apuntándolo en su memoria, contra mí. Mucho más tarde me confesó que había lavado el piso en un bodegón, incluso, por un tiempo; pero por ahora rehuía toda pregunta mía. Fondeado en un sillón poco muelle con todo su peso, redobló su hostigamiento para entendérselas conmigo de una buena vez. Lo hizo con cierta brutalidad y ánimo castrense.

—Yo no he estado perdiendo el tiempo —me dijo—, sino poniendo los puntos a algo. Me casaré pronto, según creo.

No se permitió una sonrisa, siquiera, para atemperar el anuncio de manera agradable.

—¿Cuándo? ¿Con quién?

—Con una mujer de dinero.

—Pero ¿una mujer mayor que tú?

Así interpretaba yo sus posibilidades.

—Oye, ¿qué pasa contigo? Sí; me casaría con quien fuera necesario. ¿Por qué no?

—Te apuesto a que no.

Aún lograba asombrarme, como cuando niños.

—Es que huelga la discusión, porque no es una mujer mayor: tiene veintidós años, por lo que me dicen.

—¿Quién lo dice? ¿No la conoces todavía?

—No, no la he visto. ¿Recuerdas a mi antiguo patrón? Es él el intermediario. Tengo una foto de ella. No está mal: algo rolliza, quizá, pero también yo estoy engordando. Bastante guapa; pero yo me casaría aunque no lo fuera. Mi expatrón asegura que la familia tiene talegas de oro.

—Así que estás resuelto a hacerlo.

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y qué si ella se opone?

—Me las ingeniaré… ¿Me crees incapaz?

—No digo eso, pero me parece demasiada tu sangre fría, tanto cálculo.

—¡Sangre fría! —exclamó con súbito apasionamiento—. ¿Dónde ves la sangre fría? Si sigo como voy, ¡eso sí que sería flema! Yo miro más allá de este matrimonio. ¡Nunca me engatusarán con la idea de la unión perfecta, en adelante! Quien ve la luz, salvo unos pocos como tú y yo, nace de una pareja constituida. Dime la verdad, ¿hay algo singular o maravilloso en ello? ¿De qué te salvará tanta perfección, quieres decirme? ¿Ha salvado, por ventura, a los tontos, los imbéciles de nacimiento, los infelices, los perdidos, los borrachines, los esperanzados y los que no, los payasos, las ratas de alcantarilla, los tímidos y asustados, o a los desdichados decentes, los que tú llamas buenas personas? Todos casados, nacidos de gente casada, así que, ¿cómo pretendes que importe un rábano si Bob ama a Mary pero ella se casa con Jerry? ¡A otro perro con ese hueso! Eso es de cine. ¿No ves que algunos dan su sangre por un amor e igual quedan maltrechos? Andan buscando lo mejor y se pierden todo lo bueno. Y yo me figuro que es esto lo que te pasa a ti. En conjunto, una lástima, una burrada, pero la cosa es así.

Porque en aquel período carecía yo del dinamismo del enamorado —habiendo reprimido mi arrebato por Esther Fenchel—, Simón notó que yo discrepaba de él. El semblante mismo de mi hermano era el de un hombre que está en el error: el mundanal ruido interfería en demasía, para que decidiese rectamente. Además estaban mis libros, que desempeñaban un papel en mi toma de posición; él los evaluó como a francos oponentes, no sin alguna irrisión de su parte. Pero en mí no cabía el negar nociones que yo tomaba en serio en mi fuero íntimo, ni ser desleal a ellas, solo porque las desafiara o pusiese en duda un contrincante.

—¿Para qué quieres que estemos de acuerdo? —argüí—. Si crees en lo que estás diciendo, no te importará que yo disienta o no…

—¡Hostias! —barbotó, mirándome profundamente a los ojos—. No te hagas ilusiones, chaval. Si tú entendieras de la vida, me seguirías. Eso me agradaría, pero no es imprescindible, ¿sabes? Ambos somos iguales, aunque ese no sea un elogio, y deseamos las mismas cosas, así que… ¡ya captas!

Mi opinión difería y no por amor propio, sino por la consideración de los hechos

en sí. Mas, viendo que Simón necesitaba creer que éramos idénticos, guardé silencio. Si él se refería a los misterios del parentesco —lo de que nuestros órganos reciben ondas o *quanta* de la misma longitud—, mis conocimientos no bastaban para discutírselo.

—Está bien —dije—, pero… ¿qué te lleva a suponer que la muchacha y su familia estarán de acuerdo contigo?

—¿Cuál es mi capital? Primeramente, en nuestra familia somos todos buenos mozos: George, mismo, lo habría sido, de ser normal, por supuesto. La Abuela lo sabía y pensaba que sacaríamos partido de ello. Además, no voy a casarme para vivir a costa del dinero de mi mujer y darme la buena vida. No; esta gente sacará provecho pleno de mí, pues yo no puedo quedarme sin hacer nada: tengo que ganar dinero. No soy de esos tíos que renuncian a lo que desean apenas se han dado cuenta de que lo desean. ¡Yo necesito dinero! Y soy capaz de manejarlo. De modo que mis capitales son estos. Y ofrezco juego limpio.

Se comprende que yo le haya oído con un poco de escepticismo. También es cierto que cosas como esta son patrimonio de gente que ambiciona hacerlas concretamente. Me desagradaba su manera de hablar; pongamos por caso, la vanagloria de que éramos hombres bien parecidos, nosotros los March, nos hacía aparecer como caballos de carrera o como sementales. No deseé, con todo, que Simón viviese otro fracaso: su grandeza de alma no daba para tanto.

—A ver —dije—: muéstrame la foto.

Él la llevaba en el bolsillo de sus pantalones. Ella era joven, corpulenta y de buenas facciones, pero me parecía persona abierta o de índole fácil y manejable.

—Es atractiva, te lo he dicho. Un tanto pesada, quizá.

El nombre de la joven: Charlotte Magnus.

—¿Magnus? ¿No era Magnus quien entregaba el carbón a los Einhorn?

—Ese es su tío, que está en el negocio del carbón: hombre rico. Su padre tiene un sinfín de propiedades. Hoteles, bazares. ¡Yo me meteré en lo del carbón! ¡Ahí está el dinero! Voy a pedirles un depósito de carbón para regalo de bodas.

—Lo tienes bien pensado, ¿verdad?

—Claro que sí. Tengo algo pensado para ti también.

—¿Qué? ¿Deberé casarme yo?

—Con el tiempo, sí, ya arreglaremos eso. Entretanto, tendrás que ayudarme a mí. Tengo que tener alguien de la familia conmigo. Me han dicho que esta gente concede mucha importancia a la familia. No nos comprenderían, con nuestra manera de ser. Debo hacerles buena impresión. Habrá banquetes y demás. No esperarás que les muestre a George. Tienes que ser tú. Necesitamos buena ropa: ¿tienes alguna?

—Toda en el montepío.

—Pues redímela.

—¿Con qué dinero?

—¿Tan mal estás? Pensé que, con tu negocio de libros…

—Lo que me sobra se lo entrego a Mamá.

Dijo, con los dientes apretados:

—No seas tan juicioso. Atenderé a todo y conseguiré lo necesario, en materia de dinero.

Me pregunté dónde tendría crédito aún, este hermano mío. Quizá el casamentero amigo le prestaría dinero. De cualquier modo, unos días más tarde recibí un giro postal y, cuando hube sacado mi ropa de la casa de empeños, Simón me pidió prestado un terno de los de mi época en Evanston. Poco después me comunicó que había conocido por fin a Charlotte Magnus y que creía que ella ya estaba enamorada de él.

11

Ahora bien: se dan períodos lóbregos como la abadía de Westminster, en que una cantidad de objetos dista de ser clara: todo es denso y está caracterizado por una lluvia insular, una semioscuridad nórdica y la vena del Támesis. La lobreguez en que han de tomarse las determinaciones no es un fenómeno local: existe, idéntica, en la rara claridad de la tórrida Messina. ¿Y qué hay de la frialdad de la lluvia? Esta última es emblema de la condición compartida por todos; no borra la tontería del rostro humano, ni elimina el engaño, ni cambia defectos. Significa, quizá, que lo necesario para mitigar la necedad o disipar el engaño abunda en torno y se nos ofrece con insistencia: una oferta negra en Londres; una gris en París, donde ves tanta variedad de ser humano yendo y viniendo entre la lluvia y la neblina; una oferta parda en Chicago. Con lo oscuro se te ofrece el solvente, hasta el momento en que algo queda resuelto y por tanto suspendidas las ofertas, la clemencia y las oportunidades.

La casa en que vivía yo en la zona sur de Chicago estaba cerca de la universidad y su juego de campanas. Ostentaba una plenitud y hacinamiento medievales, por lo demás: cámaras estrechas, rostros en cada ventana y todo espacio, colmado. Tenía yo algunos clientes compradores de libros y ciertos amigos entre sus ocupantes. De hecho, conocía allí a medio mundo, pues el viejo galés que regentaba el lugar —Owens se llamaba— me hacía contestar el teléfono y distribuir la correspondencia a trueque de mi alquiler. Mientras iba yo colocando las cartas en los casilleros, no podía menos que leer los remitentes o el contenido de una tarjeta postal; mientras se desarrollaban las conversaciones telefónicas de los estudiantes, no podía sino oírlas, porque no había cabina alguna. También Owens escuchaba a hurtadillas con su hermana solterona, que hacía las veces de ama de llaves. Siempre abierta, la entrada en su habitáculo rancio y pasado de moda conspiraba contra la libertad estudiantil, pero ambos hermanos se habían estacionado ahí a perpetuidad. Todo esto resultaba pesado, muy pesado.

A Clem Tambow le dio por visitarme en esa época. Su padre, el viejo politicastro, había pasado a mejor vida. Clem y su hermano, un zapateador profesional del circuito de Loew, se habían dividido el seguro de vida. Clem no quería confesar cuánto totalizaba su parte, por delicadeza, por resguardar su intimidad o acaso por superstición. Estaba matriculado en la universidad, en la carrera de psicología, y vivía en el mismo barrio.

—¿Qué te parece? ¡Una herencia de Papá! —decía riendo, tratando de ocultar su bocaza y dientes cariados. Era el Clem de antes, con sus blanquísimas escleróticas y el pelo rizado por detrás, como de muchacho; todavía le preocupaba su fealdad, en especial la lástima de su nariz, pero interrumpía el lamento con inmensas carcajadas y raudos movimientos de la cabeza para evitar el desbarranco de su puro. Desde que andaba con blanca, iba luciendo una hilera de Perfect Queens en el bolsillo de su chaqueta.

—Yo no comprendí a mi viejo todo lo necesario —admitía Clem—. Era un partidario feroz de mi madre. ¡Feroz! Aún lo sería, pero su momento ha pasado. Ya no puedo engañarme, luego de haberme leído varios libros de psicología… Hablando de psicología, Clem reía también. Me decía:

—Yo estoy aquí por cuestión de faldas.

Y enseguida, con cierta melancolía:

—Ya que ahora tengo unos cuartos, es hora de cosechar. De otro modo no lograré nada, con esta boca de pez y mis narizotas. A las intelectuales les basta muy poco. No gastas mucho en ellas; solo hay que estimularlas a pensar.

No se consideraba como un estudiante; antes que eso, se veía como un visitante matriculado. Jugaba al póquer en los sótanos de la facultad de derecho y apostaba a las carreras de caballos en un sitio en calle Cincuenta y tres. Si oía clases, era capaz de soltar la carcajada de un momento a otro, ineludiblemente.

—Es que el imbécil del profesor —me explicaba luego— estaba tratando de enseñarnos una basura conductista: todo pensar es verbal y por consiguiente ha de ocurrir parcialmente en la laringe. Él lo bautizó «subvocalización inhibida». Entonces los estudiantes empezaron a preguntarse qué pasa con los mudos, que hablan con sus manos, y trajeron algunos a clase, les leyeron silogismos, pero este material escapaba, como es natural, por sus dedos, así que enyesaron los estudiantes las manos de los sordomudos. Al alcanzar este punto la locura colectiva, me eché a reír y el profesor me expulsó del aula.

Clem relató esto con una convulsión de timidez y embarazo, hecho característico que fue sucedido y borrado por más risas de las suyas, un deleite ruboroso y nueva caída en el abatimiento que le acarreaba el recuerdo de su mala estrella en el reparto de perfecciones nativas. Traté de hacerle entender que andaba errado y que no estaba obligado a compensar ninguna omisión de la naturaleza. Era esta la hora de amar, le dije. Su apariencia era muy varonil, aseguré, pese a algunas exageraciones como su bigote, las rayas de la tela de los ternos que compraba a crédito (no obstante su opulencia) y le conferían estampa de tahúr, etcétera.

—No seas compasivo conmigo, Augie, que no tienes ninguna obligación —replicó con aires de tío que amonesta a un sobrino de casi la misma edad.

Clem deseaba la edad media de la vida para sí. Tenía pensado que entonces podría atraer a las mujeres como hombre de experiencia: un tío libertino ya gastado y con una miaja de amargura en su interesante personalidad. Así hacía su papel.

—Veamos, pues, Augie: ¿qué sucede contigo? Pierdes el tiempo aquí. Tienes posibilidades a montones, ¿y qué haces tú de ellas? A ti te hace falta un representante, ¿sabes? Estás en compañía de este mexicano y postergando todo lo demás, ¿a santo de qué?

—¿Qué es todo lo demás?

—¡Ah, no lo sé! Pero te veo repantigado en un sillón de mimbre, con un libro sobre el pecho y confiando la cosa al tiempo cuando hay tanto que hacer.

Clem se hacía ideas excesivas respecto a lo que llamaba posibilidades porque las presumía rencorosamente fuera de su alcance. Se refería, lo sé, a las riquezas, la admiración, las mujeres que se entregan por una pasión irremediable. Los polvos de la madre Celestina. Él estaba perturbado por tales pensamientos y, a veces, yo también. Clem insistía en que yo adquiriese un rumbo en la vida, me ejercitase en ello, concentrase mis esfuerzos en volverme imprescindible, aprendiese a ser enérgico y no retrógrado, absoluto y no relativo, y otras hierbas. Yo padecía, por mi parte, del desasosiego de quien confía en ser absorbido por algo superior a él. Yo no podía ser el absorto fogonero de una llama individual para transformarla en el sol de un mundo que no extrajese de él tibieza sino un resplandor a lo Plutarco. Volverse necesario sería bueno, magnífico, pero ¿ser apenas el hijo de Febo? Yo no me permití soñar con eso, siquiera, pues nunca intenté exceder a mi capacidad real. Cuando alguien me hablaba como lo hizo Clem, urgiéndome y elogiándome, no prestaba yo atención. Me bastaban los propios consejos. No habrán sido infalibles, pero los errores cometidos por mí estuvieron dentro de lo que yo podía soportar.

Clem hablaba en serio, pero no era tal su intención aquel día, cuando vino a verme en mi cuarto. No estaba allí para contarme de Jimmy Klein, casado ya, padre y empleado en un gran almacén, ni del hermano de Jimmy, quien intentaba entrar en el mundo del espectáculo, en Broadway. En rigor de verdad, Clem se hizo presente porque andaba tras una muchacha llamada Mimi Villars, que vivía en la pensión estudiantil donde residía yo.

Mimi no era estudiante, sino camarera en una fonda de estudiantes sita en la avenida Ellis. Yo ojeé apreciativamente a la joven rubicunda y tan rubia, de una belleza algo recia y largas cejas terminadas hacia arriba con delineador y una boca ancha que hablaba de una naturaleza insaciable, sin barreras. Esta mujer era capaz de decir lo que le viniese en gana; no se le ocurría qué cosa pudiese detenerla. Sus caderas angostas, el busto lleno, ropas ajustadas, altos tacones que daban a sus músculos gemelos un toque de impaciencia; su paso era corto y su risa, violenta y crítica. Mimi Villars no me recordaba a Willa, la camarera del hotel Symington: muchacha de campo a quien yo prefería y con la cual podría yo haber sido feliz en un pueblo, si se hubiera ofrecido la oportunidad. Por lo menos, esto es lo que suelo repetirme.

Mimi procedía de Los Ángeles. Su padre había sido actor en el cine mudo. Mimi hablaba de él cuando salía a la luz todo el encono que ella abrigaba hacia los ingleses. Había venido a estudiar a Chicago, en un principio, hasta que fue expulsada, por procacidad, de los claustros. Padecía una tendencia natural a la expulsión, esta joven. Nadie ponía en duda su habilidad para transgredir una norma; en cuanto a la sanción aplicada, Mimi la hacía objeto de su rumor ponzoñoso con delectación.

Yo presentía la inutilidad de los esfuerzos de Clem. La causa del color subido de Mimi no era un pletórico estado de salud, ni una excitación continua solamente: el amor contribuía en mucho. Por rara casualidad, el amante de Mimi, un tal Hooker

Frazer, instructor en ciencias políticas, era un cliente de Padilla que había heredado yo. Nada fácil, por otra parte, pues siempre encargaba obras agotadas o rarezas este hombre. Para conseguirle *La voluntad de poderío*, de Nietzsche, en dos volúmenes, pasé las de Caín, pues estaba en una vitrina. También hurté para Frazer la *Filosofía del Derecho*, de Hegel, así como los últimos tomos de *El Capital*, de la librería comunista que había en la calle División, la *Autobiografía* de Herzen y algo de De Tocqueville. Frazer regateaba con ahínco y hablaba con ahínco, concisamente; era un individuo de quien la universidad habría debido sentirse orgullosa: un joven Calhoun o estadista ya por entonces, con su aspecto de inteligencia, consideración, rigurosa coherencia y con una prematura arruga parecida al trazado de un sismógrafo. No era Frazer un hombre de alta estatura pero desgarbado; su postura era suelta, sí. Me cautivaba en él el hecho de que residiese en Burton Court, lugar semejante a un colegio de los de Oxford —del tipo de Christ Church o Magdalen—, con aire erudito de cofradía en que se practica la renuncia. A Padilla, no: con su nariz de momia hallada en Gizeh, sus ojeras, angostas espaldas y paso retumbante en los venerables mosaicos, él, oriundo de un villorrio de montaña, carecía de disposición cultural y no daba un ardite por el Viejo Mundo.

No hubo caso: el hombre indicado para Mimi Villars era Hocker Frazer. Me maravillaban ambos con solo verles en las escaleras de la pensión de Owens, tan bien construidos, dura y briosa ella, sin importarle quién la oyese, y él, tan diferente que parecía descendiente directo del hombre de Cro-Magnon, desde luego que con características actuales, incluidos los desórdenes. El genio vivo de Frazer y su aparente compostura no concordaban en absoluto. Llevaba apretadas las mandíbulas y su nariz, recta y afinada, hablaba de un fantástico nerviosismo. Pero aun Padilla, a quien no caía bien aquel, estaba dispuesto a afirmar que Frazer era *muy hombre*[16]. Padilla criticaba en él cierta condescendencia para con nosotros, dirigida a mí más que al mexicano, ya que Frazer tenía conciencia de que este último era un talento para la matemática. Nos trataba de «señor», como si hubiésemos estado en West Point, pero recordando permanentemente que éramos una entretenida pareja de ladrones. ¡Como si él mismo no estuviese recibiendo mercancía robada! Me decía:

—Señor March, ¿me hace usted el favor de una gira por el centro a fin de expropiar de los expropiadores un buen ejemplar de *Vesprit des lois*? El otro día vi uno en la librería Argus.

Yo reía con ganas frente a esta mixtura de lengua pomposa y jerga revolucionaria, con el acento enmendado de Tennesse. Al comienzo, me tomó por un simpático badulaque y bromeaba acerca de mi rostro atezado:

—Cualquiera diría, señor March, que usted pasa sus días paciendo las bestias en el prado, en lugar de respirar el aire enrarecido de las librerías.

Después se puso serio conmigo y me ofreció copias de diarios y revistas marxistas, que poseía en diversos idiomas, rimeros de ellos. Él recibía todo género de revistas especializadas y boletines y aun me invitó, en una ocasión, a oírle dar una

clase, tal vez porque yo era una fuente de bajo costo que le vendía a crédito y habrá querido quedar bien conmigo. A Padilla le daban ataques de furia cuando se enteraba de que yo era tan manirroto; vociferaba: «*¡Bobo!* ¡Gringo bruto!», y yo le decía que pondría un límite de veinticinco dólares al crédito que le concedía. Era mentira, para calmarle. Frazer me debía cuarenta ya.

—¡Un cuerno! Yo no le daría un cuarto partido por la mitad. Ese es el modo que tiene de mostrarse superior a ti —dijo Manny, pero no me afectó. Lo probable es que yo haya disfrutado entregándole libros a Frazer en sus habitaciones, pera respirar esa atmósfera y oírle hablar. A menudo sustraía yo dos copias de la obra pedida por él para enterarme, por pura curiosidad, de qué leía este hombre, y así pasaba tardes opacas y dificultosas con ello.

Nunca me he acusado de desechar lo que no puede leerse con fervor, pues no me deja nada de provecho en ningún caso; imito a Padilla, que aconsejaba no atormentarse con lecturas abstrusas e indigestas. Al fin y al cabo no estaba yo especializándome, sino ensayando cosas diversas.

Me sentía en la obligación, además, de decir a Clem que él no llegaría a nada con Mimi Villars.

—¿Me lo dices por mi aspecto? Yo me figuro que ella está por encima de esas cosas. Es una chavala de puta madre.

—Tu pinta no tiene nada que ver con eso. Ella ya tiene macho.

—¿Y crees que nunca tendrá otro? Así de entendido eres.

Con esta plática logré reforzar, sin quererlo, su obstinada fe. Clem continuó visitándome emperifollado, poniendo a prueba extemporáneamente su triste valor, practicando galantería nada menos que conmigo y faltándole solamente espada y puntillas para encajar en el mundo de los Estuardo en el destierro: el gravoso drama del hastío. Solo la melena indomeñable, eléctrica, el lustroso blanco de sus ojos y la típica risotada contaban una historia diferente acerca de Clem. Yo me sentía contento en su compañía, pero incapaz de hacerle saber la verdad de la vida de Mimi. Si bien yo estaba enterado de mucho en la pensión Owens, a esta joven le importaba poco lo que se murmurara de ella. Mimi llevaba una vida desembozada y, encima, no callaba nada de su intimidad. En ciertas ocasiones, Frazer le enviaba una tarjeta para deshacer un compromiso y entonces Mimi se enfurecía, me pedía el teléfono y ponía a Frazer de oro y azul:

—¡Maldito cobarde! ¿Acaso no puedes llamarme y decir directamente por qué no vienes hoy? ¡No me salgas con lo de la tesis, que eso es camelo!, y dime: ¿qué leches estabas haciendo tú la otra noche en la calle Cincuenta y siete, con una partida de inútiles, mientras uno te suponía escribiendo? ¿Qué es esa gente? Uno era marica e inglés por añadidura: se le veía a la legua. ¿Que no me sigues, eh? ¡Pues estoy hasta aquí de tus embustes, so hipócrita!

Cuando Mimi callaba, para recobrar el aliento, yo oía la voz mesurada de Frazer perorando incansablemente desde el otro lado. A Owens no le preocupaba lo que

hiciesen los pensionistas en su cuartos, pero sí le disgustaba que los juramentos de Mimi se transmitieran por toda la casa y penetrasen en su salita.

—¡Pues te juro que jamás te pediré nada de rodillas! —Fueron las últimas palabras de Mimi para Frazer. Cuando colgó el receptor con virulencia, de un terrible manotazo, el efecto fue el que logra un músico al cerrar su piano, concluidos sus tempestuosos acordes sin un error ni vacilación alguna.

El arrancarse un acorde de genio pronto para tocarlo ante su amante era un placer de los más vivos para Mimi. Me comunicó, entonces:

—Si aquel jodido llama otra vez, dile que he salido de aquí soltando maldiciones.

No obstante lo cual, ella quedaba a la espera de la próxima llamada de Frazer.

Esto me daba la certidumbre de que, por lo menos de momento, Mimi no se fijaría en Clem. Frazer —otro signo ominoso— estaba telefoneando con regularidad y Mimi tomaba su tiempo para bajar a atenderle cuando él la requería a través de mí. Sabiendo que yo recibía las llamadas, Frazer me rogaba ceremoniosamente que la urgiese, a lo que mi respuesta era concesiva aunque con salvedad:

—Lo intentaré, pero sepa usted que no soy la octava maravilla…

—¿Para qué me quieres? —Eran las primeras palabras de ella, luego de haber depositado su quemante cigarrillo en la caja del teléfono—. No puedo hablar, estoy frustrada. Para saber algo de mí, tendrás que llegarte hasta aquí en persona y preguntar. Si no te preocupa, a mí tampoco. No, no estoy tranquila, pero descuida, no tienes que casarte conmigo. No me interesa un hombre que no tiene idea de lo que es querer. Tú no pides una mujer por esposa, sino un espejo. ¿Cómo? ¿Qué es eso del dinero? Cuarenta y siete dólares me debes tú a mí. Déjalo así: no tiene caso hablar. El día en que lo necesite, ya sabré ganarlo por mí misma. ¿Tú? Tú debes a cada santo una vela. No, no me vengas con eso. Cuéntaselo a tu mujer. Ella se lo traga todo.

Frazer no estaba divorciado aún de su primera mujer, de cuyas garras lo había salvado Mimi (según propia versión).

—¿Recuerdas una película llamada *La isla de las almas perdidas*? Un científico loco saca hombres y mujeres partiendo de animales. Él llama a su laboratorio «La casa del dolor». Pues con su mujer Frazer vivía como un animal de esos —me dijo Mimi una vez—. Ella tiene un apartamento: parece increíble que un hombre como Hooker haya vivido allí. Lo que yo pienso de él no importa: la verdad, es un hombre inteligente, un hombre de ideas. En su época de comunismo, lo escogieron para estudiar en el Instituto Lenin, donde adiestran a los conductores como Cachin y Mao. No se graduó porque fue expulsado por la cuestión alemana. Sigo, entonces. En el apartamento hay tapices de felpilla en el cuarto de baño para remorderte la conciencia si te metes ahí con zapatos. Un hombre no es hombre mientras tolera cosas de ese tipo. Las mujeres no tienen alma buena, Augie —declaró Mimi con su enojo humorístico—; ellas solo quieren que haya un hombre en la casa y nada más, sentado y quietecito. Fingen tomarse en serio todo lo que dice él, ya sea del gobierno, ya de astronomía: ellas simulan interesarse en los partidos políticos o en las estrellas del

cielo. Les hacen carantoñas a los hombres y les echan a perder, con tal de tenerlos en casa. Si él es socialista, ella lo es también y aún más que él; si él cambia y se perfila como tecnócrata, ella le gana y se lo hace creer. Todo lo que le atañe a la mujer es tener al hombre en casa, no importa qué tenga que inventar ella misma. Y ni siquiera se la puede tildar de hipócrita: todo esto va hondo, mucho más hondo, y consiste en tener al fulano encadenado en casa.

Con parlamentos como este —que era solo uno entre una multitud—, Mimi procuraba llegarte hasta el alma. Suficientemente expresada, la cosa adquiría realidad para ella, calculo. Mimi creía en las palabras, en el acto de hablar; si lograba convencerte, entonces Mimi creía en lo que le había dictado su inspiración. Cuando de hablar se trataba, ella tomaba prestado de Frazer el método forense que no siempre parecía el adecuado en las conversaciones habituales entre las personas. Frazer se sentaba con las rodillas separadas, acodado en ellas, entrelazadas las manos y con una mirada de perfecta seriedad a la que se sumaba la raya que partía su cabello rubio ceniza en mitades idénticas como para rubricarla. Mimi remedaba sus modos lo mejor que podía, pero había en ella mayor retorcimiento, más pasión y la velocidad que deriva de una alta compresión y la entrevia angosta.

Mimi estaba —tal como lo había predicado Einhorn de mí— en la plena oposición, con la salvedad de que ella mencionaba abiertamente nombres y agravios y se ponía en el papel del agresor, mientras que yo tenía distinto temperamento, otros modos de hacer, y Mimi no me persuadía. Yo no la suponía en lo cierto solo por ser enfática en su discurrir.

—Si no estás de acuerdo conmigo —me decía—, ¿por qué callas? ¿Por qué no decir lo que piensas, en vez de rechazar mis razones con tu sonrisa? Tratas de aparentar sencillez y eso no es honesto. Si tienes mejores argumentos, ¡dilos, pues!

—No, no sé más que tú. Pero no me gustan las opiniones bajas. Cuando las enuncias, te comprometen y te esclavizan. La charla acaba convenciendo a la gente de cosas que no siente verdaderas.

Mimi lo tomó a mal y me respondió feamente, visibles la maldad y la pelambre encrespada de los gatos en su semblante.

—¡Qué imbécil eres, Dios mío! Ni siquiera te indignas: ¡si hasta una vaca sabe indignarse! ¿Y qué es eso de opiniones bajas? ¿Quieres tener opiniones elevadas acerca de la basura? ¿Quieres convertirte en un alcantarillado público? ¡Pues, mierda, yo digo no! Si una cosa es mala, es mala, y si no la aborreces, entonces andarás besándola a hurtadillas.

Mimi me echó en cara el no demostrar ira bastante contra las cosas abominables, ni estar empapado de sus diversos aspectos, ignorante de las tumbas que había bajo mis pies y sin sentir asco suficiente del horror que nos rodea, ni mayor cólera frente a los timos de toda laya que nos ahogan. El peor entre estos últimos era, para Mimi, el de obtener un pago execrable por lo que debería ser un trueque entre cuerpos enamorados y el basamento de lo mejor de la vida. Las mujeres culpables de esto

resultaban peores que prostitutas. Mimi estalló contra mí en la conversación porque yo no alcanzaba a ser el enemigo juramentado de todo aquello, sino un espectador sonriente de la femenina debilidad. Usaba yo de indulgencia en demasía respecto a un trato sexual monótono al principio y luego ponzoñoso, por obra de una forma de pensamiento que hace de la felpilla y la luz difusa un medio de conquista y subyugación del macho: este termina, al estilo burgués, ajeno a la vida aventurera y tapizado al igual que el mobiliario del cuarto de estar. El conjunto no me sonaba, según Mimi, tan amenazador como debía; y además yo era un tonto (a lo menos en esto), alguien que podía quedar adherido a la lechosa secreción de la araña y paralizado por ella dentro de las estructuras de la seguridad femenina. Mimi había rescatado a Frazer, presa digna de ser salvada.

En aquel entonces vi con toda claridad el valor que asignaba Mimi a la inteligencia masculina. Si se trataba de individuos inferiores, que no ascendían hasta las altas cumbres del esfuerzo y la magnanimidad, ella solo les deseaba la muerte en vida de la tienda o la oficina, de un matrimonio sin esperanza o del resentimiento que hace salir furúnculos en el corazón, o bulbos de flores enredadoras. Mimi prefería a las personas que no llegaban a la cima por sufrimiento excesivo, por vicio, por delincuencia, por perversión o, simplemente, por algún loco impulso.

Aprendí con el tiempo que Mimi también era ladrona. Hurtaba de las tiendas en cantidad, pues gustaba de ir bien puesta. Había sido detenida, sin más alcances que una sentencia en suspenso. Su método consistía en ponerse varias capas de ropa en un probador y fingirse cleptómana luego ante el psiquiatra del tribunal, al que ya en una oportunidad había tenido que persuadir de que ella podía pagar por lo que sustraía movida por su presunta enfermedad. Mimi se sentía orgullosa de su astucia y me urgía a intentar lo mismo, pues no ignoraba cuál era mi ocupación. Había en su vida un hecho, sin embargo, del que no estaba tan orgullosa. Un año antes, al pasar por cierto pasadizo en la avenida Kimbark, Mimi había sido interceptada: el asaltante trató de quedarse con su portamonedas y Mimi, ni corta ni perezosa, le había asestado un puntapié en la ingle más próxima, asida el arma que él soltó, de dolor, y descerrajado un balazo que atravesó de parte a parte el muslo del agresor. Si recordaba esta escena, las manos de Mimi comenzaban a juguetear nerviosamente con el ancho cinturón con que destacaba la esbeltez de su talle, a la vez que un intenso rubor la volvía semejante a un escarlatinoso. Mimi había procurado incluso visitar al herido, sin conseguirlo, en aquella coyuntura.

—El pobrecillo —gemía, deplorando tanto la propia temeridad como la suerte del desventurado que acechaba en los callejones con aquel dispositivo en las manos.

El dinero mal habido y la satisfacción de haberlo obtenido no constituyen bienes duraderos; ahora bien: el que la persona asaltada haga lo que se le ordene es otro cantar. Una mujer, para colmo. Mimi no veía lo ocurrido como cobardía del maleante; antes bien, le parecía todo ello un torpe requerimiento de aquel, la llamada de amor de un mozalbete menos protegido en la ciudad que le había criado que un animal por

la Providencia en la floresta. Mimi tuvo que prestar declaración en el juzgado y explicar por qué disparó. Hasta intentó enredar al magistrado para no acusar al muchacho, pero la sentencia resultante fue de cinco años. Todavía enviaba Mimi cartas y envoltorios a la prisión, no por miedo a nada sino por remordimiento puro.

En cuanto a Frazer, Mimi quería tenerlo en jaque, darle una lección práctica en el arte de sufrir por los demás, por el prójimo y no exclusivamente por sí mismo. Ella no le trataba con lenidad, sabedora de que él siempre se dejaría amar: la vocación le pertenecía a ella y podría haberla llevado a vivir en el desierto, alimentándose de langostas, a perpetuidad.

Lo que yo empecé a aprender de Mimi fue de la mayor importancia; a saber: que cada cual se afana por que su destino sea compartido. O cuando menos lo intenta. Se me podrá objetar que yo debería haberlo sabido antes. Es cierto, y en parte fue así: de otro modo, la Abuela Lausch o Einhorn o el matrimonio Renling habrían tenido mejor suerte conmigo. Pero nunca quedó tan claro esto como en el caso de Mimi Villars, cuyo cuerpo mismo era su oficina de reclutamiento y quien emitió la propia licencia o diploma. Ella carecía del sitio en que ejercer su actividad legítima y todo lo confiaba a su fuerza de voluntad, su dura razón y su obstinada voz. Me imagino que ella ha de haber reconocido la contradicción entre sus ásperas creencias y su dogma del amor, con el agudo dolor consiguiente. También aquel era un destino que compartir y una amargura constante.

Al finalizar el verano ya se había estrechado nuestra amistad, bajo sospecha de Clem Tambow. No sucedió nada raro, salvo en las tediosas imaginaciones de él, respaldadas en la prueba aparencial de que Mimi entraba en mi cuarto vistiendo solo una combinación. El motivo real de esto es que vivíamos en el mismo piso. Ella entraba asimismo en la habitación de Kayo Obermark semivestida: entre los tres compartíamos el desván, lo cual favorecía la proximidad. Mimi aparecía con el fin de pedir un cigarrillo o usar el armario para el sobrante de su ropa. O simplemente para charlar.

Ella y yo teníamos más temas de conversación que antes porque, andando el tiempo, hallamos otro punto de enlace entre nosotros, a través de aquel Sylvester de pelo y tez amoriscados para quien yo solía repartir volantes de publicidad de su cine; el sujeto que había adoctrinado sin éxito a mi hermano Simón en las ideas comunistas. Sylvester no había llegado a licenciarse en Armour Tech. Argüía falta de dinero e insinuaba algo de cierto cometido político en otra parte, pero muchos hacían de él un fracasado. Comoquiera, el hombre vivía en Nueva York y desempeñaba un cargo técnico en el metro. Bajo la calle Cuarenta y dos Sylvester parecía predestinado a desenvolverse en la oscuridad, lo cual le daba un tinte amarillento a su rostro de mejillas flácidas. Sus ojos, roídos por los desvelos, se veían más turcos que nunca por obra del espesamiento de su piel, a fuerza de arrugar los párpados y fatigar la vista para distinguir los botones de los tableros de su oficina y madriguera, donde se pasaba las horas copiando planos y, en su tiempo libre, abismándose en panfletos

partidarios. Sylvester, al igual que Frazer, había sido expulsado del bando comunista, acusado de inmadurez ideológica y desviación trotskista, términos estos que sentí extraños, así como lo fue que Sylvester supusiera que yo los entendería. Él militaba ahora en otro partido —el trotskista— y aún era bolchevique. Me reveló que siempre estaba de guardia, siempre tenía asignada una misión y jamás iba a ninguna parte sin permiso de los jefes del partido. Aun al regresar a Chicago, en principio para visitar a su padre —el viejo a quien la Abuela Lausch motejaba de «panadero»—, Sylvester vino a ponerse en contacto con Frazer. Inferí que andaba en plan de reclutar a Frazer para la nueva facción. Ocurrió que, un buen día, me encontré deambulando detrás de Frazer y Sylvester en la calle Cincuenta y siete. Sylvester cargaba con una gruesa carpeta y hablaba con el otro pausadamente, con acento político en el hablar, mientras Frazer tenía perdida la mirada y caminaba ajeno a todo, con entera gravedad y las manos a la espalda.

También vi a Sylvester con Mimi en las escaleras de la pensión. Él era (o había sido) cuñado de ella, casado en Nueva York con la hermana de Mimi, una tal Annie, que lo había dejado e iba a pedir el divorcio. Recordé cómo su primera mujer le arrojaba cascotes al intentar acercársele por el traspatio de la casa paterna y también recuerdo dónde me lo contó, en la avenida Milwaukee y recorrida por heladas ráfagas en tanto vendíamos hojas de afeitar junto con Jimmy Klein.

Sylvester pretendía que Mimi intercediera por él ante su hermana.

—Caray —me dijo aquella, en un tono de voz indiscreto—, si yo hubiera sabido cómo sería él ya antes de que se casaran, le habría aconsejado a Annie que no lo hiciese. El hombre rezuma desgracia por los poros. No me figuro qué hizo ella para aguantar dos años con él. A veces las jóvenes hacen cosas inimaginables. ¡Píntatelo en la cama, con esa cara lodosa, esos labios! ¡El príncipe sapo! Espero que Annie se acueste ahora con un estibador pipudo.

En Mimi no había misericordia para el adversario. Mientras oía las palabras de Sylvester, Mimi se obligaba a imaginar a su hermana entre los brazos de un hombre más vigoroso que aquel, retorciendo los suyos de placer. Me desagradaba por momentos la crueldad de sostener la mirada de Sylvester para que él viese lo que se trasuntaba en los ojos de Mimi. Esto era una broma, aceptable porque él estaba ofuscado y ciego a ese contenido. Y acaso fuera así.

Precisa explicar que, según la dura opinión de Mimi, lo heredado de la mezcla de sangres de pueblos pretéritos y la coincidencia de acoplarse determinados padres como ganado tejano constituían la materia basta que era tu labor modelar y darle forma de carne admirable. En otros términos y aplicándolo a Sylvester, este último era, con mucho, responsable del propio aspecto: su espíritu era un mal horno para alfarería. Incluso su pobre elección de esposas o su incapacidad de conservarlas podían imputársele sin lástima.

—Me dicen que su primera mujer era una hija de la grandísima. Yo reconozco en mi hermana algo del mismo paño. ¿Qué las lleva a prendarse de este tío en primer

lugar? De veras me interesaría saberlo —contó Mimi.

Ella suponía que las mujeres tomaban su melancolía por diabolismo. Esperarían de él fuego y azufre, como de un demonio genuino. Cuando descubrían la verdad del asunto, le arrojaban piedras, reales o figuradas. Mimi tenía genio sañudo y a ella le significaba que nadie se metería con alguien así a jugarle una mala pasada: Mimi daba y recibía leña con toda seriedad.

Ese ser humillado, zanquituerto, de débil pelaje y ojos heridos: en fin, Sylvester, el dibujante subterráneo y comisario de opereta de unos Estados Unidos venideros, el hombre que cultivaba la sonrisa del ganador, pues él iba a hacer saltar el viejo travertino y dejar resplandecer el oro y el mármol para una humanidad renovada, trató de impresionarme con sus conocimientos de marxismo, fechas de asambleas plenarias, historia del partido, lecturas de Lenin y Flejánov; lo que seguramente poseía es la mirada soñadora que acariciaba el futuro y los giros apropiados, a los que olía como si hubiesen sido nardos.

Conmigo gastaba aires de superioridad. Se dignaba protegerme con adustez afable, sabedor de que él no me caía mal, pero ignorante de lo mucho que sabía yo de él. Lo cual, a fin de no herirle en sus sentimientos, yo le ocultaba. Con todo, sus defectos no revestían, en mi concepto, la gravedad que les adjudicaba Mimi. Sylvester se sentía, conmigo, en confianza, ambiente esencial para que no decayese su particular encanto.

—¡Hola, chaval! —me saludó con una sonrisa radiante, de la que nunca estaba ausente un dejo de amargura—: ¿en qué andas? ¿Vamos tirando? ¿A qué te dedicas? ¿Al estudio? No. ¿Eres artesano, pues? ¿Proletario?

Esta última palabra fue pronunciada con unción, pese al tono de zumba.

—Pues, una especie de estudiante.

—Nuestra juventud —reconvino, sonriendo con sabihondez ahora—, cualquier cosa antes que un trabajo honrado. ¿Y qué me cuentas de tu hermano Simón? A ese estuve por reclutarle, un día, pero nada, no hubo caso. Y eso que tiraba a revolucionario y de los buenos. ¿O de dónde crees que salen, los buenos revolucionarios, sino de un medio como el vuestro? Pero, pese a sus luces, no logré que Simón me captara. Algún día entenderá.

Cuando el destino vuelve a la gente rica y rolliza con excesiva rapidez, surge el peligro de que se altere su sentido de realidad como por un ensueño. Es algo así; si hay que soportar la vejez y la muerte, ¿por qué no mullir el paso por la vida? Tal propuesta no produce, desde luego, impavidez en el momento en que las cosas empiezan a suceder demasiado rápido. Ponerse a pensar puede ser un paliativo; otros pueden ser: la fuerza moral; el dinero, la magnificencia en gran escala; las actitudes concretas y un talento para la organización. Tales remedios existen, junto con otros de mayor antigüedad, pero se carece de opción plena, especialmente en cuanto a los

antiguos remedios, los del mundo no visible. Mucha gente se conforma y labora con ello en el mundo visible: esto no deja de ser una meritoria tozudez.

No solo cumplió Simón sus objetivos, sino que los llevó hasta el límite. Me dejaba patitieso cómo lograba exactamente lo proyectado. Era casi injusto el hacer a la gente lo que él planeaba siendo todavía un extraño. Charlotte estaba enamorada. Es más: estaban ya casados y no por insistencia de él solamente, pues ella también tenía prisa, en parte porque a Simón le costaría un dinero que no tenía el cortejarla por largo tiempo. Simón fue franco al respecto y Charlotte y sus padres concordaron en que no había tiempo que perder. La ceremonia, empero, fue llevada a cabo en otra parte, para impedir que la noticia llegase a los periódicos, y el resto de la familia tuvo que vérselas con una reunión de esponsales y una boda simultáneas. Así lo concertaron Charlotte y su madre: mientras Simón se abonaba a una buena residencia de solteros en el centro de la ciudad, en realidad se fue a vivir con los Magnus en su antiguo apartamento de la zona oeste de Chicago.

Él vino a verme después de la luna de miel de un día: lo más que el secreto de la boda les permitió. Había ido a Wisconsin con su mujer. Ya gastaba nuevos atributos en cantidad superior a la que yo podía verificar: temo de franela, encendedor y efectos personales en sus bolsillos que aún no manejaba con soltura. Me dijo:

—¡La familia Magnus se ha portado!

Por la ventana me enseñó su nuevo Pontiac gris estacionado junto a la acera. Simón estaba aprendiendo el negocio del carbón en uno de los varios depósitos de la familia.

—¿Qué hay del tuyo, el propio? ¿No dijiste…?

—Por cierto que sí, cuando esté en condiciones de administrarlo. Me lo han prometido. Pronto. La verdad es que no me ha resultado tan duro —añadió, respondiendo a una pregunta no formulada—. Les conviene un joven pobre y lo prefieren, porque se mueve y engendra energía. Ellos lo saben por haber sido ellos mismos así.

Ya no parecía Simón tan necesitado como antes. Su camisa era nueva y olía a nuevo; no había pasado por la lavandería aún; los zapatos ostentaban costuras flamantes y la calidad del temo era excelente.

—Ponte algo encima, que vienes a cenar con nosotros —me dijo.

Una vez que estuvimos fuera, caminando hacia el coche por el sendero, Simón inhaló una bocanada de aire y carraspeó, tal cual lo había hecho el día en que me personé con él en la estación La Salle, donde, según su juicio experto, no me daría el caletre para vender unos periódicos. Con un distingo: en la presente ocasión, Simón ostentaba lúgubres ojeras. Nos metimos, pues, en el vehículo, que olía a cubiertas y tapicería nuevas, un aroma agridulce. Era esta la primera vez que vería guiar a mi hermano, quien hizo girar el automóvil como un veterano, no sin algún temerario descuido.

Y así fui introducido en el mundo de los Magnus: cálido y abundante en lámparas

y tapices. Un todo desgarbado y demasiado espacioso. Los loros mismos, pintados en las pantallas, eran del tamaño de un jugador de béisbol. También lo eran los Magnus; había en ellos algo de la contextura ósea de los Países Bajos. Mi cuñada se avergonzaba de esto como de una grosería y me estrechó la mano con un mohín de damisela. No hacía falta. Tenía ojos hermosos, de mirada suave y con ocasionales destellos de desagrado; ojos perspicaces pero también cálidos. Y era cálido su pecho voluminoso, contrapesado por anchas caderas. Charlotte estaba en guardia, como recelosa de mi crítica, de lo que yo participaría a Simón apenas solos él y yo. La pobre debía de estar convencida de que mi hermano estaba haciéndole un señalado favor al tomarla por esposa —él, tan buen mozo y elegante—, pero resentida a la vez de que pudiera no pensarse en ella como suficientemente buen partido. El tema candente era si él se hubiera casado con ella, de haber carecido Charlotte de fortuna. Le preocupaba que no se hablase de ella, de modo que, si se hablaba, era en solfa. Simón lo hacía con la clase de torpeza de la que hay que reírse para no tomarla en serio realmente. Charlotte pasaba por momentos de verdadera dificultad conmigo.

Esta dificultad duró hasta poco tiempo más tarde, no bien hubo absorbido ella de Simón la actitud que él tenía conmigo: la surgida de considerarme eternamente casquivano, afectuoso pero sin mucho sentido común. Pronto aprendió Charlotte a darme el trato que correspondía. Pero le resultó doloroso el proceso en tanto no se tuvo de ella la fe necesaria; tampoco habrá superado por entonces el proceso que llamamos luna de miel, que, según me comunicó Simón con franqueza, fue ruinoso. Los pormenores de que me enteré producían convicción, aunque eran exiguos. Ciertas connotaciones de su relato —fúnebres ellas— habría preferido no tener que oír, más me sentí forzado a escuchar desde el principio al fin. Extrañas palabras, para ser pronunciadas y aun festejadas entre aquellos cortinados de terciopelo de color castaño. Presuntamente graciosas, se referían al vigor y el temple perversamente juguetón del novio, pero a mí me sonaron a que Simón se sentía atormentado por verdaderas ideas de suicidio. Como compensación, él apelaba a su orgullosa audacia, su fuerza interior, el lujo futuro y —más aún— a una temeridad en sus demandas: el sentido de lo que podía hacer y exigir sin importarle el qué dirán.

Acto seguido, entró en escena la familia en pleno, preguntándose qué especie de bicharraco sería yo. Tan descomunales, los Magnus, que con facilidad podrían haber tratado a Simón y a mí como a niños; conste que nosotros dos éramos niños asaz desarrollados: Simón, con sus casi seis pies de talla, y el que viste y calza con solo una pulgada en menos. La anchura distinguía a los Magnus. Aun con su adicional arroba, mi hermano no se aproximaba siquiera a esa vastedad prócer. Esta era gente sustancial en el vivir y en el consumir. La estatura volvía respetables a los ancianos y todos, sin excepción, adquirían lo mejor de lo mejor, tanto en ropas como en mobiliario o máquinas. Agradecían el entretenimiento de cualquier índole y admiraban el ingenio raudo —que no poseían— y cierto dramatismo en la presentación de sí mismo —que les proporcionaba Simón—. Él les placía

genuinamente; era un éxito sin par en esa familia, sobre la cual reinaba como estrella y soberano. Los Magnus contaban con patriarcas y abejas reina, pero no con príncipes, previamente a la entrada de Simón. Y él tuvo que metamorfosearse para príncipe, lo cual fue otra sorpresa para mí. Ya he dicho que, aun guardando silencio, descollaba Simón; pero esto había cambiado, ya no era así; su reserva era cosa de antaño. Simón se había vuelto tumultuoso, altanero, criticón, arbitrario y lleno de caprichos, afecto a la mímica y las diabluras. La mesa entera giraba en torno suyo, en aquel comedor producto de una riqueza estable y proba. Discerní en Simón la vía cómico-satírica de la Abuela Lausch, lo áspero de su inventiva y lo salvaje de sus parodias, salpimentado el todo con alaridos al estilo ruso. Ignoraba yo que Simón hubiese sacado tanto de ella. Remontándome a las antiquísimas veladas de los viernes, me parecía estar viendo todavía sus ojos de niño y cómo seguían, sin comentario, las representaciones de aquella. Simón lo había incorporado inadvertidamente. Y ante el alboroto que ocasionaba entre los comensales la actuación de él, resonaba aún en mis oídos el desdén implícito en la Abuela, desdén del que Simón era partícipe sin candor. A la vez que tomaba prestado de la Abuela Lausch, Simón hacía una imitación burlesca de ella. Era una nueva apariencia, la suya, más allá de la camisa, el anillo, los gemelos y aun su nueva redondez. Por instantes le asaltaban entre virajes pensamientos funestos que sutilmente desfiguraban su rostro, lo volvían raro. Toda una tarea, la de hacer audacias con las vísceras encogidas. Por esto también pagaba la familia Magnus, de un modo u otro, como cuando Simón se ponía a remedar el acento de la reina madre. Pero sin ofensa alguna: para los mayúsculos Magnus, eso era grandioso e hilarante.

Sin embargo, él era algo más que animador: cada vez que mudaba el semblante de Simón hacia lo sombrío y se detenía el vodevil, su público hacía silencio, con respeto total, para su parlamento.

A veces se dirigía a mí, pero desde luego sus palabras eran en buena parte para todos ellos.

—Augie —decía, rodeando a Charlotte con su brazo (ella le tomaba la mano con la suya de uñas esmaltadas)—: ya ves qué poca suerte hemos tenido nosotros de no contar con una familia unida y leal como lo es esta. Nada hay que esta gente no sea capaz de lograr, el uno por el otro. Si no lo comprendemos, es porque no lo hemos vivido. Ahora me han adoptado como hijo, me han hecho suyo, a mí, que nunca he sabido qué es una verdadera familia hasta el día de hoy, y tienes que enterarte de cuán agradecido estoy. Podrán parecerte un tanto lerdos —el matrimonio Magnus no percibió nada raro en esto, embebido como estaba en el tono de voz y la satisfacción que les deparaba; Charlotte, en cambio, debió sofocar un ataque de risa ante el humor malicioso de su marido—, pero esta pareja tiene algo que con el tiempo apreciarás: bondad y sentido de solidaridad.

Al punto sentí odio hacia la persona grosera en que Simón se estaba convirtiendo. Me vinieron ganas de replicar:

—Esto es repugnante: ensalzar a esta gente y humillar a los tuyos. ¿Dónde ves lo malo de Mamá y aun de la Abuela?

Pero lo que Simón estaba diciendo de los Magnus encerraba una verdad inconfundible. También a mí me ablandaba la mención de la ternura familiar. Creo que, pese a su mezquindad, Simón no había estado fingiendo. El hallarse una persona entre rostros cálidos disipa muchas de sus objeciones, como cuando se dan un beso dos mujeres enemistadas. Muchas hipocresías nacen para no perturbar la armonía de un buen momento. En Simón se daba también la reacción de rechazo contra la insidia de los propios pensamientos y una necesidad de respiro en su Valle de Ezequiel asesinado. Por eso recapitulaba sus motivos de gratitud y por eso nada dije.

Conforme iba imponiéndome Simón de ellos, la familia en pleno me ojeaba con suspicacia puesto que yo no me ponía a tono con aquel banquete de caridad. Habiendo consentido yo en plegarme al juego de mi hermano, no era lo bastante rápido para hacer todo al mismo tiempo. En mí, además, se agitaba un mar de sentimientos. Pienso que, entonces, el cúmulo de sospechas que había pesado sobre Simón vino sin cortapisas a descargarse sobre mí. Parecía que aquella gente esperaba que yo demostrase mi inocencia, incluso la abuelita, vieja creatura de negro portadora de peluca y amuletos y provista de un metafísico poder de enjuiciar. Al fin y al cabo, los Magnus eran dueños de casas de comercio y acaso husmeaban el ladrón que había en mí. Lo cierto es que tan agudamente me observaban, que empecé a percibirme a través de sus miradas; el tamaño de mi cabeza, mi sonrisa no comprometida y la pelambre díscola, nada adiestrada, que me caracteriza. En lugar de preguntarse quiénes éramos, averiguaban quién era yo. Y, de hecho, ¿quién era yo para estar compartiendo su áureo servicio de mesa?

Consciente de la dificultad, Simón salió en mi auxilio con un subterfugio. Dijo:

—Augie es un buen chico, pero el pobre no sabe lo que quiere. —Y por ensalmo todos se sintieron reanimados.

De mí solo pedían que me uniese a la diversión, que fuese uno de ellos, que hablase más y gastase alguna chanza: que riera cuando los demás riesen, para no ser tan distinto de Simón. Por supuesto que surgía un obstáculo, consistente en no haber captado yo su nueva personalidad todavía. Pero al rato fui cayendo en la cuenta y tornándome aceptable, y aun bienvenido, a fuerza de embelesar y de bailar en el salón, después de la cena. Otro obstáculo bastante grave, en lo concerniente al señor Magnus, fue que yo no hubiera sabido jugar al pinocle. ¿Cómo era posible esto en un joven de buena crianza? Habitualmente indulgente, el señor Magnus seguía insatisfecho conmigo, como Talleyrand con el joven que no dominaba el *whist*. Simón sí jugaba. (¿Dónde había aprendido a hacerlo? Y, en cuanto a eso, ¿dónde había adquirido sus nuevos talentos?).

—Augie es la persona estudiosa que no se aficiona a estas cosas —explicó mi hermano.

Esto no contentó al dueño de casa, entre canoso y calvo en la robustez de su testa.

—No pretendo que los jóvenes sean tahúres —dijo—, sino capaces de un juego amistoso.

—Pues jugaré si usted me enseña a hacerlo —contesté, viendo que el hombre no carecía de razón, y esto mejoró definitivamente la situación. Sentado en un rincón con los niños, me dediqué al estudio del pinocle.

Llegaron más parientes y el vasto apartamento se colmó. Era costumbre, los viernes por la noche, y además había corrido la voz del compromiso de Charlotte. La gente quería conocer a Simón. Este ya conocía a la mayor parte de ellos, tíos gigantescos y tías con pieles siberianas, que arribaban en Cadillac o en Packard: Charlie Magnus, dueño de las carboneras; Artie, dueño de una fábrica de colchones; Robby, un gran comisionista de South Water Street, pesado, de blanca cabeza y pelo rizado —como Stiva Lausch—, que usaba un acústico. Presentes estaban también hijos de uniforme; otros universitarios y jugadores de fútbol americano; hijas y nietos. Simón estaba preparado: conocía por intuición el sistema de aceptación o repulsa, el cómo no caer en ningún caso en la coyuntura de ser mal mirado, inevitablemente, y juzgado como un necio, pese a que con los tíos y tías ya usaba de modales confianzudos y hasta despóticos.

Debo decir que la fe de Simón en sí mismo era estupenda. Era él quien sometía a esta gente, aunque con unas pocas entre las mujeres usó un trato deferente. Respecto a ellas no estaba indicada ni la cordialidad excesiva ni el descaro, pero era necesario probarles que él era un amante fogoso, por añadidura. He de decir también que nunca se mostró Simón violento por mi presencia; él daba por sentada mi complicidad y era mi hermano y guía. Yo le seguía, porque no había otro junto a quien me hubiera sentido cómodo. Faltaban abanicos y calzas blancas para parecerse la reunión a las de la época del Directorio en Inglaterra: la entrada de los plebeyos en los palacios del poder. Los Magnus, empero, carecían de *savoir faire*, pero nadie en el mundo tenía más que ellos, salvo dinero.

Sobre este desborde vital —las risotadas en la mesa de pinocle, las carreras de los niños de acá para allá, el cacao, el té y las montañas de torta de café que llegaban, las discusiones políticas y los relinchos de las mujeres— velaba el tío Charlie, de pie (o, más bien, puesto de manos) junto a su madre de negro y con peluca. Si empleo el término «puesto de manos», es debido a lo apretado de su vientre y el peso inmenso que sostenían sus pies, además del collar que llevaba su madre y que parecía hecho de dientes de oso, en oro, lo cual me hace relacionar todo esto con las bestias. El tío Charlie era un ser blanco de aspecto, tupido e irritable; tenía la clase de insolencia que a veces afecta a los ojos como la ceguera causada por la nieve, haciéndote pensar que hay algo ártico en tener carradas de dinero. No se trata de que el tío Charlie hay sido formidable en todo aspecto: yo lo sorprendí al asumir él una postura durante la despedida de una sobrina que cambiaba de estado y la incorporación de un miembro a la parentela, cosa que no acaece todos los días.

Por el peso de tales requilorios pasé, sin pretenderlo, a tener partido entre las

madres. Si Simón resultara marido de buena ley, yo sería tanteado como candidato a mi vez; hijas casaderas no faltaban en la familia Magnus, guapas algunas y adineradas todas ellas. Simón había hecho una carrera triunfal hasta el momento, trabajando durante varias semanas bajo la mirada del tío Charlie, como maestro pesador en un comienzo, cajero luego y finalmente aprendiz en el arte de comprar, metiéndose en interioridades. Tío Charlie le declaró apto al cabo: capacidad innata para los negocios, fue su sentencia y el familión se puso contento. Simón estaba ya a la mira de un depósito de carbón que tuviese conexión ferroviaria, para reducir los gastos de descarga. En resumidas cuentas, tío Charlie se mostraba más que indulgente con este joven de promisorio porvenir y daba pruebas palmarias de su favor: desde simples obscenidades cordiales y la mano puesta en el hombro de mi hermano, hasta la proximidad masculina y el humorismo que hacía reír a toda la compañía con sus alusiones a la virilidad de Simón.

Este replicaba que se haría cargo por su cuenta y riesgo de tener descendencia, a lo que el tío Charlie añadía:

—Ah, eso es cuidado tuyo. No querrás que me encargue yo, que a Charlotte no le haría gracia. Mírala. Mira cómo está hecha. No le falta nada. Esta niña necesita sangre joven…

Y en esto empezó lo mío. Kelly Weintraub, un primo político alejado que tenía una flotilla de camiones y trabajaba para el tío Robby, salió con esto:

—Pero mirad al hermano. Las muchachas no le quitan los ojos de encima. Tu hija Lucy da el mal ejemplo. ¿Es que no tienes vergüenza, chico? En esta familia las mocitas están todas impacientes.

Su salida fue muy festejada. En tanto, Lucy Magnus continuó sonriéndome, arrebolada. Lucy era menos anchurosa que sus allegadas; no le avergonzaba declarar su honesta sensualidad ante la vista del clan. Ninguno de entre los Magnus se molestaba en ocultar cosas así. Los jóvenes podían confiar a sus padres con exactitud lo que querían, lo cual me parecía admirable. Yo podía dirigir la mirada hacia Lucy también, con gozo. No era bonita, pero su rostro era lozano, de piel muy clara y tenía un par de pechos que era capaz de poner donde deseaba. Salvo la nariz, que hubiera resultado mejor siendo afinada; era, en vez, un tanto carnosa, como su boca, pero sus ojos negros miraban con fuerza y su negro pelo era delicado. Yo no tenía especial interés en casarme. Veía las dificultades de Simón con demasiada claridad.

—Acércate —me dijo su padre para inspeccionarme—. ¿En qué te ocupas?

Simón respondió por mí:

—Está en el negocio de los libros, hasta haber ahorrado lo necesario para regresar a la universidad y concluir su carrera.

—¡Cállese la boca! —le espetó el padre de Lucy—. ¡Mamón! ¡Le he preguntado a él, no a usted! ¿En qué te ocupas?

Le reiteré lo dicho por Simón. Temí que este viejo descubriese, a fuer de suspicaz, mi vida en la pensión de Owens, mis amistades, mi modo deshonesto de ganarme la

vida. Ni siquiera podía yo imaginar qué representaría para él el negocio de los libros sino solo buhoneros del Pentateuco con barbas llenas de piojos polacos y pies envueltos en arpillera.

—Al diablo con las escuelas bíblicas. Sigues yendo hasta que peinas canas. ¿Qué estudias, abogacía? Los picapleitos son necesarios. Mis hijos no van a la escuela bíblica; mis hijas, sí, en tanto eso les evite meterse en apuros.

—Augie tiene pensado estudiar derecho —dijo Simón a la madre de Lucy.

—Así es —dije también.

—Bien, bien, bien, bien —dijo el tío Charlie, terminado mi proceso y despidiéndonos a todos; amenazó con sumo cuidado a Lucy, quien le devolvió una sonrisa de las suyas. Ella le prometía obediencia y le prometía a su vez la satisfacción de sus deseos legítimos si podía contar con la obediencia de ella y mientras durase esta.

Yo sentía sobre mí otra mirada, la de mi cuñada Charlotte, con sus ojos inquisidores, tibios y en cierta medida desesperados. No dudo de que ella ya conocía algunos aspectos desagradables de Simón y acaso estaba tratando de hallarlos en mí. Presumo que se preguntaba qué riesgos correría la prima Lucy conmigo.

Mientras tanto, Kelly Weintraub decía:

—Un mirón con mente de dormitorio, este Augie. Fui uno de los pocos en oírlo y le eché un vistazo para discernir las intenciones, aviesas o no, del gallardo camionero, lúbrico en su mirar él mismo.

—Yo a vosotros os conozco —me dijo.

Y entonces le reconocí, no tan cambiado, de la escuela primaria, con sus jerséis de solemnidad.

—Teníais un hermanito, George.

—Ya no es pequeño —respondí—. Ha crecido y vive allá por el sur.

—¿Dónde, en Manteno?

—No, en otra parte, cerca de Pinckneyville. ¿Has andado por allí?

Yo no; Simón había llevado a George porque los Renling no me habían dado permiso para acompañarle, en aquel tiempo.

—No —repuso—, pero conozco a George.

—Yo te recuerdo a ti también, cuando te subías a los camiones del hielo sin ser visto.

Me encogí de hombros; sonriéndole. Era tonto que insinuase una amenaza. Simón estaba a mucha distancia de él, con ventaja.

—Claro que Charlotte lo sabe —me contestó Simón cuando le hablé de Kelly Weintraub—. No hay por qué hacer de esto un secreto. Incluso quiere ponerle en una institución privada, Charlotte. Amaina, que nadie presta atención a este tío. No vale mucho aquí. Yo lo reconocí primero y llevo la delantera. Déjamelo a mí: los tengo dominados. Tú lo lograrás también, si me escuchas. Ya has hecho una buena impresión.

A poco andar me di cuenta del poder que Simón ejercía sobre los Magnus. Porque Simón hablaba en serio al decir que tenía proyectos para mí: pasaba a buscarme repetidas veces por semana para que yo le acompañase en sus incursiones de comercio. Almorzábamos luego con tíos y primos de los Magnus en los restaurantes y clubes reservados a los hombres de negocios. Simón era contundente y no cedía terreno si surgía ora una discusión, ora una broma, indistintamente, y en voz baja me informaba, no sin desdén, acerca de ellos. Así vi desarrollarse en él formidables técnicas de duelo. Discrepaba casi porque sí, en materia de sastres, animadores, púgiles o políticos, temas en que no estaba versado por cierto. La impaciencia de Simón se notaba hasta en su chanzas. Se hacía temer por los camareros, pero repartía excelentes propinas, a un tiempo. Parecía despreocupado acerca del metálico —llevaba consigo siempre buena cantidad—, aunque, viéndole manejarlo, yo estaba persuadido de que él sabía lo que hacía.

Un día me confesó:

—Andando con esta gente, tienes que gastar. Si titubeas, estás perdido. Yo no puedo darme ese lujo. Esta gente tiene infinitos conocidos. Pronto me estableceré por cuenta mía, así que les necesito. Estas sobremesas en restaurantes les demuestran que llevo su misma velocidad. Eso es lo primero y principal. No harán negocios con quien no pertenezca a su categoría. Por eso vale poco Kelly Weintraub. No puede pagarse una comida en sitios como esos, ya que, al abonar, todos cuantos saben lo que gana se sentirán incómodos. Él es un fulanejo de menor cuantía y nadie le escuchará. De cualquier manera, ya le recordaré —concluyó, con esta peligrosa promesa. Simón era dueño de un archivo de cuentas que saldar. Me pregunté si figurarían en él, en un apartado especial, Cissy y Five Properties. No me cabe duda de que sí.

—¡Ah! —dijo Simón—. Vente conmigo, cortémonos el pelo.

Dicho y hecho. Fuimos a Palmer House y penetramos en la radiante barbería. Simón hubiese dejado caer su abrigo al suelo, si no hubiese brincado el asistente negro para evitarlo. Nos sentamos, pues, en aquellas máquinas episcopales —los sillones frente a los espejos— y nos dejamos acicalar con todos los refinamientos imaginables, yo a instancias de Simón. Simón tenía el ansia de probar.

Las cosas se pusieron de tal modo que, cada vez que me aparecía ante él, debía soportar una inspección de severidad casi militar y más todavía. Todo tenía que estar ajustado al milímetro. Me regaló una docena de corbatas elegidas por él, tras haberse llevado las mías para desecharlas. Me gritaba y manoteaba si mis ropas no estaban a la altura de lo que él pretendía. Pero estas eran cosas en que yo había perdido interés desde la época de Evanston. Mimi se reiría de mis uñas trabajadas. Yo no pensaba demasiado en mis dedos, pero el hecho era favorable para mí en cuanto escamoteador de libros. Viendo mis manos y mis corbatas, ¿quién sospecharía? Porque, desde luego, yo no había dejado de robar. Ya no para mantener a Mamá, pues Simón se encargaba ahora de eso. Aunque él pagaba por mí dondequiera que estuviésemos, era

sin embargo costoso acompañarle. En ciertas ocasiones yo tenía que afrontar gastos menores que a él se le olvidaban; mi cuenta en la lavandería era mayor que otrora. De tanto en tanto salíamos Padilla y yo, un sábado por la noche, con nuestras dos amigas de Lake Park Avenue. Al propio tiempo, yo trataba a reunir el costo de matrícula en la universidad. Astutamente, Simón no me daba dinero —o muy poco— y sí, en cambio, objetos. Quería inculcarme necesidades gravosas; el deseo de dinero vendría solo. Si yo empezara a pedirle, él me echaría el garfio.

De la barbería solíamos ir a Field's para que él adquiriera una docena de camisas, ropa interior importada de Italia, o bien pantalones informales o zapatos: Simón me mostró cajones y anaqueles abarrotados, pero él seguía comprando. Esto obedecía, en parte, a su antigua condición; en parte, esto era su manera de tentarme. Yo sabía, con todo, que en el fondo Simón intentaba darse nuevos bríos mediante tales adquisiciones. Dormía mal mi hermano y no tenía buen semblante. Un día vino a buscarme y se encerró en el cuarto de baño para llorar a gusto. Desde esa vez no subió más hasta mi cuarto, sino que tocaba la bocina para que yo bajase. Me decía:

—No soporto la leonera en que vives. ¿Estás seguro de que no hay chinches en tu casa? ¡El baño está mugriento! ¿Cómo puedes vivir allí?

A poco empezó a decirme esto mismo con su ceño militar:

—¿Cuándo te mudas de esta cueva? ¡En lugares como este comienzan las pestes!

Poco a poco dejó de venir. O me citaba por teléfono o por telegrama. Al principio, no obstante, me quiso consigo casi constantemente. Después la situación varió y se hizo evidente que su sentir era suicida, por su manera de guiar y su comportamiento arrojado en las disputas. Llevaba en el coche, bajo su asiento, una herramienta que blandir en las pendencias con otros automovilistas; maldecía a cuanto transeúnte se cruzaba en su camino; desafiaba el peligro y los semáforos. La verdad de esto es que sus bolsillos rebosaban, sí, pero como anticipo de su promesa en los negocios: ahora sería el redimirse.

En primavera alquiló un galpón, sin conexión ferroviaria y justamente al finalizar la temporada fría. Las lluvias anegaron el terreno y hubo que desagotarlo. El carbón se descargó en lo húmedo, la oficina era una choza y la balanza pedía a gritos reparaciones importantes. Se agotaron unos miles de dólares; Simón pidió un préstamo. Tenía que hacerse un buen nombre en el comercio, pagar puntualmente, lo cual fue facilitado por el tío Charlie. Entonces quedó el tío Charlie por satisfacer.

Había, además, un salario sustancial que abonar a Happy Kellerman, el administrador a quien Simón había inducido a dejar su vieja compañía de la zona oeste. Simón me habría empleado a mí en su lugar (quizá por menos dinero) si yo hubiese sido la persona adecuada; insistía, de cualquier modo, en que yo fuese a aprender de aquel los secretos del oficio, así que yo pasaba largas horas en la oficina: cuando Simón me decía, con voz nerviosa, que necesitaba a toda costa alguien en quien confiar en la oficina, yo no podía rehusar. Con todo, no había allí mayor ocasión de deshonestidad para Happy. Happy era un trasegador de cerveza, un

humorista, un débil, un *tío listo*[17], un asiduo de los lupanares, que llevaba los pantalones prendidos bajo su panza y siempre arrugados, con nariz respingona y ojos insinceros que le mostraban fuertemente defendido. Era un tipo de vodevil, de los que entonan «Fui a la escuela con Maggie Murphy» mientras zapatean un poco y juegan con el bastón; el público les sigue distraídamente en espera de la desnudez de la estrella sin par. Happy tenía un repertorio de chistes y ladridos. Su broma más aguda consistía en coger a alguien de sorpresa por el tobillo, con un simultáneo gruñido de pequinés. Por voluntad de Simón, Happy se obligaba a pasar tardes enteras estudiando las posibilidades del negocio del carbón conmigo. Desde la vez que le oí llorar en la letrina, no me era fácil rechazar nada de lo que pedía mi hermano con empeño.

A menudo me tocaba relevar a Happy al mediodía. Él iba en tranvía hasta la calle Halsted, pues detestaba caminar, y regresaba a las dos, llevando su chaqueta al brazo y en la mano su canotier, con el chaleco cargado de cigarrillos, lápices y tarjetas. Tenía tarjeta de visita, que rezaba así: «Happy Kellerman, representante de la firma March de carbón y coque». En ella estaba impreso el dibujo de un gallo que persigue a una frenética gallina y, debajo, la leyenda «I mean business»[18]. Al entrar, probaba el balancín, metía el *Times* en la estufa, daba un paseíto por el terreno y luego, durante la canícula, se sentaba conmigo a tomar el fresco que ascendía del pozo de hormigón de la balanza. La oficina semejaba la choza de un colono usurpador o la última casa de una calle del Oeste. Frente a nuestro territorio había un corral de ganado. En un apartadero se veía al animal polvoriento, hacinado en los vagones y pidiendo agua. Las ruedas de los camiones se iban hundiendo en la brea, cerca de las montañas de carbón partido y ya sin brillo. Morían en sus tallos las flores de Bardana.

En un rincón del terreno pululaban las ratas, ratas que no se corrían por nada ni por nadie, familias enteras de ellas, funcionando. Nunca las vi yo tan domésticas, yendo a donde las llevara el viento, caminando alrededor de uno sin pizca de temor. Simón se compró una pistola, diciendo que necesitábamos una de cualquier modo, y les disparaba. Las ratas se dispersaban entonces y luego volvían por sus fueros. No parecían molestas y no cavaban hoyos siquiera.

Hubo unas pocas ventas. Happy las asentaba en los libros. Calígrafo pagado de sí, tomaba asiento en el alto taburete, con el canotier puesto, y allí rasgaba con garbo sus ringorrangos. A veces veía yo a mi hermano extendiendo cheques en el mismo lugar, labor que le fascinaba sin remedio. En cierta ocasión insistió hasta haberme hecho confesar que yo debía dos dólares a Padilla, por el puro gusto de saldar con su firma una deuda mía. Pues muchos otros gustos ya no le quedaban. Su última audacia había sido la de pretender casarse con Cissy con dinero mal habido, hecho a toda prisa. Simón sentía que su vida actual estaba jugada, comprometida. No solamente había estado presumiendo el día en que me anunció su boda y me contó de su seriedad en asuntos de dinero, sino que esto se patentizaba en la expresión herida de su rostro, lo macilento de su color y la insensatez de su conducta. Se me helaba la sangre en las

venas, al verle pasear su mirada por el terreno de la carbonera —un negro mar de los sargazos— en el estancamiento y ahogo del verano. El mucho tiempo que resté a la lectura y el hurto para recorrerlo junto a él con las manos en los bolsillos, respondía menos a solicitud fraterna que a miedo liso y llano. Su costumbre de accionar el gatillo al desgaire cuando la emprendía contra la población de ratas, me parecía siniestra. O que me dijera, ominosamente:

—Sentir que te hierven, te hieden los sesos, hermano, y te van a rezumar por las orejas…

En una oportunidad estuvo a punto de asestar un puñetazo a Happy, autor importuno de la broma del perrillo pequinés. La cosa estuvo en vilo. Y eso que, poco antes, Simón se había reído con aquel de sus anécdotas. La transición del regocijo a la barbarie puso a Happy en un tris de renunciar mientras yo trataba por todos los medios de mantener la paz. Lo cual era, por supuesto, de mi total incumbencia.

—Yo no soy un comemierdas, ¿te enteras? Jamás en la vida —masculló Happy, para que Simón le oyese.

La intención contenida de este era la de arrojarle a la calle tomándole de los fondillos, pero al fin habló así:

—Haya paz. Lo lamento. Estoy muy nervioso. Debes comprenderme, Happy…

Le refrenaba el pensar en los Magnus y el darse cuenta, con horror, de la presteza con que olvidaba la propia dignidad, la distancia que lo separaba de un ser cargante como Happy. La exacerbada paciencia de Simón era más terrible, para mí, que su cólera. De igual modo, sus conversaciones telefónicas con Charlotte, tramitadas en tono sosegado y un aire de estar conteniéndose, al borde de la rendición incondicional.

Cierto día, Simón nos envió a Happy y a mí de visita. Teníamos que ver a diversos comerciantes en carbón y conseguir pedidos de ellos. Nos dio cinco dólares para cerveza. Él se quedaría en el terreno a fin de reparar la cerca trasera con Coxie y evitar robos. Cox era hombre de tareas menudas que se emborrachaba con vino y trabajaba a trueque de hamburguesas y una botella de jerez californiano, o bien narcóticos. Hacía incluso las veces de sereno y dormía en un jergón, tras la rara vez utilizada puerta principal. Simón destacó a este rengo —que llevaba alojada en la pierna una bala de la guerra contra Cuba— a la busca y captura de tablones viejos, a lo largo de la estacada de la fábrica Westinghouse.

Yo me fui con Happy al volante. Su temor en los barrios de inmigrantes de la Europa central consistía en arrollar a un niño y ser despedazado por una multitud furiosa. «Aunque no tengas la culpa, esos te la echan», aducía. Por eso no me dejaba guiar, porque yo no compartía su terror y me mostraba menos vigilante.

Abordábamos a los comerciantes en carbón y hielo en las cantinas, les convidábamos con cerveza y entrábamos en conversación, en locales somnolientos, tupidos de calor, en que las mismísimas moscas preferían reptar, embobadas por el alcanfor de los urinarios y el olor agrio de la malta, por el vacío y la transmisión del

partido de béisbol, que solo ahogaba un poco más con su golpeteo a la inapresable, indiagnosticable iniquidad.

Reflexión tal no preocupaba a Simón. En cualquier parte en que se encontrara, él trataría de hacerla rendir, nada más. Albergaba dólares, como la montaña de aspecto desértico es forzada a rendir petróleo o hierro, allí donde los seres humanos no sienten deseos de ir: la tundra, las Newfoundlands, la tierra baldía y la nieve antártica ennegrecida por el humo de combustibles extraídos en Texas o bien en Persia.

Hrapek, Drodz, Matuczynski: tales eran los nombres de estos comerciantes. Les buscábamos en sus cobertizos, junto a la iglesia, en la funeraria o durante un traslado. Vendían el carbón por saco o por tonelada, con camiones comunes o de volteo. Había que persuadirles, entretenerles, mimarles, otorgarles trato especial y contarles secretos acerca de los yacimientos, armados con inventiva e información técnica espuria. Happy era astuto, avezado en estos manejos como un abastecedor de buques en su oficio: bebía tanto *piva* como ellos mismos, pero obtenía resultados. Atraídos por las rebajas que él dispensaba y por la posibilidad de elegir el carbón que llevarían, Hrapek, Drodz, Matuczynski y compañía se convirtieron en clientela de Simón.

Este hizo algunas ventas también, para darle un empujón al proyecto. Repartí volantes en Chinatown como publicidad de nuestro coque, al cual las lavanderías chinas prefieren a cualquier otro combustible. Así fuimos acumulando parroquianos. Simón apeló a su nueva parentela, que cumplió. Charlie Magnus le remitía clientes. Paulatinamente se activaron los asuntos de mi hermano.

Simón fue enterándose de cómo dirigirse a las cosas políticamente —ponerse en situación de licitar en el municipio— y visitó a los lugartenientes de caciques políticos y se dedicó a mantener buenas relaciones con la policía, abogados, apostadores profesionales y otros, los importantes entre ellos, los que tenían negocios lícitos y propiedades además. Durante la huelga de camioneros, logró protección policial. Mi deber consistía en aguardar en la comisaría la llamada de Simón para transmitir a los guardias del orden a qué hora saldría un camión de la carbonera e ir a resguardarlo. Fue este mi primer contacto sancionado con la policía en la trayectoria desde lo turbio hacia lo apacible, dentro del ingente protoplasma social. ¡Pero esa comisaría de la zona oeste! Era aquel un paraje estragado y enfermo como úlcera saniosa. Sucedíanse allí rostros y figuras de baja ralea en dislocada abundancia y uno sentía dudosa y discutible la humanidad concreta de esa calaña indiscriminada y carente de opción. Y eso que no estábamos en la Newgate de los cuarteles generales, sino en una tributaria sin importancia…

Como yerno de los Magnus, pero también por propia voluntad, Simón se llevaba a las mil maravillas con el teniente Nuzzo. Ignoro cómo lograba este hombre parecer tan caballero. Un policía, quien aun estando de broma no dejaba de serlo, Nuzzo se asemejaba todavía a Valentino, pese a estar poniendo carnes. Íbamos con él al Chez Paree, una partida de cinco de nosotros, hasta que comencé a llevar conmigo a Lucy

Magnus y fuimos seis a comer espaguetis con hígados de pollo rociados con espumante o con cava. El teniente echaba una ojeada en derredor como maestro de ceremonias recién llegado de un restaurante de estilo. Su mujer aparentaba estar en libertad vigilada, como ocurre a cualquiera que ha vivido por algún tiempo con un teniente de policía. Y él era italiano y traía consigo el contexto de antiguos reinos. Esto sucede en muchos casos. La autoridad ha de estar respaldada por la muerte. Para decapitar a Masaniello o colgar a los almirantes en sí, tal como lo hizo Nelson en el puerto de Nápoles. Así precisa interpretar la lisura de las facciones del teniente, sentado en el alegre rumor del Chez Paree mientras contemplaba a los bailarines Veloz y Yolanda o a las pollitas semidesnudas que no sabían con precisión qué hacían allí pero se dedicaban a sugerir con sus cuerpos el placer íntimo llevado a la apoteosis. Comoquiera que sea, mientras este restaurante fue de lo mejor, contó con Simón y Charlotte, tanto por la información que sacaban de allí como por las conexiones que allí se formaban de gente afamada, con las zarandajas que aquello suponía.

Pronto captó Simón la trascendencia de todo esto para sus negocios. ¿No pasó acaso nuestro presidente dos noches de insomnio en Yalta pues Stalin no había sonreído por dos días consecutivos? Él no podía enfrentar a un hombre inaccesible al encanto o las negociaciones sin una base de estima. Tenía que haber cierta diversión y afabilidad entre ellos para atemperar decisiones no siempre placenteras: cuando menos, el relumbrón de la personalidad viene en ayuda. Simón lo entendía, esto de ser apreciado, y cómo llegar a un acuerdo sobre la base de los pensamientos íntimos, secretos, de personas en la misma posición.

Estamos todavía en verano, aterrado Simón por el espectro de la quiebra y teniendo que confesarse que se ha metido en camisa de once varas. Por eso pasé varios meses con él, acompañándole. Si bien él se guardaba sus pensamientos para mí, tercamente, nunca en la vida hemos estado tan juntos. Desde el alba hasta bien entrada la tarde sucia y requemada, íbamos haciendo todas las paradas: el centro, la unión sindical, el banco, la oficina que Charlotte regentaba para el tío Robby, la cocina de los Magnus (a por sándwiches, de manos de la cocinera negra) y la habitación trasera donde habían puesto la cama matrimonial, puesto que la boda era aún secreto de familia. Aquí entrabais en el recinto que soportaba la presión de esa vida asendereada. Había sido vuelto a decorar para Simón y Charlotte contra la barbarie del callejón —así como en los *palazzi* venecianos contra el hedor de los canales—, con seda, raso, flecos y demás arrequives.

Para economizar esfuerzos, Simón caminaba sobre la cama hasta el tocador. Se mudaba de ropas dejando lo que descartaba allí donde hubiera caído, enviando sus zapatos al rincón de una patada y secándose el sudor con una camiseta, la usada. Días pasaban en que se cambiaba tres veces; otros, ninguna, y los dejaba correr sentado e indiferente a todo en la oficina. Luego, tras horas de silencio, se levantaba pesadamente y diciendo:

—Vámonos de aquí.

En ciertos casos íbamos al lago, sin más ni más.

Nadábamos donde el viejo comisionado tenía su lugar favorito en otro tiempo. Recuerdo que, mientras pasaba de largo haciendo la plancha, yo colocaba cigarrillos encendidos en su boca. La poca gracia con que se lanzaba al agua Simón y la torpeza de sus movimientos me daban que pensar: ¿desearía volver sano y salvo a la superficie o era su meta muy otra? La profundidad le atraía. Luego emergía, ojeroso y marchito, como con ganas de regresar al fondo. El agua era un peldaño hacia una imaginaria serie de mundos y, más allá, hacia el éter llameante.

Con mi hermano allí en lo profundo —como Alejandro Magno en el dañoso Cydnus, cuyas frías aguas tanto mal le hicieron cuando se bañó en ellas después de la batalla—, yo estaba listo a rescatarle en caso necesario, tenso al borde del lago. No me metía en él si Simón estaba dentro. Simón salía tiritando; los tábanos picaban escandalosamente; el parque de atracciones era un alboroto. Yo le ayudaba a secarse y él se tendía al sol como un hombre enfermo. Pero no bien se había repuesto, principiaba a abordar a lo toro a cuanta mujer guapa veía a su alrededor y con ojos enrojecidos actuaba como si cualquiera entre ellas, inclinándose sobre su cesto a buscar una ciruela, hubiese estado ofreciéndosele como una nueva Pasifae. Y hablaba en voz alta, codeándose, de los encantos de esta o aquella, olvidado de su estado civil. Antes pensaba en cambiar su Pontiac y en el dinero que poseía o en posibilidades irreales. De modo que se volvía violento y lujurioso, con posturas de gladiador y un cuello duro y cargado como el de quien ha sido alcanzado pero no vencido: despertado.

Aquella no era una verdadera playa, pese a su nombre: North Beach. Era un malecón de piedra, nada más. Como lugar, recio. Los jóvenes de ambos sexos eran aguerridos todos: operarios, vendedores de tienda, algunas putas y animadoras de salón de baile. Por consiguiente, Simón no perdía tiempo y hacía su proposición sin tapujos ni zalamería. Esto evitaba la indecencia, en cierto modo, e imponía. No siempre se asustaban las muchachas de él; Simón, pese a la mirada caliente y oscura, era bien parecido y en él se olía el poder. Un año antes no habría prestado atención a tales hembras, con seguridad.

Adondequiera que iba ahora, Simón tenía información inalcanzable para mí, pero a la vez exigía ventajas y prerrogativas —calculo— a trueque de sacrificios. La ira que practicaba Simón no se les permite a los simples mortales. La gente como Simón arriba haciendo de dios como el sanguinario Commodus ante el Senado, o anda con jinetes y luchadores como Caracalla, sabedora de que, en alguna parte, comienza a urdirse su caída. Así ocurrió con Simón —ya lo había visto yo— al ponerse un sombrero de mujer en Chez Paree y hacer cabriolas, o bien cuando me llevó a una despedida de soltero en que dos atléticas jovenzuelas desnudas hicieron acrobacias. De lo circense a lo disoluto, pues, e imitando lo que hacían muchos otros, salvo que él se destacaba por la fuerza de su personalidad y era protagonista.

—¿Y tú? ¿Es que lo haces tú? —me preguntó Simón—. ¿Quién es esa que vive en el mismo piso que tú? ¿Es por ella por lo que no quieres irte de allí? Mimi, ¿no es cierto? Parece de las fáciles.

Lo negué, pero él no me creyó.

Por su parte, Mimi estaba interesada en Simón:

—¿Qué mosca le ha picado? —inquiría—. Es el que lloraba en la letrina, ¿verdad? ¿Para qué se viste de punta en blanco? ¿Qué tiene? Una mujer al cuello, ¿eh?

Mimi estaba dispuesta a darle por aprobado, pese a su sátira de él, pues percibía al Simón extravagante y proscrito, que le parecía bien.

No todo en él era descaro y desesperanza, sin embargo. Por otra parte estaba dando una buena impresión, mi hermano. En pleno estío iba lento el negocio y, como es natural, Simón perdía dinero. Charlotte, excelente mujer de negocios y muy importante como respaldo, consejera y asesora técnica, le brindaba precisamente lo que los unía más que el vínculo conyugal. Aunque él pelease con ella y desde un comienzo la hubiese maldecido a voz en cuello, diciéndole cosas sorprendentes, ella se mantenía firme. Quien la observaba de cerca la veía acusar el golpe y luego recuperar el valor de servir a alguien capaz de hechos ilustres: ser rico y poderoso. Prueba de ello eran los gritos ultrajantes, impúdicos, que ella admitía con una risita nerviosa, como si hubiesen pertenecido al reino de la comedia. Él añadía entonces algún eco atenuante, aunque su mirada continuase furibunda. Y esto, aun cuando el enojo de ambos no pudiera disimularse más, pues el primer y principal móvil de Charlotte consistía en dar seriedad a la unión amasando una fortuna sobre ella. Me dijo, un día, cuando a Simón le iba bien en los negocios ya:

—Tiene una habilidad indiscutible tu hermano. Lo que gana ahora no es ni la sombra de lo que vendrá.

Al decir esto, en ciertas ocasiones, ella invadía el territorio de una seriedad en la que se pierde la distinción entre los sexos: el poderío invocado la supera, tanto que el sexo ya no importa, como cuando impetra Lady Macbeth ser privada de él. Pedido tan duro a algo tan duro torna neutra el alma[19].

Ni la conducta de él ni la de ella tenían verdadera importancia, mas en lo tocante a bancos, acciones e impuestos las dos cabezas se unían y esto es lo que significaba el matrimonio para ambos. Aunque Charlotte tarareaba de continuo canciones como «My Blue Heaven» y «A Faded Summer’s Love» mientras se cuidaba las uñas y el pelo, ella no vivía para tales vanidades, que realmente eran un tanto ilógicas, por lo demás. Pero les prestaba mucha atención. Tacones, medias finas, hermosos trajes, sombreros, aros, plumas, más los colores de los cosméticos, más la depilación electrolítica y los secretos apuntalamientos ahí donde pudieran darse actos de adoración. Charlotte no descuidaba nada en tal sentido; tenía dignidad y podía resultar monumentalmente elegante. Pero su esencial falta de fe en esto era visible en su boca: la verdadera y la pintada no coincidían, ya que la primera revelaba

impaciencia, desprecio de lo insignificante. Jamás habría escogido Charlotte un buen mozo para casarse por su donosura, así como no habría escogido a un estudiante, pero estaba dispuesta a no asustarse de la grosería, la temeridad, la aspereza o el escándalo. Lo sabía por anticipado, por haberse interrogado a sí misma, y no tuvo que esperar mucho para ver suceder estas cosas en la realidad. En su mente, ya las tenía resueltas.

Simón, por extraño que parezca, estaba enteramente de su parte y decía:

—Tiene más talento y capacidad que seis mujeres juntas. Es recta, no finge, buen corazón le sobra y tú le caes bien, Augie.

Había verdad en esto, pero él lo decía para que yo empezase a cortejar a Lucy Magnus, como poco después llegó a ocurrir.

—Envía ropa y comida a Mamá —proseguía Simón— y quiere hospedarla en alguna casa particular. ¡Idea de Charlotte! Mamá no se ha quejado nunca del Hogar. Allí está en compañía. ¿Qué opinas tú?

Mientras rodábamos por la ciudad, nos deteníamos a veces para ver a nuestra madre. Lo frecuente era pasar de largo. Con Simón, sin embargo, jamás se sabía adonde irías a parar. «Ea, súbete», decía de pronto, obedeciendo a un impulso que él mismo no entendía aún. Quizá sentía apetito o deseaba una buena gresca, o un desastre, una mujer, un pedido de carbón, una partida de billar, un bufete de abogado o un baño turco en el club. Entre la variedad de estos destinos estaba el Hogar para Ancianos, donde moraba Mamá.

Era de piedra gris. Flanqueaban el portal dos bancos, que se repetían dentro, dispuesto el todo como un salón para asambleas o foro público, vacío de muebles; solo el mal estado de las ventanas impedía mirar y ver qué había dentro al forastero; los cristales estaban llenos de imperfecciones y, por añadidura, roñosos, probablemente por las marcas de dedos que habían indagado si esto era pared o vidrio. Lo que suponía un peligro para los ciegos, había sido extirpado, pero los residentes no se trasladaban mucho de acá para allá. Tomaban asiento y ahí se quedaban, sin conversar jamás: ocio malbaratado. Yo sabía de esto desde mis días con Einhorn, el del humor neblinoso. Mal del alma, no de la mente; el mal enfermizo de no tener siquiera noción de lo que te aqueja, ya que estás resignado a aceptar todas las situaciones.

El director y su mujer se vanagloriaban de alimentar bien a su gente; de hecho, uno conocía la catadura del próximo almuerzo por el olor de la cocina.

En general, yo consideraba como una bendición el que Mamá no fuese ninguna lumbrera. Colegía que, si había allí algún personaje intrigante o pendenciero —¿y cómo podía ser que no?—, también habría sucesos inhumanos en la intimidad de aquella institución. Pero Mamá había invertido años de vida en apaciguar tempestades o en esquivarlas, así que era probable que le diese mayor guerra una visita de Simón que la convivencia en sí. Pues él iba a verificar qué trato recibía su madre, pero lo hacía con acrimonia. Era duro con el director, quien esperaba

conseguir colchones baratos en la tienda de Arthur Magnus por intermedio de Simón, cosa que Simón le tenía prometida. Sin embargo, nada complacía a mi hermano, quien entonces criticaba exacerbadamente lo que hallaba a su paso: sobre el peculio del director pendía esa amenaza.

Simón objetaba, por lo pronto, a que Mamá compartiera su habitación. Pero cuando le hubo conseguido un cuarto privado, resultó que este se encontraba junto a la cocina, su ruido y olor, así que Simón no sintió ningún agradecimiento. Luego, una tarde, dimos con Mamá atareada en su cuarto, poniendo el alfiler en distintivos para la campaña presidencial de Roosevelt. Reunía con esto unos pocos dólares —a diez céntimos el centenar—, gracias a los buenos oficios del capitán de policía del distrito. Verla laborar con sus manos bastas de tanto trabajo doméstico y echarse Simón a vociferar fue todo uno. Mamá, sobresaltada y sabiendo que yo estaba con él, me buscaba para que intercediese por ella; la atemorizaba el hecho de haber estado delinquiendo sin saberlo.

—¡Quita! —dije—. Por el amor de Dios.

Pero imposible detenerle:

—¡Qué, qué! ¡Mira en qué la tienen! ¿Dónde está ese hijo de perra? ¡Dónde!

Acudió la mujer del director, en ropas de estar por casa, dispuesta a ser respetuosa y no servil, pero temblando de ira y con cara de pelea.

—¿Es usted responsable de esto? —le gritó Simón.

—Nadie obligó a la señora March a hacer algo que no quisiese hacer. Es bueno para ella tener tarea. Esto se le pidió con todo respeto.

—¿Se le pidió? Yo ya sé lo que es pedir para que el otro no pueda rehusarse. Sepa usted que mi madre no hará ninguna labor por diez, veinte o treinta céntimos la hora; ni por un dólar, siquiera. Yo le doy todo lo que necesita.

—Usted no tiene por qué levantar la voz, señor mío. Nuestros residentes son gente sensible, fácilmente perturbare.

En el corredor se formó un corrillo de ciegos y en la cocina, la mujeruca desmelenada que oficiaba de guisandero dejó su menester en suspenso.

—Simón, yo quise, yo pedí quehacer —musitó Mamá, incapaz de dar peso a sus palabras: nunca lo había logrado y carecía de la experiencia precisa.

—Cálmate —añadí, con cierto afecto, por fin. Simón no podía hablar por Mamá sin conminar ni comunicar la propia importancia y dignidad de su ministerio.

Acto seguido, fue al armario a inspeccionar si lo que Charlotte había enviado a mi madre —zapatos, cartera, vestidos— estaba todo allí. Al punto echó de menos una chaqueta liviana que, cedida por una persona robusta, era holgada para el cuerpo de mi madre.

—¿Dónde está, qué ha sido de la chaqueta?

—La he llevado a la tintorería —explicó la mujer del director— pues está manchada de café.

—Culpa mía —agregó Mamá con su voz clara y poco modulada.

—Se la voy a encoger —dijo la otra— cuando vuelva la prenda, que le queda ancha de sisa.

Había que ver la mirada de cólera y odio de Simón, quien observaba todavía el armario, en silencio, y habló así:

—Si necesita arreglos, le pagaré el sastre a mi madre. Quiero que tenga buen aspecto.

Él dejaba dinero a Mamá a cada visita, en billetes de a dólar, a fin de que nadie pudiese engañarla. No desconfiaba Simón del director y su mujer, pero sí aspiraba a que estos no se pagaran de su honestidad.

—Quiero que saquen a pasear a mi madre una vez al día.

—Eso es norma aquí, señor March.

—Ya sé lo que son las normas. Ustedes las cumplen cuando les conviene.

Le hablé al oído y me dijo:

—Sí, sí, estate quieto. Quiero que la lleven ustedes a la peluquería.

—Mi marido lleva a todas las señoras juntas en su coche. No puede llevarlas de a una por vez.

—Pues entonces contraten ustedes una criada, alguna muchacha de colegio tal vez, para una vez por semana: yo pago. Quiero que mi madre esté bien atendida. Yo me casaré pronto.

—Trataremos de complacerle —dijo la mujer del director y Simón captó un tonito de irrisión desmentido por el semblante firme, nada intimidado, de ella. Tomó su sombrero, pues.

—Hasta pronto, Mamá. ¡Y llévense esta chatarra! —dijo Simón refiriéndose a los distintivos.

Salió de estampía y la mujer me dijo a mí:

—Espero que por lo menos Roosevelt cuente con la aprobación de su hermano de usted.

12

Llegados los fríos, todo comenzó a andar bien para Simón y se levantó su ánimo. La boda fue un acontecimiento celebrado en el salón de baile de un hotel principal. Simón y Charlotte pasaron la primera noche en los aposentos reservados para el gobernador, donde se organizó además la comitiva nupcial. Yo formé parte de ella, con Lucy Magnus frente por frente. Simón fue conmigo a alquilar un esmoquin y tan bien me quedó, que resolvió comprarlo ahí mismo. En el día señalado, Mimi me ayudó con los botones de la camisa almidonada y la corbata. Kayo Obermark, mi vecino, estuvo sentado en la cama, con los pies desnudos, observando el procedimiento y riéndose de las pullas de Mimi contra el matrimonio.

—Bien —dijo Mimi—: ya te pareces al mismísimo novio, hijo. Tú intentas seguirle los pasos, ¿verdad?

Salí a la carrera, con la chaqueta al brazo, pues debía buscar a Mamá en el Pontiac. Ella estaba a cargo mío: mi cometido era acompañarla y resguardarla a lo largo de la velada. Simón me había ordenado que le pusiese gafas oscuras. Aquel fue un día de helada, ventoso, claro, con las aguas verdes del lago alzadas en oleaje que rompía contra las rocas del paseo costanero. Por fuerza llegamos así al fasto del hotel y su jupiteriana pesadez, sus inquietos adornos de mármol que pretendían ser más y más profusos. Dentro, un calor lujurioso, aun en el estacionamiento subterráneo: como seda. Saliendo del ascensor blanquísimo, entrabas en una Alhambra de rosas, techos de color dorado y marfil, plantas de la Florida, mullidos tapices, distancias inmensas y, por doquier, el propósito de circundar a la criatura humana de comodidades, ensalzar el cuerpo, tratarle como a un hecho precioso, bañarle, secarle, empolvarle, prepararle un reposo de raso, alimentarle. Yo he estado en Schönbrunn y en el Madrid borbónico y he visto el engalanado asiento del poder. Pero el lujo como poder en sí, sin ulterioridad alguna, es otra cosa. Excepto que el anhelo de lo que fuere, mientras sea vasto, es el anhelo de un racimo de misterios y siempre con ulterioridad. Y este poder, ¿qué te hace? Sé que en un lugar antiguo como lo es —pongamos por caso— o Venecia o Roma, yo, paseando a lo largo de muros majestuosos, de edificios en los que un día se sentaron los grandes hombres, experimenté la sensación de ser un punto, una partícula que otea por su córnea, un corpúsculo casi incoloro, casi nada más que puro aire: esto habría sido yo para aquellos *ottimati* en su pensar. Yo era capaz de apreciar esa vetusta grandeza aun no queriendo dejarme empequeñecer por ella. Pero en el moderno poder del lujo, con sus batallones de sirvientes e ingenieros, lo que resulta distinguido son las cosas mismas, los productos, y el individuo apenas logra igualarse a su suma total. Está prohibida toda grandeza adversa; el turbador será quien rehúse servir usándola a discreción o quien la niegue al no querer disfrutarla.

Todavía se me ocultaba mi verdadera opinión acerca de todo aquello. Ignoraba yo si estaba en contra o a favor. No obstante, ¿cómo se forma en uno la decisión de estar

en contra y seguir estándolo con pertinacia? ¿Cuándo elige y cuándo es elegido uno por los brutos hechos? Este oye voces, ese es un santo, aquel un cacique, un orador, un Horacio, y el de más allá un kamikaze; uno dice: «¡Sabe Dios que no puedo otra cosa!». ¿Y por qué? ¿Tiene una secreta misión que cumplir la infortunada persona que no puede rehusarse? Como si la inmensa mayoría se apartase de algo con soberano esfuerzo y nombrase en su lugar a alguien que permaneciera fiel a ello. Con insignes dificultades, ese ser se torna ejemplar, de cualquier manera.

Es concebible que Simón me haya supuesto sugestionable y apto para convertirme en modelo. Pues Dios sabe que, abandonados y hambrientos, muchos principios andan flotando en busca de algo a que apegarse. Él deseaba ser el primero en convencerme.

La idea de Simón consistía en que me casase yo con Lucy Magnus, que era aún más rica que Charlotte. Él me pintó mi futuro como sigue. Terminaría yo mi curso introductorio en la facultad de derecho y seguiría mis estudios de leyes por las noches, trabajando entretanto para Simón por dieciocho dólares semanales y la matrícula, que sufragaría él. Con el correr del tiempo me convertiría en socio de mi hermano o bien, si su negocio no me cuadraba, podíamos dedicarnos al de bienes raíces, conjugando capitales, o tal vez a alguna empresa fabril. Oh, si yo escogía la carrera jurídica, no me haría ninguna falta ser un leguleyo picapleitos, no. Tendría a mi arbitrio el patrimonio de Lucy Magnus como bien ganancial. Por lo demás, ella era, ante la vista de Simón, una personita jugosa (aunque a él no le parecían bien sus prominentes clavículas cuando Lucy vestía de fiesta) y estaba llena de buena voluntad. Él prometió respaldarme en tanto yo la cortejase: dispondría de dinero para los gastos de todo noviazgo, sin preocuparme, y usufructuaría el Pontiac para sacarla a pasear, dar buena impresión a su familia y eliminar obstáculos en general. Mi parte en esto radicaba en mimar a Lucy, seguirle el humor e interpretar —como yo sabía hacerlo— el papel de yerno que sus padres requerían. Era una cosa segura.

Estábamos solos, él y yo, en los aposentos del gobernador, de blancos muros y dorados paneles, espejos enormes que pendían de amarras de seda y, desde luego un lecho de estilo Luis XIV. Recién salido de su baño de lluvia con una espesa túnica turca para cubrirse mientras su piel se secaba con ella, Simón fumaba un cigarro, tumbado en la cama, conforme me explicaba sus planes para mí, práctica y severamente. Esparrancado, su cuerpo se permitía alguna desnudez. Simón no me recomendaba la molicie, sin embargo, sino el hacerme duro sin perderme entre demasiadas opciones, el aprender a vivir con lo necesario eliminando los remilgos con denuedo. Esto pensaba él; en cierto sentido, yo pensaba lo mismo. ¿Por qué no casarse con hija de rico? Si yo no deseaba llevar la vida de Simón, ¿no sería posible disponer las cosas de otro modo? ¿No existía acaso un estilo distinto? Y si Lucy difería de su prima Charlotte, ¿por qué no en el estilo también? Yo no tenía inconveniente en investigar la posibilidad, ni en beneficiarme con los ofrecimientos de Simón. Ya recibía tantas órdenes de él, invirtiendo tanto tiempo mío en sus

asuntos, que ¿qué más daba? Aceptaría pues mi estipendio, pondría toda la carne en el asador y formalizaría todo de una buena vez. He de agregar que yo quería obedecer a Simón, debido a mi amor por él y a mi entusiasmo por sus perspectivas. Perspectivas estas en las que yo no creía. No obstante, el hecho de no sentirme superior a él le resultaba importante y la obstinación con que me había resistido perennemente a sus iniciativas —sin razón, a su criterio— había cesado. Y como yo no me oponía a él ya, Simón se dirigía a mí con inusitado afecto.

Se levantó para terminar de arreglarse, diciendo:

—Tú y yo adelantamos, ahora. ¡Cuántas veces me han asaltado dudas de ti! Temí que serías poco menos que un golfo de por vida… Hazme el favor con este botón, ¿quieres? Mi suegra fabrica estos enredos, maldita sea: papel de seda por todas partes, todo inhallable. ¡Al cuarto de baño con él! Para el gobernador —agregó, con una carcajada en que había algo de inquietud—. Mira: el mundo no se ha osificado aún. Espacio hay, si das con los caminillos apropiados y te pones a estudiarlos. Horner es judío, él también, y lo probable es que no haya arrancado en la vida con ninguna ventaja: igual que nosotros. Pues ahora es gobernador.

—¿No pensarás meterte en política?

—Quizá. ¿Por qué no? Según se me den las cosas. El tío Artie conoce a un sujeto X, nombrado embajador por su contribución a las campañas electorales. Veinte, treinta, cuarenta mil dólares: ¿qué son para quien los tiene?

Yendo con su traje de etiqueta de un espejo a otro para quedar a su entera satisfacción, Simón tenía modo de lograr que el ambiente se adecuase a él y esto con mayor vigor que los gobernadores a quienes se reservaban aquellos aposentos, seguramente. Iniciado en la política sin ser candidato, tal vez iría lejos sin pugna electoral y sin haber pasado por el tedio consiguiente. Simón había desembocado en una visión de lo mutable; por mi parte, yo conceptuaba que se nace para permanecer, solo en apariencia, dentro de límites específicos. Yo no compartía el sentir de Simón con exactitud, pero me notaba menos atado en su compañía que antaño y nada de lo que hiciesen otros me resultaba inimaginable ya.

Simón estaba tomándose su tiempo mientras los invitados aguardaban abajo. Entró Charlotte de pronto, un monumento de novia con su velo y encajes, llevando flores de tallo largo. A ella no podía ocultársele lo que ocurre entre bastidores en la vida conyugal, ni era ella capaz de deslumbrar a un hombre al respecto, pero su franqueza le confería cierta hidalguía. Charlotte era el camino hacia las embajadas y gobernaciones; lo mejor que cabía hacer a Simón: conservarla y seguirla.

—Todo el mundo está listo. Y vosotros, ¿qué? —dijo ella.

Me hablaba a mí, porque nunca iba a culpar a su marido si estaba yo presente, el suplefaltas.

—He estado vistiéndome y divagando —repuso Simón—. El tiempo sobra; ¿a qué viene tanta prisa? Podrías haber telefoneado en lugar de aterrizar aquí. Oye, querida, no te pongas nerviosa: te ves estupenda y todo saldrá a las mil maravillas.

—Sí, si me ocupo de que así sea. ¿Bajarás, pues, a charlar con los convidados?

Sentada en la cama llamó al proveedor, los músicos, el florista, la administración del hotel y el fotógrafo, porque todo lo fiscalizaba ella y no confiaba en nadie más. Con sus zapatos blancos en una silla y en sus rodillas un bloc, Charlotte barajaba números y regateó con el fotógrafo hasta el último momento.

—¡Mire usted, Schultz! Si no llegamos a un acuerdo, nadie de la familia Magnus querrá saber nada de usted en adelante, y somos muchos, ¿entiende usted?

—Augie —me dijo Simón cuando salíamos de allí—, quédate con el coche para sacar a Lucy. Quizá tengas necesidad de dinero, así que… aquí van diez dólares. Enviaré a Mamá a casa en un taxi. Eso sí, debes estar en la oficina a las ocho de la mañana. ¿Usa Mamá las gafas oscuras que te he pedido?

Mamá se las había puesto obedientemente, pero a Simón le molestó verla con su bastón blanco en la mano. Estaba sentada con Anna Coblin en el salón, con el bastón entre las piernas; él intentó quitárselo pero Mamá no cedió.

—Mamá, ¡dámelo! No queda bien. ¡Van a sacar fotografías!

—No, Simón, que la gente tropezará conmigo.

—No, no será así. Estarás con Anna.

—Ea, deja que se lo quede —dijo Anna.

—Mamá: dale el bastón a Augie, que lo consignará por ti.

—No, Simón, no.

—Mamá, ¿es que no quieres que todo esté bien? —insistió Simón, tratando de abrir por fuerza la mano de ella.

—¡Basta! —le ordené y la prima Anna, con su rostro taciturno y arrebolado, murmuró algo al respecto.

—¡Cállese la boca, so cacatúa! —Fue la respuesta, pero Simón se alejó dejándome instrucciones—. Quítaselo. ¡Dios, qué papelón! ¡Qué concurrencia de nuestro lado!

Mamá conservó su bastón, pero tuve que apaciguar a la prima Anna y rogarle que no se retirase, por amor a mi madre.

—El dinero se os sube a la cabeza —observó, alta y pesada dentro de su corsé, echando miradas torcidas al boato del recinto.

Aprobaba yo el que mi madre hiciese gala de fuerza de carácter: las sorpresas que te dan los mansos. Simón olvidó el asunto, con demasiado en sus manos para librar batalla hasta el final; le divisé en el salón de baile, donde estaba tomando forma la ceremonia. Circulando entre los huéspedes en busca de alguno conocido, hallé a los Einhorn. Simón les había invitado sin exceptuar a su hijo Arthur. Este último, que se acababa de licenciar en la Universidad de Illinois, se encontraba en Chicago, sin ocupación alguna. En ciertas ocasiones le veía yo en la zona sur y sabía que mantenía vínculos con Frazer y su gente. Parece que Arthur estaba traduciendo unos poemas del francés. Su padre lo respaldaría sin falta en cualquier empresa intelectual que fuere. Asistían los Einhorn a la boda, pues; canoso ya, el viejo usaba una capa gris de

corte militar, semejante a alguien que ha conocido un esplendor tan acabado como el que tiene a la vista y al que contempla sin rencor, comprendiendo cómo llega al cénit y cambia de manos luego. Me hizo el cumplido de elogiar la buena caída de mi esmoquin. Tillie me besó, apresándome el rostro con sus oscuras manos, mientras Arthur sonreía; su excepcional encanto era conferido distraídamente por él, si le venía en gana.

Seguí adelante y di la bienvenida a Happy Kellerman y su mujer, delgadísima rubia de vientre saliente, enrollada en perlas y cuentas a puñados. Acto seguido di con Five Properties y Cissy, a quienes Simón había invitado por motivos fáciles de discernir, en parte para someter a Five Properties a una sañosa comparación. Cissy vencía, sin embargo, con su astuta y provocativa decencia acerca de sus dones, visible el comienzo de ambos pechos por el escote. Five Properties había acudido para una reconciliación de primos. Ella le había enseñado a peinar su pelambre escita de otro modo: ahora caía hasta más bajo sobre la frente bravía, sin alterar el escepticismo de su mirada; el salvaje verdor de sus ojos delataría por siempre jamás todo lo que discurriese su dueño. También Five Properties vestía un esmoquin con que igualar a Simón en opulencia. Difundía en derredor una amplia sonrisa, con ojos verdes y encías floridas. Era evidente la dirección de Cissy, quien prescribía la conducta civilizada a quien alguna vez había cargado y conducido una carreta de cadáveres traqueteantes —rusos y germanos— por el barro de Polonia. Cissy le adiestraba, pese a lo cual no podía impedir que su marido le acariciase la espalda con insistencia, en público.

—¿Qué tiene de particular, muñeca? —aducía él ante su protesta.

Pues bien, comenzó la música nupcial. Fui a verificar que Mamá estuviese en su sitio cercano al altar, con los Coblin, y de allí a ocupar el mío, junto a Lucy Magnus, tras la pareja de Charlotte y su padre —precedidos de niños que esparcían a su paso pétalos de rosa—; luego su madre y el tío Charlie y detrás de estos Simón y Sam, hermano de la novia, corpulento jugador del equipo de Michigan. Durante la ceremonia, Lucy me miró sin ambigüedad alguna; cuando hubieron intercambiado anillos los novios, se me acercó y me tomó del brazo. De allí al banquete, a diez dólares el cubierto, precio pasmoso en aquella época. Pero no hubo paz para mí: un ujier vino a llamarme y me condujo con urgencia al final del salón: Five Properties, airado, se marchaba pues Cissy y él habían sido sentados detrás de un pilar, en una mesa raquítica. Jamás sabré si el responsable de esto resultó ser Simón o Charlotte. Ambos eran capaces de ello. Quienquiera que lo hubiese hecho, Five Properties resultó terriblemente ofendido.

—¡Está bien, Augie! Contra ti no tengo nada. ¿Me invitaron? Vine. Les deseo bien. Pero ¿es esta la manera de tratar a un primo? Está bien. Comer puedo donde quiera. Yo no necesito, Dios no lo permita, esta comida. Muñeca, ven conmigo.

Fui a buscar las pieles de Cissy, creyendo inútil toda discusión, y los acompañé hasta el ascensor, pensando por primera vez en la descortesía como medida del

ascenso en sociedad y en los sistemas de almacenamiento de injurias. Al entrar Cissy en el ascensor, dijo:

—Felicita a tu hermano por mí. Su mujer es una hermosura.

Pero en este juego no pensaba jugar yo de intermediario, así que a la ansiosa pregunta de Simón por la partida de Five Properties y su dama respondí casualmente:

—Nada, que tuvieron que irse. Vinieron solo a presenciar la ceremonia.

En cuanto al otro juego (de mayor gravedad) en que él me había metido, se desempeñó al máximum, yendo a cabarets, bailes de hermandades estudiantiles, teatros y partidos nocturnos de fútbol americano, durante los cuales Lucy y yo nos besábamos y acariciábamos sin rubor. Ella exploraba mi cuerpo y yo el suyo; ahí donde se detenía, al fin, también me detenía yo. Nunca se sabe qué formas adoptará la dignidad, especialmente con gente que posee pocas normas de vida. Yo gocé de todo lo que se me permitía y en tal sentido jamás dejé de ser quien soy. Pero en otros sentidos no me sentía demasiado seguro de mí y esto me perturbaba, me pesaba grandemente y me hacía ver que se encontraba casi agotada mi capacidad de adaptación. Mi amor propio me movía a restarle importancia a todo esto y hacerlo parecer fácil, empero. Así que si me descubrías en casa del tío Charlie un domingo por la tarde, en familia y junto al fuego, tejiendo la señora Magnus un chal, presente Sam en bata y con un fular al cuello, escuchando el tío al padre Coughlin que no había empezado todavía a enjuiciar a los mercaderes del templo pero hablaba con su aburrido fervor y te hacía sentir la trémula vacuidad del espacio invernal entre Detroit y Chicago; si me descubrías allí, digo, junto al hogar y frente al tío Charlie que jugaba con la maraña de pelo en pecho, verías que no era yo el joven de mucho éxito que la envidia ajena podía suponer que era. Mi envidia, no lo dudes, salía por la ventana a anidar entre los niños que guerreaban con bolas de nieve bajo el elegante esquema que trazaba el ramaje desnudo.

Verdad es que de mucho me resarcía la presencia de Lucy. Vestida de lana oscura, ella misma me había ayudado a desprender del portaligas las medias de seda, para que yo acariciase la piel de sus muslos. Yo estaba encariñado en cierto modo —ni profunda ni trivialmente— y, hasta donde me era dado hacerlo, la abrazaba con verdad. Lucy devolvía el abrazo, me lamía el lóbulo de la oreja, me encomiaba y prometía cosas buenas. Incluso me llamaba esposo ya.

La honda consideración que brindan las mujeres en privado a los requerimientos que proscribe el temor de sus padres —temor de que se destruya todo lo hecho por ellos para cimentar la continuada lógica de la vida—, eso podía encontrarse en Lucy también. Eso que la llevó a elegirme, pues parecía claro que su familia me juzgaba menos deseable que a Simón, como partido. Repetidas veces fui investigado en cuanto a mi disposición de ser y obrar como ellos. Nunca estuvieron plenamente seguros de mí y reclamaron siempre un nuevo vistazo a mis cartas credenciales, para decirlo así, entrando sin golpear a la puerta según se estila en la academia militar de West Point, a ver si está todo en regla. Lucy salía en mi defensa: su única

desobediencia filial, que yo sepa. Si yo le sugería la huida como método, para ir a casarnos en Crown Point, rehusaba de plano. He ahí la diferencia entre su prima Charlotte y ella. Había, claro está, diferencia entre Simón y yo: él había persuadido a Charlotte; yo a Lucy, no. Y si Lucy me llamaba esposo ya —habría sentenciado Mimi Villars, sin intención de hacer cumplidos— es porque Lucy tenía el matrimonio metido en el alma y ansiaba todo lo que con él va: para Mimi, escasa sensualidad y una vida de pocos tropiezos. A no ser que hubiese estado coqueteando con el peligro que le representaba yo.

No hay tal. Yo estaba —como con los Renling— bajo una influencia y no ejercía ninguna sobre la voluntad de nadie. Mi deber consistía en hacer buena figura, conducir, gastar dinero y vestir, antes de saber si todo aquello era de mi agrado o no. Me llevó demasiado tiempo el descubrir esto del padre de Lucy: que yo no era santo de su devoción. De vez en vez nos sorprendía a las dos de la madrugada con las manos en la masa, pero la mansión me aturdía con su riqueza e impedía que yo le aborreciese cuando se acercaba sigilosamente y encendía las luces entre cristales y terciopelo. Todo pesado y etéreo al mismo tiempo.

Me traía a mal traer el círculo en que rodaba del Glass Derby al Chez Paree, de allí a los bailes en el Medinah Club, y vuelta a empezar. Tenía yo que dejar sentado que mi bolsillo estaría a la altura y además cuidarme bien, porque Simón me daba lo estrictamente indispensable, creyendo que yo lograría lo que él, aunque con menos. Por suerte que, comparada con Charlotte, Lucy estimaba en poco la ciencia de la economía. Encarando yo propinas, el precio de los cubiertos y el estacionamiento del coche, economizaba luego hasta en cigarrillos. Por entonces sentí terminado de una buena vez el examen al que me sometía el grupo con que salía Lucy; lo conseguí desoyendo cuanto no quería oír o bien forzando a los demás a ceder terreno. Si esta conducta fortaleció en mi rostro el músculo de la hipocresía y templó mi estómago, de paso, pienso que me cuadraba el ponerme a farolear y me dio renombre.

También íbamos asiduamente a visitar a Simón y Charlotte en su pisito —solo tres habitaciones, como comienzo— y a comer en vajilla de porcelana y manteles finos, regalo de bodas todo ello. Los Magnus extremaban su cuidado de cualquiera de los suyos: las tazas y los platos procedían de un horno inglés, de Bojara el tapiz y de Tiffany el servicio de plata. De sobremesa jugábamos al bridge o al rummy y, a eso de las diez, Charlotte telefoneaba a la confitería para que nos enviasen helado de menta y salsa de chocolate caliente. Así, pues, tiraba yo de la levita, pasaba por un ser donairoso, lúcido, espléndido, y solo pensaba en los dos colores de mis tirantes de seda y el corte de mi camisa, obsequio de Simón. Mansa y obediente con él, Charlotte trataba a su prima y a mí como a una pareja casada, si bien con cautela y circunspección que ocultaba de él. Con el instinto de su familia, estaba segura Charlotte de que yo carecía de las condiciones de Simón y de toda intención de imitarle: para mí eran duras con exceso las dificultades que enfrentaba él.

Principiaba a advertir esto Simón también. Se sintió complacido de mi buena

disposición, melifluidad y simpatía, que entraban en acción mientras me movía yo a la vista de los Magnus y aprovechaba las ventajas que ofrecían: su opulencia, la fuerza de sus vehículos en el desbande al que uno asistía en la oscuridad fría y constelada del Paseo Norte, toda aquella heráldica móvil corriendo sobre neumáticos a la luna y los bailes del Hotel Drake, la tupida carne, el buen comer, la excitación de la danza. Siguiendo la orilla del lago, se dejaba atrás el bosque seco y el ladrillo gris del Chicago indigente, y a un lado. ¡Ah, no!, que las dos mitades de la profecía estaban juntas allí, las beldades de Caldea y las bestias salvajes y las criaturas lúgubres compartían en realidad las mismas viviendas.

Pasando el día en la carbonera, al comenzar el invierno, yo no estaba en condiciones de olvidar aún si mis noches y domingos transcurrían en otra esfera. Y mis domingos, en sí, estaban divididos. Simón me hacía abrir las puertas el domingo por la mañana, para atrapar cuanto comercio se diese en el gélido clima. Simón me hacía trabajar duro, en realidad, para disciplinarme. Algunos días llegaba a fiscalizar mi horario de entrada. Si ocasionalmente me quedaba dormido, esto obedecía a que, tras dejar a Lucy en su domicilio y el coche en el garaje, viajaba yo en tranvía hasta casa, adonde arribaba no antes de la una. Simón no aceptaba excusas mías, empero. Me adoctrinaba así:

—Pues, ¿por qué no te mueves, con ella? ¡Date prisa! ¡Cásate y descansarás!

Al principio, esto era chanza; luego, cuando hubo nacido la duda en él, se volvió taciturno y aun fiero conmigo y me escatimaba el dinero, pensando que estaba tirándolo por la ventana.

—¿Qué leñe estás esperando, Augie, maldito seas? ¡Esto es cosa hecha! Si por mí fuera, verías qué fácil.

Cuando la resistencia de la familia de Lucy se organizó por fin, la intransigencia de mi hermano creció, pero yo no lo entendí bien al comienzo.

En caso de llegar con un cuarto de hora de retraso, encontraba yo a Simón lanzándome miradas aviesas desde la balanza.

—¿Qué hay? ¿Es que esa Mimi te retuvo?

Estaba convencido de que algo había entre Mimi y yo. Engorros no faltaban. Yo hacía las veces de tenedor de libros —asistente— además de oficiar de maestro pensador. Simón pretendía que dedujese de la paga de los asalariados negros el costo de la ropa de desecho que él les daba. Había roces, pues, entre nosotros. En diciembre, por ejemplo, cierto distribuidor de carbón, ebrio, fue a dar con su vehículo contra la balanza. Del radiador de su camión brotó un penacho de vapor blanquísimo. Este hombre había pedido una tonelada de carbón y cargado varios quintales de sobra: se lo señalé. Apeándose del camión, alterado, quiso invadir la oficina para romperme un brazo, por embustero. Repelí el ataque. Cuando se hubo levantado de la nieve, escogió volcar toda su carga sobre la balanza, en lugar de enfrentarse nuevamente. Se llamaba Guzynski. Entretanto, se fue formando un atolladero de carros y camiones hasta más allá de la entrada. Dije a un negro que despejase la

balanza, pero Guzynski le amenazó blandiendo una pala. Happy Kellerman ya estaba al aparato, exigiendo apoyo policial, cuando arribó Simón. Inmediatamente salió a relucir la pistola. Tomé a Simón del brazo y recibí un puñetazo en el pecho. Le grité que no fuese idiota, que no disparara. Guzynski ya no estaba tan ahumado para no ver el arma y corrió hacia el camión a guarecerse de las balas. Y fue allí, en la angostura entre oficina y camión, donde lo atacó Simón, cogiéndole del pescuezo y atizándole duro con la pistola como objeto contundente. Desde dentro, Happy y yo vimos la infernal mirada de Guzynski, sus dientes, sus manos que no se atrevían a arrebatar ese trozo de metal con que Simón le asestó de nuevo, abriéndole la mejilla. Pensé en ese instante que tal vez la vista de la sangre volvería a mi hermano a sus cabales. Simón soltó a Guzynski e indicó a los negros que hiciesen su trabajo. Comenzaron las palas a enterrar el sórdido silencio del herido, fijado ahora en la contemplación de tanto color rojo, con odio y asco. Guzynski partió al fin, guiado por las huellas en dirección incierta, tenue y sin sol.

—¿Habrá probabilidad de una denuncia? —inquirió Happy.

Simón, respirando con trabajo todavía, me ordenó que le pusiera en contacto con Nuzzo.

Yo me había prometido habituarme a su modo de dirigirse a mí, e incluso obedecer. Simón ni buscaba ni marcaba números telefónicos ya, sino que hablaba cuando su interlocutor estaba aguardando al otro extremo de la línea. Esta vez, sin embargo, no me moví. De brazos cruzados permanecí junto a la balanza: él lo advirtió. Fue Happy quien obtuvo la llamada.

—¡Nuzzo! —dijo Simón—. Habla March. ¿Cómo estás? No, del frío no puedo quejarme. Escúchame, Nuzzo, acabamos de tener un ligero embrollo con un tío duro de entendederas que golpeó a uno de mis hombres con una pala. ¿Cómo dices? No, borracho. Inutilizó la balanza y paralizó todo por una hora. Oye: probablemente esté en camino para asentar una denuncia, porque ha recibido unos mojicones. Encárgate, ¿quieres? Tenle dentro hasta que haya sentado los cascos. ¡Pues claro que hay testigos! Dile que si espera desquitarse, tú vas a hacerle entrar en vereda. ¿Cómo? Su lugar de trabajo está junto a la iglesia, en la calle 28. ¿Conformes?

Nuzzo cumplió. Guzynski pasó varias lunas en la cárcel. La próxima vez que le vi, supe: ese no tramará más venganza alguna…

Cuando regresó como cliente a la carbonera, sobrio él y callado, sus cicatrices estaban costrosas todavía y Simón le vigiló con ojos de lince, pronto a cualquier cosa. Pero no dio motivo. Nuzzo, o su gente, lo había hecho temblar en los sótanos de la policía, dándole una muestra de lo que podía llegar a pasarle si se encabritaba. Más aún: debería continuar como cliente de Simón. Y Simón, por su parte, halló cómo remachar el asunto: para Navidad regaló a Guzynski una botella de Gordons Dry Gin y a su mujer una caja de pralinés, lo cual sentó bien a Guzynski, según nos contó ella.

—Desde luego —dijo Simón—. Ahora está satisfecho porque sabe cómo están las cosas. Cuando tomó aquella pala en sus manos, no lo sabía. ¡Pues ahora lo sabe y está

tranquilo!

Simón quería demostrarme cuán justo había sido su manejo de la crisis y cuán necio el mío. Según él, yo tendría que haber sofocado la revuelta de Guzynski al punto. En cambio no había estado yo ni rápido ni valeroso, sin comprender que aquel sujeto requería un trato violento seguido de cárcel para que no se convirtiese en un amotinado que capotease a todos los capitanes de policía.

De esto se seguía claramente que, si yo no progresaba con Lucy Magnus, esto obedecía a mi debilidad de carácter. Si me convertía en su esposo de hecho, lo restante sería formalidad pura. Pero no subí el escalón al poder. Por amor lo habría hecho; nunca por cumplir un objetivo.

De tal suerte, todo se volvió en mi contra, en la carbonera; Simón acrecentó mis penalidades por el bien mío… y porque no le disgustaba hacerlo. Estaba probándose distintas vestiduras, ya que ignoraba cuántos altos destinos le aguardaban… ni cuáles. Sus pensamientos a la hora del desayuno versaban sobre su próxima línea de conducta: dedicarse, por ejemplo, a las nimiedades, al último puñado de carbón, cuando en su negocio se computa por tonelada; o bien peinar las olas en el mar de los grandes principios, dejando los pormenores a sus subalternos —si estos, y especialmente yo, hubieran sido confiables—; o ser un jesuita del dinero; o ser hijo de sus obras: una de sus ideas menos enérgicas, pero sumamente pertinaz. Yo le decía:

—Es que tú no eres un Henry Ford. Al fin y al cabo, te has casado con una niña rica.

—La gracia —me respondía— está en el esfuerzo que pones y en lo que sufres para alcanzar la meta. No se trata de estrenarse con dos cuartos, como en las novelas de Horatio Alger, y con ello hacer fortuna. Pero si te establecen en los negocios, lo importante será lo que haces con el dinero, si corres el riesgo con él o no te expones.

Mas esta discusión giraba en torno a una teoría, cosa que fue cada vez menos frecuente entre nosotros. Lo que yo acertaba a ver en su mirada es la pobre opinión que él abrigaba de mis esfuerzos.

Días amargos para mí, en esa comarca de mi sentir que tomaba la forma de la carbonera, la estacada, las montañas de carbón, las máquinas, el ventanillo de la balanza y aquel largo brazo broncíneo, graduado en negro, en que yo pesaba. Estas cosas y, además, los asalariados, los compradores, los polizontes que venían por lo suyo, los mecánicos, los vendedores, los agentes del ferrocarril, me irritaban. Tenía infinidad de cosas que recordar y no debía, por ningún concepto, dar precios equivocados ni cometer deslices en mis cálculos ni durante alguna transacción. Mimi Villars me oyó hablar en sueños una noche, entró en mi habitación y me interrogó dormido. Por la mañana me refirió mis respuestas: todas ellas, incluso las cotizaciones, habían sido correctas.

—¡Hermano! —comentó—. Qué mal estarás pasándolo si solo puedes soñar con números.

Yo podría haber confesado lo peor: ahora Simón había dado en enviarme por cosas que distaban de ser las manzanas de las Hespérides. Iba yo a lidiar con los porteros por la escoria pétrea que deja la combustión del carbón, apaciguándoles y sobornándoles; dulcificar con cerveza a los distribuidores; contender con los agentes de seguros por los daños que causa la retracción de la escoria; hacer complejos depósitos en el banco, en medio de una multitud que ladra y codea, todo aprisa y de mala manera; y, cuando escaseaba la mano de obra, desenterrar paladeadores de sus posadas de mala muerte y hacerles la corte en el arroyo de la calle Madison. Tuve que comparecer en la morgue para identificar a un baleado que llevaba en un bolsillo el sobre con nuestra paga. Cuando levantaron la lona que le cubría, vi el negro cuerpo rígido como si hubiera muerto de un arrebato regio: tenso, crispados los puños y lanzando un grito por su boca abierta, cuyo cielo vi.

—¿Le conoces? —me preguntaron.

—Es Ulace Padgett. Trabajaba para nosotros. ¿Qué le ha sucedido?

—Lo tumbó su novia, dicen —dijo el policía, señalando el orificio en el pecho yerto.

—¿La han capturado?

—No. Ni siquiera se molestarán en buscarla. Nunca lo hacen.

Simón me había destinado esta tarea porque —argüía— yo tenía el coche para salir con Lucy; bien podía entonces ocuparme de ello en el camino de regreso.

Me lavé y cambié de ropa a toda prisa. Mi humanidad estaba cubierta, penetrada de carbón hasta en las comisuras de los ojos. Sin tiempo de comer, iba yo desalado por las avenidas. En la intersección de Western y Diversey, el Pontiac giró como un trompo. Su hocico quedó apuntando en la dirección inversa, junto a un tranvía que, prudentemente, se había detenido. Destrocé apenas las luces posteriores. Se congregó el gentío habitual: congratulaciones por mi buena suerte. Tomé el contratiempo de buen talante y rendí viaje, animadísimo, confiado y silbando en la noche oscura, bajo la nieve acumulada en el pórtico. Las llaves tintinearon melodiosamente en el bolsillo de mi abrigo cuando lo deposité a la entrada. Sin embargo, en el momento en que Sam, hermano de Lucy, me sirvió una copa, mi mente me regresó a la morgue como una exhalación —fue el aroma del whisky sobre un estómago vacío— y al accidente luego, y me dejé caer en una silla. Lucy me preguntó por la causa de mi súbita palidez y Sam se aproximó, como el anfitrión en una mala película, preocupado de que su hermana, muñeca de calibre, fuese a comprometerse con un alfeñique. Se inclinó sobre mí con oculta ruindad y la bata tirante sobre su trasero de futbolista.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Me he puesto pálido? Quizá por no haber comido.

—Tontuelo —me arrulló Lucy—. ¿Desde cuándo? Cielos, son las nueve pasadas.

Y envió a Sam a la cocina, a por un sándwich y un vaso de leche.

—He tenido un accidente —agregué cuando Sam ya no estaba—. Casi…

Describí lo ocurrido. Ignoro qué me llegó más: la inquietud de Lucy o la idea repentina de ser un Jonás, ni más ni menos, yo, el mozo enamorado y feliz de aquel

instante. Ejercitada en el arte de prever, seguramente divisó Lucy en el horizonte una sarta de malas nuevas, si no de franca desdicha.

—¿Dañaste el coche?, di.

—Apenas un poco.

No le gustó mi vaguedad.

—¿El portaequipaje?

—No lo sé. Sé que se han hecho trizas los faros traseros, eso sí. Lo demás no se ve en la oscuridad, pero ha de ser insignificante.

—Esta noche volvemos en mi coche. Debes de estar impresionado por el accidente.

Fuimos, pues, en un coche nuevecito —obsequio de su padre— a nuestra fiesta en North Shore y a la vuelta nos detuvimos en un sector umbrío en torno al templo de Bahai, para acariciarnos, tiritar y estremecernos a la vera de dicho otero, frío y religioso, bajo la luna. Nada parecía insólito, pero nada era lo usual para Lucy ni para mí. De regreso, ella quiso ir a inspeccionar los daños, temiendo por mí, pero yo me negué y apagué la luz de los faros, interrumpiendo el examen de mi coche. Más tarde, cuando ya estaba listo para partir, la mimé y ella me reiteró su cariño, pero presentí un cambio en su actitud. Auguraba Lucy que Simón armaría un escándalo acerca de las roturas —tal como sucedió—: más aún, ninguna opinión sino la de él parecía aceptable a Lucy y yo le daba miedo porque abrigaba otra. La intimidad entre nosotros dos ya no fue la misma, en aquel palacete abarrotado, inventariado en parte por la luz de la luna y en parte por el viejo que dormitaba arriba, vigilante aunque estuviese dormido.

Hay un modo de aguantar las cosas si uno las arrastra consigo como en las aguas de una inundación, cuando las propias energías van en el mismo sentido; y el peso de las morgues y los coches depende de la capacidad de levantarlo de que dispone uno. El día en que Napoleón huyó del invierno de Rusia por entre los cadáveres de sus hombres tapados por la nieve, estuvo hablando por tres días consecutivos a Caulaincourt, quien no podía oírle bien pues llevaba vendajes en sus orejas, pero ha de haber visto en la cara hinchada de su patrón la hondura que mantenía a flote a toda una Europa de detalles.

Sí, la gente de negocios tiene una inmensa energía. La pregunta es: qué queman para producirla y qué cosas podemos quemar o no. Se puede hacer arder un átomo. Pueden arder como yesca los bosques del norte, salvajes. ¿Dónde se encenderá el fuego competidor y cuánta fuerza tendrá?

Añadiré, por otra parte, que así como puede ralear el entusiasmo por alguien que bien lo merece, así tampoco perdonamos esfuerzos por un simple antojo en esta vida: de igual modo se colma de amor a quien no es digno, a quien en realidad merece menos.

Tantos elementos diversos eran demasiado para mí. Simón me riñó a voces por el percance del coche y yo, deprimido, solo fui capaz de responderle:

—¿De qué te quejas? Ha sido un daño menor y tú estás asegurado.

Ahí estuvo el error. Yo debería haberme sentido mal en lo tocante al destrozo de la concha del molusco y aquellos ojos de crustáceo que colgaban de unos cables; esto es: mi relativa indiferencia es lo que incomodaba a Simón. Por eso me horadó con su mirada quemante y me mostró su diente partido en señal de amenaza. Yo no estaba en condiciones de mantenerme firme. Nada me respaldaba que pudiese verse y aceptarse a ojos cerrados, tal como tenía él; no, lo mío era vago y, con todo, sumamente pertinaz.

Pasé en mi habitación la velada, para leer. Conforme a nuestro trato, yo comenzaría a estudiar en la primavera, cuando el negocio decayese y Simón pudiera prescindir de mí. Todavía me espoleaba el ansia, a la cual me había entregado durante todo el verano mientras viví del hurto de libros, de tomar el espejo en mis manos y dirigir el cristal absorbedor de imágenes hacia cualquier escena del mundo. Por entonces, Padilla había vendido la mayor parte de los libros en mi beneficio y dejado él mismo de robar también, luego de haber conseguido un empleo —el de calcular la velocidad de los impulsos nerviosos— en un laboratorio de biofísica. Me restaban pocos ya. No obstante, bajo mi cama estaba la colección de clásicos que me había dado Einhorn. Tomé, pues, *La guerra de los treinta años*, de Schiller, y me puse a leer. Y entonces entró en mi cuarto Mimi Villars.

A menudo entraba y salía ella sin dirigirme la palabra, para tomar algo de lo suyo que había en mi armario. Pero aquella noche tuvo algo que decir y sin rodeos:

—Frazer me ha dejado embarazada.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

—Por supuesto que sí. Ven, salgamos. Quiero hablar contigo sin que me oiga Kayo. Él pega el oído a la pared, sabes.

Fuera, el tiempo era negro, ventoso aunque no tan frío; el farol de la calle bailoteaba, chascando como un platillo.

—Pero ¿dónde está Frazer? —pregunté, porque estaba un tanto alejado de todo.

—Tuvo que partir para leer un puñetero trabajo en una convención de Luisiana, hacia Navidad, pasando antes por casa de sus padres, ya que no podrá acompañarlos durante las festividades de fin de año… Pero ¿qué importa dónde esté, quieres decírmelo?

—Dime tú, con sinceridad, si no te gustaría casarte.

Mimi me concedió un tiempo para retractarme, fija su vista en mí. Como yo no lo hiciera, precisó:

—Has de pensar que pierdo la cabeza rápido, tú.

Nos encontrábamos en el pórtico, a cubierto del viento aún. Mimi volvió hacia mí una expresión de recia felicidad. ¿Recia? Sí, o bien de dura diversión, algo espiritual y gimnástico a la vez, con una señal de dolor esbozada en las cejas. Agregó:

—Si no he querido casarme hasta ahora, ¿me crees capaz de hacerlo a raíz de un imprevisto? Veo que has estado sometido a buenas influencias. ¡Hala!, tomemos un café.

Del brazo fuimos hasta la esquina, donde nos detuvimos y, mientras discurríamos, se nos acercó un perrillo seguido por su dueña, tocada con un sombrero de astracán y abrigada con algo de piel de cordero. Entonces sucedió una cosa sorprendente, de las que vuelven creíble la destreza de mi amiga para balear a su asaltante: el animal levantó la pata y mojó el tobillo de Mimi. Esta gritó a la mujer que apartase a su perro, arrebató su sombrero para secarse con él y la dejó destocada en plena calle, al viento, que demolió en pocos segundos su peinado. El sombrero quedó en el pavimento adonde Mimi lo había arrojado.

¡Esa falta de respeto por las dificultades palpables que afectan a los demás! A Mimi, sin embargo, siempre se le brindaban las pruebas ideales para defender su caso. Comoquiera, en el café rio de lo acontecido y se quitó las medias. Le hacía gracia tener la ocasión perfecta de salirse de las casillas.

Un nuevo método de abortar es lo que Mimi deseaba discutir conmigo: de ahí nuestra salida. Ella había oído habladurías e intentado todo lo demás. Cierta camarera de la cooperativa decía conocer al médico que, mediante una inyección, producía el malparto.

—Esto es novedad para mí; parece interesante y voy a probarlo —dijo Mimi.

—¿Y qué te inyectarán?

—¡Qué se yo! ¿Me ves cara de hombre de ciencia?

—Y si te hace daño, tendrás que caer en el hospital.

—Si corres peligro, tienen que hospitalizarte, pero jamás me harán confesar el hecho.

—Mucho riesgo, Mimi. Mejor que no lo hagas.

—¿Y tener el niño? ¿Yo? ¿Me imaginas con un crío en brazos? A ti te da igual cómo se puebla el mundo, ¿verdad? Pensando en tu madre. En que no estarías aquí, hablando conmigo, si ella hubiese tenido las mismas ideas que yo.

Así me enteré de que o Clem Tambow o Sylvester había estado murmurando acerca de mí. Mimi prosiguió:

—Pero aun sabiendo que voy a tener un hijo como tú —dijo riendo—, y no es que yo te subestime, chaval, con todos tus defectos, ¿a santo de qué meterme en este lío? Ya lo sé: esas pobrecitas almas me seguirán luego, cuando haya estirado yo la pata, para acusarme de no haberles dejado nacer, y yo les diré: «Dejad de acosarme. ¿Qué maravilla creéis haber sido? Un molusquillo cualquiera. ¡No sabéis vosotros qué afortunados sois! ¿Acaso suponéis que os hubiera gustado vivir? ¡Seguro que no!».

El personal de mostrador se había detenido a oír a Mimi echar este discurso. Uno dijo:

—¡Qué mujer más chiflada!

Ella le oyó e interceptó su mirada; riéndose de él burlonamente, le contestó:

—Hete aquí un tío que vivirá y morirá tratando de parecerse a César Romero.

—Primero entra y se quita las medias a la vista de todos, para enseñar las piernas… —comenzó el hombre, con sorna, y de ahí se siguió un intercambio de lindezas, concluido el cual ya no fue posible quedarse en el café. Nuestra conversación continuó en la calle.

—La verdad: no me arrepiento de haber nacido —dije entonces.

—Pues claro, hijo, y agradecerías, si supieras a quién, el accidente que te dio origen.

—Accidente, sí, pero no del todo. Por parte de mi madre, estoy seguro, hubo amor.

—El amor absuelve al accidente de su carácter casual, ya, ya.

—Quiero decir el deseo de dar vida, por gratitud a la vida.

—¿Gratitud? ¿Dónde? ¿Por qué no vas al mercado de huevos y lo piensas otra vez? Busca la gratitud, a ver si la encuentras.

—En ese plano no puedo discutir. Pero pregúntame si la nada hubiese sido preferible y te mentiría si respondiese que sí, o aun «quizá», pues los hechos van en contra de eso. No juraría que entiendo la nada, pero puedo contarte mucho de lo placentero de la vida en sí.

—¡Perfecto, perfecto! A pedir de boca. Acaso te parezca bien tu manera de ser, hijo mío, pero sabrás que hace sufrir a la mar de gente. La cual sufre, además, de ser tal como es: esta porque sus arrugas alejarán al marido; otra porque su hermana tarda en quedarse tiesa y no le deja el Buick; la de más allá porque quiere tener un trasero escultural y no puede, o porque ambiciona lo inaccesible, tal como cambiar de marido o hacerse con una fortuna. ¿Quieres ahora un lista válida para los hombres? Soy capaz de hablar por el tiempo que me pidas. Ni por ensalmo cambiará la gente. No puede. A lo mejor tengas suerte, tú, pero los demás están aviados. Son lo que son, tienen lo que tienen y si esa es su verdad, imagínate la nuestra.

Yo no acertaba a opinar que fuese todo así de tajante y determinado de antemano; que no hubiese ocasión de dicha que no equivaliera a ilusoria esperanza de gente ciega a la decepción, el dolor, la muerte de un niño, un amigo, una causa, y ciega a la vejez, la corrupción de la carne, la canicie, los flácidos pechos, los dientes que se van y, acaso, lo menos soportable entre todo: el osificarse del carácter, segundo esqueleto que más cruje cuanto más se avecina el final. Salvo que Mimi, quien debía resolver prácticamente, en la vida podría guiarse por mis sentimientos. Esta joven te hacía saber en un santiamén que tú, varón, podías hablar cuanto quisieras, pero que solo a ella incumbían el fallo y la ejecución. Lo vivía con orgullo y sus mejillas relucían en conformidad. El caso era, para ella, absolutamente crucial.

No insistí en mis argumentos. Aunque sin sentirme persuadido por los de Mimi, tampoco me horrorizaba la suerte del pequeño. En aquella economía de las almas, una total coherencia exige cierto espanto frente a la despoblación de los úteros, por

una parte, y no menor espanto frente a la perspectiva de que crezca sin tasa el número de hospitales, manicomios, presidios y tumbas, por otra. Un exceso, en fin. La decisión recaía en Mimi: o tener un hijo de Frazer, quien no estaba de momento en libertad de desposarla, o no tenerlo. Y, de paso, yo no tomé su apreciación de Frazer por su valor nominal.

No tenía ninguna seguridad en lo tocante a la inyección, sin embargo. Interrogaría a Padilla, mi asesor científico, al respecto. Traté de abordarle en el laboratorio en que trabajaba. En caso de duda, podría consultar a algún amigo metido en biología en aquel semirrascacielos donde menudeaban los ladridos de canes de tensión anómala: esto me acobardó un tanto cuando fui allí. A Padilla no le arredraban; él asistía como calculista, nada más, con una mano en el bolsillo y un cigarrillo intacto en la otra, de pie en un lugar excéntrico y siempre raro y veloz. No le hallé a tiempo, así que acompañé a Mimi a ver al médico que le había dado hora.

Este médico era un hombre a quien afectaban mucho las malas épocas: lo ponían de pésimo humor y su aspecto no era nada profesional, por añadidura. El anacrónico consultorio estaba pasado de moda en cuanto al instrumental incluso. Mis ojos hechos a los libros notaron sobre el escritorio un Spinoza y un Hegel, amén de otras rarezas. El médico fumaba cigarros y se presentaba en mangas de camisa. En el piso bajo había una tienda de artículos musicales. Recuerdo su nombre: Stracciatella. En el escaparate estaba entera la familia, tocando la guitarra ante un micrófono —niñas y niños de pantalón corto, cuyos pies no llegaban al piso— y los acordes cubrían la calle, fría esa noche, después de una nevada, con un bullicio más fuerte que el estrépito de los tranvías veteranos que circulaban por allí.

Abandonado como era, el médico no usó de hipocresía para describir sus servicios. Acaso no haya sido duro de corazón, pero daba la impresión de preguntar: «¿Qué puedo lograr, preocupándome?». Tal vez desdeñaba la impotencia de los seres humanos, la de oponerse al amor, primeramente, y pretender librarse luego de las consecuencias. Como es natural, me tomó por amante de Mimi. Ella lo habrá preferido así; a mí me importó poco. El rollizo facultativo explicó entonces la virtud de su inyección, mofletudo, nada heroico, hirsutos los brazos y pesado el resuello. El ambiente hedía a tabaco y a carrera sedentaria, centrada en un sillón de cuero negro. El hombre no parecía avieso, detrás de sus gafas, sino un hombre de reflexión, en parte, que se estanca en las dificultades que purifican y no va más lejos. Y luego, variando de ritmo, las guitarras, puro alambre y trápala. Y Mimi, con su cabellera rubia y cachetes arrebolados, con una rosa de mercadería en su sombrero, circuida de flores aún menos serias. ¡Oh aquel color rojo de las tapias veraniegas, de telas y mostradores! Y las cejas luciferinas, el fruncido ceño y la tamaña confusión… Pero el momento era culminante en cuanto a oportunidad, que yo sepa, y tenía que ver con la impotencia que observaba el médico: la de la mujer que aguarda lo que le infligirán, creyendo que está en el camino de la gloria comprada y que no hay otro.

—Esta inyección origina contracciones —habló él— y así puede usted expulsar…

vamos, lo que no quiere. No hay garantías. A veces se requiere, a pesar de todo, dilatación y luego un raspado. Lo que las actrices de cine llaman apendicitis, en el periódico.

—Le agradeceré que no se ponga usted chusco. Lo único que me interesa son sus servicios profesionales —le espetó Mimi y él vio que no tenía delante una niña tímida de las que: trabajan en fábricas y agradecen con pálida sonrisa las gracias del médico, separadas de este por vastas distancias de peligro y dolor. Alguna pobrecilla traicionada por el cariño. Pero Mimi, no: su ternura no estaba en exhibición. Te preguntabas después de qué increíbles manifestaciones aparecerían las de su cariño.

—Mantengamos el decoro profesional —insistió Mimi.

Él repuso, ofendido:

—Bueno, bueno. ¿Quiere usted su inyección o no?

—¿Para qué leches cree que yo he venido hasta aquí en una noche de perros como esta?

El médico puso un bote enlozado a calentar sobre el gas —suerte de collarcito de uñas de oso hechas de fuego azul, que pegaban ígneos arañazos— y su maniobra sugería la desidia de un huevo matinal pasado por agua para el desayuno en la cocina. El hombre dejó caer la jeringuilla en el agua hirviente, la pescó con tenazas y estuvo pronto.

—Supongamos que necesitara yo otra ayuda, si esta no funciona: ¿me la dará usted? —quiso saber Mimi.

Se encogió de hombros el médico. Mimi alzó la voz:

—Pues, ¡qué médico de las narices me resulta usted! ¿Nunca habla usted de esto antes de comenzar? ¿Le importa acaso qué le sucede a la gente después de la inyección? Usted cree que anda tan desesperada que no hay de qué mosquear, ¿eh? ¿Que solo está jugando con su vida? ¡A joderse tocan, verdad!

—En caso necesario, puedo hacer algo por usted, quizá.

Yo hablé entonces:

—Quiere decir, si le pagamos. ¿Cuánto pide usted por eso?

—Cien dólares.

—¿Le parece bien algo menos… la mitad? —dijo Mimi.

—Tal vez encuentre usted alguien que se lo haga por cincuenta —replicó, evidenciando una genuina falta de interés. *Non curo!* Tal era su reacción inmediata. Con la misma tranquilidad apartaría la hipodérmica y volvería a sus rumiaciones, metiéndose el dedo en la nariz.

Aconsejé a Mimi que no se alterara por el dinero: no era lo importante.

—¿Sí o no? —dijo el médico—. Lo mismo me da.

—Estás a tiempo de cambiar de idea —susurré al oído de Mimi.

—En tal caso no habré avanzado nada —repuso ella.

Le ayudé a quitarse el abrigo de cuello de piel y me dio la mano, tal como si hubiera ido yo al cadalso. Cuando rodeé sus hombros con un brazo —sintiendo su

necesidad y deseando socorrerle—, Mimi prorrumpió en sollozos. Me conmoví, contagiado por ella, y nos mantuvimos unidos como un par de amantes, uno contra otro.

El médico, con todo, no nos permitió olvidarnos de que estaba aguardando. ¿Qué era esto para él? ¿Penoso o aburrido? Quizá un poco de ambos. Observó, pues, mis esfuerzos. No envidiaba ya nada o ignoraba qué envidiar.

Mimi estaba resuelta, sin flaquear: sus lágrimas no se referían a ello. Ofreció su brazo, pues, y allá fue la aguja. El líquido, duro de aspecto, descendió. El médico la previno de que habría dolores de parto: mejor acostarse. El mordiscón, por esto, era de quince dólares y Mimi pagó; no quería dinero de mí en aquellos momentos. No es que me haya sobrado. Mis salidas con Lucy me tenían en bancarrota. Frazer me debía algo pero, si hubiese podido, ya habría enviado algún efectivo a Mimi. Mimi no deseaba molestarle, puesto que él se encontraba economizando para su divorcio. Por lo demás, el estilo de Frazer consistía en pasar por alto las cosas de este tipo: invariablemente había para él algo de mayor trascendencia en qué pensar que lo que estaba pasando. Mimi no dejaba nunca de satirizar esto y, no obstante, de estimular a Frazer a seguir adelante con ello como con un hábito precioso a la vez que tonto. No faltaba generosidad a aquel; solo dilataba la oportunidad de ejercitarla para conferirle significado.

Comoquiera, Mimi fue a recostarse maldiciendo al médico, porque la inyección estaba surtiendo su efecto. Eran espasmos «secos», sin embargo, lo cual, según ella, resultaría ineficaz. Mimi sudaba y se estremecía a un tiempo, con sus hombros desnudos por encima de la manta, visible su determinación en las arrugas de la frente y en los ojos dilatados un fuerte color azul.

—¡Ah, ese estafador de la hostia! —se quejaba.

—Pero, Mimi, él ha dicho que quizá no pasa nada. Espera…

—¿Qué coño quieres que haga más que esperar, si estoy de veneno hasta las orejas? Me ha dado fuerte, por la forma en que me desgarra las tripas. ¡Ese botijo de médico! ¡Uf!

Las contracciones cedían en forma intermitente; Mimi hallaba fuerzas, entonces, para alguna broma:

—Resiste, no quiere moverse el cabezota. ¡Pensar que hay mujeres que para conservarlos tienen que pasarse los nueve meses en cama…!

Y, luego, virando hacia la seriedad:

—Ahora no puedo dejarle nacer, después de esta inyección. Podría estar dañado. Turulato. O no, pero, con el temperamento que tiene, podría salir obcecado, convertirse en delincuente o no sé qué. Creo que si resultase lo bastante salvaje para enderezar el mundo a puntapiés, yo le permitiría la entrada. ¿Por qué digo «él», sin embargo? Puede tratarse de una niñita, ¿y qué haría yo a una niña, pobrecilla? Con todo, las mujeres, las mujeres… Son responsables, hay más realidad en ellas, viven conforme a su naturaleza: tienen que hacerlo, es su índole y tienen los pechos. Ven la

propia sangre y eso les sienta bien, mientras los varones tienen permiso para ser vanos… ¡Ay! Dame tu mano, ¿quieres, Augie?

Era el regreso de los espasmos, que la obligaban a sentarse tiesa y apretar mi mano con fuerza. Mimi cerraba los ojos para aguantarse y luego se echaba hacia atrás y yo la cubría con la manta.

El efecto de la droga cesó paulatinamente y la dejó derrengada, furiosa con el médico y airada conmigo incluso.

—Ya sabes que él no te ha prometido nada —le recordé.

—No disparates —me dijo, poniéndose fea—. ¿Cómo saber que la dosis ha sido la justa y no escasa? Quizá todo esto está planeado para ganar más porque la inyección no ha dado resultado. Salvo que yo iré a ver a otro.

Viéndola así, fogosa y taciturna, aunque debilitada, y sin querer que nadie se le acercara, la dejé tranquila.

Kayo Obermark tenía la habitación intermedia y por supuesto sabía lo que pasaba. Pese a los esfuerzos de Mimi por mantenerle a raya, ¿cómo podía perdérselo él? Kayo era joven, de mi edad —unos veintidós años—, pero ya pesado, cabezón, de rostro importante y lleno de impaciencia, humoso de pensamientos que llegaban lejos. Era joven, pero lóbrego, áspero, y su vida en aquella habitación le afectaba para mal. No le gustaba ir a clase: él podía encargarse del propio aprendizaje. El cuarto desprendía olor a moho y trastos viejos. Kayo vivía semidesnudo en cama, rodeado y atosigado por la mugre y artículos de consumo en rimeros. Kayo era de temple melancólico, pero brillante, y opinaba que la pureza se encuentra fuera de las relaciones humanas, que engendran asfixiante familiaridad y falsía.

—Me quedo con las piedras. Soy un geólogo en potencia. Ni siquiera estoy desengañado del género humano. Es sencillo: no me importa. Una cosa puedes tener por segura: este mundo no me alcanza; si no hay más, entonces pueden guardárselo, por lo que me concierne.

Kayo sentía suma curiosidad acerca de Mimi, aunque esta nunca le daba el gusto de satisfacerla.

—¿Qué sucede? ¿Está pasándolo mal? —preguntó Kayo—. Mala suerte la de Mimi.

—Sí, mala, mala.

—No todo es cosa de suerte —agregó, molesto cada vez que concordabas—. Ya ves que a la gente le sucede reiteradamente lo mismo, como si lo hiciese suceder.

Su actitud hacia Mimi y la del médico tenían algo en común: lo de ella era cosa de mujeres y ninguno de ambos la galardonaría por eso. Kayo, no obstante, era el de mayores luces. Estaba en mi cuarto, erguido sobre sus pies planos, en camiseta, velludo hasta en los hombros y con su expresión de reproche para todos —que siempre se quedaban cortos en merecimientos y le desilusionaban—, tratando todavía de encontrarles algo bueno, con esfuerzo suplementario.

—Tú comprendes —me dijo—. Cada cual se amarga dentro de lo que ha elegido.

Para eso estuvo Cristo, para que aun Dios pudiese amargarse dentro de lo que había elegido: ser un dios humano. A Mimi le ocurren cosas así porque así lo quiere ella.

Kayo exhaló un suspiro de tremenda impaciencia y prosiguió:

—Ese fue Cristo. Otros dioses insistieron en el éxito, te apabullaban con su esplendor, porque nada les importaba mucho. El verdadero éxito, sabes, es algo terrorífico. Imposible afrontarlo. Todo tendría que mudarse. El único deseo puro que puedes encontrar es el de que todo esté mezclado. Nosotros rehuimos lo que puede ser concebido puro y luego el mundo entero pone su decepción en acto, cada cual a su manera, como para demostrar que lo heterogéneo e impuro siempre prevalecerá…

Kayo nunca dejaba de impresionarme. Sus ojos caballunos parecían perennemente pasmados por la sabiduría o su sombra, así como un jumento se espanta de lo ridículo tanto como de lo importante. Yo sentía una verdad en lo que él discurría y le respetaba como fuente de esclarecimiento. En Kayo alternaban lo lúgubre y lo radiante. Con los brazos en jarras, me miró y en su cara vi que cierta belleza originaria era rechazada como pista falsa. A la vista estaba el que todo renunciar a una meta —destino común de los seres humanos— se trueca en acciones sustitutivas, con la advertencia de que esperar demasiado es una enfermedad mortal. Sí, la pestilente esperanza que se desliza entre los males dejándolos en pie. Yo había padecido ya mi dosis, para no reconocerla. De suerte que me atraía y rechazaba a la vez la visión de Kayo. En el gran teatro del mundo no había un cielo pintado, para él, sino una copia de la Vía Láctea impresa en el cerebro y la médula.

Mi idea era que no se deben adoptar posturas que vuelvan insostenible la vida misma, ni tratar de unir principios irreconciliables, que te destruyen, sino probar primeramente con cuántos aspectos de lo humano eres capaz de vivir, aceptando la imperfección que los informa. La belleza suprema siempre parecerá viciada a ojos viciados. Y los dioses aciertan a pasar por cualquier parte…

—Si te metes en razones —dijo a Kayo—, también las habrá en lo heterogéneo.

—Falso —replicó—. Tú no tratarías de vivir en una pantalla cinematográfica. Así hayas comprendido eso, encontrarás un camino, lo cual es posible si no yerro acerca de tu carácter. Tú no temes creer en algo. Lo que no entiendo es por qué quieres convertirte en petimetre. No vas a lograrlo por mucho tiempo, sin embargo.

Mimi oyó nuestra conversación y me llamó desde su cuarto.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

—¿Kayo?

—Sí, Kayo.

—Pues nada, estábamos discurriendo.

—Acerca de mí. Si le detallas algo, te mato. Se pasa el tiempo buscando pruebas de la razón que tiene y, si pudiera, me caminaría encima con esos pies enormes.

—Eres tú quien no sabe guardar sus secretos —contesté, con suavidad, empero. No era el momento de otra cosa. Mimi me contempló con dureza desde su cama metálica llena de perifollos barrocos del mismo metal.

—Diré lo que diga, pero puedo prohibirte que lo repitas:

—Cálmate, Mimi, que no lo repetiré.

Con todo, fue necesario pedirle a Kayo que la vigilase al día siguiente, no sabiendo yo qué pudiera ocurrirle y preocupado por ello en la oficina y durante una comida en el club de los primos Magnus, que se celebraba una vez al mes en el centro. Intenté telefonear pero fui atendido por el viejo Owens, quien estaba enemistado con Mimi y adoptó un acento galés impenetrable conmigo, así que desistí del intento. Lucy pretendía ir a bailar después del banquete, a lo que aduje cansancio. Era algo más que puro pretexto. Regresé a casa.

Mimi me dio buenas noticias. Vestida de negro y blanco con una cinta negra en el pelo, la hallé sentada en mi habitación.

—Hoy he usado la materia gris —me dijo—. Comencé preguntándome: «¿Hay vía legal de hacer esto?». Pues bien, las hay, unas pocas. Está la de consultar a un psiquiatra y conseguir que te declare alienado. Aquí no quieren que las locas tengan cría. Cierta vez eludí una condena de esa manera: está asentado en los libros, pero esta vez me faltan las ganas. No conviene insistir: tanto va el cántaro a la fuente… Al demonio, pues, con eso. Otra posibilidad es la de tener un corazón débil: si la vida peligra, te hacen abortar. Así que he ido a la clínica con el cuento de que tengo un embarazo patológico. Me examinaron y el diagnóstico fue de embarazo tubario. Van a hacerme otro examen y, si están convencidos, me operarán.

Esto la llenaba de gozo. Tenía puesta su fe en ello. Le dije:

—¿Qué has hecho? ¿Fijarte en un libro y aprenderte de coro una letanía de síntomas?

—¡Qué ocurrencia la tuya, hijo! ¿Me crees tan osada? ¿Crees que vas allá y te aceptan cualquier cosa que urdas?

—Mira que ciertas cosas tragan en la clínica, yo lo sé bien, pero cuídate, Mimi. No trates de engatusarles.

—No es solo idea mía; ellos lo piensan también y yo tengo algunos de los síntomas. Tranquilízate: no volveré. Iré a ver a ese veterinario de las narices.

Yo no pude vigilarla en los días siguientes: mi lista de compromisos sociales me lo impidió con toda eficacia. Cuando por fin la veía, Mimi estaba demasiado somnolienta para conversar. Si yo la despertaba, ella conocía inmediatamente mi mano en su hombro y cuál era mi duda. Respondía con lengua de trapo:

—No, nada, todavía no.

El invierno arreciaba a finales de diciembre, lóbrego y humoso. Me largaba al trabajo, bajando por las escaleras en chanclos, y me metía entre neblina y humo, retrasado, a buscar el tranvía. La capa de nubes filtraba exigua luz. Esto ocurría a las seis y media de la mañana; a las nueve, pasada la primera oleada de clientes, encontraba yo tiempo para ir a desayunar en el fondín de Marie.

Un sábado por la tarde estaba yo allí, escuchando sin oír la ópera transmitida desde Nueva York: tanta elocuencia me entraba por un oído y salía por el otro.

Antiguamente, servicios de este tipo se pagaban, como cierto duque borgoñón encarcelado en Brujas, que mandó pintar de su peculio en las oscuras celosías de la mazmorra imágenes votivas para su recreo. Hoy se difunde ayuda por radio y en las revistas, en forma casi gratuita, aunque yo no prestaba atención a aquellas voces potentes y formales en ese momento.

Un paleador vino a buscarme, enviado por Happy Kellerman, pues al teléfono me requería una voz de mujer.

Una enfermera me transmitió el mensaje de Mimi desde el hospital. Al principio me alarmé e inquirí desde qué fecha estaba internada mi amiga. Desde el día anterior, dijo la enfermera, y se encuentra bien; solo quiere verle.

Simón me oyó con suspicacia e ironía, aguardando mi explicación para rechazarla.

—¿A qué amiga tienes que visitar en el hospital? ¿Esa fulana, la rubia sargentona? Tienes demasiados asuntos entre manos. ¿En qué forma estás liado con ella? Me parece que vas mal, entreteniendo a dos mujeres al mismo tiempo. Por eso se te ve demacrado últimamente. Si no estuvieras follándote a una, podrías llegar a algo con la otra. ¿O es que hay algo más? ¡Muy tuyo eso de enamorarte, encima! No eres capaz de aguantarte ese tesoro de amor que llevas dentro, ¿verdad? ¿Puedes acostarte con una muchacha sin sentir que debes volar por ella durante toda la vida?

—No tienes por qué decirme estas cosas, Simón, que no tienen nada que ver. Mimi está mala y me pide que vaya a verla.

—En tanto halle el chico con quién divertirse, no veo qué prisa hay en casarle —sentenció Happy.

—Si aquellos se enteran de esto —dijo Simón, cuando Happy ya no podía oírle, y, cosa extraña, su mirada reflejó algo parecido a satisfacción y gozo más que a ninguna otra cosa.

Vi entonces que él había sopesado las consecuencias en su fuero interno: si se enteraran los Magnus de mi doble vida, él, Simón, me repudiaría sin más ni más y eso no le haría ningún perjuicio. En cuanto a sus ideas de lo que ambos lograríamos combinar y alcanzar, la noche de bodas las había cambiado sin lugar a dudas y fortalecido la decisión de que todo en adelante sería obra de una sola mente y autoridad.

Pero yo estaba pensando en Mimi y el hospital y poco en estos otros temas. Tenía la certeza de que ella había llevado a cabo su estratagema de engañar a los médicos.

La visité aquella tarde, en la sala del hospital. Atrajo mi atención chasqueando los dedos desde su cama y tratando de incorporarse.

—¿Lo conseguiste? —Fueron mis primeras palabras.

—¡Pues, claro, hombre! ¿Lo dudaste, acaso?

—Y bien, ¿está todo terminado?

—Augie: he sido operada para nada. Todo normal, pero todavía debo pasar por lo otro.

No comprendí nada, al principio, y me sentí como puede sentirse un zopenco.

Mimi me explicó con amargo humorismo:

—¿Sabes, Augie, que esta buena gente está congratulándome porque voy a ser madre de un crío normalísimo? No hay embarazo tubario y todos aquí me suponen loca de felicidad: los médicos, los internos, las enfermeras… ¡Ni siquiera puedo echarles un terno! Y entonces lloro. ¡Me sacan de quicio!

—Pero ¿por qué seguiste con la farsa? ¿Acaso no sabías? Tú misma inventaste los síntomas.

—Algunos tenía; no estaba segura. ¡Quizá fue la inyección! Opinaron que podía ser un embarazo tubario y sentí que tenía que operarme. En la sala de operaciones pensé: «A lo mejor me hacen el aborto y ¡santo remedio!». Pero no fue así.

—¡Por supuesto que no! Lo tienen prohibido. ¿Vuelta al principio, Mimi?

—Ya, ya, ya caigo. Creí que podría colarme de gorra: ¡una idea de las mías!

No lloraba ya, si bien sus ojos estaban inyectados por obra de las lágrimas y encarnada su nariz de sorbérselas. Con todo, notorio en la vigorosa hermosura de su rostro era que Mimi vivía a fondo su noción de ofrendar al amor sus energías íntegras, como un ideal aristocrático.

—¿Hasta cuándo tendrás que guardar cama?

—Menos de lo que se esperan ellos. No puedo quedarme.

—Debes hacerlo.

—Eso sí que no. Es tarde. Un poco más y no habrá aborto que valga. Llama tú y consígueme una cita para fin de la semana próxima, que ya estaré en condiciones.

Esto me atragantó y no pude remediar el demostrarlo. Me puso la carne de gallina tanta porfía en experimentar con el propio cuerpo.

—Así que crees que la mujer ha de ser frágil. Claro, olvido a cada instante que estás comprometido casi para casarte —dijo Mimi.

—¿No deberías aguardar por lo menos hasta ser dada de alta?

—Diez días, según dicen, pero en cama me debilitaré. Además, no soporto esta sala, ni a las enfermeras, tan complacidas con la fausta noticia. Me ponen los nervios de punta. ¿Tienes algo de pasta?

—No mucha, ¿y tú?

—Ni la mitad de lo que necesito, ni puedo allegar mucho más. El hombre no moverá un dedo por menos de lo especificado, está claro. Frazer también anda sin blanca.

—Si yo lograra meterme en su habitación, birlaría algunos libros y los vendería. Unos cuantos valen buen dinero.

—No lo vería con buenos ojos y, además, no podrás entrar.

Mimi se interrumpió y me lanzó una recta mirada, exclusivamente a mí, y con una risita me dijo:

—Tú estás de mi parte, ¿verdad?

No vi la necesidad de responderle.

—Tú entiendes el sentido del amor, quiero decir.

Me dio un beso afectuoso, no desprovisto de orgullo por mí. El resto de las mujeres que había en la sala, pálidas y descoloridas, contrastaba, existiendo entre paréntesis.

—Pues reuniremos el dinero —dije—. ¿Cuánto te hará falta?

—Por lo menos, cincuenta dólares más.

—Ya los tendrás.

La manera sencilla de obtener dinero —tan sencilla que casi me enorgullecía de ello— consistía en el hurto de libros. No habría que pedir nada a nadie, y a Simón menos aún.

Fui directamente al centro. Atardecía apenas. La ciudad brillaba, con electricidad y hielo. En las praderas despuntaban las matas de invierno. El lago, un hervor frío, se perfilaba azul. Los rieles se deslizaban hacia la oscuridad.

Me dirigí hacia los almacenes Carson, en la avenida Wabash, cuya sección de libros, en la planta baja, hormigueaba de clientes tardíos bajo las campanas navideñas y las hojas de hiedra, de cotillón. Por lo regular, yo no solía extenderme, para no atraer la atención. Sabía qué perseguía: un Plotino, libro raro, y una edición inglesa de *Las Enéadas*, que valía más de lo que pedían allí. Tomé los volúmenes, los hojeé, me los puse bajo el brazo luego de examinar las encuadernaciones y sin prisa me abrí camino hacia la avenida, tras la puerta giratoria. De pronto quedé atrapado en ella, a pocas pulgadas de la calle. Me volví, esperando lo peor —la policía, el tribunal y un año aciago en Birdewell—, pero solo hallé a Jimmy Klein, casi un extraño desde los viejos tiempos, mas no tan extraño al fin. Me había atrapado él en el cubículo de la puerta, pero me indicó con un ademán que le esperase fuera y me dejó pasar. Mucha práctica se notaba en su mirada, bajo el ala de fieltro del sombrero, y en su índice encorvado hacia abajo, que significaba: «Y quédate ahí».

Señales, todas ellas, de que se había convertido en pesquisante de tienda. ¿No me había contado Clem Tambow que Jimmy trabajaba en Carson’s? Ni pensé en salir disparado. Lo primero fue entregarle los libros en la calle. Dijo con rapidez:

—En la esquina, junto al semáforo. Enseguida estaré allí.

Divisé sus presurosas espaldas y sombrero en dirección al interior. Su comportamiento no parecía colérico, pero sí el de quien tramita algo previsto y esperado. Junto al semáforo, entre la multitud, sudé de gratitud, pese al frío reinante. Volvió a mi memoria la prevención de la Abuela Lausch respecto a Jimmy: «Es un delincuente». Tenía relación con la vida criminal, de cualquier modo, el joven Klein.

—Todo bien —dijo—. Soltaste los libros cuando te grité y echaste a correr. No vi tus facciones. Estoy aquí tratando de localizarte, ¿entiendes? Ahora vete a Thompson’s, en la calle Monroe. Yo te seguiré.

Partí secándome el sudor con mi pañuelo de seda. En la cafetería transporté mi taza del mostrador a una mesa y, poco después, apareció Jimmy a mi lado y se sentó.

Me contempló por unos instantes. Sus ojos mostraban arrugas en profusión,

quietos y perspicaces, de comentador. Pero por ambas partes había gozo por el encuentro.

—¿Te acojonaste cuanto te pesqué con el culo al aire? —me habló por fin.

—Pues sí. Leche, ¿qué te parece?

—El mismo de siempre. Podría arrollarte un tren, que te levantarías del suelo con una sonrisa de bobo, loco de alegría. ¿De qué estás contento ahora?

—Pues de que hayas sido tú quien me echó el guante y no un pesquisa de veras.

—Uno de veras soy yo, aunque para ti no lo sea, bobales. Tuve que perseguirte. Estaba yo allí con el jefe de sección y a no más de dos varas hiciste lo tuyo: ¿qué otra cosa podía hacer yo? Dime, ¿para qué robas libros? Yo creí que a ambos nos quitaron las ganas después de aquel enredo en Navidad. Por poco no me mató a palos mi padre; casi me dieron por muerto.

—Y te hiciste detective, obligado por él.

—¡Venga! ¿Él? Nones. Voy a donde me mandan y hago lo que me dicen.

Su madre había muerto, yo lo sabía: una presencia corpulenta y renqueante que se hundió en el ataúd y así en la tierra. ¿Qué de los demás?

—¿Qué se ha hecho de tu padre, Jimmy?

—Va tirando. Ha vuelto a casarse. Resulta que durante cuarenta años mantuvo en secreto un idilio iniciado en Europa: qué tal. Mientras se dedicaba a tener hijos con mi madre y la mujer cuatro con su marido, perecían uno por otro. No bien hubo enviudado ella, mi padre entró en escena. ¿Qué? ¿Asombrado?

—La verdad, sí. Recuerdo a tu padre como un hombre casero.

—A veces tenía que ir a la zona oeste; cuando esto ocurría, usaba una combinación para transbordo al tranvía de la calle dieciséis que casualmente llevaba consigo.

—No seas duro con él, Jimmy.

—No tengo nada en su contra. Si le hubiera hecho algún bien, esto no me habría parecido mal, pero él sigue siendo el mismo. No ha cambiado ni un ápice.

—¿Y cómo está Eleanor? Ha ido a México, ¿verdad?

—Estás atrasado de noticias. Eso fue hace mucho tiempo y ya hace mucho que está de regreso. Deberías visitarla. Tú eras su favorito en aquellos tiempos y todavía habla de ti. Eleanor es una mujer de corazón. Ojalá estuviera mejor.

—¿Es que está mala?

—Lo ha estado. Ahora ha vuelto a trabajar en Zarropick’s, sobre la avenida Chicago, allí donde fabrican los pirulíes que venden en los quioscos próximos a las escuelas.

—Yo supuse que había ido a casarse en México…

—¿Así que aún lo recuerdas?

—Con tu pariente español.

Jimmy sonrió hacia abajo.

—Sí —dijo—. El tiene una fábrica de artículos de cuero, pero es un explotador y

tuvo a Eleanor desviviéndose en ella por un año durante el cual se suponía que estaban comprometidos para casarse. Entretanto, él jodía a las operarías y no tenía la menor intención de cumplir con su palabra de casamiento. Por último ella enfermó y regresó a casa. No está deshecha; le ha parecido magnífico conocer otras tierras.

—Lo lamento por Eleanor.

—Sí, ella confiaba en enamorarse, verdaderamente. Había menosprecio sin límites en su voz, mas no hacia Eleanor, a quien quería mucho; no, quizá en nombre de ella, hacia el amor, algo que había minado su salud inútilmente.

—Eres duro, Jimmy, también respecto a eso.

—Tengo pésima opinión de todo ello.

—Pero tú estás casado, según me ha contado Clem.

Mi inocencia no le desagradó:

—En efecto, y tengo un hijo. Es un niño alucinante.

—¿Y tu mujer?

—No es mala persona. Lleva una vida un tanto dura. Vivimos con su familia; necesitamos hacerlo. En la casa vive también su hermana casada con su marido. ¿Cómo será esto? Nos peleamos por quién usará el váter o colgará la ropa a secar, o quién cocinará, o regañará al niño. Hay, incluso, una hermana soltera que es una buscona, y así, te la encuentras follando en las escaleras a la vuelta del cine. Mi simple beneficio es la cama matrimonial. Ya sabes. Lo único bueno, al fin, es hacer «foqui-foqui» en la vida; de modo que te juntas con una muchacha decente y, al tiempo, estás sufriendo más que antes, solo que ahora es permanente: estás casado y con un hijo…

—¿Eso te ha ocurrido a ti?

—Anduve con ella… ¡ya sabes! Quedó en estado y me casé.

El camino de la desdicha, tal cual lo había pintado la señora Renling si a Simón le daba por desposar a Cissy.

—Te preparan como a un cohete para el Día de la Independencia —explicó Jimmy—, con carga suficiente para el ascenso: ¡ffft! Después, la caída a plomo. Vives para criar al hijo y complacer a tu mujer.

—¿Así es la cosa, entonces?

—A mí no me parece nada del otro mundo, pero me conformo. A mi mujer no la tengo en la gloria, creo. Pero ¿por qué hablar solamente de mí? Tú eres la maravilla. ¿En qué andas? ¿Te das idea de lo que estás haciendo? Te reconocí con espanto viéndote robar. ¡Buena la has hecho! Augie March, ¡ladrón!

No todo era consternación en su tono de voz; le daba alegría el verme.

—Sí, ladrón, pero no de jornada completa.

—Lo que he oído decir de Simón y de ti no coincide, eso es lo que pasa; con el buen éxito que tenéis, no va la delincuencia…

—A Simón le va bien, casado y hombre de negocios.

—Es lo que me ha contado Kreindl, y que tú estudias en la universidad. ¿Por eso

zumbas libros? Nosotros pescamos a la mar de estudiantes. Muchos de ellos no hacen buena impresión en la tienda.

Expuse mi necesidad de dinero, dándole a entender que yo era amante de Mimi. La verdad habría resultado ininteligible para él. Si bien había sido curioso nuestro reencuentro —Jimmy, perseguidor en nombre de la ley—, me sentí aliviado, aun con un pie metido en lo paradójico y con la melancolía que a eso sigue de rondón. Pero quedaba por cumplir mi cometido: el dinero. Jimmy se exaltó de pronto:

—¿De cuántos meses está ella? —inquirió.

—Algo más de dos.

—Oye, Augie: te ayudaré en todo cuanto pueda.

—No, Jimmy, ¡por favor! Si lo estás pasando mal…

—No seas gilipollas. Compara una vida de sufrimientos con solo un puñado de dólares. Lo hago por mí; no quiero ver a un viejo amigo en aprietos. ¿Cuánto necesitas?, di.

—Unos cincuenta dólares.

—Fácil. Entre Eleanor y yo los reuniremos sin penuria. Ella ha economizado. No le diré para qué es el dinero. Tampoco me lo preguntaría, si es por eso, pero no hace falta decírselo. Tú no tienes obligación de contarme por qué, no das el sablazo a tu hermano. Ni estarías robando si él estuviera dispuesto a prestarte esa suma.

—Si sucediera lo peor, podría yo llegar a pedírsela, pero sobran razones para no hacerlo.

Y le agradecí mucho su esfuerzo. La magnitud de mi reconocimiento le hizo gracia.

—Vamos, chico, no exageres. Te veré el lunes aquí mismo, a esta misma hora, para entregarte los cincuenta.

Jimmy se tenía poca confianza en cuanto a móviles bondadosos; quedaba un tanto corrido. Y comprendí que así como socorrer a un amigo, le importaba vencer esa propensión.

El dinero llegó a mis manos, por último, y entonces concerté una cita médica para Mimi para finales de la semana de Navidad. Todo ello resultó engorroso. Debía yo verme con Lucy esa misma noche, y no podía suspenderlo pues necesitaba el coche y ella era mi coartada; en consecuencia, dejado que hube a Mimi en manos del médico, fui con suma inquietud a telefonear a Lucy desde la botica de la esquina.

—Estoy atrasadísimo, querida —le dije—. Ha surgido algo, así que hoy no me verás antes de las diez.

Ella no estaba pensando en mí aquella noche. Susurró:

—Querido, he chocado con el coche. El guardabarros está abollado. No he dicho nada a Papá. Él está abajo. Estoy bloqueada.

—No se enfadará mucho, verás.

—Pero, Augie, el coche tiene menos de un mes. Él amenaza venderlo si no lo cuido con mi vida. Le he prometido…

—Quizá podamos hacerlo arreglar sin conocimiento de él.

—¿Te parece que sí?

—Supongo; ya pensaré en qué hacer. Llegaré tarde, recuerda.

—No te excedas, ¿eh?

—Pues entonces no me esperes si no he llegado a las diez.

—Aprovecharé para dormir un poco antes de la víspera de Año Nuevo, en ese caso. Serás puntual, mañana, ¿verdad? No olvides que es una reunión formal.

—Mañana a las nueve, de esmoquin, o tal vez aun hoy. He prometido ayuda a un amigo que está en apuros. No te preocupes por el coche.

—No puedo remediarlo: tú no conoces a Papá.

Con sensación de vacío salí de la cabina telefónica; sintiéndome entumido, sujeto a mis temores y a todo cuanto, sin saberlo yo, tenía ascendiente sobre mí.

Stracciatella estaba cerrado. Por el cristal divisé saxos y guitarras en reposo. Atrás, una luz fantasmal que provenía de la cocina, con sus festines de espaguetis y el espíritu itálico de la familia.

Aguardé fuera, en el pasillo del primer piso, junto a la puerta que, ulteriormente, se abrió para liberar a Mimi, sola como un preso, y en el acto se cerró sin darme tiempo a interrogar al médico. Ahora que debía sostener a Mimi, quien se tambaleó, imposible. Salida del hospital dos días antes y con el número de determinaciones que había tomado, sin contar el dolor y la pérdida de sangre, era lógico su desmadejamiento. Tanta era su endeblez, que por vez primera vi a Mimi carente de expresión, como un niño dormido de fatiga al regreso de una merienda en el campo. Salvo que, cuando su cabeza rodó sobre mi hombro y tocó mi cuello, sentí un débil beso, un reflejo sensual. Yo hacía las veces de Frazer, pasajeramente, y ella confirmaba así que, sin importar las complicaciones, el daño y la sordidez, jamás se retractaría de su creencia: la de que todo se funda en la íntima ternura de hombre y mujer. Frazer y Mimi habían llevado a cabo, conscientes de su deseo, lo mismo que, en un universo de agua y roca, un universo verde, bestial, se hace por necesidad y rústica ignorancia, apenas.

Nos habíamos detenido al tope de las escaleras, posados en mi cuello sus labios; susurré, agarrándola: «Despacio, ahora vamos a bajar despacio». Alguien subía desde la calle en aquel preciso instante y me dio la impresión de una figura conocida. También Mimi tuvo conciencia de su acercamiento y dio varios pasos que nos colocaron en la sombra. Nos reconocimos, sin embargo: era Kelly Weintraub, el primo político de los Magnus, el que me había amenazado con divulgar lo de Georgie porque me conocía desde mi niñez en el barrio. Por su sonrisa creciente al verme, por lo que había de júbilo en ella y por sus ojos, me di cuenta de que este hombre me había atrapado al fin. De aquí en adelante, él sabría algo escandaloso de mí.

—¡Pero, señor March, qué sorpresa! ¿Ha visitado usted a mi primo?

—¿Quién es su primo?

—Pues, el médico.

—¡Tiene sentido, entonces!

—¿Qué cosa?

—Que usted sea su primo.

Nunca podría yo correr tanto ni tan lejos, que no me persiguiese la mente erótica de este Weintraub hasta los confines de la Tierra: esto resultaba manifiesto en todo él, en su rostro apuesto de camionero y en el juego jactancioso de sus rodillas.

—Tengo otros primos también —agregó.

Sentí deseos de golpearle, ya que probablemente no le vería más después de que hubiese hablado, pero imposible, pues estaba sosteniendo a Mimi. Puede que la ferocidad de mis sentidos me haya hecho creer que olía sangre fresca. Lo que importa es el horror que experimenté. Le dije:

—¡Sálgase de mi camino!

Solo pensaba en llevar a Mimi a casa y acostarla. Dijo ella a Kelly:

—No es novio mío; nada más trata de ayudarme como puede…

—Ya; tiene sentido también —replicó Weintraub.

—¡Si serás cabrón!

Mimi estaba demasiado debilitada para poner su salvajismo en esas palabras, empero.

Tembloroso, la llevé hasta el coche y arranqué a toda prisa.

—Dispénsame, chaval. He hecho un estropicio. ¿Quién es él?

—Un tío que no vale nada. Nadie le escucha. No pienses en eso. ¿Cómo te ha ido?

—Estuvo despiadado. Cobrar antes que nada.

—Pero ¿es que ya está? ¿Todo concluido?

—No queda nada, si a eso te refieres.

No hubo nieve en el trayecto. Acelerando, fui a escape por el asfalto, penetré en túneles donde las luces pasaban de largo como llamas de candela alargadas por un ventarrón metido en una iglesia.

Y arribamos. La cargué mientras ascendía los cuatro pisos. Mimi se escurrió bajo las sábanas mientras yo bajaba a pedir una bolsa de hielo a la señorita Owens, quien se quejó de mi extraño pedido.

—¡Qué! ¡Es pleno invierno! —exclamé.

—Pues vaya usted afuera y encontrará cuanto se le antoje. El nuestro es de refrigerador y sale caro.

Me calmé, viendo que acababa de inquietar a una solterona más allá de lo justo y necesario. Use de mi seducción remanente y el poco raciocinio que me quedaba.

Expliqué:

—A la señorita Villars le han arrancado una muela y la martiriza el dolor.

—¡Una muela! La gente joven se despepita por cualquier pequeñez.

Recibí la bandejilla y volví a la carrera con ella a cuestas.

El hielo, sin embargo, escasamente ayudó. Mimi sangraba a ritmo acelerado,

tratando de guardar el secreto, pero infructuosamente: con las pupilas dilatadas procuraba dominar la situación mientras veía el desastre. Empapó el colchón. Yo pretendía transportarla al hospital sin pérdida de tiempo, pero me dijo:

—Ya va a pasar. Creo que tiene que ser así al principio…

Telefoneé al médico desde la planta baja. Me indicó que vigilase: él me diría qué hacer si la hemorragia no cedía. Estaba asustado.

Al arrancar las sábanas para sustituirlas por las mías, Mimi quiso detenerme con sus manos, pero yo le dije: «Mimi, esto hay que hacerlo». Cerró los ojos y me permitió cambiarlas, inclinando su cabeza hacia un costado, en el hueco de su hombro.

Se hacen grandes cosas para mitigar los peores espectáculos y enseñar a no tomarlos con repulsión. Todos los Gólgotas han sido pintados con tal intención. Como pocos sienten hoy que esto les ayuda, cada cual hace lo que puede, sin más ni más.

Arrojé la ropa de cama dentro del armario con tal energía, que Mimi la observó y dijo:

—Que no te entre el pánico, Augie.

Me senté en la cama, junto a ella, haciendo lo posible por aquietarme.

—¿Alguna vez pensaste que sería así? —pregunté a Mimi.

—Y aún más fuerte —me contestó; y, como sus ojos amarillentos estaban secos y pálidos sus labios, se me ocurrió que quizá no advirtiese qué feamente pintaba la situación—. Pero…

—Pero ¿qué? —inquirí.

—No puedes permitir que cualquier cosa que surja decida tu vida por ti.

—Una forma prócer de la independencia —dije para mí, pero Mimi oyó mis palabras.

—La manera de morir significa una diferencia, no te engañes en cuanto a eso. A pesar de que probablemente —dijo Mimi frunciendo el ceño, que luego se suavizó durante su frase concesiva— eso solo, si vuelvo a surgir importe, y no si estás muerto.

Yo no toleraba ya nuestra conversación. Quedo, contemplaba a Mimi. Y, tal como había supuesto ella que ocurriría, la hemorragia fue cediendo. Mimi se había relajado en su cama y yo estaba menos agarrotado también. Me sentía desconcertado pues mi fantasía se me anticipaba a este cambio con funestas prevenciones de lo que sería volver a Mimi al hospital —conociendo yo las dificultades del caso— y suplicar que la internaran, el rechazo, la prepotencia oficial y la locura que nos esperaba.

—Parece que ni este tío ha podido conmigo —dijo Mimi, refiriéndose al abortista.

—¿Te sientes un poco mejor?

—Tengo sed. Necesito un buen trago.

—¿Te traigo algo suave? No creo que debas beber nada fuerte hoy.

—Whisky, para ti también.

Llevé el coche de Simón al garaje y regresé en taxi con una botella. Mimi tomó una cantidad respetable y yo bebí el resto, porque, tranquilo ya respecto a ella, las preocupaciones mías pasaron a primer plano. Metiéndome luego en mi cama sin sábanas, desnudo y en la oscuridad, terminé la botella, que por suerte era pequeña, con vistas al estupor y el sueño. Aun así, desperté de madrugada, mucho antes de lo habitual. Kelly Weintraub ya no me dejaría en paz: me crucificaría. Mis pensamientos adolecían de vaguedad, pero eran tan sombríos como los nubarrones que se cernían sobre nosotros.

Me puse mi ropa de trabajo y, todavía bajo los efectos del alcohol —al cual no estaba acostumbrado—, fui a ver a Mimi. En el desorden de su cuarto, dormía ella, al parecer acalorada pero sin novedad. Bajé a la botica de la esquina, bebí café y dejé concertado que le subiesen luego el desayuno.

Mi estado de alerta y preocupación me volvieron infructuoso aquella mañana. El cielo continuaba encapotado y había hollín sin dispersarse sobre la nieve. Era como el interior de algo que hubiera debido estar bajo llave. Atroz, más que triste, aun para mí, natural de Chicago que no había visto más mundo que ese. Salidos de tamaña lobreguez asiática, tan chata en humanidad como lo es el Asia en territorios, arribaban a la carbonera camiones y carromatos tirados por agónicos jamelgos que olisqueaban nuestro negociar humano a través del ventanuco, bajo una iluminación resplandeciente. Los billetes de a dólar tenían aires de arrogancia y hasta desprendían perfume.

Simón estaba vigilándome. Me pregunté si Kelly Weintraub le había ido con el soplo. Pero no; Simón estaba ejercitando sobre mí toda su severidad, entrado en carnes, con ojos enrojecidos. Y yo no estaba haciendo las cosas como se debe.

Aquel fue, no obstante, un día abreviado: el último del año. Distribuimos whisky y ginebra en botellas en miniatura. La jovialidad cundió en la oficina, sembrada de envases vacíos. Hasta Simón cambió de humor. El pasaje del año viejo, con su linterna de Diógenes y su guadaña, concedería a Simón un nuevo comienzo, al fin y al cabo. Los malos momentos del verano habían quedado atrás.

Simón me dijo:

—Entiendo que tú y Lucy iréis de etiqueta esta noche. ¿Cómo puedes ponerte el esmoquin con una melena como la tuya? Visita al barbero. Es más: ¡descansa un poco! ¿Adónde te han llevado tus correrías? Toma mi coche, que tío Arde pasará a buscarme. ¿Quién te ha fatigado tanto? Acaso no haya sido Lucy. Tiene que ser la otra. Vete, vete ahora. Realmente no sé si tienes pinta de extenuación o de tontería congénita.

Simón solo podía responder de sí en cuanto a la mentalidad algo trastornada de nuestra familia: él no la padecía, si se sentía irritado, sus sospechas recaían sobre mí.

Sin perder un minuto, puse pies en polvorosa y me encontré en la pensión con Kayo Obermark, que salía del cuarto de baño con una toalla húmeda para la cabeza

de Mimi. Parecía preocupadísimo: me constaba por su mirada y la forma de usar sus labios. Su cara estaba o sucia o con una barba de dos días.

—Me parece que anda mal —dijo.

—¿Hemorragia?

—No lo sé, pero Mimi arde de fiebre.

Para haber aceptado ayuda de Kayo, ella tenía que andar mal; así la vi, solo que locuaz y falsamente vivaracha: digo esto pues su ánimo aparente y la expresión de sus ojos no casaban en absoluto. La piececita estaba excesivamente caldeada y olía a salvajino; todo lo que en ella había resultaba gastado y enfermizo, de una podredumbre como de pantano que comenzaba a ser peligrosa.

Conseguí comunicarme con Padilla, quien vino del laboratorio con un medicamento para la fiebre, habiendo consultado a algunos estudiantes de fisiología. Aguardamos el efecto de aquel jugando al *rummy* para no perder yo la cabeza. El efecto tardaba en hacerse notar. Padilla ganó todas las partidas, siempre avispado para los números, hasta que no di más. Hacia la noche —me guío por la hora y no por la oscuridad, que fue la misma a las seis de la tarde que a las tres de aquel día fuliginoso y lento—, la fiebre descendió un tanto. Lucy telefoneó entonces para pedirme que yo llegase una hora antes de lo resuelto. Presentí disturbios allí también y pregunté qué sucedía.

—Nada, solo que… haz el favor de estar aquí a las ocho —respondió con voz algo velada.

Era ya más de las seis y me faltaba afeitarme. Lo hice con rapidez y comencé a ponerme el esmoquin, consultando al propio tiempo con Padilla y Kayo.

—El riesgo inmediato —dijo Padilla— es que haya contraído una septicemia, por negligencia del médico. Supón que sea una fiebre puerperal, demasiado arriesgada para atenderla nosotros aquí. No, tienes que llevarla al hospital.

Sin dilación, crucé el pasillo en camisa almidonada y expliqué a Mimi que trataríamos de internarla.

—No me muevo de aquí a ninguna parte.

—Haremos que vengan a buscarte.

—Llámales y verás.

—Es que no llamaremos —dijo Padilla—; simplemente iremos.

—¿Qué intenta este? —dijo Mimi, dirigiéndose a mí—. ¿Cuántos tienen que andar metidos en esto?

—Padilla es un amigo. No pienses en nada, ahora, más que en sanarte.

—Sabes qué me harán, ¿no? Querrán que yo delate a aquel, y yo no pienso, ¡no señor!

Se jactaba así de que nadie lograría convertirla en delatora. Padilla farfulló:

—¿A qué pierdes el tiempo? ¡Vamos!

Vestí a Mimi con abrigo y sombrero y empaqué un camisón, un peine y el cepillo de dientes. Padilla la acompañó hasta el coche, cubierta con la frazada.

En el momento en que abrí la portezuela gris, salió Owens al pórtico:

—¡Eh, March!

El viejo había salido en mangas de camisa y parecía un gigante de hombros encogidos y rodillas apretadas en la mala muerte de aquel final de año. El frío arreciaba. Owens me requirió al teléfono, con urgencia.

Fui corriendo: era Simón.

—¡Augie!

—¡Qué hay! Habla rápido, que llevo prisa.

Furioso, contestó:

—Eres tú quien debe inventar algo, rápido. Acaba de llamarme Charlotte. ¡Kelly Weintraub está esparciendo el rumor de que has llevado a una fulana a hacerse un aborto!

—¿Qué tiene de particular, Simón?

—Es la hembra de esa casa, ¿verdad? Te armaste el nidito. Pues ahora te quedas de patitas en la calle. Aquí te dejo, Augie, antes de que me perjudiques más. No puedo cargar contigo, ya no. Voy a pasarlas mal para explicar todo esto y cómo jodías con esta mientras salías con Lucy, comprometido para casarte y todo el copón. Les diré que eres negado de nacimiento, que es la pura verdad.

—¿No se te ocurre preguntarme si el chisme de Kelly es cierto?

Despectivamente me dijo, porque pensaba que en mi simpleza yo creería que él iba a tragarse mi cuento:

—A ver, ¿qué? —Con voz casi divertida; y prosiguió—: Estás haciendo un servicio a un amigo, ya, ya. Y jamás te has montado a esa golfa, ¿no? Has ocupado la habitación contigua sin tocarle un pelo, ¿no es así? Oye, chaval, ya no tenemos diez años de edad. Yo la he visto. Una como ella no te dejaría tranquilo ni si se lo pidieses de rodillas. Y tú no se lo has pedido. No te atrevas a decirme que no estás caliente. Todos lo somos, en nuestra familia. ¿De dónde surgimos nosotros, en primera instancia? Alguien descubrió que podía venir a tocar el timbre cuando quería. ¿Crees que me significa algo el que hayas estado jugando de manos con esa? Pero tú no te conformaste hasta haberte enganchado por este otro lado: una horterada de la hostia y un verdadero lío. Con menos de esto no te satisfaces. Realmente has de ser como Mamá. ¡Pues arréglate! Yo no permitiré que me dejes malparado ante los Magnus.

—No hay razón de que estés en apuros. Oye: hablemos mañana.

—Ah, ¡eso sí que no! Ni mañana ni pasado mañana. Ya no estamos en lo mismo, nosotros. Devuélveme el coche, eso sí.

—Iré a verte y te contaré todo lo que ha…

—Apártate de mí: es lo único y lo último que pienso pedirte.

—¡Cabrón! —le grité con lágrimas de ira—. ¡Ojalá te mueras!

Padilla entró corriendo para buscarme:

—¡Termina de una vez!

Llorando, salí a empellones de la sala de Owens.

—¿Qué tienes? —me preguntó Padilla—. ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Te pesa demasiado lo que estamos haciendo?

Respondí apenas pude:

—No, he tenido un encontronazo.

—Vamos, pues. ¿Quieres que yo conduzca?

—No, yo puedo hacerlo.

Marchamos al hospital donde Mimi había sido intervenida ya una vez. Serenada por el aire frío, dijo que entraría por sus medios. La condujimos hasta la sala de guardia, donde la dejamos sola, esperando que allí la admitirían. Regresamos al coche; al poco salió, sin embargo. La vi a través de la escarcha que iba acumulándose en el parabrisas y corrí a buscarla.

—Dijo que… —comenzó.

—¿Por qué no te aceptan?

—Un tío me negó la entrada. «Aquí no caben personas como tú», me dijo. «¿Por qué no has querido al niño? ¡Ahora vete a esperar al enterrador en casa!».

—*¡Chinga su madre!*[20]

Padilla ayudó a sentar a Mimi en el coche y entonces se le ocurrió telefonear a un conocido que trabajaba en un hospital de la zona norte, si todavía se encontraba allí. Se apeó en un estanco.

—Probemos a llevarla allá —indicó a su regreso—. Dice este hombre que ella declare que todo lo ha hecho sola, por sí misma. Muchas mujeres lo intentan así. También me ha dicho por quién preguntar, si es que este otro tío está de guardia.

En voz baja agregó, para mi coleto:

—Puede que haya que pirárselas de allí. Ella está por desvanecerse de un momento a otro. ¿Qué harán sino tomarla, en estas condiciones?

—No, no la dejaremos.

—¿Por qué no? Si te ven, la sacarán con cajas destempladas, porque no es de su gusto el paciente de esta clase. Escogen ellos a quién desean ayudan Pero usemos la materia gris. Entraré yo primero para estudiar al doctor.

Pese a esto, entramos en grupo. Yo no podía aguardar en el coche con Mimi y estaba resuelto a destrozarlo todo si no la admitían buenamente, así que avanzamos por los cuartos del hospital, casi vacíos, hasta dar con un ordenanza vestido con el característico atuendo gris. Traté yo de echarle mano y él me esquivó. Padilla me recriminó esto:

—Pero ¿qué haces, hombre? Vas a estropearlo todo. Llévate a Mimi ahí y siéntate con ella mientras busco al tío que necesitamos, si acaso está de guardia.

Mimi se desmoronaba sobre mí. Sentí su elevada temperatura en la mejilla y vi que ya no se sostenía sentada. Al fin trajeron una camilla para transportarla.

Padilla se había marchado y yo quedé, en un principio, a modo de rehén, como arrestado. Había un guardia de servicio. Junto con el ordenanza apareció por una puerta lateral, en camisa azul, sosteniendo una taza de café con una mano y, en la

otra, su bastón.

—A ver —dijo un médico—, ¿cómo es esto?

—En lugar de preguntar tanto, ¿por qué no se dedica usted a curarla?

—¿Le atizaste a este tío? —preguntó el policía al ordenanza—. ¿Es que amagó golpearte?

—Amagó; amagó y no me dio.

Puede que en aquel momento el guardia haya observado que yo llevaba puesto el esmoquin, lo cual le obligaba a mantener su compostura. Yo estaba vestido como un señor; por lo tanto, ¿para qué arriesgarse?

—¿Qué le sucede a esta mujer? ¿Y quién es usted, su marido? Se ve que ella no usa anillo de matrimonio. ¿Son ustedes parientes o amigos?

—¿Mimi? ¿Qué, se ha desmayado?

—No; no contesta, eso es todo, pero mueve los ojos bajo los párpados.

Padilla regresó entonces, precedido por el médico que conocía.

—Acercádmela y veremos qué tiene —dijo este último.

Manny me lanzó una mirada triunfante. De un plumazo nos libramos de la gente curiosa y arrogante que nos rodeaba, deseosa de ver cosas sórdidas, y seguimos al médico mientras Manny le relataba una historia.

—Se lo hizo ella misma. Es una muchacha que trabaja y no puede tener críos.

—¿Con qué se lo ha hecho?

—Con algo, me imagino. ¿Acaso las mujeres no dedican su vida al conocimiento de estas cosas?

—He visto algunos casos cojonudos y también he oído historias bastante improbables. Si sobrevive la mujer, no buscamos al abortista, porque eso no hace ningún bien a la profesión…

—¿Cómo la ve usted?

—Una hemorragia importante es lo más que puedo ver por ahora. ¿Quién es este otro individuo, que está tan preocupado?

—Amigo de ella.

—Lo único que le faltaba es haber golpeado de veras al ordenanza. Entonces sí que habría pasado el Año Nuevo en la cárcel, divirtiéndose en compañía de los borrachos. ¿Para qué quiere esmoquin?

—¡Eh! ¿Qué hay de tu cita? —me dijo Padilla llevándose una mano a su flaca mejilla. Pasadas las ocho en el reloj eléctrico del cuarto iluminadísimo en que entramos, dije:

—Me iré cuando sepa qué tiene Mimi.

—Vete, hombre, será lo mejor. Yo me quedo. No tengo nada que hacer esta noche. El médico no lo ve tan grave. ¿Adónde debes ir?

—A un baile en el Edgewater.

Aguardé el regreso del médico. Su dictamen:

—Es principalmente la pérdida de sangre y una infección por la cirugía

abdominal, creo. ¿Dónde ha sido operada?

—Ella responderá si le parece; yo no sé —le dije.

—¿Qué sabe usted? ¿Sabe, por ejemplo, a quién se puede pasar la cuenta de esto?

Dijo Padilla:

—Hay dinero. ¿No ve usted qué buena ropa lleva puesta la paciente? —Y, volviéndose hacia mí—: ¿Te vas o no te vas? Este hombre —explicó— está comprometido con la hija de un millonario y la tiene aguardando en la víspera de Año Nuevo. ¿Qué tal?

—Por si acaso, deme usted un permiso de entrada para ver esta noche misma a Mimi —solicité al médico, quien hizo una mueca de perplejidad a Padilla, por lo que insistí—: Maldita sea, doctor, no se ande usted con tantas vueltas para firmar un pase. ¿Qué le hace a usted que yo regrese o no? Si tuviese tiempo, yo le contaría vida y milagros míos. Milagros de mala suerte. Pero debo irme.

—Vamos, hombre, que esto no le va a perjudicar a usted —añadió Padilla, instándole.

—Un pase mío no significa nada allí a la entrada. Yo estaré de guardia hasta la mañana. Pregunte por mí, Castleman.

—Puede que esté de regreso bien pronto —dije, pues estaba seguro de que las habladurías de Kelly Weintraub habían llegado ya a oídos del tío Charlie Magnus. Calculé, con todo, que este y su mujer no habrían transmitido nada a Lucy y, menos aún, en vísperas de Año Nuevo, cuando ella pensaba ir a un baile. Más tarde, sí, me harían volar de una patada en el culo. Sin embargo, ¿por qué motivo me habría pedido Lucy que yo estuviese allí una hora antes? El baile principiaría a tomar ímpetu alrededor de las diez. Telefoneé por una vez más y pregunté—: ¿Estás esperándome?

—Desde luego. ¿Dónde estás tú?

—No lejos de allí.

—¿Qué estás haciendo?

—He tenido que hacer una escala. Ya voy, aprisa.

—¡Hazme el favor!

Sus palabras —en especial, las últimas— no me sonaron a la impaciencia de una mujer enamorada; no eran duras ni blandas. Dando un giro demasiado amplio por el camino de entrada, me detuve con un chirrido en la granza, tras haber pasado por lodo y arbustos, con un golpe de volante de último minuto. Ya dentro de la casa, con mi calzado de trabajo, que había omitido cambiar, fui hasta el espejo a ajustar el nudo de la corbata negra y vi por detrás, junto a la cortina del salón de recibo, la panza tensa del tío Charlie y a él, preparado como un luchador, mirándome, mientras Lucy, Sam y su madre me observaban desde la mezcolanza oriental que otorgaba tanto poder al salón. Sentí la presencia de una máquina colosal opuesta a mi persona. En realidad, yo estaba allí para no descorazonar a Lucy; en oportunidad propicia, mis sentimientos hacia ella podrían haberse reafirmado, tanto en su calor como en su brillo. Esperaba encontrarme con miradas venenosas, a las cuales me sentía inmune;

por lo menos parecían deleznables en vista de mi preocupación mayor, pero tampoco estaba dispuesto a ser tachado de lascivia criminal, dolo y demás cargos que supuestamente militaban en mi contra. Sin zozobra alguna, pues, juzgué que me debía solamente a Lucy. Su fortuna quedaba vedada ya a mis presuntas ilusiones, lo cual me liberaba de su parentela sin remisión; todo dependía de que ella quisiese seguirme, siempre que su profesión de amor fuera verdad. La amplia sonrisa que me dispensó sin levantarse de su asiento, me produjo extrañeza: un encanto que se ensanchaba, bosquejado con carmín y emparentado con la terrible hendidura a la que se referían los cismáticos del sexto círculo del infierno, ascendió hasta su rostro, abriéndose para mí. ¡Ah, querido rostro, atesorado como representante del cuerpo entero, el cual tiende a alejarse apenas se atiborra la mente y se torna valiosa! Entonces comprendí que Lucy, mujer de poca fe, ya había sido infectada por sus padres contra mí y que habían tomado ya decisiones conjuntas. Me restaba marcharme, sin alternativa, pero todavía no se había pronunciado una sola palabra en aquella asamblea oriental: me faltaba, pues, pretexto para escapar. Aún era yo el acompañante, emperejilado (si no me contemplaban desde cerca) como infante de coro, en camisa almidonada y atento a cortejar y bailar.

—Siéntate, por favor —me dijo la señora Magnus.

—Si no hay urgencia en salir… —respondí.

—¿Y bien, Lucy? —terció el padre.

A esta señal, ella habló:

—No saldré contigo, Augie.

—Nunca más —agregó el padre. Y acto seguido—: Irás en compañía de Sam.

—Es que yo he venido a acompañarla, señor Magnus.

—No —dijo su mujer—, lo mejor es cortar por lo sano, Augie: lo lamento. No te deseo ningún daño, personalmente. Pero te aconsejo dominarte, de aquí en adelante. No es demasiado tarde. Eres un joven bien parecido, inteligente. Nada tenemos contra tu familia. Tu hermano me merece respeto. Pero tú no eres lo que teníamos pensado para Lucy.

—¿Qué hay de lo que tiene pensado ella? —argüí, con la rabia en la garganta.

El viejo se mostró impaciente con el esfuerzo de la señora Magnus de comportarse con dignidad y sabiduría regias.

—¡No habrá pasta si se casa contigo! —amenazó.

—¿Quién sufrirá por eso, Lucy, tú o yo?

Su sonrisa se ensanchó aún más e hizo a un lado cualquier otra intención, en la sugestión única de ser ella quien me había enardecido y forzado a descargar mi exaltación en otra mujer, pero de que nada de esto importaba al lado de un hecho: a ejemplo de su padre, Lucy no había perdido la cabeza pese al ardor de nuestros abrazos en el coche y el salón. Por el contrario, conservaba el buen juicio a despecho de tantos labios y lenguas y dedos y todo lo demás.

Yo no tenía certeza respecto al verdadero motivo de esto. Algo se dijo del daño

del coche de ella. Lucy lo confesó ahora y su padre aceptó que podía ser reparado si ningún elemento más estaba roto: esto comportó una velada referencia a su virginidad. El hombre rio un poco; amenaza y gemido se ocultaban en su dicha de padre, de ver que su hija permanecía intacta.

Ya no había razón de permanecer allí. Fui amenazado por el hermano: me rompería la crisma si volvía a molestar a su hermana; esto ocurrió a la salida, mientras yo recogía mi abrigo, pero ni su hirsuta robustez ni su trasero en expansión consiguieron intimidarme.

En el coche de Simón, con el cual ya sentí terminado el compromiso, pasé por el hospital. Padilla acababa de donar su sangre a Mimi y estaba repantigado en la habitación, chupando una naranja; su brazo enclenque, con una curiosa bola de músculo, ostentaba un trozo de esparadrapo adherido, y sus ojos, bajo una superficie de indiferencia, se veían negros y activos respecto a algo insondable para mí.

—¿Cómo está? —pregunté en el acto.

—Está arriba, todavía trastornada, pero Castleman dice que tiene una buena probabilidad en su favor.

—Voy a verla. ¿Cómo estás tú?

—Mira, no creo que me quede. Pronto ya me largaré de aquí. ¿Te quedas tú?

Le di con qué pagarse un taxi, pues no le quería ver traqueteando en tranvía hasta Hyde Park en una noche festiva como aquella.

—Y gracias, Manny.

Guardó el dinero en el bolsillo de su camisa y, súbitamente sorprendido inquirió:

—Oye, ¿qué ha pasado con tu baile?

Me marché pues me pareció excusado darle razón de ello.

Mimi estaba alojada en la sala de maternidad. No hay sitio, explicó Castleman. A mí, todo me pareció curiosamente apropiado y subí por las escaleras. La sala resultó alta, un recinto en cuyo centro se erguía un arbolito de Navidad, todo encendido. Debajo, una caja llena de algodón e imágenes alusivas.

Castleman me habló.

—Quédate, si quieres, pero no te dejes notar, o te echarán sin contemplaciones. Pienso que va saliendo adelante la enferma, si bien ha hecho todo lo posible por diñarla, salvo envenenarse o cortarse las venas.

Estuve sentado junto a la cama de Mimi, en penumbra. Entraba una enfermera de vez en cuando, trayendo niños para amamantar; se oían susurros y gritos y ruido de gente que se revolvía entre las sábanas, así como chupeteos y rumores maternales. Yo estaba susceptible a sentimientos que no hallaban obstáculo en su camino, porque seguía escamado, de pésimo humor, virulento. Este modo de sentirme fue cediendo poco a poco y me invadieron otras emociones de enorme sugestión, máxime por el lugar donde me había arrojado la suerte. Cuando estalló la conmoción de medianoche —las sirenas, cornetas y bocinazos de júbilo—, el estrépito me llegó apagado pues estaban cerradas todas las ventanas y los llantos en la sala de niños continuaron sin

novedad.

A eso de la una, lo bastante despabilada para haberme oído, Mimi me preguntó qué andaba yo haciendo allí.

—No tengo destino en especial —respondí yo.

Mimi sabía dónde se encontraba, oyendo como oía llantos de niño. Su comentario fue melancólico: ¿había burlado al destino o topado con él? Esto iba de acuerdo con su actitud, ya débil ya fuerte, hacia lo que había elegido y llevado a cabo, viéndolo ahora conforme a la verdad de su sentimiento al oír los llantos y rumores de los niños de teta y el oficio nocturno de las madres.

—Comoquiera que sea —le dije—, pienso que estás en buenas manos.

Salí a estirar las piernas, mirando al pasar las caras de los recién nacidos tras el cristal y más allá, sin interferencia, la reunión furtiva del personal para celebrar también su Año Nuevo. De allí, al corredor de las salas de parto, en cuyos cubículos vi mujeres que pujaban, extraños tormentos y deformidad de vientres; vi un rostro poderoso, crispado, sumido en las propias arrugas, y oí su poderosa voz que maldecía a modo de cantinela al marido por cuya diversión estaba ella ahí. Y vi a otras mujeres, clamando por santos y por madres ausentes, y las vi solas, incontinentes, aferradas a los barrotes de la cama, aterradas, llorosas o seminarcotizadas. El espectáculo me pasmó, así que me hizo claudicar la aparición de una enfermera venida a indagar las razones de mi presencia. Titubeando me hallaba cuando alguien prorrumpió en alaridos dentro del ascensor próximo.

Me detuve en seco mientras seguía con la mirada el progreso de la lucecita indicadora a través de la mampara de cristal. Al abrirse la puerta surgió ante mi vista la atrocidad de una mujer traída hasta aquí en una silla de ruedas; en su regazo, recién parido en un taxi o en el vestíbulo del hospital, berreando y cubierto de sangre, un niñito desnudo, desgañitándose, rojo y cubriendo a su madre de rojo, monda la cabecita como bola de billar. Esta mujer sollozaba a gritos, con ojos azorados, estrujándose una mano con otra, perdida en absoluto la sangre fría. El niño y ella parecían adversarios forzados a convivir, figuras de una contienda. Pasaron rozándome.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —me espetó la enfermera. No me asistía derecho alguno, en verdad.

Volví sobre mis pasos y, no bien hube visto descansar a Mimi, muy aliviada, me escabullí del hospital por las escaleras que me había enseñado Castleman y de allí al coche. Había caído nieve en tanto.

No sabía dónde me encontraba con precisión alguna cuando arranqué. Anduve despacio en la creciente nevada, por calles laterales, confiando en que tarde o temprano desembocaría esta en una avenida y por fin di con la Diversey pero en un sitio desierto, fabril, no lejos del brazo norte del río. Y aquí, mientras pensaba ya en acostarme, se pinchó un neumático trasero. En llanta arrimé el coche a la acera y detuve el motor. Descongelé la cerradura del cofre, encendiendo varias cerillas con

ese fin, y saqué las herramientas para descubrir que no entendía el mecanismo del gato. Era algo nuevo para la época; yo estaba habituado al que se aplica a los ejes y no al parachoques, tal como tenía Einhorn. Intenté una vez y otra. Me cortaba la piel mi camisa almidonada y el frío embargaba mis manos y pies. Por último regresé todo a su lugar, cerré el coche con llave y me puse a buscar un reparo. Todo cerrado, no obstante, pero ahora sabía que me hallaba cerca de la casa de Coblin. Conociendo las costumbres de Coblin, me largué hacia allí y no titubeé en despertarle.

Cuando se hubo encendido la luz en el vestíbulo, él cayó en la cuenta de quién era su visitante. Estaba atónito.

Expuse mi dificultad pero me contestó que no había distribución de periódicos aquel día, porque era el primero del año y no trabajan las prensas.

—Pero entra. No estaba dormido. Cuando llamaste, acababa de oír que Howard y Friedl volvían de una fiesta. ¡Entra, por el amor de Dios, y quédate! Te daré el sofá y una manta.

Agradecido, me quité la torturante camisa y cubrí mis pies de cojines.

Coblin parecía encantado de mi aparición:

—¡Qué sorpresa cuando vean al primo Augie esta mañana! Anna estará en el séptimo cielo.

Por lo luminoso de aquel día y los ruidos emanados de la cocina, me levanté bien pronto. La prima Anna, no menos desaliñada que de costumbre, había hecho café y un despliegue de hojuelas y gollerías varias. Estaba encaneciendo, a la par que su tez llena de imperfecciones se oscurecía.

Los ojos de Anna eran ojos anubarrados, pero no era otra su carga emotiva, que no procedía de un pesimismo radical. Lagrimeando y tomándome entre sus brazos, dijo:

—Feliz Año Nuevo, mi querido muchacho. Te mereces toda felicidad. Siempre has estado en mi corazón.

La besé y estreché la mano de Coblin. Nos sentamos a desayunar.

—¿De quién es el coche que conduces, Augie?

—De Simón.

—Tu hermano el potentado.

—No está descompuesto; tiene un neumático pinchado. Hacía demasiado frío para ponerse a cambiarlo.

—Te ayudará Howard cuando se haya levantado.

—Que no se moleste… —Pensé en enviar a Simón las llaves por correo y forzarle a ocuparse del neumático. Fue efímera esta idea vengativa, sin embargo. Bebí mi café y contemplé la radiante y primera mañana del año. Había una iglesia griega en las cercanías cuya cúpula, en forma de cebolla, se destacaba contra un cielo azul purificado por la nieve: la cruz y la corona a un tiempo, la unión de poderes, celestial y terreno, con nieve en cuanto resquicio había, nieve igual a un azúcar. Mi vista se perdió en el profundo azul, dejando atrás la cúpula. Los días no han cambiado, pero

los tiempos, sí. Los marinos que vieron América por vez primera en aquella dulce noche, el punto adonde los había traído el vientre del océano, no vieron color más hermoso que este.

—Augie, fue una lástima que Friedl no haya asistido a la boda de tu hermano, porque tenía exámenes que rendir en Ann Arbor. Tú no la has visto desde niña y deberías. ¡Es tan hermosa! No lo digo porque sea mi hija: Dios es mi testigo. Ya la verás con tus mismísimos ojos. Mira, esta es una foto de la universidad y esta salió en el periódico la vez que Friedl presidió un beneficio para estudiantes de primer año y segundo. Y no solo es preciosa, Augie…

—Bien sé que lo es, prima.

—¿Por qué, pues, quieres mezclarte con la nueva parentela de tu hermano, que es gente chabacana, de mal gusto? Mira qué bien desarrollada está en la fotografía. Era tu noviecita, cuando niños. Tú solías decir que ibais a casaros.

Estuve a punto de rectificar esto:

—No, tú decías que estábamos comprometidos.

Reí, en cambio, y Anna supuso que yo estaba recordando lo bueno de aquellos viejos tiempos y me acompañó, cerrando los ojos y uniendo sus manos. Lentamente caí: reía y lloraba a la vez, mi prima Anna.

—Ruego a Dios solo una cosa: haber visto casada a mi hija antes de morirme —declaró.

—Y con hijos.

—Sí, sí, con hijos…

—Por Dios, mujer, hinquemos el diente de una buena vez —dijo Coblin—. ¡A ver, esas hojuelas!

Anna partió a paso ligero hacia la estufa, dejando las fotografías ante mí. Fijado en ellas, volví la vista afuera al cabo de unos momentos.

13

Ya no tenía yo, por entonces, ni la edad de un niño ni la protección de que este goza. Y me sentí arrojado, absolutamente, en la rauda maquinaria del mundo. Si piensas, como algunos, que una forzosa intimidad, una familiaridad y un amor prolongados han de engendrar falsedad, el ser arrojado al mundo puede resultar deseable, si bien un tanto melancólico. Al llamar «Mujer» a su madre, Cristo significó que ella era, al fin y al cabo, igual a cualquier otra. Significó que en toda vida real deberás exponerte a salir del círculo mínimo de dos cabezas o tres que componen una historia de amor. Intenta permanecer en él y verás cuánto resistes…

Viene a mi memoria un mercado de pescado en Nápoles (y los napolitanos son gente que no afloja fácilmente en cuestiones de consanguinidad) —un mercado con ramilletes de mejillones y gajos de limón, calamares que sudaban tinta y acerados peces de escamas como monedas—, donde vi a un mendigo, viejo ya, sentado con los ojos cerrados, que se había hecho pintar con mercurocromo esta leyenda en el pecho: «Aprovechad mi muerte inminente para enviar un saludo a vuestros seres queridos en el Purgatorio: 50 liras».

Moribundo o no, el ingenioso viejo estaba tomándonos el pelo a propósito del círculo de amor que nos ampara. Su escuálido costillar se movía como un fuelle, aspirando hedores submarinos y de playa ardida con olor a explosión e incendio. La guerra había seguido hacia el norte no tanto tiempo atrás. Los peatones napolitanos sonreían con el escozor de aquel anuncio, sintiéndose nostálgicos y llenos de ironía al leer su ocurrente desafío.

Haces todo lo que puedes para humanizar el mundo y convertirlo en tu casa, hasta que de pronto se vuelve más extraño que nunca. Los vivos no son más que los que han sido; los muertos mueren una vez y otra y, un buen día, lo hacen para siempre.

Hoy comprendo estas cosas; por entonces, no.

Regresé, pues, a los libros —pero a leerlos, no a robarlos— mientras iba viviendo del dinero que Mimi devolvía y del que me prestaba si había encontrado trabajo. Habiendo cortado con Frazer, Mimi conoció a Arthur Einhorn y se fueron a vivir juntos los dos. Ella seguía siendo camarera y yo comía en la fonda en que estaba empleada. Después de la comida, me recostaba a leer de una breve biblioteca de obras fundamentales que me había regalado Einhorn: libros algo estropeados por obra del agua y el fuego, que yo conservaba en su estuche originario de cartón; tenían un olor medio sofocante, de manera que, si Odiseo se hundía en el infierno o había conflagración en Roma o en Londres o bien se deseaban hombres y mujeres en las epístolas de san Pablo, del libro del caso se desprendían emanaciones capaces de suplementar su lectura. Kayo Obermark solía prestarme volúmenes de poesía y llevarme a oír conferencias. Esto mejoraba su asistencia, ya que no le agradaba ir solo.

Me pregunto si por pura envidia habré dicho en aquel tiempo lo de que la

universidad no conseguía moverme un pelo —puesto que, conforme al trato hecho con Simón, yo tendría que haber vuelto a clases llegada la primavera—; lo positivo es que no me suscitaba admiración alguna. Ni me convencía la pétrea solemnidad de los claustros ni, menos aún, la presunta imposibilidad de aspirar a las cimas del pensamiento sin su concurso, sentado uno entre muros imitados de los del Viejo Mundo, rezumantes de grandiosidad e idolatría. Al fin y al cabo, cuando rotaba la brisa del sudoeste y soplaba desde los corrales de ganado, arrastrando polvo de las fábricas de abono, parecía que la gallarda hiedra de los muros universitarios hubiera esquivado unas cuantas etapas de las que median entre la Creación en bruto y la Mente sublime: demasiada elevación, a gusto de mi paladar.

Durante aquel invierno hice una temporada en la Dirección de Obras Públicas, urgido por Mimi, quien sostenía que sería fácil. Así resultó. Reunía yo los dos requisitos: ser indigente y ciudadano norteamericano además.

El contratiempo estaba en no atraerme en absoluto el trabajar en una cuadrilla callejera manipulando ladrillos con la vergonzosa vaguedad de individuos que se mueven lo justo para conservar el puesto. Mimi aclaró, por lo demás, que yo podría renunciar si mi dignidad así lo requiriese; mala señal sería, según ella, optar por un cargo de oficinista; se me vería mejor trabajando al aire libre con gente sencilla. En verdad no era la gente el motivo de mi queja, sino el tintineo de los ladrillos al ser golpeados y la melancólica percusión de cincuenta martillos al compás. No obstante, solicité el empleo porque Mimi se sentía responsable de mí y me pasaba dinero, cosa injusta si ella y yo no éramos amantes.

De un modo u otro, conseguí una ocupación bastante cómoda, lo más que podía esperar en mi caso: inspector de viviendas y cañerías. Yo amañaba mis horarios y así lograba vagar la mayor parte del tiempo, tal como se esperaba de mí; en los días de intenso frío, dejaba correr las horas en la trastienda de una cafetería hasta la hora de marcharme. El meterme en las casas, por otra parte, satisfacía mi curiosidad innata. Me gustaba menos el toparme con un mundo en que se dormía de a diez por cuarto, con niños mordidos por las ratas y excusados bajo la calzada, en forma de excavación. El tufo de los corrales se me adhería con mayor firmeza que el de los perros en casa de Guillaume. Y aun para mí, tan acostumbrado a los barrios pobres como los hindúes a los elefantes, esto era *terra incognita*. Los aromas de la carne en su gama entera —desde el del deseo hasta el de la enfermedad— me seguían por todos lados. Y la imaginación íntegra, la pasión e incluso el asesinato que se pudiera concebir, allí surgían envueltos en aparente simplicidad o rancidez, con la elementalidad del ama de casa que va escogiendo coles en una tienda polaca, o la del tipo que se lleva a los labios un vaso de cerveza, o la del comerciante que está colgando calzones y ligas en la vitrina de su mercería.

Permanecí en la Dirección de Obras Públicas hasta el final de invierno; entonces Mimi, siempre al tanto de estas cosas, pensó que podía haber algo para mí en la campaña recién comenzada del Congreso de Organizaciones Industriales. Esto fue

poco después del principio de las huelgas de brazos caídos, en ocupación del lugar de trabajo. Mimi era miembro de la primera hora del sindicato de trabajadores gastronómicos del COI. No es que ella hubiese tenido nada contra su patrón, sino que creía en el sindicalismo y estaba en óptimas relaciones con el organizador, un hombre llamado Grammick, así que me presentó a él.

El tal Grammick no era un sujeto violento ni atolondrado; tenía puntos de contacto con Frazer y Sylvester. Universitario, afable, se parecía a un clérigo de acción social, que se esfuerza cuanto puede, manso con los gamberros pero habituado a ellos y que te infunde una sensación de remordimiento. Su tronco alargado y la longitud de sus piernas no casaban; andaba rápidamente, con las puntas de los pies torcidas hacia dentro, desaliñado con su luenga chaqueta cruzada, hirsuto, suave y aun delicado él. Pero no era un contrincante fácil de dominar: no lo cogías desapercibido; era buen luchador, sagaz y se sabía un par de cosas acerca del fraude.

Le produje impresión favorable y concordó en que yo tenía madera de organizador. Su conducta conmigo fue bien dulce, en realidad. Sospeché que nada de esto era casual, sino que el hombre estaba tratando de ganarse a Mimi. Concluí apreciándolo, sin embargo, por diversas razones. Si bien poco llamativo, Grammick iba y venía por vestíbulos y corredores sin ser notado pero, en caso de crisis, obraba con autoridad, sin asustarse de la situación que había creado él mismo. Valoraba yo su conciencia anticipada de lo bueno y de la injusticia que surgirían en próximas coyunturas.

—Sí, están contratando organizadores pero pretenden experiencia, ¿y dónde encontrarán gente así? Los problemas se apilan con toda rapidez.

—Augie es la clase de persona que te convendría —terció Mimi—; alguien que hable a la gente en su idioma…

—Ah, ¿sí? —dijo Grammick, clavándome la mirada. Me hizo gracia la publicidad de Mimi y repliqué que ya no sabía yo en qué idioma hablaba.

Pronto averigüé que nada de esto venía al caso, al comenzar a trabajar. La gente corría a emplearse en la campaña y su premura era la de las abejas en un cambio de colmena: pertenecía al reino animal. Empeñadas en lograr sus fines, las personas mostraban una susceptibilidad irritable de quienes se hallan inmersos en el sentido del propio movimiento, lo cual produce golpes y aguijonazos. Debíamos de semejar una ola migratoria, una carrera cuya meta es la tierra o el oro; nada más que, esta vez, se trataba de justicia. Las huelgas habían sido el detonante: gente sentada junto a las máquinas en reunión sombría. Esto ocurrió en la industria automotriz y en la del caucho y yo presencié los resultados de largo alcance, que afectaron hasta el último lavaplatos en los barrios bajos.

Me estrené tras un escritorio en la sede sindical —que no era el paraje escabroso que piensas, sino sólido como el edificio de un banco—, sita en la avenida Ashland, con restaurante anejo y salón de billares en el sótano (un juguete, este, para esparcimiento de los afiliados, en nada parecido al de Einhorn). Se suponía que yo

era el hombre de confianza de Grammick, el que recibía las llamadas telefónicas y se ocupaba de la oficina. Se suponía que estaría yo razonablemente atareado y que, por tanto, iría aprendiendo en forma gradual lo que necesitaba saber. En cambio fui asolado por tropeles que exigían acción inmediata. Un viejo cocinero, con grasa hasta las orejas así como un minero lo está de greda, se aparecía con la pretensión de que yo me personase ante su patrón, *súbito!* O bien un indio que traía sus quejas escritas a modo de poema en una bolsa de papel embebida en aceite de freír rosquillas. No se veía ni una sola silla desocupada en mi oficina, apartada como lo estaba de las oficinas principales, cuyo destinatario eran los obreros de la industria pesada. De nada me valía esconderme: me habrían encontrado aun ocultándome ya en una caja de caudales, si hubiesen presentido la sombra de un desagravio, un vestigio tan débil como el que impulsa a la mariposa nocturna a revolotear por diez millas a través de campos sin huella.

Había mujeres de servicio de todos los hoteles, griegas y negras; conserjes, porteros, encargadas de guardarropía, especialistas tales como el director del *garde-manger* de elegantes garitos de la Gold Coast a mí venían, de todo orden y tamaño. Se me dio a conocer el submundo de las cañerías, depósitos y reservas de carbón, empleados de mantenimiento, esclavones de cocina y un francés ducal, inclusive, que se anunciaba —con su sombrero de fieltro, de cantante de ópera— como «la perfección en chefs» y escribía en su tarjeta de visita sin quitarse los guantes. Y también, viejos trabajadores golondrina, lechosos rostros de aspecto perruno y hombres con vetusto carné de Wobbly[21], viejas inmigrantes de Europa central portadoras de cartas escritas en inglés en que un tercero detallaba sus demandas, además de todo género de hocico golpeado, dolencia, ebriedad, ofuscamiento, candidez, cojera, reptación, demencia, prejuicio y desde la lepra hasta la vigorosa belleza de espaldas erguidas, todo circulaba por allí. Si tal conglomerado no tiene nada en común con el que formó un día la cola del ejército de Jerjes o el de Constantino, pues entonces habrá nacido algo nuevo y original en la Tierra; lo que me impresionó, precisamente, fue mi sensación de cosa vista y añeja, mi sensación de una antiquísima escara. Empero, si el contento y la dicha no han cambiado desde que el mundo es mundo, ¿cuánta variación podrá darse en la desdicha y el descontento?

Habérselas con esta humanidad, inscribirla en las filas de la organización y explicar qué se podía esperar de ella no me resultó tarea de amor sino en buena parte de dureza, tanto que, a menudo, sentí el afán de liberarme de todo ello. Era tal la fiereza del oprimido que oía el rumor de que por fin se haría justicia, que estos infortunados pretendían arrastrarme consigo en nombre de ella. Y en lugar de eso solo podía prometerles, en cada caso, investigar.

—Pero ¿cuándo será eso?

—Cuanto antes. Hay acumulación de pedidos, pero será pronto.

—¡Hijos de la grandísima! Estamos por cargárnoslos. ¡Si vieras la inmundicia de cocina en que hay que trabajar…!

—Irá un organizador a entrar en contacto con vosotros.

—Pero ¿cuándo?

—Verás: andamos cortos de personal, esta es una verdadera arremetida. Lo que haréis, en tanto, es poneros a firmar las tarjetas y preparar vuestras demandas.

—Sí, sí. Pero ¿vendrá el organizador que dices? Mira que, si no, el patrón irá a la federación y firmará contrato, y ese sí que es un señor equipo…

Intenté señalar esto último al conversar mis superiores y yo, pues constituía un riesgo concreto, pero hoteles y restaurantes no pasaban de ser algo secundario. A mis superiores les faltaba el tiempo de tratar asuntos tales, enfrascados como estaban en las huelgas de mucha magnitud, las tiendas que no acataban las ordenanzas en Chicago Heights y demás, aunque tampoco se resignaban a rechazar nuevas afiliaciones. En pocas palabras, Grammick y yo estábamos encargados de mantener posiciones. Aprendí a imitarlo. Él trabajaba dieciséis horas al día durante diez o doce jornadas seguidas y luego desaparecía por cuarenta y ocho horas que pasaba en el pisito de su madre, durmiendo y comiendo bistec y cremas heladas y sacando a pasear a la anciana o leyendo. De vez en cuando, Grammick escapaba a oír una clase magistral en la universidad en que estudiaba derecho. Nadie iba a robarle a Grammick su individualidad.

Yo por mi parte seguí el ritmo loco de la acometida porque necesitaba algo que compensara mi desacuerdo con Simon. Después de la oficina iba en tranvía a entrevistar a cocineros y lavaplatos o a empleados de hotel, los del turno de noche: noches frondosas de primavera en las calles de North Side en que el tranvía erraba como sin rieles cerca de Fullerton o de Belmont, cuando ya estaba abriéndose en blancas campánulas las catalpas y el polvo mismo tenía un olor dulzón. Muchos empleados te pedían que los vieses de noche, para hablar con libertad. Todo lo que sonase a conspiración era bueno; con las ideas subversivas que estaban en boga, la gente cuya posición era arriesgada pues podía perder el trabajo en estos escarceos, anhelaba la oportunidad de decir libremente las cosas que por largo tiempo la habían atosigado. Lo verdadero y lo falso guardaban en todo esto la proporción habitual, en mi concepto. Pero mi deber no consistía en juzgar sino en adelantar la labor encomendada. Algunos de estos tipos pensaban simplemente en devolver los golpes. Pretendían que yo fuese más fiero de lo que aparentaba. Mi tez lozana y mi comportamiento nada saturnino no ayudaban a que esta gente me supusiese apto para entender lo crítico de su situación. En realidad buscaban una personalidad llena de secreto fuego, que preparara el momento en que ellos se irguiesen gritando rebelión. Ahí me aparecía yo, como Pedro por su casa, sabedor en ocasiones de que mi buen color y mis aires eran susceptibles de ser tomados a mal.

Hasta se me pedían credenciales, a veces.

—¿A ti te envían de la sede?

—Y tú serás Eddie Dawson.

—Como suena.

—Yo soy March. Hemos hablado por teléfono, tú y yo.

—Ah, ¿eras tú? —dijo Dawson. Yo estaba seguro de que él había esperado vérselas con algún demonio sardónico o petrolero veterano o avezado huelguista textil de Nueva Jersey. Por lo menos alguien que ya hubiera pasado por la cárcel de Paterson.

—Vamos, hombre, que soy de fiar.

Y él se resignó; mi voz telefónica lo tenía engañado. Cuando menos serviría yo de emisario a las autoridades, que debían de estar incendiando algún gran hotel con afán, a lo Guy Fawkes, quien una vez soñó con hacer volar el Parlamento inglés colocando explosivos en los sótanos, que en esto redundaba nuestra tarea para Eddie Dawson, o en algo por el estilo.

Entonces me instruía en lo que yo comunicaría a mis superiores:

—Quiero que me conciertes una reunión con el jerarca.

—¿El señor Ackey?

—Le dirás que puede agrupar a la gente, pero antes de ir a la huelga queremos hablarle, los demás y yo. Es para que mi gente cobre confianza.

—¿Cómo es que estás convencido de que iréis a la huelga? Quizá conseguiréis lo que pedís.

—¿Sabes quién dirige este palacio lleno de chinches?

—¿Qué, algún banco? ¿Es esta una administración judicial? Muchos de estos hoteluchos…

—Una compañía llamada Holloway Enterprises.

—¿De Karas?

—¿Lo conoces?

—Ocurre que sí; antes, yo trabajé para Einhorn, el asegurador, que es sobrino político de él.

—Él nos hace las pólizas para este lugar. Sabrás qué clase de hospedaje es este, ¿no? Pues un hotel de mala nota, para encamadas urgentes.

—¡No me digas! —respondí yo, observando que la amplia frente, arrebolada y venosa bajo una nubecilla de pelo rubio, estaba perlada de sudor y que su dueño se restregó las manos, de uñas arregladas, en una camisa de rayas rosadas con un levísimo espasmo prehensil. Y agregué—: Si eso es obstáculo, es asunto de la policía. No querrás que el Congreso de Organizaciones Industriales forme un sindicato de golfas, ¿no?

—No seas pelma. Sucede que a mí me toca lo más denso del combate, por tener el turno de noche. De cualquier manera, si tú conoces a Karas podrás decirme con cuánta facilidad se allanará a nuestras demandas.

—Has de contar con una resistencia tensa.

—Pues entonces, cuando esté todo dispuesto en este agujero, tú concertarás la reunión con Ackey: unos pocos minutos, nada más…

—Sí, hombre, ya verás —prometí, sin conocer al señor Ackey ni para los buenos

días casi, pero representándolo ante Dawson.

La situación difería en las fondas, donde yo gozaba de buen concepto y mayor estimación. En las cocinas trabajaban hombres mayores con rastros inconfundibles de dormir en pensiones de ínfima categoría, atenderse en hospitales y asistir a misiones caritativas para alimento espiritual. No vi en ellos nada parecido al resentimiento de un sujeto como Dawson y su camisa rayada, lo suficientemente próximo al nivel de Karas —en lo material— para imaginar de qué modo hacía Karas su dinero, para odiar y envidiar y, además, para presumir de elegante en las carreras de caballos, usando gemelos y trajes deportivos, y ser visto con alguna fulana despampanante allí en la pista.

Pero toma, por ejemplo, a un vejete de estos de mi fonducho de la calle Van Burén: él me ha pedido que lo encuentre en el pasaje lateral, hediondo de orines, y que yo le haga seña por la ventana; con lo cual el hombre se pone tieso a fuerza de cautela y me hace con la cabeza una seña imperceptible para cualquier observador, hasta que por último sale y entabla un cuchicheo que podría mantener holgadamente fuera del horario de labor, salvo que desee que yo eche un vistazo a su lugar de trabajo. Y noto la piel enrojecida de sus brazos de lavacopas, la enjuta flacura, los dientes piorreicos y el mal funcionamiento lagrimal de esos ojos en el atardecer estrellado del callejón. El desastre de comida —a un paso de ser bazofia— impregna su persona, ropas, aliento y pelo. Bajo la fragilidad del cráneo, el cerebro raciocinante hace agua. ¿Le importa acaso a este hombrecillo, como le ha importado a Dawson, si mi traza es la del organizador de sus sueños? Él aspira a aportar su granito de arena con miras a la justicia. Lo mismo le da verme en mi oficina que en el maloliente callejón, para deslizarme la nómina de quienes quieren afiliarse al sindicato. Yo debería ir a sus cuartos mohosos a buscar a esta gente, cuartos en que he estado durante mi época con Simón, reclutando. Inútil creer que ha cambiado el mundo por el hecho de entrar en estas vidas por el lado de la luz y no el de las tinieblas. En los momentos en que pienso con lucidez en mis deberes, concluyo que no he de poner el énfasis en los casos individuales, sino en el mínimo progreso que incluye a todos.

A raíz de una entrevista me encontré cierta mañana en las inmediaciones de la soleada oficina-salón de Einhorn y lo hallé envuelto en el acostumbrado y peculiar aroma de café y cama, periódicos, loción para después de afeitarse y cosméticos de las dos mujeres que vivían con él. Mildred, con sus zapatos ortopédicos —cortés conmigo y nada más— estaba ya sentada a la máquina de escribir, iluminada y caldeada desde atrás por el brillo del sol, rasurado el cuello hasta el borde en que nacía su potente melena. Al otro lado, las ventanas del hogar de Einhorn propiamente dicho, con sus remembranzas de sus días de gloria y de *grandes circonstances*. No me pareció de buen aspecto Einhorn, pero tampoco me atreví a mencionárselo en la cara. Incluso llegué a pensar que me haría el vacío hasta que yo partiese. Respiraba, se palpaba, miraba por la ventana, fumaba, mordisqueaba, eructaba con ruido… Estaba melancólico, medio salvaje aquel día.

—¿Cómo es la paga en tu nuevo empleo? —inquirió, resolviéndose a hablar—. ¿Aceptable?

—Es liberal.

—Algo bueno ha de salir de ahí, entonces —afirmó con su sequedad y resolución habituales.

Me reí de él:

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme?

—Sí, por lo menos eso, de cualquier modo. Chaval, yo no quiero quitarte el entusiasmo, si piensas que andas en algo bueno. Recuerda que no por trabajar sentado soy un conservador. Este no es un club de gente pudiente. En rigor, tengo menos que perder que otros hombres, así que no me asusta el llevar las ideas hasta sus últimas consecuencias. Hago algunos negocios con Karas, es verdad, pero no deduzcas de ello que mis ideas son hijas de mis intereses. ¡Y qué intereses! Karas es un matarife de caballos; acaba de comprarse un cortijo en San Antonio.

Yo ya estaba persuadido de que algo andaba mal:

—¿Entonces piensas que es una pérdida de tiempo lo que estoy haciendo?

—Opino que las concepciones son idénticas por ambas partes, hijo. ¿De qué sirve eso? Tomar de aquí y dar allá; es la doctrina económica de siempre.

Einhorn no tenía planeado hablarme así, en principio, mas como yo demorase en irme, ahondó en el tema, por irritación primeramente y cobrando luego el valor de decir lo que pensaba, tal cual. No era yo ningún fervoroso partidario de mi función, como él lo sugería, lo cual me forzó a decir:

—La gente se levanta cada mañana para ir a trabajar; no me parece sano que esto resulte una ilusión, ni que tengan que sentirse tan agradecidos de que se les permita seguir en sus hábitos sin pedir más.

—¿Tú crees que sacarás hombres de verdad de unas bestias de huelguistas, máxime si tienen representantes que van a protestar en su lugar? ¡Vamos…!

—¿Tú dices que es mejor, entonces, dejar las cosas en manos de un Karas o de algún agente de negocios y asesino, absolutamente sobornable?

—Oye —me contestó—: por el solo hecho de haber nacido, nadie resulta un hombre hecho y derecho. Idea anticuada. Pero ¿quién mete esa idea en la cabeza de la gente? Una organización importante. ¡Una más! Ahora bien: o la organización hace pasta o no dura. Y si hace pasta, ¡es que está pensada con ese fin!

—Pues si la organización importante carece de sentido, entonces deberían con mayor razón buscar algo distinto sus afiliados —dije—. Tendría que haberlas de todas clases.

Haciendo caso omiso de nuestra discusión, Mildred seguía pasando a máquina presentaciones y estados de cuenta.

Einhorn no replicó. Supuse que lo habría detenido la aparición de Arthur, llegado de la otra parte de la casa, allí donde estaba la cocina, ya que en ocasiones su autoridad intelectual intimidaba a Einhorn. Pero esta vez no fue por eso. Arthur se

quedó bien poco rato, pero lo bastante para notar yo que toda la tensión que se respiraba en la casa se debía a él. Estrecho de hombros, llevando puesto un jersey negro y con las manos en sus bolsillos traseros, Arthur se movía con cierta indolencia; vi en él arrugas que me sorprendieron; sus ojos hundidos ofrecían una gradación de tonos oscuros terminados en un muy sombrío color de disturbio. Apoyó su cabeza de pelo tupido en una jamba mientras el humo de su cigarrillo escapaba hacia donde la luz del sol lo ponía sedoso. Si bien Arthur no estaba seguro de mi identidad en un principio, su sonrisa era suave, aunque enfermiza o fatigada. Noté que Einhorn estaba siendo un padre riguroso con él y dispuesto a mostrarse más seco todavía, a punto de ordenarle que se marchase. De ahí la frialdad de Mildred para conmigo: un modo de obligarme a partir.

En ese instante salió corriendo de la cocina un niñito y Arthur lo tomó entre sus brazos con inconfundible ademán paternal. Tillie apareció también y permaneció en el fondo. Si no me equivoco, la familia estaba indecisa: ¿debía guardar esto en secreto? Se trataba de un suceso reciente para los Einhorn, incluso; el reconocimiento y aceptación del nieto estaba en la balanza. Al regresar Arthur a la cocina corrió el niñito a sentarse en el regazo de Mildred. Esta lo recogió con fruición y las botitas del niño levantaron su falda hasta los muslos. Ella no perdió su sangre fría. Seguí la mirada de Einhorn, dirigida a las piernas de Mildred, quien estaba prodigando al niño besos como de adulto a adulto y procurando al mismo tiempo estirar sus faldas.

—¿Qué me dices de las novedades? —me espetó Einhorn, tieso el cuello pero no sin pesadumbre, aunque intentando bravear. Su rostro, eminente delator del sentir de este hombre, se crispó por algo inexplorado que había dentro de él.

—¿Lo de que Arthur esté casado? —balbucí.

—Casado y divorciado ya, desde hace una semana. La chica es de Champaign.

—Así que tienes un nieto… ¡Enhorabuena!

Einhorn me pareció tenso y brillantes sus ojos por la determinación de aguantarse todo. Pálido y chato se veía el semblante narigudo a fuerza de infelicidad.

—¿Es esta su primera visita? —pregunté.

—¿Visita? La madre nos ha plantado al niño tranquilamente. Lo dejó aquí con una nota y se piró. Hemos tenido que aguardar a Arthur para saber qué pasa.

—¡Ay, qué precioso es este niño! —exclamó Mildred con brío mientras el nietecillo de Einhorn, contra su pecho, la asía cruelmente del cuello—. ¡Pues yo me lo quedo! ¡Cuando quieras!

Y esto —dicho por su segunda esposa, que eso era Mildred— enfrentó a Einhorn con el origen de todos sus pesares: él mismo; su sensualidad. Y, pese a su amor propio, se sintió abofeteado por la verdad reflejada en lo hondo de sus ojos negros. Su aspecto era el de un gnomo acurrucado bajo el techo de una antigua iglesia. A cada lado de sus informes, indefinidos pantalones, sus manos caían, salpicadas de manchas de vejez. Su pelo tenía la ondulación de una cuerda destrenzada; de la postura de su cabeza surgía una sensación de ruinas que fueran acumulándose tras él. Quietos sus

brazos, Einhorn podía haber sido un prisionero maniatado o alguien embozado en una capa. ¡Pobre! En cualquier momento de su decadencia, Einhorn podía haber hecho valer el bono dorado que, para sus adentros, representaba Arthur, pero ahora sentiría solo el despecho de que su bono hubiese caducado como los desleídos billetes zaristas de la Abuela Lausch. La bruñida caja fuerte en que Einhorn había conservado su metafórica reserva de riquezas, ahora solo despedía emanaciones de miseria. Einhorn no miraba siquiera a su nieto, que era un chiquillo vivaracho encaramado a las rodillas de Mildred. Tillie se mantuvo ausente durante mi visita.

Traté de ocultar mi conmiseración puesto que, al sentirla, Einhorn me hubiese respondido con enfado, aun siendo yo uno entre los pocos dispuestos a reconocer su reputación de antaño. Yo estaba haciéndole así un servicio, pues con mi actitud atestiguaba que la suya había sido una auténtica grandeza. Pero él habló sin energía:

—Estamos aviados con este muchacho. Augie, tú tienes noción de la capacidad de Arthur. Pues bien, este tonto de capirote se mete en enredos antes de haberla demostrado palmariamente…

—No veo dónde está el daño —terció Mildred—. Te has hecho con un nieto la mar de gracioso.

—No te metas en esto, Mildred, ¿por favor? Un niño no es un juguete.

—Bah —apuntó ella—; acabará creciendo: cuestión de tiempo. Los padres suelen llevarse el mérito, pero dista de ser así la cosa.

Einhorn bajó la voz para confiarme que su hijo denotaba interés en una joven llamada Mimi.

—Ya que tú te codeas con gente del ambiente, ¿la conoces?

—Es buena amiga mía.

Enarcó sus cejas el hombre; interpreté que esperaba que ella y yo fuésemos amantes, con lo cual su Arthur no tendría ocasión de meterse en mayores aprietos, aunque fuese por respeto a mí.

—No es amiga de la calaña en que estás pensando —aclaré.

—¿No te la tiras, entonces?

—No.

Quedó desengañado; hubo un vestigio de condescendencia o burla —apenas un reflejo en su mirada— que noté.

—No olvides que he estado casi comprometido para casarme hasta el día de Año Nuevo —le dije.

—¿Qué clase de persona es esta Mimi? Él la trajo aquí hace un par de semanas. Tillie y yo la tenemos catalogada como alguien que se las trae. Arthur, un intelectual, un poeta, va a pasarlo mal con ella. Quizá sea una chica de buena índole… No deseo despedazarla sin necesidad.

—Pero ¿a qué todo esto? ¿Acaso tu Arthur proyecta volver a casarse? La verdad es que puedes considerarme como admirador de Mimi.

—¿Platónico?

Reí, no sin resentimiento, porque tuve la impresión de que a Einhorn no le habría gustado que Arthur me sucediese como amante de nadie.

—Si quieres informes de Mimi, habrás de consultar a Mimi; yo no creo que sienta inclinación por propuestas matrimoniales, de momento.

—Bueno, bueno.

Yo no dije esta boca es mía.

—Augie —y Einhorn puso la expresión facial que reservaba para los negocios—, se me ocurre que, tal vez, Arthur pudiese caber en algún resquicio de tu organización…

—¿Es que está en busca de empleo?

—Yo lo estoy por él.

—Puedo hacer averiguaciones.

¡Menudo favor me pedía! Ya me imaginaba a Arthur, descargando su peso muerto en algún escritorio y con su dedito metido como señalador entre las hojas de un tomo de Valéry u otro autor que le resultase apasionante.

—Podría ayudarlo la propia Mimi —añadí—, si quisiera. Mi puesto se lo debo a ella, que tiene un conocido allí.

—Un conocido, ¿eh? ¿Tu amiga, dices?

Einhorn seguía intentando entramparme en una confesión de intimidad sexual con Mimi, pero sin resultado.

—Hijo, no vas a contarme que mantienes esa esplendorosa salud sin la ayuda de algún amigo del alma… o amiga.

Tan complacido quedó del propio discurso, que por unos instantes Einhorn olvidó sus penas. Pero su nieto se gorjeó, en eso, y el rostro de su abuelo pasó de sensual a austero o triste.

Era una suposición correcta la de que yo tuviese una amiga. Se trataba de una joven griega llamada Sophie Geratis, camarera en un hotel de lujo y portavoz de una delegación que vino a nuestra sede para afiliarse. Las camareras ganaban veinte céntimos por hora de trabajo. Cuando resolvieron ir a ver a su representante a fin de que pidiese aumento de salario para ellas, el hombre estaba jugando a los naipes y no quiso ser molestado. Las camareras estaban al tanto de su complicidad con la administración del hotel. Sophie era bonita por donde se la mirase: piernas, boca, rostro. Sus labios parecían enfurruñados, pero su clara mirada dulcificaba esta expresión. Tenía manos rudas de trabajador, la niña griega. Era dura con su belleza. Yo no podría haber fingido ni por un instante que Sophie no me gustaba. Tan pronto como hube posado mi vista en ella, tuve la idea de que en la forma de las comisuras de sus ojos había una esperanza de ternura para mí; esto me conquistó. También era tierno lo que sentía yo por ella: no era el calor que te transforma en barro del Nilo, capaz de cuartearse o de ser fértil.

No bien hubieron firmado su afiliación estas mujeres, hubo una alegría feroz y un mucho de indignación: comenzaron a incitarse a la acción directa, llamándose a la

huelga como asidas por un frenesí de legalidad. Pero yo les expliqué —sintiendo la horripilación de una hipocresía de burócrata— que este era un caso de sindicalismo dual: en lo jurídico, ellas estaban representadas por la Federación Americana del Trabajo y por eso ningún otro sindicato podría negociar en nombre de ellas. En cambio, si la mayoría entre los empleados estaba de parte del Congreso de Organizaciones Industriales, podía realizarse una elección. Ellas no comprendían esto y, como yo no me hacía oír en el estrépito, pedí a Sophie que saliese conmigo al corredor, donde yo aclararía su posición laboral ante ella solamente. No habiendo nadie en el corredor por el momento, Sophie y yo nos besamos a la carrera, algo francamente temerario. Nuestras piernas temblaban. Sophie habló y dijo en un hilo de voz que yo podría explicarle todo luego y que, antes, ella se llevaría a las mujeres de allí; regresaría más tarde. Eché el cerrojo en la oficina y, no bien estuvo de vuelta, la llevé a mi alojamiento. A su cuarto no podíamos ir. Su hermana y ella vivían juntas y mantenían relaciones formales con dos hermanos con quienes se casarían en junio, seis semanas más tarde. Yo había visto una fotografía del novio de Sophie, un tipo de aspecto calmoso y responsable. Sophie quería creer que estaba obrando con toda sensatez, acumulando placer ahora para eludir apetencias extraconyugales después. Era dueña de un cuerpo finamente construido, intrincado y terso y prieto. He ahí la felicidad que Einhorn había percibido en mí y que yo hallaba en Sophie.

Kayo Obermark sentía demasiado respeto varonil para interrogarme acerca de las risas, exclamaciones y gemidos de Sophie mientras gozábamos ambos. Pero Mimi sí me interrogó:

—¿Qué clase de tía te has echado, dime, que tanta bulla mete?

Luego adoptó un tono de broma, pero yo calculo que se sentiría un tanto desconcertada, como si yo me hubiese adelantado a sus previsiones. Y agregó:

—Pues parece que se viene con la clac.

Quedé cohibido; no me hubiera esperado esa pregunta yo tampoco.

—Alguien estuvo por aquí el otro día, buscando tu paradero —siguió diciendo Mimi con sorna—. Descuidé mencionártelo, porque esto se está poniendo casi tan atestado como un lugar de peregrinaje…

—¿Quién era?

—Una niña más guapa aún que la que mete bulla.

Me imaginé que Lucy había cambiado de parecer:

—¿Dejó algún mensaje?

—Dijo que tenía que hablar contigo y me pareció agitada, aunque es posible que eso se haya debido a las escaleras.

No me turbó la noticia; Lucy ya no despertaba interés sino cierta curiosidad en mí.

Resolví hablar de Arthur a Mimi y recomendárselo; hallé entonces que, si Einhorn había puesto peros a Mimi, esta se puso frenética apenas se lo hube nombrado:

—¿Ese vejete? ¡Mal bicho! No bien estuve cerca de él me sobó la pantorrilla. Se ha de creer la mar de atractivo…

—Haz el intento de comprenderle, mujer. Eso de que le acusas no es más que una forma caballeresca de saludo…

—¡Al demonio con eso! ¿Quién dice que un tullido entrado en años deba actuar como un cachondo mental?

—Es un viejo espléndido. Lo conozco desde mi niñez y significa mucho para mí, ¿vale?

—Para mí no significa nada y además es un tirano con Arthur.

—Yo creo que ama a Arthur más que a nadie en el mundo.

—¿Es eso todo lo que sabes de él? ¡Si se desquita con Arthur el día entero…! Tengo que ayudar a ese chico a salir de allí. Está hasta la coronilla del viejo y su tema del niño…

—¿Acaso no vendrá la madre a reclamarlo?

—Por lo que cuenta Arthur, no sé si esa mujer es trigo limpio o una vagabunda. Si no es cosa de jugar con ideas, Arthur es la vaguedad personificada. Dime: ¿qué hija de mala madre abandona a un niñito… cuando ya lo ha tenido? A no ser que esté enferma. De la cabeza, se entiende.

—¿Arthur no aclara nada del estado mental de ella?

—A cuestiones como esa no se adhiere la mente de Arthur.

Dije:

—Me pregunto si es que conoces a fondo la situación entre Arthur y su padre. Todo lo sucedido es un hueso duro de roer para Einhorn. Él contaba con Arthur. Tillie también. El cuadro, ahora, no es ni más ni menos que una estampa de la Depresión, con hijos que regresan con nietos a alojarse en el pisito de sus padres.

—¿Por qué tiene derecho Einhorn a pasarlo mejor que los polacos o los que viven al día en el barrio de él? Malo sería ayudarle a sentirse superior aún, pero cuando las cosas que pasan llueven sobre todos por igual, entonces se verá realmente quién es inferior. Al fin, ¿qué cosa tan terrible le ha pasado a Arthur? Sea como fuere, él es mejor persona que Frazer, quien, según me entero, ha vuelto al lecho conyugal y no me pagará lo que me debe: no es hombre de reconocer sus errores pasados, presentes o futuros. Como Metternich, que dijo un día: «Jamás me he codeado con el error»… Frazer está igualmente pagado de sí mismo. ¡Ese nunca pierde un tren!

Coño, tu amado Einhorn es capaz de querer solo a un hijo de enorme sangre fría, siempre dueño de la situación y que jamás pierda el tren. Pero, nada, Arthur le ha salido poeta y el iluso de su padre nunca supuso que le sucedería algo así —a él, nada menos—, ¡y que resultaría padre de un Villon o de un Rimbaud…!

—¡Ah, así es la cosa, entonces! A ver, dime, ¿dónde ves tú la mala entraña de Einhorn con su hijo?

—Pues le regaña a todo trapo, busca ocasiones para injuriarle… Apenas ayer estaba dándole confites a su nieto y Arthur le señaló que eso no es sano para el niño y

Einhorn le contestó: «Mira: esta es mi casa y este mi nieto, así que puedes irte con la música a otra parte si no estás conforme».

—Ah, eso es grave. Arthur debería esfumarse, en tal caso. ¿A santo de qué aguanta todo esto?

—Porque no tiene un duro. Anda con unas purgaciones, además.

—¡Caray! Este tío las pasa negras. ¿Te lo ha contado él mismo?

—¡Hombre! ¿Quién quieres que me lo cuente?

Sonrió entonces y vi el fulgor del entusiasmo en su mirada, como no lo había visto antes: Mimi, pues, estaba de parte del muchacho.

—Yo lo ayudaré, verás —dijo Mimi—. Ahora está en tratos con un médico, pero luego se marchará de la casa de su padre.

—¿Con el chaval?

—No. Alguien se hará cargo del niño. ¿O pretendes que Arthur se vuelva ama de casa solo porque esa alocada le ha plantado con su hijo?

—Si él le hubiese dado algún dinero, acaso se habría quedado ella el pequeñín…

—¿Cómo lo sabes? Sí, tal vez hubiera sido eso lo práctico. Tampoco es justo que un niño se críe con un par de vejestorios.

—Einhorn me ha pedido que consiga un empleo de organizador para Arthur.

El estupor demudó a Mimi; ella se quedó mirándome, como aguardando que yo admitiese lo grotesco de las actitudes de la gente. De pronto se puso a trajinar y lavó su ropa interior sin responderme.

Desde luego, Arthur no estaría en condiciones de desenvolverse en el sindicato mientras se sintiese enfermo. Me figuré que lo útil sería idear en tanto un pretexto grato a su padre y alegué la inexistencia de una vacante. En vista de la vanidad de Einhorn en cuanto a la superioridad de su vástago, esto no ha de haberle agradado, pero me pareció razonable como excusa lo de que no podrían ofrecer a alguien del calibre de Arthur un empleo de pacotilla.

Por lo que se refiere a Lucy Magnus —pues yo no imaginaba que se tratase de otra—, sentía yo una prosaica curiosidad o poco menos; no hice caso de su presunta llamada hasta algunas noches después, cuando una mano femenina golpeó a mi puerta mientras Sophie Geratis estaba arrellanada en la cama, en enaguas y conversando conmigo. Viendo su sobresalto le dije:

—No te inquietes, chata, que nadie nos molestará.

A Sophie le gustó la seguridad con que lo dije y esto nos condujo a besarnos, de modo que los muelles del elástico hicieron el ruido inseparable, en forma tan curiosa, de los hechos de amor, cosa que hubiese ahuyentado a cualquiera que no hubiera sido esta persona en particular:

—¡Augie! ¡Señor March! —Y no fue la voz de Lucy Magnus sino la de Thea Fenchel, voz que por casualidad reconocí inmediatamente. Me bajé de la cama y Sophie me intimó a ponerme algo encima, desengañada de que terminasen los besos solo porque una mujer me hablaba tras la puerta cerrada.

Asomé la cabeza y bloqueé la entrada con un hombro y mi pie desnudo. Era Thea, en efecto. Ya me había prevenido en su nota que volvería a verme y aquí estaba.

—Lamento esto —dijo—, pero es que ya he pasado por aquí un par de veces, sin encontrarte.

—Solo una, me parece. ¿Cómo me has rastreado?

—Hice una pesquisa con un detective. Entonces, la que me atendió no te ha contado lo de las dos veces. ¿Está contigo? Pregúntale.

—No, no es la misma persona. ¿Así que has contratado a una agencia para dar conmigo?

—Celebro que no estés con aquella chica —dijo por toda respuesta.

Yo no abrí la boca.

Thea no alcanzaba a conservar su compostura. Ese semblante dispuesto, distinto del que yo recordaba, delicado pero de poco nervio, ancho y pálido, de flagrantes orificios nasales. Y volvió a mi memoria el relato de Mimi: Thea había quedado jadeante después de subir las escaleras, si bien estaba de por medio su determinación de no entregarse al desengaño en caso de no encontrarme solo arriba. Llevaba puesto un traje de seda de color pardo con notables filigranas de agua y deseaba que yo lo notase. Al mismo tiempo percibía yo su temblor por sus manos enguantadas y la inestabilidad de su sombrero de flores; así como en alta mar es el susurro contra las amuradas levísima señal de muchas millas de profundidad y extensión, la tiesura de la seda emitía continuamente un trémulo rumor.

—No es nada —musitó Thea—. ¿Cómo podías saber, acaso, que yo vendría? Yo no espero que…

No sentí necesidad de ser perdonado, como si en realidad hubiese estado aguardándola, y aún podría haberme sonreído con derecho, pero fui incapaz. Yo la tenía conceptuada como niña rica y caprichosa cuya prioridad estriba en rivalizar con su hermana; no más, porque, independientemente de cómo hubiera comenzado, esto era ya otra cosa. Lo que te hace empezar a no ser lo suficientemente bueno va consolidándose más tarde. Quizá le hubiera sucedido esto a Thea, pero yo no estaba en condiciones de afirmar qué prevalecía, si la enfermedad de espíritu o su nobleza, ora estuviese luchando Thea contra objeciones personales de orgullo, ora contra objeciones sociales relativas a lo que una joven se debe a sí misma: las cosas cortantes que rodean de dolorosas aristas a la mayor endeblez de la mujer en lo social. Quiero decidir: ya pugnase Thea en contra, ya saliese a buscar una ocasión torturante. Pero esto no era todo lo que yo pensaba o sentía, en modo alguno, pues en tal caso hubiese ahuyentado a Thea. Sophie Geratis me gustaba demasiado para renunciar a ella solo por sentirme interesado en otra o halagado; o bien por ver en Thea la oportunidad de desquitarme de Esther Fenchel a través de su hermana, y que he declarado que no soy rencoroso. Pero, de repente, me hallé con que ni siquiera Sophie estaba metida en el asunto.

—¿Qué haces, hija? —pregunté sorprendido, volviéndome hacia ella. Se había

calzado ya y la descubrí con ambos brazos levantados. El vestido negro cayó sobre sus hombros, batallando ella para meterse en funda, tirando de él para acomodarlo sobre los pechos y la curva de las caderas. Sophie terminó sacudiendo su pelo para despejar el rostro.

—Querido, si esta persona es alguien que deseas ver…

—Pero, Sophie, esta noche es tuya.

—Tú y yo estamos dándonos un gusto antes de que me case, ¿no es verdad? ¡Una cana al aire! Tal vez tú también quieras casarte. Lo nuestro no es más que una aventurilla, ¿no?

—Tú no te vas de aquí —afirmé.

Pero Sophie no me escuchó y, cuando se puso a atar los cordones de sus botas, cubrió púdicamente la parte descubierta de su muslo. Pues yo no había hablado con la firmeza suficiente. Y con el acto de cubrirse —sin enojo, pero cabizbaja—, Sophie me retiró grados esenciales de nuestro fuego amoroso. Recuperarla —lo comprendí entonces— me requeriría muchas pruebas, incluso la de pedirle su mano como apogeo. Acabé reconociendo en mi fuero íntimo que Sophie estaba en lo justo al partir, puesto que en adelante yo no le dispensaría más el alegre interés que nos había unido.

Bajo la puerta se deslizó una hoja de papel y luego oímos que Thea se marchaba.

—Por lo menos no tiene el descaro de esperar para verme salir —dijo Sophie—. Ya ha tenido la desvergüenza de golpear sabiendo que estabas con gente. Oye, ¿estás comprometido con ella o algo por el estilo?… Anda, ve, lee tu nota.

Sophie se despidió con un beso, sin permitirme devolverlo ni acompañarla hasta la acera. En paños menores, pues, me quedé a recibir la brisa de aquella noche de mayo en mi ventana y abrí la esquela de Thea, donde constaban sus señas y este mensaje: «Te ruego me llames mañana. No estés enfadado por lo que no puedo remediar».

Pensando en el rubor de Thea por los celos que transparentaba su rostro y en cuán pródigo en inquietudes se había presentado el momento de mantenerse firme mientras yo, desnudo, abría la puerta y conferenciaba, no advertí en mí inclinación a enfadarme por nada. Aun cuando resultó arbitrario su proceder para con Sophie, presumiendo Thea que solo ella experimentaría la cantidad justa de emoción amatoria. Yo mismo tenía, por mi parte, buena cantidad de ideas tales como, por ejemplo, la de si estaría yo en peligro de enamorarme por el simple deseo de complacer. ¿Por qué? ¿Porque el amor es algo tan raro que, si alguien lo siente hacia otro, este ha de rendirse en el acto? ¿Si por el momento no tiene nada importante en juego? En esta reflexión había en buena medida un afán de burla, acompañado, empero, del hecho de que, en aquella época, todo me enardecía un tanto, de modo diverso. Yo creía en que la exclusiva ocupación de la mujer estriba en el amor; o bien, en otras circunstancias, en el hijo. Y, en mi ligereza, me concedía o la objeción o el entretenimiento que me correspondiera. Hablando de ligereza, podría haberme

beneficiado con la noción de que lo pesante es la raíz de lo leve: esto es, en primer lugar, que lo agraciado viene de lo sepultado a mucha profundidad. Pero así como la sabiduría ha de ramificarse y echar nudos en todas direcciones, esto también atañe a la risa leve que es solo una parte de lo enviado al cielo por una magna pesadumbre, o también a la gravedad que pasa por ser palpitación de ejecutante o motivo de risa para el público. Aun quien aspira a la fe, a veces bromea acerca del camino hacia Dios, y llega.

Me dormí como un tronco aquella noche. Las sábanas olían a los cosméticos de Sophie (o a cualquier quisicosa que ella les hubiese comunicado), así que, en cierto modo, descansé envuelto en sus pendones. Despierto ya, imaginé haber dormido sosegadamente, ya que la mañana era radiante, pero estuve errado. Recordé pesadillas de chacales que trataban de escalar los muros de Harar, en Abisinia, para devorar a los muertos de peste, cosa que habré sacado de la biografía de un poeta favorito de Arthur que este dejó abandonada en cualquier parte. Oí gritar y quejarse a Mimi en la planta baja, por teléfono, aunque no fuera aquella ni más ni menos que una conversación corriente. El día estaba fresco, de una belleza casi material para recoger como a una flor, con las esquinas del patio llenas del color de las flores criadas en potes y ollas de hierro forjado. ¡Ah, ese color encarnado que, con el andar del día, te daría vértigo y golpearía tu corazón con un poder similar al de una enfermedad de esas que te hacen escupir sangre y traen retortijón y podredumbre, tan enjundiosamente como el placer mismo! Mi cara picaba como si hubiese recibido un trompazo capaz de hacerme sangrar la nariz. Me veía y sentía hinchado y taciturno; como si, por una plétora, debiera ser sometido a sangría. Mis manos y pies se hallaban en idénticas y ominosas condiciones. Aun la acera, a través del zapato, excoriaba mis pies. Las propias venas parecían cargadas de plomo. No pude soportar el encierro de un minuto, necesario para beberme mi taza de café en un bar. Me arrastré hasta la oficina. Cuando me hube repantigado en la silla, percibí el forcejeo de todas mis funciones —hasta el pulsar de las arterias de mis pies— y rogué por no tener obligación de levantarme esa mañana. Puerta y ventana estaban abiertas; la vetustez del lugar, tan transitado, tendría oportunidad de ser olvidada durante la quietud que reinaba antes del rompimiento de las hostilidades: la hora pastoral antes de las andanadas de Flandes que desgarrarían los cielos. Y la alondra, que no necesita escupir ni carraspear, se eleva entonces.

Pero luego el tráfago diario arrancó y, en mi exasperada incapacidad de apretar el paso, fue una verdadera danza maníaca, un vals furibundo en que cada participante procuraba desgastar al otro; o la tarantela del loco saltarín; o los contoneos inerciales de los casi inconscientes; o las decorosas sevillanas de los tiesos cuyos rostros no delataban el golpeo de sus talones; la patada epidémica de la servidumbre germánica; el *kazatsky* acuclillado; el paso-titubeo de la adolescencia; el charlestón. Yo me enfrenté con toda la variedad, pero tratando de no levantarme de mi asiento. Salvo cuando tenía que ir al retrete o bien al bar que había en la sala de billares, bajo tierra,

donde el verde del paño se me iba a la cabeza. Sin embargo, apetito no tenía. Era un roerme, no un vacío de tripas, lo que me dolía.

Cuando tornaba a mi puesto, era para hallar un renovado gentío esperando el momento de representar lo suyo. Yo, el empresario exhausto, observado con ira o con avidez, con tics, con dignidad por unos y miradas de manicomio por otros. ¿Y qué iba yo a conseguirles como reparación? ¿Les abriría principados explicándoles cómo llenar una tarjeta? ¡Oh Dios de los ejércitos! Sé que el trabajo humano es un trato de esos lucubrados por la Providencia, por el cual se salva la criatura del hambre, del frío o de romperse el pescuezo. Pero en qué curiosas y extrañas formas termina sobreviviendo el hombre, transformándose en ellas durante este proceso…

Fue en mi estado anómalo de sentimientos cuando reflexioné acerca de esto. El recuerdo del frufrú de la seda que vestía Thea aquel día, me ponía a temblar. También lo hacían los extrañísimos resultados de la historia del trabajo…

Yo telefoneaba a Thea cada vez que tenía oportunidad de hacerlo. Sin respuesta. Grammick entró en contacto conmigo en ese momento. Me pidió ayuda para la misma noche en Chicago Sur, en una fábrica de vendas y gasa que él había organizado como al pasar. Pues nosotros funcionábamos como una agrupación de jesuitas que caía allí donde un pueblo pagano estuviese afanoso por ser convertido a la fe de miles y miles en sus aldeas de casas de ladrillo. Yo debía llenar un saco de panfletos y formularios en blanco, correr a la estación ferroviaria de la línea Illinois Central, tomar el tren eléctrico y encontrarme con Grammick en su cuartel general, alojado en una taberna, un tugurio violento pero con entrada aparte para damas y familias, ya que muchos de los enrolladores de gasa eran mujeres. No me explico en qué forma mantenían limpias las vendas en aquel pueblo tosco, lleno de fealdad y de hollín y de matones, semejante a un proyecto chapucero de la Torre de Babel que hubiera quedado paralizado por varias docenas de veces en el segundo piso y entonces todos los obreros de la construcción hubiesen dimitido y comenzado a vivir allí, en cambio. Grammick se hallaba en el medio de este espectáculo, atareado en organizarlo. Estaba tan firme como Stonewall Jackson, pero pacífico como el instructor de tallado en madera en una escuela de niñas.

Estuvimos en pie durante la mayor parte de la noche; al llegar la mañana quedamos listos con todo lo necesario: comités dispuestos, demandas redactadas, presta la maquinaria de las negociaciones y de acuerdo las facciones. A las nueve, Grammick cogió el teléfono para hablar con la junta de directores. A las once habían empezado ya las tratativas y por la noche, tarde, quedó suspendida la huelga por haberse obtenido nuestros objetivos. Salimos a cenar salchichas vienesas con chucrut en compañía de afiliados jubilosos. Esto era cosa de cajón para Grammick, pero yo me sentía entusiasmado y rebosante de congratulaciones.

Fui a la cabina telefónica con mi vaso de cerveza e intenté llamar a Thea nuevamente. Esta vez contestó Thea. Le dije:

—Oye, me encuentro fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo; si no, ya

hubieras tenido noticias mías. Pero confío en estar de regreso mañana.

—¿Cuándo?

—Por la tarde, supongo.

—¿No puedes llegar antes? ¿Dónde estás ahora?

—En los suburbios. Volveré tan rápido como pueda.

—Pero mira que no me queda demasiado tiempo en Chicago…

—¿Tienes que marcharte? ¿Adónde?

—Querido, te explicaré todo cuando nos veamos. Mañana me quedaré en casa, aguardándote. Si no puedes telefonearme antes de venir, llama tres veces a la puerta.

Mi excitación fue como un cepillo de cerda; me detuve por un momento con los ojos cerrados de placer, enrojecidas las orejas y leves estremecimientos en mis piernas. Perecía por verla, pero no podía escapar todavía. Había cabos sueltos que sujetar. Era importante que aun los vencedores dijesen *au revoir*. Grammick no se iría de allí hasta haber arreglado las cuentas: todo debía quedar en orden. Luego, a nuestro regreso, deberíamos pasar por la sede a informar de los resultados obtenidos. Lo cual significaría un progreso para mí y mi presentación al señor Ackey. Mejorada la situación con mis superiores, yo dejaría de ser el empleado que no figura en las plantillas.

Ackey nos aguardaba, pero no para darnos sus parabienes: nos ordenó volver al campo de batalla.

—Grammick —dijo, en lugar de dirigirse a mí—, ¿es este tu protegido? March —agregó sin mirarme, como si no fuese todavía la ocasión—, hoy tendrás que hacer de árbitro de conflictos laborales muy seriamente. La situación está que arde. Un espanto. Se trata del Hotel Northumberland, uno muy pera. ¿Cuánta gente hay afiliada allí? ¡Bastante poca! Y eso que han de tener arriba de doscientos y pico empleados en un sitio así…

—Tenemos unos cincuenta afiliados en ese hotel, camareras, en general —respondí—. ¿Qué sucede?

—Se disponen a hacer huelga. ¿Te parece poco? Esta mañana hemos recibido no menos de cinco llamadas para ti de Sophie Geratis, una de las camareras. En este preciso momento están en asamblea en el cuarto de la ropa blanca. Vete para allá y trata de contenerlas. La Federación del Trabajo anda rondándolas. Debemos lograr una elección.

—¿Qué me toca hacer a mí?

—Defender la posición. Tú las haces firmar y luego impedirás que salgan. Date prisa, antes de que se arme un follón.

Recogí mi saco de solicitudes de afiliación en blanco y me largué en dirección al Northumberland. Era un edificio mayúsculo, lleno de galerías rococó hasta el trigésimo piso y de toldos que ondeaban al viento, frente a los tonos de verde de Lincoln Park.

Ahí llegué, pues, como una exhalación en taxi. No vi portero de servicio; el lugar

reverberaba en el cobre de los escudos de armas y los cristales de las puertas giratorias con sus monogramas de oro batido. Pensando que me convenía la entrada trasera, para perder menos tiempo buscando la asamblea de las camareras, subí tres pisos por escaleras de acero ya que nadie respondía en el ascensor de cargas. Oí un alboroto a lo lejos y fui por los pasillos alfombrados o bien de piso de cemento, rastreándolo hasta dar con el cuarto de la ropa blanca.

Estaba desarrollándose ahí una pugna entre los leales al sindicato reconocido y las mujeres rebeldes, principalmente las mal pagadas. A estas últimas las enfurecía el hecho de que se les hubiese negado un aumento. Habían concurrido de uniforme o de librea. El cuarto estaba blanquísimo y caldeado por el impacto del sol, abiertas de par en par las puertas a la lavandería; las mujeres, vestidas de azul y cofia blanca, alzaban la voz, en pie de guerra. De pie sobre las mesas de metal y los barriles de jabón, exigían el paro a gritos. Busqué a Sophie con la mirada; ella me divisó antes y vociferó:

—¡Aquí está el organizador! ¡Aquí viene March!

Se había encaramado a un tonel, con las piernas separadas y enfundadas en medias negras. Acalorada, si bien pálida y ceñuda, su ardor tornaba más oscuros sus ojos, todavía. Trató de no mostrar familiaridad conmigo, de manera que ningún escrutador podría haber descubierto de nuestros encuentros eróticos.

Eché un vistazo en torno y vi a amigos y enemigos entregados a la mofa y la incitación, desconfiados, fanáticos, airados y gritando. Vi a un capataz, de blanco como un interno de hospital, con el rostro aquilino de un Tecumseh o el de uno de los pintarrajeados atacantes de Schenectady. Este individuo pretendió explicarme en el acto una estrategia, con absoluta seriedad, en aquella pajarera llena de chillidos tropicales y calor de lavandería, por no mencionar el albor prístino de la luz del sol.

—Aguardad, aguardad —exclamé, subiéndome al tonel y tomando el lugar de Sophie.

Algunos comenzaron a aullar:

—¡A la huelga!

—¡Escuchad, por favor! ¡No será legal!

—¡Al diablo contigo! ¡Llorón! ¿Es legal acaso que estemos ganando un dólar y medio por día? ¿Qué queda después de haber pagado el viaje de ida y vuelta y la cuota sindical? ¿Comemos? ¡No, vamos a parar!

—¡No, no hagáis eso! Sería una huelga no sancionada por el sindicato. Los tíos de la federación enviarán a otros en vuestro lugar y eso sí sería legal. Lo que debéis hacer es afiliaros a nosotros para que pueda haber una elección y, cuando hayamos ganado, os representaremos nosotros.

—Si ganáis —replicó alguien— y eso ya representa unos meses más.

—Pero es lo mejor que podéis hacer…

Abrí un atado de tarjetas y comencé a distribuirlas cuando vi a varios hombres forcejeando para pasar a través del montón, haciendo a las mujeres a un lado; y todo

se puso a saltar. Apenas hube comprendido que estos eran los gorilas del sindicato opositor, alguien me asió por detrás, derribándome, y me dio un porrazo en la nariz y el ojo. Hubo sangre; la hubo. Mi compañero, el de aspecto aindiado, me pisó en su embestida contra el que me acababa de golpear. Una camarera negra me ayudó a incorporarme, en tanto. Sophie metió su mano en mi bolsillo y extrajo mi pañuelo, hablando a grito herido:

—¡Bestias! No te aflijas, mi cielo, y echa la cabeza atrás.

Se había formado un círculo de mujeres en torno mío y del tonel caído. Cuando un matón intentó alcanzarme, varias mujeres se abalanzaron sobre él armadas de tijeras, cuchillos y palas de mano para el jabón, de manera que el cabecilla tocó a retreta y sus secuaces formaron alrededor de él, que era menudo, en contraste, pero de apariencia peligrosa con su temo de señorito y su pistola de Baltimore. Parecía alguien salido de la comisaría que se hubiera pasado al enemigo. O de la carne que come el gato a la carne humana. Daba la impresión de que, a corta distancia, ese hombre olería como un borrachín, pero quizá esto obedeciera al color que le confería la ira antes que el que da el whisky entre pecho y espalda. De una maldad inevitable, este sujeto, capaz de tanto daño como prometía. Yo estaba en condiciones de demostrarlo: los chorros de sangre que salpicaban mi pañuelo y camisa, además de la que estaba escupiendo todavía, mientras mi ojo resentido iba hinchándose hasta quedar hecho una simple rendija. Y sin embargo, el susodicho tenía la ley de su parte, siendo —como lo era— el representante bajo contrato de esas mujeres.

—Señoras —habló él—, les ruego que se aparten de allí y dejen que mis hombres capturen a este pobre diablo que nada tiene que hacer aquí. Él está en infracción, quebrantando leyes del Congreso. Yo puedo denunciarlo y pedir una orden de arresto para él. El hotel mismo puede hacer que lo metan en chirona por violación y entrada ilícita.

Gritaron las mujeres y ostentaron sus armas. La negra, cuyo acento provenía de las Indias Occidentales o de algún otro punto del Imperio Británico, tronó: «¡Nunca, miserable pigmeo!». De modo que yo estaba entre asustado y atónito.

—Cálmate, hermana, que ya le echaremos el guante —dijo un bravucón—. Esta guardia no le durará la vida entera.

El mandamás le ordenó callar, de mala manera, y a mí me interrogó:

—¿Con qué derecho estás aquí?

—Se me ha pedido que venga.

—¡Ya lo creo! Pues sí que lo hemos invitado —dijeron irónicamente los cocineros mientras otros se burlaban, se tapaban las narices y tiraban de una imaginaria cadena de inodoro para zumbarse de mí.

—Un momento, todos vosotros. Yo estoy para representaros. Cuando hay quejas, ¿para qué estoy yo?

—¡Para echarnos cuando entramos en la sede a pedir alguna cosa mientras tú estás repantigado, con los pies sobre el escritorio, bebiendo de la botella y eligiendo

caballos ganadores!

—Bueno, bueno —dijo el mandamás—. No tenéis por qué amotinaros. Pero estoy viendo las tarjetas que ha distribuido este enteradillo. Quiero que las hagáis pedazos y no tengáis nada más que ver con él.

—¡No os dejéis engañar! —exclamé.

El tío que me había pegado hizo una intentona de romper el cerco defensivo que me rodeaba, sin ningún resultado. Sophie me llevó aparte y luego me hizo desaparecer por los corredores de servicio.

—Ahí tienes una escalera de incendios —dijo—: baja por ella, y vete. Y cuídate, vida, que de ahora en adelante te acosarán.

—¿Y tú qué harás?

—¿Qué puede pasarme a mí?

—Olvídate de huelgas por un tiempo.

Tirando con fuerza, firmemente plantada sobre sus piernas abiertas, Sophie me dio paso. Era una pesada puerta lo que me separaba del exterior.

—Augie —me preguntó—, tú y yo no nos vemos más, ¿verdad?

Le contesté que no, pues estaba la otra joven de por medio.

—Adiós, entonces.

Descendí a toda prisa, me deslicé hasta la calle y no tuve suerte con el camino que elegí. Uno de los gorilas estaba allí, de facción. Se abalanzó hacia mí y yo salí disparado hacia Broadway. Me arredraban los tiros que esperaba oír a mis espaldas, algo nada raro en Chicago, donde solían liquidar a la gente en plena calle. Pero el hombre no usó armas de fuego. Su finalidad era la de romperme los huesos y enviarme al hospital.

Como le llevaba ventaja, crucé la avenida adelantándome a él y lo vi, de cintura arriba, detenido por el tránsito. Respiré el mocarro del miedo a través de la sangre coagulada en mi nariz. Un tranvía a paso lento sirvió para la huida. Tenía yo la certeza de ser perseguido, por obra de la lentitud y pesadez del vehículo. Pero tal vez podría despistar al tipo en la multitud. Me senté junto al conductor. La vista de la calzada era amplia y estaba a mi alcance la barra de hierro que usa el conductor en los rieles para cambios de dirección. Yo podía estar seguro de que el matón me seguía en un taxi entre el enjambre de coches envueltos en la humareda de gasolina. La calle era un pozo tosco, caliente, opaco. Me martirizaba mi aborrecimiento de ella así como el avance torpe del tranvía. Gradualmente, sin embargo, fueron acercándose el puente y sus torres, el río sucio de lavaza y las gaviotas. El tranvía cobró velocidad y el puente quedó atrás. Bajamos pesadamente y nos atascamos de nuevo en el tránsito. Aguardé hasta la calle Madison y, cuando solicité descender del tranvía, el conductor dijo que ahí no había parada.

Furioso, le dije:

—Ábrame o le parto la cabeza en dos.

Al ver mi cara y el ojo hinchado, me dejó salir. Salí a todo correr, pero con el fin

único de doblar la esquina y perderme. Me arriesgué a meterme en la cola, que se movía rápidamente, de gente que deseaba ver una película de Greta Garbo en el cine McVickers. Ya en el vestíbulo —con gruesos cordones rojos que separaban a quienes entraban de quienes partían— me sentí como en unos aposentos que Cagliostro y Serafina hubieran preparado para confundir a la realeza y su corte. Pero me sentí, también, a salvo por el momento. Si mi perseguidor me atrapara ahora, también él peligraría —discurrí—, así como el capataz al que mató Moisés. En el excusado devolví mi desayuno. Bañé mi rostro lastimado y me lo sequé con el aventador eléctrico. De regreso a la oscuridad de la sala, elegí una butaca de la última fila, para observar a quienes entraban; ahí descansé hasta el final de la proyección. Luego me sumé a la masa de espectadores que se retiraron, concluida la película. En la calle rugía el tránsito, que levantaba ardiente polvo de mediodía.

Cogí un taxi y me trasladé a casa de Thea, que había sido mi verdadero objetivo durante días.

14

Me dirigía a paso ligero en dirección a Thea Fenchel, a realizar el vaticinio hecho por ella en la hamaca de St. Joe. Y, aunque no dejaba de tener importancia el estar perseguido y maltrecho como yo lo estaba, no me parecía tanta la trascendencia de la causa, ni que beneficiaría a alguien el que yo continuase luchando por ella. Si yo la hubiese vivido como un problema de conciencia, bien podría haber estado al frente de los obreros de Republic Steel a la hora de la Matanza del día de la Condecoración, como Grammick. Él recibió su garrotazo, pero yo estaba con Thea. No bien ella y yo iniciamos lo nuestro, ya no pude estar en otra parte. Yo carecía de vocación de sindicalista y de vocación política; carecía, por lo demás, de la idea misma de poner siquiera alguna partícula de voluntad a la cabeza de una masa dispuesta a marchar para salir de su miseria y continuo dolor. ¿Por qué camino hubiera llegado esa voluntad mía a la conducción de la masa? Me era imposible obligarme a obrar al igual que los seres que, superando a los otros, se yerguen e interceptan el gran rayo social o lo acumulan y lo concentran como un prisma ardiente: gente que brilla, deslumbra y dispara ráfagas de fuego. No había nacido para eso.

Corriendo entré en la casa de apartamentos de Thea sin observar lo que me rodeaba. Toqué en rápida sucesión tres timbrazos. Era un vestíbulo fastuoso, recargado, desierto. Mientras trataba yo de localizar entre varias lujosas puertas la del ascensor, en una de ellas apareció un rectángulo de luz, ¡Thea había bajado a buscarme! La puerta se abrió. Nos hundimos en un asiento de terciopelo, abrazándonos y besándonos dentro del ascensor mientras este subía serenamente. Sin hacer caso de la camisa tiesa de sangre. Thea pasó su mano por mi pecho, hasta los hombros. Yo descorrí su bata para allegarme a los pechos. No tenía ningún dominio sobre mí mismo, sin conciencia de mis actos, casi ciego. Si alguien hubiese estado cerca, no habríamos reparado en ello. Mi memoria falla; acaso nos hizo entrar la criada. Volvimos a abrazarnos con ansia repetidas veces.

Thea no se asemejaba a las demás mujeres, las que te dan permiso —digámoslo así— para explorar una cosa y solo después, otra, que también está custodiada, y así hasta la última, mejor guardada todavía. Thea no dilataba el procedimiento, ni me urgía. Como si hubiésemos bebido hondo de una mente entregada, rendida, y labios, manos, cabellos, pecho acezante, sin usar de coacción alguna, se hubiesen entrelazado hasta formar una sola persona que no existía antes. Había un poderoso sentimiento de amor. Y, por último, tal como si hubiera estado hincado y orando en una situación que se da por distinta y opuesta, sentía yo que me invadía el amor espiritualmente mientras me nutría, con mis manos, del seno de Thea. Mi rostro estallaba y, con un ojo a la funerala, entrecerrado, mediaba entre Thea y yo, abrazados.

El sol empezó a caldearnos así como estábamos, sobre el tapiz. Era una película de blancura que nos cubría, la misma que en el cuarto de la ropa blanca, en el hotel.

Había sido un sol sucio en la acera de Loop, donde me apeé del tranvía. Aquí era blanco nuevamente. Al cabo fui a correr la cortina, pues su resplandor hería mi vista, y fue todo uno: ponerme en pie, nada más, y descubrir Thea mi desastrado aspecto.

—Pero ¿quién te ha hecho daño? —exclamó.

Le expliqué todo. En varias ocasiones dijo:

—¿Por eso no venías? ¿Es eso lo que has estado haciendo en este tiempo?

Lo trascendental para ella era el tiempo perdido; no lo era, en cambio, el específico motivo de los golpes que me hubieran propinado, ni sentía mayor curiosidad acerca de ellos, si bien le daba grima ver mis magulladuras. Cierto, Thea había oído hablar de la magna cruzada sindical, pero mi intervención en ella no venía al caso, puesto que, en tanto no hubiese estado yo a su lado —como correspondía—, carecía de interés mi paradero para Thea. Toda interferencia era arrojada fuera y era irreal, en su concepto. Los cachiporrazos, los huelguistas, los yerros —mi ilusión acerca de su hermana, por ejemplo—, la comedia de haber sido tomado por el chulo de la señora Renling y aun todo lo que la misma Thea había hecho entretanto, esas cosas quedaban «fuera». Realidad era lo de aquí y ahora, y ella la había seguido por instinto desde la época de St. Joe. Así que de esto se trataba la queja por el tiempo perdido, que me hacía experimentar la forma de su temor, el de no acertar jamás a salir de aquel «fuera», errando siempre el camino.

Por supuesto, yo no capté tal cosa desde un principio, sino que fue surgiendo durante los próximos días, en que permanecimos en el apartamento. Dormíamos y despertábamos, y no conversábamos acerca de nuestras acciones, realmente. En torno a la cama había maletas, pero yo no indagaba acerca de ellas. Era buena idea no aventurarme a salir, pues los facinerosos merodeaban buscando la oportunidad de hacer un escarmiento conmigo para edificación ajena. Grammick me lo contó cuando atiné a llamarle por teléfono.

A las demás mujeres que yo había conocido… pues no podía culparlas de que mi amor por ellas fuese menor que mi amor por Thea. Fue a través de esta como aprendí algo de las razones que sustentaban a mis opiniones. Cierta gente vivía con lentitud, debido a fatiga, indisposición, penurias, desconfianza o dolor; otra gente vivía aceleradamente, por otras dificultades o por desesperación. Según mi parecer, Thea llevaba una vida perfecta. De modo que un acto menor, tal como el de ir ella hacia la cocina o el de inclinarse para recoger un objeto del suelo, pasmaba a mi alma por el solo hecho de mostrarme la curva insigne de su espalda, su espina dorsal o el suave desplazarse de sus pechos. La amaba yo hasta tal extremo, que cualquier insignificancia proveniente de ella era bienvenida. Yo era feliz. Y cuando Thea se movía por la habitación y yo estaba tendido en su cama, ocupando buena extensión de esta, me hacía sentirme casi como un rey que la contemplase por puro placer, reflejado en su rostro voluptuosamente.

Su tez era pálida, más de lo que yo recordaba, si bien antes no la había escudriñado como ahora. Aquel rostro denotaba algo del dolor de vivir, visto desde

cerca, aun cuando al presente parecía asaz límpida la mirada. Thea tenía cabellos negros, irregularmente implantados en la frente, lo cual para mí avivaba su belleza. Era preciso fijarse en ellos con insistencia para advertirlo. Sus ojos eran particularmente oscuros. Thea repasaba a menudo sus labios con carmín proveniente de un tubito que guardaba en la consola de la cama, sintiendo acaso que debía permanecer realzado su aspecto por lo menos de esa manera, y entonces aparecía en mí y en la almohada un tizne como de fuego.

Ahora bien: cuando la llamé desde Chicago sur, Thea me había dicho que no disponía de tiempo y tendría que partir ya pronto. Y durante los primeros días —como se sabe— no se refirió ella a esto, pero luego lo sacaron a colación sus maletas abiertas. Thea me contó de un matrimonio que todavía estaba en pie desde el punto de vista jurídico y que ella estaba en vías de disolver, para lo cual iría desde Long Island hasta México. Temiendo herirme, al comienzo apenas relató que la edad de su marido era considerablemente superior a la nuestra y que se trataba de un hombre adinerado. Paulatinamente, sin embargo, surgió más. Él pilotaba un avión Stinson de su propiedad; cuando su lago privado se entibiaba en julio, él hacía descargar en sus aguas toneladas de hielo; se iba de cacería a Canadá; usaba gemelos a mil quinientos dólares el par; traía sus manzanas de Oregon y le costaban cuarenta céntimos cada una; lloraba su calvicie prematura; etcétera. De lo que Thea decía, la totalidad estaba dirigida a demostrar que ella no amaba a su marido, pero yo no tenía celos en demasía, ya que al fin y al cabo este hombre había salido perdedor. También Esther estaba casada con un hombre rico como Creso, abogado en Washington, la ciudad capital. Todo esto sonaba a hueco, para mí: los aviones, la caza y las montañas de dinero. Thea viajaba, a su vez, con equipo deportivo: ropa de montar, rifles cámaras, en el cuarto de baño encendí un día, por casualidad, la lámpara infrarroja que Thea utilizaba para revelar, y en la bañera había aparejos extraños.

Pues bien: durante la charla había atardecido. Acabábamos de comer (la comida se pedía por teléfono). A la vista, cáscaras de sandía, huesos de pollo y demás. Thea estaba hablándome de su marido, mas yo solo era capaz de pensar en mi suerte, mientras Thea apoyaba su hermosa testa contra el cortinado, sobre sus manos entrecruzadas, junto a la ventana y, al fondo, una sombra azul que iba aclarándose sobre los árboles instalados en el jardincillo cubierto de grava blanca. Entró volando un insecto de buen tamaño y se puso a marchar por la mesa. Ignoro cuál era; solo sé de su color pardo, reluciente y rico en estructuras. En la ciudad ralea la gigantesca cadena entomológica, pero allí donde haya un poco de follaje quedará representada aquella. Se oía, además, el lavado de los platos en el apartamento de abajo; y hacia Hell’s Kitchen, de un par de campanarios parecidos a las puntas gemelas de las coriáceas envolturas de los huevos del tiburón arenero que se encuentran en las playas, provenía un resonar de campanas. Este leve bombardeo o tiroteo católico-vespertino no llegaba a sus destinatarios, ahogado por otros rumores: los del lavado de vajilla y el entrechocarse de la loza. Llevaba puesta yo una de las batas de Thea.

Sentado en un sillón tapizado de seda, mis piernas se estiraban bajo la mesa. En semejante ocasión, complacido como me sentía, ¿qué iba a hacer yo? ¿Envidiar a un marido abandonado?

Dado que había estado a punto de convertirme en el consorte de Lucy Magnus, ahora entendía yo por qué se casaron Thea y Esther al mismo tiempo y ambas con un hombre rico. Aunque trataba el tema con ironía, Thea —descubrí esto luego— padecía del perdonable defecto de presumir en su círculo social o, por lo menos, superar a mujeres de estirpe bostoniana y a las oriundas de Virginia, lo cual constituye un tipo de rivalidad misterioso para mí.

Thea daba por sentado que nos iríamos juntos a México. Yo nunca pensé en rehusar. Me faltaba ese amor propio o bien el sentido del deber necesario para decirle a Thea que regresase en otro momento en que yo estuviera preparado para ella o, por lo menos, en condiciones de recibirla, en paz con el sindicato o bien capaz de sufragar mis gastos. Dije, sí, que me encontraba sin blanca y ella respondió gravemente:

—Toma lo que necesites del refrigerador.

Estaba habituada a poner las vueltas de los recaderos, cheques y otros papeles en el refrigerador. El dinero andaba mezclado con hojas marchitas de lechuga y platillos de grasa de cerdo de los que a Thea no le parecía bien desprenderse. De un modo u otro, los billetes de a cinco y de a diez se encontraban allí; yo debía servirme al pasar, como quien coge un pañuelo sin pensarlo, en el instante de partir.

Mantuvimos una conversación telefónica Grammick y yo. Le pedí que ocupase mi sitio en el Northumberland. Él ya había hecho lo que podía. Huelga ilícita no había. Me aconsejó no dejarme ver, porque estaban buscándome el tío del sindicato y sus matones, para destruirme. Cuando le hube comunicado que iba a renunciar y desaparecer de allí, él quedó alelado. Le expuse mi absoluta necesidad de acompañar a Thea y se sintió menos molesto entonces. Dijo que era mal negocio el estar atrapado en situaciones inciertas entre dos sindicatos y que era hora de aclararlas o de irse con la música a otra parte.

Thea me equipó antes del viaje. Me veo como al duque de Wellington, saliendo con su atuendo de caza —chaqueta azul, negro tricornio y botas de piel de ante— en Salisbury. Acaso obedezca esto a la precisión de las ideas de Thea respecto a mi manera de vestir. Fuimos en furgoneta de una tienda a otra, probándome ropas. Cada vez que veía que alguna se ceñía perfectamente a mi cuerpo, Thea me besaba con regocijo, exclamando:

—¡Hijo de mi alma, tú me haces feliz! —Sin prestar atención a lo estirado de los clientes y los vendedores mismos.

Si yo escogía alguna prenda que no fuera de su gusto, Thea prorrumpía en una carcajada y decía:

—¡Quítatela, tontuelo! Ese es el tipo de ropa que tan señorial le parecía a la señora de Evanston.

Tampoco le agradaba cuanto me había dado Simón. Thea quería que yo me asemejara a un caballero aficionado a los deportes y me compró una chaqueta de cuero en Von Legerke y Antoine, inutilizable si no eras un loco de la caza mayor. Era la caraba en bicicleta, con bolsillos de toda suerte y hendiduras para cartuchos, cuchillo, brújula, sedal de pesca y cerillas a prueba de mal tiempo. Con semejantes avíos, bien podías ser arrojado en pleno lago Hurón con esperanzas de sobrevivir. Yendo por botas, cruzamos la avenida Wabash y nos metimos en la casa Carson, la misma en que había sido atrapado en la puerta giratoria por Jimmy Klein: atroz anécdota, aquella.

En las tiendas llevaba Thea la voz cantante. Silencioso aunque risueño, me probaba yo las prendas elegidas; asiéndome de un hombro, Thea me hacía girar entre tres espejos. Hasta la menor de sus peculiaridades me complacía: que hablase en voz alta, que no le importara que se le viese la combinación bajo su vestido de color verde brillante o que algunos cabellos (de negrura japonesa) hubiesen burlado a su peine. Era costosa la vestimenta de Thea, más nunca faltaba el desorden o temblor de un detalle, debido al habitual enardecimiento de su dueña.

Halagado yo por todo esto —los besos de Thea en las tiendas, sus adquisiciones y agasajos—, no me avergonzaba de mi buena suerte, si he de decir la verdad. Caso de que Thea me hubiese otorgado títulos y franquicias como la reina Isabel de Inglaterra al conde de Leicester, tal cosa no me habría causado corrimiento alguno, como el usar plumas en vez del hondo Stetson que a ella le parecía tentador. De modo que los diversos paños, las telas escocesas, el ante o la gamuza y las altas botas que me hacían salir a la avenida como forastero o turista, lejos de pudor me producían hilaridad y aun presunción, por estar obrando como extraño en mi tierra natal.

Thea padecía fascinación por los almacenes de precio ínfimo; ahí se armaba de peines, cosméticos y prendedores. Luego de dejar nuestro botín bajo llave en la furgoneta, íbamos a pasar las horas muertas en Kresge o en McCrory, casi a la deriva entre la multitud —femenina, en general— y al son de la música romántica, propalada a mucho volumen. A Thea le gustaba comprar ciertos productos a bajo coste. Tal vez expresara esto el verdadero valor del dinero, para ella y su sentido íntimo. No lo sé. Pero nunca me sentí superior, acompañándola por esas tiendas; y la seguía y hacía lo que ella deseaba, porque estaba zurcido a su piel. Por eso, cualquier objeto baladí que fuera de su agrado pasaba a importarme sobremanera y en el acto: una peineta, una horquilla, una brújula embutida en un anillo de estaño con receptáculo *ad hoc* que al punto entusiasmó a Thea, una gorra de béisbol para el viaje, o el gatito que criaba Thea en el apartamento (en ninguna parte la veías sin su animalito). Este felino rayado, de puntiaguda cola, vivía como en el mar de los pisos de los aposentos que Thea jamás utilizaba: ella solía alquilar una crujía de piezas y luego se asentaba en ella economizando el lugar, acumulando cosas en torno a sí. Había copia de armarios empotrados y tocadores, pero Thea usaba todavía de armario sus maletas, cofres y cajas a discreción, así que era menester acercarse a la cama, en

el centro del revoltillo, pasando con tiento por entre sus trastos. Thea empleaba las sábanas como toallas, y las toallas para sacar lustre al calzado o a guisa de felpudo y aun para limpiar los excrementos del gatito, que no estaba bien enseñado aún. Thea sobornaba a las criadas con perfumes o pares de medias, a fin de que limpiasen, lavaran la vajilla y su ropa interior y cumpliesen otras tareas… o quizá pretendiendo no ser criticada por su desaseo. Thea creía que era una patrona de primera con empleados y sirvientes. Yo, exorganizador laboral, no decía esta boca es mía.

Tanto monta. Muchas cosas dejé pasar yo. En aquellos días era profundo mi interés en cuanto me tocara y lo que no, moría para mí y mi corazón no estaba en ello. Jamás me había embobado tanto un ser humano. Seguía yo su rumbo a donde fuere. No llegué a apreciar esto lo bastante porque, siendo joven todavía, me limitaba al mío sin cansancio.

Lo que sí comprendía yo en ocasiones es cómo estaba dejando atrás ciertos antiguos refugios, ahora vacíos. ¿No había sido prevenido, acaso, debido a mi madre y por mi bien suficientes veces? ¿Y con terribles advertencias? ¡Cuidado! Oh, tonto de capirote: eres parte de una humanidad sin cuento, en nada superior al polvo de metales esparcido en un campo magnético y aferrado a las líneas de fuerza, determinado por leyes y que come, descansa, es empleado y trasladado, súbdito sumiso. ¿A qué, entonces, ir a la caza de más maneras de perder libertad? ¿Con qué fin ese ir hacia la gigantesca rastra que amenaza desgastar tus costillas, borrar tu rostro y astillar tus dientes, en lugar de huir desesperadamente de ella? No, ¡apártate! Sé la persona juiciosa que repta, cabalga, corre o camina en pos de sus solitarias metas, hecha al esfuerzo solitario, y procura para sí y no pierde de vista los temores que son reyes de este mundo. ¡Y cuán poco compasivos se muestran contigo estos reyes! Más de un rostro muerto o agonizante yace bajo su peso…

Y aquí surge Thea, con su dinero, su carácter resuelto y abierto al amor y lo grandioso, su automóvil, sus armas de fuego, Leicas y botas, su platicar acerca de México, sus ideas, la principal entre las cuales es la de que ha de existir algo mejor que lo que la gente designa como realidad. Pues… santo y bueno. ¡Bravo! ¡Excelente! Preséntese y comparezca la tal noble realidad. No obstante, cuando un aserto como este es respaldado por alguien y mantenido durante largo tiempo, triunfa el empecinamiento. La belleza del todo resultará dañada por cuanto sufra en camino a su demostración: lo tengo por seguro.

En las ideas de Thea, sin embargo, había un mérito mayor. Era ella persona tan serena en sus convicciones, que en caso necesario lucharía por ellas con su cuerpo. Si la amenaza que pende sobre ella contra su integridad física —como la gente examinada en cueros vivos por la policía, o como los mártires—, pronto sabrás qué creencias son sólidas y cuáles no. Pues lo que no se padece en la propia persona es puro ensueño, en su mayor parte, o rayos de luz, fuegos artificiales y cremosos ideales tristemente echados por tierra. Thea estaba dispuesta a pasar por una prueba extrema.

No lo digo porque ella estuviese siempre en la cumbre de sus facultades. Yo debía aceptar su versión de cualquier cosa: obra así el empecinamiento mencionado. Era obvio, además, que Thea estaba acostumbrada a obtener lo que deseara; a mí mismo, incluso. Su comportamiento resultaba a veces curioso y zafio. Si atendía ciertas llamadas de larga distancia, prácticamente me hacía salir de la habitación. Entonces la oía bramar tras la puerta cerrada, azorado de que fuese dueña de tamaño vozarrón. Sin captar netamente sus palabras, no podía yo barruntar sus razones. En aquellos momentos se me ocurría cómo la criticaría si no hubiese sido su amante.

Presumía Thea que todo lo entendía acerca de mí; lo mucho que en realidad sabía es lo sorprendente; lo demás era inferencia basada en la fe que ella se tenía y en la celeridad de un ataque impulsivo. Por consiguiente, Thea pronunciaba ciertas palabras duras y envidiosas y a veces despedía miradas más brillantes que amigables. Tenía conciencia de la flaqueza de haber salido tras de mí, aunque en sus momentos de confianza en sí misma la veía como fuerza y se enorgullecía de ella.

—¿Te entusiasmó esa muchacha griega?

—¡Seguro que sí!

—¿Fue la misma cosa con ella que conmigo?

—No.

—Me doy cuenta de que estás mintiendo, Augie. Desde luego que sí lo fue.

—¿Y tú? ¿No lo encuentras distinto conmigo que con tu marido?

—¿Él? ¡Nunca!

—Pues entonces, ¿podrá ser tan diferente para ti y no para mí?

—Yo salí a buscarte; tú no saliste por mí. Yo no tuve dignidad —dijo, olvidando que apenas la conocía yo en St. Joe—. Estabas cansándote de la chica griega y yo acerté a pasar: te halagó tanto el hecho, que no pudiste resistir. Te agrada recibir ramitos como ese.

Diciendo esto sufría y respiraba con dificultad, Thea. Continuó:

—Quieres que la gente derrame amor sobre ti; te embebes con él y los absorbes. Nada te basta. Y cuando corra tras de ti otra mujer, te irás con ella. Estás tan feliz si alguien te pide que le hagas el favor. ¡No resistes la zalamería!

Puede que no. Pero lo que no resistía en este momento era esa mirada feroz y penetrante, cuando el rostro de Thea se volvía acalorado y cretáceo al mismo tiempo, con su nervio y su afirmación de metafísica imprudencia. Aunque Thea se pintaba los labios de color clavel, no lo hacía cargándolos de sensualidad. Su rostro era poco sensual, de hecho, pero cualquier asomo de exaltación se apoderaba de su ser íntegro. Lo mismo daba que sintiese cólera o amor hacia mí y sus pechos tocaran mi pecho y nuestros miembros se entrelazaran. Conque, si estos celos o envidia carecían de fundamento, por lo menos no había nada engañoso ni fingido en ellos.

—En mi sano juicio, yo habría ido a buscarte —le dije—. No ocurrió así y me alegro y agradezco que lo hayas hecho tú. Y no hay por qué estar temeroso de nada.

Mil veces no; yo no quería saber nada de amor propio ni de tomar la delantera.

Nada de esa especie. Cuando me hubo oído discurrir de esta suerte, temblaron fugazmente sus facciones, despejada la tirantez. Encogiéndose de hombros, Thea se tomó a risa y cobró tinte normal su semblante.

No solo estaba habituada a resistirse y guerrear por su independencia, a marchar a contrapelo de la tendencia general, lo cual la tornaba severa en sus juicios, sino que Thea era suspicaz en materias diversas. Su experiencia social aventajaba a la mía y por eso sospechaba ella de muchas cosas que en aquel entonces no pasaban por mi esfera. Habrá recordado a la sazón que, al conocernos en St. Joe, yo aparentaba ser el parásito de una mujer mayor o aún más que eso. Por supuesto, ella no se lo creyó. Lo que Thea sabía de mí ahora, realmente, era bastante, por información que yo facilitaba con liberalidad, involuntariamente. Cierto es que también era involuntaria su perspicacia: la aguda desconfianza de una joven adinerada. Si bien el haber tomado una decisión férrea no te hace sudar ni temer menos el error. Aun Thea, con sus convicciones y fe en sí, no resultaba inmune a las crisis de duda.

—¿Qué te hace decir estas cosas acerca de mí, Thea?

Cosas que me incomodaban. Alguna verdad había en ellas, me daba cuenta como de haber perdido algo que llevase en un bolsillo.

—¿No estoy en lo justo? En especial lo de que seas tan servicial, Augie.

—En parte, quizá. Yo solía serlo mucho más todavía.

Intenté participarle que, durante la vida entera, había tratado yo de hacer lo justo, buscándolo activamente, buscando un destino aceptable y procurando oponerme a quien quisiese modificar mi esencia, pero ahora, enamorado de ella, comprendía yo mucho más la esencia de mi deseo.

Su respuesta fue la siguiente:

—Lo que me lleva a decir estas cosas es cuánto te importa lo que opina la gente de ti. Demasiado. Y hay quien se aprovecha de ello. No tienen nada propio y no te dejan nada a ti. Quieren instalarse en tu mente y tus pensamientos; quieren que les ames. Es enfermizo, pues no se trata de amarles tales como son: ¡no! Ahí está su destreza. Pretenden que no tomes conciencia de ellos en sí mismos, sino de cómo les gusta que les vean. ¡Viven de lo que otros observan en ellos y aspiran a que hagas lo propio! Augie, querido de mi alma, no lo hagas tú. Te harán padecer lo que son ellos. Tú no les importas verdaderamente. Tú pasas a importar desde que alguien te ama. Me importas a mí. De lo contrario, te manejan y te usan. Así que no debes concentrarte en lo que les pareces, pero lo haces, y ellos preponderan en ti.

Tal era la vena en que con toda frecuencia encontraba yo a Thea. A veces me resultaba amarga, pues por lo regular su sabiduría iba en mi contra. Como si ella hubiese previsto que algún día yo le haría mal y estuviese previniéndome de ello, a su vez. Pero también la escuché con afán, comprendiéndola demasiado bien.

Estas conversaciones predominaron durante nuestro viaje a México. Thea había intentado ya en varias ocasiones explicarme lo que haríamos en México, además de tramitar su divorcio. Parecía suponer que yo conocía sus planes por intuición pura,

pero lo cierto es que estaba desorientado. No podría haber dicho, por ejemplo, si acaso poseía Thea una casa en el pueblo de Acatla o bien la alquilaba. Sus descripciones del país no me tranquilizaban. Me sonaba a riesgo todo lo que me decía de las sierras, la caza, las enfermedades, el robo y la población, abiertamente peligrosa. Me imaginaba que Thea cazaría águilas, lo cual me resultaba peculiar, pero no tanto como lo era lo que quería participarme ella en rigor de verdad. En otras palabras, Thea pensaba en practicar la cetrería —cazar con ayuda de un halcón— a imitación de cierto capitán inglés y una pareja norteamericana, quienes habían adiestrado aves de este tipo, tarea que interesaba a muy pocos desde el medioevo. La idea había nacido de la lectura de artículos periodísticos firmados por Dan y Julia Mannix, quienes de hecho habían ido a Taxco con un águila calva amaestrada, usándola para atrapar iguanas.

No lejos de Texarkana vimos a un hombre que tenía aguiluchos en venta. Este había ofrecido uno a George H. Tal y Tal, viejo amigo del padre de Thea y dueño de un zoológico privado, quien a mi ver parecía algo tocado de la cabeza —como *El Rey Loco*, Luis de Baviera—, se había hecho construir una réplica del Trianón en el estado de Indiana, salvo que con jaulas dentro, para ocupar las cuales viajaba capturando especímenes en estado salvaje en toda la redondez de la Tierra. Estaba retirado de la vida activa, al presente, enteco ya para viajar, pero había encargado a Thea que le trajese algunas iguanas gigantes, tal vez a guisa de desafío. Tratándose de estos descomunales y furibundos lagartos, reliquias del período mesozoico que se hallan al sur de la ciudad de México. A medida que fue surgiendo esta información (que yo ignoraba con cuánta seriedad tomar), reflexioné: todo esto era muy mío y de mi vida en general, pues no podía enamorarme sin que mi nuevo amor tuviese alguna rareza.

No diré que lo de Thea me había resultado peor de lo esperado, puesto que ha de quedar clara una cosa: Thea no era el corolario de ningún trato. Sí diré que ella era singular, imprevisible y contradictoria en su volubilidad, firmeza, intranquilidad y coraje. Si tropezaba en las escaleras oscuras, era capaz de lanzar un grito, mas, por otra parte, viajaba provista de equipo para cazar serpientes y me enseñaba fotos de las salidas de un club de coleccionistas de serpientes de cascabel al que pertenecía.

Yo vi a Thea sostener a una serpiente adiamantada y extraer su veneno ayudándose con una lonja de caucho. Para atraparla —me contó— se había metido tras ella en una cueva. En la tienda de Renling, yo había vendido aparejos deportivos, pero solo visto cazar en el cine y a mi hermano Simón disparando contra las ratas en la carbonera. Mi recuerdo vivido es el de una enorme, con giba como de jabalí, pero de estremecedoras garras, ganando la cerca a la carrera, imagen horrible para mí. Yo estaba dispuesto, empero, a trocarme en cazador. Thea me había llevado a las afueras de Chicago, a ejercitarme en tiro al cuervo, un blanco perfecto.

Esto ocurrió mientras esperábamos en la ciudad el arribo de una carta del abogado de Smitty, su marido. Thea aprovechó el tiempo libre para darme lecciones de tiro en

los bosques que quedan cerca de la frontera del estado de Wisconsin. De regreso a casa, se quitaba los pantalones de montar y se sentaba con sus piernas desnudas, en camisa de puertas afuera, para reparar un broche de fantasía como una niñita de diez años de edad, absorta, encorvada y en alto las rodillas, con cierta torpeza en sus dedos. Ninguna torpeza, en cambio, se verificaba en ella cuando cabalgábamos por el camino de herradura, en el Lincoln Park, ninguna. Yo no había olvidado el arte de la equitación adquirido en Evanston. En realidad, solo sabía manipular la cabalgadura, antes que propiamente jinetear. El cómo de esta aptitud solía divertir a Thea.

Yo me divertía también cuando, conteniendo el aliento, me apeaba preguntándome a cuántas adaptaciones más tendría que someterme en lo futuro. Junto a las fotografías del club de las serpientes de cascabel, vi otras muchas que Thea conservaba en un estuche de cuero. Algunas correspondían al verano de nuestro encuentro en St. Joe; sus tíos, su hermana Esther, partidos de tenis en que se veía a Thea de blanco y con raqueta y salidas en canoa canadiense, además. Al mostrarme las instantáneas de Esther, nada me afectaba, salvo su parecido con Thea. Estaban representados sus padres, incluso. La madre de Thea había sido gran amante de los indios Pueblo y ahí aparecía, con pieles y sombrero, dirigiendo la vista hacia los acantilados que habitaban aquellos. Llamó mi atención una foto del padre de Thea sentado en un *rikisha*[22] con traje de instrucción y casco de corcho con tetilla, blancuzcos sus ojos por influjo del sol, cuya turbiedad daba a las ruedas aspecto de limón embebido en té. El hombre miraba sobre la afeitada cabeza de la bestia de tracción, que era otro hombre: un chino que se erguía sobre pantorrillas bien desarrolladas entre las lanzas.

Había más fotos de cacería: varias de Thea misma, con distintos halcones, calmos en su enguantado brazo, y varias de Smitty, su marido, en traje de montar o jugando con un perro o con Thea en una *boite*, riendo ella con ojos cerrados por el fogonazo del fotógrafo y cubriendo Smitty su calva con finos dedos mientras cierto animador abría sus brazos sobre la mesa. Mucho de esto me afligió un tanto. Por ejemplo, en la instantánea de la *boîte* vi el comienzo del pecho, los hombros y la barbilla de Thea con la alegría de reconocerlos, pero también el eco insolvente de una risa a propósito para el público: esto me era ajeno. No había espacio allí que me contuviese junto a aquella mesa, ni junto a su padre, en el *rikisha*, ni su madre en su gira. También la cacería me inquietaba: no sabía yo con qué grado de seriedad tomarla. Dar al traste con algunos cuervos, santo y bueno. Pero cuando Thea me compró un guantelete para manejar a un halcón y me lo hube enfundado, me sentí de pronto —extrañamente— como un jugador en medio del campo, en un demoníaco partido, para atajar proyectiles incandescentes en el aire.

Así de inseguro me sentía, no tanto respecto a viajar con Thea —ya que, simplemente, debía hacerlo—, sino en cuanto a qué esperar y a qué cosas someterme como parte de mi cometido no bien hubiese arribado a destino. Explicar esto con sensatez a alguien era superior a mis fuerzas. Lo intenté. Mimi, eminentemente capaz

de comprenderme, era la persona amiga con quien hubiese sentido el mayor embarazo, pero se lo conté y no le gustó nada. Dijo:

—¿Qué estás tratando de decirme? ¡Cuenta, cuenta!

No podía creer que yo estuviera enamorado, como lo mantenía, y su frente se plegó en mil arrugas, arrastrando las cejas hacia arriba, bien arqueadas. Expuse lo mío con más pormenores y Mimi se rio en mis barbas:

—¡Qué, qué, qué! ¿Tienes que pasar a buscar un águila por Arkansas? ¿No querrás decir un gallinazo?

Por lealtad a Thea no me reí ni un poquitín: Mimi no lo consiguió de mí, aun cuando me preocupaba bastante el descarrío de la expedición.

—¿De dónde has sacado a una como esta? —inquirió Mimi.

—Es que la quiero, Mimi.

Ella me escrutó para convencerse de que esto iba en serio. Tanto creía en la seriedad del amor, que dudaba de que fuera entendida por muchos. Se reportó y dijo:

—Cuidado con meterte en aprietos, hijo. ¿Por qué renuncias a tu trabajo? Grammick me indica que tienes madera de organizador y se podrá sacar partido de ti.

—Estoy cansado de eso. ¡Que siga Arthur con el empleo!

Como pensando en lo irrespetuoso de mi idea, Mimi añadió:

—No seas tonto. Arthur debe concluir sus traducciones, trabaja sin descanso y además está en plena composición de un ensayo acerca del poeta y la muerte.

Mimi empezó a relatar cómo han de ser los poetas quienes tengan a su cargo los funerales de la gente. Arthur se había instalado en mi cuarto y descubierto bajo la cama la colección de clásicos del Dr. Eliot (estropeada por el incendio). Convertido en curador espontáneo de aquellos, marcados con el nombre de su padre —W. Einhorn—, me pidió mi permiso. Mal podía yo rehusárselo, aunque hubiera estado en mi ánimo el hacerlo. Entretanto, Arthur seguía en tratamiento por su enfermedad venérea. Mimi velaba por él y se interesaba solo lateralmente en todos los demás.

Fue fácil explicar a Mamá mi partida. Por supuesto, no era preciso ir a manifestar las interioridades: solamente que, estando comprometido con cierta joven que debía viajar a México, yo la acompañaría.

Si bien Mamá no se ocupaba ya en los menesteres domésticos, en sus manos se discernían marcas de cuchillo como indelebles líneas oscuras. Sus colores eran suaves todavía, pero cada vez más empañados sus ojos y su labio inferior denotaba cada vez menos tino. Supongo que le habrá resultado punto menos que indistinto lo que le confié aquel día, en tanto y en cuanto no la haya turbado mi entonación. A esta solía atender ella y además, ¿de qué afligirse si yo andaba en la buena, vestido de seda, como quien dice? Si los principales vínculos del apego son mortíferos, a la postre, yo los vivía ahora como ataduras de amor; si esto era un engaño, nunca me parecería más hermoso ni sustancial que al presente. Pero yo me negaba a admitir el engaño, a no ser que algo tan vivido resultase insustancial. Y eso no lo admitía en

absoluto.

—¿Es una muchacha de dinero, como la mujer de Simón?

Tal vez creyera mi madre que Thea era Lucy Magnus.

—Nadie de la familia de Charlotte, Mamá.

—Pues entonces, Augie, no le permitas que te haga desdichado —me aconsejó.

Tras esto se vislumbraba la idea de que, si Simón no me hubiese ayudado a elegir, si yo hubiese optado por mí mismo, me habría metido —a juicio de mi madre— en apreturas similares a las padecidas por ella en la vida: nos semejábamos en demasía.

Nada dije de la faz cinegética de mi viaje, pero me dio por pensar que fuese ineludible para el hijo de una Agar el partir a cazar fieras algún día.

Pregunté por Simón. Las únicas noticias recientes de él me habían llegado a través de Clem Tambow, quien lo vio peleando a puñetazo limpio con un negro, en el bulevar Drexel.

—Simón se ha comprado un Cadillac nuevo —agregó Mamá— y me ha sacado a pasear. ¡Un primor! Va a ser un hombre rico.

No me dolió saber de su prosperidad; si quería convertirse en el duque de Borgoña, ¡allá él! Esto sí: imposible, para mí, evitar la satisfacción de que Thea fuese una rica heredera. Mentira sería afirmar lo contrario.

Visité a Padilla de antes de marcharme y lo hallé frente al instituto en que trabajaba. Vestía un guardapolvo salpicado de sangre, si bien estaba contratado para cómputos y no experimentos, que yo sepa. De sus labios pendía un cigarrillo negro de los hediondos que solía fumar él, que en aquel momento se encontraba discutiendo acerca de dos curvas con un personaje que sostenía, abierto, un cuaderno de hojas cambiables. No sentó bien a Padilla mi proyecto mexicano; él me previno en contra de su país de origen, la provincia de Chihuahua. Me participó que en Ciudad de México —que no había pisado jamás— vivía un primo de él cuyas señas anoté.

—No sé si te echará una mano o te asaltará —explicó—, pero ve a verle si necesitas a alguien con quien hablar. Solía andar sin un chavo, quince años atrás, y se marchó. Hace un año me envió una tarjeta postal, cuando mi maestría, lo que tal vez apunte a que yo le mande llamar desde aquí. ¡Pobre de él! Así que… ¡ea!, que a divertirse tocan, si es que te dejan, y no vengas luego con que no te aconsejé quedarte en casa.

De pronto me sonrió, a la luz del sol, arrugando su breve nariz aguileña bajo la hermosa peladumbre mexicana.

—Cuídate de los transportes divinos, ¿eh? Anda con tiento, que el éxtasis se acaba aprisa —concluyó.

No pude sonreírle ni por cortesía, tan inoportuno me pareció el consejo para un enamorado.

Nadie, al fin, me despidió con la alegría que yo esperaba; todos me alertaron, de un modo u otro, y hasta recordé a Eleanor, hermana de Jimmy Klein, y lo que me había dicho este de sus contratiempos allende la frontera. «¡Es apenas el Río Grande

lo que cruzaré —dije para mis adentros—, no el Aqueronte!». Con todo, algo me oprimía el pecho. De veras, tenía yo mayor conciencia de mi estado de extrañeza que de lo que me depararía la suerte. El asombro consistía en el estar de a dos, principalmente: la unidad humana era dual en este caso. La cetrería misma no me conturbaba tanto como el hecho de que a mí me sucedería lo que a Thea: era de cajón. Y esto me acoquinaba una pizca.

Desde luego, yo no tenía nada claro por entonces y echaba la culpa a México y el arte de cazar. Por último hablé con Thea una tarde, mientras ella rasgueaba su guitarra. Thea trataba con desenvoltura el instrumento y este le devolvía su fuerza.

—¿Tenemos que ir a México realmente? —pregunté.

—¿Es necesario que vayamos? —dijo, deteniendo la vibración de las cuerdas con la mano.

—También puedes obtener un divorcio acelerado en Reno u otros sitios.

—Pero ¿por qué México no? He estado allí varias veces, ¡muchas! ¿Qué pasa con México?

—¿Y con los demás sitios?

—Hay una casa en Acatla, donde cazaremos algunos lagartos y otros animales. Además hemos concertado, el abogado de Smitty y yo, que el divorcio será en México. Y hay otra razón de irme allá.

—¿Cuál es?

—Que no me sobrará el dinero, tramitado mi divorcio.

Cerré los ojos y apoyé la frente en la palma de mi mano, como tratando de que pasase deprisa mi estupor.

—Dispénsame, Thea, no te sigo. ¿Acaso no tenéis mucho dinero entre Esther y tú? ¿Qué hay de la pasta dentro del refrigerador?

—Augie, nuestra rama de la familia no ha sido acomodada jamás. Mi tío, el hermano de mi padre, ese sí es rico. Esther y yo somos sus únicos parientes. Siempre nos han puesto dinero en el bolsillo, pero se suponía que íbamos a distinguirnos más adelante. Esther lo logró: se casó con un magnate.

—También tú.

—Pero eso está concluido, escándalo de por medio. Nada que deba inquietarte, hijo: memez pura, eso de escapar de un festejo en compañía de un cadete naval. Se parecía mucho a ti. No significó nada. Yo pensaba en ti todo el tiempo, salvo que todavía no estabas allí.

—¿Un sustituto?

—Bueno, pues la muchacha griega no llegaba siquiera a ese nivel.

—Jamás he dicho que pasaba el tiempo pensando en ti, desde la temporada de St. Joseph en adelante.

—Ni acerca de Esther, siquiera…

—Pues no.

—¿Es que quieres discutir o quieres escuchar? Intento explicar qué sucedió. Mi

tía estaba de visita, tú la recuerdas, ¿verdad?, y la reunión fue en nuestra casa; esto es: la de Smitty. Mi tía vio que el cadete y yo estábamos magreando. Nada inquietante, Augie, te lo aseguro. Esto aconteció a miles de millas de distancia, sin saber yo todavía que un día vendría a Chicago, a buscarte. Pero, eso sí, a Smitty lo tenía sentado en el estómago, ya no le soportaba más, así que hacía falta alguien que me lo hiciese olvidar. Aunque no hubiese sido más que un cadete naval. Bien: mi tía regresó a su hogar y su marido, mi tío, me telefoneó a larga distancia para comunicarme que yo, en lo que a él concernía, estaba en libertad vigilada. Y hete aquí otro motivo de mi viaje a México: debo hacerme con algún metálico.

—¿Con qué? ¿Con el águila? —exclamé. Me perturbaba la mar de cosas—. ¿Cómo esperas ponerte las botas por medio de un águila? Aunque cace a los puñeteros lagartos o lo que fuere, maldita sea…

—No se trata de lagartos, solamente. También filmaremos la caza. Tengo que sacar partido de las cosas que sé hacer. Podremos vender artículos al *National Geographic*.

—¿Estás segura? ¿Quién se pondrá a escribirlos?

—El material lo tendremos. Recurriremos a alguien que pueda ayudarnos. A donde fueres habrá una persona así.

—Pero, amor mío, ¡no debes contar con eso! ¿Qué te piensas? ¡Nada es tan fácil!

—Pero tampoco tan difícil. Conozco a centenares de personas que se mueren por hacerme un favor. No creo que sea sencillo practicar la halconería, pero me apasiona la idea de intentarlo. Podemos vivir barato en México, además.

—Pero ¿y lo que estás gastando aquí y ahora, en este apartamento?

—Smitty tiene a su cargo el gasto, hasta que la sentencia de divorcio sea firme. Esto no te importa, ¿verdad?

—No; pero deberías gastar menos, con todo.

—¿Por qué? —preguntó, sin entender, auténticamente, nada.

Como tampoco entendía yo sus ideas acerca del dispendio. Thea pagaba treinta dólares por un par de tijeras francesas en una platería del Michigan Boulevard —un centelleo muerto de regalos de boda—, que iban a parar, sin haber cortado un hilo, al cajón de sastre en que transformaba la parte trasera de la furgoneta, quizá para no reaparecer nunca más. Thea era capaz, empero, de jugar con la idea de hacer economías allá en México.

—¿No te importa gastar el dinero de Smitty, verdad?

Dije que no, con verdad, y agregué:

—Pero supón que yo no viajase a México contigo: ¿te marcharías sola, por tu cuenta y riesgo? ¿Con el águila en la maleta y todo lo demás?

—Por supuesto. ¿Quieres venirte conmigo, sin embargo?

Ella sabía que, para mí, separarme dejándola marcharse equivalía a vaciarme las órbitas o poco menos, aunque constituyesen el obstáculo buitres africanos, cóndores, rochos o aves Fénix. De Thea era la iniciativa y me llevaba consigo; si yo hubiese

sido otro hombre, de ideas distintas e independientes, habría tomado la delantera en cambio. Ideas de ese talante, empero, me faltaban.

Así, pues, Thea averiguó lo que quería y, viendo estampada en mi semblante la magnitud de mi amor por ella, se retractó y guardó silencio; el único sonido audible fue el de la guitarra, al ser depositada en el piso, algo grave y definitorio de por sí.

Luego habló Thea:

—Si el pájaro te preocupa, olvídate de él hasta haberlo visto. Yo te enseñaré. No caviles. O ponte a pensar en el gustazo de haber amaestrado al animal, y qué hermoso es.

Procuré seguir su consejo, pero un escepticismo de nativo de Chicago Oeste me seguía los pasos mofándose del proyecto de ella: «¡Vamos, hombre! ¿Qué es esto?». Y puesto que de nuestra casa al zoológico no había más que un paseo, fui a ver el águila en su jaula cónica de cuarenta pies de altura: cónica casi como la de un periquito de adorno, pero bañada en el tinte verdinegro de la vegetación. Ahí, puesta en percha, estaba el águila erguida al modo bípedo, con el plumaje del muslo igual a un calzón de jenízaro, y con la cabeza hundida entre las alas, homicida el ojo y rodeada de la honda vida de sus plumas. ¡Oy! En este parque europeo de grama y enrejados cubiertos de cardenillo, de luces y sombras, nada parecía faltarle al águila. Me pregunté cómo podría alguien llegar a domesticarla. Y me dije que mejor sería darse prisa, alcanzar Texarkana y comenzar con el bicho antes de que hubiese crecido por demás.

Había arribado la carta del abogado de Smith. En el mismo día cargamos la furgoneta y dejamos atrás la ciudad, rumbo a St. Louis. Como salimos tarde, no tocamos la meta, sino que acampamos y dormimos en el suelo, bajo un semirrefugio. Calculé que no estaríamos distantes del Mississippi, al que ansiaba ver. Me sentía enormemente entusiasmado.

Yacíamos junto a un árbol descomunal. El centenario tronco tenía escasísimo follaje. Costaba creer que esta inmensa estructura viviera apenas de un puñado de hojitas. Pronto distinguimos su rumor, producido por la brisa, del de los insectos. Al principio, intenso y cercano; luego, alejado y monótono. Al fin te dabas cuenta de que, dondequiera que reinase la oscuridad, habría rumor de insectos, continental y hemisférico, una vez y otra vez, como la marejada, y denso y continuo como los astros.

15

¡En qué suprema categoría nos iniciamos! Habíamos escalado las cumbres del placer. En amor, teníamos toda la suerte que sea dable apetecer, perfeccionada acaso por la presencia de lo insólito en cada cual, porque en cierta manera nada era más extraño para mí que Dánae o Flora la Belle Romaine, en tanto que solo Dios sabe qué clase de rareza surgida de la bárbara Chicago veía Thea en mí. Mas tales diferencias redujeron el peso del egotismo tanto como el de una inveterada tara, parte de la cual es siempre la familiaridad excesiva entre las personas.

Siempre he de recordar la iniciación de nuestro viaje y lo que vimos e hicimos, nuestras comidas, bajo qué árboles nos desnudamos y cuál fue nuestro protocolo respecto al beso, desde el rostro hasta los pechos, nuestros acuerdos y disensiones, y qué animal o qué clase de gente se cruzó en nuestro camino. Todo lo recuerdo, cada vez que lo deseo. Poseo la capacidad de imaginar algunas cosas sin captar demasiada historia previa, como a perros o aves, exentos de la humana condición pero vivos siempre en la misma Edad, ora a los pies de Carlomagno, ora en una chalana del Missouri, ora en un corral de hierro viejo. Por cierto es tal la forma en que suelen venir a mi recuerdo plantas, agua, sendas y herbaje con su abisal colorido, manchas, arrugas, vetas y olor, de modo que sea capaz mi memoria de haber fijado hasta una hormiga en un pliegue de corteza, el tocino en un trozo de carne o la hebra de color en el cuello de una blusa. O finas discriminaciones como la de notar en un rosal las variaciones de matiz que te hacen sentir en las entrañas algo que trata de corresponderles; aun en los momentos en que la rosa de la corrupción y el mal te incitan a replicar y animarte. Vale decir que el calor humano que circula y entibia, frente a cualquier obstáculo se retrae y arderá hacia dentro o se volcará hacia fuera en típicas llagas, dejando un rastro de fiebre cuyo correlativo serán brechas de oscuridad y frío. Así tenemos rosas, llagas y circuitos obliterados. Raro será hallarnos libres de tales interferencias y rupturas.

Thea y yo teníamos nuestros intríngulis. Ella me mantenía en la incertidumbre y viceversa. Yo lo lograba con mi aspecto de despego, haciendo como si nada fuera, viejo hábito mío y duro de modificar. Thea, por su parte, se abstenía de hacer promesas: sencillamente las eludía. Yo estaba seguro de que Smitty no la hubiera dejado por ese cadete naval, específicamente. En las altas esferas frecuentadas por ambos, eso carecía de trascendencia. Cuando yo la apremiaba al respecto, Thea lo reconocía:

—Por supuesto —decía—, de cuando en cuando. Por culpa de Smitty y, bueno, también mía. Pero no me hace falta pensar en todo eso, porque nunca me ha sucedido nada como tú. ¿Qué sé yo del futuro lejano? Nunca me he sentido como ahora. ¿A ti te sucede lo mismo?

—No.

—Conque te pones celoso, ¿eh? —dijo ella, con toda razón—. Mira que los

demás pueden estar celosos de ti. Tendrían que estarlo. Aquellos fueron incidentes, apenas. ¿Sabes? Esta puede ser una cosa de las menos importantes del mundo. Si es buena, ¿a qué envidiar a nadie? Si es mala, solo hay que lamentarlo. ¿Acaso me culparías de haber intentado algo? ¿No te apetece que te diga la verdad?

—¡Pues sí, claro! O no, no estoy seguro. Quizá no.

—Supón que no hubiese intentado nada: ¿qué sabría yo ahora? Y si yo no puedo decirte la verdad y tú no puedes decírmela…

Sí, sí, yo entendía que la verdad tiene su lugar en el orden del mundo, pero… ¿sería lo apropiado aquí y ahora?

Thea quería decirlo y saberlo todo. Pálida como era, se volvía más pálida aún al sentir en sí el ardor de decir y saber; a veces su seriedad frisaba en el pánico. Porque, desde luego, Thea se sentía celosa también, sí, y mucho. En ocasiones me hacía bien el advertirlo. Ella pretendía endurecerse, aceptar la verdad tal cual, pero luego temblaba de miedo.

Solía yo pensar que habían sido celos de su hermana lo que contribuyó a interesarla en mí al comienzo. No era una idea alentadora: pero en realidad es común desear una cosa, al principio, por razones erradas; hay un deseo subyacente a aquel y más profundo, que ha de disuadirte de ellas. De no ser así, no habría otros móviles humanos que los lastimosos e inexpertos y reinaría apenas la ilusión de los ricos y maduros. Lo enseña la historia del hombre: las razones subalternas distan de ser nuestra única guía. Si no, ¿por qué ha persistido una humanidad infeliz en pensar solamente en lo óptimo y nada más que en ello? Tomad como ejemplo al pobre Rousseau, en la semblanza que de sí mismo ha dejado, hombre de tez lechosa y con una barba de tres días y basta peluca, cómo fue alentado, mientras lloraba la propia ópera representada en la corte ante el monarca, por el llanto de las damas tocadas a lo vivo, cuyos lagrimones fantaseaba él beberse directamente de sus mejillas. Este puro mentecato de Jean Jacques, incapaz de llevarse bien con un solo ser humano, se retira en los bosques de Montmorency para escribir acerca del mejor gobierno y el mejor sistema educativo. Análogamente, Marx, con sus fieros ántrax, su pobreza y la muerte de sus niños: Marx pensaba que el ángel de la Historia trataría en vano de volar contra el viento desde el pasado. Y puedo mencionar a otros, menos ilustres, pero, con todo, preocupados, corruptos o perversos y deseosos siempre de magnos objetivos, creyentes —como mínimo— en alguna excelsa virtud. Tal es el deseo auténtico bajo el solo aparente.

Los celos, sí, claro. Pero había muchos fallos e inferioridades más. Justamente lo que yo no pensaba de mí mismo cuando, vestido con finos pantalones, botas y cuchillo de monte enfundado, guiaba la furgoneta como si hubiese estado yendo desde la corte de Greenwich, a lo largo del Támesis, de regreso apenas de una incursión española, con flores irrisorias en mi sombrero. Así tomaba yo nota de mí, con plena satisfacción y resplandeciente, de lo cual puedo pedir ser excusado en parte: yo me sentía en esos días tan estúpidamente feliz… Thea era algo singular

también, cada vez que se contoneaba, presumía o rivalizaba con otras mujeres, o bien cuando andaba a la pesca de cumplidos y me obligaba a admirar su pelo o su piel, a todo lo cual no era necesario que me forzase. O bien me topaba yo con ella metiendo papel higiénico dentro de su corpiño. ¡Papel higiénico! ¡Qué extraña idea tenía Thea de sí! Incapacidad de saber con qué contaba. ¿Para qué deseaba pechos distintos? Yo solía escrutar el interior de su blusa y verlos, pareciéndome perfectos, y quedar perplejo.

Puedo enumerar más dificultades, como por ejemplo espasmos, indignaciones, dolores de estómago, hemorragias nasales por ansiedad y vómitos, continuas alarmas acerca de una preñez. Por lo demás, Thea se mostraba presuntuosa de vez en cuando en lo tocante a sus orígenes y solía jactarse respecto a su destreza musical. En rigor de verdad, solo la oí tocar el piano una vez, a la tarde en una taberna del camino. Ella se subió a la plataforma de los músicos. El instrumento puede haber estado desafinado por obra del mucho uso por los pianistas de jazz. Empezó a desvencijarse a fuerza de energía desatada sobre el teclado. Súbitamente, Thea dejó de tocar y volvió a la mesa en silencio, con gotas de sudor en su nariz, perlándola. Dijo: «Este no es mi día». Pues bien, no era cuidado mío que supiese tocar o no: a ella sí le resultaba importante, empero.

Mas tales omisiones, tanto las suyas como las mías, podrían haber sido modificadas. Todo lo que no fuese esencial, pensaba yo que podía ser apartado, lisa y llanamente, así como se apartan los enseres de campamento que obstruyen el camino. Cierto día en particular, olvidamos apartarlos. Había allí unas copas de aluminio, líneas de pescar y correas sobre la frazada. Era por la tarde; estábamos en las estribaciones de las montañas Ozark, lejos de la carretera, en los bosques cercanos a un prado. Pendiente arriba se veían pinos jóvenes, luego árboles mayores; hacia abajo, nada en especial. Como el agua de que disponíamos era pobre, le dimos sabor echándole whisky de centeno. Cálido el clima, sedoso el aire y blancas, pesadas, peligrosas y suaves las nubes. La tierra abierta se recocía bajo el sol, echaba fuego. El trigo relucía, como hecho de vidrio. El ganado se mojaba las pezuñas en el agua. Primeramente el calor y después el whisky nos llevaron a desvestirnos prenda tras prenda, hasta quedar desnudos. Me sobresaltó el ver las puntas rosadas de los senos, tan pesados y protuberantes, de Thea. Algo intimidado, no me moví, pese a todo. Cuando hube apoyado en tierra mi plato de aluminio, comencé a besarla, hincados ambos, y su mano acarició el vello de mi pecho. Thea me ofrecía un lado de su rostro, en un principio, pero al darme sus labios se aferró a mi boca tenazmente, sin cerrar los ojos. No fue por ver, mas por no esforzarse en bajar los párpados, Thea les permitía llenarse de sensaciones y emitirlas. Al cabo, cesaron las verificaciones: solo supe que surgía yo de mis escondites y mis encierros, esfuerzos, finalidades y observaciones, sin pretender nada que no fuese para ella. Pasamos un tiempo como estábamos, saliendo gradualmente del fervor.

Entretanto, nubes, pajarillos, el ganado en el agua, las cosas en general

mantuvieron su distancia y no hizo falta reunirías, dar razón de ellas ni retenerlas en la cabeza; fue suficiente el estar en medio, liberadas en su arroyo o en el aire pleno. Algo de esto signifiqué al afirmar que me era dable contemplar el mundo cual elemental criatura. Si he mencionado un corral de hierro viejo así como la heredad de Carlomagno, tengo mis motivos. Puesto que si yo escudriñase cualquier aire, recordaría las abejas y moscardones del polvo en el calor brutalmente dividido por los pilares del tren elevado —tal como en Lake Street, donde están el hierro viejo y los corrales de botellas usadas— igual a una iglesia de locos malamente ideada y sus infinitas estaciones como refugios donde entran sus carretillas de trapo y huesos buhoneros. Y en alguna ocasión me traía zozobra el sentirme engendro de esos parajes. ¿Cómo es posible que se someta el ser humano a los timos de la historia, a la par que las simples bestias observan con ojos originarios lo que haya para ver?

Escasas tardes como aquella gozamos al iniciar el amaestramiento del águila. Al fin y al cabo, el amor consiste acaso en convocar a personajes míticos en torno al monte Olimpo o a Troya, como a Paris, Helena, o Palamones y Emilias, mas nosotros debíamos empezar a ganarnos el sustento. Esto solo podría ser en la forma elegida por Thea: enviar un ave rapaz en pos de otro animal. De tal suerte, la parte dorada y gozosa de nuestra excursión acabó en Texarkana.

Mirando al feroz animal en su jaula, me privé, sentí como tinieblas ante mí y algo que escurría entre mis piernas, como si hubiese estado orinándome. No fue esto, sino algo experimentado en las venas. Aquel cernícalo me hizo pensar en lo que nos esperaba, y todo negro, por añadidura. Parecía pariente cercano del que se abalanzaba sobre Prometeo, una vez al día, para comerle los hígados. Había confiado yo en que sería de poca envergadura y que, criado por nosotros, aprendería afecto. Mas no: para desesperación mía, era tan robusto como el de Chicago, con calzón de plumas a lo turco que llegaba hasta sus despiadadas garras.

Thea se mostró sobremanera afanosa:

—¡Qué hermosura de animal! Pero ¡atiza!: ¿qué edad tendrá? No es aguilucho sino adulto. Ha de pesar más de cinco kilos.

—Quince —dije yo.

—¡No, pedazo de mi corazón, tanto no!

Ella conocía más que yo, desde luego, en este tema.

—¿No le habrá sacado usted del nido, verdad? —preguntó Thea al dueño del bicho.

Este veterano, que poseía un zoológico en miniatura compuesto de pumas, armadillos y unas pocas serpientes de cascabel, era un pillo con facha de buscador de oro o rata del desierto. Sus ojos pedían que creyeses que era puro azar su mirada aviesa, o una ilusión óptima creada por la luz. Pero mi experiencia del salón de billar de Einhorn y la crianza recibida de la Abuela Lauch me permitieron reconocer el canalla que era en el fondo.

—No, de ningún árbol, señora mía. La trajeron cuando aún era pequeñuela. Estas

criaturillas crecen la mar de rápido.

—Yo creo que es algo mayor. Está en la flor de la vida —dije.

Thea añadió:

—Me interesa saber si alguna vez ha cazado en estado salvaje. Si es zahareño, en fin.

—Pues ha vivido en la jaula, prácticamente desde recién salido del cascarón. Sabrá usted que he enviado animales a su señor tío desde hace una veintena de años —arguyó, confundiendo a George H. Tal y Tal y el real tío de Thea.

—Por supuesto que vamos a comprarlo; es un ejemplar soberbio. Puede usted abrir la jaula.

Temiendo por los ojos de Thea, lancé mi cuerpo hacia delante. Está bien la halconería cuando se trata del neblí en las mansas praderas del Este y en compañía de damas y caballeros deportistas; pero aquí nos hallábamos en el borde de Texas, se olía ya el desierto, y Thea no había tocado jamás un águila, aunque hubiese experimentado con aves menores y capturado serpientes ponzoñosas. Ella era firme al vérselas con animales; en Thea no había temor. Calzado el guantelete, metió un trozo de carne en la jaula, sosteniéndolo en el aire. El águila se lo quitó de la mano con un picotazo certero; cayó la carne y solo entonces la tomó el ave del piso. Thea probó con un segundo pedazo y el águila se encaramó a su brazo con un casi inaudible soplo de alas desplegándose, espeluznante de por sí, levantado el hombro con su efecto de pistón y el abanico de las alas, con oculta herrumbre en el hueco profundo del sobaco, que te evoca al ángel de la muerte. Las garras sostenían el brazo de Thea mientras el ave despachaba la carne con su pico. No bien quiso sacarla del interior Thea, el águila atacó. Estiré mi brazo hacia ella; asestando por sobre el guantelete, abrió surcos sangrientos en mi brazo.

Yo me esperaba esto y más aún, así que, aliviado de la celeridad de lo ocurrido, temí menos en adelante. Subyugada, Thea, y blanca como la cera, con su gorra de visor verde en la testa rápida, fuerte, erecta en su afán de domesticar al águila, consideraba como incidente apenas el chorro de sangre mía. ¡Nada! Como el crujir de la grava bajo nuestros pies. Lo mismo le parecía, cuando entraba en acción, la caída de un jinete, el vuelco en motocicleta y las heridas de caza.

Al cabo, conseguimos embarcar la fiera en la región ulterior de la furgoneta. Thea, feliz. Yo tenía cosas que hacer, tales como vendar mi brazo y redistribuir el equipaje para conceder holgura al gran pájaro, lo cual me permitió disimular mi ánimo sombrío. A todo esto, apenas lograba disimular su amplia sonrisa mientras ella describía su plan, el ruin vejete. Al igual que tantos entusiastas, Thea no se percataba de la calaña de sus oyentes, con tal de que pareciesen atentos y respetuosos. Puesto que el hombre cobraría un alto precio por el águila o bien —conforme lo entendía yo — había logrado endilgar a un primo su áspero pupilo sin esfuerzo alguno, se mostraba entre complacido y malicioso. Nos alejamos de allí, por fin, con el pajarraco como supervisor de su reducto en la furgoneta. Observé entonces qué

contenta y confiada iba Thea con él: yo, por mi parte, me cercioré de la presencia de la escopeta detrás del asiento.

Recuerdo a una prima de la Abuela Lausch que recitaba «El Águila», de Lermontov, en ruso. Yo no comprendía nada, pero su declamación era magnífica, romántica. Morena de ojos negros, tenía potente la gola, pero algo débiles las manos. Era, en muchos años, menor que la Abuela, con un marido peletero. Estoy ahora tratando de reunir lo que por entonces sabía de águilas un individuo criado en la ciudad: el águila del dólar; las águilas de alto vuelo de Bombay; el águila de la Administración de Recuperación Nacional (NRA), con su armamento y su corona de rayos; el ave de Júpiter y las naciones, la de las repúblicas así como la del César, sus legiones y augures; Colonel Julián, el Águila Negra de Harlem; también los cuervos de Noé y Elías, que bien pueden haber sido águilas; el águila solitaria, que preside a los animales y es, además, ladrona y devoradora de carroña.

Si nos conceden tiempo, acabaremos todos poniéndonos al día con las leyendas…

El pájaro me había parecido en la flor de la edad, pero aquel viejo estuvo en lo cierto, pese a que ha de haber mentido en ocho meses, poco más o menos. Las águilas norteamericanas son por lo regular de oscuro plumaje —casi negro— hasta haber alcanzado la madurez. Antes de aparecer lo blanco han mudado las plumas unas cuantas veces. La nuestra andaba en esas mudas todavía; sus ojos no contrastaban con dicha albura y no resultaban tan malos de ver aún; por consiguiente era solo Príncipe Negro y no Rey en estos momentos. Su hermosura imponía, sin embargo, y sus ojos eran joyas aciagas que solo denotaban barbarie y que seguiría con nosotros por propia necesidad. Todo su empaque constituía una proclama de esto. En un principio la aborrecí sin medida. De noche había que permanecer en pie por ella, lo cual entorpecía la vida amorosa. Si dormíamos a cielo abierto y yo despertaba, me la encontraba con Thea o esta me enviaba a verla, por precaución, para verificar el estado de las pihuelas, el eslabón giratorio y la correa que lo sujetaba. Si pernoctábamos en hostería, ella compartía nuestra habitación. Yo oía su paso, la crepitación de sus alas y un sonido sibilante como de nieve que se desliza. Se tornó en idea fija de Thea y preocupación continua —como un niño de pecho— y le quitaba el aliento. Constantemente volvíase Thea hacia ella en la furgoneta, o bien durante las comidas. Yo me preguntaba más de una vez si Thea estaría pensando en ella ahora mismo, en el preciso momento de preguntármelo.

Por supuesto era menester dominar el bicharraco, a fin de no transformarle en carga poderosa y salvaje, y así crecía el antagonismo entre la cautiva y sus amos. Pero, como no había remedio, aprendí a congeniar. Ella no pedía amor: todo lo contrario. La carne cruda resultó el medio de convenirse. Thea entendía los vericuetos del arte de amaestrar y —hecho natural, por conocer la técnica más que yo — debía embeberse en el animal. A poco, el águila empezó a acercarse a la mano por el alimento. Pero había que hacerse a esto: pese al cuero del guante, sus garras retorcían la piel y la dañaban. Y tuve que acostumbrarme al trabajo de su pico cuando

aferraba la carne, pero, más tarde, supe apreciar —viendo a los buitres sobre una osamenta— el orgulloso tirón de un animal hidalgo.

Todo esto mientras íbamos recorriendo Texas, en la canícula. Nos deteníamos varias veces al día para el adiestramiento del pájaro. Ya cerca de Laredo, donde estaba el desierto, el águila volaba hasta mi puño o el de Thea desde el techo de la furgoneta. Y esta sombra desplegada colmaba por sí sola nuestro corazón compartido, con su olor y su poderío. A menudo —pues— y sin el movimiento de preparación que se observa en otros animales, ella expelía un recto y pesado jeringazo de excremento al disponerse a volar y posarse en el techo de la furgoneta. El contento de Thea ante sus progresos no decaía jamás. Mi satisfacción era igual por muchos motivos —mi admiración, entre ellos— al ver lo que estaba logrando Thea con su volátil.

Los ojos de los pájaros cazadores deben estar vendados. Thea tenía pronta una capucha que se quitaba antes de soltar al animal para que se elevara y aguardase a su presa. Pero, previo a la capucha, el águila tenía que estar plenamente amaestrada. Yo la transporté en mi brazo durante cuarenta horas, sin dormir. Ella no se quedaba dormida y Thea me mantenía despierto. Esto ocurrió en Nuevo Laredo, apenas pasada la frontera. Habíamos parado en un hotel lleno de moscas, una pieza de color pardo y a cuya ventana se asomaban los cactus. Allí caminé de arriba abajo en un principio y luego descansé en la oscuridad, con mi brazo sobre la mesa, sojuzgado por el animal. Después de unas horas, la mitad de mi cuerpo fue embargada por un entumecimiento que llegaba hasta el hueso a la altura de mi hombro. Me mordisqueaban las moscas porque solo tenía libre una mano y, además, no deseaba yo sobresaltar al pájaro. Thea hizo subir café a la habitación. Lo trajo un rapaz, que fisgaba porque sabía que teníamos un bicho raro con nosotros y aun columbraba sus formas en la penumbra, sobre mi brazo inutilizado, o tal vez su ojo alerta.

Se había congregado una verdadera multitud a nuestra llegada al hotel, apenas abierta la puerta trasera de la furgoneta. En pocos instantes, más de cincuenta entre niños y adultos. El ave vino por su alimento hasta mi mano y los párvulos chillaban: «*¡Ay, mira, mira! ¡El águila, el águila!*»[23]. Todo un espectáculo, me imagino, pues soy de buena estatura y tenía puestos el sombrero Stetson y pantalones de montar; además, iba yo a la zaga de la importancia y belleza de Thea. Por otra parte, cuenta el águila con un antiguo respeto en México, proveniente de la vieja religión y de la estupenda clase de caballero que arribó en aquellos tiempos de matanza con espadas de obsidiana que presenció Díaz del Castillo. La caterva chillaba, pues, mientras el águila se bamboleaba en mi puño. Y puesto que aquella fue la primera vez que oí el español, entendí Calígula en lugar de «águila», y cuán apropiado me resultó. ¡Calígula!

—*¡El águila!*

—*Sí, Calígula* —dije. Ese nombre fue la primera satisfacción que tuve con ella.

Ahora tenía aprisionado mi brazo contra la mesa, el águila, con la consiguiente

tortura para mí. Mi boca y mi pecho estaban cargados de lamentaciones que yo no podía expresar. Adondequiera que iba me veía obligado a arrastrarla conmigo; incluso en el cuarto de baño, me moría de miedo la primera vez, tal es la verdad. La mantuve tan alejada de mí como pude, con las fuerzas que me restaban, mientras ella comenzaba a salir de su cavilosa depresión, animándose su mirada, estirando sus alas y cuello y modificando la posición de sus espesas piernas. Sus ojos no dejaban de insistirme en que yo tratase de leer significados y sentir lo que sentía ella.

¡Oh observación! Creo que tuvimos nuestro forcejeo respecto a eso mismo. Ya he informado de mi plática con Thea acerca de vivir como en el deseo del otro, en ojos ajenos.

¿Cuándo se ha hecho tanto daño a través de la mirada y ha pertenecido tanto terrible despotismo a los ojos? El propio Caín fue maldito allí mismo, para que siempre estuviese consciente a la vista de otros hombres. La policía acompaña a la letrina al acusado y al sospechoso. Los carceleros ven a sus penados a través de mirillas y barrotes, a voluntad. Los jefes y tiranos no dan sosiego al público, en lo que concierne a la acendrada conciencia de sí. La vanidad lo es también en privado y, en cualquier clase de opresión, eres un súbdito y no puedes ocultarte el hecho: eres visto, tienes que estar al tanto de ello. En los actos íntimos de la vida, llevas contigo la presencia y el poder de otro ser; haces extensivo ese ser a tus pensamientos, donde reside. La Muerte, mediante monumentos, conserva el recuerdo de los grandes hombres de esa manera. De modo que estaba obligado yo a soportar la mirada de Calígula, y así lo hice.

Calígula se resistió a la capucha por largo tiempo. Se la probamos varias veces y en el intento me cortó una vez la mano. La llené de denuestos, pero continué transportándola. En ciertas ocasiones era relevado por Thea, pero este pájaro pesaba demasiado para las fuerzas de ella y, al cabo, lo atraía yo a mi fatigada mano. Durante el último trecho, vacilante, ya no me sentía capaz de estarme dentro y salía con Calígula a la calle, donde los gritos que oía en torno de ella la dejaban inquieta. Un día entramos con desfachatez en un cine y me senté en la última fila, pero aquí el sonido casi la enloqueció y temí que se desmandase. La llevé de regreso al hotel y le di varios trozos de carne, para tranquilizarla. Luego, en la noche, bajo la lamparilla de luz infrarroja con que revelaba Thea sus fotografías, probé la capucha una vez más y Calígula se sometió al fin. Proseguimos alimentándola debajo de esta y se mantuvo calma. Los ojos cubiertos la volvían dócil. Desde entonces viajó montada en mi puño o en el de Thea y no se rebeló ya ante la capucha.

Obtenida esta victoria, con Calígula en el tocador pero cegada, nos besamos y danzamos por la habitación. Thea fue a prepararse para reposar y yo caí vestido en la cama y dormí durante una decena de horas, sin interrupción. Thea me quitó las botas y me dejó dormir.

A la tarde siguiente, tórrida y luminosa, nos encaminamos hacia Monterrey. Árboles, arbustos, piedras: todo tan explícito como lograban volverlo el resplandor y

el saborete de aquel bochorno. El pájaro, inmenso, conllevaba esto como con un toque de sensualidad. Yo me encontraba aturdido por exceso de sueño y las ondas radiantes de calor que ascendían desde la carretera y los peñascos. Los cactus, el polvo semejante a resina y los muros albos y encarados eran un agobio para la vista y la piel. Mas conforme subía la furgoneta e iba pasando la jornada, Thea y yo revivimos.

No nos detuvimos en Monterrey sino para conseguir suministros: más carne cruda para Calígula que ninguna otra cosa. Lo curioso del atardecer en esta ciudad foránea podría haberme retenido allí. Tanto verdor, los rojos edificios y una humanidad numerosa junto a la estación ferroviaria, larga y con muchas puertas y ventanas bajas. Pero Thea quería seguir adelante aprovechando el relente. No fue fácil, pues el ganado salía al camino, ya que faltaban las vallas de alambre, y el camino mismo estaba mal señalizado para la noche y pegaba curvas alocadas. Pese a que en lo alto la ruta de la luna estaba suficientemente despejada, abajo reinó la neblina por un buen trecho. De ella surgía el ganado suelto como agrandado por la luz de los faros. Y se cruzaban jinetes por el camino y dejábamos atrás el golpeteo de cascos herrados y el rumor coriáceo de los arneses.

En cierta población, pasando Valles, pernoctamos por mi insistencia. Había refrescado, titilaban todavía las estrellas, estaban proclamándose los gallos y el elemento trasnochador de la aldea se congregó a ver desembarcar el águila, haciendo gala de la misma solemnidad con que participan los rústicos de la procesión dominical y comentando, atónitos: «*¡Es un águila!*». Por mí, yo habría dejado a Calígula dentro del vehículo, donde su olor peculiar sumado al de su excremento ya no podía ser más fuerte, pero no hubo caso. Librada a sí misma durante toda la noche, Calígula se mostraba rencorosa por la mañana; Thea daba tal importancia a la carrera de Calígula, además, que ninguna otra consideración tenía precedencia, pues Calígula estaba haciendo historia. Del mismo orden habrán sido las pasiones de los jóvenes y bizarros hijos de financieros, que pilotaban aviones allá en el veintitantos, despegando para superar marcas entre Nueva Orleans y Buenos Aires y volando sobre selvas vírgenes que a veces les engullían, a ellos y sus máquinas. Thea no hacía más que recordarme cuán pocos han amaestrado águilas desde la Edad Media hasta nuestros días. Yo convenía en que era despampanante y mi admiración no tenía límite. Agradecía yo a Dios el ser su asistente o el supernumerario de Thea, pero traté de insinuar que la presencia del águila en la habitación desconcertaba al espíritu amoroso, lo cual resultaba inconveniente; asimismo, que Calígula era ni más ni menos que un animal volador: no era —digamos— un crío en su cuna, al que hay que proveer de teta o biberón. Thea no podía entrever, siquiera, mi argumentación; solo veía su objetivo en el pájaro, sin dudar de que yo lo compartiese. Creía que mi desacuerdo estribaba en la manera de manejarle, apenas. Nos movía la voluntad de poderío, a ella como a mí, pasión que afectaba a casi toda la gente que yo había conocido. Desde luego, cuando tienes un águila asida por la cola —por decirlo así—,

¿cómo renunciar a ella? Habiendo empezado, has de continuar. No importa estar a medio camino en un mar de dificultades. No; lo que sí llevaba adelante a Thea era la ilusión exaltada de capturar a un enorme lagarto de aquellos.

A la puerta de la *posada*[24] ardían dos antorchas de queroseno; los adoquines de la calzada estaban resbaladizos —no por lluvia o de rocío— y se mezclaban olores ricamente, que yo ignoraba cómo discriminar; de paja, arcilla, carbón de leña, humo de ocote, guisado, piedra, deyecciones y harina de maíz, pollo hervido, pimentón y tufo de perro, cochino y asno. Todo era extraño, desconocido. En el patio de granja, que tuvo una arcada, probablemente de terror, al vernos entrar a Calígula con la cabeza metida en su capucha, y en el dormitorio, donde el aire perfumado de las plantas de la sierra lavaba las paredes blancas y los olores de la comunidad, así como lo hace el largo envión venido desde lejos en el océano con los residuos flotantes en las vecindades del muelle. La india vieja que preparó la cama para nosotros se asemejaba, en la fantasía, a un aracnoide blanco.

No fue bueno ni prolongado el reposo, porque por la mañana temprano comenzaron a trabajar las lavanderas; alguien pisaba granos de maíz en el mortero; los animales estuvieron bulliciosos —en especial los *burros*[25], dominados por la necesidad— y la iglesia hacía resonar sus campanadas, a todo esto. Thea, no obstante, se despertó feliz e inmediatamente puso manos a la obra, alimentando a Calígula para apaciguarla, mientras yo iba a buscar pan y café para el desayuno, atravesando varios húmedos cuartos con tal fin.

Debido a nuestro pájaro, la travesía se efectuó con lentitud. Thea, por ejemplo, quería enseñar a Calígula a perseguir a un señuelo. Este era una herradura con alas y cabezas de pollo o de pavo atadas a ella, que se arrojaba al aire haciendo molinetes con una correa de cuero sin curtir. El águila se lanzaba tras él después de un sacudón preparatorio, elevándose rápidamente. Algunos de sus problemas eran los de un piloto de línea, en cuanto a juzgar distancias y corrientes de aire. Calígula no tenía la simple mecánica del pajarillo que planea y aterriza donde le da la gana. Para ella, esta era tarea de sólida administración de recursos. Cuando su vuelo la había llevado hasta lo alto, podía parecer liviana como una abeja; a veces la veía yo semejante a una paloma que pega tumbos y saltos mortales a enorme altitud: ha de haber sido porque Calígula jugaba con las corrientes de aire frío y caliente, para ello. Comoquiera, era una gloria verla ascender más y más hasta concluir entronizada ahí arriba, como si hubiese estado gobernando desde las alturas. Aun si su móvil era el acto rapaz, que todo lo basa en el asesinato, también es cierto que en su índole estaba el triunfal deleite de la ascensión a los cielos por propio albedrío. Otras formas de vida a igual altitud —tales como esporos y ciertas semillas— no se encontraban allí como individuos, sino como mensajeros de diversas especies.

Cuanto más austral era nuestra posición, más profundo parecía el cielo, hasta que, por el Valle de México, pensé que contenía un elemento demasiado intenso para que la vida perdurase: aquel azul incandescente detenía esta amenaza y, a veces, al igual

que una vaina de membrana de seda, mostraba en zonas combadas el peso que sostenía. De modo que, al volar más tarde sobre los viejos cráteres de la llanura —inmensas burbujas del averno—, con el sol poniente tiñendo de rojo el panorama —rojo, de peligro— y con nieve en la cima de los volcanes —Calígula en figura de Satán—, bueno, pues aquí los antiguos sacerdotes, antes de los españoles, esperaban que Aldebarán apareciera en medio del firmamento para confirmar con su presencia la continuación de la vida y el comienzo de un nuevo ciclo; y, recibida la señal astronómica, encendían un fuego inaugural dentro del pecho rajado y vacante de un sacrificio humano. Los adoradores, disfrazados de dios y de dios disfrazado de pájaro, saltaban desde ciertas plataformas fijadas a largas estacas, deslizábanse hacia tierra girando como serpientes emplumadas y águilas también: los *voladores*[26]. Existen aún en los mercados tales personas, así como reliquias o conversiones o equivalentes de lo inmemorial. En lugar de estanterías y pirámides de calaveras —todavía cubiertas de cabello y desprendiendo carne— había cadáveres de perro, rata, caballo y asno a la vera de los caminos; los huesos exhumados de terrenos en alquiler son arrojados a una pila cuando caduca el contrato; y los ataúdes, que parecen una mala broma de las formas femeninas, se venden en las tiendas abiertas al público: negros, blancos, grises, de todo tamaño, con pesadas orlas funerarias pintadas con pintura plateada sobre la madera. En los atrios, mendigos de voz perruna representaban la extremaunción en antiquísimo español eclesiástico, enseñando muñones y escaras. Los porteadores con sus largas cuerdas de cáñamo, que se atan a la frente para soportar la carga que llevan a la espalda, descansaban en medio de la basura a la hora de la siesta y se propinaban el mismo afectado descuido que merecen los muertos. Todo lo cual sirve para recalcar cuán a las claras, sin disimulo ni encubrimiento, es recibida la muerte en la belleza de esos lugares y cómo se reconoce que cada cual puede ser rudamente tratado, hasta el más orgulloso: pellizcado, abofeteado, colocado en tierra y hasta arrojado a tierra, puesto que la muerte misma escupe peores cosas a la cara de los hombres y torna horrible y grotesco el que alguien jamás tocado forme parte de un montón de restos.

A veces, cuando Calígula se elevaba bajo este cielo, solía preguntarme yo de qué modo se vincularía con este elemento demasiado fuerte, contenido tras las viejas bocas de los volcanes.

Por el momento, Calígula no ascendía a las alturas, sin embargo. Todavía volaba engorrosamente en pos del señuelo y sus viscosas entrañas descompuestas por el sol. Reiteradas veces era lanzado el señuelo colina abajo, porque era esta la única manera de hacerle remontarse. Cada vez que Thea calculaba mal la distancia, el águila me hacía tambalear, pues estaba sujeta a mí por medio de una cuerda que pasaba bajo mis brazos. Thea corría a verle devorar la presa y por señas me indicaba cuándo tirar de la cuerda. Paulatinamente aprendió Calígula a regresar al puño. Poco importaba que pareciese aislado un paraje montañés y, así, conveniente para el adiestramiento: a poco, aparecía un auditorio de pastores y campesinos vestidos con el atuendo blanco

con que dormían y sandalias con suela de caucho proveniente de neumáticos usados. Veíamos también a rapaces congregados y hombres de la sierra, impasibles, lo cual demostraba con cuánta gravedad tomaban todo esto.

En cuanto a Thea, a veces su aspecto superaba al de ellos en barbarie, a despecho del carmín para los labios y la forma convencional de los pantalones de montar que usaba. Thea extendía su brazo al águila que descendía y frenaba con alas y patas a la vez: el aire en movimiento se notaba en el plumaje del pecho; en la gorra de ella, también. Yo me enorgullecía de Thea. Este era el acto humano espléndido por antonomasia. Circundaba mi alma como si hubiera sido una hermosísima cinta, un distintivo. Ella festejaba mi figura cuando Calígula bajaba a posarse en mi brazo. Esto me complacía, desde luego, pero no me embriagaba de gloria.

Después de viajar una decena de días, arribamos a la ciudad de México. Permanecimos allí por un lapso, pues Thea tenía que ver al abogado de Smitty, contra su deseo, que era el de continuar directa y seguidamente hacia Acatla. Paramos por poco dinero en un hotel llamado La Regina: solo tres pesos al día. Allí no molestaba Calígula, al parecer. El lugar era tranquilo y de modesta apariencia, inusitadamente pulcro y con un tragaluz central y galerías a las que daban las habitaciones y los cuartos de baño. El vestíbulo del hotel tenía buen aspecto. Solía estar vacío y, desde lo alto, se le veía como a un diagrama. Las sillas y mesas de escribir estaban dispuestas con arreglo a cierta geometría, aunque nadie las utilizase. No tardamos en descubrir que el nombre del hotel se refería a una antigua y licenciosa reina de Chipre. Los armarios rebosaban de enseres para el aseo íntimo y las camas estaban preparadas con láminas de tejido impermeable bajo las sábanas, lo cual era un fastidio. Durante el día nos hallábamos solos en el hotel con las criadas, a quienes esto parecía muy chusco. Para ellas tenía gracia que viviésemos en una casa de lenocinio y nos atendían exquisitamente, lavaban y planchaban a nuestro placer, iban por fruta y café, etcétera, porque éramos los únicos huéspedes. El español que hablaba Thea las entretenía —yo estaba haciendo pinitos— tanto como sus pedidos o el hecho de llamar desde el lecho y hacernos traer mangos para nosotros y carne cruda para Calígula. Cuando nos dirigíamos al cuarto de baño sintiéndonos en libertad, lo hacíamos con solo una toalla para cubrirnos, y cuando yo deseaba deshacerme del águila por un rato, a nadie le importaba si Thea y yo nos metíamos en otras habitaciones. De noche, únicamente, surgían los inconvenientes del Regina: aunque es probable que los demás clientes hayan sido personas respetables, ignoraban lo que significa el silencio, con el agravante de que pocas puertas llevaban cristal en la lumbrera. De cualquier modo, nosotros dos salíamos a todas horas, a ver la ciudad, y dormíamos mucho en pleno día. Yo descansaba así mi brazo, cuyas heridas iban cicatrizando, y Thea me hacía visitar los palacios, *boites*, el parque zoológico y las iglesias. Me impresionaban las amazonas en Chapultepec, damas patricias de casco, inmensas faldas y zapatitos de cuero negro que les moldeaban el pie, cabalgando a asentadillas. El mundo era realmente mucho más grandioso de lo

que había yo imaginado. Dije a Thea:

—Mucho no sé, en rigor de verdad; estoy empezando a comprender.

Ella repuso, riendo:

—Tengo sumo gusto en proporcionarte la información que me pidas acerca de un lado de las cosas, pero ¿cuánto estás obligado a saber?

—Mucho —dije—, en realidad.

Pues yo estaba asombrado, impresionado, de tanto esplendor. Quería quedarme allí, pero estaba el asunto del pájaro y el hecho de que a Thea no le agradara tanto la ciudad.

Yo no podía cuestionar su juicio respecto a Calígula: en esto la seguía apenas, pero con confianza ya, basada en su probada habilidad en el manejo del animal. Un bicharraco como ese me habría hecho pedazos si me hubiese encargado de él, suponiendo que no me hubiese faltado el coraje. No; en lo concerniente al águila, yo obedecía órdenes en tanto respaldase la empresa. Cuando hube llegado a saber más, temblé de pensar en las precauciones que no habíamos tomado. Por lo pronto, tendríamos que habernos puesto máscaras de alambre, en especial al adiestrar a Calígula para que cediese el señuelo a trueque de la carne que le alcanzábamos en ese momento, porque las águilas calvas son particularmente peligrosas cuando tienen asida la presa. Thea podría haber perdido los ojos. Esto jamás aconteció. Con el tiempo, incluso, ella logró enseñar a Calígula a que respondiese a nuestras voces y volviese a nosotros, después de haberse arrojado sobre la presa, para tomar la carne que se le ofrecía con la mano. A Calígula le hablábamos y tratábamos con gentileza. Le gustaba ser acariciada con una pluma y se amansó mucho, pero yo siempre temía el momento de ponerle la capucha o quitársela.

En el Regina, las criadas, temerosas, tenían que hacerse presentes mientras trabajábamos con Calígula. Thea las obligaba a alinearse y les ordenaba hablar entre sí: «*¡Hablen, hablen ustedes!*»[27]. Debían charlar, porque el quid estaba en acostumbrar el águila a la presencia humana y a los sonidos humanos. De manera que estas indias de delantal, atemorizadas pero asimismo divertidas por nuestra ocupación, se mantenían en fila observando a Thea, quien sacaba a Calígula del tocador sobre su mano. Lo que yo había imaginado al verla por primera vez le ocurrió a una jovenzuela de estas: orinarse, al quitársele la capucha y quedar a la vista el rostro sanguinario de Calígula y su pico de alfanje con los orificios para respirar. Pero a Calígula sí le afectó el verse rodeada de estas mujeres; comió y luego, en cierto momento, pareció tender la cabeza hacia Thea y actuar como el gato que quiere frotarse contra las piernas de una mujer.

—¡Oh, mírale, Augie! —exclamó Thea—. ¿Ves que está procurándose un mimo?

Y se puso impaciente de tener que continuar en la ciudad:

—Este es el momento de seguir amaestrándola. Tendríamos que estar con ella en el campo, lejos de aquí.

—Pues demos una vuelta en coche…

—No podemos. Debo ver al abogado, pero no soporto esto de perder tiempo. Podríamos estar llegando, ahora mismo, a ponerle la presa viva. Presentársela…

Esto significaba su primer encuentro con un lagarto, mas no uno de los grandes, la variedad que tiene golilla, nuestra meta, sino uno de los pequeños. Además tendría que acostumbrarse Calígula a andar a lomos. Los lagartos gigantes se hallaban en parajes de los montes punto menos que inaccesibles, alejados del camino de ruedas, por lo cual no podríamos acarrear a Calígula de la manera usual.

Yo sentía que a Thea podría no convenirle un divorcio tan rápido. No haría buen negocio de ese modo. Yo no quería preguntar por los pormenores del asunto. Me imaginaba que su trato con el dinero era largo, el suficiente para haberle enseñado a cuidar sus intereses. ¿Qué decirle de aquello? Tampoco anhelaba enterarme de sus cuitas con Smitty; si hubiese preguntado al respecto, Thea me habría referido el caso con pelos y señales. Me mantuve, pues, ajeno a ello. Utilizamos las horas libres en sacar fotografías de Calígula posada en mi brazo, frente a la catedral, hasta que la policía montada, surgida al galope de los portales de un ministerio, nos ahuyentó de la plaza. Fueron duros conmigo estos guardias. Capté que Calígula era peligrosa y que querían ver mis papeles: esto, a grito pelado. Con Thea estuvieron deferentes, en cambio, pero nos apartaron del lugar con donjuanescas sonrisas pese a todo.

La intención de Thea seguía siendo la de vender al *National Geographic* o acaso a *Harper's Magazine* artículos ilustrados acerca de Calígula. Ella conocía en Acatla a un periodista capaz de ayudarnos y tomaba notas en una libretita de cuero rojo a la que iba sujeto un lápiz de oro. En cualquier momento se sentaba a escribir, flexionando su cuello, a razón de unas pocas palabras por página, con el papel en las rodillas. Si se detenía a pensar o a recordar algo, movía su mano como si hubiese estado sombreando un bosquejo. Tanto la observaba yo, que llegué a notar que las arrugas de sus nudillos se parecían mucho a las mías.

—Corazón, ¿en qué pueblo de Texas fue, donde Calígula quiso perseguir a una liebre?

—En los alrededores de Uvaldo, ¿no?

—No creo, mi amor. ¿De veras fue allí?

Thea apoyó su mano en mi muslo. Aquí, en la ciudad, se había esmaltado las uñas de color dorado. Relucían. Y se había puesto un vestido de terciopelo rojo, que era pesado. Los botones tenían la forma de concha marina. Estábamos sentados bajo un árbol, en un sillón de hierro forjado. Mirando la clara piel de su pecho sentí su tibieza, tan real como la de sus manos a través de la delgada tela de mi camisa. Daba por sentado que nos casaríamos apenas saliese la sentencia de divorcio.

16

Extraño es que la naturaleza nos lleve a deplorar nuestros actos más asiduos.
ANTONIO Y CLEOPATRA

Hallamos pronto la casa de Thea. Si acaso era de ella. Quizá perteneciera a Smitty. Ya lo descubriré a su debido tiempo, me dije. No había prisa alguna.

Surgieron a la vista las torres y tejados de la población y se ocultaron luego tras los nudos de terreno montañoso y acantilados de miles de pies de altura, hasta que la carretera en declive nos condujo a la plaza de la catedral, llamada zócalo. Estacionamos allí la furgoneta y echamos a andar, porque el camino hasta la casa de campo resultaba angosto. Aun en situación ordinaria nos habría rodeado al instante una turba de rapaces, mendigos, holgazanes, pregoneros de hoteles y demás morralla, pero, estando el águila, se congregó la chusma procedente de las tiendas, los bares y el mercado, que se extendía, bajo sus toldos, a la sombra de la catedral. Hubo mucha gente que reconocía a Thea y armó un alboroto: gritos y aullidos, silbos y rechiflos, vuelo de sombreros y otras lindezas. Con esta remolineante escolta, que levantaba una polvareda en torno, remontamos unos cientos de varas sobre el nivel del zócalo y llegamos por terrazas de piedra a los portales de la quinta. «Casa Descuitada» leí, escrito en un azulejo, bajo el ramaje de los granados; esto es: Casa sin Penas, donde fuimos acogidos por la cocinera y un gañán que hacía las veces de criado. Madre e hijo, nos aguardaron a buena distancia uno de otro, descalzos ambos sobre las rojas lajas del pórtico, junto a la cocina ella y cerca del dormitorio él. La mujer llevaba un niño de teta en su chal; al ver al águila, aun con la capucha puesta, comenzó a recular hacia la cocina. Nosotros transportamos el pájaro al cuarto de baño, que se trocó en su establo. Ahí se posaba en la cisterna, donde el goteo del agua la complacía. Jacinto, el muchacho, nos siguió, fascinado.

Me daba por pensar que, si el provecho pecuniario era, claramente, el único móvil de aquella empresa ridícula, yo tendría que consagrarme a ello, cosechar un dineral y libertar entonces a Calígula o bien entregarla a quien la aceptase como obsequio. Pero estaba más que seguro de que el metálico no constituía el fin de la vida de Thea. No dudaba yo de la nobleza de su proyecto ni de su antigüedad, ni de su faz cinegética ni de la intervención del azar; tenía conciencia, incluso, de cierto nexo con tiempos remotos en la aventura de domesticar. En efecto; pese a mi oposición y temor a aquel pájaro, a mis deseos de que fuese solo una gárgola y mis plegarias por su desaparición, yo veía la otra cara del embrollo, sus ventajas para Thea y la energía,

aun el brillo que esta volcaba en la tarea. Pero me preguntaba si era lícito que se nos obstruyese por este medio el goce del amor. ¿Por qué debía interponerse un águila? El amasar una fortunilla eliminaría por lo menos una objeción, si bien comprendí, acto seguido, lo frívolo de pensar sin tino ni prudencia en el dinero. Aunque la captura de lagartos no parecía del todo razonable como propósito, Thea poseía un pájaro y un proyecto que estaba llevando a cabo, mientras mi pensar económico era un aleteo de la imaginación. ¿Qué estaba consumando yo en el centro de México, con ropa de montar y gorra de campaña, si aspiraba a la seriedad? En total, volví a advertir la trascendencia del dinero en sí y por sí. Imaginaba la dilatada humanidad que pesca o cava o transporta, tornando día a día a sus menesteres, cogiendo y reteniendo, y que es honesta o zumbona o plañidera o subyacente o hipócrita; junto a ella, el dinero y el secreto o parte del secreto que representa, asocia o emparenta a los moradores del planeta.

En eso llegamos a un mesón donde nos sirvieron el almuerzo —sopa, pollo con salsa negra, tomates y aguacate, café y jalea de guayaba— y la comida, extraña y delicada, que nos hacía arder la boca, trajo a mi mente aquella cuestión del dólar.

Nuestra casa era anchurosa, agradable de aspecto y más honda de lo que aparentaba, porque del jardín se descendía a las habitaciones. Eran rojizos los muros y de baldosa roja o verde los pisos. Dos patios: uno con surtidor y sillones modernos tapizados de cuero de buey y otro menos ostentoso, contiguo a la cocina, donde prosiguió la educación de Calígula. Ella hacía cortos vuelos desde el cobertizo donde dormía Jacinto hasta mi mano.

Desde donde comíamos se oteaba el pueblo y los acantilados. Casi inmediatamente por debajo estaba el zócalo, el quiosco de música —desnivelado— y bejucos circundantes, con gigantescos árboles en derredor. La catedral, con sus dos torres y una cúpula —esta, a modo de panza de variados tonos de azul, encostrada y pinta de haber sido excesivamente horneada— se asentaba en forma despejada en las lonas de la plaza. De solo contemplarla, en medio de tu admiración, te asaltaba por momentos una sensación de pesadez, de mugre, de vómito, con tal prolijidad había asimilado el edificio sus inmediaciones. Duraban las campanas, verdosas y apagadas, iguales a un par de animales en su senectud, muy débiles ya. Abríanse los portaportales a una inmensa lobreguez interior en la que se divisaba el albor de las aras. Las imágenes, cortadas y arañadas, martirizadas por espinas y negras heridas, vestían (no todas) bragas que les impartían un aire picaresco; clavadas y tajadas como estaban, la sangre alcanzaba los dedos, semejantes a pinzas de tendedera.

Al costado de la catedral, en una colina, yacía —blanco y como erizado de púas — el camposanto; al otro, pero más arriba, una mina de plata, formando el centro de una estrella de hondonadas o zanjas intercomunicantes, dentelladas de una voraz inversión de capitales. Por un trecho aparecía carcomida, por virtud de la máquina, la ladera de la montaña. Intrigado, subí hasta allí un día. Es curioso lo que se descubría por todo México, en cuanto a mecanización: antiguas prácticas se arrastraban

mordicando como insectos constructores de hoyos y túneles; máquinas como escarabajos sagrados; pero, también, artefactos belgas e ingleses, tranvías de Manchester y locomotoras pequeñas que tiraban de vagones batea llenos de hombres envueltos en mantas y de soldados.

A lo largo del camino que conducía a la mina y dentro de los límites de la población todavía, eran arrojados los desperdicios en una vaguada cuya superficie ondulaban montículos de basura, persistentemente visitados por los buitres. En un extremo de la vaguada se veía cierta caída de agua. A veces quedaba por una nube la parte superior del acantilado pero, por lo regular, flotaban sobre la copa de los árboles, allí arriba, airones de partículas ácueas más claras que el mismo aire, como velos. Bastante más abajo había pinos en picos de roca plegada y rugosa que recordaban a dramáticas viudas; luego, una vegetación subtropical, con flores, y por último una tórrida franja poblada de víboras y jabalíes, ciervos y, sobre las rocas, las iguanas gigantes que habíamos venido a cobrar. Donde las hallabas, hacía mucho calor.

En una urbe como París o como Londres, donde el sol no hace mella a los grises velados que allí imperan durante casi todo el año, no recibe ese astro el respeto infundido por su pleno poder. Muchos meridionales envidian las virtudes que es dable suponer en quienes viven en un clima frío. No bromeaba Mussolini al hablar de volar con dinamita parte de sus Apeninos y sus Alpes para que por las brechas soplasen gélidos aires neblinosos de Alemania que hiciesen beligerantes a los ciudadanos de Perusa y Roma: el propio Mussolini, colgado luego cabeza abajo, con la panza al aire, flotantes los faldones de su camisa y con las moscas —a las cuales tenía declarada la guerra— caminando por el rostro vacío de expresión, vaciado de la sonrisa de otrora. ¡Ay! Y a su lado, la compañera colgada también de los tobillos, con sus pobres pechos acribillados de bala. Mas lo que deseo realzar entre la vivida luz y la discreta, es que esta última produce reclamos e ilusiones que no origina aquella. He dicho que Thea llevaba consigo una instantánea de su padre, tomada en la China del sur, con él montado a un *rikisha*. Thea la colocó en el tocador, sujeta al marco del espejo, y yo me descubría mirando a ese hombre con frecuencia, lejos del suelo que tenía que recorrer el cantonés inexpresivo su calzado extranjero. Y desde luego su traje blanco. Y me preguntaba cuál sería la especial distinción de aquel ser humano. Quizá le haya dedicado yo alguna veneración, por ser el amante de su hija o su futuro yerno. Comoquiera, ahí estaba él, con su hidalga figura, sentado en un taxi humano. A su alrededor, espectadores de entre millones contemplándole boquiabiertos, rastros de hambrunas, vehículos desastrados, suministros bélicos, rodeado todo esto por los millares de enterrados: gente, aquella, que zumbaba o brincaba por el suelo asiático como diatoneas del vasto baño del océano plagado de sol.

Pues bien, en la vivida luz vi la montaña salvaje, la banda subtropical donde tomaban el sol las iguanas, entre hojas enormes y magníficas flores, y no comprendí al punto cuántos visitantes de regiones frescas o frías pagaban buen dinero para estar

aquí. Cerca del nuestro había un hotel de lujo, el Carlos V. Su piscina relucía en el jardín, blanca y azul como un clima de tibieza celestial, y a la entrada del hotel se acumulaban los coches extranjeros de buen tamaño. Acatla estaba comenzando a atraer a gente que antes había favorecido a Biarritz y San Remo, pero que ahora deseaba alejarse de la política. Había ya algunos españoles aquí, de ambos lados del desastre, así como franceses, japoneses y rusos y una familia de chinos que regentaban un bar y fabricaban *alpargatas*[28]. La colonia norteamericana era cuantiosa, de manera que el lugar hervía y prosperaba. Yo sabía muy poco de esto al principio.

Me entretenía el mirar los jardines del Carlos V, al lado, con su bar en la terraza, los bañistas en la piscina, los jinetes que tomaban el camino de herradura y los cervatos recluidos en un corral con cerco de hilo de alambre. El gerente era un italiano, que usaba pantalones de diplomático y una casaca en que entraba su formidable trasero. Su pelo era liso y su expresión, confiada con los demás y preocupada consigo mismo. Noté cuán rápidamente se movían sus dedos, entrando en los bolsillos de su chaleco y saliendo de ellos, donde se iniciaban muchas de sus funciones. Desde nuestra pared, Thea me presentó a él. Se llamaba Da Fiori. Un extremo del jardín estaba reservado para su familia; la ventana de nuestro dormitorio daba justo allí. Cada mañana, el viejo Da Fiori, su diminuto progenitor, ataviado con un vetusto traje de estilo inglés y gorra; la chaqueta ostentaba un cinto de la misma tela verde oscura y se prendía con botones de madera de castaño. El viejo se atusaba los bigotes con nudillos hirsutos y, cuando caminaba, parecía que sus piececitos no le sostendrían. A Thea y a mí nos deleitaba el observarlo desde la cama, desnudos, olisquear las inmensas flores. Entonces aparecía su hijo, arreglado ya, pálido y aburrido. De polainas cortas en medio del rocío, inclinábase a besar la mano del padre. Luego venían las dos niñitas, blancas como torta de cumpleaños, con su tierna madre. Todos practicaban el besamanos, lo cual a nosotros nos producía sumo placer. Acto seguido, tomaban asiento en el cenador y un sirviente les traía el desayuno.

El águila ya reconocía nuestras voces y comía de nuestras manos, dejando el señuelo, si la llamábamos. Ya era hora de presentarle los lagartos. Los vivos significaban un trastorno, por su ligereza y su escaso tamaño. Los muertos no eran del parecer de Thea, quien se preocupaba por los que aportaba Jacinto, llenos de vida. Sugería adormecer a los mayores con éter, para volverles torpes en sus movimientos. A mí me caían bien aquellos bichitos, las lagartijas, que en ciertos casos se amansaban rápidamente. Si les rascabas la cabeza con un dedo, se aficionaban a ti y en un abrir y cerrar de ojos los tenías andando por tu manga, tu hombro y hasta entre los pelos de tu cabeza. Durante la comida solía yo fijar la vista en los que acechaban insectos que atraía la lámpara y cómo les cazaban con una lengua que se suponía capaz de oír. Al pensar en el pájaro fulminante que les teníamos reservado, yo deseaba que pudiésemos dejarles en paz. En lo tocante a esto, Thea se mostraba a la vez alegre y brusca conmigo y, cada vez que argüía en contra de mi simpatía por los

animalitos —dorados rapaces de Hiperión—, me hacía reír pero también retorcerme, incómodo. Estaba claro que la muy ladina ya tenía bien pensado el asunto para su coleto.

Me hablaba así:

—¡Tonto de capirote! Tienes mezclado el afecto con todo, como un salvaje primitivo. Guárdate tus sentimientos de una vez. Esas lagartijas no tienen necesidad de ellos: si se sintieran como tú, no serían lagartijas, serían lentas y se extinguirían en corto tiempo. Más aún, si te encontrara muerto la lagartija, ella se metería en tu boca abierta para atrapar insectos, como dentro de un leño.

—Y Calígula me devoraría.

—Puede que sí.

—¿Y me enterrarías tú?

—Por ser mi amante. Desde luego. ¿No harías eso por mí?

A diferencia de Lucy Magnus, Thea nunca me llamaba marido, ni usaba apelativos cariñosos. Me daba que pensar: sus ideas acerca del matrimonio, si bien evitaban lo polémico, se asemejaban a las de Mimi.

La conversación respecto a las lagartijas que transcribo es una entre varias, a través de las cuales, paulatinamente, llegué a entender qué esperaba Thea de mí. No era factible arrancarme una confesión de que no había nada que hacer en determinada situación; a la vez, yo buscaba argumentos constantemente para salirme de esta. La pregunta que se desprendía de ello, estribaba en si yo era hombre optimista o bien de pocas veces. Creía yo que el bien que albergaba debía estar vinculado con alguna ley, mientras que Thea no sentía entusiasmo por ninguna de mis esperanzas, plantadas como estatuas en un jardín. Cuando alguien me señalaba lo malo, me parecía que en algún sitio debería de haber remedio para ello o, de lo contrario, yo prefería no mirar en esa dirección. De modo que no se equivocaba Thea al acusarme y pretendía enseñarme su manera de pensar.

Con todo, me hacía daño ver la matanza de lagartijas a manos de Calígula y sus delicadas entrañas bajo sus garras, listas para su pico.

Cierta mañana de domingo, mientras la banda atronaba en el zócalo desde el alba y el calor arreciaba en el segundo patio (después de un desayuno de huevos fritos), Thea y yo estábamos amaestrando a Calígula. Era digno de oírse su aleteo en aquel espacio de aire tórrido. Jacinto nos trajo un lagarto de mayor tamaño. Lo atamos a una estaca, sin posibilidad de escape para el animal. Entonces se precipitó sobre él nuestra águila con una abrupta amenaza de alas en el aire seco y eléctrico, levantando el polvo, y se lanzó a clavar sus garras en él. Pero había suficiente cuerda para que el lagarto enfrentara al enemigo mostrando los dientes, poseído de ira, y diese su dentellada en el muslo de Calígula, del que quedó colgando. Esos muslos, que daban al águila traza de ser un jinete de Atila cabalgando en el éter. Calígula emitió un sonido desusado. Creo que jamás en la vida había sido lastimada y su sorpresa fue inaudita. Se arrancó el lagarto y deshecho que lo hubo, sin remedio, se hizo al aire.

No podía demostrar yo mi alegría al verla tan ofendida, buscando entre las plumas, con el pico, el lugar herido.

Thea estaba fuera de sí, arrebolado el rostro. Le gritó:

—¡Ve por él! ¡Despanzúrralo! ¡Acaba con él!

Pero al oír su voz, Calígula voló hacia ella, por la habitual porción de carne, y Thea no pudo más que extender su brazo para que el pájaro se asentase en él.

—¡Este hijo de mala madre, oh! —profería ella en su exasperación—. No podemos permitirle que huya de un animalejo como ese. ¿Qué hacemos? ¡Y tú no te rías, Augie, si sabes lo que te conviene!

—¡Que no me río, Thea! ¡Es el sol, que me hiere la vista!

—¿Qué intentamos ahora, Augie?

—Pues recojo al bichito y llamo a Calígula para que lo mate. El pobrecillo está casi borrado del mapa.

—Jacinto —ordenó Thea—: mata al *lagarto*[29].

Con placer corrió el muchacho, descalzo, desde el cobertizo y partió los cascos de la bestezuela con ayuda de una piedra. Lo estiré, ya cadáver, sobre mi guante. Calígula no se rehusó a venir, pero sí a comer. Sacudió con furia el guiñapo y lo dejó caer a tierra. Se lo ofrecí por segunda vez, polvoriento harapo, y el mismo juego.

—¡Ah, cuervo maldito! —protestó Thea—. ¡Sacadle de mi vista!

—Aguarda un instante, Thea —interpuse—. Esto no le ha pasado jamás.

—¿Que aguarde? Tampoco ha salido del cascarón más de una vez. ¿Cuántas veces necesita hacerlo? ¿Dónde están sus instintos? ¡Que le retuerzo el cuello! ¿Cómo piensa luchar con uno de los grandes, si apenas una mordedura lo amilana?

—Pero, si te hieren, ¿qué esperas que ocurra?

¡Otra vez mi tendencia a la lenidad! Thea meneó la cabeza, creyendo que la naturaleza bárbara no ha de ser así.

Deposité el águila sobre la cisterna. Poco a poco, Thea me dejó apaciguar su ánimo. Le dije:

—Tú has obrado maravillas con este pájaro hasta ahora. No puedes equivocarte. Por supuesto que cumpliremos nuestro objetivo. Al fin y al cabo, Calígula no tiene por qué ser tan fiera como la pintan. Todavía es joven.

Durante la tarde, por fin, Thea se recobró de su furia y propuso por vez primera que fuésemos al zócalo, a beber una copa en el bar de Hilario. Aunque la movían sentimientos nada placenteros respecto a Calígula, yo sabía que estaba implicado en ellos y condenado también.

Pese a lo dicho, Thea estuvo especialmente amorosa cuando pasamos a nuestro cuarto para cambiarnos, de camino al zócalo, aquel domingo por la tarde. Se desnudó. Su ropa exterior era basta; la interior, sedosa. Desvestida y fumando un cigarrillo, me miró de otra manera mientras yo, con el torso descubierto, me quitaba las botas. Fui a poner mi cabeza contra su pecho, aunque no ignoraba que ambos, aun enamorados, no teníamos idénticos propósitos. La idea de ella estribaba en una acción para la cual

te prepara y libera el amor. Casualmente, esto estaba vinculado con Calígula. El águila significaba eso para Thea. Pero como había empezado a sospechar que Calígula prefería que le trajesen la carne antes que ir a cazar la presa, tal vez se haya preguntado si yo sería capaz de dar el paso: del amor a lo que fuese imperiosamente necesario.

Nos levantamos de la cama y nos vestimos. ¡Cuán tierna y suave se veía Thea, arreglada con su blusa de encaje! Sus cabellos rodaron por su espalda. Tomó mi brazo, mas no porque hubiese necesitado mi apoyo para andar por calles adoquinadas, sino para mantenerse próxima a mí. A la sombra de los frutales, se asemejaba mucho a la que había sido en el columpio de St. Joe, mucho más joven que ahora.

Puesto que los Fenchel habían sido dueños de la casa de Acatla durante años, Thea tenía conocidos en la población. En el bar de Hilario nos sentamos a una mesa pequeñita, sin embargo: ella no deseaba compañía. Pese a esto se acercaba gente a saludarla y preguntar por su hermana, sus tíos y Smitty, además de darme un vistazo, como es natural. Varias personas se quedaron conversando. Thea no dejó de tenerme del brazo.

Para el nativo de Chicago, esta gente aparecía como rara y lejana. Pe tanto en tanto, Thea explicaba algo acerca de ellos que yo no siempre comprendía. Entonces, pues, este viejo alemanote calvo había sido bailarín, al otro lado se cernía un joyero y la rubia, su mujer, provenía de Kansas City; aquí una cincuentona pintora y el compañero de ella, una suerte de vaquero adquirido en Reno; aquel que se aproximaba era un bujarrón de dinero, travestido en épocas pasadas; y por allí una mujer que te inundaba con su inteligencia y me dirigía miradas severas. Supuse al comienzo que obedecía a haber usurpado yo el lugar de Smitty. Su nombre: Nettie Kilgore, que no resultó malasombra, a la postre, sino solo impaciente en su mirar y un tanto adicta a las melopeas. Smitty le importaba un rábano. Lo cierto es que yo había conocido a mucha humanidad grotesca, pero la qué hiciera de su rareza una especialidad, nunca. La colectividad extranjera de esta población representaba a Greenwich Village, Montparnasse y equivalentes de otras tierras. Había un exiliado polaco, un austríaco barbudo, la misma Nettie Kilgore, un par de escritores neoyorquinos —uno llamado Wiley Moulton y su amigo, Iggy a secas—; estaba Talavera, mexicano joven cuyo progenitor poseía un servicio de taxis y alquiler de caballos; un hombre sentado cerca de Iggy resultó ser el segundo marido de la primera mujer de aquel, Jepson de nombre, nieto de un explorador de África. Todo esto era novedoso para mí y continuó mientras Thea y yo seguíamos sentados uno al lado del otro, frescos tras una buena siesta. Constituía un entretenimiento curioso que no me afectaba en exceso, ni más ni menos que el *kinkajou* que Hilario tenía enjaulado y alimentaba de patatas fritas a aquel animalito de grandes ojos.

El que la gente me supusiera dueño del águila, me halagaba, si bien yo lo desmentía, pero todos parecían resueltos a creer que solo un hombre puede enfrentar

a un pájaro de la magnitud de Calígula. Todos, esto es, con excepción de Talavera, aquel sujeto joven, cetrino y fuerte, quien se decía sabedor de la habilidad de Thea con los animales. Su aporte a la plática no me interesaba en demasía, aunque admito que Talavera se diferenciaba del resto de una compañía cuyo estrambótico aspecto no acababa de agradarme. La persona sentada junto a él tenía una cabeza extraña con una cresta ósea que pasaba por el medio; el dorso de su mano se asemejaba al empeine del pie de otro hombre: blanco, grueso y en apariencia muerto. Luego, Nettie Kilgore. Luego, Iggy, de ojos inyectados. Luego, un hombre a quien secretamente apodé Ethelred el Desprevenido (como a la Abuela Lausch o al comisionado Einhorn, a mí me daba por poner motes a veces). Luego, Wiley Moulton, el autor de historias fantásticas, panzón y de luengos cabellos, con un rostro algo sutil, de párpados sombreados, y dientes pequeños y manchados por el tabaco: sus dedos se curvaban hacia atrás en la última falange.

Algunas personas de estas eran industriosas: remontaban el más pequeño bien hasta elevadísimos picos de oposición, a fin de ponerlo a prueba.

—¿Así que piensas atrapar a esos monstruos con tu pajarraco? —dijo Moulton.

—Sí, señor, así lo haremos —respondió Thea calmosamente. Lo notable acerca de ella era que nadie conseguía desviarla, aun en ligera medida o para quedar bien. «No me placen las niñerías», solían decir.

Y yo filosofé:

—No será la primera vez —con suficiencia aparente.

En el preciso instante, atacó una marcha la banda en el zócalo y retembló el aire al compás. Anochecía. La gente joven se paseaba, pero a un ritmo rápido, de modo que se sentía el flirteo pero también como un vuelo desesperado. Los fuegos artificiales brincaban por los aires. Un violinista ciego tocaba y aullaba con algo de danza macabra, dando serenatas a los turistas. Entonces comenzó la catedral: atronaron las campanas, la voz más honda de aquella encostrada tristeza. Con su estruendo enmudecieron pasajeramente nuestras conversaciones. La gente se bebió su cerveza o sus dosis de tequila con sal lamida del pulgar —elegancias de lo mexicano — y mordiscos de lima.

Thea necesitaba la ayuda de Moulton para redactar los artículos que confiaba escribir. Concluido el campaneo y su estrépito, le interrogó.

—No ando en esos menesteres por ahora —respondió él—. Gano más siguiendo a Nicolaides.

Nicolaides era el director de la revista barata a la que contribuía Moulton.

—El mes pasado tuve que entrevistar a Trotsky, pero lo dejé de lado pues prefiero escribir para Nicolaides. Además, me agota la confección de cada entrega.

Tuve la impresión de que Moulton era poco menos que un saco de aire, capaz de decir cualquier cosa. ¡Cualquiera! Solo aguardaba que la conversación le diese la oportunidad de hacerlo.

—Pero antes usted solía despachar artículos periodísticos —dijo Thea— y ahora

podrá enseñarnos a hacerlo.

—Tengo por cierto que el señor March no es escritor.

—No lo soy —afirmé por mi parte.

Lo que indagaba el hombre era mi profesión, con esas palabras. Presumo que él sabía que no tenía yo oficio con que anunciarme a la gente mundana (pues me imaginaba que esta gente pertenecía al gran mundo y así era, poco más o menos). Moulton me sonrió y no sin bondad en su expresión. Por las arrugas de sus ojos se parecía extraordinariamente a una señora gorda de mi antiguo barrio.

—En caso de apuro —dijo—, tal vez Iggy pueda socorreros, si yo no puedo.

Moulton e Iggy eran amigos, pero su recomendación movía a risa, pues nadie ignoraba que la especialidad de Iggy eran los folletines del tipo de los de *Doc Savage* y otras historias espeluznantes. No estaba en condiciones de componer otra cosa.

El tal Iggy Blaikie me caía bien. Su apellido auténtico era Gurevitch, que carecía del bizarro toque de los nombres anglosajones que él inventaba para sus héroes; así, el Gurevitch fue abandonado, pero tampoco el apellido Blaikie tenía un sonido real. Quedó Iggy. Este hombre parecía nacido en un salón de billares, tal era su pinta. Usaba un jersey de apache y un par de sandalias con suela de cáñamo, adquiridas en la tienda china. Era delgado, pero su rostro estaba siempre arrebolado y siempre indecoroso, inyectados los ojos verdes y con boca de rana, arrugas en el cuello sucio y a medio afeitar. Su voz sofocada servía a una charla semiincoherente. De no mediar alguien ya perito en cataduras por el estilo, que lo hubiese sabido inocente, Iggy podría haber sido tomado por un traficante de drogas o por un rufián de menor cuantía. Su caso era el de falsas apariencias, con carácter de gravedad.

En cuanto al joven Talavera, yo no sabía realmente qué pensar de él. Era obvio que sí me había mirado de hito en hito y me había vuelto consciente de mi pelaje, con el rostro atezado y el corte de cabello, de características *sui generis*. Me sentí tonto, en parte, pero concedí que también lo había escrutado yo. Me faltaba la experiencia necesaria para sospechar de un joven oriundo de aquellos lugares que se apega a los visitantes extranjeros, en especial a los de sexo femenino. Así son, al fin y al cabo, los personajes sin blanca a quienes pertenecen antiguos apellidos, que en Florencia se encuentran frente al Café de Gilli o bien en Capri, donde son los jóvenes que aguardan al tope del funicular, con sus ajustados pantalones, la llegada de las dinamarquesas u holandesas a las que esperan enamorar. Si hubiese contado yo con la experiencia necesaria, tal vez tampoco habría acertado respecto a Talavera. Era un tipo mixto, bien parecido, como Ramón Novarro del mundo del cine, a la vez que tierno y altanero. Se decía que era ingeniero de minas, lo cual nunca se demostró, ni falta que hacía, pues su padre era rico y Talavera, un deportista.

Dije a Thea:

—No le caigo simpático a ese joven, creo.

—¿Y qué? —contestó al desgaire—. Solo arrendamos caballos a su padre.

Para el transporte de Calígula, intentamos usar un burro. No obstante, aunque el

bicharraco quedaba bien sujeto a la silla, y además encapuchado, el burro en sí estaba yerto de terror, con la pelambre erizada en la testuz. Luego usamos caballos, pero se mostraron asustadizos. Si yo montaba, no duraba en el asiento al alcanzarme Thea a Calígula. Ella no tenía mejor suerte. En resumidas cuentas, Talavera el Viejo sacó de debajo de tierra un caballejo veterano de la revolución zapatista, que había sido dañado en una guerrilla. El rucio parecía apto para un picador solamente y ser despanzurrado en el ruedo. Pero con el águila, no hubo cabalgadura superior a él. La aceptaba como con pena sobre su lomo. Tal resultó el Viejo *Bizcocho*[30], nombre al que respondía. No andaba sino a paso de ambladura, aunque en ocasiones escogidas era capaz de un galope corto.

Sacamos a Calígula del pueblo a un llano, primeramente, para practicar. Dejábamos atrás el camposanto y sus huesos —dispersos por al suelo— y el violento olor de las flores a lo largo de blancas paredes: yo encabezaba el cortejo en el rucio, a paso lento, con el águila al brazo; luego Thea en otra caballería y, por fin, Jacinto vestido de blanco en un asno. En eso pasábamos un cortejo funerario —a menudo el de un niño— y el padre mismo, llevando el ataúd en la cabeza, se salía del camino y el cortejo, incluidos los músicos, se apartaba como él, de ojos negrísimos y algunos cabellos mogólicos y alargados sobre la boca de salvaje; y aun afligido y hostil, seguía al águila con la mirada. Y se oía el murmullo de siempre: «*¡Mira, mira, mira el águila, el águila!*»[31]. Así que íbamos pasando por las piedras blancas y por las paredes que se desconchaban al calor, los espinos, los huesos muertos y la ropa con que vivían de día y de noche los mexicanos y el cuerpecito del niño asestado por la fiebre que se bamboleaba en su ataúd…

Subimos hasta una meseta, de la que estaba semioculta la población hundida en una pintoresca hoya, y allí ejercitamos a Calígula a despegar y elevarse desde un punto en movimiento. Cuando hubo aprendido eso, la confianza de Thea en ella volvió plenamente. Y de veras estábamos haciendo méritos. Asentada Calígula en mi antebrazo, yo urgía al Viejo Bizcocho y el águila se aferraba a mí, dolorosamente, a través del guantelete. De pronto le quitaba yo la capucha y destrababa el perno giratorio —para lo cual debía sostenerme en la montura apretando las rodillas— y entonces sacaba pecho Calígula, con un entrechocarse de alas, y alzaba el vuelo.

Poco bastó para que estuviese presto Bizcocho. Una mañana, en una racha de entusiasmo, salimos en pos de los lagartos gigantes, llevando a Jacinto como batidor. Para dar con la guarida de las alimañas, descendimos por la ladera del monte. El bochorno arreciaba entre los peñascos de piedra blanda esculpida por los elementos. En cuanto a los seres que perseguíamos, eran colosales, provistos de antiquísimos frunces membranosos. Aquí se olía a víbora. Parecía la edad de las serpientes, entre el verde ponzoñoso de la vegetación y las moradas gardenias. Aguardamos, pues, a que Jacinto hiciese su labor: hurgar, cautelosamente, con una pértiga bajo las frondas, ya que las iguanas son salvajes. Sobre nuestras cabezas vi agazapada una —extraño espectador desde una cornisa—, pero desapareció con su toca isabelina apenas la

hube señalado a Thea. Aquellas criaturas eran veloces y osadas como no he visto igual. Saltaban desde cualquier altura como peces, con una contracción de sus flancos. Me asombré de que no estallasen en bolillas de mercurio, mas caían con un impacto y echaban a correr sin solución de continuidad: habrían dejado atrás a un jabalí.

Conociendo los estados de ánimo de Thea, yo me inquietaba por ella. Aquel sitio era un barranco, faltaba dónde maniobrar y ella hacía girar en redondo a su cabalgadura, incitándola a lanzarse abajo sin temor. Yo llevaba la carga del águila. El rucio zapatista estaba trabado en sus movimientos, pero era valeroso y entendía lo que es correr un riesgo; en conclusión, yo oía mucho y nada veía en aquel selvático trance.

—¡Thea! —vociferé—: ¡Cuidado!

Pero ella estaba gritándole algo a Jacinto e indicándome a la vez dónde apostarme, por señas. Thea pretendía que los lagartos gigantes descendiesen obligatoriamente por una cuesta de piedras en que estarían carentes de protección. Huían y ahí era dable verlos, monstruos plateados o polvorientos o grises o verdes como estatuas movedizas. Thea me dio la señal de desligar a Calígula, cuya capucha retiré de antemano. Recibí una sacudida: era Bizcocho, que abrió la marcha sobre piedras sueltas, y también Calígula, que despegó desde mi brazo. Sus alas las propelía por los aires profundos de la montaña hacia lo alto, donde reinaba la elevada frecuencia del azul. Por etapas fue ascendiendo hasta que se puso a planear al acecho en las capas superiores del espacio.

Thea se apeó de un salto para detener el movimiento de la pértiga con que Jacinto exploraba la vegetación lujuriante, derribando flores magníficas, del color de la carne, que rodaban bajo la ola de helechos.

—*¡Ya viene!*[32] —gritó el muchacho.

Una iguana salió a escape por las rocas. La avistó Calígula e hizo su intento prescripto. Con la negrura de su plumaje, parecía acorazada, una amenaza caída raudamente del cielo. La iguana dio su puro brinco, aterrizó ruidosamente, galopó, se dobló al abalanzarse el águila en su dirección, se escurrió de las garras de aquella, rodó, luchó para librarse de la sombra que la acorralaba a cada instante y nuevamente huyó. Presencié el careo fiero y afilado. Cuando Calígula hubo plantado una pata en el monstruo antediluviano, abrió este su boca angulosa con extraña furia serpentina y asestó su golpe en el cuello de Calígula. Poderosamente se sacudió el águila para liberarse de ella y la soltó. La iguana salió disparada, salpicando lustrosa sangre por los riscos. Thea gritaba órdenes a Calígula:

—¡Ve tras ella! ¡Mátala! ¡Ahí va!

Mas el águila no persiguió a la presa por la pendiente; descendió y quedó batiendo alas. Cuando el rumor de huida de la iguana ya no fue audible, plegó sus alas, pero no voló hacia mí.

—¡Cobarde, maldita! —la denostaba Thea, con pasión.

Arrojó una piedra contra Calígula; Calígula levantó la cabeza al golpear piedra contra piedra cerca de ella.

—¡Detente, Thea, por Dios! ¡Thea, te arrancará los ojos!

—¡Que se atreva! ¡Que la despedazo! Deja que se acerque.

La desencajaba un furor que trastornaba su mirada. Viéndola así sentí que se retiraba la energía de mis miembros. Traté de impedir que arrojase otra pedrada, pero imposible: corrí, pues, a apoderarme del rifle, para proteger a Calígula de ella y a nosotros de Calígula. Thea ya había mejorado su puntería, pero no lo suficiente, y Calígula levantó el vuelo. Me despedí del águila para mis adentros: seguramente iba a marcharse a Canadá o bien a Brasil…

Thea admitió con dolor y lágrimas, asiéndose del delantero de mi camisa, que había sido una pérdida de tiempo el invertirlo en un pájaro cagueta.

—Quizá la lastimó esa iguana —insinué.

—No. Lo mismo ocurrió con la lagartija aquella. Está asustada.

—Sea como fuere, se ha largado.

—¿Adónde crees tú?

Intentó localizarla, infructuosamente: las lágrimas. Ni supe yo escudriñarla en el cielo.

—¡Que se vaya al infierno! —maldijo, con un estremecimiento de ira. Su rostro ardía por la estafa que esto le significaba. ¡Pensar que una máquina cruel, un gran jefe como parecía Calígula, resultase un blando!

—¿Estará herida, si vuela así? —preguntó Thea.

—Es que tú la acribillaste —dije, sintiéndome nuevamente implicado, por haber sido mi brazo el que había domesticado al águila.

Era un trago amargo el tener que aceptar de la naturaleza bravía un ingrediente de humanidad y de penar mezclado en ella, así como lo hubo en las bestias que abrazaron a Odiseo y sus hombres y lloraron por ellos en el atrio de la morada de Circe.

Cuando tristemente arribamos a casa, envié las caballerías con Jacinto a Talavera el Viejo. Thea no habría tenido fuerzas para hacerlo y yo no quería dejarla sola en aquella coyuntura. Pero, al entrar en el patio, oímos gritos y protestas de la cocinera, que se alejaba corriendo porque Calígula estaba paseándose en el tejado.

—Ahí la tienes, de regreso —dije a Thea—. ¿Qué harás con ella?

—Me da igual —repuso—. ¡Nada! Ha vuelto a por su carne, la desgraciada, porque es demasiado cómoda para ir a cazarla.

—No estoy de acuerdo contigo. Ha vuelto porque no se siente culpable. No está hecha a contrincantes que le devuelvan el golpe.

—Por lo poco que me importa, puedes usarla de alimento para gatos, si se te antoja.

Tomé un poco de carne de una cesta junto a la estufa y salí en su busca. Vino a mí, comió y luego le puse la capucha, ligué sus patas y por último la deposité sobre la

cisterna, su reducto fresco y umbrío.

Pasó una semana y yo continué como único custodio de Calígula. Thea se atareaba en otros asuntos. Armó un cuarto oscuro donde revelar las fotografías que había sacado en la ruta de los lagartos. El águila quedó a mi cuidado. Yo la ejercitaba solo en el patio, como un hombre que rema en un bote salvavidas. En esta época, también, sufrí un acceso de disentería y por consiguiente veía a Calígula con mayor frecuencia de la que hubiese preferido. El médico prescribió un específico y me indicó privarme de tequila y del agua de la población. Yo había estado bebiendo aquella humosa tequila, que te afectaba las tripas si no estabas habituado a ella.

Nadie salió indemne, en rigor, de la súbita cesación de actividades nobles como la caza de lagartos gigantes. Reinaba la monotonía mientras Thea ejercía la profesión de fotógrafo en su laboratorio. La palabra «monotonía» no alcanza a significar el desengaño y el rencor contenidos. Yo no podía remolonear en la cama mientras nadie cuidaba a Calígula, aunque solo fuera porque se volvería peligrosa por hambre, sin mencionar el aspecto humanitario de la situación.

Bajo una cantidad de leña menuda, hallé junto a la chimenea un volumen sin tapas impreso en letra diminuta. Contenía la *Ciudad del Sol*, de Campanella; *Utopía*, de Tomás Moro; y los *Discursos* y *El Príncipe*, de Maquiavelo, así como largas selecciones de St. Simon, Comte, Marx y Engels. No sé qué ingenio habrá confeccionado esta colección, pero era ciertamente una obra de bigote. Llovió durante un par de días y yo estuve enfrascado en ella, mientras la madera, húmeda, trataba de arder y yo arrojaba manojos de ocote en el fuego para lograr buena llama. Era imposible adiestrar a Calígula con este tiempo. Yo me subía al inodoro para alimentarla a través de la capucha, tratando de volver cuanto antes a la lectura. Me sentía absolutamente subyugado por ella. Me levantaba del asiento entumecido hasta los tuétanos, apabullado por tanta audacia en la presunción y el cálculo. Deseaba hablar de todo aquello con Thea, pero la notaba sumida en otras preocupaciones.

Pregunté a quién pertenecía el libro.

—A alguien —respondió—. Es apenas un libro.

—Es magnífico, con todo.

Se mostró contenta de que yo hubiera hallado algo en que interesarme, pero no la atraía el tema. Colocó una mano a un costado de mi cara y me besó en el otro, aunque solo para enviarme a mi lectura. Di un paseo por el jardín para estirar las piernas. Vi a Da Fiore en el cenador, hurgándose la nariz.

Luego fui por mi poncho de caucho, pues tenía necesidad de compañía. Thea me había pedido que le consiguiese papel fotográfico, lo cual me daría algo que hacer. Mientras marchaba en descenso por las terrazas de piedra, bajo un pausado llover, vi un guarro de somonte, lanudo y de largas patas, echado en el barro rojo de la zanja y dejándose espulgar por un pollo que tenía encima. Y el gramófono que sonaba en el bar de Hilario a través de un altavoz:

Tres cosas hay en la vida:
salud, dinero y amor…[33]

Y luego algo que se enroscaba lentamente, cantado por Claudia Muzio o tal vez por Amelita Galli-Curci, de *Las Joyas de la Madonna*. Eleanor Klein había tenido ese disco una vez. Me entristecí, sin deprimirme.

Con mi equipo para mal tiempo pasé ante la catedral, donde los mendigos estaban empapados y exhibían sus muñones por entre ropas coloreadas. Dejé algunas monedas allí, ya que eran de Smitty, al fin y al cabo: pensé en que hay que distribuir la riqueza.

Desde el segundo piso, con pórtico de flores, del bar de Hilario me chistó una persona y golpeó una placa metálica de cerveza Carta Blanca para atraer mi atención. Era Wiley Moulton, que me pidió que subiese a verle, lo cual me alegró.

Además de Iggy, había, sentadas a la mesa, dos personas que me parecieron marido y mujer. Él frisaba en la cincuentena, pero se portaba como hombre joven: alto, delgado y enjuto. Mas yo miré primeramente a su compañera, una joven que me fue presentada como Stella. Daba gusto verla. En belleza superaba a todo lo que había en la casa; seres humanos, animales, plantas. Sus facciones no eran vigorosas, aunque rebosaban de sentido; sus ojos, incluso, estaban cargados de amor. Parecía natural que diese gusto verla. Como los revolucionarios que palpan las manos de los transeúntes que detienen, para descubrir si son aristócratas o plebeyos, así cuando estás enamorado procederás a hacer este tipo de identificación. Stella era la novia del cincuentón, Oliver de nombre. Y, pese a que al mirarme parecía calmo, era suspicaz en realidad: tal es lo irracional del ser humano, pues él había dispuesto las cosas para suscitar envidia en los demás.

Moulton aclaró prontamente que yo era un hombre prometido. Y agregó:

—Ja, Bolingbroke.

—¿Quién, yo? —dije.

—Por supuesto. No es posible semejar un personaje ilustre sin recibir su nombre. Algo me impresionó al verte y me dije: «He aquí alguien que debería ser Bolingbroke, si no lo es ya». No te importa, ¿verdad?

—¿Quién podría objetar?

Estábamos de broma: cada cual según su índole, con malicia o con afinidad.

—Os presento al señor March —añadió Moulton y luego—: Dime, Bolingbroke, ¿cuál es tu nombre de pila?

—Augie.

—¿Cómo está Thea?

—Pues muy bien.

—No os habéis hecho ver. Será esa águila que os mantiene atareados…

—Lo estamos, lo estamos.

—Sentí una admiración sin límites el día en que llegasteis en la furgoneta y os vi sacar a la luz el pájaro. Estaba yo sentado aquí y presencié el espectáculo: ¡qué maravilla! Parece que ha recibido calabazas, sin embargo…

—¿Quién ha dicho eso?

—Circula la voz de su fracaso.

¡Ah, Jacinto, pedazo de hijo de monja!

—¿Es cierto, Bolingbroke, que se acojonó ese forzudo animal? ¿Es culera?

—¡Qué sandez! —exclamé—. ¿Qué diferencia hay entre un águila y otra? Son todas iguales, poco más o menos. Un águila es un águila, un lobo un lobo, un murciélago un murciélago.

—Estás acertado, Boling. Es más: en nuestra especie, incluso, nos asemejamos unos y otros, pero, por eso mismo, son interesantes las diferencias. ¿Qué hay de tu águila, eh?

—No está madura para esta clase de cacería. Pero habrá de estarlo en breve. Thea es toda una adiestradora de águilas.

—No lo niego. Pero si es timorata la vuestra, habrá sido menos duro su adiestramiento que el de una con fuego y vinagre en la sangre, como la que atrapaba esos lagartos hace un tiempo.

—Calígula es un águila calva norteamericana, del tipo más feroz que existe.

¿Cómo es posible que la gentuza estrecha de miras pretenda que el buen éxito te acompañe en un proyecto extraordinario y, sin embargo, dé preeminencia a lo deleznable y no valore lo titánico del esfuerzo? El agravio era extensivo a los autores que yo había estado leyendo.

—Oliver dirige una revista —terció Iggy—. Tal vez esté interesado en la historia de tu águila.

—¿Qué revista es esa?

—*Wilwont's Weekly.*

—Es verdad. Estamos aquí de vacaciones —dijo el aludido.

Tenía un aire de tontería, de fragilidad en torno a la cabeza, con labios afinados, bigotes mínimos y pómulos nudosos. A todas luces era un bebedor y hombre muy vanidoso. Su ascenso en el mundo era un hecho reciente. Moulton e Iggy lo habían conocido en Nueva York. Una de las primeras cosas de que me enteré, acerca de Oliver, fue que si le dejabas entrar en tu casa —apenas dos años atrás—, correrías el riesgo de que te birlara ropa para empeñarla y hacerse de whisky. Lo último que se supo de él es que había sido internado con delirium tremens, para insulinoterapia. Y, sin embargo, aquí estaba, de punta en blanco, con su convertible nuevo y acompañado por una belleza, presunta actriz. Y era, cabalmente, director del *Wilmont's Weekly*, del cual dijo:

—Nos interesan principalmente los artículos políticos.

—Ea, Johnny, no nos vengas con eso de la seriedad de tu revista. Artículos sesudos, ¡qué va! Jamás ha sido así.

—Es que todo ha cambiado con los nuevos propietarios. Ya sabes —agregó, cambiando de tema, hábito que pronto se tornó predecible en él—. La semana pasada escribí mi autobiografía. Justo antes de viajar hacia aquí. Me llevó siete días. Mi niñez el primero, mi adolescencia el segundo y así sucesivamente, época por época, en un total de siete justos. Diez mil palabras a la jornada. Aparece el mes venidero.

Cuando hablaba de sí mismo, lo hacía con tal satisfacción, que por el momento se ponía reverberante de buena salud. Cuando el tema de la conversación le dejaba atrás, se volvía magro con creces, este Oliver.

Dijo Stella:

—Paramos en el Carlos Quinto. Venid a tomar una copa con nosotros, pues.

—Sí, por qué no —dijo Oliver—. Tendríamos que aprovecharlo, ya que cuesta un dineral. Sentarnos en el jardín, por lo menos.

Me marché, porque las palabras de Moulton respecto al águila me habían dejado algo irritado. Hubiera creído que el fracaso de Calígula me reportaría cierto placer, pero no aconteció así. Ya antes había entorpecido los transportes del amor; ahora era peor el daño que ella nos hacía. Thea y yo estábamos desorientados, lo cual me dejaba perplejo. ¿Qué sucedió, que no éramos capaces de mantener en alto la pureza del sentimiento? Hoy veo que conocí a aquellos escritores en el apogeo de diversas utopías, típicas de una época peculiar. ¿Cómo era posible hacer caso omiso —en ellas, nacidas de las esperanzas y las artes del momento— de lo que toca a la naturaleza o, incluso, tener la certeza de que servirían para mantener enarbolado el sentimiento?

Volví grupas resuelto a no permitirnos un retroceso, sino usar a Calígula para atrapar iguanas gigantes, como la pareja norteamericana que nos había precedido.

Como primer paso, quise dar una felpa a Jacinto, por chismoso, mas no lo hallé en la casa, ni tampoco a Thea.

—*Están cazando* —me informó la cocinera[34].

—*¿Qué cosa?*

—*Culebras* —indicó, con una vocecilla antigua y distante.

Busqué entonces ese término en el diccionario. ¡Había salido a cazar serpientes! Calígula estaba sobre su cisterna.

Regresaron aquella noche, seguidos por una turbamulta de niños —acaso amigos de Jacinto— que iban gritándose unos a otros. Jacinto era portador de dos sierpes en una caja.

—¿Dónde habéis estado, Thea?

—Tras unas serpientes. Hemos cazado dos, hermosas.

—¿Quiénes? Estos chavales no han estado contigo, ¿verdad?

—¡No, no! Se nos han sumado en el camino de regreso, cuando Jacinto divulgó lo que traíamos.

—Thea, me parece fantástico que hayas ido por ellas, pero ¿por qué no me aguardaste? Son peligrosos esos bichos, ¿no es cierto?

—Es que yo no sabía a qué hora estarías de vuelta. Pasó por aquí un obrero de la fábrica de carbón de leña y dijo haber visto culebras, así que fui directamente tras ellas.

Thea las colocó en una caja de las que teníamos para iguanas y con ello inició una colección. El pórtico fue convirtiéndose en galería de serpientes que pusieron a la cocinera en trance de renunciar, temiendo por la vida de su hijito.

Era el instante propicio de mencionar a Calígula, estando alborozada Thea por el buen suceso de su arranque. Me escuchó, pues, razonablemente, inclinándose a aceptar mis palabras y estuvo de acuerdo: había que dar a Calígula una nueva oportunidad. Jamás habría creído yo que algún día intercedería por Calígula ante su dueña. Enviamos a Jacinto al cortijo de Talavera a por cabalgaduras para la mañana siguiente. Reuní a las puertas de la quinta la totalidad de nuestro equipo. Al regresar el gañán, nos halló con el águila, que, como de costumbre, presentaba un aspecto soberbio y peligroso. No me gustaron las ocasionales miradas escépticas de Thea. De vez en cuando hablaba yo a Calígula, acariciándole con una pluma y discurriéndole:

—Esta vez habrás de cumplir tu cometido, compadre.

Arribamos al paraíso de las iguanas y me aposté a mayor altura que en la ocasión anterior, para que tuviese el pájaro una vista menos circunscrita de aquella ladera de piedra. Sus garras me dolían y entonces hube de transferir el peso del ave a mi muslo, a fin de aliviar mi brazo. Bizcocho no cesaba de mosquearse. Los feroces insectos de la región se posaban, constantes y relucientes, en su gris costillar.

Thea cabalgaba a un nivel inferior: yo la divisaba a través de un piso de helechos. También vislumbré a un Jacinto que iba encaramándose por blancos peñones parecidos a torrecillas y oí el fragor de iguanas en fuga a través del follaje, haciendo temblar las pesadas y voluptuosas flores a su paso.

Y de pronto se me alcanzó la idea de lo que significa cazar, mas no con armas sino por medio de una criatura, algo viviente que has sabido adiestrar merced al barrunto de que todo entendimiento se asemeja en el orden natural: desde el del misérrimo eslabón hasta en los astros de primera magnitud existe una identidad esencial. Toqué y acaricié a Calígula. Bizcocho volvió la cabeza como para fiscalizarme, se desprendió Thea el pañuelo de la suya —era la señal— y nosotros salimos al galope más fuerte que le he conocido a Bizcocho, con rumbo descendente.

Elegí mal el camino: demasiado abrupto. Sostenido exclusivamente por mis rodillas, liberé a Calígula —como pude— de su capucha y traba. Estaba gritándole algo animoso cuando de improviso, también yo comencé a deslizarme hacia delante y sobre la cabeza de Bizcocho, que buscaba pie en la empinada piedra, desesperadamente. La verdad es que se caía, igual que yo. Sentí el despegue de Calígula en mi brazo y vi, acto seguido, el color de mi sangre en las piedras, todo en un santiamén. Di contra algo y resbalé, oyendo el loco relincho de Bizcocho y un grito de Jacinto.

—¡Rueda, rueda, rueda! —dijo la voz de Thea—. ¡Está pateando! ¡Se ha

lastimado!

Mas un casco de Bizcocho me alcanzó en la cabeza, de lleno, y me desvanecí.

17

Buen trecho nos lleva a algunos a averiguar qué implica el ser hechura y parte de la naturaleza. El tiempo que demora esto dependerá de la presteza con que se disuelva el resguardo social en cada caso. Mas, no bien se ha disuelto ese néctar, muy otro resulta el temple de las cosas, lo cual nos llena los ojos de estupor y lágrimas. La novedad radica en que, aun si te has elevado sobre las arenas de la existencia, estás pronto a caer. En cualquier momento: el próximo minuto, quizá.

En cuanto a Bizcocho, me habrá roto la crisma, el pobre, pero en el trance se quebró una pata y Thea lo remató. Perdido el sentido, no oí la detonación. Me cargaron en el caballo de Thea y, montando Jacinto conmigo, me llevaron como a un costal de harina, con la cabeza ensangrentada y varios dientes de menos en la mandíbula inferior. Exánime en brazos del gañán y vendado apenas con el pañuelo de Thea —tinto en sangre e incapaz de absorber más—, fui a parar al domicilio del médico. A punto de arribar, desperté sobresaltado, preguntando:

—¿Dónde está el águila?

Thea no era mujer de llorar por un accidente de caza, ni siquiera uno respetable como aquel. En absoluto. Ensordecido por la debilidad, la sangre, mis cabellos o la tierra acumulada en mis oídos, la vi maldecir a Calígula, por todo. Sentí una contracción en el cuero cabelludo y observé también que la mano de Thea, la que sostenía mi pierna con decisión, estaba manchada de rojo. La palidez de Thea quemaba. Con la mirada profunda y estrecha, típica del trance en que me hallaba, escruté su rostro, que se me apareció extrañamente iluminado y como salpicado de zonas de calor en el puente de la nariz y en los labios.

Despejose mi oído, a los gritos de los chicuelos:

—*¡Es el amo del águila! ¡El águila!*[35]

La cual estaba haciendo rizos por los aires con vastas alas, pantalones de jenízaro y pico hendidor. El peso del espacio me abrumaba; me asolaba su altura. Me parecía estar reptando debajo de él.

—Has perdido una muela —me señaló Thea.

Asentí. Tenía ya localizada la brecha, bien que tarde o temprano algo así ha de ocurrirte en la vida.

Desde el traspatio de la casa del médico vinieron a buscarme con angarillas dos mujeres que me tendieron en ellas. Desfallecido y maltrecho, perdía yo el conocimiento y lo recobraba por momentos. Pero mientras me acarreaban por el patio estuve consciente de lo hermoso de aquel notable día. Acto seguido, sin embargo, me asaltaba la idea de haber sido el causante de la muerte de Bizcocho, sobreviviente de la noche zapatista y testigo presencial de crucifixiones, estómagos rellenos de hormigas, descargas cerradas, y hube de ser yo quien le arrancara la vida…

El médico ostentaba una flor en el ojal cuando se me acercó sonriente, siendo

empero un melancólico de fondo. Su consultorio apestaba a éter y drogas. Yo recibí una dosis de anestésico tal, que hedí durante varios días. Vomitaba. Estaba yo tupido de vendajes, duro de costras mi rostro. Solo podía ingerir papilla y sopa de pavo: no me soportaba a mí mismo. Percibía, bajo el turbante de la cura, un sonido silbante como chorro de aire. Esta especie de silbido y mi dolor me hacían sospechar del facultativo —aquel reidor sombrío— y de su rústica labor. Me inquietaba el estado de mi cráneo debido a la negligencia del mexicano en lo tocante a toda carnicería, dolencia o sepultura. Resultó todo lo contrario, a la postre, pero, mientras tanto, sufrí, me abatí, estuve ojeroso y demacrado y sin mi diente. Con las vendas, di en semejar a mi madre e incluso a mi hermano Georgie.

Aun después de sanados los rasguños y atenuados los dolores de cabeza que me martirizaban, seguí sintiéndome carcomido por la angustia sin saber el porqué. También Thea se encontraba desasosegada. La habían desencantado el fracaso de Calígula y mi idiotez de jinete capaz de espolear a Bizcocho estando en una escarpatura. Dadas sus ansias y su audacia, había sido duro el quedar sofrenada por mi incompetencia tras haber emprendido esta aventura, haberla planeado y amaestrado al animal. Thea envió a Calígula al amigo de su padre, que vivía en Indiana, para su zoológico particular. Supuse que el viejo rata del desierto se refocilaría oyendo estas noticias en Texarkana. Fui renqueando a ver a Calígula enjaulada y lista para su envío en carro. El albo parche de la madurez comenzaba a resaltar en su cabeza; sus ojos no se mostraban ni un ápice menos perentorios y su pico, con su doble función de respirar y desgarrar, parecía tan sobrecogedor como antes.

Dije:

—Adiós, Caligulita.

—Abur —dijo Thea—, y que te pudras, pedazo de farsante.

Ambos estábamos al borde de las lágrimas: esperanzas perdidas, ilusiones ridículas. El guantelete y la capucha quedaron por largo tiempo en un rincón y cayeron poco a poco en el olvido.

En un comienzo, Thea se dedicó a perseguir jabalíes y alimañas por estilo, para tenerme contento; luego dio en traer a casa serpientes de los montes en su saco de arpillera. Visto el bien que eso le hacía, yo no protesté sino para mis adentros. Día a día lo comprobaba, pero me repelía el verla ir de caza sin compañía. La insté a llevar consigo a alguien más que Jacinto. En la población había un montón de cazadores y en ciertas ocasiones salía con Thea ora el médico, ora Talavera el joven. De tal suerte quedaba yo en la quinta, paseando solo por el jardín todo vendado y en bata o recorriendo la galería en que iban acumulándose las sierpes: yo las observaba fríamente, menos por asco que por antagonismo. Al fin y al cabo, había amaestrado ya a un águila y entendido un tanto de la fauna salvaje, así que tenía derecho a no considerarme desprovisto de valor. No era preciso ceñirme la espada ni amar a todas las criaturas. Por los alrededores de la galería reinaba un olor a culebra, análogo al del

mango echado a perder o el del heno fermentado: el mismo, en fin, al que apestaba el país de las iguanas gigantes.

Si no me hallaba sobradamente inquieto, iba a sentarme en uno de los sillones tapizados de cuero a leer la *Utopía* de Tomás Moro. Albergando aún el microbio de la disentería, experimentaba de mañana sensaciones intestinales que me hacían correr a los viejos dominios de Calígula. Dejaba abierta la puerta del retrete y así veía la población entera, muy hermosa ahora que habían pasado los calores del estío. No había verdaderas estaciones en la zona, pero quedaba como el recuerdo allí de climas menos duros, en la variación de los meses, o bien de climas fríos. El confiable azul del cielo persistía de día en día, mientras las poderosas fuerzas del firmamento acariciaban apenas las musgosas lajas a mi alrededor. Tamaña belleza compensaba en gran medida mis desventuras, tanto como la obra que yo leía cuando estaba en vena. De lo contrario me arrastraba por la casa, inútil y melancólico, juzgándome detestable. Bajo mi escualidez, los pómulos se habían vuelto prominentes y somnolientos mis párpados: ¡cuánta intranquilidad habrían manifestado, de haber estado bien abiertos! A los lados de mi boca dejé crecer un bigote indígena si bien rubio.

Thea se bebía su café, me recomendaba mejorarme, se tocaba con el sombrero de ojales de bronce e iba a ver a los caballos. Yo la seguía para verla montar con la levedad del cuerpo confiado en sí mismo. Ella no me preguntaba ya si yo deseaba su presencia; solo me aconsejaba que diese un paseo por la tarde, a lo que yo respondía:

—Veremos.

Acudieron a visitarme Moulton e Iggy. Moulton me dijo sin rodeos:

—Boling, qué pinta horrenda tienes, hijo.

Esto me entristeció más aún, si cabe. Proliferaban los malos presagios en mi corazón.

Stella, la novia de Oliver, deploró el hallarme malparado, un día en que conversamos por la cerca del jardín. Sobre ella también se abatía una sombra, observé. Por entonces me dedicaba a la tequila con limonada y la convidé a unírseme. Rehusó, diciendo con pesar:

—Ojalá pudiese. Un día de estos, quizá. Me gustaría conversar. Sabrá usted que nos mudaremos del Carlos Quinto…

No, no lo sabía pero, antes de que yo averiguase algo, vi surgir al chupado de Oliver, caminando por entre las flores como para no pisarlas con sus patas caballunas —enfundadas en medias de seda sujetas por ligas— y con un rictus de malhumor en su boquita de labios encarnados. Se llevó a Stella sin una palabra de explicación para mí.

¿Qué tenía?

Moulton le hallaba celoso.

—Ella dice que se mudan ya —agregué.

—Verdad. Oliver ha arrendado la quinta del japonés, que regresa a Nagasaki.

Cuenta Oliver que las fámulas del Carlos Quinto hostigan a Stella, sabiendo que ellos dos no están casados. Con una noviecita como Stella, ¡poca mella me harían las murmuraciones de las arpías!

—¿Por qué se instala él aquí? ¿No debe dirigir la revista en Nueva York?

—Lo hace desde México —terció Iggy.

—¡Puñetas! —dijo Moulton—. Él se radica aquí porque está en disfavor.

—¿Piensas que ha defraudado a la compañía?

Moulton puso cara de sabidillo. Su panza, alta y dura, pendía sobre el cinturón. Con su camisa estampada de ananaes, parecía un tanto corrido de su traza a pleno sol. Sus ojeras eran tan oscuras como sus dedos de fumador. Parpadeaba a cada instante, el hombre.

—Jepson afirma haber oído que Oliver dará una gran fiesta en la quinta, para desmentir a las lenguas viperinas del hotel —dijo Iggy.

—¡Seguro! Hará quedar mal a las fámulas y asombrará a muchos con su buen éxito. A quien no haya dicho loas de él (y esto significa la humanidad entera), Oliver le dejará con un palmo de narices. ¡Ya veréis! Oliver vuelve para deslumbrar. Tiene mucha mundología… salvo cuando estaba como una sopa.

Conforme le describía Moulton, se me apareció la imagen de Oliver, tumbado en una choza de Mongolia sobre su vómito, estuporoso y rodeado de soldados con uniforme chino. A Moulton le complacía demostrar que la unidad del mundo está dada por lo enfermizo, lo miserable y lo sucio. Solo el esparcimiento vuelve tolerables las cosas, por lo cual Moulton se especializaba en suministrar la diversión. Toda esta gente —la colonia entera— se comportaba así.

Media hora en la quinta bastó para que Moulton se quedase sin tema. Entre los dos habían consumido una docena de pitillos. Moulton empezó a aburrirme elocuentemente.

—Bolingbroke —me dijo—: no tienes por qué encerrarte en tu casa solo por ese turbante. Vente al zócalo. Allí hay tragaperras y gente con quien codearse. Ea, Boling: ¡a montar!

Iggy me instó también y el otro le amonestó:

—No, tú no, Iggy. Tú… ¡a casa! Eunice arma un desbarajuste si te alejo de tu trabajo.

—¡Te supuse divorciado, Iggy! —exclamé con sorpresa.

—¡Pues lo está! —chacoteó Moulton—, ¡pero su exmujer tira de las riendas todavía y le hace cuidar del pequeño mientras ella sale con su segundo marido…!

En el bar de Hilario nos sentamos entre las flores del pórtico, cara a la plaza. Aquellas flores eran las menos lujuriantes, las de climas templados, con excepción de la poinsettia —la estrella de Navidad—, que las dejaba atrás en esplendor. Me significaba mucho el que careciesen de poder, pero tuvieran a la vez su triunfal hermosura y engalanasen la intrascendencia del muro. Vi asimismo al mínimo *kinkajou*, recorriendo la jaula en todas sus dimensiones, yendo hacia atrás cabeza

abajo y enseñándome esto: en la hondura del accidente, sé flexible y jamás duermas, salvo a la hora de descansar.

Sentado a mi vera, Moulton insistió en satirizar a Iggy. Al parecer, Eunice tomaba los cheques remitidos desde Nueva York, para él, y ya le tenía en un puño. Pero Iggy no sabía manipular su dinero. Solo iba al *foco rojo*[36] con él y se lo dejaba quitar por las fulanas. Iggy, con sus ojos verdes e inyectados y su bondadosa boca de batracio, se sentía reconocido y como ensalzado por aparecer en una fotografía entre las rameras del *foco rojo*.

—Eunice necesita el dinero para la chavala. Si no, yo lo perdería en una partida de póquer, jugando contra ti. Eso irrita enormemente a Wiley: el no poder jugar conmigo por buen dinero.

—¡Puñetas! —dijo Moulton—. ¿Qué importa eso? Es que no soporto la vista de Jepson cuando viene aquí a despilfarrar el dinero que le quita a Eunice. ¡El tuyo!

—¡Estás loco de remate! Él tiene bienes propios. Su abuelo ha costeado una expedición al África, ¡fuera de broma!

A fin de no alejarse de su hija —una trigueñita consentida—, Iggy vivía en la misma finca que su exmujer, para proteger a ambas del tal Jepson. Todavía estaba enamorado de Eunice, a mi ver.

Comencé a salir con Moulton e Iggy. Mi casa me parecía desierta sin Thea, la hueste de serpientes seguía creciendo y yo no me hallaba con fuerzas para ir a cabalgar: temía montar e ir de caza aún. Me encontraba en una encrucijada de la vida y entonces difería y volvía a diferir todo lo que fuese tomar decisiones por mi cuenta y riesgo. Cierto es, además, que Moulton, Iggy y otros personajes de la colonia internacional despertaban mi curiosidad: su atractivo era innegable y aprendí su jerga, pero también me hastié con rapidez.

Lo extraño es que, si la madrugada parecía ya oro líquido y vivificante el aire de la sierra, hasta que venía a escamoteártelo el tráfago cotidiano, no había motivo de que ese tráfago tuviera que ser de baja estofa, ya risible, ya causante de ansiedad.

Bajo el granado, sentados él y yo en un banco de madera, Iggy me pidió ayuda para salir de ciertas dificultades. Estaba varado en la composición de su novela y necesitaba un giro para la trama. La historia versaba sobre un alférez degradado que se da a la bebida en un paraje costero. Un mestizo le propone un día introducir de contrabando peones chinos en Hawai. Pero aquel descubre espías entre ellos, así que se siente tocado en su patriotismo y decide entregarlos a las autoridades. Pero antes, ha de luchar con el marino indio que acarrea esa mercancía humana. Iggy me contó el relato hasta allí y sus dudas. Mientras Iggy pugnaba por desentrañar la ilación profunda de su novela, fui descalzo en pos de la botella de tequila.

Entonces arribó Moulton y salí con él. La cocinera había dispuesto mi almuerzo, pero me desagradaba comerlo estando solo. Por eso solía comprar *tacos*[37] en el mercado —los cuales no favorecían a mis intestinos— o bien sándwiches en la tienda del chino.

Para que sus pensamientos se le presentasen en buen orden, Bacon se hacía tocar música en el cuarto contiguo, mientras meditaba su *Nueva Atlántida*. Pero abajo, en el zócalo, las máquinas tocadiscos ejecutaban a plena orquesta «Jalisco» y «Salud, dinero y amor» el día entero. El estrépito era furibundo: riñas, mariachis, y violinistas ciegos, campanas, motores de explosión, y su conjunto era como la reseña de mis incongruencias personales. Yo vivía confuso y presentía peligros tan tremendos como eran hermosos el cielo y las montañas; y en tanto no cesaba de girar la población en torno de mí, la cual vociferaba conforme se avenía al ritmo de la propia temporada.

A la par que Iggy se devanaba los sesos discurriendo cómo habrían de reñir su patriota norteamericano y el mestizo para alertar a la guarda de costas (o no), Moulton me arrastró hasta su hotel y me convenció de que le acompañara durante la gestación de un nuevo episodio relativo a los hombres de Marte. Fui a sentarme fuera de la habitación, caídos los hombros y con las muñecas sobre mis rodillas —¡cuán desproporcionadas me parecieron mis manos!—, a contemplar los nudosos montes e interrogar a mi mente encandilada por el sol acerca del paradero de Thea.

Venido de dentro, del cuarto agrisado por el humo de cigarrillo, y resuelto a pensar, Moulton exhibía, bajo sus calzones cortos, fuertes piernas y rodillas cóncavas. Contrayendo los párpados, escudriñó la población como si hubiese sido toda ella un negocio sucio. Se sirvió un trago; fumador impenitente, en el engorro de liar un pitillo y encenderlo echando el humo por su sarcástica nariz, estaba resumido todo cuanto a él le parecía válido en la vida.

En el fondo Moulton se sentía soberanamente aburrido, pero sabía cómo hacerme pasar por lo mismo: esta ceniza, el hielo, las colillas, la cáscara de limón y el pegajoso cristal de las copas, espacio acezante de horas vacías. Moulton atendía a que su destino fuese compartido, tal cual lo intenta quien más, quien menos, obligándote a algo para que sintieses en carne propia cuanto le sucedía a él. Me habló así:

—Aburrimiento es poder, Bolingbroke. El hombre aburrido consigue lo que quiere antes de los demás. Cuando estás aburrido, te respetan.

Con su nariz pequeña, muslos indecorosos y aquellos dedos teñidos por la nicotina y curvados hacia atrás, Moulton me regalaba con esta explicación, con la que presumió ejercer en mí un efecto superior al verdadero. Y, puesto que no objeté, él confirmó su presunción (no fue ni el primero ni el único en hacerlo). La conversación era algo que él se inclinaba a conducir con soltura; le agradaba, pues, que la realidad de su vida fuese la de las conversaciones al respecto. Yo estaba en antecedentes.

—Bueno, pues, interrumpamos ahora este trajín y dediquémonos al *blackjack* —dijo Moulton, quien llevaba un mazo de naipes en el bolsillo de su camisa. Sopló entonces para despejar el polvo de tabaco de la mesa y comenzamos a jugar. Cuando vio que mi mirada se desviaba hacia las montañas, agregó, para distraerme, sin brusquedad—: Ya, ya, ella está allí. Ea, compadre, ¡a ver esas cartas! ¿Quieres apostar a que te gano en diez minutos?

Moulton era un jugador de consideración, especialmente en el póquer. Al

principio jugamos en el café de Hilario, hasta que este último se quejó de que nuestras largas sesiones duraban hasta muy avanzada la noche: entonces las proseguimos en el mugriento restaurante chino. A poco andar, comencé a invertir todo mi tiempo en el juego. Parece que los antiguos indios Hurones sostenían que el juego de azar cura ciertas dolencias. Tal vez yo padecía una de aquellas: Moulton quizá también. Se sentía compelido a apostar continuamente: en tragaperras, sencillos juegos de suertes y el póquer, del cual era hábil y afortunado cultor y que yo había aprendido en una alta escuela, el salón de billares de Einhorn. Él se quejaba de mí:

—Tú habrás estudiado con el Capablanca del póquer, hijo mío, porque mira cómo me engañas con tu facha inocente. ¡Nadie es capaz de parecer inexperto como tú!

Era cierto, aunque yo trataba de ser bueno, a mi parecer. ¡Simular! Estamos rodeados de hipócritas, vamos. Si la naturaleza nos ha construido como a gusanos y cascarudos para huir de la mosca ichmeumon y engatusar a otros enemigos mediante la mimesis y demás estratagemas, esa no es responsabilidad nuestra.

También con Thea me comportaba como si nada pasara. No obstante, yo sabía que íbamos cuesta abajo. Si yo me las apañaba para ocultar la desesperación que me acometía, era juego de niños para mí embaucar a Moulton con una sota apenas.

¿A santo de qué las serpientes? ¿Para qué atraparlas? Thea regresaba con sacos de ellas, cosa que me revolvía las tripas, y después las trataba a cuerpo de rey, tanto que yo lo atribuía a simple excentricidad de su parte. Había que cuidar de no provocarlas, pues si en su furia se lanzaban contra el cristal les sobrevenían úlceras en la boca, muy duras de curar. Por añadidura estaban infestadas de parásitos entre sus escamas y era menester el aseo atento seguido de lavados con mercurocromo; algunas de ellas necesitaban nebulizaciones de aceite de eucalipto para los pulmones, pues las serpientes son propensas a la tuberculosis. Lo peor de todo es el cambio de piel, que a menudo recuerda a un parto por las contorsiones precisas para salir de ella, cuando aun los ojos del reptil se opacan con una como leche sucia. En ciertas ocasiones, Thea las ayudaba usando tenacillas o bien cubriéndolas de trapos húmedos para ablandar la piel, o también metiéndolas en agua en que se coloca un trozo de madera para que apoyen la cabeza si están cansadas de nadar. Pero luego emergían resplandecientes, cierto día, y daba gusto verlas frescas y enjoyadas, aun a mí, su enemigo. Disfrutaba yo mirando su piel muerta, de la que había salido el glorioso verde o las pintas rojas como semillas de granada o una costra de oro bruñido.

A todo esto, Thea y yo estábamos insatisfechos uno del otro. Yo le guardaba rencor por las serpientes y cómo las atendía. Me sentía como inserto entre dos peculiaridades: la suya y la de aquella población en plena temporada. Pero no decía nada. Cuando me invitaba a cazar, yo aducía que no me encontraba bien aún. Mirándome, ella se daba cuenta de que yo seguía bebiendo y jugando a los naipes; si me erguía ante Thea, flaco, enfermo y lleno de resentimiento secreto, ¿cómo llegar a un acuerdo que remediara la situación?

—No me gusta la pandilla con la que sales —me dijo.

—Son inofensivos —respondí casualmente, pero mi respuesta distaba de ser inofensiva en sí.

—¿Por qué no vienes mañana a montar conmigo? Talavera tiene para ti un caballo manso. Quiero mostrarte algunos lugares hermosos.

—Qué bueno, para cuando esté bien…

Yo había intentado establecer a Calígula en el aprecio de Thea, con sumo esfuerzo; había estirado mis posibilidades hasta lo máximo y ya no tenía reservas. Ni ebrio ni dormido me entusiasmaría ahora con las víboras. Constituyen un método extremo de probarse, que requiere un vigor incapaz de satisfacerse en las prácticas ordinarias. Si Thea sentía la necesidad de ir tras ellas cogiéndolas del pescuezo con un lazo corredizo, mantenerlas y ordeñarlas de su veneno, pues… ¡allá Thea! Por mi parte, yo me había desayunado de que por lo menos este tipo de aventura no estaba hecho a mi medida.

Thea partió por dos días de ausencia en las montañas. A su regreso, no fui a recibirla: estaba en plena partida de póquer, en casa de Louie Fu, y no podía desatenderla. A la mañana siguiente la hallé en el jardín, vestida de montar con gruesas botas que la defendían de mordeduras. Percibí que esa tez, blancuzca, indicaba murria, falta de reposo y deseo de castigar. Su pelo negro concentraba el calor del sol; a lo largo de la irregular linde de la cabellera, por delante, ardía la hebra roja que era parte del secreto de lo negro.

Me interrogó con fiereza:

—¿Dónde has estado?

—Llegué tarde anoche.

La miré: estaba arrebatada y temblorosa, como de prisa. Claros lagrimones conferían a sus ojos esa loca sorpresa del agravio que a veces les notaba yo. Pensé que se echaría a sollozar, pero tembló solamente.

—Más bien te aguardé yo, anteanoche —dije, sin obtener respuesta. Ambos coléricos, pero mal preparados a disputar. Estaba cediendo la ira de su temblor.

—¿Qué ves en esa gente, allí abajo? —preguntó—. Te hacen avergonzarte de mí, desde lo de Calígula. Os divertís a costa mía.

—¿Es que crees que yo lo permitiría?

—Les conozco más que tú. Ese Moulton es un apestoso.

La emprendió contra Wiley Moulton y otros residentes. Yo la escuché: así pasábamos por alto nuestras verdaderas diferencias. Todavía no estábamos en espíritu para una reyerta.

Por momentos llegaba a persuadirme de que podía ir a zangolotear por los montes, provisto de cámaras, lazos corredizos y armas de fuego. No me habría venido mal un ápice de acción, porque estaba nervioso, cargado, y porque ansiaba volver a lo que juntos habíamos sido en Chicago. Pero jamás me resolvía a hacerlo.

Me parecía que debía seguir jugando al póquer. Estaba de buenas y no podía parar. Moulton vociferaba que yo había sangrado ya a medio mundo y mi obligación

era dar la oportunidad del desquite. Así que, por entonces, mis dedos estaban familiarizados con el mazo de cartas sobre todas las cosas y me convertí en un tallador sin par. A poco andar empezó a buscarme y preguntar por mí gente que ni siquiera me conocía. Yo hacía el efecto de llevar adelante un negocio profesional en el restaurante chino. Louie Fu tenía esa opinión. Para los turistas forasteros que se sentaban a jugar, mi nombre era Bolingbroke o el Hombre del Águila. Moulton les llamaba los «vagamundos». Mis bolsillos rebosaban de moneda extranjera, sin saber yo cuál con ninguna precisión. Pero tenía dinero, mío, no de Smitty. Ya no había ningún refrigerador con billetes de banco entre su contenido; y jamás se le ocurría a Thea ofrecerme una mensualidad. Si no hubiese estado enfermo, me habría sentido próspero, con mis libras, dólares, pesos y francos suizos. Pero apenas en lo superficial era buena mi estrella. En esencia estaba aturullado, enjuto, vendado con gasas sucias y la ciudad, por su parte, parecía resuelta a culminar su tontería volándose en pedazos; y Thea coleccionado reptiles peligrosos y tratando yo de ganar una batalla de paciencia, sentado sobre mi inquieto trasero en el restaurante de Louie o en un cuarto de hotel y aun en el *foco rojo*, adonde se trasladaba a veces el juego. Las fulanas permanecían en la trastienda; al frente estaba el bar, refugio de soldados hasta que fue invadido por los turistas. Los soldados no hacían más que leer tebeos, comer frijoles y beber pulque. Por las vigas se paseaban ratas. Las fulanas solían guisar, barrer y leer también, o lavarse la cabeza en el patio. Un mozalbete semidesnudo, luciendo una gorra de fajina, tocaba la marimba. Yo tenía necesidad de hacer algo, para que todo esto no fuese una pérdida total, y así jugaba a los naipes.

Thea no quedó convencida cuando postergué mi salida hasta encontrarme en buena salud, ni yo con los gestos de ella para conmigo. A veces consentía en hacerme compañía durante algunas veladas en la población; era bueno verla en faldas y no con las piernas cubiertas por pantalones. Pero me dio grima el día en que arribó su sentencia de divorcio y le dije —como lo tenía pensado— que nos casáramos y ella no quiso hacerlo, meneando la cabeza a un lado y otro, con simplicidad. Entonces recordé que, cuando se había creído embarazada, me descubrió su miedo a explicar a su familia que el padre de la criatura era yo. La decepción fue un aguijonazo, porque desde luego vi las cosas en la perspectiva de Thea: una cosa es vivir días de color de rosa con un joven amigo y otra es vivir inapelablemente con un ser lleno de defectos. Ya sabía yo qué pensaría de mí el poderoso millonario de su tío, el que fumaba cigarros hechos a su media en La Habana. Cierto es que Thea le desafiaba y tendía a emanciparse en cuestiones pecuniarias; pero, como en rigor no podía contar conmigo, tampoco deseaba distanciarse de su familia por causa mía. Si me hubiese visto entusiasmado con las aves, las víboras, los caballos, las armas y la fotografía como ella lo estaba, quizá habríamos logrado nuestro propósito. Pero yo no habría leído un fotómetro por todo el oro del mundo, ni deseaba coger serpientes y me ponía intratable ante estos temas en general. Cifraba mis esperanzas en que Thea olvidase sus preferencias y ella —supongo yo— confiaba en que yo me cansase al fin de

Moulton y Cía.

En tanto, menudeaban los festejos. La banda arremetía, en el zócalo, y tecleaba, machacaba, tamborileaba, emitía broncos acordes; se disparaban con un zumbido los fuegos artificiales; procesiones enteras se bamboleaban bajo el peso, grávido e ingrávido por igual, de sus imágenes. Cierta mujer muere de un ataque cardíaco durante un festín de cinco días y cinco noches de duración y aún surgen otros escándalos. Dos hombres jóvenes —amantes— riñen por culpa de un perro y uno se da muerte ingiriendo barbitúricos. Jepson deja olvidada su chaqueta en el *foco rojo*, la proxeneta la lleva en persona a su casa y la exmujer de Iggy prohíbe la entrada a aquel, que va a rogar a Moulton que le deje dormir en el pórtico de la suya. Moulton rehúsa su hospitalidad porque Jepson pide dinero en préstamo y se bebe su whisky sin pudor. Etcétera.

Como la población hormigueaba por las calles, las cuitas de Jepson —dormir al raso— pasaban inadvertidas. Una irrupción de lobos, ciervos, jabalíes, iguanas gigantes aun, tampoco habría llamado la atención.

Un polvo brillante de fábrica humana blanqueaba las noches. Los hoteles y tiendas pedían alboroto, pagando contante y sonante por que hubiera música, disparos y tañido de campanas. Esto no explica empero la magnitud de la batahola. La energía que solventaba aquellas festividades provenía del antiquísimo culto a las sierpes de fuego, los espejos de humo y las monstruosas deidades. Hasta los canes corrían, excitados, farfullando como recién vueltos del país de la muerte: Mictlán. La creencia india sostiene que son ellos quienes transportan las almas a Mictlán. Arreciaba una epidemia de amebiasis en la población, silenciada por las autoridades: las procesiones funerarias y las religioso-báquicas se confundían sin remedio.

Había entretenimiento de fuste. En la catedral cantó un coro de cosacos; el párroco, quien jamás hubiera congregado muchedumbres, reñía a todo el mundo, frenético, gritando que se reportaran, en la casa de Dios. No sirvió de nada. No puedo afirmar que aquellos rusos hayan estado fuera de lugar en el zócalo, con sus blusones, botas y calzones dentro de ellas, meditabundos de noche y dejando arder sus largos cigarrillos. Una compañía de ópera italobrasileña representó *La Forza del Destino*. Sus miembros cantaron y vibraron poderosamente, pero como si no hubiesen creído ni por un momento en la realidad de lo que estaban personificando. Por consiguiente, mi escepticismo igualó al de ellos. Thea no regresó para oír el segundo acto. Hubo, además, un circo indio que dio una función asaz truculenta. El equipo de acróbatas parecía arrancado de una viejísima fábrica; los caballos eran zarrapastrosos; los acróbatas eran solemnes naturales de Michoacán y hacían sus ejercicios sin red ni otros dispositivos de seguridad. Las niñitas salvajes que practicaban juegos malabares ante el público o marchaban por la cuerda de volatinero jamás sonreían ni saludaban con reverencias.

De modo que en esta población no encontré nada con lo cual estuviese familiarizado, salvo en el recuerdo, como cuando los cantores rusos volvieron a mi

memoria a la Abuela Lausch.

Hasta que un día tranquilo llegaron varios coches grandes a la población aquella y se estacionaron frente a la catedral, antiguos pero poderosos, con algo que me recordaba el hierro colado, con largas capotas y el aspecto de coches europeos, caros. Supe en el acto que viajaba en el segundo de ellos algún personaje, pues surgió una nube de guardaespaldas de los otros dos. Me pregunté quién podía ser tan importante y al mismo tiempo tan venido abajo. Vi a dos policías mexicanos entre ellos, malhumorados pero orgullosos de sus uniformes, solo los guardaespaldas eran europeos o acaso norteamericanos, vestidos de chaqueta de cuero y polainas. Llevaban una mano en la pistolera y se les veía nerviosos; me pareció que no tenían experiencia en su oficio, habiendo contemplado yo, en Chicago, el producto auténtico, sin trampa ni cartón.

Era fresco el día. Yo llevaba puesta la gruesa chupa de muchos bolsillos que me había comprado Thea en Chicago, la que puede ser tu salvación en medio del yermo, pero abierta ahora a causa del sol. Había una gatita bajo mi brazo, moviéndose cariñosamente como en busca de afecto y calor. Yo sentía su espinazo contra mí, divertido, mientras observaba qué cosa saldría de la limusina del centro. Un ayudante asintió con la cabeza y un guardaespaldas, obviamente ignorante, intentó abrir la portezuela sin lograrlo. Los demás aguardaban impotentes en torno, hasta que por fin se abrió violentamente la portezuela opuesta —desde dentro— y aparecieron cabezas de peinado foráneo, lentes y barba a través del cristal limpísimo. Aquí y allá, alguna cartera que otra, acerca de las cuales reconocí un jaez político, tal vez. Una persona estaba diciendo algo, risueñamente, en el intercomunicador, dirigido al chófer. Luego emergió la figura principal, de un brinco. Plena de empuje, gallardía y aguzada barbita, se dirigió sin pérdida de tiempo a estudiar la fachada de la catedral. Usaba una chaqueta corta con cuello de piel, grandes gafas y sus mejillas parecían blanduzcas, lo cual no deslucía el ascetismo de su rostro. Mirándolo, decidí con una sacudida que este debía de ser Trotski, el gran exiliado ruso que residía en Ciudad de México. Mis ojos parpadearon de asombro admirativo. Siempre había presentido yo que no moriría sin haber columbrado a algún gran hombre en persona. Cosa curiosa, mi pensamiento voló hacia Einhorn, condenado a la silla de ruedas, a escrutar otros rostros en el periódico y reducido a contemplar, apenas, la viva estampa de quienes acertaran a aproximársele.

Me atacó el entusiasmo y nerviosamente me puse en pie. Comenzaron a congregarse los mendigos y los holgazanes, los bombistas y los parásitos, dispuestos a enseñar sus lacras, cuantos las tenían para hacer exhibición de ellas al estilo medieval. Echando su cabeza atrás, Trotski consideraba el portentoso templo y, dando un salto que desmentía su vejez, subió la escalinata y se metió en él con premura. Tras él arrancó una oleada humana: la gente de las carteras —los miembros de organizaciones radicales, en Chicago, solían portar esas mismas— y un hombrón con cabellera de mujer y los extraños guardaespaldas, así como los pordioseros y los

tullidos, quienes de veras tenían poca vida, tal como lo afirmaban; y la ola pasó por el portal de la iglesia mayor.

También yo deseaba entrar, entusiasmado por la célebre figura y creo que lo que me animaba en ella es la instantánea impresión que daba —por vetusto que hubiese sido su automóvil o rara su comitiva— de estar navegando guiado por las grandes estrellas, de dejarse llevar de las más altas consideraciones, de estar capacitado para pronunciar los vocablos universales y humanos más importantes. Cuando te hallas limitado a una clase de navegación distinta de esa, como yo en aquel período, remando en botequín por aguas poco profundas de un almejar a otro, te conmueve una visión de grandeza. Así que yo estaba embelesado, percibiendo como golpes dentro del cráneo, producidos por un palo de escoba, lo cual me hizo recordar que andaba con la cabeza vendada y debía tomar las cosas con calma. Me quedé de centinela hasta que hubo salido él.

La razón de mi cuento es que uno de los guardaespaldas resultó ser mi viejo amigo Sylvester, expropietario del teatro Star, estudiante de ingeniería de Armour Tech, exmarido de la hermana de Mimi Villars y antiguo empleado del metro. Lo reconocí aun con su atuendo del Oeste. ¡Naranjas! ¡Cuán severo, melancólico, responsable y perplejo se le veía! Como los demás, portaba un arma: su trasero era anchuroso y su panza pendía por sobre el cinto. Le grité:

—¡Sylvester! ¡Eh, tú, Sylvester!

Me lanzó un agudo vistazo, como si me hubiese tomado peligrosas libertades, pero lleno de curiosidad. Y yo, alborozado, latiéndome la cabeza. Mi rostro se arrebató de excitación y de risa, porque me sentía capitalmente feliz de verle.

—Gilitonto de ti, Sylvester, ¿acaso no sabes quién soy? ¡Augie March! ¿No vas a conocerme? Tanto no he de haber cambiado, ¿o sí?

—¿Augie? —preguntó y luego sonrió con labios oscuros, amargos, sin creerlo, quebrándosele la voz.

—¡El que viste y calza, hombre! ¿Cómo has venido a dar aquí, dime? ¿Y qué haces con la cacharra a cuestas?

—¿Cómo has hecho tú para aterrizar aquí? ¡Qué manera de viajar! ¿Te has lastimado o qué?

—Me he caído de un caballo —dije. Pese a mi gusto de haberle encontrado, repasé en mi mente una gama de explicaciones atendibles, no demasiado veraz ninguna de ellas. Mas él no indagó, lo cual me parecía sorprendente; a la luz de la experiencia, hoy me sorprendo menos porque sé más del modo en que la gente anda en apaños.

—¡Caray! ¡Cómo me alegro de verte! ¿Cómo es que andas en esto?

—Pues he sido asignado a esto, qué quieres. Necesitaban alguien con antecedentes técnicos.

¡Antecedentes técnicos! Como mi placer era genuino, pasé por alto con una carcajada eso también. ¡Pobre Sylvester y su cuento de ser un técnico! Bueno, si algo

sacábamos de este encuentro, no sería precisamente la verdad. Tenía yo preparado un embuste en cuanto a mi presencia allí: así son las cosas. Con las mentiras de solo un día se podría ocluir al Amazonas y rebasarlo en cien millas a cada lado: no obstante, nunca aparecen en esta forma, sino uniformemente distribuidas, como el nitrógeno en las patatas.

—¿Y estás con Trotski todo el tiempo? ¿Le conoces bien? Ha de ser asombroso. ¡Ojalá pudiese conocerle yo!

—Corchos, supongo que no encajaría. ¿Cómo es el hombre? ¿Crees que por lo menos podrías presentarme? ¿Serías capaz, Sylvester?

—¿Así como así? —dijo Sylvester; divertido, el de los pesados párpados—. ¿No se te ocurre que el asunto pudiera ser complicado? ¿Más de lo que imaginas? Eres un tío especial. Pero, mira, debo irme. Telefonéame cuando hayas llegado a la ciudad. Me gustaría verte y tomar una cerveza. ¿Recuerdas a Frazer, de Chicago? Es uno de los secretarios del viejo. No dejes de verme, ¿eh?

Otro guardaespaldas estaba llamándole y Sylvester volvió grupas hacia la caravana de automóviles.

Oliver maldecía al japonés por el retardo en la entrega de la quinta; por fin zarpó hacia Japón el susodicho, Oliver se mudó y comenzó a preparar la gran fiesta a la que invitaría a la mejor sociedad del lugar. Con esto humillaría Oliver a sus enemigos del hotel Carlos V. Moulton le ayudó a confeccionar una lista y Oliver envió las invitaciones a los antiguos residentes.

Compareció principalmente la morralla, sin embargo, debido a las tribulaciones jurídicas de Oliver, que ya eran del dominio público y lo habían sido desde algún tiempo atrás. Surgió un agente del Tesoro en la población, sin ocultar su identidad sino chanceándose bonitamente de ella, sentado en el bar de Hilario, bebiendo cerveza y alimentando de cacahuetes al *kinkajou*. Oliver fingía indiferencia al cruzar la plaza con Stella, vestidos ambos como figurines. Ella estaba atemorizada y la actitud de él, transparente, les sumía en el desastre. A veces se translucía el deseo de Stella de hablar conmigo al respecto. Nunca me pareció extraño esto, pese a que no hubiese modo de lograrlo: Oliver la sometía a estrecha vigilancia.

Dije a Moulton:

—¿Por qué van tras Oliver? Ha de ser algo serio. No mandarían a un hombre desde Washington, en caso contrario…

—El dice que por evadir el pago de impuestos, pero ha de ser más que eso. Oliver será tonto y presumido, pero no tanto para haberse metido en esa clase de embrollo. No; es algo peor.

—¡Pobre!

—Es un gilipuertas.

—Tal vez. Pero en lo fundamental, digo, como hombre.

—Ah, en lo fundamental —dijo y se quedó pensando, pero luego insistió, tras haberse sacudido el polvo de los pies—. Quizá en lo fundamental sea también un gilipuertas.

Era aleccionador, a todo esto, ver a Oliver simular tranquilidad, aunque en cosas pequeñas iba perdiendo a ojos vistas el gobierno de la situación. Una tarde tuvo una trifulca con el viejo Louie Fu. Este era un individuo singular, a su manera, con su cacareo chino-español y su ahorrativa frugalidad, por añadidura. Presumo que durante la hambruna en su tierra Louie ha de haber sabido lo que es sacar granos de cereal de las boñigas. Para él no era excesivo, entonces, verter la bebida sobrante en cada copa dentro de una sola botella de gaseosa. En el mostrador de zinc, con su pecho entero cubierto por un jersey, acumuló los restos de naranjada un día y los puso en el refrigerador; Oliver lo pescó en flagrante y le dio un curro en la cara. Aquello fue el acabóse. Louie se puso a gritar y su familia, montando en cólera, dio en vociferar. Nosotros los extranjeros nos pusimos en pie de un salto. Apareció la policía y nos rodeó. Tomando a Stella de la mano pasé, a través de una cortina de cuentas de color a la otra parte de la tienda, destinada a mercería; al salir a la calle, vimos que una turbamulta seguía a los detenidos rumbo al juzgado de paz. Un ojo de Louie estaba desfigurado por una extensa mancha vinosa y su cuello parecía un manojo de cuerdas tirantes de tanto gritar Louie. La defensa de Oliver, traducida al español por un guitarrista, fue argumentar que la fechoría del chino creaba alto riesgo de amebiasis. ¡Pésima idea, la suya, de sustentar la idea de salubridad! El magistrado recalcó en el acto lo irresponsable de tal actitud: propalar el rumor de disentería. Tratábase de un hombre rehecho que criaba toros de lidia; de piel cetrina y aspecto poderoso, usaba sombrero en el recinto como un príncipe comerciante. La multa fue crecida; Oliver pagó al instante, parecido a un sombrío pero interesado deportista. Si algo le sobraba, era el metálico… ¿Cómo tomó Stella todo esto, con su vestido de encaje y sombrerito sentador? Me lanzó una mirada suplicante, como pidiéndome que viera con quién tenía que vivir. En aquella población rumorosa e inquieta, yo no atendía a estas cosas acabadamente como lo merecía Stella. ¿Por qué necesitaba un vestido tan elegante: para presenciar una partida de póquer en la tienda de Louie? Puede que por falta de ropa peor para acompañar a Oliver en su vida disipada. Curioso, bien curioso… Stella me dijo:

—Tenemos que hablar un día de estos. Pronto.

No era momento propicio. Oliver se acercó y participó a Moulton e Iggy diversas peculiaridades; por ejemplo:

—Yo he tenido que comparecer en tribunales en todas partes del mundo.

Y también:

—Ya no podrán seguir simulando que no hay amebas ni disentería…

Y además:

—Ese viejo, cara de mala leche, se ha llevado una buena lección…

Oyendo esto, yo mismo me sentí raro, con mis vendas, tarjetas y divisas en mis

bolsillos, tenso mi corazón en el pecho, libres los pies en mis huaraches. Me sentí como quien puede ser entendido por un teósofo o figura similar.

En la comida, Thea inquirió:

—Cuentan que ha habido un desorden en el pueblo. ¿Tuviste parte en él?

No me agradaron sus palabras. Relaté una versión de los hechos. Thea frunció el ceño. Me percato de que, al referirme a Stella, intenté presentarla como enamorada de Oliver, mas Thea no lo creyó.

—Augie —me instó—: ¿a qué permanecer aquí? Por lo menos durante la temporada, dejemos a esta cáfila…

—¿Para ir adónde?

—Chilpanzingo, en coche.

Chilpanzingo está en plena zona tórrida, pero me encontraba bien dispuesto. ¿A qué dedicarse allí, no obstante?

—Hay alguna fauna de interés —añadió Thea.

Respondí evasivamente:

—Ya estaré en condiciones de hacer el viaje, supongo…

—Tienes facha de debilitado. ¿Qué esperas de la vida que llevas? Jamás has bebido, antes de nuestra venida aquí.

—No tenía motivos. Pero tampoco me embriago, ¿verdad?

—No, bebes lo justo para olvidar tus errores.

—Nuestros errores —rectifiqué.

Turbados nos sentamos a comer, llenos de enojo y decepción. Pasado un buen rato, me avine a su ofrecimiento, diciéndole:

—Iré a Chilpanzingo contigo. Entre todos, te prefiero a ti que a nadie en el mundo.

Recibí una mirada cálida, como las de antes. Me pregunté si habría algo que hacer en Chilpanzingo, como no fuese tal vez coger serpientes. Thea no afirmó nada al respecto.

Cada cual trata de crearse un mundo en que subsistir y lo que no le sirve para ello, no lo ve. Pero el mundo real ya está creado: si el tuyo no corresponde a él, pues entonces, aunque te sientas noble e insistas en que hay en la vida algo superior a lo que la gente llama realidad, ese mundo mejor no ha de exceder al que, en su realidad (ya que la conocemos apenas), puede resultar sorprendente. Sorprendente —claro está—, si es dichoso el estado de cosas; si este último es trágico o desdichado, no será peor que el que inventemos.

18

Accedí, pues, a viajar a Chilpanzingo con Thea. Esto suscitó un interludio de gratitud por ambas partes, reconociendo yo que su severidad hubiese mermado y ella, el que contase aún con mi predilección. Al estrenar Oliver su casa, Thea sugirió que asistiésemos juntos al festejo. Interpreté que deseaba hacer algo por mí, sabedora de que yo iría de buena gana. Me salía de mis casillas por hacerlo, ya que, como prueba de mis benévolos propósitos, llevaba dos días de reclusión. Miré fijamente a Thea y comprobé que prolongaba la sonrisa, refirmando su sugerencia, para complacerme y no otra cosa; pero me dije:

—¡Al diantre con todo, que allá vamos!

No se me ocultaba el modo de pensar de Thea respecto de la gente —extensivo, en rigor, al mundo entero— y su rematada imperfección. No podía sufrirla y, en su extravagancia, Thea proponía una especie absolutamente distinta de humanidad. El exigir condiciones ideales es patrimonio de todos y nadie se priva, en verdad, de exigir lo más. Las normas de Thea habrán sido estrictísimas, mas no arbitrariamente estrictas. Al referirse a alguien en particular, yo advertía en ella más miedo que desdén. La asustaban las personas con quienes tenía que lidiar y hasta lo que supongo un término medio de hipocresía —las incidentales tufaradas de la máquina social— le resultaba harto incómodo. No toleraba la envidia, la malicia, la suficiencia, el odio, la destructividad ni el engaño. En las reuniones, sus ojeadas eran expresivas y peligrosamente directas. Tenía yo conciencia, por tanto, de que Thea no quería ir a casa de Oliver por ningún concepto, pero yo sí lo deseaba, aduciendo para mis adentros que, si yo era capaz de resignarme a sus víboras, bien podría resignarse ella a la velada que nos aguardaba.

Por consiguiente me mudé de ropas, deseché el turbante y dejé en su lugar las vendas necesarias para tapar las zonas rasuradas de mi cráneo. Me vestí de noche, con un *rebozo*[38] de seda negra. Nadie, empero, tomó nota de nuestro arribo. Nunca he visto semejante hato de palurdos.

Al llegar a la nueva quinta de Oliver nos topamos con un gentío que desbordaba sus límites: una turba de vagos de ambos sexos —matriz de depravaciones capitales — y otros tipos, o terminados o marginales, que allí bebían, parloteaban y celebraban la mala fama de aquel. No era ningún secreto lo de que Oliver estaba prófugo y que esta sería su última calaverada. Thea, tal vez el único ser cándido en aquella reunión, ignoraba en conciencia lo que estaba pasando.

Por el jardín yacían algunos invitados con sus botellas, ya plenamente ebrios o a punto de desvanecerse; habían hollado las flores japonesas y lanzado botellas vacías de tequila al estanque de los peces. Esta morralla se había apoderado de cuanto utensilio de servir hubiera, machacaba el hielo con los candelabros y se disputaba las copas. La orquesta contratada tocaba sin fuerza en el patio, donde bailaban los

huéspedes que seguían en sus cabales. Al instante, Thea pretendió huir de allí, pero yo divisé a Stella junto a un naranjo, haciéndome señas casi imperceptibles, y tuve que aproximarme, con todo afán. Fastidiado con Thea, no la miré siquiera. Y cuando Moulton, vestido de noche pero con calzones cortos, vino a pedirle un baile, se la entregué sin más ni más. El asco que le profesaba Thea me pareció desmedido y supuse que no la dañaría el dar con él un par de vueltas por el patio, al ritmo de la pieza de moda.

Desde el momento de decirme Stella que necesitaba hablar conmigo, lo advertí ahora, yo me había sentido inquieto sin saber por qué. Tenía la certeza, empero, de que en este drama figuraría fatalmente yo como actor principal. Abandoné a su suerte a Thea, aun consciente de su muda súplica y su rabia. No la afectaría en demasía nada de esto, a la vez que yo me pondría al tanto del otro asunto. Mi visión de lo ajeno sobrepujaba a la de mí mismo. Debido a la vaguedad en que estaba envuelto el paseo a Chilpanzingo, yo recibí con regocijo la oportunidad de actuar de modo bien definido: de creer, en fin, que la acción tajante proclamaba aún su pátina de nobleza.

En rigor de verdad, me sentí asaltado por mi flaqueza cuando vi a Stella llamándome. No es que haya tenido ocultos designios hacia ella; nada ocurriría, de seguro, salvo una pizca de mutua atracción. Me había hecho acreedor de la confianza de una mujer hermosa, lo cual me placía sobremanera: ella me colocaba en su misma categoría. Al punto olvidé mi revolcón en el monte y la mala traza que me había dejado: ¡vicisitudes que resulta tan fácil olvidar! Sí me pasó por las mientes, en cambio, que la última confidencia que había recibido en privado culminó en un apasionado abrazo con Sophie Geratis. ¿Qué había de aquello? Andaba zascandileando dentro de mí un moscardón que iba derecho a la miel —¡la estima de Stella!— y que me traía a mal traer. Yo procedía, al mismo tiempo, con total seriedad, a conciencia de que ella estaba en apuros. El que Stella me hubiese escogido para consultarme —pues, ¿qué podía ella, más que pedir ayuda?— era una bondad que tenía para conmigo y que me obligaba aun antes de proferir ella una palabra.

Stella habló así:

—Señor March: sepa usted que cuento con el auxilio suyo.

Me sentí abrumado en el acto.

—Pues, por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano…

Tuve un estremecimiento de buena voluntad. Mis ideas estaban borrosas; mi sangre, espabilada.

—¿Qué debo hacer, Stella?

—En primer lugar, le entero de la situación, pero alejados de este gentío.

Asentí, mirando en derredor, y ella supuso que mi cuidado era Oliver.

—Él no está aquí —dijo—. Le aguardo dentro de una media hora.

Thea me inquietaba, con todo, más que él. Pero cuando Stella, cogiéndome de la mano, me llevó por entre los árboles, sentí extenderse el fuego de su contacto por mi brazo y algo más. Nunca había flaqueado tanto mi capacidad de previsión, ni siquiera

al perpetrar mi legendario robo. Me interesaba mucho conocer la verdad acerca de Oliver, sabiendo que, a mi juicio, era un ser tan inimputable como el que más.

—Tendrá usted noticia del agente enviado por el gobierno para prender a Oliver —agregó Stella—. Nadie lo ignora. Pero ¿conoce usted la causa de su venida?

—No, no. ¿Cuál es?

—El *Wilmont's Weekly* ha sido adquirido con dinero proveniente del gobierno italiano. Un sujeto de Nueva York hizo el enjuague. Se llama Malfitano. Compró la revista y nombró jefe de redacción a Oliver. Los artículos importantes son planeados en Roma. Ahora bien: Malfitano fue arrestado dos meses atrás. Por eso no hemos regresado. No conozco el motivo del arresto. Y ahora envían a este agente por Oliver.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Yo entiendo del mundo de la farándula. Pregúnteme usted por qué ha publicado *Variety* esto o aquello y lo sabré.

—Lo probable es que necesiten a Oliver como testigo para encarcelar al italiano. Lo astuto es dar la cara. Oliver no ve diferencia entre un gobierno y otro, como los periodistas de antaño.

Stella me interpretó mal:

—Oliver no es un viejo decrépito…

—Él debe negociar su regreso y luego testificar.

—No es lo que piensa hacer.

—¿Ah, no? No me diga usted que intentará escapar. ¿Hacia dónde?

—No puedo decirlo, no sería justo que lo hiciera.

—¿A Sudamérica? Está chiflado si piensa que podrá salirse con la suya. Si tienen que ir tras él, la cosa se pondrá seria. No es un pez gordo, Oliver al fin y al cabo.

—Él cree que es grave la cosa.

—¿Y qué opina usted?

—Opino que ya estoy harta —respondió. Me miró con sus ojazos, en cuya superficie se trocaba el reflejo de los farolillos del jardín en la luz de su significado —. Y quiere que yo le acompañe…

—¡Eso sí que no! A Guatemala, Venezuela o… ¿adónde?

—No lo diré, por más que confíe en usted.

—Pero ¿con qué dinero? ¿Tiene algún tesoro oculto? Me parece que nada de eso. Estarán viviendo en la playa. Hay que amarle con creces, para vivir de la caza y de la pesca, o al menos eso espera él de usted. ¿Y es así? ¿Le ama usted tanto?

—No tanto, no —dijo, como tratando de calibrar sus sentimientos.

Me figuro que Stella estaba forzada a declarar que le amaba, para no parecer una cualquiera. ¡Ese títere de Oliver, tonto romántico y demacrado! Imaginé su modesto imperio, hecho de amor, coche y dinero, desmoronándose… y, por un instante, me puse en su lugar. Vislumbré además la ingratitud de Stella, pero me resultaba insoportable descubrir nada que la desmereciese ante mi vista. Frente a ella, ocultos ambos en la arboleda —lejos de la reunión y su bulla infame—, percibí de pronto que

algo estaba aconteciendo dentro de mí, algo que hacía peligrar mi integridad y en lo hondo, donde me sentía incapaz de resistirme.

—Esta romería no es más que una pantalla —acotó Stella—. Oliver ha ido a estacionar el coche en un sitio apartado y vendrá a recogerme luego. Dice que es inminente su arresto…

—¡Está tocado, sin duda alguna! —estallé, con absoluta convicción—. ¿Hasta dónde cree que llegará con un convertible rojo?

—Lo abandonaremos por la mañana. Oliver tiene malas pulgas y anda armado. Y de veras está tocado: hoy me apuntó, porque dice que pienso traicionarlo.

—¡Qué pelma! Supondrá que es un fugitivo de marca. Stella, tiene usted que alejarse de él. ¿Qué ha hecho para meterse en tal complicación?

Yo sabía que holgaba preguntar esta idiotez. Stella no tendría qué responderme: en cuanto a los caminos del vivir, o adivinas las causas o eres un perpetuo ignorante, pero nadie te explicará nada gentilmente. Sí, todo era muy tonto y yo no podía desembrollar los errores cometidos hasta aquel momento, pese a mi buena voluntad.

—Hace bastante que lo conozco —explicó Stella—. Me pareció simpático… y nadaba en la abundancia, él.

—Está bien, está bien; no hay por qué confesarlo todo.

Entonces inquirió Stella:

—¿Acaso no ha venido usted a México por motivos similares?

De modo que esto era, según ella, lo que teníamos en común.

—Yo he venido aquí por estar enamorado.

—Claro, ella es tan guapa que por supuesto existe una diferencia. Pero, a la vez —añadió con franqueza y súbita perspicacia que yo debí haber previsto—, la casa es de ella, ¿verdad? Y todo lo que hay dentro. ¿Qué posee usted?

—¿Qué poseo yo?

—Ni una miaja, ¿verdad?

La hipocresía de porfiar y poner cara de no haber tomado en cuenta, jamás de los jamases, el dinero vil, no es mi estilo. De no ser así, ¿qué era lo que tintineaba en mis bolsillos, la irisada gama de divisas recaudadas en la tienda del chino, mis ganancias? Hasta en rublos zaristas, provenientes sin duda de los cosacos cantores, apostaba la chusma. Que nadie ose decir, pues, que no he tenido conciencia del dinero: yo no ignoraba el sesgo de las palabras de Stella.

—Algo tengo —dije— y puedo reunir lo suficiente para poner distancia entre Oliver y usted. ¿Tiene algún pico con que ayudarse, Stella?

Había verdadera comunión espiritual entre nosotros, en la coyuntura.

—Una cuenta bancaria en Nueva York, inservible ahora. Puedo emitir un cheque contra su préstamo, eso sí. Para obtener dinero en metálico tendría yo que ir a la Ciudad de México y telegrafiar al banco desde las oficinas de Wells Fargo.

—No quiero ningún cheque.

—¡No tenga usted cuidado, que no lo rechazarán!

—No, no. ¡Creo en su palabra! De usted no necesito cheque.

—Lo que sí tengo pensado es pedirle a usted que me alcance hasta la Ciudad de México —agregó.

Era de esperar, aunque nunca pensé, creo, en llevarlo a la práctica. Ante el hecho concreto, me recorrió un escalofrío como si hubiese sentido el aletazo del destino. Aun admitida la fuerza de mis deseos, ¿era posible que alguien proveyese siempre el modo de lograrlos?

—¿A santo de qué viene esto? —balbucí, impresionado y tratando el tema como propuesta que me atañía y no solo como un plan para la seguridad de Stella. El ulular y los chillidos del festejo estragaban nuestros tímpanos y el naranjal en que nos hallábamos parecía un último refugio. En cualquier instante podría surgir el borracho que nos interrumpiese o alguna pareja intempestiva. Sabía yo que debía buscar a Thea, mas no antes de finiquitar esto.

—No tiene usted que pedírmelo así —dije—. La ayudaré de cualquier modo.

—Se está usted adelantando a los hechos. Le comprendo, pero es así. Tal vez me sentiría mal si no lo hiciese, pero… el engreimiento no es sentador. No me conoce usted. Lo único que me incumbe es ver qué hacer para zafarse uno de un pobre diablo trastornado.

Le presenté mis excusas: había hablado sin medir mis palabras.

—No faltaba más —dijo blandamente—. Ya sabemos cómo son las cosas. Reconozco haber pensado mucho en usted. Pero también en esto: que somos dos seres que a cada momento tratan de manejar los demás, para sus conveniencias personales. ¿Qué ocurrirá si no les damos el gusto? No es hora de hablar de esto, claro está.

Me enternecieron estas declaraciones. Incluso el llamar ella a las cosas por su nombre, con toda simplicidad, suscitó mi gratitud. Llevado durante años por un hábito misterioso, había caído yo en tejemanejes ajenos. Escuchando a Stella, oí la verdad y hallé por primera vez a la mujer que no juzgaría duramente mis omisiones. Estaba harto de ser aporreado en la cabeza con un puntero.

Pero el tiempo escaseaba. Oliver vendría a por Stella, habiendo empacado los efectos de ella salvo los pocos que fueron ocultados a tiempo.

—Mire usted —dije—: no estoy en condiciones de llevarla hasta Ciudad de México. Lo que sí puedo hacer es sacarla a usted de aquí y depositarla a una buena distancia, en terreno seguro. Estese, pues, en el zócalo, junto a la furgoneta, dentro de un rato. ¿Hacia dónde va Oliver? No deseo que le detengan: confíe usted en mí. No tengo motivos.

—Irá a Acapulco.

—Bien: iremos en la dirección contraria.

¿Así que el pobre pánfilo esperaba zarpar desde Acapulco? ¿O tramaba huir hacia Guatemala, cruzando la selva, el faltoso? ¡Quiá! Si los indios no le despachaban por su par de zapatos blanquinegros, Oliver moriría de extenuación por el camino…

Regresé aprisa por Thea, que se había marchado dejando plantado a Moulton en medio del patio.

—Estaba fuera de sí —contó Iggy—. Fuimos en tu busca. Thea te avisa que parte mañana, a primera hora, para Chilpanzingo. Se le veía nerviosa, como temblando. Y tú, Bolingbroke, ¿dónde estabas?

—Te lo diré otro día.

Llegué en una corrida hasta el zócalo, seguido poco después por Stella, que se metió deslizándose en el interior del coche. Destrabé el freno y accioné el encendido, pero el acumulador —en desuso— no alcanzaba a poner en marcha el motor. Para no descargarlo del todo, así nerviosamente la manivela, lo cual congregó en torno a la multitud acostumbrada, infaltable en una plaza mexicana. Esta gente me escudriñaba, guardando en secreto su concepto de la vida y —sí— manteniéndolo a todo trance. Sudando ya, manivela maldita, mi cólera se desparramó sobre los curiosos, que recibieron de mí el airado consejo de circular y dispersarse. Lo cual suscitó burlas y escarnio antes que temor y temblor. En boca de ellos oí mi antiguo mote: *el gringo del águila*. El corazón rebosaba de ideas asesinas hacia el público, como aquella vez contra el conductor del tranvía en que estaba huyendo yo, en pleno Chicago, del matón que me perseguía. En tanto apoyaba yo el pecho contra el radiador y movía con fuerza mi hombro y brazo derechos. Stella no había tenido el buen juicio de ocultarse —supongo que deseaba ver lo que sucedía— y acabó siendo reconocida por los mirones: era ya demasiado tarde.

—Augie, ¿qué estás haciendo?

Pese a mis plegarias, Thea no se había marchado en derechura a Casa Descuitada para empacar. No, ahora se erguía ante mí, atraída por el agolpamiento alrededor de la furgoneta, mirando con insistencia a Stella a través del parabrisas.

—¿Adónde vas con la dueña de la casa? ¿Por qué me abandonaste en esa fiesta de terror?

—No te abandoné…

—Con ese espantoso Moulton. ¿No me abandonaste, entonces? Pues no logré hallarte.

Yo no podía conceder que hubiese sido terrible dejarla sola en la reunión.

—Fueron solo unos minutos —argüí.

—Y ahora, ¿adónde vas?

—Oye, Thea: esta muchacha anda en apuros serios.

—¿Ah, sí?

—Te digo que sí.

Stella no salía del coche, ni cambió de postura tras el parabrisas.

—¿Y tú la estás ayudando a desenvolverse? —dijo Thea, con cólera, ironía y tristeza a un tiempo.

—Piensa lo que quieras —repliqué—, ya que no te das cuenta de la urgencia de todo esto. ¡Ella está en peligro!

Me consumía una frenética necesidad de escapar y —la verdad sea dicha— ya estaba sintiéndome atrapado.

En cuanto a Thea, envuelta en su rebozo, me miraba con fijeza, dura y suplicante, firme y endeble a la vez. Traicionaba un desasosiego de mujer, especie de universalistas que creen afirmarse siempre en un sólido basamento ético. La situación la hacía temblar; simultáneamente, Thea presentaba batalla con valor, de manera tal que yo no sabía qué esperar de ella ya.

Y algo más: como Mimi, Thea era una teoría del amor. Difería de Mimi en que esta última pensaba valerse sola si los demás le fallaban. Thea era realista, en cambio. De diversas fuentes me habían llegado noticias —especialmente en Einhorn— acerca del fanatismo amoroso de la mujer: la vida entera, reza esta teoría, se anuda en torno al amor en forma exclusiva, en tanto que los varones hallan otros asideros e intereses que les evitan el caer en la monomanía. Parte de la verdad siempre provenía de Einhorn: podías contar con ello.

—¡Es un hecho! —agregué—. Oliver enloqueció en un momento y trató de matarla hoy mismo.

—¿Qué me estás diciendo, hijo? El susodicho es un imbécil inofensivo. ¿Y por qué has de ser tú el protector de esta mujer? ¿Cómo te has metido en esto?

—Porque —dije, impaciente con tanta lógica— ella me ha pedido que la saque de esta población. Tiene que marcharse de aquí rumbo a Ciudad de México, pero no puede subir al autobús, por miedo a ser detenida.

—Aun así, ¿a ti qué te importa?

—¿No ves que me lo ha pedido?

—¿Te lo ha pedido porque sí o porque tú querías que te lo pidiera?

—¿Cómo me acusas de eso?

—¡Como si no lo supieras! Ya te he visto coa las mujeres, la cara que pones cuando una mujer guapa, o una no tan guapa, pasa de largo.

—Pues… —arranqué entrecortadamente, para alegar la normalidad del hecho, y luego se me ocurrió preguntar a Thea qué había de todas sus conquistas allá en el Este, oficial naval y otras tantas.

Me retuve, no obstante, pese a que me quedó un sabor amargo en el paladar. Los minutos eran preciosos: recordé esto al ver los rostros mexicanos de los circunstantes, que asistían a la reyerta como si hubiesen estado leyendo el Nuevo Testamento.

—¿Por qué me haces esto? —dije—. ¿No te basta mi palabra de que ella está en peligro? Déjame hacer algo, para variar. Más tarde discutiremos a solas.

—¿Estás obligado a correr de aquí para allí por culpa de Oliver? ¿No puedes protegerla de él sin moverte de aquí, acaso?

—¡Te digo que es un hombre peligroso! —Me trastornaba la impaciencia—. Intentará escapar llevándola consigo.

—Ah, ella piensa deshacerse de él y tú estás colaborando.

—¡No es así! —vociferé—. ¿Es que no entiendes nada de lo que te digo? ¿Por

qué semejante obstinación?

—¡Pues vete, entonces, por el amor de Dios, vete! ¿O estás aguardando mi permiso? ¡Pues no tengo intención de dártelo! Me estás contando algo estrafalario. Ella no tiene por qué acompañar a Oliver si no quiere.

—Así es. Y estoy ayudándola a salir de aquí.

—¿Tú? Tú estarás feliz si ella deja a Oliver.

Así por una vez más la manivela y la accioné.

—Augie, ¡no vayas! Oye, tenemos que ir a Chilpanzingo esta mañana. ¿Por qué no la llevamos a la casa? Él no se atreverá a molestarnos allí.

—No, esto es algo que he prometido hacer.

—¿Así que sientes vergüenza de mudar de opinión y hacer lo correcto?

—Tal vez. No voy a cejar porque me entiendas.

—¡No lo hagas, no!

—Ven con nosotros, entonces. La llevaré hasta Cuernavaca y estaremos de regreso en pocas horas.

—No, no iré.

—Entonces, te veré luego.

—Sirviéndose de zalamerías, cualquiera puede quedarse con tu camisa, Augie, ya te lo he dicho. Pero ¿cuál es mi situación, si así es la cosa? Yo he ido tras de ti. Te he lisonjeado. Pero siempre habrá quien te lisonjee mejor…

Su estocada me hirió en lo vivo y a Thea le dolió asestármela. Intuí que era mucho lo que sangraría. En mis manos enfurecidas, la manivela logró hacer arrancar al motor. Me puse de un salto al volante. A la luz de los faros resaltaba el vestido de Thea, que aguardaba quedamente mi decisión. Mi real deseo era apearme, pero el coche, puesto en marcha, me daba convicción. Sucede así con las máquinas: si estás en duda, te arrastran.

Doblé en dirección a Cuernavaca por un camino empinado, oscuro y de escasas señales, que nos elevó sobre la población, asentada como un puñado de brasas en la tiniebla. Aceleré cuanto pude, pues mucha gente nos había visto en la plaza y Oliver se impondría velozmente de lo acaecido. Calculé que un taxi contratado por Stella en Cuernavaca sería mejor que el autobús, porque este recalaba en todas las paradas, con el condigno riesgo para Stella.

A una velocidad pavorosa para aquel camino negro adelantábamos hacia Cuernavaca, por más que el aire oscuro y fragante de azahar que quemábamos en nuestro ascenso contribuía a restar importancia al peligro del que íbamos huyendo. El escapar por los montes del botarate de Oliver equivalía a lo que Thea llamaba algo estrafalario. La silenciosa muchacha que viajaba a mi lado fumando calmosamente no podía haber tomado en serio la capacidad de dañar de un hombre como Oliver. Aunque la hubiese amenazado en un arranque de pasión con su revólver, Oliver era de temer por sus enredos antes que por sus amenazas.

—Veo luces a lo lejos —dijo Stella.

Señalaban un desvío. Pasé con precaución por las huellas de una carreta, hasta una flecha pintada que apuntaba hacia arriba. Había marcas de neumáticos en ambas direcciones. Habiendo doblado antes hacia la derecha, tomé hacia la izquierda ahora, lo cual resultó errado. Subimos por un sendero estrecho, hollando arbustos y hierba, sin atreverme ya a recular, en busca de una explanada donde maniobrar. Al fin llegamos a algo parecido a lo que yo quería: torcí el volante y pisé el acelerador porque temía que se parase el motor. El espacio ante mí no era suficiente para dar la vuelta en círculo. Cautelosamente fui soltando el embrague, marcha atrás, pero la transmisión era deficiente y el motor se detuvo al borde de una caída profunda del terreno: mucho más de una cincuentena de pies. Estaba yo bañado en sudor. Abrí la otra portezuela y dije en voz baja a Stella:

—¡Rápido!

Por fortuna me entendió y salió disparada. Por la ventanilla accioné el volante, puse la palanca en punto muerto y el coche rodó un trecho y frenó contra la ladera. Pero el acumulador estaba descargado ahora y de nada sirvió la manivela.

—¿Nos quedamos atascados aquí toda la noche?

—Podría haber sido algo peor. Pensar que le he dicho a Thea que volveré en pocas horas…

Stella había oído, por supuesto, la discusión. Lo cual significaba un mar de diferencia. Como si, después de la plática en el naranjal, Thea hubiese servido de mediador entre Stella y yo, presentando uno a otro nuevamente. ¿Era yo tan presumido y absurdo? ¿Era Stella tan poco escrupulosa? No hablamos de ello. Stella podía obrar —y obró— como si no valiese la pena replicar a las acusaciones de una mujer sobreexcitada. En cuanto a mí concierne, pensé que si era cierto lo que Thea había dicho de mí, la verdad sería ostensible y no tendría sentido debatir el tema. Estar varados en la montaña tras nuestra atropellada fuga —como el ciempiés cuyas patitas de una hilera funcionan mientras las de la otra, no— me daba mala espina.

—Si hubiera por aquí un par de hombres que levantaran la parte delantera del coche y lo enderezasen luego, podríamos aprovechar la pendiente, arrancando el motor con el coche en movimiento…

—¿Qué? —dijo Stella—. ¿Salir rodando con los faros como están?

En efecto, la luz de los faros era de un amarillo pálido.

—De cualquier modo —concluyó—, ¿dónde hallarás esos hombres de músculos?

No obstante, fui a buscar ayuda, caminando hasta donde estaba pintada la gigantesca flecha que no indicaba nada. Era virtualmente imposible decidir si lo que se columbraba a distancia serían estrellas o destellos de forja humana; la sensatez me prohibía averiguarlo ahora. Más de un revolcón debería padecer antes de llegar a lo que quizá resultase un poblado… o a redescubrir el cielo austral.

Trastabillando y cayendo reiteradas veces, a menudo sobre cactus y zarzas —cuando no el maguey o plantas de hojas que desgarran las carnes—, y dando contra animales a veces, avancé sin encontrar un alma. No pasaban coches. Y de pronto me

asaltó la idea de que el próximo había de ser el de Oliver, quien dispararía si yo me le ofreciese de blanco. Renuncié a mi búsqueda y regresé a la furgoneta con las manos vacías. Dentro hallé unas mantas y un resguardo de lona, recordando en tanto los apuros que me había deparado el dichoso vehículo. Me estiré sobre la hierba húmeda. Persistía en mí una sensación de ímpetu y prisa. Me inquietaba el recuerdo de Thea. Jamás me disculparía esto y con seguridad ella me castigaría.

Stella yacía junto a mí, debido al frío reinante en la montaña. Su olor era suave y provenía de su cabellera y sus cosméticos: supongo que la baja temperatura alteraba su olor. Yo sentía el pleno peso de ella, de sus caderas y sus pechos contra mí. Si con anterioridad había estimado vagamente en qué medida torcería ella mi voluntad, la vaguedad estaba concluida.

Me figuro que, si pasas la noche con una mujer en un paraje montañoso y desierto, solo una cosa te queda por hacer, conforme te lo demanda secretamente el mundo… o no tan secretamente. Y la mujer —quien tanto ha hecho por tornarse peligrosa en el mismo orden de cosas—, cuanto más se apega al mundo, tanto menos sabrá diferenciarse de él. Solía yo creer que en el momento crítico que por fuerza se suscita cuando la necesidad enfrenta a un hombre y una mujer, nada fácil puede suceder hasta ser superada una dificultad previa y quedar demostrado que él es todo un hombre y ella toda una mujer. Es como pasar la prueba de la vida. Tal era entonces mi parecer, digo. Pero yo deseaba a Stella con ardor, tal como, de pronto, ella fue mía también por propio impulso.

Importa poco qué otro pensamiento se abatió sobre mí entonces, porque era ajeno a mi humanidad entera. Según se desnudaba Stella y en la crudeza de la noche me enloquecían sus hombros, sus pechos y su húmedo calor, mi voz sonaba rara. Stella me susurraba cosas al oído, a toda prisa, tomaba mi rostro entre sus manos y se rendía como trofeo. La hacía reír el que en la reunión nos hubiésemos portado ambos con absoluta formalidad. Yo sabía que nada de eso pesaba realmente, aun en aquel festejo. Lo inevitable de nuestro acoplamiento en el monte sobrepujaba al conjunto de las especulaciones propias y ajenas. Los tres habíamos sido conscientes de ello. Tras mucho fatigar lo sensato, imponemos la insensatez que nos traiciona. Lo previo Thea. Me dio fastidio porque, si no lo hubiese predicho, tal vez no habría sucedido: superstición mía. Y pensé, salvajemente, que si no se hubiera interpuesto ella y dado sus consejos, no habría yo pasado por este forcejeo con mi amor propio. La acusaba de haber tratado de estropearlo todo para mí. No era lo razonable, pero yo podía aducir otras muchas razones sin ir lejos por el terreno de la inevitabilidad.

Entre Stella y yo solo existía un tema imaginable ahora: el de si algo seguro y permanente alentaba en nosotros. Pero mis pensamientos volvían a Thea. Y como esto era indeclarable por ahora, nada se podía decir de las cosas genuinas. Stella mencionó una vez a Thea, para comentar que sus normas eran exigentes en sumo grado, al parecer. Por fin caímos en el silencio y el sueño, en que hay mayor intimidad que en el diálogo.

Una noche similar a esta pasé, años después, a bordo de un buque atestado que navegaba de Palma de Mallorca a Barcelona. Los camarotes rebosaban, así que dormí en cubierta con una muchedumbre de lo que allí llaman gente humilde: labradores, familias enteras con niños de teta, jovenzuelas delicadas del estómago que arrojaban en el mar, cantores que tocaban la concertina y gente mayor como muerta —o cavilosa—, de pie torpe y abultado vientre. Noche triste, aquella, húmeda y bañada en copos de carbón, por la mala calidad del combustible. Y los oficiales, alfeñiques todos ellos, pasando sobre los cuerpos yacentes. Una joven texana compartió mi abrigo; me confesó, sin sutileza, que había buscado a otro norteamericano entre el pasaje. Durante la noche íntegra, acurrucándose contra mí, estuvo mi compatriota, que en el rosado frescor de la madrugada me recordó mucho a Stella.

Aquella jornada alboreó, en la húmeda cubierta, en medio de un revuelo hispánico; esta otra, humosa y en un silencio montañés como el que sobreviene después del choque de dos coches, con algún canto de grillo sonando a destiempo. Entre verdoso y grisáceo bajaba un frío de los peñascos y, con él, el humo de un poblado. El aroma de leña, que a algunos habla de familia y un nuevo día, fue el último vestigio de extrañeza para mí. De pie y envuelta en una manta, Stella contemplaba sombríamente el precipicio, la vista del cual me encogía a mí el estómago.

A un peso por cabeza, varios indios enderezaron el coche. El motor arrancó y así llegamos hasta Cuernavaca, desde donde transportó a Stella un coche de alquiler hasta Ciudad de México, habiéndole cedido previamente cuanto dólar encontré en mis bolsillos. Aseguró ella que me los devolvería a través de Wells Fargo y no me lo creí. Stella sentía algo más que gratitud —esto es seguro—, pero lo pasaba en silencio. Me preguntó, sin embargo, si algún día iría yo a verla y le dije:

—Dalo por sentado.

Aguardamos el taxi junto a un puesto de flores, en el mercado, donde las piedras del piso están algo grasientas y resbaladizas debido a las flores desechadas y trituradas por el andar humano. Enfrente, los puestos de carne, exhibían suspendidas de ganchos las medias reses, la tripa y el bofe, visitados por el rugiente zumbar de las moscas, que rebotaban contra la carne como las primeras gotas de un chubasco sobre un muro rojo. Stella y yo recorrimos lentamente la amplia recova cuyo techado de cristales se alzaba sobre la vajilla, los pimientos, la carne, los plátanos, el cerdo, las orquídeas, la cestería y otras mercancías en pleno zumbido amoroso de los moscardones.

Por fin apareció el chófer. Stella se cercioró de que yo hubiese tomado nota de las señas de su agente teatral, quien estaba al tanto de su paradero en toda ocasión. Me besó y sus labios produjeron una sensación desconocida en mi rostro: me pregunté entonces qué error estaba yo a punto de cometer ahora. Mientras el vehículo se movió con lentitud entre la muchedumbre, caminé de la mano de Stella a través de la ventanilla. Stella me dijo:

—Gracias. Te has portado como un amigo…

—Buena suerte, Stella —dije yo—. Es decir: mejor suerte la próxima vez…

—De ser tú, yo no permitiría que ella me atizase muy duro.

No, yo no me dirigía hacia la población para ser maltratado por Thea, me decía a mí mismo al encaminarme a enfrentar a Thea y a mentirle. Tampoco me daba cuenta del duro filo de los embustes que iba a contarle. Yo regresaba creyéndome fiel en mayor medida que antes, dispuesto a mantener algo que era verdad antes que lo contrario. Y no esperaba sentirme tan mal como cuando hallé a Thea en el jardín junto a una planta que había dado bayas lustrosas y rojas. Thea tenía puesto el sombrero de ojales y estaba con el pie en el estribo, para Chilpanzingo. Yo también, si acaso acordábamos hacer el viaje juntos. La quería conmigo de la peor manera imaginable. Pero de pronto resolví no ir. Mi idea fue esta, de pronto: yo había consentido en demasía las actividades peregrinas de Thea; aun respecto al águila debería yo haber refrenado a Thea y no dar la impresión de que sus rarezas no eran tales sino meros hechos cotidianos. Pero yo me proyectaba hacia el futuro con excesiva presteza.

—¡Hete aquí, pues! —exclamó Thea, hablándome con aspereza—. No sabía si aguardarte o no. Supuse que te quedarías con ella. Tal vez me habría gustado más.

—Vayamos al grano, Thea. ¡Déjate de rodeos!

Thea habló entonces de forma muy distinta y lamenté haberle pedido que así lo hiciera. Con labios trémulos y como sollozando dijo:

—¡Es que hemos fracasado, sí, fracasado! Esto se acabó, Augie. Nos hemos equivocado. Yo he cometido el error.

—Un momento, Thea. Aguarda, ¿quieres? ¡Vamos por partes! Si lo que te incomoda es la idea de que Stella y yo…

—… ¡dormisteis juntos!

—Tuvimos que hacerlo. Erramos el camino: eso es todo lo que sucedió.

—Por favor, ¡calla! Me envenena oírte hablar así —dijo, desolada por la desdicha. Su aspecto daba lástima.

—Te aseguro que es cierto. Tus celos están fuera de lugar —insistí—. El coche se averió en el monte.

—Esta mañana no pude levantarme, casi. Y ahora me siento peor, mucho peor. No me salgas con jácaras. ¡No lo soporto!

—¡Vaya! —repliqué, mirando las lajas recién lavadas y el verde aterciopelado del césped—: si te torturas con semejantes ideas, ¡no habrá nada que hacer!

Dijo con amargura:

—Ojalá me incumbiese a mí sola todo esto…

Sus palabras me endurecieron, por una razón u otra.

—Así es, hija. Supón que todo esto sea como tú lo piensas. No debería ser tan difícil contártelo, después de lo que me has confesado un día: lo del marino aquel y

demás, mientras estuviste casada con Smitty. En realidad, me llevas ventaja, ¿sabes?

Enrojecimos, uno a la vista del otro.

—Nunca creí que lo que te estaba contando se volvería en mi contra de esta manera —admitió Thea con voz estremecida de emoción; me sacudió un escalofrío: hielo salobre en la playa con las primeras heladas—, ni que llevarías cuenta de todo…

Con la mirada fulgurante antes que amigable y una profunda palidez, Thea suscitaba compasión. Las alas de su nariz parecían haber aceptado ya algo de lo enfermo que le olía tan mal. Lo circundante, esto es: los animales y objetos tales como los sillones de cuero, las víboras, las cabezas cornudas y todo lo que hasta ahora había tenido por Thea razón de existir, se tornó opaco, brutal, inútil o apenas un desorden, como cuando algo afectaba hondamente a Thea. Ni siquiera su aroma era el de siempre. De pies a cabeza la señoreaban unos celos descomunales y Thea ansiaba desquitarse: lo necesitaba.

Supuse que se le pasarían —por qué, no sé—, pero temblé. Añadí:

—Ni siquiera logras imaginar que nada ha sucedido, ¿verdad? Sacas en conclusión, atolondradamente, que pernoctar juntas dos personas significa, por fuerza, que habrá mucho más.

—Seré irracional, pero, aun así, ¿me juras que no ha pasado nada entre vosotros? ¿O vas a negarlo? Sé cómo ha sido. Y no me pidas que imagine nada: lo he imaginado todo. No esperes de mí nada sobrehumano: no intentaré serlo. Todo esto es penoso, mucho más de lo que puedo sufrir.

No prorrumpió en llanto. Las lágrimas la arrasaron silenciosas como una súbita tiniebla.

Se disipó mi impiedad en el acto.

—Dejemos esto, Thea —sugerí, avanzando hacia ella. Se apartó.

—Tendrías que haber seguido con esa mujer.

—Oye…

—Hablo en serio. Ahora eres tierno conmigo. En pocos minutos, bien podrías estar con ella y quince minutos después, con alguna otra zorrona. ¡No alcanzarás a servir a todas! Dime, ¿cómo te has enredado con esta? Es lo que quiero saber.

—¿Cómo? Pues la conocí, junto a Oliver, por intermedio de Moulton.

—¿Por qué no fue a pedir socorro a ese Moulton y no a ti? Pues porque flirteaste con ella, te digo.

—¡No! Fue porque me notó comprensivo. Ella sabía que yo estoy contigo. Habrá supuesto que yo entendería más deprisa su situación de mujer que otra persona…

—¿Ves? ¡Este es el tipo de falsedad que te brota naturalmente! Ella te escogió a ti por tu pinta de tío tan servicial, maldito seas, que supo que te manipularía a su placer.

—Te equivocas. Ella estaba atravesando un período difícil y yo me compadecí —expliqué, recordando para mis adentros que en el naranjal mis sensaciones me arrastraron inconteniblemente.

Thea intuía algo de esto también, lo cual me dejó azorado. Incluso había predicho, estando en Chicago, que yo me iría con una mujer que me persiguiese. Si por lo menos no me hubiese descrito tan implacablemente… Con todo, en Chicago me había complacido yo de no tener secretos para con Thea. Y ahora presentía, cosa curiosa, que es fatal carecer de vida oculta.

—Pura y genuinamente, yo pretendía ayudarla —persistí.

Thea exclamó:

—¿Ayudarla? Ese Oliver fue detenido cuando vosotros os ibais.

Quedé estupefacto.

—¿Quién, Oliver detenido? Tal vez no debería haberme apresurado tanto. Lo que pasa es que temí que la arrastrara consigo. Tenía un arma, lo positivo es eso, y además golpeó a Louie Fu. Estaba poniéndose violento y pensé que…

—Ese borracho negado y flojo… ¿él forzarla a ella? ¿A ella? No la habrá obligado a meterse en su cama a punta de revólver, ¿no? ¡No es más que una cualquiera! Pero no le llevó mucho trecho darse cuenta de cómo eres. Tú temes no cumplir con la expectativa ajena. Temes no ser el hombre que ella espera que seas. Hiciste su juego. Tú se lo haces a todos.

—Estás enfadada porque no siempre hago el tuyo. Sí, ella me comprendió. No me indicó que hiciese esto: me lo pidió, apenas. Ha de haber visto que estoy harto de que me ordenen…

Mis palabras la hicieron mirarme con renovado asco, como abofeteada por una ráfaga malsana. Se mordió fugazmente el labio y dijo:

—Esto no era un juego. Veo que lo has tomado así. Pues bien, fue algo auténtico, hasta donde pudieron mis fuerzas. Te habrá parecido otra cosa. Tú eres así. Quizá no habrías aceptado otra cosa.

—No estamos hablando de lo mismo. Mi amor no fue juego. Son las otras cosas que dices, tan disparatadas…

—¿Me estás llamando fantasiosa? ¿A mí? —dijo con la boca seca, poniéndose una mano en el pecho.

—Pues ¿cómo puedes suponer que no lo eres? Piensa, si no, en el águila, las víboras, las demás cosas, la cacería diaria…

Se sintió más herida todavía.

—¿Qué dices? ¿Me estabas dando gusto? ¿No significó nada el águila para ti? ¿Creíste todo el tiempo que estaba portándome como una fantasiosa?

¡Qué injuria terrible acababa yo de inferirle! Traté de mitigar el daño, inquiriendo:

—Estas cosas, di, ¿no te resultan estrambóticas, ni por un minuto?

Su voz salió ahogada, nada semejante a las lágrimas que había vertido antes, sino peor.

—Mucho me parece extraño a mí también —dijo Thea—. Algunas cosas tuyas son raras, más de lo que las que yo hago te parecen a ti. Amarte no fue raro para mí;

ahora has empezado a volverte peculiar, tú y tus cosas. Puede que yo sea algo peculiar también, por la manera en que me porto, en lugar de atenerme a lo habitual y hacer cosas inauténticas. De modo que tú me hiciste concesiones…

Yo callaba, reconociendo su razón en esto. Por momentos no veía yo cómo articularía Thea los sonidos, tanto era lo que su garganta refrenaba, dejándolo en suspenso:

—Jamás te pedí que las hicieras. ¿Por qué no te expresaste tal como lo sentías? Yo no quería parecerte fantasiosa…

—Tú misma nunca lo fuiste, no.

—Jamás cuentas nada a nadie, me imagino. Pero conmigo no tenías que portarte como con los demás. Podrías haber hablado como no eras capaz de hablar con tu prójimo. ¿Nadie hay en el mundo en quien confiar? Sí, el amor nos llegó en forma extraña y piensas que tu excusa sea esa. Quizá el amor te resulte siempre accidental y ajeno a ti mismo, de cualquier modo… Tal vez no lo deseas en el fondo del alma. En tal caso, el error es mío, por suponer lo contrario… Tú no amas, ¿verdad?

—¿Qué quieres, destruirme hasta los cimientos? Lo dices porque te sientes celosa y maltratada…

—Sí, lo estoy. Estoy asqueada, desengañada a más no poder, o no diría estas cosas. Sé que no lo soportas. Pero es la decepción, no solamente mis celos. Cuando fui a buscarte a tu cuarto de Chicago, estabas con una muchacha; cuando viniste a verme, no averigüé antes que nada si la amabas o no. Yo sabía que no podía tratarse de nada serio. ¡Pero aun si lo hubiera sido, me resolví a intentarlo! Y me sentía sola, como si el mundo hubiese estado lleno de cosas pero vacío de gente. Ya lo sé —admitió, hundiéndome en la desesperación, más que nunca—: he de estar un poco loca.

Lo dijo en un tono quedo y rauco a la vez.

—Pero —continuó— supuse que si lograba comunicarme con una persona, terminaría haciéndolo con otras, que ni me cansarían ni me parecerían temibles. Mi sentir no es culpa de los demás, no tanto: ellos no son los autores de mi sentir. Yo creí que tú te convertirías en mi intermediario. ¡Estaba tan contenta y feliz de haberme cruzado contigo! Pensé que eras dueño de tus actos: me pareciste un ser afortunado y como señalado por los dioses. De ahí que los míos no sean solamente celos. Yo no quería verte volver: lamento que estés aquí. No eres un ser especial sino un hombre como cualquiera. Te cansas de lo que haces. No quiero verte más.

Cabizbaja, lloró Thea. Cayó su sombrero, retenido por el cordón. En mi pecho, presa como ardilla en una chimenea —en el sedoso calofrío del humo—, había una sensación de atascamiento. Intenté acercarme. Thea se irguió, y clavándome la vista, exclamó:

—¡No me mires ni me toques! No puedo permitirlo. Ya sé que crees que todo es perdonable, pero yo no.

Pasó de largo y se detuvo al alcanzar la puerta.

—Me voy a Chilpanzingo —dijo, sin lágrimas ya.

—Voy contigo.

—No, señor. Más jueguitos, no. Voy sola.

—Y yo, ¿qué?

—No me lo preguntes. Decídelo tú.

—Entiendo. Ya.

En mi cuarto, reuniendo luego mis efectos personales, lacrimoso y refunfuñando bajo una lápida de conmiseración de mí mismo, vi bajar a Thea hacia el zócalo con su rifle y a Jacinto seguirla con el equipaje. Quise gritarle: «¡No te vayas!», como ella la noche anterior en el zócalo, y explicarle qué craso error estaba cometiendo. Lo que yo designaba como error era el hecho de ser abandonado. La emoción me hizo temblar en aquel instante. ¡No, Thea no podía dejarme! Atravesé la casa a la carrera para llamarla desde el jardín.

Algo en mi expresión asustó a la cocinera, porque alzó a su pequeño y salió a escape. Atragantado de ira y pena, corrí hasta el zócalo sin hallar la furgoneta. Regresé a la quinta y me abrí paso a puntapiés. Ataqué la casa a pedradas, destrocé el interior de la sala y deshice incluso las jaulas de las serpientes: los ofidios, odiosos monstruos, se dieron a la fuga para ponerse a cubierto de mi furia. Volqué todas las jaulas a patadas.

Acto seguido tomé mi maleta y desaparecí. Bajé al zócalo sollozando para mis adentros.

En el pórtico del bar de Hilario estaba Moulton. Solo vi su rostro sobre la divisa de Carta Blanca. Me contempló, él, el pope del cascajo, desde allá arriba.

—¡Eh, Bolingbroke! ¿Dónde está la muchacha? Oliver, en el hotel rejas. Ven, sube. Tengo algo que decirte.

—¿Por qué no te vas a la mierda?

No oyó.

—¿Por qué andas con la maleta? —me gritó.

Me alejé y vagué por la población un poco más. En el mercado me topé con Iggy y su hijita.

—Eh, ¿de dónde vienes? Detuvieron a Oliver anoche.

—¡A la porra con Oliver!

—Por favor, Bolingbroke, no hables así delante de la nena.

—No me llames Bolingbroke nunca más.

Seguimos caminando juntos, empero, llevando él a la niñita de la mano. Miramos los puestos y por último Iggy adquirió una muñeca de perfolla de maíz para su hija.

Habló de sus cuitas. Su mujer había terminado con Jepson: ¿sería el momento de casarse de nuevo con ella? No dije nada, pero sentí arder mis ojos mientras lo miraba.

—Así que ayudaste a Stella, ¿verdad? —dijo Iggy—. Bien hecho. ¿Por qué pagar justos por pecadores? Wiley cuenta que, en el hotel, berreaba anoche por ella, que lo dejó.

En ese momento notó mi maleta por primera vez y dijo:
—¡Hola, hola! ¿Qué es esto? Has roto, ¿verdad?
Acusé el golpe, se me torció la cara, hice una seña vaga y luego me eché a llorar.

19

Las serpientes huyeron, presumo que a las montañas. Yo no volví a la Casa Descuitada para averiguarlo. Iggy me condujo a la quinta en que vivía, donde ocupé un cuarto. Por un tiempo estuve sin hacer nada, salvo yacer como muerto en la cálida celda de piedra al tope de la casa. Subías las escaleras hasta que se hubieran acabado; el resto, por una escalerilla de mano. Allí me estiré en un catre y permanecí, enfermo, durante días. Si Tertuliano se acodó en la ventana del cielo para huir de la visión de los condenados al infierno —es lo que pensó que haría—, puede que haya visto mi pierna estorbándole la vista a través de la luz del sol. Así de perturbado estaba yo.

Iggy venía rato en rato a hacerme compañía. Se quedaba repantigado en una silla baja, sin decir esta boca es mía por horas y horas, hundida la barbilla, con las correspondientes arrugas en el cuello, y atados los pantalones con cordel de sus *alpargatas*[39] como estilan los ciclistas. De tanto en tanto tañía la campana de la iglesia cercana con el sonido de alguien que desciende unos peldaños bamboleándose bajo el peso de un cubo de agua clara que va salpicando por el camino y que lo hace resbalar y dar traspiés sin garbo por las losas. Iggy estaba consciente de mi crisis y no quería dejarme solo, pero, si yo trataba de decir algo, lo volvía en contra mía, sin aceptar nada de lo que me había instado a contar. Desde luego conté todo, hasta quedar sin aliento, mas luego sentía que él tenía cubierto mi rostro con su mano, prohibiéndome decir más. Al cabo de un tiempo dejé de hablar de mí. Él venía como obra de misericordia a acompañarme, pero parecía que se quedaba para ahogarme. A la par que se compadecía. Iggy se desquitaba misteriosamente de mí.

Comoquiera, él se acomodaba contra el elegante muro iluminado por un sol que entraba por encima de otro en que se posaban las palomas de patas rojas, aventando polvo y paja. A veces, incluso, Iggy se apoyaba.

Yo sabía que había hecho mal. Mientras cavilaba, mis ojos buscaban la salida. Algo le ocurría a mi capacidad de olvido: estaba dañada. Me asediaban mis errores y defectos por los cuatro costados, corroyéndome el alma hasta que despertaba en un sudor frío y me revolvía en mi lecho, o sentía la inutilidad de revolverme.

De pronto, preguntaba yo:

—Iggy, ¿qué puedo hacer para demostrar mi amor a Thea?

—¡Qué sé yo! Si no la amas, ¿cómo pretendes demostrarlo?

—¿Cómo puedes decir esto? ¿No ves cómo ha sido?

—¿Por qué te fuiste con la otra, entonces?

—Fue por una especie de rebelión… ¿cómo puedo saberlo? Yo no he inventado a los seres humanos, Iggy.

—Tú no sabes por dónde vas, todavía, Boling. Lo lamento por ti —añadió desde su puesto junto al muro—, de veras. Pero tiene que sucederte algo así antes de que aprendas a vivir. Lo has pasado demasiado bien. Tendrás que recibir unos cuantos

golpes y sentirte aplastado alguna vez. Si no, nunca comprenderás lo mucho que has hecho padecer a esta mujer. Tienes que reconocerlo para dejar de ser un irresponsable.

—Está demasiado enfadada. Si me amara, no sería así la cosa. Tiene que haber un motivo de tanto enfado.

—Tú se lo has dado, hombre.

Era inútil platicar con Iggy, así que terminó por parecerme que el silencio es oro. Discutía con Thea entre mí, pero continuaba perdiendo. ¿Por qué lo había hecho yo? Sabía bien que la había herido, y mucho. Lo veía tan claro como a ella, en mi mente, cuando me decía, con la garganta tensa:

—¡Estoy desengañada!

—Escucha, vida —habría deseado argumentarle—, por supuesto que sí, ¿quién no se desengaña alguna vez? ¡Tú lo sabes! Todos reciben daño y todos lo hacen, especialmente en cuestiones de amor… Yo te he perjudicado, pero te amo y tú debes perdonarme para que continuemos juntos.

Tendría que haber corrido yo el riesgo de ir tras las víboras en las montañas, en lugar de quedarme en la vertiginosa población, todavía más temible y aventurada que aquellas.

Thea había recibido un impacto cuando le revelé mi sentir acerca de su amor por la caza. Pero, a la vez, ¿no había querido hacerme trizas con su ataque, al echarme en cara cuán presuntuoso, cuán indigno de confianza y qué mujeriego sin conciencia era yo? ¿Sería verdad lo de que el amor constituiría siempre algo extraño a mí en cualquier forma en que se me presentara, aun sin águilas ni serpientes de por medio?

Medité y quedé perplejo de la mucha verdad que en esto había. ¡Así era, en efecto! ¡Pensar que había creído que mi partido era siempre el de mi madre contra el de las abuelas Lausch, las señoras Renling y las Lucy Magnus del mundo!

Si yo carecía de dinero, profesión y deberes, ¿no obedecía esto a la necesidad de hallarme libre, de ser un leal devoto del amor?

¿Yo, sirviente del amor? ¡En absoluto! Y de pronto sentía asco de lo zafio de mi alma. Mi propósito de sencillez era un fraude. No era yo bienintencionado ni sentía una pizca de afecto por nadie, por lo cual empecé a hacer votos por que el México que estaba al otro lado del muro penetrara en mi reducto y me devorase de una buena vez. Así sería arrojado yo en el polvo del osario, para pasto de gusarapos y salamandras.

No bien comenzada, aquella terrible investigación debía proseguir. Colegí que, si agradar era mi único afán, habría de serlo por un empeño mío de despistar al prójimo o bien el de presumir, quizá. A la vez, se vinculaba esto con mi manía de que todos resultaban superiores a mí, ilustres poseedores de lo que a mí me faltaba. Pero ¿qué me parecía la gente, en último caso? ¿Algo maravilloso y quimérico? ¡Cuánta confusión, la de pretender un destino de independencia y al propio tiempo el amor!

Era una monstruosidad el caer en confusión tal.

Mas no, no era posible que yo fuese un monstruo y a la vez padeciera. Demasiada injusticia. Yo no me lo creía.

No era justo pensar que cualquier individuo tuviese más esencia y existencia que yo. Estaba claro que no había tal cosa; todo era obra de mi imaginación calenturienta, que erraba respecto al concepto que de mí abrigaban los demás, sin comprender cabalmente por qué gustaba yo o dejaba de gustar y siempre por razones ajenas a mi realidad, por pereza mental ajena. Lo aconsejable, por eso, es no inquietarse, si bien, en tal caso, es menester inquietarse lo bastante para entender qué resulta placentero y qué displacentero en uno mismo. ¿Piensas, acaso, que te observará atentamente todo recién venido? No. ¿Te incomoda que alguien se fije en ti? Ni por asomo. Nadie, en rigor de verdad, puede exhibirse sin el sentimiento de arrancarse la máscara con vergüenza, ni demostrar solicitud mientras esté preocupado por ello, pero sí está obligado a parecer valioso y más fuerte que el prójimo… ¡enfadado, incluso! A todo esto, no sentirá en sí fuerza genuina: solo engañar y ser engañado y confiar en esa forma de engaño. Esto sí: creerá con desmesura en la fuerza del fuerte. Por eso, nadie sabe a ciencia cierta qué es real, porque no permite que asome nada auténtico a la luz del día. He ahí, de cuerpo entero, la raza humana: deforme, degradada, bastarda… ¡mera humanidad!

Aunque, digo yo, si estás rodeado de gente capaz y desenvuelta, con objetivos pujantes y airosos, ¿podrás codearte con ella si eres un menguado claudicante, un desdichado sin luces ni virtud? ¡Pues no! Habrás de maquinar en tu fuero íntimo cómo resultar distinto, idóneo en el enfrentamiento con el poder, sus instrumentos y representaciones. Te inventarás, entonces, un hombre apto para sostenerse frente a la temible apariencia ajena, de modo tal que, sin recibir justicia ni obrar con justicia, por lo menos puedas vivir. Eso suele hacer la mera humanidad, que consta de millones de «inventores» de este tipo, verdaderos artistas del disfraz que —cada cual a su aire— procuran transformar a los demás en figuras de reparto que lo sostengan en su fingimiento. Son los conductores preclaros, jefes y dirigentes quienes reclutan el mayor número de comparsas: de ahí su poderío. Aquí surge una persona que logra imponer la presunta verdad de su reclamo; allí una voz de trueno —amplificada— que se oye sobre las otras. Resulta, pues, que una descomunal invención —la que hace del mundo lo que este es— se trueca en la realidad misma de ese orbe de ciudades, fábricas, edificios públicos, ferrovías, ejércitos, represas, cárceles y películas cinematográficas. El gran forcejeo de la humanidad no es otro que el necesario para reclutar a tu prójimo, atrayéndolo a tu versión de lo real. Así es como aun las flores y el musgo de las piedras pasan a ser las flores y el musgo de una interpretación de lo real.

Por cierto, mi aspecto era el de un recluta ideal, salvo que lo inventado jamás se tornaba real para mí, a pesar de mis esfuerzos para creérmelo.

La falla consiste en que me resulta punto menos que imposible el fijarme en un sentimiento puro y continuar fijado a él. Es esto lo que me reportaba el mayor daño.

La propia Thea me pareció incapaz de aguantar la felicidad por mucho tiempo: tal —pienso— puede haber sido la explicación de su frialdad. Quizá haya padecido idéntica molestia en cuanto a su camino elegido. Un año antes de esto, cuando Mimi Villares andaba en apuros, Kayo Obermark me dijo que este es patrimonio de todos. No existe quien no coseche amarguras a lo largo de su camino elegido. Es posible, incluso, que la amargura constituya el camino, ya que transitar por él requiere valor, mucho valor, pues se trata de escoger algo vivo, fuerte, violento, esforzado como meta, y eso es lo que nuestra flaca humanidad no soporta por mucho trecho. Además, el camino elegido no ha de conducirnos a lo que ya poseemos, pues, por lo regular, lo tenemos en poco. ¡Cuánto desdén me hizo sentir la idea de Obermark, qué cólera feroz! ¡A freír monas, los esclavos! ¡Asquerosos y cobardes!

Por lo que me toca —y sin pena ni gloria alguna—, la invención mía, mi bola egregia, era la de la simplicidad. Deseando simplicidad, yo negaba la existencia de lo complejo. Y me mostraba astuto, suprimía muchos deseos ocultos en lo íntimo de mi corazón, tan insidiosamente como el más pintado. ¿A qué perseguir la simplicidad, en caso contrario?

Una personalidad acusada es un peligro, en primer lugar. Son las almas típicas quienes se salvan. Por eso se tuerce y falsea la gente, a fin de eludir el pavor. Esto no es nuevo. Los hombres primitivos, la tímida grey de las tribus, se aplana la cabeza, se perfora los labios, se trunca el pulgar, se pone máscaras atroces como el miedo y se pinta o se tatúa: cualquier recurso, con tal de ganarle por la mano al espanto.

Decidme, ¿cuántos hombres de la talla de Jacob usan para reposar una piedra por almohada, o van a dormir con los ángeles y pugnan contra el miedo para conquistar el derecho a existir? Varones tales escasean; por eso son hechos los padres de un pueblo.

En cuanto a mí, busqué amparo en quienquiera que estuviese dispuesto a dármelo. Así hui yo del terror y el frío del caos. Y así caí en transitorios abrazos. No fue una conducta intrépida, ni fue consuelo el parecerme a otros muchos. Si tantos eran estos, han de haber padecido en forma análoga todos ellos.

Habiendo comprendido lo cual, encarecí una nueva oportunidad de ser valeroso. Resolví entonces viajar a Chilpanzingo a defender mi causa. Admitiendo mi debilidad, lograría poco a poco ajustar mi conducta a la que exigía Thea, si acaso ella tuviese a bien ser paciente conmigo.

Tan pronto hube decidido esto, me sentí recobrado. Fui a la *peluquería*[40] y me hice afeitar. Comí en la tienda de Louie Fu y una de sus hijas planchó mis pantalones. Mi desazón era considerable, pero la dulcificaban mis esperanzas. Yo preveía la palidez de Thea al reñirme nuevamente, y el centelleo de sus ojos negros, pero también el abrazo consecutivo. Pues Thea me necesitaba. Su excéntrica energía, nacida de la duda —¿podría reposar en alguien, de aquí en adelante?—, se detendría en mí y volvería a la serenidad.

Imaginando esto, yo me excitaba, me derretía, me ablandaba y seguía soñando. Como si todo estuviese sucediendo ya. De ordinario se adelantaba mi fantasía a los

hechos y preparaba el camino. O, si no, no nos aventuraríamos por terreno resbaladizo; mi imaginación, empero, construía calles y muros —como el ejército romano en España o las Galias— aun estando de paso.

Sentado en calzoncillos mientras aguardaba los pantalones, vi aparecer al perro de Louie Fu. Gordo y lánguido, oliendo como Winnie, se detuvo ante mí y me contempló. No deseando caricias, retrocedió y mostró sus viejos dientes cuando intenté sobarla. Sin enfado, aspiraba al aislamiento. Con un suspiro fue a meterse bajo la cortina. Era una perra anciana como ella sola.

El autobús —un antiguo transporte de escolares norteamericanos— arribó como el carretón sin muelles de tiempos pasados. Sentado yo en su interior con mi billete, vi acercarse a Moulton, quien me dijo:

—Apéate, que tengo que hablar contigo.

—No quiero.

—¡Vamos! —insistió muy en serio—. Es importante. Te valdrá la pena.

Iggy, que estaba allí para despedirme, le habló:

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, Wiley?

La frente de Moulton y su nariz de púgil se habían cubierto de un sudor blanco.

—¿Te parece apropiado que este se meta donde no le llaman y se haga diñar?

Me apeé y pedí explicaciones a Moulton.

Antes de que Iggy hubiese reaccionado, Moulton me arrastró unos pasos más allá a viva fuerza, con mi brazo bajo el suyo.

—¡Despierta! —me dijo—. Talayera es amigo de Thea, ¿comprendes?, y está con ella en Chilpanzingo.

De un tirón me desasí de él, con la intención de estrangularle.

—Ig —gritó—, a ver si lo contienes.

Iggy me cogió de los brazos.

—¡Suéltame!

—Aguarda, que no vas a matarle aquí, en lugar público con espectadores y policía. ¡Píratelas, Wiley, que este tiene la fuerza de un toro!

Yo deseaba destruir a Iggy también, que me tenía clavado en el sitio.

—¡Aguarda, Boling! Primero averigua si es cierto. Maldita sea, ¡usa la cabeza! —vociferó Iggy.

Moulton retrocedió mientras yo le perseguía arrastrando conmigo a Iggy.

—No seas pelmazo, Boling —dijo Moulton—, que es la pura verdad. ¿Quiero pelea contigo acaso? Lo hago por ayudarte, para que no salgas lastimado. Corres peligro allá. ¡Talavera te matará!

—¡Mira qué favor le has hecho, bestia! —dijo Iggy—. ¡Mira qué cara pone!

—¿Es verdad que ella se ha marchado con él, Iggy? —articulé con esfuerzo, pues me sentía desgarrado por dentro.

—Él fue su amiguito antes —dijo Iggy—. Un tío me contó que Talavera salió para Chilpanzingo ayer mismo, siguiendo a Thea.

—¿Cuándo dices que él fue…?

—Unos años atrás. Te diré que estuvo viviendo en la Casa Descuitada, o poco más o menos —terció Moulton.

Me desmoroné junto al quiosco de música. Mis piernas no me sostuvieron ya. Me tapé la cabeza con mis manos y, con mi cara contra las rodillas, me eché a temblar.

—Me sorprende el modo en que lo tomas, March —dijo, severamente Moulton.

—¿Cómo pretendes que lo tome, hombre? ¡Déjate de darle tan duro! —protestó Iggy.

—Se hace el chaval y tú le alientas —dijo Moulton—. Esto nos ha sucedido a nosotros. Le sucedió a Talavera cuando ella se apareció con Smitty y luego con él.

—No, no fue así. Talavera sabía que ella estaba casada.

—¿Qué diferencia hay? Talavera tiene su corazoncito. Pues bien, ¿no debe enterarse un hombre de lo que pasa cuando algo sucede? Este es un hecho de los que tienen que saberse, coño.

—Pero este tío la ama todavía. Tú te enfadaste cuando alguien te puso los cuernos con tu mujer, pero no porque la hayas querido.

—Bueno, ¿es que ella está enamorada de él? —dijo Moulton—. Entonces, ¿qué está haciendo con Talavera en las montañas después del porrazo que se dio este, que le dejó hecho polvo?

—¡Nada estuvo haciendo en las montañas con él! —exclamé entigrecido—. Si Talavera está en Chilpanzingo ahora, pues no significa que ande con Thea.

Moulton me contempló de hito en hito y dijo con admiración:

—Chico, apuesto a que tú ves lo mismo que los demás, pero te quedas con tus opiniones. ¿Por qué no te confió ella que Talavera era un antiguo novio? ¿Y qué estuvisteis haciendo? ¿Debatiendo si sí o no? ¿No condescendió la dama a fin de cuentas?

—¡Nada sucedió! ¡Nada! ¡Si no te callas, te haré tragar un adoquín, hijo de puta!

Moulton parecía dispuesto a continuar; no estaba bromeando, había intención en sus palabras. Sus ojos, agrandados, estaban fijos en mí.

—Lo siento mucho, chico, pero las mujeres son así: no tienen juicio. No son para jóvenes sonrientes como tú. ¿Qué quieres apostar a que se le ha entregado a Talavera y no te guardó nada para ti?

Le salté al cuello. Iggy me sujetaba desde atrás. Traté de sacármelo de encima, pero se resistía; cuando lancé todo mi peso sobre él, aplastándole, quedó sin aliento:

—¡Cielos, chico! ¿Estás tocado? Estoy tratando de que no te metas en líos.

Moulton se había largado ya, en dirección al mercado por una calle transitada. Vociferé unos improperios y le prometí matarle.

—¡Deja! Mira que allí hay un guardia que tiene puesto el ojo en ti, Boling.

Sentado en el estribo de un coche, en efecto, estaba un indio uniformado. Parecía hecho al espectáculo que suelen dar los gringos borrachos.

Iggy había logrado ponerme de rodillas, pero seguía sujetándome.

—¿Puedo dejarte suelto ya? ¿No vas a correr tras él?

Sacudí la cabeza, con un sollozo. Iggy me ayudó a levantarme.

—¡Mírate! Estás hecho un asco. Tendrás que mudarte de ropas.

—No tengo tiempo.

—Ven a mi cuarto. Por lo menos te repasaré con un cepillo…

—No pienso perder el autobús.

—¿Quieres decir que te marchas a pesar de todo? Vas a pringarla.

Pero yo lo tenía decidido. Me lavé la cara en la tienda de Louie y ya subí al autobús. Encontré ocupado mi asiento. Todos los madrugadores que me habían estudiado junto al quiosco de música, habían comprendido, al parecer, qué me acontecía: yo era un pobre *cabrón*[41] abandonado por su mujer.

Iggy subió al autobús conmigo y me dijo:

—No hagas caso de él. Talavera intentó lo máximo con ella, le hizo varias propuestas. Se moría por conseguirla. Por eso se interesaba en ti y visitaba la quinta. En la reunión de Oliver lo intentó una vez más. De allí salió pitando Thea por la misma razón.

No importaba tanto: como una cerilla encendida y un incendio, en comparación.

—No vayas a meterte en una pendencia allí. Estarías loco si lo hicieses. Te matará Talavera. Tal vez debería acompañarte para evitarte embrollos. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, gracias. Déjame solo.

Él no deseaba acompañarme, en realidad.

El viejo autobús produjo de pronto un estrépito como el de varias máquinas de coser en un desván. A través de los gases que despidió el motor, la catedral se veía como reflejada en un río.

—Ya partes —dijo Iggy—. Recuerda que estás cometiendo una tontería, buscándole tres pies al gato.

Al ir deslizándose el autobús hacia la salida de la población, una campesina me cedió amablemente el borde de su asiento. No bien me hube sentado, me invadieron los espasmos de celos, violentos e impetuosos como antes. ¡Oh, llamas del infierno! Pensé que moriría.

¿Por qué lo ha hecho ella? ¿Por qué con Talavera? ¿Para castigo de mis pecados? ¡Valiente modo de castigar!

¡Tanta culpa tenía ella como yo! ¿Estuve yo encandilado con Stella? Pues ella miraba a Talavera, con su venganza lista contra mí.

¿Dónde estaba el gatito que teníamos en Chicago? De pronto surgió la pregunta. Una vez que nos habíamos ido por dos días a Wisconsin y regresamos de noche, el pobre animalito maullaba de hambre. Thea se echó a llorar sobre él, lo introdujo en su vestido y fuimos al mercado de Fulton Street, donde le compramos un pescado entero. ¿Dónde estaba ese gatito ahora? En alguna parte y en ninguna en particular. Así de duraderos son los apegos de Thea…

Luego recordé la profundidad de mi amor. Era un placer, para mí, que las líneas de nuestros nudillos fuesen similares. Con sus dedos tocaría Thea a Talavera donde me hubiera tocado a mí. La idea de que otro hombre recibiría el mismo trato, vería la misma entrega y oiría palabras oídas por mí, me aniquilaba. Fui un atisbador oculto, en mi imaginación, y pasé por el potro de tormento.

Había pretendido desposarla, pero la posesión no existe. Ni poseen maridos a mujeres, ni son estos propiedad de ellas, ni los hijos de sus padres. O se marchan o se mueren. El único adueñarse pertenece al momento fugaz. Si es que lo logran. Y mientras vive un deseo, vivirá luchando contra su negativo. Es así como trazamos la obstinada marca de la posesión: escrituras, certificados, anillos, compromisos, arras y otros símbolos de permanencia.

Hicimos, pues, prodigios de velocidad de camino a Chilpanzingo con una temperatura canicular. Atravesamos las tormentosas sierras pardas, luego tierras yermas sembradas de roca y por último brazos de mar al estilo de los de Florida. Cuando ya llegábamos rodando locamente al pueblo, alguien se encaramó al autobús para hacer un trecho de gorra, aferrándose a mi brazo, y esto dolió: luché y el gorrón tuvo que soltarse, no sin darme antes un vivo golpe en la palma de mi mano. Me escoció y quedé furioso.

Aquí había otro zócalo. Muros que habían sido blancos una vez, mugrientos ahora, hundíanse en el suelo donde estaban florecidos los montones de desperdicios: un encanto español, comido de ratas, flotaba sobre calles espantosas como las de Sevilla putrefacta.

Tenía yo la idea de que mataría a Talavera si le veía por la calle. ¿Con qué? Una navajilla tajaplumas, no lo bastante peligrosa. En la plaza busqué dónde adquirir un cuchillo, sin suerte. Sí hallé un sitio sobre cuya entrada —un rectángulo oscuro en la pared, como una tumba milenaria en el desierto sirio— leíase la palabra «Café». Entré con la intención de hurtar un cuchillo del mostrador. No había sino cucharillas ornadas, en el azúcar. Un mosquitero blanco pendía desgarrado, igual a una labor de ganchillo hecha para nada útil.

Al salir del café, vi aparcada la furgoneta bajo un balcón de hierro forjado tal cual los de Nueva Orleans, semidestruido. Olvidado de las armas blancas, corrí hasta aquel edificio y me metí dentro. No vi conserje; solo un viejo que barría el patio. Por él me enteré del número de la habitación que ocupaba Thea. Le hice subir a anunciarme e inquirir si la señora accedería a recibirme.

Respondió Thea en persona, hablando por una brecha en la persiana. Preguntó qué te trae. Subí de dos en dos las escaleras y, dirigiéndome a la puerta cerrada, declaré mi necesidad.

Thea me hizo pasar. Dentro, husmeé rastro de una presencia extraña, lo primero. Se notaba el consuetudinario enredo de ropas y equipos diversos, pero era imposible discernir lo otro, aunque de nada hubiese servido: yo estaba resuelto a restar importancia a esas cosas.

—¿Qué buscas, Augie?

Entonces la miré. Sus ojos relucían, pero menos agudos que de costumbre. Thea debía de estar mala, porque se había soltado de las peinetas su cabellera renegrida. Me pareció que ella se había echado encima una bata de seda en el último momento (entre cuatro paredes, Thea prefería la desnudez en días calurosos como aquel) y no me costó nada imaginármela sin ella. Thea vio posarse mis ojos en su vientre y llevó una mano púdica a ese lugar. Siguiéndola con la vista, recordé amargamente cómo había traspasado mi privilegio a otro hombre. Quería recuperarlo.

Dije con facciones arrebatadas:

—Necesito saber si podemos convivir de nuevo.

—No, ya no.

—Me dicen que Talavera está contigo.

—No es de tu incumbencia.

Tomé sus palabras por una respuesta afirmativa, con mucho dolor.

Dije entonces:

—Es verdad. Pero ¿a qué entrar enseguida en relaciones con otro? ¿Ojo por ojo, diente por diente? No has resultado superior a mí. Tenías a Talavera de reserva…

—Creo que tu único motivo de estar aquí es haber sabido de esto, ¿verdad?

—No. Vengo a pedir otra oportunidad. Él no me importa.

—Ah, ¿no? —dijo ella con su rostro de cálida blancura. Sonrió como pensando en algo lejano.

—Puedo olvidarme de él si acaso me aceptas todavía.

—Me lo echarías en cara cada vez que nos enfadáramos.

Negué eso.

—Sé que estás muerto de zozobra, ahora, la de que aparezca él en cualquier momento y haya una disputa. Pero él no se encuentra aquí, así que puedes quedarte en paz.

—¡Ha estado contigo, entonces!

No respondió. ¿Lo había despachado, quizá? ¿Por qué no? Ahora, cuando menos, cesaría mi entrevero de angustia y esperanzas. Temor había sentido yo, desde luego, pero mezclado con la idea de matar a Talavera. Había pensado, incluso, en la posibilidad de morir a manos suyas.

—Tú no puedes amarme si piensas que estoy con otro hombre. Has de estar deseándome la muerte todo el tiempo. Querrías verlo desbarrancarse desde diez mil pies de altura y a mí, en un ataúd durante mis funerales.

Guardé silencio y, mientras Thea me escrutaba, tuve una rara visión de ella en aquel cuarto de estilo español que iba convirtiéndose en polvo con los años, rodeada por el trópico que deterioraba el pueblo, el camposanto en la ladera con sus hierros y la sangrante buganvilla y las enredaderas de color verde chillón y los enormes labios, la testa de los montes incipientes o cantarines. Y después, el desorden, los trapos y lo costoso lado a lado: prendas que Thea usaba conforme caían en su mano, y el papel

Kleenex, la ropa interior de seda, los cosméticos, los vestidos y las cámaras fotográficas. Thea hacía velozmente las cosas, con la esperanza de que saliesen atinadas. Era palmario que ella no creía en mis razones: no creía por no sentir y no sentía por haberse fracturado algo entre los dos.

—No es necesario que te decidas ahora, Thea.

—Pues… supongo que no. Tal vez varíe mi sentir hacia ti en el futuro, pero no parece probable. En este momento te tengo en poco. En especial si pienso en cómo te comportas con los demás. Te deseo todo el daño del mundo. Ojalá te murieras.

—Y yo te quiero todavía —repuse. Y ha de haber sido algo evidente, pues yo no estaba mintiendo. Temblaba. Pero ella no respondía.

—¿No quieres volver a lo de antes? —ofrecí—. Pienso que no me equivocaré esta vez.

—¿Y cómo lo sabes?

—Mucha gente está en mi situación, pero tiene que haber una salida, un modo mejor de hacer las cosas.

—¿Tiene que haber? Lo que dices te pinta entero.

—Claro, o, si no, ¿cómo habría esperanza? ¿Cómo sabría yo qué desear? ¿Cómo lo has sabido tú?

Habló en voz baja:

—He estado errada muchas veces, más de las que quiero mencionar aquí y ahora. ¿Qué pretendes demostrar por lo que soy y lo que sé?

Cambió de tema:

—Me ha mandado decir Jacinto lo de las serpientes. Si hubieras estado cerca, te habría matado.

Presentí, sin embargo, que este era un desaguisado de los míos que no la despechaban. Más aún: me pareció que Thea amagaba una sonrisa. No dejé que esto me animase, empero, porque las emociones se alternaban con celeridad en el temple de Thea sin que esta lograse armonizarlas. No habría respuesta para mí. Estaba roto el vínculo.

En una pecera vacía de agua y cubierta por una estera de palma descubrí a cierto animalejo abotagado, con escamas, verrugoso como un pepinillo, con barba de pez y tenazas de cangrejo, apoyado en su panza y respirando.

—Has iniciado otra colección —observé.

—Lo cogí ayer. Es de lo más interesante que hay a la redonda. Pero no me quedaré aquí. Me marcho para Acapulco, luego en avión a Veracruz y por último a Yucatán, para ver unos flamencos únicos que han migrado desde Florida. Esto es: así lo espero.

—Déjame acompañarte.

Rotunda negativa. Así era; nada de lo que yo hubiera deseado tendría modo de ocurrir.

20

De regreso a Acatla, holgué, esperando tener noticias de Thea y yendo a buscarlas inútilmente en correos. Notificado de nada, por tanto, bebía tequila seguida de cerveza. Ya no jugaba al póquer en casa de Louie ni veía a la pandilla de antes. Jepson fue detenido por vagancia y expatriado, por lo cual empezó a desearlo nuevamente la mujer de Iggy. Su hijita sabía, a sus años, de qué se trataba la cosa; el día en que las vi por la calle presentí la perspicacia de la pequeña y lo lamenté por ella.

De modo que, durante algunas tardes doradas de las que entonces pasé, sentado en un café de mala muerte, con una barba de tres días y ropa desaliñada, sentía inclinación a exclamar: «¡Oh criaturas mortales que todavía estáis vivas! ¿Qué ardid tramáis? ¡Aun la dicha y la hermosura no son más que una película!». Las lágrimas asomaban a mis ojos. O sentía un arranque de cólera como para ponerse a gritar. Pero, al par que ninguna otra criatura es reprendida por el ruido que hace —rugir, aullar, relinchar o graznar—, se supone que hay para la especie humana maneras menos toscas de buscar alivio. Con todo ascendía yo por algún sendero montañés en que solo un indio me oiría (y no opinaría en voz alta acerca de mí) y ahí daba rienda suelta a mis sentimientos y bien vociferaba, bien hablaba de ellos con absoluta libertad. Eso sí, me movía a sentirme mejor temporalmente.

Tuve un compañero por pocos días, un ruso que había sido expulsado, después de una reyerta, del coro de cosacos. Todavía usaba su casaca de sarga con vivos blancos y espacios para las balas. Era un individuo orgulloso y excitable que se mordía las uñas por hábito. Su cráneo afeitado derramaba como una luz suave sobre la apuesta solemnidad de su rostro rasurado a toda hora. Nariz recta; labios contraídos por un tierno rencor; cejas negras, continuas, ilustres: ¡el vivo retrato del poeta D’Annunzio que yo había visto en foto una vez!

Bebía y estaba sin blanca: pronto sería detenido como lo había sido Jepson. Me quedaba poquísimo dinero pero, aun así, solía comprar yo una botella de tequila de vez en cuando: el ruso se apegó a mí.

Por aquel individuo sentía yo lo mismo que por la chicuela de Iggy: lástima, por las cosas que se ofrecían a su entendimiento, sin remisión. En un principio deploré su compañía. Luego fui cambiando hacia él y, puesto que necesitaba un confidente, me confesé con él, suponiendo que se compadecería de mí. Me engañaron las marcas de aflicción que surcaban profundamente su frente, arrugas de alguien que, sin duda, estaba hecho picadillo por el sufrimiento.

—Así que… ¡ya ves! —dije—. No estoy pasándolo bien. Esto duele. Vivo en agonía casi todo el tiempo…

—Aguarda —objetó—: tú no has visto nada todavía.

Me enfurecí.

—¡Egoísta de mierda!

Quise arrearle un guantazo. Estábamos bebidos.

—¡Con qué te vienes ahora, enano, cosaco de pacotilla! ¡Te cuento lo mío y tú…!

Pero él pretendía declarar su sentir sin más ni más, con su cabeza glabra, su roja nariz, su boca rencorosa. Y no me resultó un malauva, al fin y al cabo. En realidad, aquello era natural en él: había pasado las de Caín y yo le veía sentado allí, en estado de desesperanza, oliendo a medicina vencida, pero *simpático*[42].

—Está bien, compañero —le dije—. Tienes de qué quejarte bien. Quizá no regreses nunca a Harbin o cualquiera que sea tu ciudad natal.

—París, nada de Harbin —replicó.

—Vale, mamón, París entonces. ¡Que sea París!

—Yo tenía un tío en Moscú —contó el ruso— que se vestía de mujer para ir a misa. Asustaba, porque gastaba barba y tenía una mirada impía. Un guardia le dice: «Usted tiene facha de hombre y no de mujer», y mi tío le contesta: «¿Sabe usted? Yo le veo a usted facha de mujer y no de hombre». Dicho esto, se marchó, temido, como siempre, de todos.

—Todo eso es perfecto, pero ¿significa acaso que no he visto nada todavía?

—Significa que habrás padecido un desengaño amoroso, pero ¿sabes de cuántas cosas puedes desilusionarte, además del amor? Tienes suerte. Por ahora es el amor; en adelante puede resultarte aún más terrible la cosa. ¿Te lo imaginas? Mi tío ha de haber estado desesperado para meterse en la iglesia oscura y asustar a la gente. Tenía que emplearse a fondo. Habrá sentido que no le quedaba mucho por vivir.

Yo pretendí no entenderle porque me convenía dejarle en ridículo, pero sabía qué estaba queriendo decirme. Lo espantoso no es el que la vida concluya; sí lo es el que concluya en medio de tanto desengaño respecto a lo esencial. Y esto es un hecho.

Por último me aparté de él, pues estaba haciendo de alcahuete para la Negra, madama del *foco rojo*. Vendí a Louie Fu mi equipo, consistente en las botas de montar además de otras prendas, y con el fruto de la venta viajé hacia Ciudad de México, habiendo renunciado a que Thea me diese su dispensa. Fue triste volver al Regina sin ella. La gerencia y la servidumbre la recordaban, así como al águila, y notaron mi caída: ni furgoneta, ni equipaje, ni bestia salvaje, ni alegría, ni comer mangos en cama, ni nada en absoluto. Los rumores nocturnos de las parejas me despertaban, pero yo hacía oídos sordos ya que el hotel era económico.

En las oficinas de Wells Fargo no hallé ningún envío de Stella. Podía recurrir a Sylvester en Coyoacán, en caso extremo, pero resolví apelar antes al primo de Manny Padilla. Entre ellos no había semejanza alguna: este sujeto era flaco, hambriento y de tez enrojecida. Quiso mostrarme la ciudad, pero ya lo había hecho Thea en su lugar; quiso introducirme en la literatura española y, a la postre, me pidió prestado dinero para comprarme una manta: no le vi más, luego de esto.

Yo suspiraba por Thea, aunque la sabía inalcanzable ya, alejada de mí por su mentalidad y mi carácter. Errante por la ciudad, cavilaba al contemplar a los mariachis, los violinistas tullidos que tocan en los entierros, los floristas y las abejas

que liban en los puestos de golosinas. Adondequiera que te volvieses, veías nieve en la cima de algún volcán y montañas enteras acosándote. En aquellos días no me miraba en el espejo, si podía remediarlo, pues me revelaba enfermo y demacrado. En cierto momento habría dado la bienvenida a la Muerte, incluso, sin pensarlo mucho. Esto es: morí un tanto y comprendí qué tarea imposible es la de vivir sin algo triunfal y grande a que dedicarse. Con todo, la ciudad era hermosa —aun la fealdad, el sufrimiento y los garrapatos en los muros estaban llenos de vida— y era cálida, lo cual me daba fuerzas para seguir allí. Mi corazón gemía, mas no siempre en el colmo de la desesperanza.

Acabé poniéndome en contacto con Sylvester, quien vino a verme y me prestó algunas pelas. Le noté reticente al principio, pero comprendí que de ciertos temas (políticos y confidenciales) no podía hablar.

—Tienes mal aspecto, famélico y zarrapastroso —dijo—. Si no te conociera, diría que eres un vagabundo panamericano de esos. Vamos, ¡aséate, hombre!

Sylvester me hizo sentirme como un objeto que Calígula hubiese dejado caer desde mil metros de altura a tierra. El aire chillaba en mis oídos. Los colores eran como los de Jerusalén, poco más o menos. No obstante, poniéndome de pie aturullado, todavía deseaba yo ser firme en el infortunio. ¡Id y sed firmes! ¡Así como así! Nada sencillo, el mandato. Sylvester advirtió mi deseo de rehabilitarme. Me premió con su sonrisa circuida de oscuras arrugas, porque yo le caía en gracia.

—He tenido pésima suerte, Sylvester —dije—. Las he pasado canutas.

—Ya, ya. Dime, ¿quieres quedarte aquí hasta que el tiempo se haya aclarado o regresar a Chicago?

—¿Qué te parece? No sé qué hacer…

—Quédate. Aquí hay un simpatizante que te dará asilo, si Frazer se lo pide.

—Me vendría como Dios. Te estaría muy agradecido, Sylvester. ¿Y quién es el tal simpatizante?

—Un amigo del Viejo, de la primera hora. Te dará casa y comida. No me gusta nada verte tal como estás.

Entonces apareció Frazer y me acompañó a conocer a dicho simpatizante, que se llamaba Paslavitch, yugoslavo amistoso que vivía en una quinta pequeña en Coyoacán. Profundas arrugas llenas de pelillos relucientes, junto a su boca, semejaban una geoda con su contenido de cristales, maravilla del mundo de las rocas. Paslavitch era un original. Su cabeza, de forma de cebolla, llevaba el pelo cortado al rape. En el jardín, cuando lo conocí, despedía por ella un calor visible y trémulo.

Me dijo el hombre:

—¡Bienvenido! Me alegra tener compañía. ¿Quizá quiera usted darme lecciones de inglés?

—Por supuesto lo hará —tercio Frazer, cada día con más cara de ministro protestante. Ahora entendí por qué mi amiga Mimi le llamaba el Predicador, pero su ceño fruncido en el acto de pensar lo asemejaba también a un oficial del ejército

sureño en la guerra de Secesión. Frazer parecía agobiado por graves cargas psíquicas, dedicado a meditar sobre cosas superiores.

Me dejó con Paslavitch, entonces, y sin motivo me sentí allí como de reserva, en depósito. Pero, estando cansado, pasé a otras cosas. Paslavitch me mostró el jardín y las habitaciones. Contemplé los pájaros, libres y enjaulados, los colibríes en las flores y el espinoso aplauso de los cactos. Yacentes en el césped o de pie a lo largo del sendero había dioses mexicanos que refrescaban sus dientes y lenguas candentes en el aire azul.

Paslavitch era un ser bondadoso, manso, preocupado y terco, corresponsal en México para la prensa yugoslava. Se consideraba como bolchevique y revolucionario veterano, pero era sumamente emotivo, todo le conmovía: de él rodaban las lágrimas como de un pino la resina. Tocaba obras de Chopin en el piano; al ejecutar determinada marcha, me confiaba que Chopin la había compuesto durante su estancia en Mallorca con George Sand, mientras ella navegaba en aguas del Mediterráneo. A su regreso le dijo él: «¡Temí que te hubieses ahogado!». Con sus alpargatas sobre los pedales, el viejo eslavo me recordaba a Nerón en una tragedia. Sobre todo, el tal Paslavitch estaba prendado de la cultura francesa y deseaba contagiarme su pasión. En verdad, estaba obsesionado con la enseñanza y siempre me pedía que le enseñase yo esto o aquello acerca de Chicago, del general Ulysses S. Grant o de la tortilla de jamón de Fontenelle, proponiendo un intercambio de conocimientos.

Era un individuo ansioso. Enseguida aclaró lo siguiente:

—Fontenelle quería comer una tortilla de jamón en viernes, pero se inició una terrible tormenta, con mucho tronar. Al fin, Fontenelle arrojó la tortilla por la ventana y recriminó a Dios: «*Seigneur! Tant de bruit pour une omelette!*»[43]. Podía tratarse de algo realmente esclarecedor.

Paslavitch se bamboleaba, ufano, con ojos cerrados y una pronunciación afectada. O bien me decía:

—Luis X gozaba de lo lindo haciendo de barbero: afeitaba a sus cortesanos, les apeteciese o no. También se despepitaba por imitar las ansias de la muerte y practicaba las muecas correspondientes. Así también fue capaz de pasar su noche de bodas compartiendo su cama con jóvenes parejas: la última expresión de la depravación feudal.

Tal vez, pero Paslavitch le admiraba por ser francés. En largas sobremesas solía repetirme las pláticas de Voltaire y Federico el Grande, de la Rochefoucauld y la duquesa de Longueville, Diderot y una joven actriz y las de Chamfort con alguien más. No me caía mal este Paslavitch, pero a veces se ponía pesado lo de ser su huésped. Lo acompañé asimismo a jugar al billar en la calle del Uruguay. Y a beber, cuando le venía en gana beber. Yo no deseaba hacer esto a la tarde porque me traía a la memoria mi consumo de tequila en Acatla. No obstante, nos sentábamos y nos echábamos al coleto varias botellas de vino, una tras otra. El sol se movía a través de la floresta, el jardín verdeaba esplendorosamente y las formas femeninas del volcán

dormían bajo la nieve. Yo no era más que un huésped y el huésped ha de estar de acuerdo con su anfitrión. Yo devolvía los favores enseñando a Paslavitch las particularidades del béisbol profesional, etcétera.

En tanto, fui recobrando la salud perdida y Frazer, un día, me reveló el porqué de todo esto y para qué me había estado reservando.

—Tú sabes que la CPU anda tras la cabeza del Viejo —dijo Frazer. La quinta de Trotski había sido atacada con ametralladoras—. Ha llegado un tal Mink —agregó—, jefe de la policía rusa, para hacerse cargo de la campaña contra el Viejo.

—¡Terrible! ¿Qué podéis hacer para protegerle?

—Pues mira, estamos fortificando su quinta y tenemos un guardaespaldas. Pero la fortificación no está concluida y la policía no nos basta. Stalin quiere liquidar a toda costa al Viejo, por ser este la encarnación de la conciencia revolucionaria en el mundo.

—¿A santo de qué me cuentas esto, Frazer?

—He aquí el porqué. Hay un plan en discusión. Tal vez se sacuda el Viejo a la CPU de encima si viaja de incógnito por México.

—¿De incógnito? ¿Cómo es eso?

—Esto es confidencial, March, recuerda. El Viejo debería afeitarse la barba y el bigote, para hacerse pasar por turista.

Pensé que era bastante turbio el objetivo que mencionaba Frazer. Como si Gandhi tuviese que vestirse a lo Prince Albert. Que este hombre tan poderoso e imponente debiera alterar su aspecto y humillarse… De un modo u otro aunque yo hubiera pasado por mil y un tropiezos en mi vida, toda esta cuestión me impresionó vivamente.

Dije:

—¿De quién ha sido la idea?

—Es algo que está en el tapete —repuso Frazer con su tono de revolucionario de profesión, para significar que no era nada que me incumbiese—. Yo me fío de ti, March; si no, no habría sugerido que tú tuvieses un papel en esto.

—¿Cómo dices?

Este lo explicó:

—Si el Viejo ha de viajar de incógnito como visitante de México, necesitará que lo acompañe un sobrino norteamericano.

—¿Yo, pues?

—Tú y una camarada del Partido, como marido y mujer. ¿Lo harás?

Me imaginé viajando por México con el personaje, acosado por agentes secretos. Me sentía extenuado, como para aceptar el ofrecimiento.

—No tendría que haber ningún camelo con la chica —advirtió Frazer.

—No sé a qué te refieres. Estoy recuperándome precisamente de un desengaño amoroso.

Rogué a Dios que me evitase el ser chupado por una corriente de las que me

impiden ser yo mismo. Por supuesto deseaba ayudar y me sentía atraído por el peligro y un rescate, mas yo no estaba en condiciones de prestar ayuda a nadie, zangoloteándome por los montes de México, atravesando el bazar carmesí de la naturaleza y aturdido por el estruendo y la muerte.

—Te digo esto —afirmó Frazer— porque es un hombre de principios, el Viejo.

Habló como si él mismo hubiese sido un alma ética. ¡A otro perro con ese hueso!, pensé para mis adentros.

—Él no lo hará —pontifiqué—. Es una idea rematadamente loca. No nos engañemos.

—Eso lo decidirá la gente que le protege —sentenció Frazer.

A mí me parecía que su apariencia le marcaba. Frazer era puro cerebro: equivalía a marca de fábrica. Antes que dejarse tocar una sola idea, Frazer optaría por que le sacaran la cabeza y la guardaran como estaba para el martirio. Poco más o menos, como Herodes y el Bautista. Y tuve que detenerme e interrogarme acerca del martirio. Allá en la Rusia soviética estaba su enemigo, quien no tendría inconveniente en hacerle el favor de matarle. La muerte desacredita; la supervivencia es el único esplendor. La voz de los muertos se retira. Solo hay olvido. El poder constituido cubre el planeta; destino es lo que sobrevive y lo existente será lo perfecto. Todo esto pasó por mi mente en tropel.

—Tendrás que ir armado. ¿Te asusta eso?

—Desde luego que no. Esa parte, no.

Me dije que solo un cabeza vacía no rechazaría la oferta. ¿Tanto me halagaba la idea de ir por las montañas con esa personalidad histórica de gigante? El coche volaría por las carreteras. Las bestias salvajes volarían de él. El terrible planeta giraría. Y el Viejo guardaría silencio tocante a las naciones y el destino. El perdido mundo nos llamaría con voz secreta y detrás, a nuestras espaldas, habría un equipo de perseguidores asesinos esperando su oportunidad.

—A veces me pregunto —dije— si la gente que va a declarar la verdad, no debería cerciorarse antes de ser apta para defenderse.

—No me parece una opinión sana —puntualizó Frazer.

—¿No? Quizá. No es más que una idea mía…

—¿Lo harás? —persistió.

—¿Tú piensas que soy el indicado para esto?

—Necesitamos alguien con pinta de norteamericano puro.

—Calculo que dispondré de algún tiempo, si esto no va para largo…

—Unas pocas semanas, hasta haber despistado a Mink y sus hombres.

Frazer se marchó y yo quedé sentado en el jardín con las lagartijas, las flores y los pájaros, junto a los muros calientes. Los dioses, en pie o reclinados, insistían en ilustrar como figuras pompeyanas el auge de las fuerzas de la vida. Paslavitch tecleaba a Chopin en el piso de arriba. Mi siguiente reflexión fue la de que nada es más horrible que ser forzado a aceptar convicciones ajenas acerca de lo atroz de

existir y lo mortal de la espera, experimentando el mismo desespero. De toda imposición, la peor era esta: no solo ser cómo te forman sino sentir cómo te dictan. Si no tuvieses la liga bien fuerte, probablemente acabarías desesperando y bebería sangre tu boca.

Paslavitch salió al balcón con su bata azul e inquirió humildemente si yo accedería a un trago.

Asentí, si bien preocupadísimo acerca del dicho plan…

Pero fracasó, con alegría por mi parte. Yo había perdido el sueño pensando en nuestras marchas forzadas, de un pueblo a otro, a través de Jalisco o entrando en el desierto. El Viejo lo vetó. Le habría yo congratulado por carta: cuán astuto su designio; pero luego reflexioné: no era para mí el comentar los secretos de su actividad política. Ha de haber pegado un alarido el día en que vinieron a proponérselo, con todo.

De cualquier modo, sentí ahora que algo había en cuanto al efecto de México sobre mí: ya no podía resistirlo más y sería apropiado mi regreso a la patria. Paslavitch me prestó doscientos pesos para el viaje a Chicago. Lo afectó en sumo grado mi partida y reiteró sus sentimientos, en francés. Retribuí su afecto: era un hombre bueno, de los que no abundan ya.

21

Camino de Chicago, me desvié de St. Louis en dirección a Pinckneyville para visitar a mi hermano George después de tan larga ausencia. Él era ya un adulto, corpulento y nada seguro de sus pasos. Las ojeras pardas daban indicios de su lucha por sobrevivir. Como yo, George se había apartado, al llegar su hora, de la compañía en que se hallaba, a fin de sufrir las derrotas prescritas en su pugna con el antagonista elegido, en un ámbito secreto: el interior de una montaña, pongamos por caso, o el de una inmensa bodega en los cimientos de su vida. Así había sido la senda de George también.

A pesar de ello, George tenía una fina apariencia, ya que había sido hermoso desde pequeño. Todavía presentaba algún desaliño en el vestir y su pelo, de matices dorados, crecía con absoluta pujanza aún. Me enorgullecía el hecho de que mi hermano hubiese enfrentado su destino con dignidad. Lo habían convertido en oficial de zapatería. No podía operar la maquinaria ni confeccionar calzado a mano, pero sí solar, sobresolar y cambiar tacones viejos por nuevos. Trabajaba en el sótano, bajo la galería de estilo sureño: los edificios eran de madera pintada de blanco. La enredadera daba un color verde a la media ventana polvorienta junto a la que George hacía su oficio. Le encontré encorvado sobre la horma, quitándose de su boca los clavos que el martillo empujaría a través del cuero.

—¡George! Me reconoció en el acto y se puso en pie, feliz, saludándome como antes con un «¡Hola, Aug! ¡Hola, Aug!», dicho con voz nasal. La repetición de dos palabras, si persistía George en ella, le llevaba al alarido por lo regular, de modo que me adelanté, pues él estaba clavado en el sitio, y le saludé afectuosamente. Con un brazo le atraje hacia mí y apoyé mi cabeza contra su hombro. Usaba él camisa de trabajo y se le veía limpio, salvo sus manos. Los ojos, la nariz y su boca de muñeca eran los de siempre —sencillos— en el rostro aniñado de mi hermano menor. Me conmovió que no supiese siquiera la magnitud de su agravio por mi abandono de él: no bien hubo posado en mí la mirada, ya me había perdonado el buenazo de George.

Puesto que nadie le había visitado en los últimos años, obtuve dispensa especial para verle durante el día entero.

—Dime qué recuerdas, Georgie —le pregunté—. ¿Recuerdas a la Abuela, a Mamá, a Simón o a Winnie?

Con su módica sonrisa fue repitiendo esos nombres conmigo, como enumerándolos de nuevo en la canción de infancia en la que declaraba su amor a Mamá a través del nuestro. Blanca y fuerte era su dentadura de agudísimos colmillos. Le tomé de la mano —mayor ya que la mía— y juntos salimos ambos a recorrer el jardín.

Principios de mayo. Los robles se habían llenado de retoños, lozanos como los cuales eran las hojas del amargón, y el aire mismo olía a tierra negra. Caminamos a lo largo del muro, que no fue para mí más que un muro hasta que hube comprendido

que el pobre George vivía prisionero allí, sin salir jamás. De modo tal que, sin permiso, me lo llevé del asilo. Al comienzo, George miró asustado lo desusado del sendero. En una tienda de la encrucijada le compré golosinas, que cogió pero rehusó comer: se las puso en el bolsillo. Sus ojos delataban temor; y le dije:

—Estate tranquilo, George, que volvemos a casa ahora mismo.

Y esto lo calmó.

Cuando oímos como lejano tintineo la campana del asilo que indicaba la hora de comer, mi hermano, amaestrado como debía de estarlo, se metió en una cafetería, dejándome atrás, y tuve que seguirle. Ahí formamos parte de una concurrencia silenciosa que, meneando débilmente la cabeza, raspaba el alimento de sus platillos de estaño y, al igual que nosotros dos, con fatigada sencillez comía.

Ha de ser tan poco complicado como contramarcar almohadas, planificar el cuidado de seres humanos, vestirles, nutrirles y acostarles. Será fácil: no tiene nada de particular…

Durante el viaje a casa seguí pensando en que algo habría que hacer por Georgie y no permitirle dejar el resto de su vida entre los muros del asilo. Comprendí, también, con cuánta facilidad recurrimos a método manido de «socorrer» al presidiario, el huérfano, el viejo, el débil mental… Resolví, pues, visitar a Mamá e ir luego a hablar de Georgie con mi hermano Simón, interesarle en él. Yo carecía de ideas al respecto; nada singular tenía que proponer; pero argüí que, si Simón era hombre pudiente, sabría qué puede lograrse con dinero. De regreso en Chicago por otra parte, era natural recordarle y verle.

Pasé de una institución —la de Pinckneyville— a otra, la que albergaba a mi madre en Chicago. Y diferían entre sí. Mamá no estaba ya en la antecocina, sino establecida en un apartamento mínimo, con tapiz de Gulistan en el piso y visillos en las ventanas. Habiendo anunciado yo mi visita, ella me aguardaba a la entrada del edificio, apoyada en su bastón blanco. A fin de no sobresaltarla, le hablé estando todavía a cierta distancia de su persona. Girando la cabeza para localizarle, me respondió con voz típica, gozosa y dolorida a un tiempo. Sus cejas se enarcaban sobre sus antiparras opacas, como tratando de espolear a sus pupilas también. Me besó, dijo cosas tiernas en un susurro y tanteó mi rostro:

—Eres piel y huesos, Augie. ¿Por qué esta delgadez?

Entonces, larguirucha figura ella también —casi tan alta como yo—, me condujo a su habitación por la puerta trasera. Nos asaltó un olor a pescado hervido, por las escaleras, que se sumó a una nostalgia de mi madre y de mí en otros veranos, en la cocina de antaño.

Sobre el tocador, desplegadas, estaban mis tarjetas postales de México junto a fotos de Charlotte y Simón, para mostrar a las visitas. Pero ¿quiénes? El supervisor y su mujer, que detestaban a Simón; Anna Coblin, de tanto en tanto; y Simón mismo, que se quedaba conforme si veía a su madre instalada en un saloncito burgués. Mamá también se percataba de que recibía un trato satisfactorio. Usaba un brazalete de plata

y tacones altos y poseía ahora un aparato de radio con un zigzag cromado en el altavoz. De hecho, cuando la Abuela Lausch se emperifollaba con su ropa negra de Odessa, estaba insinuando que en el Hogar Nelson su estilo de vida era como el de Mamá en este momento. Sus hijos la habían traicionado, dejándola caer sin el menor sentido de propiedad. Con todo, no era fácil para Mamá estar a la altura de lo que Simón y Charlotte hacían en su beneficio. Simón era acaso menos fácil de complacer que Charlotte, colegí. Exigente y remilgado, él abría el armario de Mamá e inspeccionaba sus vestidos para ver si estaban limpios o faltaba alguno. Conociendo a mi hermano, sé que cuando se disponía a hacer algo por tu bien era capaz de causarte muchos trabajos.

Pero tal vez el suntuoso y picante aroma a salsa de pescado, perteneciente a épocas pasadas, me transformó en crítico severo de las actuales dificultades de Mamá. Pretendí, incluso, que la finalidad del tapiz y los visillos era la de suavizar las aristas de su jaula. Una ciega entrada en años ha de vivir en alguna parte; luego, ¿por qué no en una habitación amena? Por lo demás, era, quién sabe, un sentimiento culpable eso de ver a Mamá y Georgie como a prisioneros, mientras yo me marchaba alegremente de parranda.

—Augie, ve a verle —me instó mi madre—. No estés enfadado con Simón. Yo le he pedido a él que no lo esté contigo…

—Lo haré, Mamá, tan pronto haya dado con una habitación para mí y esté instalado en ella.

—¿A qué te dedicarás?

—Pues… a algo. Algo interesante, espero.

—¿Qué dices? Tú te ganas la vida, ¿verdad, Augie?

—Bueno… ¡aquí me ves! ¿A qué viene esto, Mamá? Estoy vivo, ¿no es así?

—Pero ¿por qué tan delgado? Tu ropa es buena, sin embargo. He tocado el género de tu chaqueta.

Desde luego. Thea había pagado sus buenas perras por ella.

—Augie: no hagas aguardar a Simón. Él desea que le llames. Me ha pedido que te lo diga. Habla de ti todo el tiempo.

Era cierto. No bien hubo oído mi voz en el teléfono, manifestó:

—¡Augie! ¿Dónde estás? Quédate allí, que paso a buscarte enseguida.

Yo le había llamado desde una cabina cercana a mi nuevo domicilio y no lejos del anterior, en la zona sur. Simón vivía en las inmediaciones y, a los pocos minutos, se apareció en un Cadillac negro. La hermosa concha esmaltada se aproximó suavemente al bordillo. Era una joya por dentro.

Me hizo una seña y me metí en él.

—Debo regresar inmediatamente —dijo Simón—. Me he venido sin camisa, nada más que un abrigo y sombrero. A ver… ¡déjame mirarte!

Esto dijo, pero poco miró, pese a su prisa. Desde luego, estaba al volante, si bien el coche se guiaba con escaso estímulo por parte del conductor: solo el contacto de

manos cuidadas y las piedras —¿jade, quizá?— de que estaba incrustado al volante. Supuse que Simón lamentaba nuestra discusión acerca de Lucy y Mimi. Yo no estaba enfadado ya y miraba hacia el futuro.

Simón estaba más corpulento que antes. El raglán liviano que le cubría dejaba ver un vientre tenso y globuloso. Su rostro se había vuelto tosco, grosero y autocrático. El tejido adiposo no formaba una sobarba. La madre de Jimmy —la señora Klein— tenía un rostro mofletudo, casi oriental, pero en él iluminaba algo el exceso de grasa. Sin embargo, hallé que no podía criticar a Simón después de un largo intervalo sin verle. A despecho de lo dicho y hecho por él, volví a mis antiguos sentimientos nada más mirarle. Quería yo que fuésemos hermanos nuevamente. ¿Por qué había insistido en un reencuentro, si no pretendía lo mismo que yo?

Y ahora estaba averiguando cómo me había resultado el viaje a México, cosa que yo no tenía intención de explicarle, y mis motivos.

—Estaba enamorado de una muchacha.

—¿Ah, sí? ¿Qué más?

No dije ni pío acerca del águila, ni de mis pérdidas y lo que había aprendido. Quizá debería haberlo hecho. Él censuraba mi conducta, la de una existencia imponderable vivida por acaso, y mi sensiblería. ¿Qué perdía, pues, contándole mis cosas? Algo de arrogancia en mí me contuvo. Así de breve es el ardor primero de la emoción amorosa. ¿Y qué, si me juzgaba? Dejadle. ¿No estaba ya maltrecho, con la cabeza rota, dientes perdidos, un mucho de desilusión y demás? ¿No podría haber dicho simplemente: «Aquí me tienes»? Nada; solo declaré haber estado en México solucionando algún problema o cosa así.

En consecuencia, Simón se puso a hablar de sí mismo. Había levantado su negocio, para venderlo con un provecho descomunal. Como él no deseaba mezclarse en la vida de la familia Magnus más allá de lo necesario, se dedicaba ahora a negocios de otro tipo y le iba bien.

—Te digo que lo que toco se convierte en oro. Al fin y al cabo, me inicié en plena Depresión, cuando todo parecía acabado.

Describió cómo había adquirido un viejo hospital en subasta pública y lo había transformado en casa de inquilinato, con un margen de ganancia de medio centenar de miles de dólares. Había organizado una empresa administrativa y la había regentado para sus nuevos dueños. Al presente tenía una pingüe participación en cierta mina española de cobalto, que se vendía luego en Turquía u otros puntos del Oriente. Poseía la concesión de venta de patatas fritas en varias estaciones del ferrocarril. Ni el mismísimo Einhorn habría soñado transacciones tales y, menos que menos, hacerlas rendir.

—¿Cuánto crees que llevo reunido hasta ahora?

—¿Cien mil?

Sonrió.

—Estírate un poco. Pronto no me cantarán la cabeza por menos de un millón… ¡o

yo no sé de aritmética!

Me impresionó, por supuesto, y Simón se percataba de ello. No obstante, oscureciéndosele su autocrática mirada, me preguntó quedamente:

—Oye, Augie: tú no te sientes superior a mí por no tener dinero, ¿verdad?

Me hizo gracia su duda y reí acaso más de lo pertinente.

—Esa sí que es una pregunta peregrina —dije—. ¿Cómo sería posible? Y, aun así, ¿qué más da? Es cierto que hay gente que se las arregla para aventajar a sus parientes, pero… ¡Desde luego preferiría yo tener forrados los bolsillos!

Omití que, en primer lugar, me parecía preciso contar con un hado favorable.

Mi respuesta le satisfizo, sin embargo.

—Estás perdiendo la mar de tiempo —me señaló.

—Lo sé.

—Tendrías que dejarte de amolar. Ya no eres un niño. Hasta George es algo: zapatero.

Yo admiraba a Georgie por su conducta frente al destino y aspiraba, a la vez, a un destino manifiesto para mí, claramente estructurado, que aliviara mi vida de peregrinajes. En modo alguno me sentía superior a Simón. Si hubiese gozado yo de tranquilidad de espíritu, él me la habría envidiado. Tal como se dejaban ver las cosas, ¿qué me podía envidiar nadie?

Perentorio en cuerpo y alma —con su zapato de moda descansando en la almohadilla del acelerador—, Simón se deslizaba conmigo en su altivo vehículo: carruaje real, con escudo heráldico, y… ¿no era mi hermano, acaso, como un príncipe de Detroit, pletórico de fuerza y tinieblas? ¿Era objetable el ser un magnate del mundo de la máquina? ¿O no era suficiente? ¿En qué otro sentido dirigirme? Yo no me pagaba de mí mismo, creedme, ni de mi obstinación respecto a un destino «superior» e independiente. No era yo ningún mago, a buen seguro, ni llevaba un nombre ilustre, ni estaba anunciado que me enfrentaría a Apollyon —con sus horribles escamas y garras de oso— ni programado para hallar respuesta a todas mis vergüenzas como Jean Jacques camino de Vincennes, embargado de emoción por el concepto de que, nociva, la sociedad es responsable de lo que sucede al cálido, impulsivo y tierno yo. De nada tan excelente podía jactarme y, además, ¿quién era yo para no resolverme empecinadamente a algo? Lo único que me sentía capaz de alegar es que, si pretendía un hado autónomo e independiente, no era solo por egolatría.

Mas ¿a qué tanta seriedad? Esta es patrimonio de pocos, una gracia o un don. Si bien los más no viven con regalo, solo los favoritos de la fortuna están en condiciones de hablar del hecho con sobriedad y a sangre fría.

Mi hermano insistió en averiguar cuándo y cómo pensaba estrenarme.

—Ojalá lo supiera. Pero eso no se logra en un santiamén…

—Es que nadie creerá en ti, no sabiendo qué haces, y no podrás echar la culpa de eso a nadie, ¿comprendes, Augie?

Nos detuvimos frente a una casa de pisos y Simón dejó su coche mal aparcado, en

manos del portero. Ascendimos a escape y sin ruido hasta la alabastrina entrada a su piso. Apenas traspuesta la puerta, ya comenzó Simón a dar órdenes a grito pelado: huevos al plato con jamón, en este caso, ahora mismo, para mí. Hizo toda la alharaca de un monarca por derecho divino, un Francisco I recién llegado de la cacería; se hinchó, dio grandes voces, cambió el lugar de varias cosas y, en vez de mostrarme los aposentos de su residencia, típicamente los señoreaba con su aura imperial. Pues bien, había vastas alfombras, lámparas altas como ídolos esteatopígicos, enmaderamientos de caoba, cajones rebosantes de camisas y ropa interior, puertas corredizas tras las cuales te aguardaban colecciones de zapatos, de chaquetas, de cajas de guantes o medias, agua de colonia, cofrecillos, luces en los rincones y espléndidas duchas en las que brotaba el agua hirviente como un fuego cruzado. Él se dio un baño de lluvia. Solo, me dirigí al salón: allí montaba guardia un estupendo jarrón chino (cuyo interior exploré subiéndome a una silla con infantil picardía y destapándolo: vi apenas el reverso de los dragones y pájaros de cerámica). Los platillos de bombones desbordaban: engullí varios de merengue blando con sabor a albaricoque y otros de coco, en ausencia de Simón. Comimos luego, sentados a una elegante mesa redonda de mármol. Las sillas eran de cuero encarnado y el círculo de metal que sujetaba el mármol estaba trabajado, con cabezas de niño y pavos reales. Entró la doncella de la deslumbrante blancura de la cocina, a servirnos lo pedido por Simón y buen café. La mano de él, cargada de anillos, verificó la temperatura de la taza vacía. Simón se comportó como un señor feudal italiano, cuidadoso de la calidad de los manjares y exigente de lo que por derecho se le debía.

Yo no había notado en qué piso nos encontrábamos, al subir hasta allí en el ascensor. Después del desayuno, pues, entré por casualidad en una cámara alfombrada —amplísima y oscura como un coche Pullman en la estación ferroviaria, mientras el tren aguarda la señal de partir— y descorrí el cortinaje: vi desde un vigésimo piso, como mínimo, el panorama de Chicago que no había contemplado desde mi arribo, la ciudad grisácea y enmarañada, las aceradas cintas de los rieles, la ingente industria burbujeando en la propia salsa y elevándose temblorosos sus vapores; el ascenso y descenso de sus períodos de construcción o demolición como mesetas y, sobre estas, los varios poderes y subpoderes agazapados que todo lo observan con mirada de esfinge. Una pavorosa mudez envolvía a la ciudad, como una condena que no halla las palabras con que expresarse.

Apareció Simón, buscándome:

—¡Hombre! ¿Qué haces en este cuarto, a oscuras? Ven, que hoy pasaremos el día juntos.

Necesitaba contarme los pormenores de su diario vivir. Tal vez supuso que yo hubiese hallado algo que me gustaba entre sus posesiones, pensando siempre mi hermano en mi futuro.

—¡Quita! —dijo—. Lo que llevas puesto es un mamarracho, hijo. ¡No puedes dejarte ver así, con esos pingos!

—Oye, que son regalos de una amiga. Toca esta tela. Esta ropa es como Dios manda…

El semblante de Simón hablaba de impaciencia. Él mismo me quitó la chaqueta y me conminó a desnudarme al punto. Entonces cubrió mis carnes con un traje cruzado de franela gris suavísima, flor y nata del arte sartoril. Mi buena fortuna era la de ser pobre pero elegante. Simón revistió mi piel de exquisita ropa interior, medias de seda y zapatos nuevos. Ordenó que mi trabajado atuendo fuese puntualmente a la tintorería y volviese a mis manos a la mayor brevedad posible: tenía un poco de brillo en los codos. El resto de mis harapos se hundió, por mandato, en el incinerador: ¡al fuego con ellos! Pasé el nuevo pañuelo con monograma por mi frente y traté de acostumbrarme al calzado estrecho. Como culminación, Simón me regaló cincuenta dólares. Intenté rehusarlos, pero mi lengua se trababa.

—¡Ve, ve! Y deja de mascullar —me amonestó mi hermano—: tienes que tener algunas pelas en tu bolsillo para estar a la altura de lo que usas (Simón ostentaba un sujetabilletes de oro y su dinero era nuevo, recién acunado). ¡Vámonos! Tengo quehacer en la oficina y Charlotte pide que pase a buscarla a las cinco. Ella está en casa del contador, revisando los libros.

Pidió el Cadillac y nos marchamos oyendo música de radio, sin detenernos para casi nada.

En su oficina, Simón andaba de sombrero, como un miembro del Parlamento inglés; y mientras él hablaba por teléfono, sus zapatos de piel de cocodrilo derribaban enseres del escritorio en cuya superficie los apoyaba. Simón estaba en la exportación de macarrones brasileños a Helsinki; vendía en Indochina maquinaria de minería de Sudbury, provincia de Ontario; tenía una propuesta de negocios de un sobrino de un miembro del Gabinete canadiense y otra de un sujeto con cara de facineroso relativa a bienes embargados en Muncie, estado de Indiana. Compró estos últimos y los vendió enseguida a un fabricante de prendas de cuero. En medio de todo esto, Simón machacaba, maldecía y daba matraca por teléfono, pero sin cólera —porque reía con frecuencia— sino como estilo propio en técnicas de venta.

Llegamos tarde a su club para la comida del mediodía. Simón fue a la cocina, a dar una reprimenda al jefe de comedor. Viendo un trozo de carne al horno, mojo pan en la salsa, dejando cubierta la carne de migajas. El camarero puso el grito en el cielo y Simón replicó, furioso pero riendo:

—¿Por qué no sirves a la gente, pues, pasmarote?

Cedieron, por fin, y nos alimentaron. Más tarde, aburrido, se entrometió en una partida de naipes, donde no le llamaban.

—¡Córrete, Curly![44] —ordenó con brusquedad a un tío pelado.

Me presentó a los jugadores como desafiándoles a justipreciar mi selecta vestimenta. Me situé tras él, en un sillón de cuero. Ocasionalmente, Simón se volvía hacia mí para describir a diversas personas, fingiendo que bajaba la voz.

—¿Ves a ese, vestido de azul, el que fuma un cigarro, Augie? Es un abogado que

no ejerce la profesión pero mantiene una oficina para aparentar lo contrario. Se gana la vida jugando a las cartas. Si nadie aceptara jugar con él, estaría viviendo de socorro la semana próxima. Su mujer hace lo mismo: juega en los hoteles finos. Y aquel otro es Goonie[45]. Su padre ha estudiado en Harvard; es dueño de una fábrica de salchichas. Si yo tuviese un hijo así, le pondría a rellenar salchichas, créeme. Es soltero y nunca tendrá hijos propios, porque le gustan los chavales muy salados. El año pasado trató de pasarse de listo con un marinerillo que le dejó un ojo morado. Allí tienes a Ruby Ruskin, un buen muchacho, que visita a su padre en la penitenciaría de Joliet por lo menos una vez al mes. El padre ha pagado las cuentas de ambos por incendio premeditado.

Los jugadores que no sonreían ni echaban fuego por los ojos, contenían el aliento, seguros de que Simón terminaría abofeteado. Simón dijo entonces:

—¡Atención, mamones! Echadle un buen vistazo a mi hermano. Es un librepensador, ¿entendéis? Recién llegado de México. ¡Augie, diles cuándo vendrá la revolución social a todos estos, que van a acabar ahogados con una piedra al cuello en el canal de desagüe!

Simón recogió entonces una apuesta cuantiosa —ha de haber ganado porque los restantes estaban demasiado nerviosos para desafiarle— y se levantó de la mesa de juego con movimientos de matasiete.

—Estos podrían perjudicarte fácilmente —le advertí—. ¿A qué, di, hacerte odiar?

—Pues porque yo les detesto cordialmente y quiero que lo sepan. ¿Qué más da que me odien? ¡Atajo de forrapelotas! Les desprecio, ¿entiendes?

—¿Por qué perteneces a su club, entonces?

—¿Y por qué no? ¡Me encanta ser socio de un club!

En un bar ganó a los dados —una caja de habanos esta vez— y, poniéndome alguno en el bolsillo, me dijo:

—¡Vamos a la barbería! A ti te hace falta y a mí me gusta. ¡Me deleitan las barberías!

Nos detuvimos en la Palmer House, donde tienen esos magníficos sillones episcopales. Cuando habíamos concluido con el corte, el afeitado, los fomentos y el pulido de uñas, dieron las cinco de la tarde. Nos metimos volando en el Cadillac y tomando por atajos ilegales salimos del Loop. Charlotte estaba aguardando en la acera, enfundada en un abrigo con guarniciones de piel, monumental en su porte y formidable en su elegancia.

Se había incomodado mucho por la espera en plena calle y sus recriminaciones comenzaron a toque de campana:

—Simón, ¿dónde has estado? ¿Sabes la demora que traes?

—Calla, mujer —dijo él, de mal modo—. Aquí está mi hermano menor. No le has visto durante dos años y no eres capaz de saludarle antes de empezar a criticar.

—¿Cómo estás, Augie? —dijo ella, con más vigor que otra cosa—. ¿Te ha gustado México?

—Sí, ¡mucho!

Charlotte vestía de moda rabiosa y podría haber sido una mujer atrayente si su paciencia no hubiese recibido un continuo castigo. Sus maneras de disimular la impaciencia estaban perdiendo el filo. Desde luego, Charlotte observó al punto que yo estaba usando un traje de su marido. Si bien no objetaba a hechos como este, tampoco se le pasaban inadvertidos. Al hablar, solía hacerlo en forma regañona y autoritaria, como un juez: tú eras apenas el acusado. Había que cuidarse, con ella. Siempre llegaba a la opinión que le apetecía. Vestida como iba aquel día, parecía un magistrado, pese a los cosméticos que gastaba. En cambio, yo era como un pirata taimado —un *larron de mer*— excepto en mis respuestas, que no eran audaces.

Algo perturbaba a Charlotte: pese a estar sin un chavo, yo me hallaba a mis anchas en lo que toca a las satisfacciones de los ricos. Vivía gratis, sin ansiedad. En verdad, esto era pura apariencia, pero a Charlotte la movía a disgusto el hecho de que yo no demostrase zozobra alguna.

A la hora de la cena pretendí hablar de Georgie con Simón, pero este contestó:

—Deja ese asunto en paz, déjalo en paz. Él está bien. ¿Qué más quieres?

Y Charlotte intervino:

—¿Para qué preocuparte de tu hermano George si no has resuelto tu vida? Es fácil convertirse en un vago…

—¡Calla, mujer! —dijo Simón—. Mejor ser vago que parecerse al marido de tu prima Lucy. Deja tranquilo a Augie, que no tiene intención de ser un vago. ¿Qué importancia tiene el tiempo que le lleve sentar cabeza?

—Has perdido un par de dientes —me dijo ella—. ¿Cómo ha sido? Tienes mal aspecto.

Habría continuado desollándome vivo de no mediar el arribo de alguien que pasó a la sala de estar. Charlotte se llamó a silencio. Eché un vistazo: había una mole de sexo femenino instalada en la penumbra. Me acerqué a ver quién era este habitante de Brobdingnag. No era otra que la madre de Charlotte, sentada junto al jarrón chino, cuyo tamaño no empequeñecía en absoluto a la señora Magnus. Aun en la semioscuridad, el buen color de esta mujer, su cabello trenzado, su nariz como silla de montar y su magnitud me conmovieron.

—¡Señora Magnus! ¿Qué hace usted aquí en la oscuridad?

—Aquí debo estar.

—Pero ¿por qué razón?

—Mi yerno no desea verme.

Interrogué a Charlotte y Simón:

—¿Qué sucede?

Dijo Charlotte:

—Simón la puso como chupa de dómine por vestirse con ropa barata.

—Porque viene de visita con ropa de poco precio —añadió mi hermano con enfado—: Parece una campesina.

Estábamos comiendo cerezas y bebiendo café. Debido a mi presencia en el piso de ellos, Charlotte trajo a su madre a la mesa y a la vez se me quitó de encima; pero Simón me excitó hasta el frenesí —un frenesí de ira— al ojear el vestido parduzco de su suegra. No pronunció palabra y se puso a leer el periódico para herirla, pero como un poseído le espetó al fin:

—Y bien, miserable roñosa, ya veo que sigues comprando tu ropa a la mujer del conserje.

—¡Déjala en paz! —le increpó Charlotte al momento.

De repente, Simón se abalanzó sobre la mesa, desparramando cerezas y jícaras de café, asió el vestido de su suegra por el cuello y lo desgarró hasta el talle de un poderoso tirón. La mujer pegó un grito al quedar expuestos sus pechos mórbidos y gigantescos, contenidos por una faja rosada: ¡qué estupor! Jadeante, la señora se protegió de las miradas como pudo, girando sobre sus talones. No obstante, sus gritos eran también de risa complacida. ¡Cuánto amaba a Simón! Ya lo sabía él.

—¡Ocúltate, ocúltate! —le decía riendo a la vieja.

—Sinvergonzón —exclamaba Charlotte—, ¡desfachatado!

Corrió con tacones altos a buscar con qué cubrir a su madre y volvió como unas pascuas. Supongo que se sentían orgullosos del despliegue.

Simón extendió un cheque a la orden de su suegra.

—¡Cógelo! —le dijo—. Y cómprate algo como debe ser y no andes por ahí como una fregona.

Él se adelantó entonces y le plantó un par de besos en las trenzas. Ella los devolvió a razón de dos por uno, con un tremendo sentido del humor.

Fui a visitar a Einhorn, a quien hallé un tanto pálido y flaco. No le iba bien. Se había hecho operar de la próstata en mi ausencia. Comoquiera, todavía tenía su prestancia. Las paredes estaban tachonadas de fotografías y recortes, en medio de todo lo cual descollaba una efigie del Comisionado: ¡ese sí que había sido un tipazo! ¡Qué hermosa cabeza la suya, con la famosa reseña necrológica debajo!

Tillie estaba ausente, de vacaciones con su nieto, y encargada de todo, Mildred, ahora más que nunca la amiga de Einhorn. Con su sólido calzado ortopédico vigilaba desafiantemente el paso a la oficina de él. Algo en su mirada te daba ganas de reñir con ella. Pero a mí no, gracias. Mildred comenzaba a encanecer. Einhorn estaba ya blanco como la nieve, lo cual ennegrecía sus ojos, por contraste. Al verme vestido con el traje de Simón, se congratuló de mi desahogo económico.

La casa apestaba. Los libros iban cayéndose de los anaqueles. Los bustos de hombres célebres estaban cerca del techo. Los sillones de cuero negro sobre ruedecillas dejaban ver su edad.

Einhorn lanzó una poderosa invectiva contra Mimi Villars, que era la perdición de su hijo.

Mimi fue menos generosa aún al hablar de Einhorn y lo que había hecho de su hijo:

—Te las cantaré claras acerca de ese viejo. Mucha fanfarria, ¿sabes? Cada vez que se da una lavativa, quiere publicar un artículo en el periódico. Ya sé que la vanidad mueve al mundo. Tal vez ni vanidad sea eso. Es como seguir pensando en tu hermoso sombrero después de recibido un balazo en la cabeza, o planeando qué te pondrás para la fiesta del sábado o algo por el estilo. Pero tiene que haber un límite y, si no puedes remediar nada de ello, por lo menos saber que no es nada bueno. Lo que el viejo pide de Arthur es que le dé renombre y gloria incluso, pero ayudarle… ¡Eso sí que no! Ni un cuarto. Ese tipo de padre, el que tiene y no convida, debería ser desposeído e ir a mendigar. Yo le plantificaría en la esquina de State y Lake con una escudilla de estaño. Tú no ignoras que el abuelo dejó todo a su nieto Arthur, desconfiando de su hijo. Arthur está tratando de terminar un libro, un gran libro, un libro en el que tengo fe. Por supuesto, ¡no puede trabajar al mismo tiempo!

Einhorn poseía algunos bienes, aunque Mimi dramatizaba su monto total. Con todo, no discutí; yo mismo tenía alguna inquina hacia mi antiguo patrón. No me sentía ya tan amigable para con él desde la época en que, a mi regreso de Buffalo y hallando deshecha a mi familia, él me instó a ser duro con Simón. Además de esto, aunque Tillie y él me previnieron que no esperase ninguna recompensa, ya que Arthur lo heredaría todo, no podía menos que sentir que nadie era lo bastante bueno para esos dos y que ahora tampoco lo era uno para otro. Esta sería, quizá, la oportunidad de pasar de largo.

—Claro está —dijo Mimi, con algo de la amargura de antaño—: ahora tengo un buen empleo, pero el invierno pasado estuve mala y sin poder trabajar. No solo eso: Owens nos echó de allí con cajas destempladas porque yo no pagaba el alquiler; nos dio asilo una amiga común que vive en Dorchester. Apenas teníamos un sofá para dormir. Imagínate: ¡ambos en el sofá y yo con mi catarro! A la mañana siguiente, estaba muerto de cansancio y se metía en la cama de nuestra amiga no bien se fue ella a trabajar. Así que —continuó con su carcajada de hilaridad universal—, Arthur determinó conseguir un empleo. Una mañana, se levantó a las ocho y regresó a las diez. Dijo que desde ahora trabajaba en la sección de juguetería de la casa Wieboldt y que aprendería las minucias al día siguiente. Salió, pues, a las nueve y regresó a las once. Tenía aprendidas las minucias; empero, antes de iniciar la labor propiamente dicha, quería dejar listo un capítulo importante acerca de Kierkegaard, qué sé yo. Al otro día salió a las ocho y media y regresó a las doce, despedido porque un supervisor le había ordenado que recogiese un papel del suelo y la respuesta de Arthur había sido esta: «Recógelo tú mismo, perro. ¿Acaso te han quebrado el espinazo?». Y entonces Arthur cayó enfermo y tuve que cederle el sofá. Pero —agregó Mimi— la verdad es que le amo; jamás me aburro estando con él. Peor nos va, mejor me siento amándole. ¿Y cómo te ha ido a ti? —preguntó mirándome fijo, calibrando cuánto me había tostado en México, cómo me habían sazonado la experiencia y mis vicisitudes,

mi modo de quedar tronado sobre las rocas donde me arrojó Bizcocho y el gazpacho de escoria y cenizas que me había condenado a probar durante mi ruptura con Thea. La forma en que volví me asemejaba a un sobreviviente del ejército de Craso en el desierto, tornando a duras penas de la matanza, cubierto con una armadura de escamas hecha jirones.

Yo fui puesto sobre aviso desde un principio, claro está; Padilla, en consecuencia, me vapuleó así:

—March, ¿a que tuviste que marcharte con una gachí como esa y encima un águila? Una cazadora de serpientes y sabe Dios qué más. ¿Qué esperas? No es extraño que tengas esa cara. Me desagrada machacar, pero lo cierto es que te mereces esto y mucho más.

—¿Qué podía hacer, Manny? Me enamoré.

—¿Te parece que el amor debe ser tu ruina? Destruirse por amor, ¿para qué sirve?

—Es verdad, pero tampoco la amé como debía. Fracasé. Tendría que haber sido puro y persistido. Algo me pasa a mí.

—Déjame decirte esto, compañero —fueron las palabras de Padilla—. Te culpas en exceso y la verdadera razón no es tan bonita. Eres ambicioso a más no poder, ¿lo sabes? Quieres demasiadas cosas; por tanto, si fracasas, te echas encima todas las culpas del mundo. Mas todo esto es un sueño. Lo importante que se investiga hoy es cuán malo puede ser un individuo y no cuán bueno. Tú no te actualizas. Vas contra la Historia. Cuando menos, deberías reconocer qué mal anda todo: tú no lo haces. Déjate de zascandilear y vuelve al estudio, hombre.

—Sí, podría hacer algo así, si me repusiese y hallara sosiego.

—Reponte mientras estudias. ¿No eres capaz de hacer dos cosas a la vez?

Clem me dijo, prácticamente, las mismas cosas que Padilla. Clem estaba por terminar su carrera y tenía aspecto de hombre maduro con su bigotazo y un cigarro en la boca. Se vestía como el agente de publicidad de hombres de pocos recursos. Sus ropas olían a fluido quitamanchas, que cabalgaba a horcajadas de un tufillo típicamente masculino.

—Pues bien, señor mío, veo que es usted el mismo de antes —dijo.

Clem y yo simpatizábamos: éramos la sal de la tierra, liberales con el prójimo y conocedores de la condición humana. Pero si yo me iba de parranda con una mujer adinerada y me pasaba algo desagradable, pues eso era culpa mía absolutamente. Tal dio Clem a entender, ya que ni por pienso era yo el Augie de antes como él decía.

—¿Qué tal tu cruzada en pro de un destino digno de ti, Augie? —inquirió Clem, porque me conocía con pelos y señales.

¿Por qué estaba de guasa tan a menudo? Yo solo trataba de hacer lo correcto y me había roto los cuernos, perdido dientes y arruinado mi progreso: un cruzado en chancletas, para más datos. ¡Dios mío, cuánto afán de cosas buenas, cuánta devoción al amor, qué proyectista inspirado, qué prosélito de idearios sublimes, qué amante de los buenos ratos! Era para llorar mi propósito actual de llevar una vida desengañada:

llorar lágrimas compasivas pero también —como bien lo veía Clem— de dar unas cuantas risotadas, porque el chiste era de lo mejor. Clem soltó el trapo a reír frente a mi expresión acongojada, mas yo no pude culparle de ello.

¿Sabéis por qué parecía yo gracioso a la gente? Creo que por la división del trabajo. La especialización estaba dejándome atrás, a mí y a otros como yo, ignorantes de lo que es soldadura eléctrica por puntos, organización del tráfico, cirugía del apéndice, y cosas por el estilo. Discurrí acerca del tema con Clem, que opinaba como yo y no padecía de pereza intelectual. Dijo que, tal como estaba avanzando él en el campo de la psicología, se le habían aclarado muchas ideas en otro tiempo enigmáticas. Aún incurría en culparse de faltas imaginarias. Declaró que todas sus nociones de psicología, por vistosas que pareciesen, las habría adquirido en un saldo de bienes averiados por incendio; no obstante, se sentía menos inseguro que antes. Celebró mi regreso, ya que éramos amigos legales de los que quedan pocos: era cierto. Yo tenía puestos en él mis mejores sentimientos. Al cabo, dijo que debíamos ir al Oriental Theatre y luego a comer. Clem invitaba siempre, hasta dejar su último cuarto, y luego le importaba poco si retribuías o no. Le gustaba quedar bien, aunque su expresión fuese rabiosa o preocupada; su risa era homérica y sus dientes, mal implantados en su cabezota. El traje que usaba era el de alguien próspero, de mediana edad, como un banquero, pero sus piernas eran muy largas, su calzado cochambroso y veteranas sus medias de cuadros; llevaba jerséis de cuello alto y apestaba a humo de cigarro.

Fuimos, pues, al Oriental. Las estrellas se deslizaban allí en el firmamento, como en las Mil y una Noches. Oímos a Milton Berle cantando «River, Stay Away from My Door»[46], luego vimos a unas bailarinas que parecían descoyuntadas, después unos perrillos que cruzaban velozmente la escena en coche y por último un elenco de muchachas que tocaban la gaita: «Annie Laurie» y números clásicos como «Liebestod» y el «Vals triste». El resto resultó tan malo que nos marchamos a comer a un restaurante.

Dignísimo nuevamente después de sus risotadas en la galería, Clem pidió una cena china abundantísima: puerco agridulce, brotes de bambú, *chow mein* de pollo con ananá, *foo yung* de huevo y té, arroz blanco, helado y pastelillos de almendra. Barrimos todo esto y entretanto conversamos.

—Suponte —dijo Clem— que estuviésemos navegando río arriba por el Nilo hacia la primera catarata, en un *dahabiyeh*[47]. Los campos verdes. Muchachos lanzando guijarros a los pájaros grandes. Las flores abigarradas. Y nosotros, engullendo dátiles con afrodisíaco. Hermosas jóvenes coptas llegan remando al son de la música de las velas latinas y no sé qué más. Ir a Karnak a copiar las inscripciones. ¿Qué tal eso?

—Bueno, es que acabo de llegar de un lugar exótico.

—Sí, pero te adelantaste: no estabas preparado, hijo. De ahí que eso no haya sido un éxito. Tú no quieres hacer las cosas paso a paso. Si fueses egiptólogo, no

desdeñarías el viaje Nilo arriba.

—Pues, ¡me haré egiptólogo! Solo serán diez años de preparación.

—Mírate. Tan feliz y animado pareces después de una buena comida, que bien podrías ser el dueño de este edificio. ¡Eres un primor, hermano!

—Pero —dije yo, halagado y sonriente—, ¿por qué el Nilo?

—Para ti tiene que tratarse de algo excepcional. Cuando pienso en ti, debo hacerlo con criterio excepcional y en plan de logros.

Clem había cogido este vocabulario en la universidad, de oídas. Entre sus términos predilectos estaba «reforzar», que significa dar alimento a una rata que ha resuelto un problema en el laboratorio experimental: un premio estímulo. A todo esto, Clem tenía facha de rey con sus labios carnosos, su risa adusta, su imperial semblante y sus napias. Y prosiguió:

—¿Eres acaso uno entre la multitud que vitorea a los coptos que van remando hasta la nave? ¡No, señor! Tú eres una personalidad con distinción. Eres un hombre sensible. ¡Entre todos nosotros, los comparsas de la mojiganga humana, tú sales tan bien parado!

Traté de acallarle, pero agregó:

—No te encocores, que no he terminado todavía. Quizá no te guste lo que me queda por decir.

—Pues no me erijas un pedestal para demolerlo luego.

—Desde el punto de vista lógico formal, nos hallamos en distintos universos discursivos. Esto no es aún lo que llama Santo Tomás mi nivel de primera intención. Yo no he dicho que pienso que eres un ángel; solamente nosotros, seres de barro, desdichados y paulatinos en nuestra ordinariez, te vemos aparecer como si estuvieses yendo a un baile, radiante y risueño. Tú tienes ambiciones, pero en general, nada más; te falta tenerlas en concreto. Napoleón fue un hombre concreto. Así fue Goethe. O el profesor Sayce, que realmente recorrió el Nilo. Este hombre conocía palmo a palmo las riberas del Nilo: mil millas de recorrido. Y todo claro y preciso: nombres, señas, fechas… ¡Es que el misterio de la vida misma está contenido en los datos específicos!

—¿De dónde surge tamaño interés en Egipto, tan de repente? Bien sé, por otra parte, que tengo defectos por demás.

—¡Por supuesto! Se te ve radiante, pero estás cargado de ansiedad. ¡Como si no lo supiese…! Lo que te hace falta es la medicina del doctor Freud. Te haría la mar de bien.

—En rigor de verdad —admití, ya un tanto perturbado—, en estos últimos tiempos he tenido un montón de sueños, a cual más raro. Escucha este. Anoche soñé que estaba en mi casa y era una sorpresa encontrarme en casa propia y soñar lo que soñé. Estaba yo con un huésped en la habitación del frente, preciosa. ¿Y qué crees? Tenía allí dos pianos de cola, listos para entrar en acción. Entonces mi invitado, persona de excelentes modales, como lo era yo, observó: «¿No es extraño que alguien

sea dueño de tres pianos de cola?». ¡Tres! Me di vuelta y topé con el tercero. ¡Ya había estado preguntándome qué pensaba hacer con dos, pues no sé ni lo que es un pentagrama! La situación me pareció siniestra pero, aun sintiéndome sacudido, nada dije ni dejé ver. A mi invitado le hablé así: «¡Desde luego hay tres!». Como si con menos de eso no me hubiese arreglado. Y ahí mismo me sentí todo un farsante.

—¡Qué caso eres, hijo! Para una mente científica serías un almacén de rarezas: la mayor colección de incógnitas jamás vista en un diván. Lo que se adivina en ti es un síndrome nobiliario. No te adaptas a una situación de realidad: todo en ti lo revela de plano. Quieres que exista el hombre con mayúsculas, que ese Hombre sea un ser de fuste. Como somos amigos desde siempre, te conozco y sé que rumias. ¿Recuerdas cómo solías venir a casa todos los días? ¡Si sabré lo que te apetece…! ¡Oh *paideia*! ¡Oh Rey David! ¡Oh Plutarco y Séneca! ¡Oh hidalguía; oh abad Suger! ¡Oh Palacio Strozzi! ¡Oh Weimar! ¡Oh Don Giovanni, oh fisonomía del deseo satisfecho! ¡Oh hombre dios! Ahora dime, compañero: ¿tibio, tibio; caliente, caliente; o frío, frío?

—¡Te quemas! —le dije. Estábamos en un cenador de madera del restaurante chino y todo impresionaba como bueno, amigable, ecuánime allí. La ocasión pintaba bien para el diálogo, porque en general, ¿a quién puedes decir la verdad sino a ti mismo?

Insistí en que Clem siguiera hablando.

—En cuarto grado —dijo— asistí a la Escuela Mottley. Era mi maestra la señora Minsick. Te hacía pasar al encerado. Te daba un trozo de tiza. «Y bien, Dorabella —decía—, ¿qué flor olerás hoy?». ¡Ja, ja, ja! Era la mar de gracioso. Dorabella Feingold se estiraba de tanto oler hasta vérsele las bragas: propiamente hasta el éxtasis, y poniendo los ojos en blanco suspiraba: «El guisante de olor». Era un ejercicio: inspirar y espirar. Stephanie Hriezcki decía: «Rosa, violeta y capuchina».

Sacándose el cigarro de la boca, Clem Tambow inhaló con su narizota.

—Imagínate —prosiguió— la insipidez del aula y los pobres bobos con el estómago lleno de chucrut y pan con patas de puerco, sangre de inmigrante en las venas y olor a día de colada, *kielbasa* y cerveza de fabricación casera. ¿De dónde les venía tanta elegancia floral? ¡Caray! Y después la vieja Minsick dispensaba la estrella de oro para reforzar a los buenos alumnos; ella, que con su boca llena de colmillos y los pechos caídos, esputaba en el cesto de los papeles. Los gamberros le decían el nombre de alguna hierba fétida, o bien «Estiércol del diablo», o bien «Caca». Por esta herejía ella te cogía del pescuezo y te llevaba al despacho del director. Pero estaban en lo justo los gamberros: ¿quién podía haber visto alguna vez un guisante de olor? Yo iba a pescar en la alcantarilla porque el tuno de mi hermano me aseguraba que atraparía pececillos de colores… Esta es una historia triste. ¿No ves que los dos tipos de chico tenían la razón? Algunos apostaban a lo que veían; otros anhelaban lo que no.

—Es triste lo que dices. ¿No ves que los dos tipos de chaval tenían razón, a su modo? Unos defendieron lo que sabían y conocían; otros anhelaban lo que no.

¿Quieres decir que hay gente o niños para los cuales no puede haber flores en la vida? ¡Imposible! No puede ser verdad.

—Tu reacción resulta típicamente sentimental. Tienes un superyó fuerte y te empeñas en aceptar. Pero ¿cómo sabes qué estás aceptando? Tienes que ser un demente para enredarte con todos sin distinción, ser para cada uno un mar de bondad, y nadie va a agradecértelo. Te arruinarás si pasas sobre el principio de realidad e intentas hermosear la fealdad que te rodea. Debes admitir los datos de la experiencia. ¿Por qué no lees algo de psicología? ¡A mí me ha hecho tanto bien!

—Te pediré prestados algunos libros, ya que les atribuyes importancia, pero te diré: me has entendido mal desde un principio. Jamás se justifica el ofrecimiento de morir; si es esto lo que te indican los datos de la experiencia, debes aprender a vivir sin ellos. Sé que me acusas de no ser una persona concreta, de no definirme, pero la cosa es así: en el mundo de hoy, el individuo ha de estar dispuesto a ejemplificar una franja del existir cada vez más estrecha y restringida. Y yo no soy ningún especialista…

—Sin embargo, te dices capaz de amaestrar pájaros.

En efecto, hasta el momento había sido aquella mi única especialidad.

Es la pura verdad: tienes que tener un espíritu de esos, habitados y poderosamente impelidos por un propósito social. Si es preciso un sacrificio, ve tú, pero también irás a trazar el plano de una feria de diversiones, a inventar nombres de nuevas golosinas, a galvanizar zapatitos infantiles como recuerdo o a pasar por las barberías dejando en cada una fotos de muchachas guapas. O, si no, vete a morir en algún cargo subdividido con la idea persistente y estrecha de tu función.

Siempre he creído que, para lo que yo deseaba, no había mucha esperanza si acaso pensabas ser especialista, como un médico —digamos— o experto de alguna clase. En tal caso, serías un experto en tratos con otros expertos. No te gustarían los aficionados, porque los expertos son así en lo tocante a los aficionados. Además, la especialización supone dificultad o, si no, ¿en qué puede especializarse uno sino en dificultad? Yo recordaba el eslogan de Padilla: «O fácil o nada».

Mimi se divirtió enormemente con mis andanzas mexicanas.

—¡Qué buenos ratos te has dado! —me dijo.

Mimi logró que me sintiese mal respecto a Thea. Acerca de Stella declaró.

—Tíos como tú les hacen la vida fácil a algunas mujeres…

Nada había resultado fácil ni cómodo para nadie, pero no podías decirle cosas así a Mimi. Habiendo conseguido la historia tal cual ella aspiraba a oírla, no escuchaba más y luego, con su pujanza y con su ancha boca encarnada y voz de cuerno de caza, me castigó casi tan duramente como Clem. La razón por la cual no veía yo las cosas como son, era que yo no quería verlas. Pero el desafío radicaba menos en mejorarlas para mis adentros, que en pintar toda flaqueza humana en el lienzo: lo malvado, lo

criminal, lo enfermo, lo envidioso, lo basurero, lo lupino, lo vivo que se ceba en lo que muere. ¡Comienza con eso! Señala, por ejemplo, el hecho de que la gente suele estar llena de asco, por lo cual le cuesta mirarse uno a otro: los más solos pretenden que les dejen en paz. Y así cavan en busca de irrealidad antes que algún tesoro, puesto que la irrealidad es su última esperanza, ya que por ella podrán dudar de la verdad de lo que saben de sí mismos. Tal vez exageró Mimi en su cólera divina y fue más allá de lo que genuinamente sentía. Con todo, se le veían ojeras de preocupación en aquellos días.

Cuando se aparecía Arthur, ella cambiaba de tema y se ponía a discurrir de empleos y dinero, cuatro veces de cada cinco que él llegaba a casa. Había cierto puesto que Mimi le insistía en que aceptara; pero él replicaba:

—¡Si ese empleo es una farsa! —Y echaba a reír suavemente.

—El dinero no es ninguna farsa.

—¡Por favor, Mimi! No seas ridícula.

—Es una plaza de muy poco movimiento, créeme.

No obstante, él lo convertía en un imposible. Di en pensar que bien podría yo solicitar el cargo, si reunía las condiciones necesarias. Un día me topé con Arthur en la calle y lo interrogué al respecto. Era una tarde fresca y él andaba de gorra y abrigo. Había perdido peso, de modo que su aspecto era huesudo, me llamó la atención su parecido a Dingab, tío suyo. Arthur era de contextura poco fornida, largo de rostro y con andar veloz de pies apuntados hacia dentro. Sus zapatos terminaban en punta, como los de las armaduras medievales o la cola de una lagartija. Su salud, empero, era menos robusta que la de Dingbat, su color era cetrino y su aliento arrojaba de sí un fuerte olor a café y tabaco. Si Arthur reía veías sus dientes de la arcada inferior. Sin embargo, tenía todo el encanto de los Einhorn cuando quería ser encantador.

El estilo de su pensar se me imponía y a veces me parecía que Arthur estaba pronto a decir o considerar algo. Por lo que me concernía, yo me inclinaba al pensamiento útil; esto es: el que responde a cuestiones capaces de alcanzarte en lo hondo de ti. Arthur decía que eso no era lo correcto: para él, la verdad estaba en su punto cuanto menos se acercaba a tus necesidades. ¿Qué necesidad personal hay, por ejemplo, en la investigación de la progresión de la luz desde las estrellas lejanísimas, luz que, aun a esa inimaginable velocidad, se deteriora y descompone por ir volviéndose antigua en el camino? Esta cuestión me fascinaba…

Mas volvamos a la plaza que se le ofrecía a Arthur: un millonario ocupado en escribir determinada obra estaba buscando a un asistente de investigación.

—¿Crees que yo cumpliría los requisitos del caso?

—Desde luego que sí, Augie. ¿Estás interesado?

—Pues necesito empleo, algo que me deje algún tiempo libre para mí.

—Me gusta la manera en que te las compones. ¿Qué harás con tu tiempo libre?

—Usarlo.

No me placía lo implícito en esto: ¿por qué haría falta a Arthur el tiempo libre de

que disponía y ser yo el cuestionado?

—Me pica la curiosidad, ¿sabes? Hay gente que sabe siempre qué hará, mientras que otras personas nunca lo saben. Desde luego, yo soy un poeta, y relativamente afortunado. A menudo me he preguntado qué sería yo sino poeta. ¿Un político? Pero mira cómo ha resultado la labor de una vida, en el caso de Lenin. ¿Profesor? Parece poco arrojado. ¿Pintor? Pero nadie sabe de qué trata la pintura ya. Cuando compongo un poema dramático, no entiendo por qué mis personajes pueden desear ser otra cosa que poetas.

Este era, pues, el panorama en Chicago a mi regreso de México. Me mantuve en la zona sur. Arthur me devolvió mi caja de libros y yo leía en mi habitación. El calor de junio creció hasta que los umbríos corrales empezaron a ceder el olor a tierra húmeda, a lo subterráneo y el reino ciudadano-plutónico de las cloacas y los desagües; a argamasa y la brea de los constructores de tejados; a geranios, lirios del valle y rosas trepadoras; y a veces —cuando el viento arreciaba— el hedor de los corrales y su ígnea devastación llegaba a mí.

Leía yo mis libros y escribía, a diario casi, a Thea, pero no había respuesta. De México me llegó una carta de Stella. Ella se encontraba en Nueva York. Nunca esperé que me enviase algo tan bien escrito: tuve que revisar mi opinión de ella. Decía que no podía pagarme todavía pues no había arreglado su situación con el sindicato; tan pronto como hubiese conseguido empleo, saldaría su deuda.

Simón me había dado algún dinero para que yo siguiera un curso de verano en la universidad. Me inscribí en la sección de educación, pensando que me gustaría ser maestro, acaso. Fue cosa pesada y aburrida el asistir a clases y luego leer los libros de texto. Simón me respaldaba, aunque no tenía en mucho al estudio universitario.

Aún andaba yo siguiendo la pista de la plaza rechazada por Arthur con el millonario que quería escribir un libro. Su nombre era Robey. Había estudiado con Frazer cuando este era instructor y por eso le conocía Mimi. Robey era alto y encorvado, gastaba barba, tartamudeaba mucho y había estado casado cuatro o cinco veces: sé todo esto por Mimi. Arthur decía que dicho libro sería una historia de la felicidad humana desde el punto de vista de los ricos. Por mi parte, yo no estaba resuelto a emprender esto, pero tampoco deseaba que Simón continuase sosteniéndome. Intenté pedir un préstamo a Einhorn, pero este desestimó la instancia, basándose en el hecho de mi vieja amistad con Mimi:

—No puedo prestarte nada. Como comprenderás, debo sostener a mi nieto y la carga es grande. ¿Y, además, si Arthur decidiese darme otro nieto en los últimos años de mi vida, entonces qué?

Así que, a desgana, fui a ver a Arthur para que me pusiese en contacto con Robey.

—Es un tío tan raro, Augie, que te divertirá —me dijo Arthur.

—¡Al demonio con eso! No quiero que me entretenga, sino que me dé trabajo.

—Pues deberás tratar de entenderle: es un tipo peculiar. Lo hereda de su madre, en parte. Ella se creía la reina de Rockford, Illinois, y llevaba corona, se sentaba en

un trono y esperaba que la gente le hiciera reverencias.

—¿Él vive en Rockford ahora?

—No, tiene una mansión aquí, en la zona sur. Cuando estudiaba, tenía un chófer que le llevaba en coche hasta la universidad. Por mucho tiempo tuvo locura por los Grandes Libros. Solía alquilar espacio en los periódicos e insertar citas de Platón o de Locke. Como, por ejemplo: «Una vida no examinada críticamente no vale la pena ser vivida». Tiene una hermana loca rematada también: Caroline. Ella cree ser española. Pero tú tienes don de gentes. Con mi padre has sido una joya.

—Es que estaba medio prendado de su personalidad.

—Tal vez te prendes de la de Robey también.

—Ese ha de ser un maniático. No puede ser que me vincule siempre con gente absurda. No es bueno para mí.

Poco tiempo después, sin embargo, me encontré cara a cara con el tal Robey en su residencia frente al lago, en una tarde lluviosa. ¡Y qué rostro era el suyo! ¡Y qué apariencia! Ojos grandes, reticentes y de párpados inflamados; barba rojiza; labios rojos y resentidos; y un moretón que le cruzaba la nariz: la noche anterior, o somnoliento o ebrio, Robey se había asestado un golpe contra la portezuela de un taxi. Su tartamudez era algo serio; cuando hacía presa en él, Robey se esforzaba poniendo en ello toda su alma y torcía la cabeza mientras se disciplinaban sus ojos, con odio. Al comienzo quedé atónito y luego lo sentí por él, al oír el rechinar de sus dientes y el gruñido que se le escapaba. Pronto descubrí cuánta elocuencia había en él a despecho de su falla.

Con su mirada huraña e inyectada, me clavó los ojos como a alguien a quien es menester explicar la mala estrella de nacimiento. Antes de hablar separó sus labios a fin de abrirse paso entre los pelos de la barba:

—¿Q-qué tal si c-comemos? —dijo.

Fue una cena desastrosa: un sancocho de almejas, jamón ahumado que rebanó el mismo Robey, patatas hervidas, judías amarillas y café recalentado. Me dio grima que un millonario te invitase a comer y presentase tan mal servicio.

Hablo él. Primero sus antecedentes, dijo. Como colaborador, yo debería poseer algunos conocimientos a su respecto. Principió con sus cinco matrimonios, echándose una parte de la culpa de cada divorcio. Pero esas uniones constituían parte de su formación, así que había que evaluarlas. Sentí asco. Sorbí café y lo dejé volver a la taza a través de mis dientes, con una mueca, pero él no se dio cuenta. Ya iba por su tercera mujer, todo él abrumadoramente cargante. Gracias a la cuarta, Robey se había forjado una idea del propio carácter: creo que todavía la amaba. Se detuvo, torcido el cuello, ante una palabra particularmente difícil de pronunciar y le interrumpí ahí mismo. Tuve ganas de decirlo: pretendía yo beber un café recién hecho pero, en cambio, solo aventuré un modesto pedido.

—Pero ¿no puede usted darme un indicio acerca de mi trabajo?

Se le destrabó la lengua con eso:

—Necesito consejo —dijo—, ayuda. Necesito aclarar conceptos. N-necesito claridad. Es que este libro se las trae, ¿sabe usted?

—Sí, pero ¿cuál es el tema de la obra?

—No es solo un l-libro, sino un guía, un programa de acción. La idea básica es original y es mía, p-pero ha crecido mucho para mis posibilidades. N-necesito ayuda.

Parecía asustado al hablar de esto.

—He descubierto mucho m-más de lo que me proponía. Casualidad, quizá. Un accidente que haya sido yo el descubridor, pero ahora estoy atascado con la responsabilidad del asunto.

Pasamos al salón. Robey caminaba como un panzón, arrastrando los pies como tratando de no pisárselos.

Continuaba la llovizna. Las aguas del lago estaban lactescentes. Dentro de la casa, la iluminación de lámparas como lunas relucía en la caoba del mobiliario, en lo carmesí del terciopelo y en los adornos traídos del Lejano Oriente. Había biombos persas, cascos de húsar de Les Invalides y bustos de Pericles, Cicerón, Pallas Atenea y todo lo que gustaras. Se destacaba un retrato de su madre, con aspecto de orate, corona, cetro y rosa en una mano y otra. Procedentes de Duluth rumbo a Gary, las barcazas que transportaban mineral en bruto gemían en la niebla. Robey se apoltronó bajo una luz que evidenciaba rastros de acné bajo la barba.

—No seré despierto —dijo humildemente Robey—, pero ¿qué hacer? —Él no podía esquivar las ideas. Nadie puede.

Nos enfrentamos todos con idéntica situación; a saber: hay centenares de cosas que meditar y saber. Era deber de Robey el obrar de la mejor manera en su labor. Así ocultaba él su entusiasmo y su ardor, que yo presentía a punto de dispararse, detrás de todo esto.

Robey continuó diciendo que quería titular su libro *El ojo de la aguja*, porque nunca ha habido vida espiritual para los ricos sin previa renunciación a los bienes materiales. Pero ya no eran solo los ricos quienes iban por mal camino. En un futuro cercano, la tecnología generaría la abundancia para todos y habría desigualdad, pero no hambrunas ni indigencia. La gente andaría con el estómago lleno, ¿y entonces qué? Se haría realidad el sueño de la Revolución francesa: un paraíso de libertad, plenitud y amor al prójimo. Pero los franceses habían sido optimistas y suponían que, apenas destruidas las civilizaciones decrépitas, nada nos impediría entrar en el paraíso terrenal. Mas no resultó tan sencilla la cosa: ya estábamos viendo la inminencia de la mayor crisis en la historia del mundo. Y Robey no se refería a la guerra, que estaba en perspectiva, no: ahora comprobaríamos, tras esta crisis, si se establecería el paraíso en la Tierra o no.

—El pan está regalado en Estados Unidos, al presente. ¿Q-Qué p-pasará cuando la gente luche por el pan? ¿Esclavizarán o liberarán al hombre los bienes de consumo?

Oyéndole, casi te olvidabas de su traza y de la rica colección de biombos,

antigüedades, armas de hierro, trineos rusos, cascos y cajas de madreperla. Comoquiera, aun estando Robey en las esferas superiores, su semblante denotaba abatimiento y congoja. A todo esto repetía con insistencia el gusto a jamón mohoso que salía de mi estómago.

—La m-máquina engendrará un océano de bienes de consumo. Los dictadores no podrán detenerla. El hombre aceptará la muerte. Vivirá sin Dios. ¡Valiente proyecto! El fin de una ilusión, pero ¿con qué valores se la sustituirá?

—Eso es todo un embrollo —dije.

—Pero —dijo Robey— eso vendrá en los finales del libro. Creo que habrá que comenzarlo con Aristóteles, que se pregunta qué cantidad de bienes es necesaria al hombre para estar en condiciones de practicar la virtud.

—No sé mucho de Aristóteles, que digamos.

—Pues bien, esto es algo de lo que has de hacer, y se te pagará tu trabajo, no lo dudes. Yo quiero que esta obra sea sólida y erudita. Vamos a pasar revista a los griegos y los romanos, la Edad Media y la Italia renacentista. Estoy planeando una g-gráfica en que aparezca bien alta la civilización mino-cretense, Calvino bien abajo, sir Walter Raleigh, arriba; Carlyle, apesta; la ciencia actual, atascada, ni me interesa siquiera…

Durante la media hora que siguió, poco de lo que Robey dijo me pareció acertado; iba ganándolo el cansancio y así divagaba, pestañeando y tosiendo con frecuencia.

—A-ahora dígame usted algo de sí mismo —me pidió y le maldije, sin saber por dónde comenzar, pero no me escuchaba. Por cómo miraba su reloj de pulsera, me di cuenta de que deseaba estar libre de mí y solo.

Le pedí permiso para pasar al cuarto de baño. Cuando hube regresado, le vi nuevamente interesado en su libro y con deseo de hablar más. Estaba ya seguro —me dijo— de que yo era la persona indicada para ayudarle y empezó con un diagrama de su obra. Primera parte, consideraciones generales. Segunda, los paganos. Tercera, los cristianos y demás. Cuarta, ejemplificación de la felicidad más alta. Robey volvió a entusiasmarse. Se quitó una zapatilla y la dejó sobre un libro o álbum; se la ponía luego y tornaba a quitársela: esto, en varias ocasiones. Estaba contándome que los destinatarios originales de la doctrina cristiana fueron el pueblo y los esclavos, por lo cual resultó precisa la crucifixión, así como la terrible grandeza del martirio. Pero, en el polo opuesto —el polo de la felicidad—, debía haber un contrapeso: el gozo sin pecado, el amor sin tinieblas, una gozosa prosperidad. El no estar siempre echado a perder el placer de las cosas. ¡Oh magna edad del amor generoso y época de un hombre nuevo! No esa criatura pobre, oscura y desfigurada, trabada por su falsía, mentirosa de nacimiento, azotada por la pobreza, maloliente de cobardía, insensible al sentimiento, como un gusano para la belleza y, para el deber, un enano. Devanador siempre de la misma hebra del capullo de su preocupación, que saca por la boca. Sin lágrimas que verter o suficiente resuello para reír; cruel, engañador, parásito, rastrero, quejumbroso, angustiado y holgazán. Adiestrado como un prusiano por los gritos

vulgares de los temores que le comandan. Robey me echó todo esto encima; lo dejó caer sobre mí.

Pensé: «¡Qué loco de la hostia! ¿A qué clase de millonario me han enviado? ¿A uno al que le falta un tornillo?». No obstante, mi corazón respondió a su invectiva; lo que decía Robey dio en el blanco.

Con su ánimo cambiante, Robey viró luego hacia mí.

La maldita burguesía (afirmó) debería haber tomando la conducción de la sociedad y ofrecido ejemplos prácticos de vida feliz. Pero no; constituyó un fracaso histórico: débil y chapucera como clase dominante, puesto que todo lo que había sabido hacer se reduce a imitar el flujo de dinero alrededor del mundo, aprovechar toda oportunidad de beneficio económico —como el agua, que busca su nivel— e imitar a la máquina. Robey no parecía estar proclamando ahora sus opiniones tan gravemente como antes, sino repitiendo cosas leídas. Se rascaba el pie y continuaba hablando como un profesor. Con su barba como paja, era una rareza más en la habitación.

Me sentía, aún, bastante admirador de Einhorn para quedar fascinado por Robey. Haciendo a un lado mis críticas, dije:

—Hace un rato hablamos de salario. ¿Puede ser usted un tanto más preciso?

Esto hizo mala impresión.

—¿C-cuánto espera usted? Hasta que me haya dado cuenta de cómo va la cosa, p-puedo prometerle algo razonable.

—¿A qué llama usted razonable?

—¿Quince por semana?

—Disculpe usted, pero temo que se equivoca. Gano eso sin ningún esfuerzo con solo cobrar el socorro del Estado —dije, indignado.

—Dieciocho, entonces.

—¡Intente usted conseguir un fontanero que le arregle su lavabo por menos de medio dólar la hora de trabajo! ¿Está usted mofándose de mí, por casualidad? ¡Y usted dice ser persona seria!

—Usted debería p-pensar en la cultura que adquirirá aquí. ¡Esto no es solamente una plaza, sino una c-c-causa!

Se le veía perturbadísimo.

—Bueno, pues entonces, veinte d-dólares y podrá usted vivir arriba, sin cargo.

¿Y tenerme a su disposición para dale que dale, llenarme la cabeza de sus teorías, hora tras hora? ¡No, gracias!

—No —fue mi contraoferta—: treinta dólares por semana por treinta horas de trabajo semanal.

Le dolía gastar: solo el pensarlo le producía un padecimiento que se notaba. Al cabo me concedió veinticinco dólares, desde el momento en que yo comenzase a rendirle como asistente.

—Treinta, he dicho.

—¿Por qué me hace padecer usted este t-terrible r-regateo? ¡Es atroz! ¡Qué demonios! Echará a perder la finalidad del proyecto.

Me llegaba su mirada de odio, pero conseguí el contrato de cualquier modo.

Robey alteraba sus planes día a día. Primeramente quiso redactar la sección histórica y me asignó la lectura de Max Weber, Tawney y Markz. Pero inmediatamente tuve que dejarla para ocuparme de un panfleto sobre filantropía. Robey abominaba de los filántropos millonarios y condenaba a los puritanos ricos, a los que veía como gente desdichada y de mal aspecto. Mencionó a primos suyos entre estos últimos, así que supuse que se trataría de una cuestión de familia. Aun Wall Street, descarada y monstruosa sanguijuela, era capaz —según él— de hacer mayor bien que aquellos, obrando como un ser maligno, comparada con los hombres acaudalados que están tan intranquilos como el que más. Robey despotricaba contra ellos a toda hora.

Yo estaba hecho a proyectos entusiastas que jamás florecerían, como el de Einhorn, quien, años atrás, pensaba confeccionar un índice para la obra completa de Shakespeare. Robey pretendía de mí lo mismo que Einhorn en aquel entonces: ser yo alguien que le prestara oídos. Y me llamaba por teléfono, enviaba su coche por mí, me sacaba de la biblioteca o me aguardaba después de clase en todo tiempo y sazón.

Durante unos meses me atiborró de lecturas. Nunca habría logrado yo absorber a los griegos, la literatura patrística, la historia romana y el Imperio de Oriente, salvo teniendo años para hacerlo. Tampoco sé de nadie que lo haya deseado. Pero me gustaba estar sentado en una biblioteca, con rimeros de libros a mi alrededor…

Dos veces a la semana manteníamos conferencias oficiales. Solía yo aparecer con mis cuadernos de apuntes, listo para responder a las preguntas de Robey con citas y paráfrasis. Todo andaba bien cuando él se mostraba formal, pero también atravesaba estados de ánimo en que su voz se perdía y él estaba afligido, o bien se oían tonalidades de ira o de pesadumbre en su voz y Robey se hallaba entonces demasiado irritado o molesto para hablarme de Aristóteles, las teorías de la felicidad y demás. A veces, él me daba verdaderas sacudidas y sorpresas. Un día —por ejemplo—, mientras yo iba buscándole por la mansión, encontré a Robey de pie sobre una silla de cocina, envuelto en su bata de dormir y rociando un insecticida líquido en la alacena mientras cientos de cucarachas salían disparadas de allí, matemáticamente en estado de alarma y cayendo de las paredes al piso en largas parábolas. ¡Qué momento aquel! El hombre trabajaba con el rociador como con una ametralladora y lleno de la concupiscencia de la crueldad, resollando tan fuertemente como el rociador mismo, a la par que los bichos rodaban por tierra, conformando una mancha compacta, o bien se las piraban en todas direcciones, al igual que en Oklahoma durante la fiebre del oro.

Cogido por mí de esta suerte, Robey trató de ocultar sus emociones y obrar como si no hubiese odiado a las cucarachas ni las estuviese eliminando con toda saña. Él no podía admitirlo: malo, esto. Pero, además, yo sabía que había elegido un pésimo

momento para meterme allí y que él quedaría resentido conmigo. Sufrió una contracción nerviosa, tal como si yo le hubiese tocado en salva sea la parte, y bajó de la silla.

—Esto es el colmo —explicose—. Es que se llevan t-t-todo por delante. He puesto una rebanada de pan en la tostadora y el pan salta, tostado, con una cucaracha encima. No aguanto más.

Su cólera, tal como un ascua que hace un agujero en la paja, surgió de pronto. Robey me condujo al salón, donde se veía, a la luz del sol, el terciopelo de los muebles —de color verde real— deteriorado o desgarrado con el relleno fuera. Limpió el insecticida en su bata, diciendo:

—¿Ha elaborado usted el tema de los príncipes y los humanistas del Renacimiento italiano p-para mí? ¡Cómo sufrieron sin la figura de Dios! Pero ellos eran como dioses en s-sí. Tenía que suceder, q-que el hombre se atreviera. Pero ¡cuánto valor!

En otoño, Robey perdió la capacidad de dominarse. Continuó dándome tareas y yo cobré mis treinta dólares con la conciencia limpia, pero él no trabajó más en nada.

A menudo me había preguntado yo con qué clase de mujer salía cuando no tenía lazo conyugal que respetar: ¿elegantes cortesanas?, ¿señoras de su nivel social?, ¿o encuentros casuales detrás de los corrales?, ¿muchachas universitarias, sobrias y modosas?, ¿o qué, si no? Robey me sorprendió una vez más. Prefería artistas del desnudo, bien ordinarias, de la zona norte, de calle Clark, Broadway o Rush y andurriales similares, nada suaves con sus tratos con él. Y él recibía ese castigo como si hubiese sido justo y merecido, con una sonrisa. Intentó, incluso, convencerme de las bondades de esas mozas; yo estaba saliendo nuevamente con Sophie Geratis por entonces y no hubo trato. Me daba la impresión de que Robey deseaba ser acompañado por mí, cosa que hice alguna vez que otra, con rumbo a la zona norte. Una mujer de estas le insultó por su barba y él lo consintió. Pero su mirada de ojos inyectados no se apartaba de ella —vestida, ahora, con un traje sastre gris—, en forma casi escandalosa. Robey respondió en su estilo pedante:

—En los tiempos de Isabel I, había guitarras y laúdes en las barberías para que los hidalgos tocaran y bailasen al son de ella, ya que llevaba tanto rato el cuidado de las barbas y los rizos largos con lazo…

Durante aquella misma tarde en que estuvo sumiso con la zorrupia, Robey arrancó de su emplazamiento el medidor de un taxi, presa de agitación violenta. Yo debía apearme en la calle Cincuenta y dos, pero dejé a mi patrón en casa por temor a que el taxista la emprendiese a golpes con él.

Comoquiera que sea, nunca me dio tregua en realidad. Además de ser sumamente sensible, Robey necesitaba de mi buena opinión acerca de él. No obstante, su ánimo variable pasaba de la humildad a la tacañería de un momento a otro, del grito pelado a la hosquedad con que avanzaba su roja bocaza en caso de disgusto o ira. Recuerdo en particular una ocasión —un día de nieve y sol, fresco y hermoso— en que Robey, de

un humor intratable, enfrentaba sus puños enguantados con fuerza, uno contra otro. Se quejaba de mí, machaconamente, así que le dije:

—Usted no me necesita a mí de ayudante. A usted le hace falta alguien que le aguante sus puñeteros ataques de nervios.

Envolviéndome en mi sobretodo de pelo de camello ya raído en partes, eché a caminar alejándome de él. Corrió tras de mí para retractarse, calzado con finos zapatos de color tostado, que no resistían el frío de la nieve como mis chanclos.

—Augie —me suplicaba—, ¡no riñamos, por el amor de Dios! Oiga usted: lo lamento en el alma…

Pero yo marchaba adelante, enfadado y resuelto; y le dejé atrás. Al atardecer recibí una llamada de él, para que le acompañase al centro de la ciudad. Por el sonido de su voz me di cuenta de que las cosas no andaban bien. Me dijo que estaría en el Pump Room, una casa de té lujosísima de Chicago. Llegado allí pregunté por Robey y dos lacayos con calzones de época me lo trajeron ebrio, mudo y entumecido, incapaz de mover un músculo de la cara o de menear siquiera la sin hueso.

Poco a poco, Robey se había vuelto dependiente de mí. Como Einhorn en los viejos tiempos, mi patrón había comprendido que yo no le embaucaba ni sacaba partido de él: era un individuo fiable. Y a despecho de sus rarezas y la confusión de sus ideas, sus manifestaciones francamente selváticas y las anomalías, que expresaban con todo la energía vital, algo había en él que me atraía. Sin duda era esa energía poderosa que hacía padecer a su humanidad y la ajena de rechazo. Robey, hombre aislado, y su hermana Carolina compartían la residencia. Ella, estando tocada, no era una buena influencia para él. Cuando descubrió que yo había estado en México y creyéndose española, me cogió cariño. De ahí que me enviase esquelas tales como: «*Eres muy guapo*»[48] y, de vez en cuando, un telegrama como este: «*Amigo, que te vaya con toda suerte, Carolina*»[49]. Estaba majareta, pobre mujer.

Al fin y al cabo, yo había atendido a mi hermano George y mirado por él. Esa habilidad o capacidad mía seguía siendo parte de mi personalidad y las gentes lo presentían.

Pero a veces me hubiese gustado convertirme en zapatero remendón.

22

En mi antiguo cuarto de la pensión Owens, que finalmente recobré, fui acomodándome a las mutaciones de la época, en lo militar, lo industrial y lo científico. En cuanto a mí, hubo fuertes variaciones también: malas noticias, dinero desperdiciado, ensueños perversos, sucesos mágicos como la aparición de animales a los Padres que ayunaban en el desierto, en un caluroso atardecer. Con todo, reconozco agradecido que de aquello no se siguió daño para mí. La policía no habría formado queja de mi persona, pese al dictamen de algún moralista. Los peores delitos se albergaban en mi imaginación, donde no desentonan; a la vez, como una atareada empresa que trata de hacer una labor exhaustiva, yo ponderaba asimismo mis posibilidades futuras. Llegué a ciertas conclusiones, por otra parte, que a menudo resultaban fragmentarias, tales como: «Cultivamos la soledad con el fin último del reencuentro», o bien «¡Qué cansado lo de abrigar una opinión acerca de todo!». Por lo general, me encontraba sumamente activo y presuroso en mis muchas ocupaciones, lo cual se verá luego. Deambulaba yo por Chicago, sociable como de costumbre, vibrando todavía por los meneos y tirones padecidos en México. Thea no me escribió, desaparecida para siempre en pos de lejanas playas, probablemente siguiendo el rastro de los flamencos con algún nuevo enamorado que la entendería tan poco como yo y acampando sobre un antiguo contrafuerte con sus rifles y lazos corredizos, cámaras y gemelos. Envejecería de esta suerte sin haber cambiado jamás.

Los años pasaban para mí, inclusive, y mis amigos bromeaban acerca de mi apariencia nada próspera. Mi sonrisa contaba con dos dientes menos en la arcada inferior y se me veía un tanto mancillado o golpeado, como besado por la cara rocallosa de una experiencia que abraza. Mi pelo crecía en alto, abundante, cubriendo mis antiguas cicatrices de cazador montañés. Era innegable que en mis ojos había algo del color glauco de mi primo Five Properties; yo marchaba fumando un cigarro, sin ningún aspecto de trabajador metódico sino olvidadizo, elíptico, divertido a veces pero —¡ay!— más dado el holgorio antes que ahora…

Mientras recorría yo las calles, absorto, con frecuencia recogía objetos del suelo porque me parecían monedas, deseando obviamente una feliz casualidad. También iba esperanzado en que alguien muriese dejándome su fortuna. Esto era mala cosa, pues ¿quién podía beneficiarme de tal modo sin amarle yo y sin saber retenerle entre los vivos? ¿Y cuánto provecho habría en hallar monedas perdidas —aun si cada una fuese de un cuarto de dólar— en la consumación de mi vida? Ningún provecho, amigos, por supuesto.

Era gracioso, además, verme aspirar a una plaza de maestro de escuela, ya que yo no tenía ni por asomo el exterior apropiado. En esto, con todo, yo ejercía tenacidad. Me encantaba el hecho de enseñar. Me llegaba hondo mientras yo lo hacía y con los párvulos yo no tenía la menor dificultad en comportarme espontáneamente y ser yo mismo: ¿por qué había de resultar difícil esta conducta a nadie? Pero no formulemos

preguntas cuya respuesta figura entre los secretos mejor guardados del mundo. Yo me sentía jubilosamente a mis anchas en el aula o en el bullicio del patio de recreo u oliendo a encerrado en el vestíbulo y oyendo arpegios de la sala de música, entre bustos, mapas y el polvo de tiza visible en los rayos del sol. Yo anhelaba dar a los chavales lo mejor de mí y contarles todo lo que sabía.

En la misma escuela, enseñando latín y álgebra estaba mi antiguo vecino de cuarto, Kayo Obermark. Gordo y desaliñado, de barba poblada y cabellos espesos, solía hallarle yo repantigado en su cama de la pensión Owens, cuando nuestros cuartos eran contiguos; andaba en calzoncillos, con el vello de sus muslos como rizado y malolientes sus pies, miraba fijamente la pared mientras meditaba resueltamente y apagaba sus pitillos al descuido en una vieja sartén en que freía salami. Junto a la cama mantenía una botella de leche en que orinar, pues le fastidiaban los viajes al cuarto de baño.

Los niños brincaban en torno a él como saltamontes mientras Kayo se trasladaba como un emperador, hurañamente, por el patio de recreo. Su rostro era grande, malhumorado, pálido y desparejamente afeitado. Se adherían a él pañuelos arrugados de papel de seda; tenía un romadizo y voz nasal. Obermark no estaba resentido, en verdad, sino que aquella era su expresión de dignidad. Me complacía que él fuese maestro allí mismo. Me dijo:

—Te vi llegar en tu coche.

—Hoy arrancó, para variar.

En efecto, fui dueño por un tiempo de un Buick de diez años de edad que un tío la mar de simpático me hizo comprar engañado. No se ponía en marcha durante las mañanas frías y era una pesada carga para mí. Le coloqué dos acumuladores por consejo de Padilla, pero tenía un defecto fundamental: las bielas estaban falseadas. Sin embargo, un empujón bastaba para que echara a andar y, puesto que tenía un asiento trasero al descubierto y una larga capota, el Buick daba impresión de mucho poder.

—Dime: ¿te has casado ya? —preguntó Kayo.

—Lamento decir que no.

—Yo tengo un hijo —me confió con orgullo—. Bueno fuera que te decidieses. ¿Es que no tienes a nadie? Una mujer es fácil de conseguir. Tener hijos es un imperativo moral. A un viejo filósofo le pescaron una vez detrás de la Stoa con una mujer y, ¿qué dijo para excusarse?: «No os moféis. Estoy plantando un ser humano». Pero, aparte de eso, he estado oyendo la comidilla acerca de ti: que te fuiste a México con un circo o una feria y que casi te asesinan, también.

Obermark estaba de un ánimo extraordinario. Dimos varias vueltas al patio, conversando. Estuvo, a su modo, bien bondadoso conmigo. Con su voz de tenor citó varios poemas:

Perish strife, both from among gods and men,

And wrath which maketh even him that is considered cruel,
Which getteth up in the heart of a man like smoke,
And the taste there of is sweeter than drops of honey.

Les vrais voyageurs sont ceux-la seuls qui partent
Pour partir; coeurs légers, semblables aux ballons,
De leur fatalité jamais ils ne s'écartent,
Et, sans savoir pour quoi, disent toujours: Allons!

Este último iba probablemente dirigido a mí, acusándome de ser persona casquivana que se despide desaprensivamente de quienes le aman. Yo estaba rodeado de críticos, no cabe duda de eso. No obstante, para ser un día frío, aquel ofrecía un sol radiante; los trenes pasaban negros sobre un terraplén de hormigón amarillo; los niños gritaban y giraban en el patio, en torno al mástil; y yo me noté especialmente conmovido.

—Es que deberías casarte —insistió Kayo.

—Me gustaría y en eso pienso a menudo. Anoche mismo soñé que estaba casado, pero no me resultaba agradable. Me sentí perturbado. Empezó bien el sueño mío: luego a casa de mi trabajo; veo avecillas cerca de la ventana y aspiro el olor de la carne asada. Mi mujer es guapa, pero asoman las lágrimas a sus ojos. Le pregunto qué tiene. Dice: «Los niños han nacido inesperadamente esta tarde y estoy tan avergonzada que los he ocultado». Quiero saber de qué se corre. «Uno es un becerro —explica ella— y el otro, un insecto. Para que no les viesen los vecinos, les he puesto detrás del piano». Me siento abatido pero, como a pesar de todo se trata de hijos nuestros, me dirijo a verles y, ¿a quién crees que encuentro tras el piano recto? ¡Pues a mi madre! Sentadita allí y, como sabrás, cegata. Le hablo: «Mamá, ¿a qué estás aquí? ¿Dónde están los niños?». Ella me mira con un poco de pena y replica: «Oh, hijo mío, ¿qué estás haciendo? Tienes que hacer lo que está bien». Entonces rompe a llorar. Me siento envuelto en la tragedia y digo: «¿No es, acaso, lo que pretendo hacer?».

—¡Pobre diablo! —me dijo Kayo con lástima—. También tú eres de carne y hueso…

—La verdad es que yo tendría que simplificar mi existencia. ¿Son necesarias tantas dificultades? ¿Es una misión que cumplir? Pero no, puesto que las únicas cosas buenas que conozco han sido realizadas por la gente cuando se sentía feliz. Lo concreto, Kayo, ya que eres digno de fe y entiendes, es que me han herido en el orgullo por no ser capaz de justificarme y dejarme manipular siempre. La realidad surge de que uno dé razón de sí, lo cual es imposible si te tienen cogido por las narices. No me refiero al narrador en medio del mar ni al niño en la hierba, que es el

inocente sostenido por la Creación; uno no debe dormirse sobre lo hecho por el hombre —diserté—. Del mundo de lo natural podrás fiarte, pero no de lo que nace de la mano del hombre. En el mundo humano tienes que saber y no es nada fácil ser feliz si abarrotas tu mente con tantas cosas. «¡Contemplad mis obras, vosotros los poderosos, y perded toda esperanza!». No importa que de Ozymandias no queden sino piernas sin tronco; en su tiempo, los humildes debían vivir en la penumbra, haciendo profesión de fe respecto a las invenciones y su funcionamiento: arriba en la estratosfera, abajo en el metro, cruzando puentes, atravesando túneles o subiendo y bajando en ascensores, donde entregamos la propia preservación en custodia. Objetos de fabricación humana que nos eclipsan. Y esto ríe, por añadidura, en cuanto a la carne servida a la mesa, el calor que corre por las tuberías, lo impreso en el papel y las ondas de sonido por los aires; de manera que es todo uno, del mismo peso e igual categoría, el caldero de la ira de Dios en primera plana y el saldo en casa Wieboldt en la segunda. Todo exterior y todo idéntico. Pues entonces, ¿qué vuelve necesaria tu existencia, como es debido? ¿Estos adelantos técnicos que intentan hacerte existir, pero a su modo?

Sin pasmarse, Kayo replicó:

—Tú estás hablando de la *moha*, una palabra del idioma navajo y del sánscrito además, que significa la oposición de lo finito: algo así como el vitoreo ensordecedor de las fuerzas condicionantes, que se oponen. El amor es la única respuesta a la *moha*, por ser infinito: hablo del amor en todas sus formas, el eros, el ágape, la libido, la filia y el éxtasis. Son una misma cosa, pero con predominio de una característica sobre otra. Mira, me alegro de que hayamos tenido un reencuentro. Pareces mucho más serio que antes. ¿Por qué no vienes a conocer a mi mujer? Mi suegra vive con nosotros: mujer pesada y obsesiva, ella, pero es posible pasarla por alto. Nos ayuda mucho con el niño, dicho sea de paso, pero no deja de calentarme la cabeza respecto a mi cuñado y qué bien le va en sus asuntos. Él repara aparatos de radio y es un pelmazo. Pero ven a comer y charlaremos. Deseo que veas a mi hijo también.

Fui a comer con él en su casa. Una gentileza de Kayo, pero su mujer me resultó suspicaz, poco amistosa. El niño era simpático para su corta edad. Y apareció el cuñado de Kayo, interesado en el Buick, que por fortuna estaba funcionando bien aquella noche. Me hizo preguntas, atraído por el asiento exterior trasero, y después de un paseíllo ofreció comprarlo. Pedí poco por él, porque jamás mencioné las bielas falseadas, me avergüenza reconocerlo.

Él lo quería ya, así que le acompañé a su casa, donde me dio un cheque por ciento ochenta dólares pagadero por el Banco Continental de Illinois. Mas luego no me permitió marcharme. Aspiraba a recobrar su dinero al póquer y se chanceaba este hombre. Su mujer participó y Kayo, para dar buen aspecto a lo que estaba sucediendo. A todas luces, entre ambos pretendían desplumarme. Era como un amago de estafa. El banco de taller estaba en la cocina, cubierto de radios destripadas. Jugamos hasta entrada la noche, junto a la estufa, bebiendo café con leche

condensada. El marido regañaba a su mujer cuando esta perdía, maldiciéndola mientras ella le gritaba. Kayo perdió también. Fui el único Vencedor y habría preferido no serlo. De hecho devolví a Kayo el dinero que había perdido, camino a su casa. Pero, a todo esto, su cuñado anuló su cheque dos días después porque el coche no arrancaba y tuve que ir a buscarlo. Hubo una escena airada. Kayo se disgustó mucho y no me dirigió la palabra en la escuela por largo tiempo, aunque posteriormente se reconcilió conmigo. Yo no debería haber vendido el coche sin decir que había dificultades con las bielas.

Sophie Geratis, mi amiga de la época sindical en que yo organizaba hoteles, estaba casada pero quería divorciarse y luego rehacer su vida conmigo. Me contó que a su marido le daba por los hombres y a ella no le prestaba atención ninguna. Él le había abierto cuentas para cargar en ellas sus gastos y le había regalado un coche, pero la utilizaba exclusivamente a guisa de pantalla. Su negocio consistía en vender cierto producto a los invernaderos; dicho producto era un monopolio del marido de Sophie, de modo que él llevaba una vida regalada y salía de visita, a diario, con sombrero y guantes, por los invernáculos que rodeaban a Chicago. Por consiguiente, Sophie pasaba una inmensidad de tiempo conmigo, arreglando mi cuarto en la pensión Owens como jamás había sido decorado por nadie.

—Eres agarrado —me dijo un día—, y no solo negligente: tú sabes apreciar las cosas de buena calidad.

Verdad. Sophie era la mar de inteligente, sin importar que hubiese estado empleada en un hotel. Yo tenía cierta tendencia a la cicatería respecto a algunas cosas. Cuando me metía en un buen bar o club, empezaba a preocuparme por la cuenta; y ella, como es natural, no lo ignoraba.

—Pero también sé —continuó— que eres capaz de ser dadivoso con tu dinero si alguien se acerca a ti con la palabra justa. Eso tampoco sirve de mucho. Y el coche que te has comprado es tontería pura…

Con su mirada flotante de amplio recorrido —de ojos pardos y lentos—, Sophie me resultaba guapísima. A esto se añadía una inteligencia despierta que Sophie se inclinaba a usar desdeñosamente. Ella no se prevalía de las cuentas abiertas a su nombre por el marido. Usando un sombrero de flores polacas que había comprado en Goldblatts, Sophie lavaba sus prendas íntimas en combinación, fumando un cigarrillo, en mi mismo cuarto. Lo paradójico de todo esto es que ella rebosaba ternura y no porque me necesitase sino lo contrario: porque yo tenía precisión de ella, en realidad. Sin embargo, yo no estaba aún dispuesto a casarme con nadie.

—Nos llevaríamos bien si yo encajase en lo que ambicionas —dijo Sophie—. Sirvo para la cama, pero no para casarme. Cuando apareció aquella muchacha a buscarte, hace tiempo, tú me largaste en un segundo. Creo que yo te avergonzaría. Tú me encuentras especialmente necesaria cuando te sientes débil o deprimido. Te conozco. Nada es lo suficientemente bueno para ti. Tu padre habrá sido algún aristócrata hijo de la grandísima.

—Lo dudo. Dice mi hermano que mi padre conducía un camión para una lavandería en Marshfield. Nunca he supuesto que se tratara de un potentado. Además, conoció a mi madre en un taller de la calle Wells.

—Tú no me necesitas, ¿verdad?

Quería decir que por qué no tomaba yo por una senda en la vida y dejaba de pasear la vista por todas partes. Yo no deseaba otra cosa. Yo deseaba que hubiese una consumación y se terminase la frivolidad cuanto antes. Que se cumpliesen los hechos místicos del vivir; si tal necesidad no se satisface, será origen de sufrimientos secretos. ¿Acaso presumía Sophie que yo no anhelaba una familia, mujer, hijos, y la satisfacción que rinde el trabajo cotidiano? Me puse en pie al punto y le señalé cuán equivocada estaba acerca de mí.

—¿Qué estás esperando, pues? —repuso—. ¡Vamos! Seré una buena esposa para ti, lo sabes. Yo debo comenzar también alguna vez.

Enrojecí, entonces, y se trabó mi lengua.

—¿Ves? —dijo ella con triste franqueza, mientras la luz eléctrica hacía relucir sus claros hombros desnudos—. Yo no te basto. Pero ¿quién, entonces?

No pensaba casarme de momento: esto es lo que respondí. Lo que me dijo Sophie fue idéntico a lo de mi compañero cosaco, aquella vez que me hirió en el amor propio, pero en otro nivel. Lo que este último había querido significar —tal como lo sentí inmediatamente y sin remedio, aquel día— es que a mí no me dolía lo bastante el destino ajeno. El cosaco tiene que haber estado seguro de lo que me dijo, un hombre experimentado que erraba de Moscú al Turquestán, de allí a Arabia, a París, a Singapur. Nadie se evita ciertos dolores como un peregrino —contemplando templos y muelles, fumando cigarrillos más allá de los osarios de la Historia y en una tierra muchas veces digerida—; quienes permanecen en el terruño, reciben toda la fuerza del embate.

Campeaba la mortificación en el rostro de Sophie, que se veía más maduro que en mi época sindical. Pero ella no me abandonó ahora como cuando Thea golpeó un día a la puerta de mi cuarto y de pronto Sophie se cubrió alguna desnudez. Salvo que no estaba en mí el casarme con ella. Sophie tenía ya plena conciencia de la decepción que compone el cuadro de la vida. Casarme significaría demasiado regaño de su parte y todo por mi Bien. Estaba dispuesto a esquivar en mi vuelo a un alma más de las que esperaban algo de mí.

—Estás aguardando a esa muchacha —dijo con envidia, pero equivocándose.

Repliqué:

—Jamás volveré a verla.

Sin embargo, nada de esto era inútil: no hagáis caso de las apariencias. Yo iba llegando a importantes conclusiones. De hecho, vedme en mi diván en estado de llevar a término, una tarde, trascendentales razonamientos. Todavía en bata y habiendo declarado asueto por ser un día de inspiración aquel, así me halló Clem Tambow, quien llegaba pletórico de ideas propias.

No soy partidario de quien haya creído que él se condenaría por sus vicios, pese a que eran palmarios en aquella ocasión: un levantarse a horas tardías, su abotagada complexión, el desaliño de doble botonera —la sordidez misma en opinión del viejo gentil hombre La Bruyére—, un apestar a tabaco, la pelusa en el ombligo y los pelos gatunos adheridos a él, mantenido el todo a bajo precio mediante loción de afeitar, fijador para el cabello, zoquetes de seda artificial y fruslerías por el estilo, además de su aspecto de disipación señorial. Sea como fuere, Clem había estado holgazaneando en la cama como yo en ese día parduzco y solemne en Chicago, aunque perfeccionando un plan de su cosecha.

Clem estaba a punto de surgir a la vida profesional. Tan pronto como hubiese obtenido su título de psicólogo, tenía pensado conseguir un consultorio y ejercer la orientación vocacional.

—¿Tú? —le dije—. ¡Si tú nunca has trabajado en tu vida!

—Es eso lo que me convierte en el ideal —repuso, listo para mi reacción—. Estoy calmo. No es broma, Augie. ¿Recuerdas a Benny Fry, del salón de billares? Gana lo que quiere, como consejero matrimonial, y administra la prueba del conejo.

—Si es el mismo tío en que estoy pensando, aquel que usaba zapatos de plataforma, ¿no estuvo en los tribunales hace un mes por trabajar sin título?

—Sí, lo es, pero ambos podemos hacer la misma cosa en forma legal.

—Mira que no quiero ser un aguafiestas —dije, hablando por experiencia— pero ¿cómo te las ingeniarás para tener clientes?

—No habrá dificultad. ¿Te parece que la gente sabe lo que quiere? Te ruegan que se lo digas. Nosotros seremos los expertos a los que acudirán.

—Oh, no, Clem. ¡«Nosotros» no!

—Augie, yo deseo que entremos en esto juntos; no me agrada hacerlo solo. Yo tomaré las pruebas de aptitud y tú harás las entrevistas. Con la nueva técnica no directiva de Rogers, tú dejas que hablen ellos, de cualquier modo. No es difícil, verás. Oye, tú no puedes seguir pasando de un empleo de locos a otro más chiflado todavía…

—Lo sé, pero es que hoy me ha sucedido algo, ¿sabes, Clem?

—¿Por qué te obstinas? —dijo él—. Podemos ganar mucho en este negocio.

—No, Clem. ¿Qué puedo hacer yo por esa gente? Me avergonzaría sacarles dinero diciéndoles para qué sirven, en tu especie de agencia de empleo.

—¡Tonterías! No das trabajo a nadie; solo les dices en qué pueden destacarse. Así es la actividad moderna, algo enteramente distinto.

—Déjate de discutir —le amonesté—. ¿No ves que algo me ha pasado hoy a mí también?

Entonces vio que yo estaba conmovido. Declaré largamente poco más o menos lo que sigue:

—Es algo que siento acerca de las líneas axiales de la vida: hay que guardar la rectitud respecto a ellas o, si no, la existencia se torna bufonesca, lo cual oculta algo

trágico sin vuelta de hoja. Yo he de haberlas presentido de niño y deseado seguirlas; de ahí mi negativa obstinada a todos cuantos quieren persuadirme a dejarlas: es rechazo como de memoria, sin demasiada claridad. Y he vuelto a sentir su presencia recientemente. Cuando cesa el esforzarme, helas ahí otra vez, emocionantes siempre. Hace un momento, repantigado en el sofá, las he vivido como saetas que me atraviesan vibrando. ¡La verdad, el amor, la paz, la liberalidad, la utilidad, la armonía! ¡Qué velozmente pasan el ruido y los chirridos, la tergiversación, la cháchara, las distracciones, el esfuerzo, lo superfluo, como un sueño! Y creo que todo hombre puede regresar en cualquier tiempo a esas líneas axiales, si se queda quieto y espera el momento oportuno. La ambición de algo especialísimo que he tenido siempre, es solo un alarde que te impide ver esto y lo falsea en su origen: pues este es el conocimiento atávico del hombre, anterior al Ganges y el Éufrates. La vida puede organizarse en todo momento y regenerarse el hombre, sin necesidad de ser un dios o un público servidor como Osiris, que es descuartizado cada año en aras de las prosperidad colectiva; bástale ser solo un hombre que, entre finito como es, siempre podrá dirigirse a las líneas axiales. Y esto definirá su ser y su conducta y los pondrá en foco. Ese hombre vivirá en pleno goce, aun de sus dolores, si los acepta; y ni siquiera su desamparo le quitará poder, ni su errabundez le apartará de sí mismo, ni las pesadas bromas de la sociedad le tornarán ridículo, ni el reiterado desengaño le quitará su amor. Y la muerte no ha de ser terrible para él si la vida no lo es. El abrazo de otra gente auténtica disipará su temor a la transformación rápida y la brevedad de la vida. Y esto que te cuento no son imaginaciones mías, Clem, porque mi vida entera está para testimoniarlo.

—Tú eres un tío pertinaz, en verdad —dijo Clem.

—He pensado que si supiera yo más, mi problema se simplificaría. Quizá debería completar mi educación universitaria. Pero, desde que trabajo para Robey, he llegado a la conclusión de que yo no podría usar ni un diez por ciento de lo que ya sé, si se diera el caso de necesario. He aquí un ejemplo. Siendo niño, he leído acerca del Rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda, pero ¿qué haré al respecto? Me emocionaban el sacrificio y la pureza, pero ¿qué cosa he de hacer en tal sentido? Otro ejemplo son las Escrituras. ¿De qué modo se supone que las pondrás en práctica? ¡No son utilizables! Luego apilas sobre eso más consejos e información. Todo añadido de información que no puede usarse es peligroso de por sí. Comoquiera, hay un exceso de cosas de este tipo —esto he comprendido—: demasiada historia y demasiada cultura con que tratar de estar al día, demasiados pormenores, demasiadas noticias, demasiados ejemplos, demasiada influencia, demasiados tíos que te dicen que seas como son ellos; toda esta enormidad, esta abundancia, esta turbulencia, estas cataratas del Niágara, ¿quién ha de interpretarlo todo? ¿Yo? No tengo el magín necesario para dominar la materia. Me entusiasmo y me dejo arrastrar. Mis sentimientos se ven menoscabados si es que debo acumular conocimiento para trocarme en una enciclopedia. Un hombre puede pasarse cuarenta, cincuenta o

sesenta años preparándose para la vida dentro de los muros del propio ser. Toda experiencia ocurriría entonces dentro de dichos muros, lo mismo que todo logro y todo embrujo. Aun el odio, lo monstruoso, la envidia y el crimen quedarían encerrados allí. Este es un sueño espantoso acerca del existir. Es mejor ponerse a cavar y golpear a otros tíos con tu pala que morir dentro de los muros.

—¡Vamos, hombre! ¿Qué cosa estás tratando de demostrar?

—Ninguna. ¿Crees que es tal mi anhelo? Casi toda persona que conozco, ha querido demostrar de un modo u otro cómo mantiene ella la coherencia del mundo, lo cual obedece al esfuerzo necesario para mantener la propia, que es mucho. Pero no requiere trabajos forzados o no debería exigirlos ese esfuerzo. El mundo se sostiene por sí solo para beneficio tuyo. Así, pues, yo no deseo ser un alma ejemplar ni representativa ni cabeza de mi generación o ningún modelo de hombría. Lo único que quiero es algo que sea mío y capacidad de reflexión. Por eso hablo tanto ahora y me siento tan excitado. Quiero tener casa propia. Si la casa estuviera en una montaña helada de Groenlandia, pues yo me marcharía a Groenlandia sin más ni más y nunca me prestaría en lo sucesivo a los designios de ningún otro tío.

—Dime, entonces, antes de morirme de impaciencia, ¿cómo es este asunto tuyo?

—Pues nada, que intento conseguir una propiedad y fijar mi residencia en ella. Puede ser aquí mismo en el estado de Illinois y estaría muy a mi gusto, aunque no me desagradaría Indiana o Wisconsin tampoco. No te inquietes, que no estoy pensando en convertirme en granjero, si bien no rechazaría algún trabajillo de campo, pero lo que más me regocijaría es casarme y fundar e instalar una suerte de hogar-escuela. Me casaría —y, por supuesto, mi mujer tendría que estar conforme con mi plan— y pondría este en práctica, sacando a mi madre del asilo para ciegos y a George, mi hermano, del Sur. Simón me daría un préstamo, para comenzar. Desde luego, no confío en mí como para instaurar las Islas Felices, ni me considero ningún Próspero. No tengo la contextura necesaria. Hija no tengo. Nunca he sido rey, por ejemplo. No, no, no estoy buscando algún Píndaro hiperbóreo que vive con los dioses una vida sin lágrimas y sin vejez.

—Hombre, esto es lo más fantástico que te he oído decir hasta hoy. Un proyecto digno de ti. Me enorgulleces, aunque me abruma el pensar qué cosas cavilarás bajo tu exterior calmo y sosegado. Dime, ¿dónde piensas reunir los chavales que necesitas para tu hogar-escuela?

—Quizá me acredite el condado o consiga licencia estatal para la crianza de niños ajenos y pida niños a los asilos. De ese modo estaría resuelto el asunto del mantenimiento, además, y contaríamos con los niños.

—Sin contar los tuyos, ¿verdad?

—Claro que sí. Me encantaría tener niños propios. Ansio tenerlos. Y los de asilo, que lo han pasado mal…

—… y podrían convertirse en un Dillinger, un Banghart o un O’Connors. Ya sé que has cifrado esperanzas en esto. Crees que, a fuerza de amarles, les transformarás

en copias de Tolstoi y Miguel Ángel, les darás su oportunidad en la vida y les rescatarás; tú habrás de ser santo patrono y padre excelentísimo de todos ellos. Mas si les vuelves tan buenos, ¿cómo caminarán por la vida? Tendrán que aislarse sin remedio.

—No, de veras. Yo estaría feliz viviendo con ellos y sus trastornos. Les construiría un taller para trabajos en madera. Tal vez aprendería a reparar mi coche. Mi hermano George puede ser el instructor en materia de calzado. Acaso me dedicaría al estudio de idiomas, para enseñarlos luego. Mi madre podría sentarse en el pórtico, rodeada de los gallos y los gatos. Quizá podríamos instalar un semillero o plantío…

—Y también querrás ser rey —dijo Clem—. Hijo de tu madre, lo que te tienta es reinar sobre esas mujeres y niños y tu hermano retardado. Tu padre abandonó a tu familia y tú también, un tanto, así que ahora pretendes resarcirles.

—Siempre puedes buscar roña y lloverán malos motivos —le dije—. Lo que sí puedo afirmar es que yo no deseo tener motivos inaceptables. No sé nada de mi padre, el desdichado aquel, que hizo al fin lo que muchos otros: meterse y luego salirse de una situación. Al parecer, en pos de libertad. Lo probable es que lo haya hecho por obra de algún inconveniente o padecimiento suyo. Pero ¿por qué causa debería yo trampear en algo como esto, si estoy buscando lo duradero y tratando de aproximarme a las líneas axiales de la vida? No parecerá tan magnífico este proyecto a la gente, aunque sé que no debo tratar de enfrentar la vida en su nivel complejo, loco y absurdo. Quiero comenzar por abajo, donde reina la simplicidad.

—Te deseo buena suerte —dijo él—. Pero no creo que pueda suceder jamás.

Pues bien: ya tenía yo esta idea de ley, mi proyecto. Y me hallaba en el punto decisivo. Por un tiempo pensé que podría casarme con Sophie, en mi premura de arrancar, cuando repentinamente estalló la guerra en una terrible tarde de domingo y en adelante no hubo otra cosa que la guerra en que pensar. Y me dejé arrebatar por ella: de la noche a la mañana no pensé más en mí. ¿Adónde fue todo lo que concernía a mi persona? Estaba como extraviado en alguna parte. Solo me importaba la guerra en sí y mi entusiasmo no conoció límite. ¿Cuánto ha de importarte tamaño acontecimiento, cuando se da? A mí me importaba sobre todo. Al principio perdí la chaveta, abominé del enemigo y quería marchar al frente de combate. En el cine me comportaba como un trastornado y aplaudía y vitoreaba durante los noticiarios. Lo que uno necesita desesperadamente, pues lo toma así tenga la oportunidad. Si alguna vez recordaba mi gran idea, la dejaba postergada para después de las hostilidades; no estaría en condiciones de llevarla a cabo mientras el planeta entero se encontrase atareado con esto otro, el proyecto infernal de la guerra, en la cual Saturnos devoradores de hombres elegían el cebo a mi alrededor, a derecha e izquierda. Hablé a mis compañeros, para asombro de las gentes, acerca del hormiguero ecuménico que

nuestros enemigos establecerían si acaso llegasen a triunfar: destino del que nadie escaparía, la humanidad íntegra bajo un solo gobierno, un desierto humano y monstruosas pirámides de poder. Unos pocos siglos más tarde, en la misma corteza terrestre y bajo un mismo sol y una misma luna, allí donde había habido una vez hombres como dioses no quedaría más que una raza de homúnculos reptantes que tratara de parodiar al universo amenazador creando una regularidad mecánica humana tan poco variable como las leyes físicas. La obediencia sería Dios y la libertad, el Demonio. No habría un nuevo Moisés que surgiera para conducir éxodo porque tampoco medraría entre las nuevas pirámides ningún nuevo Moisés que criar. Oh, sí, yo me erguí con mis arengas y me hice oír.

Me ofrecí como voluntario, pero descubrí que Bizcocho me había herniado al despedirme sobre su cabeza. Los médicos militares me hicieron toser y estuvieron contestes, tras haberme palpado, en que yo padecía de una hernia inguinal. Recomendaron una intervención quirúrgica que, para el caso, era gratuita.

Fui al Hospital del Condado a operarme, pero sin mencionárselo a Mamá, a quien nunca le participaba este tipo de cosas. Sophie dijo:

—Tú estás chiflado, dejarte acuchillar cuando estás sano y exento de la mili.

Sophie se lo tomó a pecho. Su marido había sido reclutado ya, una razón adicional —para mí— de permanecer a su lado; si yo iba a internarme en el hospital, eso significaría que no la amaba. Sin embargo, ella misma me acompañó allí. Clem me visitó, lo mismo que Simón, pero Sophie estuvo firme allí, día tras día, durante la totalidad de las horas de visita.

La operación resultó dura para mí; por un tiempo me obligó a caminar ligeramente encorvado.

El hospital estaba repleto y parecido a Carnaval y Cuaresma batallando entre sí. Se hallaba en la calle Harrison, ahí donde Mamá y yo conseguíamos las gafas de ella y no lejos del lugar donde yo había identificado los restos de un cargador de carbón; era un edificio penumbroso y retumbante de piedra parda rojiza, delante del cual circulaban rojos tranvías a campanazo limpio. Toda cama, ventana hueco o rincón estaba lleno de bote en bote, como los muros de Troya o las calles de Clermont cuando predicaba Pedro el Ermitaño. Ticosos, rengos, gentes de arnés o braguero, cojos de muleta, inspectores de zócalos, personas en silla de ruedas con la cabeza vendada, hedor y llaga y flores narcóticas brotadas de la gasa, de coloridos, horrores y profundos sumideros. En las cercanías, las voces de escotilla cantaban, gritaban y chirriaban como un concierto dado por la colección de aves tropicales del Lincoln Park. Si la jornada era cálida subía yo a la azotea a contemplar Chicago. Con sus reiteraciones, la ciudad agotaba tu imaginación de detalle y cantidad: más unidades que las células del cerebro o los ladrillos de Babel. Era el caldero de la ira, del profeta Ezequiel, sobre un fogón alimentado con huesos. Andando el tiempo se derretiría el caldero también. Un misterioso temblor, polvo, vapor y la emanación de un prodigioso esfuerzo surcaban los aires volando sobre mí y el tope del magno

establecimiento, repleto como estaba, y sobre las clínicas, los calabozos, las posadas de mala suerte, el depósito de cadáveres y la calle de los borrachos sin nombre. Como antes de la obra de Egipto y Asiria, nada eres aquí. Nada.

Vino a verme Simón y arrojó una bolsa de naranjas sobre la cama. Me regañó a gritos, por no haberme internado yo en un sanatorio en lugar del hospital. Estaba de malas mi hermano: nada ni nadie salió indemne de su invectiva.

Pero ya estaban por darme de alta, ¿a qué la diatriba? Todavía andaba yo encorvado, como si me hubiesen zurcido donde no debían, pero me aseguraron que se trataba de un percance temporal.

Pues bien, torné a la zona sur y descubrí que Padilla había puesto a una extraña en mi habitación: su huésped. A mí me puso en la suya. No era sino una formalidad protocolar, toda esta mudanza, porque él se acostaba con ella. Nunca estaba Padilla en casa; trabaja en el proyecto del uranio, en la universidad.

Donde él se alojaba realmente era un pisito mal ventilado en un inquilinato. El yeso se adhería a los listones de las paredes por la fuerza que hacía la pintura. Sus vecinos eran familias que vivían del socorro, noctámbulos que miraban por la ventana a las cuatro de la madrugada para saludar el nuevo día en calzoncillos, jovenzuelas, filipinos limpísimos y despiertos, viejas beodas y tíos taciturnos. Después de bajar varios pisos salías de esta estructura y cruzabas la entrada —de inusitada fantasía arquitectónica— alargada en sentido horizontal, un invernáculo chino en el que nada crecía bajo los marcos de color bermellón sino estacas varias, números viejos del *Chicago Tribune* y desperdicios en general. En la calle, junto a los cubos para basuras, estabas a un paso de un templo budista que otrora había sido una iglesia. Al lado, una tasca de comida oriental y un presunto estanco en el que entraban clientes con periódicos dedicados a las carreras de caballos, jubilados, mascadores de tabaco, dirigentes de distrito y gente de la policía. Me sentí desganado en este inquilinato, desmoralizado por la morralla que habitaba allí. Muchos meses me llevó el recobrarme de la operación. Y por esta época recibí carta de Thea en que me participaba su boda con un capitán de las fuerzas aéreas. Thea dijo sentir la necesidad de hacérmelo saber, pero eso me demolió. La aflicción me dejó los ojos hundidos, frías las extremidades y en cama —la mugrienta cama de Padilla—, sintiéndome deshecho.

Como es natural, de esto no podía consolarme con Sophie. No habría sido lo correcto, siquiera, el ser confortado por ella sin contarle la verdad del caso. Clem fue mi confidente, en tal trance.

—Sé cómo te sientes —me dijo—. Yo estuve encoñado, una vez, con la hija de un guardia y ella me hizo lo mismo, el año pasado. Se casó con un fullero y se mudó a Florida. Tú declaraste cerrado el capítulo, en ese entonces… Me lo cantaste claro.

—Así fue.

—Pero vosotros, los March, sois una familia de románticos. No hago más que dar con tu hermano acompañado de una gachí rubia. Incluso Einhorn los ha visto.

Estaban llevándole a hombros desde el Oriental Theatre, luego de la función de Lou Holtz, hacia la de *Juno and the Paycock*: ya sabes que no sale mucho, pero el día que se decide lo quiere completo. Le transportaba Louie Elimelek, el ex peso *welter*, selecto Einhorn con su capa negra; y con quiénes había de topar sino Simón y esta jaca que, según su descripción, es la de mi cuento. ¡Estola de visón! Vamos, la caraba.

—Pobre Charlotte —comenté, compadeciéndome enseguida de mi cuñada.

—¿Qué ocurre con Charlotte? ¿Quieres decir que a ella no se le alcanza el doble sentido de las cosas? ¿Una mujer de dinero que no sepa lo que es llevar dos vidas… o más? ¡Si es la ley no escrita de este país…!

Ya tendría yo algo más en que pensar durante mi convalecencia, cuando en realidad quería marcharme de allí a la escena de los acontecimientos mundiales, ¡algo denso!

Cierto día me hallaba yo en el costado oeste de la ciudad, habiendo sacado a Mamá a pasear en el parque. Esto nos sentaba bien a ambos, puesto que mi restablecimiento no era pleno y Mamá tenía la andadura tiesa de los ancianos ya y algo estevados sus miembros inferiores. Douglas Park estaba bañado por un sol invernal; había musgo en abundancia, bancos descuidados en tiempo de guerra, gente mayor sentada en tallos con periódicos, pieles, y un ambiente de casas estucadas y papeles volando sobre la laguna. Mi madre disfrutaba de la gélida brisa y exhibía en la tez serenos tintes de buena salud.

Me disponía ya a llevarla al hogar de ancianos cuando el coche de Simón se detuvo a nuestro lado. Con él vi a una mujer (no a su Charlotte) envuelta en pieles, guapa, cabellera de oro. En el acto, Simón me comunicó por señas que Mamá no debía enterarse de esa presencia, muy risueño él. Se apeó luego y el sendero de cemento que pisábamos no parecía apropiado para mi hermano, cuyo aspecto era magnífico. Desde el cordobán que usaba en los pies hasta los rubíes de sus gemelos, el óptimo conjunto no tenía por función cubrir las carnes solamente como la piel de cabra a Robinson Crusoe. He de confesar que el arribo de Simón constituyó motivo de envidia.

¿Había venido a visitar a su madre o meramente a mostrársela a la joven? Para identificarme ante su compañera dijo, con placer:

—¡Hermano mío! ¡Qué sorpresa me das! ¿Por qué no se te ve nunca? ¡Mamá! ¿Cómo estás?

Rodeando nuestros hombros con sus brazos, nos hizo girar para ser vistos de frente por la joven, quien saludó amistosamente con la cabeza.

—¡Magnífico! —dijo Simón—. La familia en pleno.

Me pregunté si Mamá no intuiría algo de lo que estaba ocurriendo. Pero ¿habría sabido, en su inocencia, qué pensar acerca de estos cuerpos engalanados que viajaban sobre el chasis y los mullidos cojines del Cadillac como un par de romanos en Carnaval, contemplando el desfile de las comparsas: esta moza de altivo pecho y

Simón?

Él estaba ganando ahora billetes de los grandes. Cierta compañía en que Simón tenía acciones, fabricaba un artilugio para las fuerzas armadas. Cada vez que me contaba cómo llovía el dinero en las arcas, solía reírse Simón —atónito él también— y decir que confiaba en alcanzar a Robey, mi millonario, y escribir como este un libro: entonces yo me convertiría en su ayudante. Salida esta de las que no me caen bien. Robey, por su parte, estaba apercibiéndose para marchar a Washington, aunque sin saber explicárselo acabadamente.

Habló Simón, pretextando que, visto que Mamá se encontraba bien y él no podía quedarse, me llevaría consigo por esta vez.

—Idos, muchachos, ¡adelante! —dijo Mamá, que deseaba que Simón y yo trabajásemos juntos.

Acompañamos a la viejecita hasta los peldaños de piedra del Hogar. Solos ya, Simón se adelantó a dar explicaciones, con suma gravedad. Sus palabras tenían peso para él:

—Antes que pienses lo que no es, quiero que sepas que amo a esta niña.

—¿Sí? ¿Desde cuándo?

—Hace ya bastante rato.

—Pero ¿quién es? ¿De dónde viene?

Sonriendo dijo:

—Dejó a su marido la noche en que nos conocimos, en un club nocturno de Detroit. Yo estaba de paso por allí: negocios. Bailamos y ella dijo que no viviría ni un día más con ese individuo. «Vente conmigo», le dije. Y desde entonces estamos juntos.

—¿Aquí, en Chicago?

—¡Desde luego! ¿Dónde, si no? ¡Quiero que os conozcáis! Es hora. Ella pasa mucho tiempo sola porque… ¡ya me comprendes! Le he hablado de ti. No te inquietes, le he dicho solo cosas buenas. ¡Bien! —agregó mi hermano, elevándose sobre mí gracias a sus dos pulgadas más de altura; el color rojo de sus mejillas era el de una laca… o el de la desvergüenza. Simón respondió a mi pensamiento acerca de Charlotte, diciendo—: Me imagino que no ha de ser duro para ti comprender cómo es esto.

—Imaginas bien…

—Esto no le incumbe a Charlotte. Yo no le digo qué debe hacer y de ella espero el mismo trato. ¡Que haga lo que le plazca!

—Pero ¿lo hará? ¿Está en condiciones de hacerlo, tú crees?

—Ese es problema suyo, si acaso no puede. El mío es Renée: ese es mi problema; y yo mismo también.

Por un instante, mientras él pronunciaba la palabra «también», frunció el gesto sombríamente como si hubiese estado viendo pasar a su alma a través de muchos peligros, en dirección descendente. Yo no podía calibrar tales peligros, por entonces,

pues nada sabía. Con todo, me sentía fascinado por él y por aquella nueva adquisición de Simón.

—Renée, aquí tienes a Augie —anunció mi hermano. Nunca he entendido, luego de conocerla, dónde radicaba la importancia de Renée en la vida de mi hermano.

Aunque ligera de carnes, Renée estaba bien dotada: eso no se discute. Su mostrador abultaba ricamente bajo el vestido —en París se dice *avoir du monde au balcon*[50] para caracterizar tamaña abundancia—, pero lo bueno proseguía visiblemente bajo las finísimas medias de mujer. Su tez, de lozanía extrema, se presentía fresca bajo una capa cosmética que tiraba a dorado, a la par que realzaba sus labios un acusado carmín; como frotadas con polvo de oro, las cejas y pestañas; las rubias guedejas parecían agregadas, como una peluca de la corte de Francia, y las peinetas hacían juego. De oro era la montura de las gafas y así, al parecer, el resto de las alhajas. Estoy por decir que delataba inmadurez el aspecto de Renée, si bien solo intento sugerir que la jovenzuela no cargaba con este ornato sintiéndose segura de sí: una mujerona de recia complexión habría logrado salir airosa del desafío, una persona apta para absorber sin desmedro semejante aderezo, una cofrade de la antigua hermandad de mujeres, cuyos prendedores y barritas de diamante procedentes de Asiria o de Creta excitan la curiosidad junto a las onduladas horquillas, el oro viejo y el bronce que verdean en las vitrinas de los museos: oh esas muchachas consagradas, preparadas por los sacerdotes para aguardar la secreta visita nocturna de Atisie o quienquiera que haya sido, las doncellas que tomaban parte en las calientes batallas anuales en los jardines, las voluptuosas cantantes de música profana, sirias, amoritas, moabitas, etcétera. En la línea que continúa a través de las épocas con *femmes galantes*, cortes de amor, aquitanas, infantas, los Médici, las cortesanas, las hembras descocadas de hoy hasta las modernas *boites* o la primera clase en transatlánticos de lujo y las sugestivas pasajeras para quienes los *chefs* traman platos atrevidos, tartas en forma de pez y otras sorpresas, Renée se suponía figura pero, en opinión mía, no del todo. Parecería que, para conseguirlo, basta entregarse al instinto. ¡Como si fuera tan sencillo! Porque, si empiezas así, ¿cómo sabes cuáles instintos predominarán?

Renée me pareció una muchacha sumamente suspicaz. En la forma de su nariz se ocultaba mucho de desconfianza e incertidumbre.

Tan pronto como Simón se hubo apeado del coche por un motivo u otro, surgió el primer comentario de Renée:

—A tu hermano lo quiero con toda el alma. Me enamoré a primera vista y esto seguirá hasta que me muera.

Me dio su mano enguantada, añadiendo:

—Créeme, Augie.

Dada la presunta veracidad de sus palabras, era una lástima que Renée arrojara dudas sobre ellas mediante un esfuerzo adicional. Juegos y más juegos. Un juego dentro de otro. Y, aun así, pese a tales juegos, a veces se preservan ciertas cosas dichas de corazón.

—Quiero que nos conozcamos —prosiguió—. Quizá tú no te des cuenta, pero Simón vela por ti: eres lo más querido del mundo, para él. ¡Tendrías que oírle hablar de ti! Dice que cuando hayas sentado cabeza serás un gran hombre. Yo solo deseo que me consideres como a alguien que ama a Simón y no me juzgues con dureza.

—¿Por qué con dureza? ¿Es por lo de mi cuñada?

Mi mención de Charlotte la sacudió, pese a que quedó patente que mi intención no había sido diabólica.

Simón hablaba de Charlotte sin parar. Me causó sorpresa su insistencia. Previno sin empacho a Renée:

—No me armes escándalos por Charlotte. Yo la respeto y jamás la dejaré. En cierto modo, ella está muy cerca de mi corazón…

Simón se ponía sentimental acerca de su mujer. Renée tenía que soportarlo todo sabiendo que nunca podría presentar ningún reclamo. No dejé de recordar que en una oportunidad yo había hecho lo propio, a mi manera, con Thea y Stella: me cubrí de una con otra para no colocarme a merced de ninguna. Estaba sobradamente claro. No se trataba de lo que decía Simón, ni tampoco el hecho de que él y Charlotte tuviesen propiedades indivisas. Procuré explicarle esto y apaciguarle, pero solo conseguí causarle asombro. Antes de intentarlo, sin embargo, aguardé hasta haberme percatado de la situación.

Este es el procedimiento que seguían Simón y Renée: Casi todas las mañanas, él pasaba a buscarla por su apartamento; ella le esperaba fuera o en un restaurante cercano. Entonces Renée le conducía en coche hasta la oficina, adonde no entraba, si bien era conocida por la mayor parte de los empleados.

Ella continuaba sola, a hacer compras o bien a evacuar diligencias para Simón, o le aguardaba leyendo una revista. Nunca estaba lejos de él. Al atardecer acompañaba a Simón a casa —casi hasta las puertas— y luego regresaba a la propia en taxi. Durante el día se suscitaban crisis horarias durante las cuales vociferaban, uno a otro, ella agrandando los ojos y estirando el cuello, y él, perdiendo la cabeza y propinando a veces un guantazo, crispado el rostro y las mandíbulas de furia. Simón no se había hecho componer aún su incisivo quebrado, que me traía a la memoria, a través de su pinta germánica, entre rubia y rojiza, de inversionista y empresario, al mozalbete que la Abuela Lausch había enviado a trabajar de camarero en un hotel de veraneo. El tema de discusión con Renée era, por lo común, la vestimenta, algún par de guantes, un frasco de perfume Chanel o la sirvienta. Simón mantenía que ella no necesitaba ninguna ayuda, ya que siempre estaba ausente de su casa y bien podía hacerse la cama. ¿De qué sirve una fámula en esas condiciones? Pero Renée se empeñaba en tener las mismas facilidades que Charlotte, ¡cualquiera! Estaba plenamente informada acerca de Charlotte, con mayor asiduidad que una hermana, y a menudo iba a la misma *boite* o al mismo estreno que aquella, en el mismo día. Y así la estudiaba en sus pormenores, sin descanso. Exigía idéntico trato, cuando menos, y en tanto se trataba de bolsos, vestidos, zapatos de lagarto, gafas de arlequín o el mechero

Ronson, podían quedar satisfechas sus demandas y muy bien. Pero el día en que pidió un coche de su propiedad, tal como el de Charlotte, hubo una batalla campal.

—¡So pedigüeña! —le dijo él, a grito pelado—. ¿No ves que Charlotte tiene dinero propio?

—¡Pero no lo que tú quieres! ¡Eso lo tengo yo!

Simón rugió:

—¡No te engañes, hija mía! ¡Muchas tienen lo mismo que tú!

Esta fue una de las pocas veces que mi presencia turbó a Simón; por regla general no lo estorbaba el tenerme por testigo de sus arranques de furia. Renée, por su parte, luego de su proyectada alocución del principio acerca de la necesidad de conocernos, casi nunca dirigía la palabra, dando por sentado que estaba todo dicho:

—¿Ves cómo se pone tu hermano, cómo es? —exclamó.

No, no veía yo cómo era mi hermano; antes que eso, lo que veía es que él pasaba la vida rabiando, abierta o embozadamente.

De pronto, Simón estallaba:

—¿Por qué no has ido a ver al médico? ¿Hasta cuándo descuidarás esa tos? ¿Cómo sabes que no tienes nada en el pecho? —Lo cual me hacía dirigir la mirada hacia este de modo encubierto: un pecho como el de cualquier criatura, bajo las pieles y la seda, bajo el sostén, bajo los senos: ahí estaba él—. Pues no, señor, no fuiste: lo sé porque te he seguido la pista, ¡mentirosa! Llamé por teléfono, ¿o te creerás que me siento demasiado señorón para averiguar y enterarme, o que temo que la noticia llegue hasta Charlotte? —Renée se trataba con el médico de Charlotte; por supuesto este no tenía igual—. ¡Pues nada, que lo hice! Tú no apareciste. ¡Jamás dices la verdad! ¡Nunca! Dudo de que la digas en la cama: ¡Aun cuando dices amarme, estás disimulando algo!

He aquí una muestra de su crónica irritación disfrazada de solicitud.

Yo sentía impaciencia por curarme de mi hernia y marchar a guerrear. ¡Dejadme coger la delantera…!, pensaba yo, con entusiasmo, ¡y veréis! Pero no me encontraba en condiciones físicas de hacerlo y, entretanto, tenía un empleo provisional en una firma de máquinas comerciales. Era un empleo especial, algo selecto en que me había colocado merced a la escasez de mano de obra masculina. Si yo hubiese perseverado en él, podría haberme convertido en un príncipe de viajantes que se trasladaba a St. Paul dos veces al mes en coche salón, fumando cigarros, apeándose dignamente en la estación, respirando vapor invernal y sosteniendo una cartera. Mas no, yo tenía entre ceja y ceja el meterme en la guerra.

—¡Pedazo de cernícalo! —me espetó Simón—. ¡Y yo que confiaba en verte llegar a la edad madura! Pero eres más tonto que una mata de habas y vas a lograr que te maten. ¡Así que si quieres ir a dejarte balear, vendado hasta las orejas, o vomitar en el lodo por comer piel de patatas, pues ve y muérete como un perro! Mal

negocio ha hecho Mamá teniendo un solo hijo normal. ¿Y yo cómo quedo? Solo en el mundo. ¡No sé cómo me las arreglo, que nunca gano!

Pero yo seguí adelante, contra viento y marea. Salvo que ni el Ejército ni la Marina me aceptaron y entonces me contraté con la Marina Mercante. Debía ir a adiestramiento a Sheepshead Bay.

En mi siguiente encuentro con Simón —fue en la calle Randolph—, él no se comportó como de costumbre. Me propuso comer algo juntos porque estábamos frente al restaurante Henrici's, que exhibía fresas fuera de temporada en el escaparate. Allí le conocían los camareros, pero Simón se mostró apagado en lugar de usar su arrogancia, lo cual habría estado dentro de la normalidad. Cuando nos hubimos sentado y Simón se quitó el sombrero, me sobrecogió su palidez cérea.

—¿Qué sucede, qué te pasa? —pregunté.

—Renée intentó suicidarse anoche, con somníferos. Llegué cuando estaba a punto de perder el sentido, así que la sacudí, la abofeteé, la hice caminar de aquí para allá, la metí en un baño frío hasta la aparición del médico… y está viva. Saldrá del paso.

—¿Ha sido una intentona seria? ¿Con todas las de la ley?

—El médico dice que nunca estuvo en peligro Renée. Tal vez no supo cuántas pastillas tomar.

—Eso no me parece probable, a mí.

—A mí tampoco. Acaso todo haya sido fingido. Tiene pasta de impostora. Ni fue esta la primera vez, no vayas a creerlo…

Al oírle, presentí pugnas que nunca tendrían demasiado sentido, y esto me afligió.

—Actuando una vez y otra, las gentes terminan siendo algo, con todo —comentó Simón—. Se dejan arrastrar por sus impulsos.

Prosiguió:

—Mira, si quieres pagar un precio exorbitante por procurarte un placer, conformes, no está mal. Pero supón que todo sea pagar, sin obtenerlo. Entonces, has pagado por tu deseo, no por lo obtenido. Pagar el precio significa eso; si no, ¿en qué radica eso del precio? Y el pago lo haces en algo que puede llegar a faltarte.

—Ojalá hubiera algo que yo pudiese hacer por ti…

—Puedes empujarme al paso de una locomotora, si quieres.

Simón comenzó a relatar lo sucedido. Charlotte se había enterado de la existencia de Renée.

—Creo que lo sabe desde tiempo atrás —dijo Simón—; presumo que Charlotte ha preferido aguardar.

Habría sido asombroso que Charlotte lo ignorara, por cuya mente se colaban todo el tiempo pensamientos y datos acerca de Simón. Él era bien conocido en el centro de la ciudad. El camarero que trajo las fresas en platos de peltre, por ejemplo, dijo: «Aquí las tiene usted, señor March».

Renée acompañaba a Simón a todas partes; esto es: ambos jugaban continuamente con la posibilidad de ser descubiertos. ¿Por qué lo conducía ella casi hasta la puerta

de su casa? Un día, después de ese rito, recogí un peine dorado del piso del coche y Simón comentó:

—Maldita sea, está volviéndose descuidada —y guardó el peine en su bolsillo.

No era posible que en el transcurso de dos años Charlotte no hubiese hallado nunca nada; cabellos rubios, pañuelos de mujer o cerillas en la guantera, de restaurantes a los que Charlotte no iba; o que no supiese leer en los pormenores del regreso al hogar de Simón, hombre casado con sombrero y periódico de la noche, beso en la mejilla o jocosa palmada en el pandero, que él había estado con una mujer cinco minutos antes. Era inevitable. Me figuro que, por un trecho, Charlotte se dijo: «Ojos que no ven…». Lo cual no me sonaba a preconcebida ceguera sino al dominio de sí de una persona de las que todo lo planean insondablemente. Alguien que está luchando por su vida con un oso pardo y que mientras tanto trama qué ha de hacer el próximo domingo, a quiénes invitará a comer y cómo dispondrá la mesa.

Con Charlotte nadie podía estar tranquilo. Quizá entendía ella que el mucho ruido empujaría a Simón a la temeridad y la imprudencia —para satisfacer sus nociones románticas del honor—, de modo que esta mujer prefería la cautela.

En cierta ocasión me explicó esto:

—Tu hermano necesita dinero, y mucho. Si no lo tuviese para gastárselo, pues moriría, tenlo por seguro.

Esto me dejó pasmado. Era una calurosa mañana. Estábamos ambos en la soleada sala de estar del rascacielos, adornada con ruda magnificencia, donde reinaba Charlotte entre jarrones y brisas cálidas que agitaban las plantas, convertida ella misma en colosal figura —bata de raso blanco y boquilla en sus labios pintados— de aspecto tan severo como el de cualquiera de sus tíos y primos Magnus. Charlotte estaba dándome, entre otras novedades, la de que su empeño era a secas salvar la vida de Simón.

Es verdad que este necesitaba mucha pasta. Renée llevaba el mismo tren de vida que Charlotte. Simón no dudaba de estar en lo correcto: tenía consigo mismo algo así como el compromiso de no rebajarse a vivir módicamente. Cuando él y Charlotte partían de vacaciones a Florida, la otra venía detrás y se alojaba en un hotel de lujo, como ellos. No le preocupaban tanto los gastos en que incurría. La esclavitud de un constante maquinar para organizar su tiempo es lo que emponzoñaba su vida. Simón había desafiado a su mujer y acto seguido se encontraba doblemente casado.

¡Pobre Simón! Yo compadecía a mi hermano. Me decía a cada instante que su aventura amorosa no era más que un episodio, pero ¿cuánto dura un episodio? Su teoría postulaba que, a la postre, Renée acabaría casada con un hombre adinerado. Estuve presente en una discusión de aquellas.

—Este Karham me ha preguntado en el club acerca de ti —dijo Simón a Renée —: quiere salir contigo.

—No saldré.

—Saldrás, saldrás. No seas boba. Tenemos que encontrarte algo. Este tío está bien

forrado. Soltero. En el negocio de la pavimentación. ¿Qué más quieres?

—Me da igual lo que tenga. ¡Es un viejo horrible, un aborto! Llena de puentes la boca. ¿Quién te crees que soy? ¡Déjame en paz!

Enfadada, se cruzó de brazos, sosteniendo sus menudos bíceps —usaba, siendo verano, un vestido sin mangas— y se quedó con la mirada perdida en lontananza. Hay que recordar que tales intercambios ocurrían casi siempre en el coche.

Dije a Simón, más tarde:

—Eres tú con quien piensa casarse.

—No; Renée apunta a quedarse conmigo, pero así como está, pues así se beneficia más que como esposa.

—¡Pues mira que eres presumido, Simón! Vale decir que ella no encontrará ocupación mejor que andar rodando por las calles mientras tú haces tus visitas de negocios, ¿eh?

Pero lo que Simón estaba contándome ahora en Henrici's es que pocas semanas atrás le había dicho Charlotte, saliendo de su retraimiento, que esta aventura ya había durado demasiado. Ahora mismo debería concluir. Hubo rencillas mil. Pero no por estar él en desacuerdo con Charlotte. Simón estaba convencido de que el asunto debía terminar y se lo comunicó a Renée: lo que pasó con esta fue aún peor. Renée gritó, amenazando hacerle un juicio, y luego se desvaneció. Intervino el abogado de Simón, a todo esto. Les convocó a una reunión en su bufete para dar fin a las hostilidades. A Renée se le dijo que Charlotte no comparecería, pero sucedió lo contrario. Renée la puso a caldo. Charlotte la abofeteó y Simón también. Por último lloraron todos, lo cual me pareció razonable.

—¿Por qué tuviste que abofetearla?

—Tendrías que haberla oído para entenderlo. Tú habrías hecho lo mismo —dijo Simón—. Me arrebaté.

Por fin, Renée acordó volverse a California, siempre que recompensaran adecuadamente su esfuerzo. Y se marchó. Pero ya estaba de regreso, diciéndose preñada.

—No me importa —repuso mi hermano—. Eres una sinvergüenza. Te fuiste sabiendo que volverías enseguida.

Hubo un silencio y ella colgó el receptor. Entonces tuvo Simón presentimiento de que Renée se mataría. Cuando hubo llegado él al hotel, Renée ya había tragado las píldoras.

Renée estaba en el cuarto mes de gestación.

—¿Qué haré? —quiso saber Simón.

—¿Qué puede hacerse? Nada. Ahora habrá aquí un chaval. ¿Quién puede decir que no fue esta la manera en que tú, George y yo vinimos al mundo?

Traté de consolarle lo mejor que pude.

23

Si la gran galaxia de Andrómeda tuviera que fiarse de ti para sostenerse, ¿dónde estaría ya, sino en el infierno? March, deja que el alma profética de este ancho mundo, soñando con el porvenir (S. T. Coleridge), convoque a sus gigantes y movilizadores, Césares y Atlas. ¡Pero tú, lastimoso recluta, dónde entras tú en todo esto! Ve y despósate con una amantísima esposa y establécete en la granja y academia de March; y no obstruyas el camino cuando las naciones están mostrándose los dientes. Amigo mío —dije para mis adentros—, relájate y reposa de todo esfuerzo. La época está en manos de hombres poderosos para quienes tú no eres más que el ejemplar de un solo producto en la mente del jefe de una gran compañía Sears, Roebuck: y hete aquí deseando hacer lo correcto y no llevar una vida de desengaño (¡sic!).

Mi conciencia ya había tomado su decisión, no obstante. Yo estaba comprometido y no podía quedar atrás; por fin sonó la última hora. La lluvia y el viento mantenían baja la humareda de Chicago, empapada y húmeda de la ciudad, y chorreando lágrimas a los pilares de la estación de la calle de La Salle. Clem me habló así:

—No pidas demasiado a tu suerte. No te arriesgues a una enfermedad venérea. No cuentes a nadie tus secretos, para satisfacer su curiosidad. No vayas a casarte sin previo compromiso de seis meses por lo menos. Si caes en desgracia, siempre tendré un puñado de dólares de sobra que allegarte. Fui aceptado en la llamada *Purser's and Pharmacist's Mate's School* (Escuela de Sobrecargos y Asistentes de Farmacia) de la Marina Mercante. Tuve, en un principio, un conflicto con un psiquiatra. ¿Por qué había indicado yo con una cruz que había padecido de enuresis nocturna? Insistí en que no había tal cosa. El psiquiatra me señaló la crucecita que yo mismo había dibujado como respuesta afirmativa.

—¿No comprende usted que el llenar veinte cuestionarios y rendir cinco exámenes después de haber pasado treinta horas sin dormir en un tren justifica un único desliz? —dije yo.

—Pero ¿por qué este desliz y no otro? —arguyó astutamente y yo comencé a odiarlo pero mucho, viéndolo sentado sobre su plácida y pálida retaguardia mientras su mirada indolente llegaba a conclusiones poco gratas acerca de mí.

—¿Quiere usted que yo confiese que mojo la cama aunque no sea así? ¿O insinúa que me gustaría hacerlo?

Él me comunicó que yo adolecía de un temple hostil.

Comoquiera que sea, antes de iniciarse las clases fuimos enviados a la Bahía de Chesapeake para un crucero de adiestramiento. Navegamos de arriba abajo, al coruscante calor del día. La embarcación era un armatoste de varias cubiertas del tiempo de Mackinley. Tahona flotante pintada de blanco y polvorienta de harina, el buque chapaleó a la ventura durante la semana íntegra. Los transbordadores sureños pasaban de largo, elegantes y veloces. O los portaaviones con su carga volante de

juguetería y monstruosas columnas de humo negro. De ocho veces hasta diez por día estábamos entregados a los zafarranchos de hundimiento o incendio. Los botes caían estrepitosamente de sus pescantes; los reclutas se metían en ellos descolgándose de cuerdas o redes, bulliciosos, jugando de manos, haciendo payasadas de toda suerte y, en general, comportándose de manera escandalosa. Y luego, a remar, por horas y más horas, con las aguas rizándose en derredor como lecho de escarolas.

En las horas de reposo, podías tomar sol, en la popa de abanico de esta vieja panadería vertical en cuya estela nos seguían —o se apartaban— cuévanos, lechuga podrida, naranjas, excremento y cangrejos pequeñines. Barnizado de azul el cielo y un sol de dorados haces. Todo esto me hace pensar en un lienzo de Hyeronimus B., el celebrado pintor. En él se ve a un puñado de tontos que bogan mientras otros tantos bateleros les sustraen las viandas mediante remos ahuecados como cucharones; se ve la plácida barca con sus excursionistas rascacuerdas; en un árbol próximo está espetado un pollo, presidido por una calavera. Otras escenas convocan idénticas asociaciones de ideas: huevos atravesados por cuchillos, trotando con piececillos veloces; hombres metidos en valva de ostra, siendo transportados hacia un banquete caníbal. Arenque, carne y demás vituallas. No faltaban en aquel tiempo ojos vigilantes, sin embargo, y dispuestos a cualquier travesura, quizá, pero ¿cómo lo sabes? O los ricos reyes de Belén. José junto a un fuego de leña menuda. Más allá en la pradera, ¿qué está sucediendo? Un lobo sangra por una cuchillada y despacha al porquerizo que se la ha inferido; alguien más corre como loco en dirección a las ridículas torres de una ciudad, los castillos de majadores de patas y ollas, los baños María y los ahumaderos que denotan habitación humana.

Comíamos a discreción, navegando: tortas de sartén, chuletas, jamones, chile con carne y arroz, helados y pastel de manzana. Hablar, se hablaba de comida y de la lista de platos; y se recordaba la cocina casera…

El sábado amarramos en Baltimore, donde nos estaban aguardando las zorronas del puerto en Clap Hill y las sectas para convertirnos mediante la letra impresa. Hallamos que había correspondencia. Simón acababa de ser rechazado del servicio activo por un oído enfermo: «Una forma de zafarse que yo podría haber utilizado antes», escribía. A Clem las cosas no le salían bien en su nueva profesión. De Sophie Geratis, dos cartas: estaba con su marido en el centro de adiestramiento Blandings (Sophie fue despidiéndose con distintas misivas). De Einhorn me llegó un saludo (reproducido con mimeógrafo) para todos sus amigos soldados, lleno de sensiblería cursilona y malas chanzas. En una posdata personal, agregaba que Dingbat, su hermano, estaba acantonado en Nueva Guinea; Einhorn padecía al presente de un quebranto de salud.

Y, a todo esto, más semanas de encierro en el buque, que no hacía otra cosa que surcar las aguas de la bahía; las mismas olitas de escarola, los mismos altavoces estentóreos, el juego de manos en cubierta, la práctica de saltar a los botes de salvamento, el salobre aroma del mar, el sol, las diabluras y el constante insistir en

unos pocos elementos como para ensordecerte, como única estrategia de adiestramiento.

A la larga fuimos devueltos a Sheepshead, donde empecé a estudiar teneduría de libros y enfermería de a bordo. La parte científica fue mi consuelo. En tanto pudiese yo seguir perfeccionándome —calculaba—, todo lo demás podía pasar.

En Nueva York se encontraba Sylvester y también Stella Chesney, la muchacha a quien socorrí un día para que huyera de México. Desde luego, a ella dediqué mi primera visita. La llamé por teléfono, estando con permiso de salida, y me invitó a su casa. Compré una botella de vino y gollerías de la estación, y allá fui. Por supuesto, me dije que podría contar con el dinero que me adeudaba ella y cosas por el estilo, como si no me conociese de sobra.

¿De qué sirve la guerra sin el aditamento de un amor?

El lugar donde vivía Stella estaba en una zona de talleres de costura, silenciosa en día sábado. El entusiasmo bullía en mi sangre mientras iba yo subiendo las escaleras, pero me previne respecto a retomar donde lo habíamos dejado en Cuernavaca. Si Oliver estaba en la cárcel, Stella debía de andar en otras compañías.

Pero ahí estaba el objeto de tanto cálculo —con aspecto de lozanía— lanzándome una mirada llena de inocencia y, por lo que noté, contento de estar viéndome. ¡Cuánta belleza! Mi corazón latía sin piedad. Ya me veía sometido, mordiendo el polvo de las lides del amor, y a Eros con el pie del vencedor sobre mi rostro, forzándome a intentar imposibles.

Stella hizo en mí la misma impresión que me había hecho en México a primera vista. La recordé con el vestido de encaje que había usado en la audiencia en la que Oliver fue sentenciado por haber sacudido el polvo a Louie Fu. Me pareció estar viéndola en las sierras, bajo el encerado, con sus enaguas levantadas. Y ahora, ante mí, las mismas piernas de entonces, sin medias —según comprobé bajo el tragaluz.

—¡Este sí que es un placer! —dijo ella y me estrechó la mano. Yo estaba endomingado con mi uniforme flamante, sintiendo sobre mi lomo la ropa interior, los calcetines, mis zapatos nuevos y las ropas de combate, sin contar la gorra blanca y los símbolos bordados en mi cuello.

»No me has dicho lo de haberte enganchado: ¡qué sorpresa!

—Es que aún me sorprendo de verme.

Pero mi mente discurría a toda prisa: ¿besarla o no besarla? Recordé el beso que Stella había plantado en mi mejilla y reviví la sensación del zócalo, el calor y sus labios. Con el rostro arrebolado resolví desnudar mis pensamientos y le dije:

—Pues nada: que no me decido a besarte. ¿Estará bien hacerlo?

—¡Hombre! No creemos ningún conflicto —rio, accediendo. Apoyé mi boca en la forma en que lo había hecho ella en otro tiempo y enrojecí instantáneamente, como por un fluir eléctrico. Stella, sonrojada también, pareció complacida de los resultados.

¿Acaso era ella menos llana de lo que parecía? Bueno, tampoco estaba yo libre de móviles y ulterioridades.

Nos sentamos a conversar. Stella quería enterarse de todo.

—¿En qué andas? —inquirió. En realidad esto significaba: cuando no estás mezclado con una mujer joven, rica y guapa, o domesticando águilas, o convertido en un tahúr.

—Me cuesta decidirme. Ahora mismo pienso que he nacido para ser maestro. Quiero familia y casa propia. Estoy harto de errar por el mundo.

—¡Ah, te gustan los niños! Serás un buen padre.

Stella era maja… De repente sentí el deseo de darle todo lo que poseía yo. Empecé a erigir complicados castillos en el aire. Quizá Stella lo dejaría todo por mí. Si tuviera otro hombre, lo abandonaría sin demora. O, tal vez, él moriría en un accidente en la carretera, o bien volvería con su mujer e hijos. Tal vez sepas, oh lector, cuánta vanidad hay en tales imaginaciones. Dioses caritativos, ¡no me expongáis al ridículo! Mi corazón hervía; me sentí aturdido por su presencia femenina.

Stella gastaba chinelas de terciopelo. Su cabellera oscura ascendía hasta apilarse sobre la cabeza en tres formas distintas. Faldas anaranjadas. Los ojos relucían tiernos, dulces en su mirar. Me pregunté si podía resultar tan fresca toda ella sin el concurso de un amante, y permití que esta idea me atormentara por un momento.

Cifré mi esperanza en sus palabras acerca de mi posibilidad de ser buen padre. ¿Qué era de la vida de Stella, entretanto? Me resultó difícil sacar algo en limpio. Stella mencionaba cosas desconocidas para mí: colegios de mujeres, su carrera musical, su carrera escénica, la pintura… Prueba de la existencia de por lo menos un colegio eran los libros que había en la habitación; de su carrera musical, un piano; de su vida en las tablas, una serie de fotografías con dedicatoria y una máquina de coser de treinta años de antigüedad (con la cual yo relacionaba el vestuario de actriz). Sus fotos pendían de las paredes y mostraban flores, naranjas, camas, desnudos en el baño. Stella habló de trabajar en la radio, nombrando los casinos de oficiales y un programa llamado «Stage-Door». Hice lo que pude por seguir los meandros de su conversación.

—¿Te gusta mi casa? —quiso saber Stella.

No era casa sino un único cuarto espacioso y anticuado, de techo alto y con molduras archiducales que representaban peras e instrumentos musicales. En aquel cuarto había plantas, un lecho muy adornado, peces, un perro y un gato. El perro, viejo ya, respiraba con ruido. El gato jugaba en torno a los tobillos de Stella, arañándoselos. Le aticé con un periódico enrollado, prestamente, pero a Stella no le agradó. El gato se encaramó en su hombro y, al decirle ella: «Beso, Ginger, besito», él le lamió la mejilla.

Enfrente estaban los talleres de costura de cuyas ventanas, resguardadas por sobrevidrieras de red, pendían trocitos de paño que ondeaban al viento. Surcando el azul desde California hasta Gran Bretaña, pasaban aviones con su poderoso runrún. Stella sirvió el vino, mi contribución, y al punto percibí un latido en la antigua herida

en la cabeza. El vino me llenó de ansias amorosas, pero pensé: «Hay que considerar su dignidad». En Cuernavaca quise alejarme de ella. ¿Por qué creerá ahora que estoy enamorado? Quizá no deba enamorarme, tampoco. ¿Y si resulta una mujer de la índole de Crésida, tal como Einhorn solía llamar a Cissy F.?

—Todavía pienso pagarte el dinero que tuviste la gentileza de prestarme —me dijo.

—¡Por favor! No he venido a recuperarlo.

—Es que probablemente lo necesitas ahora mismo.

—Ni siquiera he tocado la paga del mes pasado.

—Mi padre me remite una mensualidad desde Jamaica. Por supuesto no me alcanza. No me ha ido bien en los últimos tiempos.

Esto no fue dicho en tono de queja, sino en el de que pronto se resolverían sus cosas.

—Oliver me hizo retroceder. Yo dependía de él, y me creía enamorada. ¿Estabas tú enamorado de la muchacha aquella?

Asentí y me alegro de no haberle mentido, que conste.

Ha de haberme detestado.

—Se casó con un capitán en el Pacífico.

—Lo siento en el alma.

—No, por favor. Esto se ha terminado hace ya meses.

—Me quedé sintiéndome injusta; pero tú eras la única persona que podía ayudarme. Nunca supuse que…

—Celebro haberte auxiliado. Me sentó bien.

—Eres muy amable. Pero te diré, ya que todo ha terminado, que en esos momentos pensé que estábamos en las mismas. Decían las gentes…

—… Que ella salía de caza sin mí —dije, esperando que no mencionase a Talavera.

—Te metiste en apuros sin saberlo, como yo, y tal vez te lo merecieras, como yo. Fue un escarmiento. Yo iba con Oliver camino de Hollywood. México era apenas una diversión.

—Oliver iba a hacer de mí una estrella de cine. ¿No te parece absurdo?

—No; no, señor. Serías una estrella de primera magnitud. ¿Cómo pudo hacerte eso aquel, si sabía que marcharía preso?

—Me engañó porque por un tiempo estuve enamorada de él.

La palabra «amor» en labios de ella se me iba a la cabeza.

En mi mente, yo seguía construyendo castillos en esferas cada vez más altas y perpetrando, al unísono, sinfín de delitos para lograr mis propósitos. El gato me arañó la mano al saltar al suelo. Pronto ha de sangrarme la nariz, de pasión, pensé. Por momentos me sentía craso e inflado y, por momentos, mi alma discurría en las alturas con sus almas gemelas, tan brillantes.

—Peor que absurdo —dijo Stella, entre categórica y mordaz.

¿Peor aún? ¿Se refería a cómo había tenido que salir del paso? No necesitaba decirlo. Me dolió que creyese precisas las explicaciones. Las piernas hubieran cedido bajo mi peso, de no haber estado sentado yo.

—¿Qué te ocurre, por Dios? —dijo Stella, de corazón.

Le rogué que no se burlara de mí.

—Cuando yo jugaba a los naipes cubierto de vendas en el restaurante del chino, ¿cómo llegaste a imaginar que estábamos en las mismas?

—Estoy segura de que recuerdas cómo nos miramos aquel día en ese lugar en que había una especie de mono.

—*El kinkajou.*

Cruzando las manos en su regazo y juntando las rodillas como para sostener esas manos que yo admiraba, Stella dijo:

—Nadie debería pretender ser absolutamente honesto en toda situación. Ojalá pudiera serlo yo en un setenta por ciento, aun un sesenta… o menos.

Juré que ella debía de ser honesta en un ciento diez por ciento —¿qué digo?—, un doscientos, sin más ni más.

Y entonces declaré lo que no esperaba:

—Nadie debiera ser intencionadamente misterioso, Serlo sin intención alguna ya es suficiente misterio.

—Traté… cuando menos contigo.

Era sincera, lo presentí. Su garganta henchida era prueba de emoción.

Mi cuerpo —que es, acaso, todo lo que soy y seré—, criatura empeñosa, estaba a merced de toda suerte de corriente. Yo anhelé rodear con mis brazos las piernas de Stella, pero me pareció mejor dejarlo para luego. Pues ¿por qué debía yo presumir que estaba bien hacerlo?

Dije entonces, desmañadamente:

—Sí, ya ves cómo estoy situado respecto a mis sentimientos hacia ti. Si estoy cometiendo un error, mejor será que me lo digas.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Pues, por lo pronto, no hace tanto que he llegado aquí. Pensarás que voy demasiado aprisa, en primer lugar.

—¿Y en segundo? ¿Por qué estás hablando tan despacio?

¿Acaso estaba hablando de manera inusitada? Ni siquiera lo sabía.

—En segundo lugar, pienso que hice mal en regresar de Cuernavaca…

—Tal vez puedas rectificar eso ahora mismo.

Entonces me hinqué y abracé sus rodillas. Stella se inclinó para besarme. Yo me hubiera dado prisa, pero su idea era otra. Me dijo:

—Mejor que encerremos a los animales en la cocina.

Ella se encargó del perro y yo del gato. La puerta de la cocina no tenía más traba que un calvo encorvado. Stella levantó el cubrecamas y entre ambos nos desnudamos.

—¿Qué andas murmurando? —susurró Stella en la cama. Yo no estaba consciente

de ello; temía que Stella se diese un topetón contra la pared y traté de guarecerla con mis manos: entendido esto, ella me ayudó. Estaba hambriento. La besé hasta que ella conservó mi labio entre sus dientes, succionándolo. Nada podía ser hecho ya con esfuerzo, ni quedaba nada que intentar.

¿Era Stella una vanidosa, un ser dañino o cínico? No importaba ya. ¿No escarmentaba yo? ¿Era un hombre de pocas luces, trabucador, transitorio, indigno de confianza? Ni importaba ni tenía sentido alguno. La verdad, la esencia de cada uno de nosotros simplificaba la descripción.

Le dije que la amaba. Era cierto. Sentía en mí que había arribado al final de mis trabajos y de mi ansia. Y esto era concluyente. Durante aquel fin de semana nos besamos, cuchicheamos y nos gloriamos uno en otro, el cielo fuerte y azul daba paso a un sol hermoso y altivo. Solo nos levantamos para llevar al perro —a Harry— a la azotea. El gato caminó sobre las frazadas sobando nuestros cuerpos con sus zarpas. Un par de tíos jugando a las cartas en un taller de enfrente es la única gente que vimos durante ese intervalo.

El lunes por la mañana debía presentarme en la base naval, sin embargo. Stella me despertó cuando todavía era de noche, me ayudó a vestirme y me acompañó hasta el metro.

Yo le preguntaba una vez y otra si se casaría conmigo. Respondió:

—Quieres verte libre de engorros de un día para otro. Estás tan ansioso que ni siquiera sabes si estás en un error.

Esto, poco antes del amanecer, junto a las escaleras del metro —un descenso al infierno—, bajo una bóveda de cristal reforzado y una lucecita de las de apagón como un tonto ramillete de flores en su lecho de hierro forjado. Bajo su luz azul nos besábamos sin parar hasta que una llovizna humedeció nuestras caras amantes y mojó las chinelas de Stella.

—Amor, vete a casa —la urgí.

—¿Me llamarás?

—Cada vez que pueda. ¿Me quieres?

—Claro que sí…

Cada vez que Stella me decía esto, me emocionaba tanto que una feliz gratitud se derramaba sobre mí y me erizaba los pelos de la nuca. Como cuando estás nadando en la fruición del mar y algo te toca las espaldas. Cantan las profundidades como silenciosas concertinas y la playa está engalanada con banderolas y cintas de color.

Por último me embarqué en el metro. No pude ver a Stella durante cinco días y, en tanto, no me atreví a holgazanear en el estudio ni a vérmelas con un sargento de marina que me fastidiaba, todo para no ser privado de mi próximo permiso de salida. Al atardecer corría hasta las cabinas telefónicas; no siempre estaba Stella en casa para recibir mis llamadas. Ella llevaba una vida ajetreada. Temor sentía yo de que hubiese pasado conmigo el fin de semana por compasión o amistad solamente, o para que yo entendiera mejor qué debería haber sucedido en las sierras aquella noche. En tal caso,

estaría perdido, porque la amaba más de lo soportable, como si se me hubiera metido en venas y arterias un mineral que me dolía en los huesos, al igual que antes de una gripe.

Durante la semana entraban gimiendo los buques de carga, desde alta mar, mientras que Coney Island estaba envuelta en neblinas grises o de color lila; y yo, sentado junto a las cabinas, esperando la llamada de Stella después del rancho, con ánimo doliente, haciendo mis deberes escolares. ¿Había llegado yo con tardanza a la vida de Stella y no tenía nada que esperar? Todo dependía de ella ahora, mi salvación, mi ruina.

El sábado, salía disparado de la base naval en estado de arrebato, tan pronto habían cesado las tonterías de la formación. ¡Una fiebre! Rodando por el puente de Brooklyn —que parece suspendido del cielo sobre valles de ladrillo—, el flujo ígneo de las aguas, las gaviotas, los buques de guerra abiertos como aparatos de radio en los astilleros, astas bestiales de Hengist y Horsa; y luego el túnel, de nuevo. Tuve la sensación de que me terminaría este rodar, si no cejaba.

Pero no había necesidad de asustarse, porque Stella estaba aguardándome. Había estado mala la semana íntegra, por mi ausencia física, preguntándose si yo la amaba. Lloró en la cama, con sus brazos en torno a mí y sus pechos contra mi pecho. Y confesó que, el día en que me había visto por primera vez frente a la catedral, desde el balcón del bar donde estaba la insignia de Carta Blanca, se había prendado de mí. No le hacía falta el dinero que le presté entonces en Cuernavaca, sino como medio de seguir en contacto conmigo. En cuanto a Oliver…

—¿Qué significa para mí lo que pasó con él? No es de mi incumbencia —afirmé —. Yo solo quiero casarme.

Clem me había encarecido que no lo hiciese antes de un compromiso de seis meses, en vista de mi constitución y temperamento. Pero su consejo estaba destinado a gente que va de tiendas por la vida y no a alguien que ha vivido siempre con un único propósito ante sí.

—Por supuesto —dijo—, yo deseo casarme si tú me amas.

Le di mi profunda seguridad.

—Si sigues queriéndome después del piscolabis, pídemelo otra vez.

Me trajo la colación a la cama —cama que había adquirido en almoneda—; era un mueble de color marfil, con guirnaldas y rosas de Arcadia, importado de Baviera. Pues bien: me sirvió como a un príncipe, sin dejarme siquiera untar el pan con manteca. Fui servido como el mismísimo Elector, a cuerpo de rey, y distribuí entre los animales restos de jamón y otros manjares.

Stella se sintió obligada a contarme todas sus peculiaridades.

—Todos los años compro un billete para el *sweepstakes* de Irlanda.

No vi nada censurable en ello.

—Soy mística, además: soy seguidora de Gurdjieff.

Esto era novedoso para mí. Stella me mostró una fotografía del vejete: cabeza

rasurada, ojos de mirar profundo y mostachos de la guardia vieja de Crimea. Tampoco vi nada censurable en Gurdjieff.

¿Qué más? Stella era dispendiosa con su vestimenta, cosa visible en sus armarios, pero no permití que esto me inquietara. Ella estaba de acuerdo con mi proyecto de crear un asilo y academia —con entusiasmo—; ¿qué importaba su guardarropa? En realidad me enorgullecía su elegancia. Por lo demás, debía dinero, me confió.

—No te apures, mi amor —le dije—: serán saldadas tus deudas. *C'est la moindre des choses*[51] como dicen al otro lado del charco.

Cuando me sentía amado y me sentaba en una hermosa cama como aquella, me transformaba en realeza y comunicaba mis disposiciones en forma sucinta.

Resolvimos casarnos apenas me hubiese graduado yo en Sheepshead.

24

Veo ante mí a un sujeto llamado Mintouchian, por supuesto armenio. Estamos platicando en un baño turco, con la salvedad de que él hace el gasto, explicándome —mediante alegorías, principalmente— varias realidades de la vida. Esto ocurre una semana antes de mi boda con Stella y de embarcarme.

El tal Mintouchian tiene el porte de un monumento, braquicéfalo como tienden a serlo los armenios, pero leonino de facciones, con pómulos coloreados. Sus piernas eran como las de la estatua de Clemenceau en los Campos Elíseos, en que el estadista camina contra el viento meditando acerca del pan y la guerra, la grandeza y la miseria, avanzando con su reserva de fuerzas, en polainas y pantalones ajustados.

Sentados en la reducida habitación de azulejos blancos, Mintouchian y yo éramos amigotes pese a nuestras diferencias de edad y de ingresos: Mintouchian estaba presuntamente en muy buena situación. Su aspecto mismo era abrumador y en su voz resonaban cavernosamente tonos como el de una descarga de carbón, lo cual ha de haberle favorecido en las lides tribunalicias, porque era abogado. Por lo demás, era amigo de una amiga de Stella, de nombre Agnes Kuttner. Agnes residía con boato en un apartamento cercano a la Quinta Avenida y a una embajada latinoamericana, amueblado en la firma Empire con enormes espejos y arañas, biombos chinescos, pájaros de alabastro, espesos cortinados y lujos semejantes. Agnes rondaba por las subastas y adquiría tesoros de los Romanoff y los Habsburgo; ella provenía de Viena. Mintouchian había establecido para ella un fondo fiduciario, de modo que ella no figuraba para nada en el negocio de las antigüedades, y su apartamento era el hogar de Mintouchian cuando este no estaba en el suyo, cosa que algunos hoteles pretenden ser a veces, falsamente. Su otro hogar se encontraba en Nueva York, pero su mujer legítima era inválida. Con ella cenaba noche tras noche en el dormitorio, servidos por la enfermera, si bien es cierto que él visitaba previamente a Agnes. A las 17.45, por lo regular, su chófer lo conducía a través del Central Park para comer con su cónyuge.

Stella había ido de compras con Agnes, para nuestra boda; tal era el motivo de que él y yo estuviéramos en el baño turco aquella tarde. Agnes y Mintouchian eran las únicas personas a quienes veíamos durante el fin de semana, si yo tenía permiso de salida. A Mintouchian le gustaba llevarnos al afamado restaurante de Toots Shor o bien a la Herradura de Diamante y otros sitios de alto copete. Una vez intenté hacerme cargo de la cuenta y Mintouchian me hizo a un lado de un empellón (caso contrario, yo tendría que haber pedido prestado a Stella). Él era dadivoso a más no poder. Vestía casi siempre de etiqueta —paño negro como ala de cuervo—, lo cual destacaba el borde enrojecido de sus párpados y la forma desigual de su cabeza y el pabellón de sus orejas. Mintouchian daba la impresión de estar olfateando siempre las arenas y sabanas con su nariz achatada, pero con una sonrisa de «¡Que siga la música!» y «¡Al diantre con el dinero!». Tenía largos los dientes y sus bigotes, apenas felinos, iban de acuerdo con su boca ancha y sus arrugas, que denotaban inteligencia

y corrupción. Con las señoras, Mintouchian mantenía su sonrisa a todo trance; sentado como un cacique de aldehuela asiática del sur —envuelto en una toalla multicolor—, conmigo no sonreía. Mientras charlábamos de hombre a hombre, él se pellizcaba los párpados inferiores para hacer desaparecer las antiestéticas bolsas; las uñas de sus pies, amarillas, estaban esmaltadas con laca clara, excepto la del dedo menor, enterrada por el lastimoso ajetreo de la vida patente en las redes de vénulas dilatadas. No cesaba yo de preguntarme si Mintouchian sería un tío peligroso de los candentes al tacto, como Zaharoff o Juan March, o el Rey sueco de las Cerillas, o Jake el Barbero, o Tres Dedos Brown. Stella sostenía que buena parte de su mucho dinero no conocía el pliegue que le imprime la billetera. Por cierto, Mintouchian gastaba de lo lindo en Agnes —con quien había entablado relación en Cuba— e incluso pasaba una mensualidad al marido de esta para que permaneciese allí. Si bien hallé con el tiempo que Mintouchian no era la honradez personificada, nunca me resultó digno de figurar en una galería de sospechosos. Para completar sus estudios de abogacía, en rigor, había llegado a tocar el órgano en salas de cine, acompañando a la acción de las películas mudas. Con todo, era una legista de primera línea ahora, con participación en las finanzas internacionales, además de ser persona de vastas lecturas. Tenía sumo interés en comprender hechos históricos tales como la construcción del ferrocarril que une a Bagdad y Berlín o la batalla de Tannenberg. Por añadidura, era entendido en las vidas de los mártires cristianos. Mintouchian es para mí, hoy, algo así como un consejero y esclarecedor en mi peregrinar por el mundo, a la par de otros seres de excepción.

Yo no entendía por entonces qué veía él en Agnes, quien a las claras era el mandamás. Ojos de color castaño oscuro, ojos de persona amante de los cafés y carruajes de la época imperial en Austria, aunque ella era apenas una niña en aquellos tiempos. Incluso había una ligera depresión a cada lado de su nariz respingona, lo cual hacía presumir una índole sigilosa en Agnes. Pero la susodicha era amiga de Stella; más aún: Mintouchian la amaba. Esto me llevaba a pensar en los deseos íntimos de la gente mayor, los deseos insoslayables, solo destruidos por la muerte.

—¡La muerte! —dijo Mintouchian, como leyendo mis pensamientos. Él estaba hablando de su propensión a la apoplejía y agregó:

—No quiero ponerte melancólico, tan próximo a tu boda.

—No, no señor, no lo lograrías, porque la quiero demasiado para eso.

—Pues te diré: no me sentía tan divinamente como tú, pero cuando me casé yo sentía las cosas a fondo. Habrá obedecido a la música que tocaba, música sentimental, que es lo que yo tocaba entonces en el cine. Para películas del mar, yo tocaba «La gruta de Fingal». Para las de Rodolfo Valentino, «Orientale», piezas de César Cui o «Nostalgia», de Chaikovski. Y también «Poeta y Campesino». Intenta, si puedes, combatir el embrujo de esa música, cuando Milton Sills descubre que Conway Tearle no se ha hundido con el *Titanic*, por ejemplo. Yo tocaba mientras repasaba mi libro sobre entuertos para dar examen. Comoquiera, aquellas eran épocas

de emoción, ¿o te parecen chorradas todas estas?

—No, ¿por qué?

—Tú piensas que soy un sinvergüenza, aunque no te arriesgarías a apostar que lo soy. Tratas de pensar bien de la gente, ¿no es así?

—Todos me salen con eso. Parece que hubiera que tener mala opinión de todos. No soy un ángel, pero respeto a los demás tanto como puedo.

Repuso Mintouchian:

—En la práctica de mi profesión veo, en un día, más de lo que puedes imaginarte. *La Comédie Humaine* es juego de niños, en comparación. Al despertar por la mañana tengo que preguntarme: «Ahora bien, en el caso de *Shiml* versus *Shiml*, ¿quién jode vivo a quién?, ¿quién quedará fastidiado al final?, ¿el hombre que quita el niño a su madre pecadora?, ¿el amante que la fuerza a renunciar al niño para evitar la publicidad que perjudicaría su negocio?, ¿o la madre, capaz de cualquier putada por amor a su amante?». *Ribono shel Olam!*

La frase me sorprendió. Mintouchian me la explicó así:

—Mi padre era conserje en una sinagoga y yo merodeaba por el sótano, en consecuencia. Tuve un tío coronel en la guerra de los bóers. ¿Quién es qué? Aun cuando la Historia nos ilumina en forma extraña o grotesca, todos conservamos la seriedad. ¿No es cierto? De un modo u otro moriremos. Varios años atrás estaba yo sentado en el váter, lucubrando un negoción, cuando el Ángel de la Muerte me cogió de las narices a deshora. Vi todo negro y caí de bruces. Me salvó mi panza de romperme la crisma contra el suelo. Rocié con la sangre de mi nariz, como por un sifón, la puerta que por vanidad había cerrado. Poco a poco se afirmó la chispa de la vida.

Mi mente se cargó una vez más del pensamiento y la luz típicos de Mintouchian. Pensé: «Eres nuevamente tú…», ¡como si hubiera habido una opción! «¿Debo volver a la vida como Mintouchian, incluso con lo que en mí me da asco? Sí, porque vivir es ser Mintouchian, querido». Repasé todos mis secretos y los hallé en su sitio. Todavía ignoro quién jodía vivo a quién. Y me metí en la cama, temblando por mi roce con la muerte.

—Pero, como decía —Mintouchian me prodigó una sonrisa, bostezó y continuó gozando de la dorada claridad—, ¡qué lucha, la del hombre contra la milicia! ¡Cómo va la vida más allá de la conciencia de la gente bien nacida! La buena crianza les impide aun enterarse de lo que están pensando. Porque todos pensamos aproximadamente lo mismo. Tú amas a Stella, te consta, ¿no es así?

—Como no he amado antes.

—Perfecto. Eso es responder como todo un hombre. ¿Cuándo cae tu cumpleaños?

—En enero.

—Lo hubiera jurado. Como yo. Los mejores tíos nacen en enero. Es algo barométrico: consulta a Ellsworth Huntington. Los progenitores se entregan al amor en primavera —el momento propicio y saludable por excelencia— y así conciben

especímenes sin par. Si quieres descendencia, ponte de acuerdo con tu amada en esas fechas. La antigua sabiduría está en lo cierto. La ciencia lo reconoce tardíamente. Lo que deseo decir acerca de tu prometida es que aun ella no difiere de nosotros, salvo en belleza y don intelectual. Es absolutamente seguro que Stella ha meditado en el porvenir contigo y sin ti.

I should worry, I should care,
Y should marry a millionaire,
He should die and I should cry,
I should marry another guy[52].

Pero esto solo cabe en el fuero íntimo, proscrito que no tolera limitaciones. ¿Y qué? La vida es posible, a pesar de todo. Con la salvedad de que aún las cosas legítimas y razonables han de cruzar esta Mongolia o desierto de mucha claridad y ningún árbol. ¿Qué respetamos más que el comercio y la industria? Mas cuando don Cecil Rhodes, natural del Imperio Británico, llora lágrimas amargas porque no puede hacer negocios con las estrellas, tal cosa no indica decadencia sino una conciencia íntima que se manifiesta sobre las obras supremas del presuntuoso ser humano.

Me sentí mortalmente ofendido al oírle hablar así de Stella. ¿A qué llegaría este hijo de cura, que juzgaba que Stella me había ya borrado del mapa en su conciencia íntima?

—Hablas de la sabiduría de las edades —le dije, lleno de cólera y resentimiento — y luego la emprendes contra el amor.

—¡Vaya manera de…! —exclamó, incorporándose en el baño turco y ajustándose la toalla—. No he pretendido decir nada hiriente. ¡Maldita sea! Si he conseguido eso en una conversación baladí para matar el tiempo, te ruego que me dispenses, hijo. Veo que estás enamorado… ¡enamoradísimo! ¡Que Dios te bendiga, a ti y tus sentimientos! Pronto te harás a la mar: la separación y el peligro avivan tus emociones. Pero la tonadilla infantil que has oído, también comporta sabiduría que viene de lejos. Y esto no tiene por qué movernos al cinismo, sino antes al orgullo que sentimos por la conquista de la naturaleza. La mente humana ha abarcado los océanos del espacio cósmico: la cabeza ha engullido al empíreo. Pero no desconozcas todo el pensamiento secreto y la confabulación que se da sin tregua.

»Y ya que vamos tocando estos temas, te daré ejemplos prácticos de lo que se ventila en otras regiones del alma. Hace algunos años, la mujer de un cliente denuncia el extravío de un valioso brazalete. Mujer cabal y fiable, madre de tres hijos; el marido, hombre de recursos que le ha cedido cien mil dólares en propiedades, conservando solamente la procura en sus manos. ¿Se ha perdido el brazalete? ¡Perfectamente! Procedimiento rutinario para la compañía. Esta investiga e informa al marido que, lejos de extraviar el brazalete, su cónyuge lo ha entregado a su

amante, quien está en apremios pecuniarios. ¡Indignación, entonces! “¿Mi mujer, un amante? ¿Mi respetada esposa, madre de tres hijos, que persiste en darme pruebas de afecto y lealtad? ¿Mi amada consorte de años?”. A pesar de todo este amor, ella estaba con el culo al aire. Y este pobre hombre. ¡Destrozado! ¡Cómo es posible! No tienes una idea del dolor y azoramiento vividos por él. ¡Qué fracaso de sus ilusiones, que él suponía garantías por una vida de trabajo duro y honrado! Esto sí merece ser compadecido. Mi cliente no confía en la palabra de la compañía de seguros, por lo cual viene a verme y yo le contrato un investigador privado. Este último informa lo mismo que la compañía: amante hay y es un tío que vive de gorra y ha estado en prisión por proxenetismo y tráfico en bienes robados. Muestra al desdichado marido una fotografía del réprobo: nariz carnosa, patillas bien largas, tú conocerás el tipo de hombre que es. Mi cliente enloquece al descubrir, además, que él es el último en enterarse del hecho en todo el vecindario. Han visto a su mujer con su amante aparcada en cualquier parte: los bosques, detrás de los arbustos… Un derrumbe, para mi cliente. “¿Quién queda entre nosotros, los que visteis esta casa en su esplendor primaveral?, ¿y cómo la veis ahora?”.

¿El infeliz? Mi corazón se partió por él. Continuó Mintouchian:

—La gente comienza a decirle que arroje a su mujer a la calle, que no sea un imbécil, que el otro ha estado disfrutando a costa suya. Incapaz de soportarlo más, mi cliente va y acusa a su mujer y ella niega, niega todo. El aporta tal cantidad de pruebas, que la abruma y acalla. Entonces su mujer dice que ni se desprenderá de la casa ni de los hijos, porque eran suyos. Vuelve mi cliente a mí, en busca de asesoramiento. La ley está de su parte, de cabo a rabo. Puede él expulsar a su mujer sin contemplaciones, pero ¿acaso lo desea? ¡No!

Como la mujer de Oseas, que perdía el tiempo burlando a su marido, recordé: «Durante muchos días te me quedarás quieta».

—Y te diré algo más —prosiguió Mintouchian—. Ella también amaba a su marido. Así de turbia puede ser la situación. La mujer dejó al chulo de su capricho. Después los veían los vecinos en el cine, a ella y su marido tomados de las manos y besándose como novios.

Me confortó que la historia hubiese concluido así, perdonándose uno a otro. Mi corazón dio un brinco de felicidad por ellos.

Dije:

—Hay que compadecer a la mujer también.

—Compadecer más a ella que a él —dijo Mintouchian—, porque ella tuvo que inventar los embustes y vivir dos vidas a la vez. La verdadera carga es guardar el secreto. Llegas a casa, jadeante, goteando o mareado de un encuentro clandestino. ¿Y con qué te topas? Pues con otro mundo, otra vida, y tú… otro ser. Sabes con exactitud qué estás haciendo. Con exactitud, como el boticario, cuando pasa de una prescripción a otra. La cantidad justa de atropina o de arsénico. Y mejor que no se equivoque. ¡Válgame Dios, que no!

Mintouchian lo decía con una suerte de atropello, algo que no podía detener:

—Llegas a casa. «¿Qué tal, marido (o mujer)?». «¿Cómo te ha ido en la oficina?». «Lo de siempre». «Veo que has mudado las sábanas». «También he enviado la prima del seguro». «Qué bien». Eres otro ser. ¿Dónde ha quedado lo dicho apenas una hora atrás? ¡Lejos! ¿Dónde está la Central? Ah, querido amigo, la Central está escuchando a hurtadillas desde Mongolia. ¿Dices una doble vida? Es un secreto tras otro; misterio y luego un letrero de infinito adherido a aquel. De manera que… ¿quién conoce la esencia final, y cuándo sonará la hora de la verdad?

»Desde luego —continuó—, esto no tiene ninguna relación contigo.

Se dibujó una amplia sonrisa en su rostro, como para combatir lo sombrío, pero en ese baño turco iluminado *a giorno* se había infiltrado en forma extraña cierta lobreguez. Mintouchian persistió:

—Nada más que por el interés que reviste, te contaré otro caso, el de una rica pareja que me consultó antes de la guerra. Un marido guapo, una mujer guapísima. Antecedentes: Connecticut, Yale y todo lo que quieras. El marido viaja a Italia, conoce allí a una dama italiana y mantiene con ella un *affaire de coeur*, a raíz del cual inicia una correspondencia indiscreta. Su mujer intercepta una carta de amor en el bolsillo trasero de sus pantalones. No solamente la ha conservado, March, sino que ha reforzado con tinta las palabras borradas por el sudor de sus manos, este caballero. Su mujer viene a mi bufete con sangre en el ojo. Ahora bien, yo sé de buena fuente que también ella ha tenido un lance amoroso en ausencia del marido; mas ella desea para él el condigno castigo, ¡pues ella lo ha pescado a él! Su intención es la de ir a Italia en compañía de su cónyuge, enfrentar a la odiada enemiga y conseguir que él declare ante las dos que jamás ha amado a la italiana. De no ser así, divorcio inmediato. Por supuesto, no puedo tomar la decisión por el marido. Él hace una travesía de siete mil millas para llevar a cabo este acto forzado. Regresan a casa y… ¿qué opinas tú? Eres un hombre inteligente: tú sabes qué sucedió.

—¡El marido se entera de la aventura de su mujer! Un momento —dije, oliendo gato encerrado—, ¿a qué vienen estas historias justamente antes de mi boda? ¿Quieres decirme que me pruebe el zapato a ver si ajusta?

Él solo pensarlo me enfurecía.

—¡Hola, hola! No te lo tomes a pecho. Nunca he dicho que estas historias sean aplicables a ti. Son de aplicación general. ¿Cómo puedo hablar en contra de la señorita Chesney? No solo es amiga de Agnes, sino que jamás pretenderé ser el aguafiestas del gran amor que veo en tu rostro.

»Puede interesarte, sin embargo, lo que me dijo cierta vez un sujeto ingenioso acerca del vínculo entre el amor y el adulterio. Un día cualquiera en que te sientas feliz, sabrás que esa dicha no ha de durar: el tiempo cambiará, la salud devendrá enfermedad, concluirá el año y también la vida concluirá. En otro tiempo y otro lugar habrá una manceba distinta. Los labios que estés besando se convertirán en otros; tus labios serán suplantados por nuevos labios. Esto no puede remediarse jamás, dijo el

sujeto ingenioso, quien era desde luego hijo de puta y sablista impenitente, mantenido por mujeres su vida entera. Abandonó a su hijo. Nadie podía confiar en él. Es que el amor es adulterio —decía él— y expresa el cambio. Uno hace las paces con el cambio. Otra ciudad, otra mujer, otra cama, pero uno es el mismo y, así, es bueno ser flexible. Uno desea a la mujer y demuestra cuán enamorado está de su destino, cómo adora y reverencia los cambios en la vida. Hay que respetar esa ley. Haya estado en lo cierto ese granuja o no, ¡que se pudra! No te creas exento de obedecer las leyes de la vida, con todo.

Mi peculiar maestro —que por cierto estaba instruyéndome— dijo más.

—Lo errático no sirve ni importa. Solo lo sistemático penetra la voluntad del universo.

—Yo quiero obedecer esas leyes —afirmé—. No estoy tratando de esquivarlas. Jamás lo he hecho.

El sudor chorreaba ya por nuestros rostros. La carnavalesca toalla de Mintouchian —caía desde su pecho y sobacos hasta la espesura de su vientre hirsuto— semejaba la túnica de un sabio. Nunca jamás admitiría yo que todo amor es adulterio, ¡ni por los siglos de los siglos! ¡Poneos a pensar! Aunque consintiera en que muchos enamorados son adúlteros, tales como Paolo y Francesca o Anna Karenina, favorita de la Abuela Lausch. Lo cual me llevó a discurrir in mente acerca del padecimiento que se mezcla con el amor. Como el comer la fruta dañada para no ofender a los dioses, que tienen reservado el puro placer.

Mintouchian parecía sonriente y de una inmensa bondad, que emanaba de su rostro blando y chorreante, igual que el de un sabio, gurú o profeta: príncipe de la experiencia, con dedos esmaltados de laca. Yo aspiraba a que me transvasara su sabiduría.

—¿Por qué pensar que la cosa por la que abogas es lo que al fin te mata? Pues porque eres el autor de tu muerte. ¿Y cuál es el arma? Los clavos y el martillo de tu carácter. ¿Qué es la cruz? Tu osamenta, montado en la cual vas debilitándote. Y el marido o la mujer hace que el otro perpetre el hecho. «Amable cónyuge, será el artífice de mi destino», bien podrían decirse, y explicarse y mostrarse el cómo. «El pez anhela las aguas y el ave ansia los aires, y tú y yo nuestra idea preponderante».

—¿Le importaría decirme, señor Mintouchian, cuál es su idea preponderante?

Respondió prestamente:

—Los secretos. La sociedad nos obliga a guardar secretos, por lo pronto. El común sentir de los hombres quiere vernos salir de ellos por el poder de la confesión. Pero es imposible no concebirlos. Por mis secretos me conocerán, en el día de mi muerte, como a san Blas, cuyo fin provino de máquinas de cardar y que fue consagrado santo patrono de los cardadores.

»¡Complicaciones, embustes, mentiras y patrañas! —añadió—. Disfraces, sainetes, personalidades múltiples, dolencias, pláticas. Aun durante una conversación de pocos minutos de antigüedad, ¿te das idea de cuántas veces lo que sientes se

transforma antes de salir de tus labios como eso que dices? Alguien te cuenta *A*. Tu réplica es *B*. Mas no puedes decir *B*, así que lo transformas, lo pasas por los filtros de tu pecho. De la corriente directa a la alterna, con un incremento de 400 voltios, y filtrado. De modo que, en lugar de *B* surge gamma subuno. Y mira que soy todo un admirador de nuestra especie. Me admira el genio de la raza. Pero la mayor parte de nuestro genio se dedica a falsear las cosas y a parecer lo que no es. Nos encanta que Odiseo regrese disfrazado a cumplir su venganza. Pero supón que él se olvidara de su desquite y pasara un día y otro sentado con su disfraz. Esto acaece a más de un ser frágil, que olvida la finalidad de los disfraces, no entiende la complejidad o cómo hacer para recobrar la sencillez. De contar distintas cosas a cada uno, acaba olvidando la razón del caso y los propios objetivos. ¡Qué rara es la simplicidad del pensamiento y la pureza de corazón! Me inclino ante un solo momento de pureza de corazón. Por eso pienso bien de ti cuando me dices que estás enamorado. Sé apreciar la persistencia y yo mismo sé lo que es amar.

¡Que Dios bendiga a Mintouchian! ¡Un hombre bueno! En verdad me había prestado atención, y amor con amor se paga.

—Usted comprenderá, señor Mintouchian, si le digo que siempre he tratado de convertirme en lo que soy. Pero eso atemoriza, porque ¿qué ocurría si lo que por naturaleza soy no es suficiente?

Me sentía próximo a las lágrimas al declarar esto. Continué:

—Me figuro que lo mejor será ceder, de un modo u otro, y serlo. Nunca forzaré la mano del destino para crear un Augie March superior al que soy, ni alteraré los tiempos con vistas a una edad de oro.

—¡Justo! Tienes que correr el albur de ser quien eres. Y no puedes quedarte tranquilo. Ya conozco este dilema: si das un paso en falso, puedes perder, pero si no te mueves, te deteriorarás. Mas ¿qué has de perder? No serás capaz de superar en invención a Dios o a la naturaleza, ni volverte el individuo sin parangón antes de efectuar tu jugada. Esto no nos es dado a los seres humanos.

—Así es —dije— y… ¡gracias mil! Debo a usted mucho por esta explicación.

Esto aconteció en el piso quincuagésimo octavo de un edificio del centro de Manhattan, detrás de puertas corredizas. De nada sirve estar tan hastiado como para no mencionarlo.

—Mejor es morir siendo uno lo que es, que vivir como un extranjero ante sí mismo para siempre —agregó Mintouchian.

Dicho esto, se recogió por un trecho, tal como si hubiese estado contando las gotas de un gotero invisible. ¿De qué serían? ¿De pura esencia o de hiel?

—Creo que ha de interesarte un asunto que me ha estorbado durante los últimos meses.

¡Hiel!, pensé. Lo vi claro. Sus ojos se apesadumbraron.

—El motivo de mi cuento del brazalete —señaló— es que la señora Kutter, Agnes quiero decir, perdió un anillo de diamantes varios meses atrás y me preocupa

todo lo concerniente a alhajas. Agnes dice haber sido atracada en el Parque Central mientras paseaba a su perro, al atardecer. Por supuesto que un atraco de esos no es poco común.

—Pero ¿a qué llevar puesto un anillo valioso para sacar al perro de paseo?

—Eso se explica porque aquel día teníamos cita ella y yo. En su cuello había marcas de violencia. Prueba suficiente, ¿verdad? A mayor abundamiento, Agnes fue hallada inconsciente en un sendero del parque, a medio camino entre la ópera Metropolitana y el patio de juego de los niños. Los guardias la llevaron de regreso a casa. Convincente, ¿verdad?

—Parece algo absolutamente… —amagué un comentario.

—Ella ha cobrado el seguro de cinco mil dólares. Y ahora te diré, con la mayor reserva, que es Agnes quien lo planeó y ejecutó, con cuenta y razón.

—¿Qué?

—Se estranguló a sí misma, hasta el desmayo. Las marcas en su cuello son auténticamente suyas.

—¿Cómo se atrevió?

—Atreviéndose.

La imagen de la beldad vienesa quitándose el respiro me desconcertó.

—Pues ¿cómo lo sabe usted?

—Porque una de sus amigas tiene el anillo en custodia.

—Pero ¿qué intenta Agnes con esto?

—¡Ahí está la cosa! Yo le doy todo el dinero que necesita. Paso una mensualidad a su marido, en Cuba. ¿Con qué fin esa estafa adicional?

—Tal vez sea como para asegurarse. ¿Es que está bien provista, digamos?

—Dirige muy bien sus propiedades: eso espero. ¡Por supuesto que está bien provista! He puesto a su nombre una casa en Long Island. Pero ¿qué tal si no se trata de nada de eso? ¿Me sigues? Agnes guarda secretos que no me participa. Está llevando una doble vida a costa mía.

—Puede que todo esto resulte en algo corriente; digamos: un hermano en apuro del que prefiere no hablar. O acaso esté cansada de recibir dinero y ahora pretenda ganárselo.

Mintouchian intuía mi deseo de consolarle.

—Ha de haber otros modos de hacerlo, menos complicados. No; antes pensaría yo en la necesidad de pagar una extorsión, por ejemplo. ¡La práctica del derecho me torna suspicaz, March! Dime, ¿no ves cómo me deja esto? —me preguntó Mintouchian—. ¿Con mi manera de ver las cosas?

A veces es posible que dos personas que se conocen desde hace poco, se sientan compenetradas, como nos sucedía a Mintouchian y a mí.

Aquel sábado, Stella y Agnes no acudieron (por error) a la cita en el bufete de Mintouchian, quien fue poniéndose nerviosísimo mientras las aguardábamos. La hora de comer con su legítima se aproximaba: he ahí el porqué. Por último, este hombre

decidió enviar a su chófer al apartamento de Stella, para comunicar que nos encontraríamos a las nueve y media en casa de ella, y me llevó consigo en un taxi hasta su domicilio, al otro lado del parque.

Así es como conocí a la señora Mintouchian. Fui incapaz de discernir su mal. Vestía con una bata acolchada de color azul. Eran canosos sus cabellos. Esta mujer llevaba su dignidad hasta la altanería. Su conducta me impresionó como una hazaña atlética, conmovedora. Me dio una recepción llena de engreimiento.

—Harold, hay que hacer esos martinis en la cocina.

Mintouchian salió del cuarto y al punto me dijo ella, con violencia:

—¿Se puede saber quién es usted, joven?

—¿Yo? Soy cliente del señor Mintouchian. Verá usted, señora: mi boda está cerca.

—No tiene usted que explicarme nada —dijo—. Sé que Harold tiene sus secretos; esto es: cree tenerlos. Yo lo sé todo acerca de él, puesto que pienso en él todo el tiempo. No es tan duro nada de esto si uno pasa el día pensando en otra persona. No necesito dejar la habitación.

Atónito, la miré según la magnitud de mi asombro. Añadí:

—No hace tanto que conozco al señor Mintouchian, señora, pero para mi criterio es un gran hombre.

—Ah, usted percibe eso. Es un gran hombre, pero con excesivos rasgos de humanidad…

Me dejaba sobrecogido el pensar que este león, Mintouchian, sollozara en las garras de la soledad mientras una inválida lo acechaba a sus espaldas.

Pero en aquel momento regresó él, portador de los copetines, y nuestra conversación terminó.

25

Hipnotizado como estaba yo por el amor, nada podía disuadirme del matrimonio. Ignoro si Mintouchian estaba tratando de cambiar mis ideas, pero él no llevaba las de ganar porque en mí no cabían sospechas. Sin embargo, representó el papel de un buen amigo, organizó el servicio de comedor para la boda y compró rosas y gardenias para todos. En la vecindad del ayuntamiento el cielo estaba azul y lleno de sonidos tremolados el aire. Mientras bajamos en el ascensor, rememoré que más de un año antes me hallaba yo en el County Hospital de Chicago, pensando en mi familia y cómo entre nosotros (sin excluir a la Abuela Lausch) era Simón el único en no haber ingresado en una institución benéfica. Pero no había razón de envidiarle ya. ¿Envidiarle, digo? ¡Si yo le aventajaba en todos los campos, pues estaba casado con mi amada y, por tanto, siguiendo el derrotero de la verdad! Mi hermano pertenecía a la clase de las personas que dejan al mundo tal como lo han encontrado y legan ese destino a su descendencia, aunque yo no estaba seguro de que Simón hubiese engendrado hasta el presente. Sí; gente así es la que se sujeta a todas las leyes que figuran en los libros, como las cumbres que se inclinan hacia sendos polos magnéticos, o como los cangrejos entre los hierbajos o los cristales en las cavernas. En tanto yo, con los auxilios del amor, había tomado la vía preferible y estaba de parte de la realidad y no a merced de ella, desenvolviéndome mejor. Y he aquí que la novia estaba a mi vera, arrebolada de feliz expectación: ella y yo comulgábamos en el mismo deseo. Sus yerros de otrora estaban olvidados ya.

Salimos al portal del ayuntamiento. En torno caminaban las palomas. Mintouchian había contratado a un fotógrafo profesional; se portaba bondadosamente con todo el mundo.

De Sheepshead me había licenciado el día anterior y llevaba mi nueva clasificación en el bolsillo. Mi sonrisa tampoco era la misma, porque me habían puesto gratis una prótesis de los dientes inferiores perdidos en México. He de confesar que, amén de lo ferviente de mi amor y de mi orgullo de aquel día, había dentro de mí una burbuja similar a la del nivel de un carpintero, mas iba peinado y afeitado como un actor de cine, gallardo con el flamante uniforme al que solo faltaban las cintas y estrellas que indican servicio activo. Me habría agradado ostentar algunas y haber desposado a una beldad como héroe al servicio de su patria. En mi papel de paladín habría sido sencillo y moderado, me dije. De un modo u otro, pienso que no se notaba mi estado de nervios. Este no obedecía a que debía embarcarme a poco de la boda, sino también a que Stella zarparía la semana entrante rumbo a Alaska con un espectáculo para las tropas. Yo no deseaba eso en absoluto.

Nada traicioné de mi manera de sentir, no obstante, por temor a molestarla. Nos hicimos sacar fotografías de la ocasión, en las que figuraban Agnes y Sylvester. Yo miraba a Agnes con otros ojos ya, sabiendo de su simulacro de autoestrangulación. Ella llevaba un fino traje sastre gris que sacaba a lucir sus caderas, con un cuello que

por su altura le ocultaba su garganta.

Hubo pavo, jamón, champán, coñac, fruta y la tarta de bodas en el apartamento de Stella: un lujo que yo no podría haberme pagado en ningún caso. Robey y Frazer estaban en la ciudad y gracias a ellos me sentí bien representado. Frazer vino con uniforme de mayor del ejército. La barba de Robey se había tupido; él mismo estaba entrado en carnes, desde su estancia en Washington. Se sentó apartado y no habló ni una palabra, pero lo cierto es que había ya demasiada charla sin su concurso. Después de unas cuantas copas de champán, Sylvester comenzó a sonreír ampliamente. Tío melancólico, Sylvester no dejaba de hacerme gracia. Pretendía ser tomado en serio, pero sonrisa va y sonrisa viene salía a relucir la parte irreflexiva que lo delataba. Con su traje de calle, se acomodó a mi lado al par que yo rodeaba el talle de Stella con mi brazo y acariciaba el raso de su vestido nupcial.

—¡Qué cordera! —comentó Sylvester a mi oído—. ¡Es guapísima! ¡Mira en qué pasos te has metido! Y pensar que hubo un tiempo en que solías trabajar para mí…

Se refería a la época en que fue dueño de un cinematógrafo —el Star Theatre— en la avenida California, situado bajo el consultorio del dentista que torturaba a la Abuela. Sylvester no era ningún mozalbete; es más: envejecía a ojos vistas. Dijo que había terminado con la política. Se me ocurrió interrogarle acerca de lo de México, pero no era aquel el momento oportuno, así que pasé mi pregunta en silencio.

El hombre del momento en la reunión no era yo sino, en cierto modo, Frazer.

Frazer acababa de regresar de Oriente. Militaba en el Servicio de Inteligencia, destacado en una misión en Chung-king.

Estaba ahora hablando de Oriente con Agnes y Mintouchian. Yo admiraba todavía a Frazer y lo consideraba como un modelo o prototipo. Tenía los atributos del varón ideal. Una elegancia de piernas largas, muy americana, y el pelo cortado casi al rape en las sienes dejaban ver la virilidad de sus facciones a un paso de lo zahareño y sus ojos grises, inclinados a una fría sinceridad. Sus rasgos eran enérgicos todos ellos y surcados por hondos repliegues debidos a la presión del vivir. Había algo más en torno a él: como si hubiese estado en el sentido del barbero, a punto de concluirse la afeitada y secándose ya el agua de hamamelis, con el fino calzado del Oeste sobresaliendo del pescante. ¡Además sabía tantas cosas este hombre! Si le mencionabas —vamos a suponer— a D’Alembert o a Isidoro de Sevillaz, Frazer estaba pronto a hablar de ellos. No había tema que le apabullara.

Frazer estaba en vías de convertirse en alguien de importancia. Se le veía volar de pináculo en pináculo y, con todo, mostrarse relajado. Pero a mayor soltura y sosiego de su parte, mayor era la distancia y más vivido el relumbrón que le caracterizaban. Si discurría de Tucídides o de Marx, pintaba visiones de historia viva. Te producía estremecimientos y calofríos. Yo estaba más que orgulloso de tenerle como amigo y convidado. Dio tono a la reunión y esta transcurrió con buen suceso.

Lo cierto es que, a medida que prestabas oídos a esta brillante y educativa argumentación, ibas asustándote como si hubieses cogido con tus manos un cable de

alto voltaje.

Frazer enumeró declaraciones, resoluciones, tratados, teorías, congresos, despojos de reyes, Cromwells, Loyolas, Lenines y zares, las hordas de la India y China, hambrunas, cónclaves secretos, matanzas y sacrificios. Me hizo imaginar las multitudes de Benarés y las de Londres; me hizo imaginar a Roma y también a Jerusalén contra Tito; el Infierno cuando lo visitó Odiseo; París cuando daban muerte a los caballos por las calles; Ur de los caldeos y Menfis, extintas. Actos pretéritos que, como átomos de cuasisilencio, creaban un clamor insistente. Centinelas macedones. La gente en el metro. El señor Kreindl haciendo avanzar la rueda de un cañón por el lodo, a una con sus camaradas. La Abuela y el legendario Lausch con su levita blindada discutiendo en la estación ferroviaria de Odessa el día en que se declaró la guerra ruso-japonesa. Mis progenitores, de paseo por el estanque del Humboldt Park, el día en que fui concebido. La primavera florida.

Y discurrí que tener que vivir con todo esto constituye una demasía. Mejor olvidarlo, parcialmente. Ahí fluye el Ganges, con sus demonios y señores, pero tú tienes derecho asimismo —y mínimamente— a lavar en él tus pies y tu ropa blanca. Y aun en un buen auto demorarías más de una vida en recorrer la totalidad de los calvarios del planeta.

Mientras Frazer tuvo la palabra me inquietó la pregunta por mi destino —¿soy todo lo que podría ser?—, aunque menos ya, después de la plática con Clem acerca de las líneas axiales de la vida y la que yo había mantenido con Mintouchian en el baño turco. Me dio mucho consuelo la presencia de Mintouchian. Todo lo sucedido aquel día sería nuestro regalo de bodas. Dimos cuenta del champán y la pechuga, y retirados los jugadores de naipes del taller de enfrente, los convidados se despidieron por su parte. Adiós a todos y… ¡gracias mil!

—¿No te ha parecido la mar de inteligente mi amigo Frazer? —pregunté a mi mujer.

—Sí —repuso, dándome un beso—, pero mi amor eres tú.

Y así pasamos al tálamo nupcial.

Dos días de luna de miel: eso es todo lo que se nos concedió.

Yo debía embarcarme en Boston. Stella me acompañó en tren la noche anterior. Y, por supuesto, la separación fue dura. Por la mañana la envié de regreso a casa.

—Vete ya, vida mía.

—Augie, querido, ¡adiós! —dijo Stella desde la plataforma del tren.

Hay gente incapaz de soportar este tipo de despedida, sin excepción. ¡Qué abrumadoras, las que soportamos en tiempo de guerra, cuando iban alejándose los vagones y dejaban atrás a muchedumbres, rieles desnudos —con sus manchones de aceite— y tanto vínculo, creciendo y multiplicándose!

—Por favor, ten cuidado en todo…

—Claro que sí —le prometí—. No te inquietes. Te amo tanto, que no dejaré que me hundan en mi primer viaje. Cuídate tú, allí en Alaska.

Lo que dijo Stella sonaba a que todo dependía de mí, de un modo u otro: mi seguridad en aguas del Atlántico y todo lo demás. Pero yo captaba el significado de sus palabras.

—El radar ha vencido al sumergible. ¡Lo lees en el periódico! —recalqué y, si bien fue algo ideado de improviso, a Stella le hizo mucho bien. Seguí hablando con el aplomo de un viejo hombre de mar.

El revisor vino a cerrar la puerta y yo agregué:

—Vete adentro, vida, ve.

Hasta el último momento vi sus ojazos junto a la ventanilla del tren. Cuando se inclinó hacia delante, su gracia y preciosura eran tales, que me sentí morir pensando en que estaría yo ausente en el mar durante meses. El tren partió y quedé solo y yermo entre el gentío.

Por añadidura, cielos plomizos, viento a discreción y un buque decrépito: el *Sam MacManus*. Negra maquinaria en el muelle, a su lado; sombríos aparejos sobre él; grasa; lobreguez; nostalgias. El día mismo parecía recluido en una jaula de hierro. El océano, acechando con su provocación amarga y grandiosa, como invitándote a pensar cuán profundo es él, cuánto más antiguo que tu sangre y más salado, o desafiándote a ser tan listo como él, a descubrir dónde están sus fintas y dónde sus reales intenciones, que van en serio. Este no era ningún Mediterráneo surcado por los apóstoles o agitado por Eneas, el baño clemente, sedoso, rutilante y espléndido en que han sido niñas las razas más antiguas. Soltamos amarras y el Atlántico Norte, de un gris de solemnidad, se abalanzó a molestarnos con su fuerza, su farfullar, sus embestidas, dando que hacer.

A la mañana siguiente, sol y resol, y el buque, navegando hacia el sur a todo vapor. Pisé cubierta después de una noche de náuseas sin remedio, desgarrado por la nostalgia y la inquietud que me producía el pensar en Alaska.

El buque cortaba el agua haciéndote sentir la profundidad que lo rodeaba por los cuatro costados. El aire era dulce, radiante y diáfano. Aun el fuliginoso *MacManus* se reanimaba, como insecto que logra escapar al alba de la cocina al jardín. La azulada cubierta matraqueaba bajo los pies. Y algunos confusos parecidos: ¿nubes o costa lejana?, ¿aves o corpúsculos en la retina?

Marché a investigar mi sede y mis deberes. No mucho, en realidad. Entre boticario y tenedor de libros, como ya he dicho. Viejos archivos, armarios del mismo color verde, un sillón giratorio y buena luz para leer. Me dispuse a hacer el viaje con lo practicable.

Hubo, pues, varios días de maquinal avance por las aguas; el horizonte se elevaba en pos de una nube como un cangrejo que pretendiera atrapar mariposas, con bamboleo acorazado, y luego caía una vez y otra y se afanaba. A lo cual añadiré el ardor del sol y la patriarcal estela, hecha de un encaje que escupía.

En mi soledad, leía yo libros y escribía una carta sin fin a Stella, crónica que confiaba en llevar a correos en Dakar, con destino a Alaska. Desde luego, el buque iba artillado y provisto de un radar con alarma para recordarnos el peligro que corríamos, pero la travesía resultó asaz placentera.

A poco andar, dio en circular la voz de mi mucha paciencia para escuchar las quejas y las cuitas ajenas y para aconsejar, por otra parte. Se formó entonces una clientela que cotidianamente me seguía como a una adivina. ¡Hasta podría haber cobrado por mis servicios! Clem no se equivocó, pues, al instarme a entrar en el negocio de dar consejos. Ahora mismo estaba haciendo yo lo propio, pero gratis y a riesgo de mi vida. Si bien es cierto que todo parecía bastante pacífico. ¡Imaginad un atardecer rojo y oro por un lado y la tensa superficie de color azul profundo por el otro e imaginad a un tío que viene a quitarme la luz tomándome por su guía espiritual! No puedo decir que esto me haya fastidiado. Tenía yo oportunidad de entrar en un mundo de secretos, de tal modo, y de pontificar al respecto. Me llevaba bien con todo el mundo. Aun con el delegado sindical, al comprobar este que yo no era ni terco ni propenso a la cólera, por lo que no constituía amenaza para los intereses de la tripulación. El propio capitán —que seguía cursos de filosofía por correspondencia en un montón de universidades, como pasatiempo— se aficionó a mí, si bien no estaba de acuerdo con mi indulgencia.

Comoquiera, me convertí en el confidente del buque, aunque no todas las confidencias daban confianza en la naturaleza humana.

Más de un tío venía a verme para proponer planes irresponsables al llegar a Dakar: el mercado negro u otras maneras de ganar dinero con rapidez y sin escrúpulos.

Uno proyectaba poner una peluquería, finalizada la guerra, porque así tendría sus manos en la cabeza de todas las gachís de Kenosha.

Uno que había fracasado en la escuela de paracaidistas y todavía usaba sus botas de Fort Benning, me dijo francamente, cuando tocamos el tema de su beneficiario en caso de muerte, que tenía tres legítimas esposas en distintos lugares de Pensilvania y Nueva Jersey.

Algunos querían diagnóstico, como si yo hubiera sido un psiquiatra y no el humilde sucedáneo en que me había transformado la Comisión Marítima, por decreto.

—Tú pensarás que padezco un complejo de inferioridad, quizá —me preguntó uno de ellos, sonsacándome.

Por cierto vi muchos estragos, pero jamás les puse nombre.

La humanidad fuera de sí, dándose prisa, dándose prisa, próxima al llanto.

—Supón que fueras el tío de mi cuento…

—Yo tengo un amigo mío que…

—Pues se marchó tras la fulana que trabajaba en una feria…

—Te diré que esta chavala, que era tullida de nacimiento…

—Él iba de estafador callejero; tenía una caja donde ponías un dólar y salía un

billete de a cinco.

—Y le digo: Oye tú, ¡petrarquista de la hostia…!

—Por más que yo supiera que era tan dulce ella y que estaban los niños de por medio, llegó el día en que mi única preocupación eran los números y en ese momento fue como un relámpago, lo supe: «Las golfas son lo más que te mereces y lo que tendrás. ¡Que te esquilmen y te traten a coces! ¡Te hará bien!».

—*Lasciar le donne? Pazzo! Lasciar le donne!*[53]

—Yo quería encamarme una vez con esta jaca antes de que me embarcaran. Ella y yo trabajábamos en el departamento de expedición, pero no fue posible. Una vez, con todo dispuesto, pues se le ocurrió diñarla a la abuela. Tuve que llevar al abuelo a la casa mortuoria. No entendía nada, el viejo. Nos sentamos en la capilla y él hacía chiste de todo. Entonces reconoció a la abuela en el ataúd y gritó, excitado: «¡Ahí está Madre! La vi ayer en la tienda. ¿Qué hace aquí? ¡Madre, oh Madre!». Y entonces comprendió que estaba muerta y se echó a llorar. «Yo también», decía. «¡Todos nosotros! Todos son embaucadores y yo también…». Después, mi mujer y mi hijita me acompañaron hasta la estación. Yo no me había acostado todavía con la otra, que a buen seguro ya se ha olvidado de mí y anda con algún fulano. Dice mi hijita: «Papá, tengo de irme», y se lo festejamos. A despedirse tocan. ¡Qué pesadumbre! Adiós, amor. Me parece estar viendo a mi mujer, deshecha en lágrimas junto a la ventanilla; yo, a punto de caer en eso mismo…

Todavía recuerdo el rostro de ese hombre.

Mis consejos eran moderados; nadie es perfecto. En particular lo que preconizaba yo es mucho amor.

Y se me ofrecían personalidades peregrinas.

Por ejemplo, Griswold el camarero, exempresario de pompas funerarias y también en la vanguardia de la moda entre los negros. Moreno claro, extremadamente apuesto y amante de lo grandioso, de barba corta y cabello abundante y untado con aceite, como sus patillas relucientes; pantalones voluminosos y rayados; calzado de dos tiras. Solía fumar marihuana —una forma apacible del esparcimiento— y estudiar la gramática de distintos idiomas como recreación. Un día me entregó el siguiente poema, compuesto por él:

How much, you ask me, do I suffer.
Now, baby, listen, I am not a good bluffer.
My ambitions and aspirations don’t leave me no rest;
I am born with a high mind and aim for the best[54].

Mientras yo lo leía, Griswold movía nerviosamente una pierna y con su mirada me escrutaba, lleno de oscura ansiedad.

Si me demoro así con algunos miembros de la tripulación, es en su memoria,

porque en el décimo quinto día de navegación fue torpedeado el *MacManus*.

Todo sucedió durante una confesión de estas informales como las ya citadas. Era de noche; bogábamos avante a unos doce nudos por hora. De pronto, un fortísimo embate nos lanzó al piso. Solo un instante más tarde nos alcanzó el estruendo de la explosión, desde el interior del buque. Corrimos a cubierta, pies para qué os quiero. Ya ascendían hilos de fuego a través de las planchas desgarradas. La superestructura de la nave estaba claramente iluminada por las llamas. Vi parches de agua llameante. La superficie del mar se nos acercaba. Oí como alaridos y chorros de vapor y cuerpos que caían en el agua. Las enormes balsas salvavidas y los botes, liberados de sus pescantes, se desplomaban con estrépito. Mi confesado y yo subimos gateando hasta un bote que se atascó cuando intentamos servirnos de él. El sujeto que venía conmigo, desorbitado de terror, no entendía. Me metí en el bote para quitar la obstrucción de en medio, cosa que ocurrió espontáneamente: la embarcación se desplomó conmigo dentro y fui lanzado al agua. La idea de ser succionado por el *MacManus* en su descenso es lo que me obsesionaba en esos momentos. El miedo me dejaba sin fuerza en las extremidades, pero yo trataba de luchar, sintiendo los reclamos de Orfeo desde los abismos. Y toda mi conciencia, reunida, parecía insustancial en el aplastante universo submarino.

Volví a la superficie para gritar, pero era incapaz de ello: solo pudiendo inhalar una bocanada de aire tras otra. ¿Dónde estaba el bote salvavidas? Había varios, aquí y allá, en el agua incendiada. Yo escupía y vomitaba agua salobre, sollozando y esforzándome por poner distancia entre el buque en llamas y yo. Todavía saltaban hombres por la borda en la claridad de la conflagración.

Me dirigí a nado hacia un bote que flotaba a treinta metros de distancia. Temía que se alejase, pero no veía remos. Mi voz había desaparecido. Llegué por fin, débil e imposibilitado de trepar. El bote estaba vacío, a la deriva. Entonces se hundió el *MacManus*. La súbita oscuridad me lo dijo. El petróleo seguía ardiendo en la superficie, pero la corriente me arrastraba. A la luz residual vi pasar una balsa cargada de gente. Hice una nueva tentativa de izarme hasta el interior del bote, por el centro, donde el borde es bajo. Desde allí noté otra presencia a popa. Llamé, pero el pobre diablo no respondía, con su cabeza echada hacia atrás. Nadé frenéticamente hacia él.

—¿Estás herido? —le pregunté.

—No, sin aliento —respondió.

—Ven. Te doy un empujón y luego me ayudas desde el bote a encaramarme. Tenemos que tratar de rescatar a otros tíos.

Tuve que aguardar el retorno de sus fuerzas. Al fin logré que se subiera al bote.

Esperé ayuda, pero no la hubo por no sé cuánto tiempo pese a mis gritos e improperios. Por último entré por mis medios en la embarcación y le hallé sentado, con las manos entre sus rodillas. Furioso, le aticé en las espaldas mojadas y no se movió: dirigió hacia mi una mirada de animal encandilado.

—¿Quieres que me ahogue, mamonazo? —vociferé.

No hubo respuesta; apenas una fría mirada; su rostro se crispó por un instante.

—A ver, toma un remo y dediquémonos a rescatar sobrevivientes —dije.

Pero había un solo remo en el bote; los demás habían desaparecido.

No hubo nada que hacer sino sentarse y seguir a la deriva. De vez en cuando, escudriñaba yo las aguas y llamaba, pero sin ver a nadie. Los fuegos se alejaban o se apagaban, a todo esto. Esperé que subiese a la superficie el sumergible que nos había torpedeado, a hacer inventario de lo sucedido. Más aún: irracionalmente lo deseaba yo. Por allí debía de andar el monstruo submarino, pero ¿qué cosa pretendía yo? ¿Dar alguna filípica a sus tripulantes? Sin duda se habían marchado ya y estarían comiendo ahora mismo o jugando a los naipes. No brillaba una luz en ninguna parte.

Aguardé sentado la luz del día: esperaba ver algo en el horizonte. ¡Nada! Amaneció con bruma, y esto y la luz del sol se combinaban para producir una blancura lechosa que obstruía la visión más allá de las cincuenta yardas. Divisábamos restos del naufragio, pero ningún bote. Estaba vacío el mar. Me sentía estremecido, a la vez, por la muerte y desaparición de tripulantes y sobrevivientes. La gente de la sala de máquinas no había tenido oportunidad de salvarse.

Disgustado, empecé a tomar amarga nota de nuestras existencias: contábamos con señales luminosas y señales de humo; si nos iba mal, tardaríamos en pasar hambre pues éramos pocos y no faltaría agua potable. Empero, ¿qué personaje me había deparado el destino como acompañante y qué índole de tropiezos me opondría? Era el carpintero de la nave, hombre hábil para todo servicio. Dada mi incapacidad para el trabajo manual, me sentí afortunado en cierto modo. El sujeto armó un modesto velamen usando el remo de mástil, por ejemplo. Opinaba él que no podíamos hallarnos a más de doscientas millas marinas al oeste de las Canarias y que, con un poco de suerte, daríamos con estas sin proponérnoslo: había estudiado día a día las cartas de navegación en el *MacManus*, así que conocía nuestro paradero y cuál corriente nos impelía. Lo expresó con satisfacción y fe en sí mismo. En cuanto al golpe que yo le había propinado en el lomo, no abrió el pico.

Era de tipo fornido y cabezón. Llevaba muy corto el pelo, que en algunos puntos parecía casi blanco, pero no peinaba canas. Las guías de su oscuro bigote caían calmosamente a ambos lados de su boca. De ojos azules, el carpintero gastaba gafas. Vestía monos que se secaron sin prisa en torno a sus fuertes pantorrillas.

Echando a volar la imaginación, me lo pinté leyendo *Popular Mechanics* a los diez años de edad.

Mientras yo lo justipreciaba, él hacía lo propio conmigo.

—Usted es el señor March, comisario de a bordo —dijo al fin. Cuando él así lo deseaba, su voz se volvía profunda y cultivada.

—Pues, sí —admití yo, asombrado por su repentino tono de viola.

—Basteshaw, carpintero de a bordo. De paso, ¿no será usted de Chicago, como yo?

A mí me sonaba el nombre y pregunté:

—¿No estaba su papá en el negocio de bienes raíces? Allá por el veinte había alguien en la esfera de Einhorn que se apellidaba así.

—Papá estaba realmente en cuestiones agrícolas: Basteshaw, ¡el Rey de la Sopa y la Ensalada!

—¡No, ese no es el mote que le aplicaba el comisario Einhorn!

—¿Cuál era?

—Le apodaba Papel de Carnicería —confesé, demasiado tarde ya para echarme atrás.

Basteshaw lanzó una carcajada. Tenía anchos los dientes.

—¡Pero qué bueno! —dijo.

¡Imagináoslo! Del trastorno sufrido, de la soledad, el peligro, el dolor por el siniestro del *MacManus*, surgía ahora una familiaridad pueblerina y aun una indiscreción acerca de cierto sobrenombre.

Basteshaw no sentía respeto por su anciano padre. Eso me desagradó de veras.

¿Respeto, digo? Pronto me enteré de que detestaba al viejo y se alegraba de que hubiese muerto. Estoy dispuesto a creer que su padre hubiera sido un déspota, un avaro, un ser terrible, mas, con todo, su padre…

La mar se irisaba de colores que te hablaban de belleza o de muerte —conforme a lo que llevases oculto en tu corazón— y los cielos albergaban el ciclo de las horas, retozando universalmente las aguas enjoyadas y asentándose luego sobre nosotros la constelada furia de la noche. Los días eran sofocantes. Los pasábamos bajo una lona que nos proveía de sombra. Casi ningún viento sopló durante los primeros días, lo cual fue afortunado.

Traté de dominar mi ansiedad, mi pregunta angustiosa acerca de Stella, mi madre, hermanos, Einhorn, Clem. Mantenía secas y junto a mí las señales de humo y las luminosas. Las probabilidades de que fuésemos avistados no eran malas en esa zona, a diferencia de lo que hubiese ocurrido en el Atlántico Sur, donde los buques escaseaban siempre.

En medio del bochorno te parecía estar oyendo el susurro de la sal en el agua, como el de la nieve poco densa cuando ha comenzado a derretirse.

Basteshaw no cesaba de estudiarme a través de sus gafas, aun durante la siesta. Anna Coblin, mi prima, nunca contempló con tanta persistencia el espejo. Pues ahí estaba él, con su tórax robusto de por medio, escrutándome pesadamente. Conformado a lo caballo, este Basteshaw, como con los vasos en las rodillas. Si me hubiera devuelto el golpe, en la noche del hundimiento, las habríamos pasado canutas. Pero también estábamos en el colmo de la extenuación, para intentar una pelea. Él daba la impresión de haber olvidado ahora todo. Su porte tenía la estabilidad de una fortaleza humana; imposible hallarle en un descuido. Reía a menudo, pero sus ojos azules jamás me perdían de vista.

—De una cosa me alegro —dijo un día—; es de no haberme ahogado. O todavía no, por lo menos. Prefiero morir de hambre, expuesto a los elementos o bien otra

cosa. Papá se ahogó en el lago.

—¿Sí? —Pues, adiós, Papel de Carnicería. Esto, cuando me hube enterado de su muerte, es lo que me nació.

—Fue en Playa Montrose, durante sus vacaciones. Los hombres de negocios sucumben si es que se toman vacaciones, como si no hubiesen tenido tiempo en días de trajín. El ocio los mata. Él tuvo un ataque cardíaco, sabe usted.

—¿No dice que se ahogó?

—Cayó al agua, tras el ataque, y se ahogó. Por la mañana temprano. Estaba sentado en el muelle, leyendo el *Tribune*. Solía levantarse antes del alba, por sus hábitos de trabajo.

El daño coronario fue mínimo, no fatal; le mató el agua que se le metió en los pulmones.

Basteshaw gozaba de toda conversación médica o científica, acerté a descubrir.

—Los vigilantes lo hallaron muerto cuando tomaron servicio, aquella mañana. Los periódicos hablaron de muerte violenta, por la tarde, y todo porque había un fajo de billetes en su bolsillo y él usaba anillos de oro más bien gruesos. Me enfurecí y fui a la calle Brisbane a cantarles cuatro verdades. Les dije que era un escándalo medrar con los sentimientos de la gente. Mi madre, horrorizada de pensar en un asesinato. ¡Pues les forcé a publicar una retractación!

Ya conozco las desmentidas que aparecen en letra pequeñísima, en la última página del periódico…

Sin embargo, Basteshaw se enorgullecía de su logro. Se había puesto el mejor Borsalino de su padre; sacó el Cadillac del garaje y lo destrozó. Embistió con él una pared, aposta, porque el viejo mantenía el coche como si hubiese sido un reloj suizo. El difunto Papel de Carnicera vivía obsesionado con la rotura de cosas cualesquiera. Cuando padecía un acceso de ira y estaba a punto de hacer añicos algún objeto, la señora Basteshaw le gritaba: «Aaron, Aaron, ¡el cajón!». En la cocina había un cajón con viejos moldes para tartas, que él podía arrojar lejos de sí y patear luego. Por enfurecido que estuviese, el padre de mi compañero de desgracia no elegía otra cosa que estas tarteras para desahogarse y jamás la vajilla de porcelana.

Basteshaw encontraba risueño todo esto, pero yo me entristecía por el viejo.

—¡No se pudo usar el auto para los funerales porque estaba hecho trizas! Cuando el viejo estuvo bajo tierra, mi siguiente paso —y yo me estremecí anticipadamente— fue romper con mi prima Lee. Él me había obligado a comprometerme argumentando que yo jugaba con los sentimientos de ella. Después de aquella intervención se me pasaron por entero las ganas de casarme con Lee.

—¿Jugar con sus sentimientos? ¿Qué quería decir eso?

—Que yo me acostaba con ella. Pero yo había jurado no dar al viejo tamaña satisfacción.

—Podrías haber estado enamorado de ella, con viejo o sin él.

Me lanzó una mirada cortante. Yo no sabía con quién estaba tratando.

—Ella era tísica y la gente como ella está a menudo soliviantada. La temperatura febril produce un efecto espectacular en las zonas erógenas —pontificó en tono profesoral.

—Pero ella, ¿estaba enamorada, sí o no?

—Las aves, con su elevada temperatura corporal, también llevan una vida de intensa emotividad. Por cómo habla usted del amor, veo que nada sabe de psicología ni de biología. Ella me necesitaba; *ergo* me amaba. Si la hubiese rondado otro tío, ¡pues de él se habría prendado! Digamos que si yo no hubiera nacido, entonces, ella no habría amado a nadie, ¿es así? Si el viejo no se hubiera entremetido, tal vez me hubiese casado con ella; pero como él estaba a favor, yo estaba en contra. Además, Lee estaba muriéndose. Pues, nada, le dije que yo no podía casarme con ella. ¿A qué mantenerla engañada?

¡Bestia!

¡Marrano!

¡Víbora!

¡Asesino!

Él en persona había apresurado su muerte. Ya no soportaba la vista de este cabronazo, yo.

—A los pocos meses falleció Lee. Su cara era un desastre, hacia el final. ¡Y eso que había sido bien guapa antes!

—¿Por qué no te callas?

Se mostró asombrado.

—¿Qué tiene?

—Muérete, ¿quieres?

Él me habría dejado de pasto para los tiburones, sin pestañear.

No obstante, esta conversación resurgió al cabo. ¡Es que no había otra cosa que hacer!

Basteshaw me enteró de la vida y milagros de una pariente, tía de él. Esta señora durmió quince años seguidos; de pronto despertó y se puso a andar por la casa como si nada hubiera pasado.

—Se quedó dormida cuando yo frisaba en los diez años y volvió en sí teniendo yo veinticinco. Me reconoció no más me hubo puesto los ojos encima. Ni siquiera pareció sorprendida…

Pues ya lo creo.

—Cierto día, regresando mi tío de su trabajo… Esto sucedió en Ravenswood. ¿Sabe usted cómo están hechas allí las casas de un piso? Él iba a entrar por la puerta trasera; al pasar frente a la ventana del dormitorio, vio una mano que corría la cortina y la reconoció por la alianza. ¡Casi enloquece el hombre! Entra en la casa tambaleándose y se topa con ella, atareada en la cocina. La comida estaba servida y esta mujer dice al tío Mort: «¡Ve a lavarte!».

—¡Increíble! ¿De veras? Como la bella durmiente… ¿Era la enfermedad del

sueño?

—Si mi tía hubiera sido una belleza, su letargo no habría durado tanto. Mi diagnóstico es: una forma clínica de la narcolepsia, de origen puramente psíquico, que explica lo de Lázaro, lo de la señorita Usher (la del solar de los Usher) y un sinnúmero de casos equiparables. Salvo que el caso de mi tía es sumamente esclarecedor. Revela los secretos de la vida. Secretos más hondos que este océano, mismo. El afán de todo neurótico es el ser dueño de la situación. Mientras durmió mi tía, dominó. Ella sabía, en algún recoveco de su cerebro, qué sucedía en su casa. La prueba está en que retomó su vida, después de un lapso de quince años, con absoluta precisión. Al despertar, tenía idea clara de dónde se hallaba todo y no se sorprendía de los cambios ocurridos. Reunía en sí, esta tía mía, el poder y la autoridad de quienes saben estarse quietos…

No puede menos que rememorar a Einhorn, en su silla de ruedas, dándome lecciones acerca de qué es la fuerza moral.

—Mientras ruge la batalla, vuelan los aeroplanos, producen las máquinas, cambia de manos el dinero, cazan los esquimales y asuelan las carreteras los secuestradores, estará a salvo la persona que, desde la cama, es capaz de hacer que el mundo se vuelva a ella. La vida íntegra de la tía Ettl fue un preparativo para este milagro…

Asentí: era algo que se acercaba al milagro, la vida de ella.

—Apuesta lo que quieras —dijo Basteshaw— y no te equivocarás. ¿Recuerda usted cómo el gran Sherlock Holmes lo deducía todo en su cuarto de la calle Baker? Comparado con su hermano Mycroft, sin embargo, era insignificante. ¡Ese Mycroft! Una lumbrera, March. No se movía de su club, pero era un genio que sabía todo. De modo que, estando atascado Sherlock en la resolución de un caso, iba a visitar a Mycroft, quien le daba la respuesta. ¿Y sabe usted por qué? ¡Pues porque Mycroft sabía estarse quieto! Sí, inacción es poder. El rey se arrellana sobre su trasero mientras los plebeyos están de pie. Dice Pascal que la gente se mete en apuros porque no consigue permanecer en su habitación. El próximo poeta laureado de Inglaterra, calculo, ruega a Dios que nos enseñe a estarnos sentados. ¿Ha visto usted la famosa pintura de un viajero gitano-arábigo dormido con su mandolina y el león que lo mira? Esto no implica que el león respeta su descanso, no. Significa que la inmovilidad del hombre controla al león. Esto es mágico. Pasividad y poder, de la mano. Óigame bien, March: aquel Rip van Winkle de otrora se quedó dormido a propósito.

—¿Quién cuidó de la tía durante esos quince años?

—Una polaca: Wadjka. Conste que, después del milagro, mi tío se encontró en un embrollo. Él había organizado su vida en torno a mi tía durmiente. Ella estaba en brazos de Morfeo mientras él jugaba a las cartas y tenía su ligue, además. Realmente lo compadecimos al despertar su mujer.

—En lo tocante a compasión —argüí—, ¿no hay ninguna para la tía? Ella invirtió su tiempo, un pedazo entero de su vida. Como una condena cumplida en prisión, prácticamente.

Se esbozó una sonrisa en el rostro de Basteshaw.

—En una época estuve loco por la Historia del Arte —repuso—. En lugar de andar de aquí para allí en el verano, como lo deseaba mi padre, me metía a hurtadillas en la biblioteca de Newberry, donde era yo el único mozo entre un puñado de monjas en la sala de lectura. Cierto día cogí una obra de Ghiberti que realmente me impresionó. Habla de un orfebre alemán al servicio del duque de Anjou como de un igual de los grandes escultores de Grecia. Al fin de su vida, el artista vio derretir su magna labor de decenios para convertirla en barras de oro: ¡todo en vano! Se arrodilló y oró: «¡Oh Señor, creador de todo lo que existe, no me permitas seguir los pasos de los falsos dioses!». Luego se metió a monje este santo varón, y del monasterio no salió nunca más.

¡Enhoramala ceda y se derrumbe la solidez de este mundo, llegado el ocaso de la vida! ¡Maldito sea! Pero aquel hombre tenía a Dios como respaldo, cuando menos. ¿Qué le habría acaecido sin Él y qué, si la verdad de las cosas hubiera sido otra, aún más atroz y furibunda?

—¿Qué fue la dolencia de tía Ettl sino una obra de arte? Al igual que el pobre artista alemán, ella tuvo que ser preparada para el fracaso. Eso significa lo de las ruinas del tiempo…

O ve a Roma, que es el sepulcro.

Supongo que habrás leído a Shelley…

Vete a Roma: al punto hallarás
el Paraíso, la tumba, la ciudad y el yermo.

Las obras de arte, por tanto, no son eternas. La belleza es perecedera. ¿No se despertaba inspirado acaso aquel santo alemán, con el corazón jubiloso? ¿Qué más puede pedirse? No es posible sentirse feliz y, a la vez, seguro de estar en lo cierto para toda la eternidad. Es menester correr el albur de que ser feliz implique el estar acertado.

En esto coincidíamos; asentí, con mejor opinión acerca de Basteshaw. ¡Había en él un adarme de nobleza! En ciertos aspectos misteriosos era todavía un ser humano, pero… ¡qué mezcolanza!

Entretanto, el bote salvavidas se paseaba por el océano, entre luces y profundidades, anda que te anda, subiendo y bajando.

Y entonces tuve que volver mis pensamientos a la cantidad de veces que, creyéndome en lo cierto, había estado errado. No una vez sino mil…

Pero tenía depositada mi confianza en mi amor por Stella y su amor por mí.

Por lo demás, pronto habían de terminar estas cuestiones de bien y mal, verdad y

error, porque el mar nos tragaría, tal vez.

En las aguas siempre desbordantes de la mar azul brillaban puntos y cruces de diamante. En su seno hacían de las suyas peces y monstruos pelágicos. Cerca andarían algunos de nuestros ahogados, pasando bajo el bote.

Basteshaw discurría acerca de su tía Ettl como de un artista y sus palabras eran pomposas. Pocos días atrás había quedado reducido a nada por el pavor; bastaba mirarle ahora, en plena posesión de sus facultades, para admirarlo, aun cabezón y sudoroso, lleno de vigor.

—¿Por qué razón se engancha como carpintero de a bordo un individuo cultivado como tú? —dije, formulando la pregunta que me había preocupado por algún tiempo ya.

En eso surgió que en realidad era biólogo o bioquímico el tal Basteshaw, o psicobiofísico, título que, según él, le sentaba mejor. Seis universidades, ni más ni menos, le habían despedido a raíz de sus extrañas nociones y rehusado mirar siquiera su trabajo experimental… Con todo su adiestramiento científico, Basteshaw no pensaba convertirse en soldado raso. De ahí su cargo actual: era esta su quinta travesía. En alta mar podía continuar su obra científica.

¿Por qué era mi sino caer entre teóricos?

Basteshaw empezó un relato descriptivo, que se iniciaba con un panorama de su vida.

—Sabe usted que todo niño ansia ser ciertas cosas, convertirse en eso, digamos. Por ejemplo, a los doce años de edad patinaba yo velozmente sobre hielo: podría haber llegado a campeón, pero se diluyó mi interés en aquello. Acto seguido, me transformé en experto filatelista, pero también perdí el interés de seguir siéndolo. Luego fui socialista, lo cual no duró. Me dediqué al fagot y desistí. Y muchos intereses más, pero nada me cuadraba. Ya en el colegio superior contraje el prurito de ser —o de haber sido, mejor dicho— un cardenal del Renacimiento. ¡Eso sí que me habría gustado! Un cardenal lleno de insidia, vibrante de vida, que diera corcovos y relinchos triunfales. ¡Ah, eso sí! A mi madre la hubiera puesto en un convento. Y a mi padre en un saco de harpillera. Comisionaría a Miguel Ángel para que fuese más allá de los Farnese y los Strozzi. Yo habría sido, sobre todo, espontáneo, vigoroso, carente de falso pudor: feliz como un dios. Pero ¿puede uno imponer ideas a la vida, acaso? Cada cual anhela ser el tipo más deseable de hombre…

»¿Y de dónde arranca esto? Pues bien: hay que remontarse a mi niñez, en la piscina municipal de Chicago. Mil condenados diablillos que aúllan, golpean, empujan, patean. Los vigilantes te pitan, te reconvienen, te castigan. Los guardias de servicio te hunden los pulgares en las costillas y te dicen mocoso. Eres una ratita aterida, de labios cianóticos, chirle la sangre, asustada. El enclenque de ti. La multitud te encierra y no eres nada, un ser sin nombre sustancial, no solo en la eternidad sino aquí y ahora mismo. Tu destino, el de pigmeo. ¡La muerte! Mas no, algún distingo ha de haber, clama el alma ante el anonimato. Y luego exagera y te

dice:

»—Has nacido para dejar estupefacto al mundo. Tú, Hymie Basteshaw, *stupor mundi!* Muchacho: ¡anímate! Has sido llamado y serás escogido. Empieza a parecer lo que eres. ¡Te venerarán las generaciones mientras exista el calendario!

»Sé que esto es neurótico de mi parte (y excusa la jerga), pero no ser neurótico equivale a adaptarse a lo que se denomina situación de realidad, que consiste en lo que he descrito. Mil millones de almas montando en cólera por un destino de insignificancia. También constituyen realidad las esperanzas secretas que concibe la imaginación. Las esperanzas: males indispensables de la Caja de Pandora. La certeza de un destino por el que ha valido la pena padecer. En otros términos, el deseo de nacer del molde de la verdadera hombría. Pero ¿quién tiene esa suerte? Nadie lo sabe.

»Yo hice lo mejor que pude para ser muy cardenal renacentista en condiciones modernas.

»Después de mucho esforzarme por vivir en conformidad con un glorioso modelo, sobrevinieron la fatiga, casi la desesperanza, el hastío. Un extremado hastío. Vi experimentar el mismo hastío a otros, aunque negándolo. Por último resolví que del hastío haría mi tema. Lo estudiaría. Me convertiría en autoridad mundial. ¡Y qué día especialísimo para la humanidad, March! ¡Qué campo! ¡Qué vastísimo dominio del conocimiento! ¡Algo titánico! ¡Prometeico! Temblaba yo, pensando en eso. Me sentía inspirado. Imposible dormir. De noche acudían las ideas por miríadas y yo anotaba todo religiosamente. Cosa rara que nadie se haya ocupado sistemáticamente de esto. De la melancolía, sí, claro, pero del hastío que nos invade hoy, no.

»Investigué un tanto en literatura y filosofía modernas. Mis conclusiones fueron obvias en un principio. El hastío parte del esfuerzo inútil. ¿Tiene usted defectos y no es lo que debería ser? El hastío es la convicción de no poder cambiar. Empieza uno a inquietarse por la pérdida de matices en el propio carácter y el desfavorable parangón con el prójimo que uno se huele. Esto da la sensación de ser latoso uno. El hastío es, en el aspecto sociable de uno mismo, la manifestación del poder ínsito en la sociedad. Cuanto más fuerte es la sociedad, tanto más esperará de uno que se mantenga dispuesto a las obligaciones sociales; cuanto mayor la disponibilidad de alguien en tal sentido, tanto menor su calibre en cuanto individuo. El lunes estás justificando tu existencia por la labor que cumples, pero el domingo, ¿cómo diablos te justificarás? Espantoso domingo, enemigo de la humanidad. El domingo eres libre… ¿para qué? Pues libre para descubrir a quién amas (a tu mujer, tus hijos o tus amigos) y para la recreación. El espíritu humano, esclavizado, solloza en el silencio del hastío, su acérrimo antagonista. El hastío, por consiguiente, puede surgir de la cesación de funciones habituales, aunque estas resulten aburridas de por sí. Suelta el alarido de una capacidad no vuelta acción, de la condenación de no realizar ningún magno propósito, de no formar parte de un designio maestro. De la obediencia que no se presta de buena gana porque nadie sabe solicitarla como es debido. De la armonía que no se logra. Lo que se oculta tras el hastío es todo ello… Y van vislumbrándose las

infinitas posibilidades del tema.

¿Que si se deslumbraban? Yo estaba atónito, viendo escalar a Basteshaw —como un alpinista— los picachos del propio cerebro, robusto él y con sus tranquilas antiparras y sus azules ojeadas llenas de certeza.

—Y yo pretendía hacer un enfoque científico del tema —prosiguió—, de modo que mi proyecto inicial fue el de estudiar la fisiología del hastío. Pasé revista a los experimentos de Jacobson y otros autores respecto a la fatiga muscular: esto me condujo a la bioquímica. Obtuve mi maestría en bioquímica de la célula con absoluta presteza, dicho sea de paso. Logré mantener tejidos de rata vivos in vitro, siguiendo a Harrison y la técnica perfeccionada por Carrel, lo cual me llevó a estudiar a Von Wettstein, Leo Loeb y otros. ¿Cómo se explica que simples células aspiren a la inmortalidad, mientras que los organismos complejos se aburren en el intento? Las células ostentan una voluntad de persistir en su esencia…

Siguieron ciertas descripciones que no domino de fisicoquímica necesaria para mencionar, el movimiento de los enzimas y demás. Lo positivo es que, en tanto Basteshaw investigaba la excitabilidad del protoplasma, descubrió algunos secretos de la vida.

—Estoy seguro de que te costará creer lo que sucedió después. Nadie lo cree —añadió.

—¡No habrás creado vida en el laboratorio!

—Con toda humildad, afirmo que sí sin arrepentimiento. Ya me han echado seis universidades por reclamar el mérito.

—¡Cosa de locos! ¿Estás seguro?

—Soy una persona seria —dijo tiesamente—. Mi vida ha sido seria de lleno. No pienso poner en peligro mi cordura reclamando lo que no me corresponde. Una vez y otra obtengo idéntico resultado: protoplasmas.

—Has de ser un genio.

No intentó negarlo. Y mejor así: si Basteshaw no resultaba un genio, yo no tenía nada que hacer en aquel bote, tampoco.

—La he creado por casualidad: no soy Dios —dijo Basteshaw.

—¿Acaso no podían comprobarlo ellos?

—No conseguí que lo hicieran. Además, las células que construí carecían de dos rasgos esenciales (la capacidad regenerativa y la de reproducirse): eran formas estériles y frágiles. Pero en los dos años últimos he llevado a cabo un estudio de los organizadores biológicos. Ocupándome de embriología, he hecho un par de descubrimientos más.

Basteshaw bebió un trago de agua para aclarar su voz. Cabezón, fuerte de pecho, resistente y calmo, era como una caja enorme llena de las mejores cualidades. Como un sarcófago egipcio que remeda los contornos de la momia que alberga. Su parecido con un noble bruto se mantenía sin novedad, pero con fuerza.

—Pero todavía no has explicado qué estaba haciendo en el *Mac-Manus* un

hombre de tus cualidades.

—Continuando mis experimentos.

—¿Quieres decir que había algo de ese protoplasma a bordo?

—En rigor de verdad, sí.

—¿Y ahora está flotando en el océano?

—Me consta que sí.

—¿Y qué sucederá ahora?

—Pues no lo sé. Es una forma avanzada, superior a la perecedera de antes, lo que he empleado esta vez.

—¿Qué pasará si se inicia una nueva cadena evolutiva?

—Precisamente: ¿qué pasará?

—Algo terrible, quizá. ¡Hostia: vosotros los científicos jamás os mosqueáis si ocurren males debidos a vuestra omnipotencia! —dije con enfado—. ¡Alguno entre vosotros quemará la atmósfera un día de estos o nos matará con un gas!

Basteshaw concedió que nada de eso parecía imposible.

—¿Por qué tendría un solo hombre el poder de dañar a la naturaleza íntegra o contaminar al mundo entero? —pregunté.

—No creo que suceda nada por el estilo —dijo él y se sumió, acto seguido, en una fascinada cavilación.

Con mucha frecuencia, Basteshaw viajaba con el pensamiento más allá de mis alcances; su humor resultaba extraño en tales casos: él hacía en voz alta cierta observación a la vez pesimista y divertida para sí mismo y yo me preguntaba qué estaría tramando. Por largos trechos se quedaba sentado sin dirigirme la palabra (aunque estudiándome siempre, de soslayo) y yo me ponía sumamente inquieto.

Pasó un par de días sin que hablásemos una sílaba. Esto no era normal, ser abrumado por la charla en un comienzo y después permanecer aislado. ¿Quién habló de hastío? Empecé a sentirme tan envarado como el bote mismo, pero tomando sobre mí parte de la culpa. Me dije: «Estás frente a frente con una persona, un alma con quien tratar. ¿Qué tienes? Se parecen bastante vuestras almas, como un león se asemeja a todos los leones, poco más o menos, así que, estando ambos en la mismísima pejiguera, pues ya podríais conversar acerca de lo fundamental de la vida. Si quieres saber la verdad, no estás haciendo tu parte como cuadra…».

Aquella noche tuve un sueño extrañísimo, acostado yo en el fondo del bote. Una vieja de nariz de púgil y pies planos en zapatos de gimnasia me pedía una limosna. Me reí de ella, acusándola en solfa de que se la gastaría en cerveza. Era audible el entrechocarse de mil latas vacías en su bolsa de compras. La vieja dijo que se trataba de sus enseres de lavar ventanas, su profesión: ¿acaso debía limpiar cuarenta y cinco ventanas por día, pobre de ella, por el amor de Dios? E insistió en su pedido. Sintiéndome generoso, accedí. Me deleitaba el estar viendo la zona oeste de Chicago después de tanto tiempo. Llevé la mano al bolsillo, pensando darle unas perras: días hay en que uno no está tan bien dispuesto, sin ser tacaño. Me sorprendí dando a la

vieja una moneda de cada clase: medio dólar, un cuarto de dólar, diez céntimos, cinco y uno. Estos noventa y un céntimos, alineados en la palma de mi mano, fueron a caer en la de la mujer. Lo lamenté en el acto, porque era demasiado; pero entonces me enorgullecí. Cacatúa me lo agradeció, enana como era y de anchas ancas. Dije entonces que quedaban algunas ventanas libres pero no me pertenecía ninguna y la vieja me convidó a beber. No, gracias, madre, debo marcharme; hallé bondad en mi corazón y toqué cariñosamente su cabeza. Me sentí invadido de viva emoción. Le dije:

—¿Sabes, viejecita, que tus cabellos son como los de un ángel?

Y ella respondió con suavidad:

—¿Y por qué no ha de ser así? Como los de las demás hijas de hombre…

Mi pecho estaba lleno de tumultuosas sorpresas y oscuros estallidos de felicidad.

—Que Dios te dé verdad —terminó diciendo la fregona de ventanas y se dirigió a la umbría y fresca caverna donde expendían cerveza.

Eché un largo suspiro y, a regañadientes, me desperté. Me parecieron inquietas y afiebradas las estrellas. Basteshaw dormía, sentado de través. Deploré que no hubiese estado despierto para iniciar inmediatamente una plática.

Mas en lugar de comunión fraterna hubo una batalla campal al otro día.

Sostenía Basteshaw que estábamos cerca de tocar tierra firme. Decía haber avistado ciertas aves, algas y ramas flotantes. Yo no me lo creía. Estaba mudando el color del agua —según Basteshaw— hacia un verde amarillento. A mí no me lo parecía. El hombre afirmaba su condición de científico, al fin y al cabo: había visto las cartas de navegación, estudiado las corrientes y, hechos los condignos cálculos, verificado las señales, así que ninguna duda le cabía al respecto. La razón por la cual me resistía a creerle es que me amedrentaban las ilusiones vanas y su carga de pesar.

El escándalo empezó cuando supuse haber divisado un buque en el horizonte, hacia el oeste. Empecé a gritar, brincar y agitar mi camisa. Frenético, puse una señal de humo en el agua. Conocía al dedillo las instrucciones, habiéndolas leído una cincuentena de veces. Apronté, pues, la señal y en esto se oyó la calmosa voz de Basteshaw:

—¿Qué motivo hay para destapar una señal de humo?

¡Maldita sea! ¡Este tío no quería salvarse, prefería pasar por alto la posibilidad de un rescate!

Así es como deposité el pote en la superficie del mar. La densa humareda comenzó a elevarse, en contraste con la pureza del aire. Seguí agitando mi camisa. Ya estaba sintiendo los brazos de Stella en torno a mí y su rostro contra mi hombro, y llenándome a la vez de odio hacia Basteshaw, sentado a popa con los brazos cruzados. Me enfurecía de solo verlo.

Ahora mismo no había nada en el horizonte: todo había sido un truco de mi imaginación. Me sentía entre irritado y confuso, fatigado y débil por primera vez al padecer la desesperanza que había temido.

—Lamento comunicarte que has tenido una alucinación —me dijo Basteshaw, al par que yo sudaba de debilidad.

—¡Cegato del demonio! —repuse—. ¿No ves que hay un buque apenas más allá de la línea del horizonte?

—Las gafas corrigen mi visión completamente —insistió. Esa pedantería me hizo detestarlo una vez más.

—Imbécil cuatro ojos, ¿por qué deseas morir aquí? ¿Acaso tienes una brújula embutida en el culo? ¡Te creerás muy marinero, pero no esperes de mí parecida confianza! ¡Yo no perderé oportunidad de salir con vida de esto!

—Anda, cálmate. Nadie morirá. Eché una cuidadosa ojeada al rumbo que llevábamos antes del naufragio y sé que nos acercamos a tierra. Por fuerza. Derivamos hacia el este, desembarcaremos en territorio español y seremos internados en algún campamento de prisioneros. No seas tú un imbécil. ¿No te alcanza lo que ya has vivido de la guerra? Si no hubiera sido por pura suerte, te habrías quemado vivo o serías pasto de tiburones. ¡Y ahora escúchame! —dijo, poniéndose severo en su tono —. No me gusta decir dos veces una cosa. He estado pensándolo bien: creo que tenemos la buena fortuna de nuestro lado. Desembarcaré en las Canarias y allí me internarán; permaneceré durante el resto de la guerra y continuará mi investigación. En Estados Unidos no han querido eximirme del servicio activo, pese a una apelación que en persona llevé a Washington. Ahora bien: tengo buen dinero en casa; mi padre me legó casi cien mil dólares y en las Canarias podremos trabajar. Yo te enseñaré el oficio. Eres un tío bastante listo, aunque con toda clase de ideas locas acerca de sí mismo. En un año sabrás más que un doctor en Bioquímica. Es esta una ocasión para ti. Comprender la génesis de la vida y conocer sus secretos. Ser más sabio que la Esfinge. ¡Contemplarás el enigma del universo, bien informado!

Basteshaw siguió adelante con su elocuencia acostumbrada. Yo estaba atemorizado, estremecido, y no solo por las tormentas desatadas en su cerebro —por más brillante que hubiera sido este—, sino por el resurgimiento del signo del subordinado bajo el cual había yo venido al mundo.

—Mira bien, que es esta quizá la oportunidad de tu vida y no solo la de trocarte en eminencia o la de desarrollar tu intelecto plenamente, sino la de coadyuvar históricamente al futuro de la humanidad y la felicidad del hombre. Los experimentos con células, March, darán la clave del origen del hastío en los organismos superiores. De lo que solía denominarse pecado de desidia. No faltaba razón a los tíos de la antigüedad en llamarlo pecado, porque lo es. Ceguera ante la vida, aislamiento, falta de receptividad, una estólida barrera de carne ansiosa y sobreprotegida, ignorante de la sutileza de Dios o la Naturaleza e insensible a su hermosura. March, oye esto: no bien se haya librado del hastío, todo hombre será poeta y toda mujer una santa. El amor colmará al mundo. Desaparecerá la injusticia, así como la esclavitud, el derramamiento de sangre, la crueldad… Todo esto pertenecerá al pasado: considerando la suma de horrores pretéritos, el género humano se sentará a llorar y

espantarse del recuerdo de la sangre y la existencia de mónadas que llevan los hombres, de la incomprensión y las iras homicidas y la matanza de inocentes. Pechos y entrañas se disolverán en lágrimas ante la visión de lo pasado. Y entonces comenzará una nueva hermandad humana. Las prisiones y los manicomios se transformarán en museo. Igual que las pirámides y las ruinas Mayas, conmemorarán un desenvolvimiento torpe del genio del hombre. Se manifestará la verdadera libertad sin fundarse en la política ni en revoluciones, que nunca resultaron en nada, de cualquier manera, puesto que la libertad no es un don, sino una posesión del hombre que no se siente hastiado. Te digo, March, que en esa dirección van mis experimentos. Yo crearé un suero, un suero comparable a un nuevo río Jordán, respecto al cual yo he de ser un Moisés. Y tú eres Josué. Conduciremos a un Israel consistente en la raza humana a través del Jordán. He aquí el porqué de mi negativa a regresar a Estados Unidos.

Yo estaba atragantado, sobreexcitado. El aire mismo que pasaba sobre mí parecía surgido de labios proféticos. A todo esto, la señal de humo continuaba ardiendo y Basteshaw la miraba como a un enemigo. Dije:

—No pienso perder una sola oportunidad de salvarme. No quiero que me internen en España. Estoy recién casado. Así que, aun estando seguro de que sabes de qué estás hablando, todavía diría que no.

—¿Piensas que no sé lo que digo?

Tendría que haber tenido mayor tacto, yo, pues Basteshaw había notado a las claras mi verdadero modo de pensar.

—Estoy ofreciéndote una trayectoria —dijo—: algo digno de ser tomado en cuenta pese a sus riesgos.

—Ya está fijada mi trayectoria.

—¿Ah, sí?

—Sí; y además estoy absolutamente en contra de hacer cosas en pro del género humano en su totalidad. No deseo nada para mí, ni meterme en la vida ajena. Nadie se hará poeta o santo por el solo hecho de que juegues con su vida. Sin ir más lejos, bastante sudor me ha costado ser el que soy por naturaleza. No deseo ir a las Canarias contigo. Necesito a mi mujer.

Él seguía cruzado de brazos, sentado sin expresión en su rostro, mientras iba elevándose hacia el cielo matutino una humareda aceitosa y sedeña a un tiempo. Las aguas reflejaban todavía la franja encarnada que se extendía por el azul, al este. Y yo persistía en otear el horizonte a cada momento.

—Pues te aseguro que tu respuesta no me parece frívola —dijo Basteshaw—. Me parece sincera, pero en tono menor. La escala de la vida es tanto mayor. Me consta que estaremos de acuerdo luego de haber hablado y trabajado en las islas, que entiendo son encantadoras, por otra parte.

—Es posible que estemos pasándolas de largo, cien millas al norte o al sur de ellas, sin verlas jamás —argüí—. Tú quieres hacerme creer que tu ciencia es tan

grande, que puede timonear con la pujanza de tu cerebro. Está bien, ¡adelante! Pero yo me haré rescatar, si es que me dan las fuerzas.

—Tengo la convicción de que avistaremos las islas en cualquier momento ya —dijo Basteshaw—. ¿Por qué no apagas esa señal, entonces?

—¡No lo haré! Es mi decisión y es definitiva.

El hombre estaba fuera de sí. Aun enfadado, pensé que tal vez fuese un genio él y que yo carecía lastimosamente de fe.

Quedamente se resignó Basteshaw.

Di media vuelta para concentrarme en la línea del horizonte y en eso sentí un fuerte golpe que dio con mis huesos en el suelo. Basteshaw me lo había propinado con nuestro único remo y ya estaba disponiéndose a repetir el juego, con el guión del remo esta vez: sí, ¡Moisés, salvador y mesías! En su rostro se discernía más una tarea que cumplir que un gozo maníaco. Le grité:

—¡No me mates! —Y rodé a un costado.

Levantándome como pude, me abalancé luego contra él, sintiendo que no estaba lejos de matarle. Soltó el remo y me dio un abrazo inmovilizador que se transformó en una morsa asfixiante.

Basteshaw era un loco perdido.

Y asesino por añadidura.

Dos seres que, perdido el juicio, se trataban en un forcejeo en medio del océano, cuerpo a cuerpo. Yo le habría estrangulado, de ser posible, pero él resultó el más fuerte. Con su inmenso peso sobre mí —el peso del bronce—, caí sobre un banco de remeros con mi cara contra las tablas del piso.

Y me preparé para el fin.

Las fuerzas universales me recibirían en su seno, tal como me habían dado a luz un día.

¡La muerte!

Pero su intención no era la de eliminarme, sino desnudarme para ligar mis miembros con mis ropas. Basteshaw utilizó mi ropa interior, para enjugar la sangre de mi cara y el sudor de la suya. De un tirón arrancó la amarra de proa y me maniató con mayores precauciones.

Acto seguido, Basteshaw extinguió el fuego químico que producía la señal de humo, colocó enhiesto el remo para que funcionase como mástil nuevamente y se sentó mirando al este, por si divisaba la costa de cuya cercanía tan seguro estaba, mientras yo yacía desnudo y boqueando sobre mi flanco, tal cual me había dejado Basteshaw.

Más tarde me alzó en sus brazos y me acostó bajo el lienzo alquitranado, a fin de evitarme una quemadura de sol. Fue dolorosísimo el contacto de sus manos, lo cual movió a Basteshaw a inquirir —en tono profesional— si había quebraduras y palpar mis costillas para descartar toda posibilidad. Le maldije hasta que se me hubo resecado el gaznate.

A la hora de comer me alimentó y dijo:

—Avísame cuando tengas que mover el vientre o te las verás feas.

—Si me desatas —propuse—, te doy mi palabra de honor de que dejaré de enviar señales.

—No. No puedo arriesgarme contigo. Esto es demasiado serio.

De tanto en tanto, Basteshaw me prodigaba una friega en los miembros, para activar la circulación.

Le supliqué que me desatase, por temor a la gangrena.

Mas no; me dijo que yo había optado y que ya arribaríamos a aquellas islas dichosas. Por la tarde, declaró que ya se olía la brisa de tierra. Al elevarse la temperatura, protegió su vista como pudo. Anochecía ya cuando Basteshaw se tendió con pesadez y —mientras yo le ojeaba no sin reconcomio— estiró sus piernas poderosas y su cabeza, receptáculo de infatigables reflexiones, de donde procedía la directiva de aporrearme, de hacerme pasar maniatado la noche entera y reservarme acaso algo nefasto para el otro día.

Brilló la luna, llegó el relente y siguió avanzando el bote, a paso tardo: apenas se meneaba en el agua. Resentí yo mis muñecas a fuerza de tentativas de desatarlas, forjándome planes de evasión.

Se me ocurrió pensar que, si conseguía arrastrarme hasta el botiquín de metal, a lo mejor podría frotar la cuerda que ataba mis muñecas contra un borde afilado, hasta cortarla. Me tendí boca arriba y ahí comenzó la faena de deslizarme por el piso, empujando con los talones. Basteshaw no despertó: dormía como un bendito.

Yo tenía laceradas las espaldas por sus golpes; mientras me arrastraba, iba mordiéndome el labio inferior para no lamentarme en voz alta. No hice mucho progreso. Me dominaba la congoja pero solo lloré entre mí, temeroso de despertar al otro.

Tardé la mitad de la noche en lograr mis objetivos. Quedé libre al fin, lamiendo mis muñecas en carne viva. Mis espaldas llameaban de dolor. Solo un punto de frescura reinaba en mi cuerpo, allí donde se acumulaban mis ideas homicidas. Me deslicé, pues, a cuatro patas hasta el durmiente: ya podía lanzarle al mar, estrangularle, atizarle con el remo y romperle los huesos, ver su sangre derramada…

De pie sobre él, ávido de venganza y sujetando la amarra entre mis manos, percibí el calor que se desprendía de su cuerpo y toqué apenas su mejilla, para verificarlo. El hombre volaba de fiebre. Le ausculté: un terrorífico rumor de artillería llegó a mis oídos.

Su estado me defraudó del desquite, pues le cuidé —como era de cajón— la noche íntegra. Me armé un poncho con un recorte de lona que agujereé para pasar la cabeza y velé por Basteshaw durante la madrugada, tal como lo hizo Henry Ware, de la frontera de Kentucky, con el gran cacique de Ohio, Timmendiquas. Podría haber apuñalado a Timmendiquas, pero le dejó marcharse al fin.

También por Basteshaw sentí compasión y zozobra. Advertí lo mucho que le

faltaba, lo mucho de que anhelaba deshacerse para lograr el estado que quería para sí. ¿Acaso no pretendía, con su mente ya que no con su corazón, la redención de la humanidad, el rescatar a la fraternidad humana de sus graves padecimientos?

Basteshaw desvarió durante todo el día siguiente y habría muerto, de no haber avistado yo un petrolero británico hacia el atardecer.

Habría sido mi fin también, pues vino a resultar que habíamos dejado atrás las Canarias y navegábamos en las proximidades del Río de Oro… ¡Basteshaw, el hombre de ciencia! Estaba majareta. Gracias a su intervención, podríamos habernos echado a perder —incluso el bote— bajo el sol de aquel mar africano, entre la muerte misma, por una parte, y las divagaciones de mi compañero, por otra. O tal vez me hubiese matado este para alimentarse de mí, con impasibilidad y mente razonante dirigida siempre hacia su meta última.

En todo caso, nos izaron abordo los del buque tanque, maltrechos ambos. Recalamos en Nápoles. Las autoridades locales nos hospitalizaron. Pasaron semanas antes de que llegara a valerme solo. En un pasillo del hospital tropecé con Basteshaw, confiado él en sí mismo y orgulloso como de costumbre, pero resueltamente frío y seco conmigo. Sin duda me incriminaba a mí del fracaso de su magnífico proyecto. El Maldito tenía que hacerse nuevamente a la mar: ¡nada de islas Canarias! Y su investigación —esencial como era para la supervivencia de la raza humana— no le resultaba algo fácil de posponer.

—¿Te das cuenta, célebre piloto, de que fallaste tú? —recalqué, indignado todavía—. Si hubiese hecho caso de tus ideas, jamás habría vuelto a ver a mi mujer en la vida.

Me escuchó condescendientemente y entretanto, sibilino, se justipreciaba. Habló entonces:

—Veo que el poder de un individuo de influir por medio de su intelecto en el raciocinio de la humanidad es ínfimo ya.

—¡Pues, adelante! ¡Anda, salva a la humanidad! Pero no olvides que si te hubieras salido con la tuya, hoy estarías muerto.

Basteshaw me retiró entonces el uso de la palabra, lo cual me traía sin cuidado. Al cruzarnos en los pasillos afectábamos arrogancia. Stella es lo único que me importaba.

Demoré seis meses más en regresar a Nueva York: los médicos hallaban siempre nuevos motivos para retenerme.

Cierta noche de septiembre me depositó un taxi a la puerta de la casa de Stella, que era también la mía, y Stella bajó deprisa las escaleras para abrazarme.

26

Si hubiera regresado a casa e iniciado una vida de paz y felicidad, yo creo que pocos tendrían el derecho de argüir falta de preparación, en mi caso, o bien falta de pago del precio fijado por quienquiera fija ese precio y cosas por el estilo. Tíos como el cosaco venido a menos, allá en los montes de México, y parejos portavoces estarían contestes en que yo me merecía un resuello. Ello no obstante, jamás me ha tocado en suerte nada parecido. Sería, acaso, mucho pedir.

Al empezar esta crónica dije que mi conducta sería llana y que abriría a quienes llamaran, según fuesen llegando; dije también que el carácter de un hombre sella su destino. Obvio resulta, entonces, que su destino —o las cosas a que se aviene un hombre— será también su carácter. Y, puesto que nunca he hallado lugar de reposo, se sigue que siempre me ha costado estarme quieto; más todavía: mis esperanzas están cifradas en encontrar un día la quietud necesaria para establecer las líneas axiales. Cuando cesa el afán, se presenta la verdad como de regalo: bienes, armonía, amor y demás. Tal vez me resulte imposible, a la postre, cosechar las mismísimas cosas que ansío.

En cierta ocasión dije a Mintouchian, durante una plática de las nuestras:

—Cada vez que permanezco en algún sitio, lo hago merced a la hospitalidad de alguien. Primeramente, la de la Abuela Lausch: en realidad, aquella era su casa. Luego, la gente de Evanston, los Renling. Después fue la Casa Descuitada, en México, y por último la del señor Paslavitch, el yugoslavo.

—Hay gente que se dormiría si no buscara las dificultades —respondió Mintouchian—: incluso se las buscó el Hijo del Hombre, a fin de tener en común con el género humano lo suficiente para ser su Dios.

—Pues yo he acariciado la idea de un hogar adoptivo que a la vez fuese academia, o algo así.

—Jamás te conduciría a nada. Con perdón, te diré que es una idea ridícula. Por supuesto, algunas ideas ridículas dan resultado, pero esta no. Demasiados chavales que atender. Tú no eres del tipo indicado y Stella, menos que menos.

—Ya sé que fue una idea loca la de asilar y educar, ¿y quién soy yo para lograrlo? No habría sido cuestión de enseñanza tanto como de amor: la idea es esa. Mi pretensión consistía en que alguien compartiera mi casa, en vez de lo contrario.

He negado siempre que sea yo un caso único en su tipo. Pero ¡cuán rara vez coinciden dos imaginaciones! Esto obedece a que ambas son imaginaciones ambiciosas. Si algún día se aquietaran, se diesen por satisfechas, entonces coincidirían de una buena vez.

Cuando pensábamos en asuntos tales como la academia y hogar de adopción, yo veía una cosa y Stella, otra. A mí se me antojaba un sitio lleno de verdor, cerrado

como el de Walden o Innisfree, con un zarzo bajo el ameno sol, circuido de aterciopelados bosques, vistosos jardines y prados elíseos, atendiendo apenas a lo sencillo, como si fuese el lejano rumor del cuerno de Roldán cuando él y su amigo Oliverio están siendo diezmados con sus tropas por los sarracenos.

Dije a Stella que estaba interesado en estudiar teneduría de libros. ¡Cristo! —calculé—, si hemos congeniado un águila y yo, ¿por qué no intentar lo mismo con otros seres alados y obtener la miel? Así es como me compró Stella un texto de contabilidad que llevé a cuestas en mi segunda travesía. Pero yo no ignoraba cómo se imaginaba ella la academia: una deteriorada casa de madera construida a la diabla bajo una arboleda polvorienta, hirviendo Stella la colada en el patio, unos cuantos pollos flacos, niños que se pelean, usando zapatos míos mi madre ciega, George como remendón y yo con un cuévano de abejas en el bosque.

Al principio opinó Stella que era una idea digna de estudio, pero ¿qué otra cosa podía decirme la pobre mientras bullían las emociones del reencuentro, mientras yo relataba el azar del naufragio y todo el resto? Ella lloraba oyéndome, abrazada a mí, y sus lágrimas caían en mi pecho:

—¡Augie! ¡Las cosas que le suceden a mi pobrecillo!

Estábamos en la cama y yo discernía la redondez y lisura de su dorso en el espejo italiano, enorme y circular, que pendía sobre la repisa de la chimenea.

—¡Al demonio con la guerra, los naufragios y esos desastres! —exclamé—. Quiero conseguir un emplazamiento para la academia-hogar, donde sea posible echar raíces.

—Pues, ¡claro que sí! —convino Stella y… ¿qué otra cosa podía decirme?

Yo no tenía noción de cómo lograrlo. El mío era el ensueño de alguien que no ha comprendido todavía quién es, en realidad, ni qué rumbo coger en la vida.

Pronto me quedó claro que en la vida yo haría, principalmente, todo lo que quisiese Stella, dado que mi amor por ella superaba al que ella sentía por mí. Lo que quería Stella no se vislumbraba aún, porque se interponía el alborozo de mi regreso, libre yo, por ahora, del mar y de Basteshaw: yo, fugitivo romántico y sobreviviente. Habría resultado apropiada una acción de gracias compuesta, digamos, por Haydn y entonada por la Schola Cantorum. Al fin y al cabo, Stella me amaba y ambos nos debíamos una luna de miel todavía. Si a veces la veía yo preocupada, juzgaba que era por mí, inteligentemente; y, sin embargo, no era yo quien en especial la absorbía. ¿Crees tan sencillo eso de apartar a la gente de sus preocupaciones, allí donde la gente cumple su quehacer habitual? En un principio no se le ocurriría a uno relacionarlo con una mujer del aspecto de ella, con sus dones —no ligeros sino bien sólidos—, un cuerpo que se alza hasta una cabeza delicadamente cincelada, con oscura cabellera ondeada como plumaje. El espacio que circunda a cierta gente es su espacio; cuando te aproximas a ella debes hacerlo atravesando su territorio, de modo que tu conducta transcurrirá bajo su influencia; por lo demás, sorprende el enterarse de que esa gente también padece, y acaso más que otra, por obra de sus ideas

predominantes. Ahora bien: mi sueño de una academia-hogar no constituía preocupación, sino un conjunto de ideas fantasiosas y milenaristas; en otros términos: mariposas del estío, que uno jamás ha de tratar de comer fritas en manteca de cerdo, por decirlo así. Otras preocupaciones son parte de mi destino, o lo que llena la vida y el pensamiento. Entre otras, mi inquietud por Stella, de manera que lo que le acontece me acontecerá, por fuerza, a mí también.

Los tíos son muy capaces de pensar: «¡Rediez! ¿A qué viene todo el parloteo acerca del destino?». Y pensarán que se ha de originar en otra época —una época equivocada—, en que había menos gente en el mundo y mayor espacio entre persona y persona, así que no medraban estas como hierbajos sino como los árboles de un parque, bien separados y desarrollándose año tras año bajo una rosada claridad. Hoy, en lugar de hacer tal comparación, piensas: «Ni siquiera como a hierbajos; considéralas, sí, como un desbande de partículas, un manto universal de partículas, cada una de las cuales puede tener funciones, pero ciertamente carece de destino». Existe, por añadidura, una actitud de la mente que halla repulsivo el ser persona y no función. Pese a todo, yo me atengo a mi idea de destino. Para la cual, lo de función sustituye a una desesperanza honda.

Poco tiempo atrás estuve en la ciudad de Florencia, en Italia. Stella y yo nos encontramos en Europa desde el fin de la guerra. Ella quiso venir por razones profesionales y yo estoy en un negocio del que hablaré más adelante. Comoquiera, estaba yo en Florencia; viajo por todas partes; días antes me hallaba en Sicilia, donde el tiempo era cálido. En Florencia helaba cuando arribé; al salir de la estación terminal, las estrellas de la montaña ladraban. Gemía el viento del norte: la tramontana. Cuando desperté a la mañana siguiente en el hotel Porta Rosa, detrás del río Arno, sentí frío. La camarera trajo café, que caldeó mi estómago. En una iglesia vecina sonaron campanadas, procedentes de un viejo bronce, y yo me puse a lavarme con agua caliente, salpicando el piso de tabla. Todo un consuelo, en un día glacial, salir a la calle con el cuerpo bien frotado y abrigado. Pregunté al conserje:

—¿Qué cosa buena hay que se pueda ver en una hora? Tengo una cita al mediodía.

Yo tenía conciencia de que la mía era una pregunta bien norteamericana; pero reflejaba la verdad, en este caso.

No ocultaré la índole de mi próximo encuentro. Mintouchian me había delegado para ponerme en contacto con un sujeto que estaba gestionándonos un permiso de importación de excedentes de guerra adquiridos a bajo costo en Alemania para ser vendidos en Italia. Se trataba de tabletas vitamínicas y otros productos farmacéuticos. Mintouchian era un hombre avezado en especulaciones de este tipo y estábamos ganando mucha pasta. Mi cometido era pagar su parte al tío florentino de un magnate romano, personalidad altamente civilizada con móviles que superaban a los míos en proporción de cinco a uno. No obstante, yo le he cogido las vueltas a esta clase de gente; en la duda, consulto a Mintouchian por la línea telefónica transatlántica y él

me indica qué hacer.

—Puede usted ir a ver los portales de oro del Baptisterio, con los altorrelieves de Ghiberti —aconsejó el conserje del Porta Rossa.

Recordé entonces que el lunático aquel —Basteshaw— había mencionado a Ghiberti y me dirigí a la Piazza del Duomoz.

Vi tiritar a los caballos bajo el viento cortante que soplaba en Florencia aquel día. Por los fríos callejones se distinguía a los vendedores de castañas y las llamas en que las asaban.

No había mucha gente en el Baptisterio, por obra de la baja temperatura: solo unas tristes personas de ojos lacrimosos que ofrecían en venta recuerdos y tarjetas postales en tiras de acordeón. Fui a estudiar los paneles de oro en que se narra la historia de la humanidad. Pues heme allí, mirando a nuestros progenitores, a nuestros antepasados comunes, al sol brillante que apareció entonces, cuando se me acercó una mujer de edad a explicármelo todo. Comenzó con la historia de José y la de Jacob luchando con el Ángel, luego la huida de Egipto y lo de los doce Apóstoles. Hizo de todo uno, la anciana, pues en los países latinos no están informados acerca de la Biblia como es debido. Me alejé de ella, para estar solo, pero la mujer me siguió. Usaba bastón y velo. Por fin miré el rostro tras el velo, el rostro ajado de una gran dama, cubierto de imperfecciones y manchas como de brea en los labios. Estaba raída la piel de su abrigo, encostrada donde faltaba el pelaje y rota. Lo que me dijo es algo así:

—Ahora mismo voy a contarle la historia de estas puertas. Usted es americano, ¿verdad? Le ayudaré, pues nunca comprenderá sin ayuda lo que tengo que contarle. He conocido a muchos americanos durante la guerra.

—Usted no es italiana, ¿verdad? —inquirí, pues su acento era, poco más o menos, el de un alemán.

—Soy piamontesa —me respondió—. Mucha gente me dice que no hablo el inglés como italiana. Pero no soy nazi, si es eso lo que pretende usted averiguar. Yo le diría mi nombre si usted supiese algo de apellidos de alcurnia, pero probablemente usted no conoce nada de eso, así que, ¿para qué pronunciarlo?

—Usted está en todo su derecho. No debería mencionar su nombre ante extraños.

Seguí mi camino, azotado mi rostro por la tramontana, y me apliqué al estudio de la escultura del portal.

Ella apareció nuevamente tras de mí, andando mal pero rápido.

—No necesito guía —dije y le di un billete de cien liras de mi bolsillo.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Pues es dinero.

—¿Qué cosa se le ha ocurrido darme? ¿Sabe usted que paro en un convento en las montañas y que las monjas me han colocado en un mismo cuarto con catorce mujeres de toda clase? Debo dormir junto a catorce personas y andar hasta la ciudad porque las hermanas no me dan dinero para el autobús.

—¿No desean que usted se quede allí?

—Las monjas no son de muchas luces —repuso. Ella no estaba en condiciones de hacer tareas rutinarias y se escapaba a la ciudad. Era el amotinamiento personificado, pero al mismo tiempo piel y huesos, con los dientes en desorden, y su velo no llegaba a disimular los pelos trémulos de su barbilla, esa especie de chanza respecto a su antigua prestancia adamada.

Yo deseaba mirar por fin aquellos portales, pensando: «¿Nunca me dejarán en paz, en este país de porra?».

—Aquí tiene usted a Isaac, yendo al propio sacrificio —dijo ella.

Miré lo que me había señalado y dudé de que fuese cierta su interpretación. Me expresé con acaloramiento:

—Mire usted, yo no necesito guía. Yo la comprendo bien, señora, pero ¿qué espera usted que haga? Viene gente a hablarme a cada instante. Entonces, ¿por qué no coge usted el dinero y…?

Estaba empezando a resultarme doloroso todo esto.

—¡La gente! Yo no soy la gente. Usted debe saber que yo soy…

La cólera le cortó la voz.

—¡Esto me está sucediendo a mí! —Y su postulación volvía a comenzar, exigente, y su corazón pendía de ella, también.

¡Oh leyes destructoras!

¿Qué pasaba? ¿No era lo suficientemente gradual este proceso? ¿Acaso no había durado ya bastante? Me refiero a la llegada de las arrugas, el predominio del gris sobre lo negro, el aflojamiento de la piel, el volverse fibrosos los tendones… ¿Se agitaban aún en su memoria la quinta que había perdido, su marido o sus amantes, los niños, los tapices y el piano, la servidumbre y el dinero? ¿Qué sucedía, que aquella mujer estaba experimentando todavía los primeros dolores de una caída por despeñadero?

Le di otro billete de cien liras.

—Deme usted quinientas y le mostraré la catedral y luego Santa María Novella. No está lejos de aquí y usted no entenderá nada si alguien no se lo explica…

—La verdad es que debo encontrarme con una persona ahora mismo, por negocios. Pero ¡muchas gracias!…

Y escapé de allí. Me dio igual, pues Ghiberti ya había dejado de subyugarme por entonces.

La anciana dama tenía razón, también, y siempre hay un yo a quien le acontece esto. La muerte nos quitará los límites para que ya no seamos personas. En eso consiste la muerte. Pero cuando la vida pretende eso mismo —que no seamos ya personas—, ¿qué cosa podrás sentir sino rebeldía?

Sí; Europa es el sitio al que Stella y yo nos marchamos después de haber hecho yo

tres travesías más durante la guerra.

He redactado las presentes memorias puesto que, como viajante que anda solo, me sobra tiempo. El año pasado tuve que permanecer un par de meses en Roma. Era verano y el lugar se llenó de flores rojas, cálidas y somnolientas. Toda ciudad sureña es letárgica en verano y el dormir en pleno día se vuelve pesado y sin gracia aun para mí mismo. Para despabilarme durante la primera tarde, yo bebía café y fumaba cigarros; anochecía, casi, cuando por fin salía de mi sopor. Comía, entonces, y ya era de noche, con las caperuzas de la luz de gas poniéndose incandescentes y dejando su rúbrica palpitante en la plena noche. Ya es hora de dormir, nuevamente, y vas y te sometes al sueño, así como así.

Como consecuencia natural, di en frecuentar por la tarde el Café Valadier, en los jardines de la Villa Borghese, al tope de Pincio, con la caterva romana a mis pies. Yo me sentaba a una mesa y declaraba mi americanidad, mi Chicago natal y demás nociones pertinentes. Dicho, todo esto, menos por su importancia fáctica que porque los seres humanos están dotados de habla y han de emplearla en el momento apropiado. Cuando tu discurso ha concluido, debes callar para siempre aunque moviéndote sigues y sigues; pero esto no es motivo de rehusarte a hablar, moverse o ser el que eres.

Trato de estar en París la mayor parte del tiempo porque ahí trabaja Stella, en una compañía cinematográfica que produce films internacionales. Vivimos en un apartamento sito en la calle François I, distrito residencial en las cercanías del hotel Georges V. Pese a cual, lo que Stella y yo alquilamos es un cuchitril espantoso. Pertenecía a un viejo inglés y su mujer francesa, que se marcharon a Mentón a vivir de las rentas que lograban con nosotros, pobres pánfilos. En París no cesaron la lluvia y la neblina durante todo el invierno. Me pasaba yo los días intentando acostumbrarme al mohoso aunque ornado apartamento, visto que al fin y al cabo era ya mi vivienda. Pero resultaba imposible hacer algo concreto con tanta alfombra y sillón, con lámparas que parecían sacadas de Coney Island, cuadros de lupanar, búhos de alabastro con ojos eléctricos, obras de Ouida y Marie Corelli encuadernadas en cuero con olor a saliva, etcétera. El taimado del inglés, nuestro *locataire*[55] tenía algo que llamaba estudio y consistía en una suerte de gabinete con un feo trozo de tapiz, una enciclopedia Larousse de años atrás y una mesa verde. Las gavetas de esta mesa de juego estaban llenas de pedazos de papel cubiertos de cifras de conversión de libras y francos, dólares, pesetas, chelines, marcos, escudos, piastras y aun rublos. Dicho viejo, Ryehurst, prácticamente difunto, se sentaba ahí vestido como para su funeral —franela de color purpúreo sin solapas, botones u ojales— y hacía sus cálculos, escribía cartas a los periódicos acerca de la caída de Francia y cómo desenterrar el oro de los campesinos, o bien cuáles son los mejores pasos para entrar con el coche en Italia. En su juventud, Ryehurst había batido el récord de velocidad desde Turín hasta Londres: había una foto de él en su vehículo deportivo (un pequeño zorrero irlandés aparecía sentado a su lado en la carlinga).

Las habitaciones del frente eran malas, pero el comedor era más de lo que yo podía soportar. Stella partía temprano cada mañana, rumbo al estudio cinematográfico, y pese a la presencia de una *bonne a tout faire*[56] que me preparaba el desayuno, no siempre me allanaba yo a sentarme a la mesa cubierta por un mantel amarillo bordado de rojo, procedente del Turquestán.

Por eso iba yo a un café para desayunar; un día me topé allí con mi viejo amigo Hooker Frazer. En ese café —llamado la *Roseraie*[57]—, taberna pintoresca y llena de colorido, había mesitas redondas, sillas de mimbre, palmeras en cubos de bronce, una alfombra de fibra vegetal, vapor de una máquina de hacer café con mil y una chucherías, bollos en celofán y cosas semejantes. No bien había encendido yo el carbón en los cloríferos —Jacqueline, la criada, era amabilísima, pero no tenía ni la más remota idea de cómo prender fuego, mientras que yo era veterano en esas lides —, me marchaba camino de la Roseraie. Un día reconocí a Frazer entre las oleadas de gente mayor que circulaba en pantuflas por la calle, de regreso del mercado de Place de l'Alma con fresas, carne de caballo, etcétera. Después de las salutaciones de práctica, inquirí con familiaridad qué le había traído a París.

—¿Y cómo estás tú? Con la lozanía de costumbre, ¿eh? Y siempre risueño. Estoy trabajando en el World Educational Fund. Creo que he tropezado, aquí en París, con todas las personas que conozco, pero… ¡qué sorpresa dar contigo en la Ciudad del Hombre!

A todas luces, Frazer se sentía vital y vigoroso, París constituía una fuente de inspiración para él, así que se sentó a darme una charla —asombrosa en sí misma— acerca de un París inigualable, capital de la esperanza de que fuera libre el hombre algún día, sin ayuda de los dioses: un hombre civilizado, de mente clara, agradable, rico en sabiduría y todo el copón. De momento me ofendió la risa de Frazer al preguntarme qué estaba haciendo yo ahí. Puede que mi presencia haya resultado incongruente, pero si lo era la del Hombre también, ¿por qué la mía no? Y si no fuese tal, no era mía toda la culpa. ¿De qué especie de Hombre era la Ciudad? Versiones, una vez más. Eternamente se trata de una versión o de otra…

Mas ¿quién es capaz de querellarse con esa ciudad galana cuando gira como un tiovivo? Los caballos dorados sobre el río, los héroes griegos y las beldades de piedra en las Tunerías, la Ópera atestada, los picantes escaparates, las cremas heladas de todos colores: el vistoso envoltorio del mundo, en fin.

Frazer no intentaba zaherirme; lo dicho fue una simple expresión de sorpresa. Le expliqué que yo estaba en París desde el fin de la guerra.

—No me digas. ¿Haciendo qué?

—Negocios junto al abogado armenio que conociste en mi boda, ¿te acuerdas?

—Pero ¡claro! Estás casado. Y tu mujer, ¿está contigo, aquí?

—Desde luego que sí. Trabaja en el cine. Acaso la hayas visto en una película acerca de personas desplazadas: *Les Orphélines*[58].

—No veo mucho cine que digamos, no, pero no me sorprende que sea actriz. Es

una belleza. ¿Cómo funciona el matrimonio?

—Yo la amo.

¡Valiente respuesta! Pero ¿quién puede hacerme responsable, si yo no quería abrirme a Frazer? Supongamos que yo le hubiese explicado que Stella me ama, pero me ama en el mismo sentido en que París es la Ciudad del Hombre, o con lo que ella ha traído a esta ciudad, dadas sus inquietudes: sépase que amor equivale al triunfo de los sentimientos sobre las inquietudes de una persona. Inquietudes son lo que Mintouchian llamó ideas dominantes, aquella tarde en el baño turco. Yo no tenía pensado entrar en consideraciones tales con el amigo Frazer. Si yo tocaba el tema ante Stella —cosa que ocurría de tanto en tanto— o me proponía hacerlo, me parecería a un fanático, me figuro; tal vez mi opinión le sonaría tal como me sonaba a mí las de las gentes que quieren venderte una idea o reclutarte con algún fin. Esto hacía de Stella una suerte de espejo, en el que me resultaba posible ver mi obstinación de otros tiempos y qué aspecto habré tenido cuando me plantaba como una mula. Estuvo en lo cierto Stella, cuando nos escondimos en el jardín de la quinta japonesa de Acatla, y observó que éramos muy parecidos ambos. Pues así es.

Con todo, aunque no soy el tío más honesto del mundo, no deseo mentir más allá del promedio. Stella sí. Por supuesto que puedes llamar a eso mentir o proteger tu íntima visión de las cosas. Prefiero la segunda descripción. Stella parece feliz y firme en sus convicciones y espera la misma conducta de mí. Se sienta junto a la salamandra del salón, sobre la silla que —según me lo previno el inglés Ryehurst, pensando en daños— es una Chippendale legítima, y se la ve serena, inteligente, llena de fuerza y vida, enormemente guapa. Así es, por lo demás, como desea ser vista y llegar al otro. Tal es su visión interior. Es natural que a veces demore yo un rato en saber a qué atenerme. Stella comenta sucesos que se dan en el estudio y ríe con su voz de pecho, tan clara, de las bromas que se han hecho en el día. ¿Qué he estado haciendo yo, a todo esto? Pues tal vez me ha dado cita un sujeto que ha estado prisionero en Dachau y he cerrado trato con él respecto a enseres para dentistas que vendrán de Alemania. Eso me ha llevado una hora o dos, después de las cuales puede que haya ido a los fríos salones del Louvre y visitado a los pintores de la escuela holandesa, o bien advertida el olor a productos farmacéuticos que tiene el Sena, o escrito una carta en un café y pasado así el día.

Stella se sienta, pues, y me escucha cruzada de piernas, con su bata de estar en casa (decorada según el estilo batik) y su cabellera apilada en tres direcciones distintas y el cigarrillo en la boca, y me rehúsa —de momento, por lo menos— las cosas importantes que pido de ella.

Es verdaderamente tremenda la forma en que ocurre esto.

Nunca os daría por imaginar cuánto quehacer va implícito. Poco tiempo atrás se me aclaró cuánto, en verdad. Stella había vuelto del estudio; fue a tomar un baño y desde allí me pidió una toalla, por favor. Cogí, pues, una bata de baño hecha de tela esponjosa y comprada en las tiendas Bon Marché y se la alcancé. El cuarto de baño

estaba en penumbra, por la hora. En el calentador del agua —caja de bronce con dientes de gas ígneo—, el metal verde dejaba caer copos dentro, sometido a una llama de mil bujías. El cuerpo de Stella, con su tibio aroma femenino, estaba cubierto por el agua, que empezaba en una calmosa línea sobre sus pechos. El espejo del botiquín era un sitio de color azul profundo en la pared, tal como ventana que diese al mar del crepúsculo y a la cenicienta bruma de París. Me senté con la bata sobre el hombro, en paz. Para variar, el apartamento parecía pulcro y estaba caldeado; los espantos se habían desvanecido, por ahora; tiraban bien los caloríferos y relucían de aseo. Lo que estaba guisando Jacqueline olía a gloria. Yo me sentía a mis anchas. Pero, hete aquí el quid de la cuestión. Se necesita un momento como aquel para descubrir cuánto mal trato ha sufrido tu corazón; más aún: mientras vas de acá para allá, ociosamente en apariencia, no reparas en la titánica obra de sondeo y elaboración que hay en ti. Una verdadera faena: excavación, laboreo de minas, túneles, alzar y empujar, quitar escombros y mucho mucho trabajo más, mucho jadeo, mucho acarreo, mucho trajín. De toda esta brega, nada se percibe desde fuera: se trata de una actividad secreta, que acontece por estar tú impotente, incapaz de llegar a ninguna parte y obtener justicia y retribución del daño; por consiguiente, trabajas en tu fuero íntimo, das batalla, ajustas cuentas, recuerdas la injurias, peleas, replicas, niegas, parloteas, denuncias, triunfas, usas artimañas, vences, reivindicas, lloras, insistes, absuelves, mueres y resucitas. ¡Todo esto, sin ninguna ayuda! ¿Dónde están los demás? En tu pecho, en tu pellejo, el elenco en pleno.

Reposando en su baño, Stella andaba en eso: saltaba a la vista. Por lo regular, yo estaba en iguales condiciones. ¿Y con qué fin?

No hay nadie que deje de hablar de París como de un sitio de descanso y desembarazo y que no mencione su *calme, ordre, lure et volupté*[59] sin embargo, existe subterráneamente todo este quehacer. Y va cada preciosa personalidad enmarcada dramáticamente y haciendo su indispensable labor. Si Stella no se viese forzada a realizar su trabajo más duro, no estaríamos en esta ciudad de sosiego y lujo, como dicen. La ropa, las *boites* y la diversión, el presunto juego del estudio y la amistad de los artistas —que me dan la impresión de ser gente de buen estómago, como nuestro amiguete Alain du Niveau—: nada de ello resulta fácil. Os contaré acerca de este du Niveau. Es él lo que los parisinos denominan *noceur*, amante de la vida disipada, y eso es lo mínimo que puede decirse de él.

Comoquiera que sea, yo hubiera preferido quedarme en Estados Unidos y tener hijos. En lugar de eso, estoy entre extraños y lo estaré por algún tiempo más. Es algo temporal; ya saldremos de ello.

He dicho que Stella mentía más de lo ordinario, por desdicha. Me decía muchas cosas que no eran reales y olvidaba decirme muchas que sí lo eran. Por ejemplo, afirmó que recibía dinero de su padre, desde Jamaica. No existía tal persona en Jamaica. Tampoco había concurrido a ninguna universidad. Jamás le había importado Oliver. La persona de trascendencia en la vida de Stella era un tal Cumberland,

agente de negocios (conste que no me enteré de esto por Stella, sino a través de un tercero). Ella me confesó que Cumberland era un pícaro de siete suelas. Mas solo en su conducta sexual, pues en cuestiones comerciales era un señor. Este hombre es de los que no salen con su fotografía en el periódico, debido a su poder. Paso a paso fue transformándose en un Júpiter-Amón para la mozuela que le había conocido siendo ella estudiante de enseñanza secundaria, dotado de una penetración tal como la del nuevo telescopio de Monte Palomar, tan perverso como Tiberio, pez gordo y mente criminal. Si he de decir la verdad, me tienen harto las personalidades que moldean destinos ajenos, de cerebro maquiavélico y capaz de toda asechanza, absolutistas que viven de imponer su voluntad a los demás. Después del aporreo que cogí de Basteshaw, juré que nunca más me dejaría engañar por la fuerza de una personalidad. Pero aquel juramento solo demostraba mi virilidad, pues en este caso pesaba sobre mí el espectro de un hombre de los de esa calaña. No se acaba nunca, ¿verdad, hermano? Te imaginas que sí, eso es todo.

Mi primera noticia acerca del tal Cumberland la tuve por Alain du Niveau, quien estuvo en Nueva York durante la guerra, trabajando en la industria cinematográfica. Originalmente amigo de Agnes, Mintouchian le conocía también. Du Niveau dijo descender del duque de Saint-Simon; seré crédulo, por lo regular, pero este du Niveau no tenía aspecto convincente. Ojos azules de bebedor de whisky en un rostro compacto y pesado con tintes de dudosa salud. Aunque sin mala intención, tal vez, solía afectar una expresión insolente. Pelo rubio, inconsistente, peinado como el de un oficial británico, sin elegancia. Zapatos forrados de lana de oveja; hermoso abrigo de gamuza hasta los tobillos; cuerpo grueso. Du Niveau era el mujeriego que persigue a las muchachas en el metro. A menudo relataba sus conquistas; las pobrecillas que se encontraban con él a solas luego, se enfrentaban con un dios fogoso, etc.

Al mencionar a Cumberland por primera vez, du Niveau estaba conmigo, aguardando a Stella, en el vestíbulo del cine Paramount. Surgió el nombre de Oliver y du Niveau señaló que aún estaba preso.

—¿Le conoce usted? —pregunté.

—Sí, y qué chasco para ella después de Cumberland, a quien conozco también.

—¿Quién?

No debió de darse cuenta de lo que había dicho, como siempre. Yo me sentí atrapado en un cañón de chimenea por una súbita precipitación de hollín. Desesperación, celos e ira.

—¿Quién? —repetí—. ¿Qué Cumberland?

Entonces me lanzó una mirada y comprendió mi dolor, inexplicable para él. Quedó azorado y trató de deshacer el enredo dignamente.

En rigor, yo había tenido conciencia por un tiempo ya de que algo peculiar flotaba en el ambiente, algo que habría que aclarar tarde o temprano. La gente importunaba a Stella constantemente por dinero. Pasaba algo raro con un coche que Stella no poseía. Había un litigio acerca de un apartamento al norte de la ciudad. ¿Apartamento? ¿De

qué clase? Como habría sido inhumano dejar de mencionarlo, presumo, Stella me había contado de la venta de un visón de siete mil quinientos dólares y de un collar de brillantes: venta forzosa, por añadidura. Entre la correspondencia llegaban sobres comerciales que Stella no quería abrir. Algo hay acerca de ese tipo de sobre, con el rectángulo transparente para las señas del destinatario, que mi alma rechaza violentamente.

Así, pues, ¿podía yo pasar por alto lo que me había dicho Mintouchian en el baño turco? ¿Cómo?

—¿Quién es este Cumberland? —inquirí.

En ese momento volvió Stella del lavabo de señoras y, cogiéndola de un brazo, la metí en un taxi y yo con ella. Regresamos a toda prisa a nuestro apartamento y allí me enfadé de veras.

—¡Esto no puede ser sino algo sucio! —le grité—. ¿Quién es Cumberland?

—¡Augie! No sigas. Yo, sí, tendría que habértelo contado, pero ¿no da lo mismo? Esto demuestra que te quiero y que no deseo perderte contándote lo desagradable…

—¿Es Cumberland quien te regaló el abrigo de visón?

—Sí, amor mío, pero me he casado contigo, no con él.

—¿Y el coche?

—Fue un obsequio, rey. Pero, oye, yo te amo a ti, cielo.

—¿Y todo lo que hay en la casa?

—¿Los muebles, dices? Si solo son cosas materiales… Me importas tú, ¿comprendes?

Terminó calmándome, poco a poco.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Pues no he tenido nada con él desde hace dos años.

—No soporto esto, sabes. No tendría que haber un solo secreto entre nosotros, nada que viniera a perturbarnos inopinadamente.

—Pero —exclamó Stella—, al fin y al cabo, ¿no ha sido más duro para mí que para ti? Yo lo padecí en carne propia. Tú sufres de oídas…

Estando el asunto sobre el tapete, resultó laborioso ponerle fin. Stella pretendía explayarse. Para evidenciar que no había motivo de celos, insistió en relatarlo todo escrupulosamente y yo no lograba refrenarla: temperamento arrojado, activo, relampagueante —que así era ella—, nada fácil de contener.

—¡Qué perro! ¡Qué cobarde! —se ponía a despotricar Stella—. Fíjate en que Cumberland carecía del menor sentimiento humano. Solo me necesitaba para entretener a sus amigos y jactarse conmigo, porque se avergonzaba de su mujer.

No casaba bien tal afirmación con la actitud de Stella hacia las buenas cosas de que ella había disfrutado gracias a Cumberland: la casa de veraneo en Nueva Jersey, las sumas cargadas en cuenta y el Mercedes Benz, lo cual hablaba de una disposición sagaz por parte de Stella. Mi mujer estaba plenamente informada acerca de impuestos, seguros y demás. Desde luego, nada reprochable en sí mismo: ¿por qué no

ha de entender en esos temas una señora? Mas yo temía renunciar a la explicación ideal de la vida pasada de Stella. Bah, ¿por qué tiene que haber semejante explicación? —decía yo para mis adentros.

—Es que Cumberland no permitía que yo fuese independiente. Si me descubría una cuenta de ahorros, me obligaba a gastarlos. ¡Me quería indefensa! En cierta ocasión, el presidente de un aserradero —conocido mío— iba a abrir una enorme casa de juego de Long Island y me ofreció quince mil dólares al año por trabajar ahí de anfitriona. Se enfureció Cumberland al enterarse de eso.

—¿Todo lo descubría él, acaso?

—Contrataba detectives. Tienes mucho que aprender de gente así. Cumberland habría arrendado la luna, si de algo le hubiera servido.

—Ya he aprendido lo que deseo saber, Stella.

—¡Augie! ¡Por favor! Recuérdalo: tú mismo has cometido mil errores. Fuiste a contrabandear inmigrantes de Canadá. Robaste. Mucha gente te llevó por mal camino…

Bien está, pero… ¿por qué no se convencía Stella de mi amor por ella y dejaba de hablar? ¿Qué significaba lo del hombre del aserradero? ¿Había aspirado de veras a ser anfitriona en una casa de juego, mi mujer? Más meditaba yo y tanto mayor era mi desazón. Los mismos brazos del sillón, la floreada cama bávara, las chucherías y las oropéndolas embalsamadas. ¿Había cometido yo otro error de los míos? Tal era el pensamiento que me había obsesionado en el bote salvavidas, a la deriva y con Basteshaw por añadidura.

Yo estaba persuadido, con todo, de que Stella y yo saldríamos adelante: no quiero dar la impresión contraria. Yo no estaba desesperado. Ignoro el nombre del santo que al despertar, cierto día, alzó la cara al cielo, abrió el pico y dio su informe de un sueño secreto que solía tener: la bienaventuranza cubre a la Creación entera, pero la costra es más gruesa en algunas partes que en otras. Quienquiera que haya sido este santo, mi flaqueza consiste en creérmelo. Este es el *amor fati*, helo ahí, una como adoración misteriosa de lo que sucede.

Hay cierta simpleza en Stella, a la vez que engaño: especie ingenua de la seriedad. Sus exclamaciones entrañan sinceridad y máxima calidez. Pero no es fácil hacerla cambiar de opinión respecto a ningún asunto. He intentado, por ejemplo, que se corte las uñas, que gasta muy largas y que, si se desgarran, lo hacen hasta la lúnula y Stella llora entonces de dolor. Le digo: «¡Dios santo! ¿Por qué las llevas tan largas?». Cojo las tijeras y las recorto, a lo cual se somete Stella. No obstante, vuelve a dejarlas crecer. Otro ejemplo es el del gato, Ginger, sumamente malcriado, que te despierta en medio de la noche con ruido de lámparas que se vuelcan o platos que se rompen —lo hace para llamar la atención y ser alimentado—; yo solo quedo como un tonto insistiendo en que Stella lo encierre en la cocina, porque es predicar en el desierto.

Constantemente reiteraba Stella cuánto afán había puesto ella en tornarse en un

ser independiente.

—Es natural. ¿Quién no lo desea? —argüía yo.

—No; lo que quiero decir es que mi anhelo era poner una idea enteramente mía en ejecución. No una cuestión de dinero…

Cumberland la oprimía: eso trataba Stella de transmitirme, retorciéndose las manos.

—Cada vez que me prometía dejarme hacer algo por mi cuenta, se desdecía. Así que, por último, rompí las cadenas y hui a California. Alguien me había prometido allí una prueba de aptitud para la pantalla. Me fue bien y obtuve un papel en una comedia musical. Cuando se hubo estrenado la película, habían extirpado todo mi texto, se me veía sonreír como una boba, preparándome para hablar sin decir lo que debía. Quedé sumamente afligida. Cumberland había influido en el productor para que me dejara muda. Le envié un telegrama de ruptura. Al otro día fui hospitalizada por una apendicitis aguda y en menos de veinticuatro horas estuvo Cumberland a mi lado. Yo le dije: «¿Qué excusa darás a tu mujer por este viaje?». Había terminado con él para siempre.

Siempre sufro cuando oigo hablar a maridos y mujeres acerca de antiguos matrimonios y asuntos amorosos. Estoy sensibilizado al respecto.

Yo estaba al tanto de que todo esto surgía del duro quehacer interior de Stella, cuyo padecimiento no cesaba todavía, ni cesaría por un buen trecho. Ella debía dedicarse a desterronar sus recuerdos, una vez y otra, pero al hacerlo consiguió afectarme… y mucho.

—Suficiente, Stella —le dije—. Ya basta por ahora.

—¿Basta de qué? —replicó airadamente—. ¿No debo mencionarlo nunca más?

—Es que tú hablas de aquello todo el tiempo y de Cumberland más que de ningún otro individuo.

—Pues porque le odio. Aún hoy estoy endeudada por las obligaciones que contraje por culpa suya.

—Ya verás que nos desharemos de ellas —la consolé.

—¿Cómo?

—No lo sé, todavía. Por lo pronto, conversaremos Mintouchian y yo.

Stella se oponía seriamente a esto, aunque fui a verle pese a todo.

Él estaba enterado ya de lo de Cumberland, cosa que no me asombró. Conferenciamos en su estudio de la Quinta Avenida.

—Ya que traes esto a discusión —me dijo—, dispénsame, pero ella le da la tabarra al pobre hombre. Él no ha sido justo con Stella, pero está ya mayor, el asunto debería estar concluido. Es duro para la familia de él. Su hijo encabeza la firma ahora y dice que Stella no logrará nada con amenazas. Ella no obtendría mucho de ningún litigio.

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas? ¿Quieres decir que Stella está molestándole? ¡Pero si me ha dicho que desde hace dos años no guarda relación con él!

—Pues no te ha dicho la verdad completa.

Me sentí corrido, abrumado. ¿Cómo debía proceder? Puede que te asesinen si no te defiendes; y, si te defiendes, también…

—Me temo —dijo Mintouchian— que Stella está deseosa de recurrir a la justicia. Es una mujer inquieta…

Hablé con Stella más tarde:

—Tienes que desistir. No habrá juicio alguno. No me has dicho la verdad. Vives pendiente de este hombre. Esto debe terminar. Me embarco la semana que viene y no quiero estar cavilando la mitad del tiempo, durante meses. Si no me prometes que desistirás, no podré volver a casa…

Cedió, llorando amargamente por mis amenazas, pero lo prometió. Stella tiene un rostro cálido que se arrebola fácilmente. Cuando empieza a llorar, lo rosado de su tez da en oscurecerse hasta que se han oscurecido sus ojos también, los que me parecieron tan amorosos la primera vez que los vi en Acatla. Sus pómulos hablan de una remota ascendencia javanesa o de Sumatra. Yo la vi llorar entre ofendido y reconfortado. En ciertas mujeres, el llanto indica terquedad, pero en el caso de Stella se refería a un momento de veracidad. Stella admitió que hablaba demasiado de Cumberland para echarle todas las culpas.

Me embarqué en mejor estado de ánimo. Stella me hizo un presente: un tratado de apicultura, que yo estudié con devoción pese a su escasa utilidad práctica por entonces.

Está claro que todo lo relativo al cine era una muestra de autonomía que exhibir ante Cumberland. Stella no tiene ningún talento destacado de actriz, pero así son las cosas. La gente no hace lo que tiene facilidad para realizar, sino que va a donde la arrastran sus inquietudes. Si sirve para reparar automóviles, ha de cantar *Don Giovanni*; si es buena para el bel canto, debe convertirse en arquitecto; si tiene dones para la arquitectura, desea coordinar una escuela o dedicarse a la pintura abstracta o a cualquier otra vocación. ¡Cualquier otra! Es como un encono. Es un tener que demostrar suficiencia plena en algún campo: un ensueño monstruoso, en suma.

Pues bien, Stella trabaja en la compañía cinematográfica de Du Niveau y yo ando en negocios turbios: para hacer el distingo en perjuicio de mí mismo diré que la mitad de los negocios que se tramitan en Europa es este orden.

Es realmente incomprensible, pero nada hay que pueda hacerse al respecto. Debe quedar claro, con todo, que soy una persona esperanzada y que mis ilusiones se cifran ahora en los niños y una vida asentada. No he sido capaz de persuadir a Stella todavía. Por lo tanto, mientras ruedo en trenes expresos sobre horizontes que dejan de serlo, cruzo los Alpes envuelto en vapor y premura o barreno el aire con mi negro Citroën mientras fumo un cigarro y vigilo a través de gafas polarizadas, pienso más en niños nonatos que en estrategias comerciales.

No sé si se trata de una etapa evolutiva o qué; lo cierto es que ya me siento padre.

No hace mucho tiempo se acercó a mí una ramera en las calles de Roma. Eran

peregrinas las circunstancias: yo soy de buena estatura; la joven era baja, regordeta y vestía de medio luto. Rostro melancólico.

—Ven conmigo —dijo.

No mentiré: me sentí atraído, como pasa invariablemente en tal caso. Sin embargo, no fue un esfuerzo supremo el negarme. Ella lo tomó como una afrenta y dijo:

—¿Qué? ¿Acaso no te basto?

—¡Oh, sí, *signorina*! Es que estoy casado y tengo hijos. *Io ho bambini*[60]

Esto acabó de trastornarla:

—Créame que lo siento. Yo no sabía de los niños… Y poco faltó para que prorrumpiera en llanto. En justicia, yo debería haber explicado que le había dicho una mentira, por impulso. Sé de dónde nace el engaño: de una película en que intervino Stella y que mencioné a Frazer, *Les orphélines*. Tuve que verla varias veces y una escena me dejó impresionado. Fue en la sala de montaje, habitación aislada que huele a cigarrillos Gauloises y perfume fino a un tiempo. La escena de marras es una en que Stella intercede por una mujer y su hijo frente a un médico italiano. Stella se ejercitó en el idioma para suplicar así:

—*Ma Maria ed il bambino. Il bambino!*[61]

Y el médico, que no puede ofrecer ayuda, responde, encogiéndose de hombros:

—*Che posso fare! Che posso fare!*[62]

Vi pasar esta escena mil veces en el transcurso del montaje, muerto de tristeza, próximo al llanto y presto a amonestar a Stella:

—Aquí hay de qué quejarse, ¿ves? ¡Aquí mismo! ¿De qué sirven los teóricos y las vagas emociones que no pertenecen a este mundo, siquiera?

La aflicción me estaba matando.

Suele darse por menos arduo el sufrir de personajes hipotéticos, como Hécuba. Eso es sencillo, en comparación. Condolerse de quienes uno mismo hiere no resulta fácil, pues uno ve a los enemigos o perseguidores de otros con mayor claridad que a sí mismo como ser avieso que desbarata vidas ajenas.

Por esto imaginaba yo que era ya padre de *bambini*.

A su arribo, Simón y Charlotte se alojaron en el Crillon. Hubieran traído a Mamá consigo, pensé, aunque probablemente Mamá habría sacado escaso partido del viaje. Sería preciso idear algo importante para Mamá, un día de estos. Tendría que decidir yo qué cuadraba y ejecutarlo luego, esta vez con mi dinero. Simón se alegró de hallarme trabajando y merecí mejor opinión de Charlotte, pero esta quería conocer los pormenores de mi negocio antes de arriesgar un parecer. Pero ¡no iba a sonsacarme, ni ebrio ni dormido! Los llevé a la Tour d'Argent y le Lapin Agile, Casino de París, la Rose Rouge y otros lugares de diversión y pagué la cuenta. Simón dijo, orgulloso:

—¿Qué me dices, Charlotte? ¡Mi hermano menor se nos ha convertido en un hombre de mundo!

Stella y yo nos miramos y sonreímos.

Charlotte, maciza y suspicaz a los treinta y tantos años de edad, bien parecida, inconmovible en sus opiniones, estaba llena de rencor. Todo lo que ya tenía en contra de Simón lo ventilaba conmigo. Viéndome más sólido que antes y no desprovisto de sensatez, Charlotte se sentía en condiciones de quejarse de Simón ante mí y yo, deseoso de enterarme. Durante la primera semana de su estada en París no averigüé demasiado, porque la dediqué a enseñarles la ciudad y su disfrute. Du Niveau significó una gran ayuda y les impresionó mucho por ser un aristócrata genuino y por la deferencia de lacayos que se le brindaba en los restaurantes, *boites* y casas de modas. Stella fue de mucha ayuda también.

—¡Qué tía buena! —decía Simón—. Está como un tren. Y va a hacerte mucho bien a ti, ya verás.

Esto implicaba, para él, que el mantener a una tía buena te estabiliza, te obliga a ganar dinero.

—Lo único objetable —agregaba— es tu manía de mantenerla en un cuchitril como ese.

—Cuesta dar con buenos apartamentos cerca de los Campos Elíseos. Además, pasamos poco tiempo en casa. Pero mi idea es conseguir una casa de campo en St. Cloud, si acaso nos radicamos aquí…

—Si acaso, ¿eh? No pareces entusiasmado, hijo.

—Es que me da igual, sabes.

Nos encontrábamos aquel día nada menos que en el Petit Palais, durante una exposición organizada por la Pinacoteca de Munich. De los muros pendía una retahíla de obras maestras. Nos acompañaba Du Niveau, macizo él y vistiendo su abrigo rojo de gamuza y zapatos terminados en punta, más que lustrosos. Simón y él sentían recíproca admiración por sus ropas. Stella y Charlotte llevaban puestas sendas estolas de visón; Simón, un terno cruzado y calzado de piel de cocodrilo; y yo, un abrigo de piel de camello. Vestidos, en otras palabras, como para estar pasaderos en un pintura italiana de cortesanos cargados de oro y alhajas.

—Me encanta la pintura —dijo Du Niveau—, salvo la de tema religioso.

Nadie entre nosotros prestaba atención al arte pictórico, como no fuera Stella, que a veces se pone a pintar. Puesto a explicar por qué estábamos allí, me vería en figurillas. Quizá no había nada mejor que ir a ver, de momento.

Simón y yo quedamos rezagados, cosa que aproveché para inquirir acerca de Renée.

El rostro rubio de Simón se oscureció, se volvió purpúreo pues él se había puesto gordísimo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Tienes que preguntármelo aquí? —tronó.

—Nadie nos oirá, Simón, no temas. ¿Es que ha tenido familia Renée?

—No, no, aquello fue puro descaro de ella. Mentiras.

—Pero tú dijiste…

—No viene al caso lo que dije o no dije. Tú me lo preguntas y yo te contesto.

No supe si creerle o no, tanta era su prisa en responder. ¡Y qué quisquilloso, mi hermano! No deseaba ser tema de conversación…

Mas a la hora del almuerzo, cuando Stella y Du Niveau habían partido hacia el estudio, Charlotte abrió el fuego. Sentada con su estola de visón y un sombrero de terciopelo, bien erguida en su asiento. A todas luces, el escándalo de Simón y Renée había aparecido en todos los periódicos de Chicago y ella daba por supuesto que yo lo sabía, pero no era así. Más aún: el hecho me tomó por sorpresa. Simón no dijo esta boca es mía y acaso haya temido que yo revelara algún dato que Charlotte desconocía. Pero no: no pregunté nada, silencioso como una tumba. Renée había arrastrado a Simón a un juicio escandaloso, alegando que tenía de él un vástago. Podría haber acusado a tres hombres más, dijo Charlotte, que sabía lo que decía, creedme: era persona bien informada. Si la corte no hubiese desestimado inmediatamente el caso, Charlotte habría presentado pruebas en contra, y muchas.

—¡Yo te daré por el gusto, so pelandusca! —dijo Charlotte, enfadada todavía, con suficiente fiereza.

Simón no sabía dónde meterse, pero fingía desinterés absoluto.

—Minuto que pasaba con él —agregó Charlotte—, minuto que consignaba ella garabateando la fecha en una caja de cerillas del hotel en que estaban. Conservaba las colillas de sus cigarros como prueba, incluso. Y esto pasaba por ser amor. ¿Por qué querías que te amase, eh? ¿Por la redondez de tu panza? ¿La cicatriz de tu frente? ¿Tu calva incipiente? No, señor: ¡el dinero y nada más que el dinero!

Yo me encogía bajo esta pedrisca, que caía implacablemente sobre nosotros. No parecía turbado Simón, sino pensativo, y continuaba dando caladas a su cigarro. Guardó silencio. Tal vez pensaba que no podía acusar a Renée de la codicia que él compartía. Pero ni una palabra se le escapó.

—Después me llamaba por teléfono para decirme: «Eres estéril. ¿Por qué no le dejas en libertad? ¿No ves que Simón quiere una familia?».

»“Anda, ¡llévatelo, si puedes!”, respondía yo. “Sabes que no puedes, porque eres una furcia y nada más. Ni tú ni él valen nada”. Ella consiguió citarlo para estrados, sin embargo; le telefoneé para que se fuera de la ciudad pero Simón no quiso, sin mí. “¿De qué tienes miedo?”, le digo. “Ese no es tu hijo, entérate, sino el de otros tres tíos”. Caí en cama, entonces, con gripe. Tenía que cuidarme, pero fui en cambio al aeropuerto para acompañarle. Había una tempestad de lluvia y tuvimos un aterrizaje forzoso en Nebraska. Y este me dice: “Mejor diñarla. He desperdiciado mi vida, de cualquier forma”. Y yo, ¿qué? Apenas se puso dura la cosa, vino corriendo a que yo le protegiera. Y lo hice. Si no hubiese tenido él ideas raras de lo que es felicidad, nada de esto habría ocurrido. ¿Quién le ha enseñado que puede esperar otra cosa? ¿Con qué derecho?

En el fondo estaban afinando los músicos sus instrumentos.

—Ahora se ha casado —añadió Charlotte— con un tío de esos que te he dicho y ha ido a esconderse en alguna parte, aquella…

Yo quería que Charlotte cerrara el pico. Todo esto era ya demasiado: el vuelo en medio de una tempestad, vidas desperdiciadas y no sé qué más, mientras Simón parecía crecientemente ajeno a ello, cosa que solo lograba transformándose en un ser abstracto. Entonces tuve un acceso de tos, algo de nunca acabar. ¿Explico el porqué? Porque muchos años atrás, siendo yo un párvulo apenas, hube de extraerme las amígdalas: cuando me aplicaron la máscara para darme éter, me eché a llorar. Dijo la enfermera: «¡Qué vergüenza! ¡Un grandullón como él!». Y la otra dijo: «No, si es valiente: no está llorando, tose». ¡Pues ahí eché a toser en serio! Es una tos de angustia. En este caso detuvo la conversación. El *maître d'hotel* me dio un vaso de agua, incluso.

¡Señor! ¿Cuántas diatribas más tendría que soportar Simón? Charlotte le convertiría en piedra, si no cejaba. De no ser por las Renée de este mundo, hete aquí a Simón, petrificado. ¿Qué ha de hacer uno, inmolarse? Eso pedía ella de él.

Eso es lo que significaba la palabra «derecho». ¡El mismísimo colmo! Si en la invectiva de Charlotte estaba implícito que, puesto que hay que morir de un modo u otro, tanto mejor antes que después, eso era ya el colmo de lo criminal.

Él estaba avergonzado, humillado: alguien estaba sacando todos lo trapos a relucir, ¡sus secretos! ¿A cuánto montaban estos? ¿Algo del porte del Himalaya, verdad? Pero, no, sus secretos se referían a un desgobernado esfuerzo de sobrevivir a sus yerros: de esto tenía que culparse Simón.

—A ver si cuidas tu catarro —me dijo Charlotte severamente a mí.

Quiero a mi hermano mucho, con el alma, diría. Nunca le veo sin sentir amor desbordante por él; a él le pasa lo mismo, pero ambos combatimos tanta profusión.

—Tiene pinta de ser como la tos ferina que cogiste una vez —me dijo Simón, volviendo a mirarme de frente. Entonces justamente se me cruzó la idea de que lo peor del caso, para él, es no haber tenido aquel hijo.

No fue fácil pasar mucho tiempo con Simón en París. Por cable, Mintouchian me destacó en Brujas, para entrevistar a un tío que planeaba un negocio a gran escala —nailon—, así que allá fui. De pasajero llevé a Jacqueline, la criada, cuya familia vive en Normandía y ella debía visitar en Navidad. Como Jacqueline iba a cargar con dos maletas llenas de obsequios, le ofrecí hacer el viaje gratuitamente.

Jacqueline había sido recomendada a Stella por Du Niveau, quien la conoce desde Vichy. Él iba camino de Estados Unidos y se hicieron amigos, lo cual cuesta concebir pues la apariencia de Jacqueline es punto menos que grotesca. Pero esto sucedió hace tiempo, cuando quizá tenía ella mejor traza. Los ojos de Jacqueline se hunden de manera extraña por sus comisuras externas. Ella tiene una nariz de tipo romano —algo torcida—, pelo rubio —no muy sano—, venas visibles en sus sienes, barbilla alargada y boca de ordenancista que el rojo de labios no logra disimular. Jacqueline se pinta sobre toda ponderación y difunde un olor a cosméticos y líquido de limpieza.

Tiene modales de persona atareada. Sus tacones golpetean en el piso a ritmo rápido, pero ella es en sí de temperamento suave, aunque dada al chismorreo y a incomprensibles aspiraciones sociales. Además del trabajo doméstico, Jacqueline es acomodadora en un cine, por influencia de Du Niveau. Se sigue que tiene mucho que contar de la noche de París, inclusive de la violencia nocturna, pues ella toma un café en la Coupole después del cinematógrafo y allí se le ofrece la ferocidad humana en forma proteica: el asalto, el vapuleo, la violación, intentos arábigos de penetrar en su habitación al amparo de las sombras. Caderas anchas, piernas varicosas, cara aguda, pechos deformados: ¿por qué no será deseable determinada persona? No está en mí el decirlo. Jacqueline siente inmarcesible orgullo por la propia sensualidad y espíritu aventurero; si acaso la traicionan un tanto sus colorines y el perfil de loro, ¿quién podrá culparla de todo esto?

Nuestra salida de viaje fue ocasión festiva para ella. Me quitó Jacqueline algunas manchas de mi abrigo de piel de camello —con su arma secreta: el té— y yo metí sus maletas de cartón con cierres baratos en el portaequipaje del Citroën.

Nevaba un poco. Giramos en torno a l'Étoile y surgimos hacia Ruán, desviándome de la verdadera ruta —por Amiens— en homenaje a Jacqueline, mujer bondadosa, agradecida y dócil, en general. Pasando Ruán a velocidad devoradora, torcimos hacia el canal de la Mancha. Ella iba hablándome de los días de Vichy y las celebridades que había conocido allí. Este es su modo de llevar la conversación hacia Du Niveau: en realidad, quería prevenirme de la falta de escrúpulos del individuo. No es ingrata por naturaleza esta fámula, ya se comprende, pero está reconocida a mí, así que tuvo tiempo de insinuar diversos delitos cometidos por aquel. Advertí que Jacqueline estaba refiriéndose románticamente a él, quien representa para ella un ideal.

A corta distancia ya de la granja de su tío, debería haberme acongojado un tanto la partida de Jacqueline, aquel día oscuro y triste. Pero no. Yo seguiría solo rumbo a Brujas pasando por Dunquerque y Ostende: melancólico trayecto por entre ruinas, a lo largo del sombrío canal de la Mancha.

El Citroën se descompuso a tres millas o cuatro de la granja. Ignorante de motores, levanté el capó. El frío era desmedido, en verdad. Jacqueline tenía proyectado enviar a su sobrino por un mecánico lo antes posible. Estos yertos labrantíos eran los mismos en que se empeñaron las batallas de la guerra de los Cien Años. Aquí se habían embuchado hasta el hartazgo lobos y cuervos franceses. A camposantos ingleses fueron transportados los huesos de quienes murieron en Francia.

La inclemencia del tiempo nos hacía jadear. Lágrimas de frío surcaban el rostro de Jacqueline, ardiente bajo las capas de cosmético. Yo estaba entumecido de pies a cabeza.

—Puede helársenos el estómago —jadeó Jacqueline cuando habíamos avanzado como media legua—. Muy peligroso.

—¿El estómago? ¿Cómo es eso?

—Pues nada, ¡ocurre!, y uno queda resentido de por vida.

—¿De qué manera se defiende uno?

—Lo que hay que hacer es cantar —sentenció Jacqueline, víctima de la delgadez de su calzado parisino, tratando de cubrirse la nuca con su pañuelo de algodón. Y atacó una tonada de *boite*. En los rojizos robles del bosque aleteaban mirlos que, ateridos también, permanecían silenciosos. Solo la voz de Jacqueline resultaba medianamente audible, sin alcanzar los surcos nevados y las hondonadas.

—Haga usted lo posible por cantar —me instó—, no sea que suceda lo peor.

No deseando evidenciar superioridad ni discutir de supersticiones médicas y ciencia moderna, resolví al fin —¡qué diantre!— ponerme a cantar. Mi repertorio constaba exclusivamente de «La Cucaracha» y me apliqué a jacarear por un buen trecho. Agotada, al cabo, por el esfuerzo de respirar contra el viento glacial y ahíta de su cura para el estómago, Jacqueline me preguntó:

—¿Verdad que no es francés lo que ha estado usted cantando?

Dije que no, que era una canción mexicana, a lo cual exclamó:

—¡El sueño de mi vida es ir a México!

¿El sueño de su vida? ¿Saigón no? ¿Ni Hollywood, ni Bogotá? ¿O Aleppo? Eché un segundo vistazo a sus ojos encharcados de frío pero resplandecientes, a su cara de duende, cambiante y pintarrajeada, disciplinaria y seria, membranosa y —sin embargo— magnífica cara, con su empolvadura color de rosa como la de un hada y la trampa encarnada de su boca; y, con todo, femenina, llena de picardía y esperanza, obstinadamente seductora. ¿A qué se dedicaría en México, si por acaso viajara? Intenté imaginármela. ¡Qué extraño, todo! Por lo demás, ¿qué estaba haciendo yo en aquellos campos normandos? ¿Eh? ¡Qué tal!

—¿Está pensando usted en algo gracioso, M'sieu March? —inquirió Jacqueline, apretando el paso. Y señaló a lo lejos—: *Vous voyez les chiens?*[63]

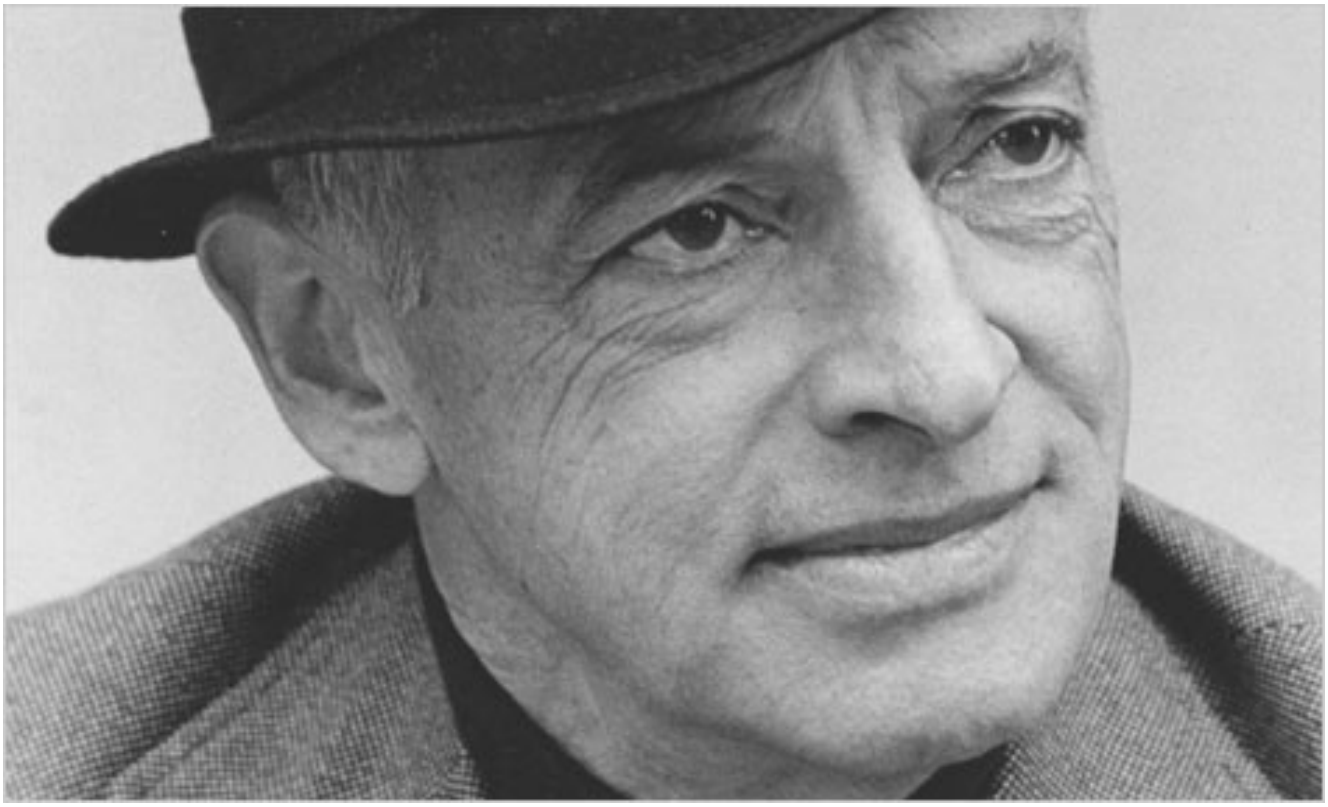
Los de la granja habían saltado sobre un arroyuelo y volaban hacia nosotros por tierra congelada, ladrando a más no poder.

—No les preste usted atención, que ya me conocen —dijo Jacqueline, levantando una rama del suelo.

En efecto, los canes le hicieron fiestas y brincaron para lamerle la cara.

Las bujías, motivo del desperfecto, fueron reparadas y salí hacia Dunquerque. Donde los ingleses soportaron tal castigo, quedan escombros y construcciones provisionales de metal. Las aguas eran de color gris de lobo: rompían blancas en la playa y se deshacían dando escupitajos. A la par que presenciaba yo el espumarajo de rabia venido del salvaje gris del mar, corría el coche en dirección a Brujas como para alejarse de esa línea blanca, de una línea de eternidad que se abre junto a las destrucciones implícitas de este mundo de hoy, canoso y gruñón. Calculé que, si llegaba a Brujas antes del ocaso, lograría ver los verdes canales y antiguos palacios. En una jornada cruda como aquella, me reconfortaría el espectáculo. Aún me sentía

destemplado por el cruce de campos invernales pero, recordando a Jacqueline y su ensueño mexicano, comencé a sonreír nuevamente. Tal es el *animal ridens*[64] que hay en mí, un ser risueño que surge y vuelve a surgir. ¿Dónde está lo risible de una Jacqueline que, maltratada como ella sola por la vida, se niega a vivir desesperanzada? ¿O acaso no consiste lo risible de la naturaleza —de la eternidad, incluso— en creerse capaz de ganarnos la partida al anular el poder de la esperanza? No, ¡que no! ¡Nunca! Pero es esta probablemente la broma sutil a costa de un lado de la cuestión o del otro, y la risa es el enigma que encierra a ambos. Vedme a mí, yendo de aquí para allí. ¡Si soy una suerte de Colón para mis allegados! Aun así, reputo posible el acercarse a ellos en la *térra incógnita* que se despliega en toda mirada. Podré ser un fracaso en este tipo de empeño. El propio Colón ha de haberse supuesto un fracaso al regresar a casa encadenado. Lo cual no demuestra en modo alguno que no haya habido América.



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre del hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.

Notas

[1] En alemán, «espiar». (*N. del E.*). <<

[2] Juego semejante al béisbol pero que se juega con una pelota mayor y más blanda. (*N. del E.*). <<

[3] «Honorable» en yiddish. (*N. del T.*). <<

[4] *Cavalier* procede del latín «caballerius» (caballero), que en inglés tiene un sentido peyorativo de «pretencioso». (*N. del T.*). <<

[5] «Cinco propiedades». (*N. del T.*). <<

[6] «Tú lo has querido, Georges Dandin», de la obra homónima de Moliere (1622-1673). (*N. del T.*). <<

[7] Piensa, Augie, ¡cuando yo esté muerto! (*N. del T.*). <<

[8] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[9] *Asunto, negocio*. (*N. del T.*). <<

[10] *¿Qué tal, Augie? ¿Te acuestas con ellas de lo lindo?* (*N. del T.*). <<

[11] No le interesa eso. (*N. del T.*). <<

[12] Peligroso. (*N. del T.*). <<

[13] De sangre fría, como un pez. (*N. del T.*). <<

[14] Damiselas. (*N. del T.*). <<

[15] Commodity Credit Corporation: Crédito Agrario. (*N. del T.*). <<

[16] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[17] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[18] Juego de palabras: «hablo en serio» significa «hacer negocios con la seriedad afanosa del gallo en pos de la gallina y del comerciante en pos de la ganancia». (*N. del T.*). <<

[19] *Unsex me here* en el original. (*N. del T.*). <<

[20] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[21] Apodo de los miembros de la organización «Industrial Workers of the World» (Trabajadores Industriales del Mundo). (*N. del T.*). <<

[22] Palabra de origen japonés; es un vehículo ligero de dos ruedas, tirado por una o dos personas y con una capota. (*N. del E.*). <<

[23] En español en el original (*N. del T.*). <<

[24] En español en el original (*N. del T.*). <<

[25] En español en el original (*N. del T.*). <<

[26] En español en el original (*N. del T.*). <<

[27] En español en el original (*N. del T.*). <<

[28] En español en el original (*N. del T.*). <<

[29] En español en el original (*N. del T.*). <<

[30] En español en el original (*N. del T.*). <<

[31] En español en el original (*N. del T.*). <<

[32] En español en el original (*N. del T.*). <<

[33] En español en el original (*N. del T.*). <<

[34] Dialogo en español en el original (*N. del T.*). <<

[35] En español en el original (*N. del T.*). <<

[36] En español en el original (*N. del T.*). <<

[37] En español en el original (*N. del T.*). <<

[38] En español en el original (*N. del T.*). <<

[39] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[40] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[41] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[42] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[43] ¡Tanto ruido por una tortilla! (*N. del T.*). <<

[44] *Curly*, «rizoso» en inglés. (*N. del E.*). <<

[45] Goon o goonie, «*simple*», «*simplón*». (*N. del E.*). <<

[46] «Apártate de mi portal, río». (*N. del T.*). <<

[47] Palabra de origen árabe; es un barco de vela empleado en el Nilo. (*N. del E.*). <<

[48] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[49] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[50] Tener gente en su balcón. (*N. del T.*). <<

[51] Es lo de menos. (*N. del T.*). <<

[52] Inquietarme debería, debería importarme / casarme con un millonario debería / él moriría y yo lloraría / luego con otro me encontraría. (*N. del T.*). <<

[53] ¿Dejar las mujeres? ¡Loco! ¡Dejar las mujeres! (*N. del T.*). <<

[54] ¿Cuánto —me preguntas— padezco yo? / Mira, chati, que fanfarrón no soy. / Tregua no me dan mi ambición y aspiración; / Mi elevado magín apunta a lo superior. (*N. del T.*). <<

[55] Arrendador. (*N. del T.*). <<

[56] Criada para todo. (*N. del T.*). <<

[57] La Rosaleda. (*N. del T.*). <<

[58] *Las huérfanas*. (*N. del T.*). <<

[59] Sosiego, orden, lujo y sensualidad. (*N. del T.*). <<

[60] Tengo hijos. (*N. del T.*). <<

[61] Pero María y el niño. ¡El niño! (*N. del T.*). <<

[62] ¿Qué puedo hacer? ¡Qué puedo hacer! (*N. del T.*). <<

[63] *¿Ve usted a los perros?* (*N. del T.*). <<

[64] *Animal que ríe*. (*N. del T.*). <<